HIPÓCRATES

DEFENDIDO.

SU AUTOR

El Dr. D. MIGUEL M. BOIX Y MOLINER

Natural de las Cuevas de Vim Roma,
Cabeza de la Encomienda Mayor de la Orden de Montesa, Reino de Valencia;

Colegial que fué
del insigne de S. Jerónimo de los Trilingües, y Catedrático de Medicina
en la Universidad de Alcalá de Henares;

Socio y fundador de la Regia Academia de Sevilla,
y al presente Médico Honorario de la Cámara de Su Majestad,
que Dios guarde.

1ª Edición Española, año de 1711
1ª Edición Mexicana, año de 1893

MÉXICO
IMPRENTA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS
Sepulcros de Santo Domingo núm. 10

1893

A LA MEMORIA

DEL

HIPÓCRATES ESPAÑOL

El Dr. Miguel M. Boix

Autor de este Libro

La Escuela de Medicina Homeopática.

México, Abril de 1893.

AL SEÑOR

D. PEDRO CAYETANO FERNANDEZ DEL CAMPO
ANGULO Y VELASCO

MARQUÉS DE MEJORADA, Y DE LA BREÑA: COMENDADOR DE LA PERALADA EN LA ORDEN DE ALCÁNTARA: GENTIL HOMBRE DE CÁMARA DE SU MAJESTAD, DE SU CONSEJO, Y SECRETARIO DE ESTADO Y DEL DESPACHO UNIVERSAL.

ENTRE los antiguos, que con excelencia de sabiduría resplandecieron (cuyas huellas nosotros seguimos por registro de toda honesta doctrina y buena moralidad), tuvo fuerza de ley la costumbre de no sacar en público sus obras, sin que primero llevasen consigo señalado patrón, tan conocido, y de tanta autoridad, que la envidia, enemiga de la virtud, no los persiguiese. Y así yo, aunque no merezco ser comparado con ellos como más obligado, por menos seguro de los maldicientes á prevenir este favor, he querido valerme de V. S. en mi defensa, para sacar á luz, con la librea de nuestra lengua castellana, la exposición ó comento sobre el primer aforismo de Hipócrates, autor tan admirable en la medicina, que ha merecido (á pesar de la envidia) el ser el primer padre de ella en todos los siglos. Nadie se ha opuesto á esta verdad, antes bien algunos autores, llevados de su alta sabiduría, y no contentos con los muchos encomios con que así Santos Padres como escritores profanos lo han elogiado, se han pasado más allá convirtiendo en hipérboles sus alabanzas. Esta ocupación he querido tomar desde su principio en nombre de V. S. no como igual agradecimiento de lo que estoy obligado, sino porque espero que el tiempo suplirá con la conservación de este libro el reconocimiento, que debo. Pudiera este trabajo mío, cuando fuera de más monta, servir de lisonja y de algún desempeño á las muchas obligaciones que debo á la casa de V. S., por haberme honrado y favorecido con tantas mercedes y beneficios, que si cada día me despiertan al reconocimiento, me imposibilitan á la satisfacción. V. S. como heredero de tan nobles calidades, las continúa: con que este escrito mío servirá más de

una pública confesión de mi deuda que de dedicatoria de mi trabajo; el cual le tomara yo solamente (sin intervenir nota alguna de adulación) en referir las grandes prerrogativas de su ilustre familia, á no tener por ajenas semejantes alabanzas:

Nam genus, et proavos, et quæ non fecimus ipsi,
Vix ea nostra voco.

Las cuales empleara todas en las singulares prendas con que el cielo tan liberalmente enriqueció su generoso ánimo; á no tener recelo de deslucir con la humildad de mi estilo el esmalte de sus virtudes: pero si mi cortedad me acobarda, me impele el afecto á no pasar en silencio la acción tan heroica que V. S. ejecutó á 4 de Agosto del año 1706 en esta corte, á tiempo en que sus moradores se hallaban en la mayor zozobra. No quiero quitarle la gloria al autor, sea quien fuere, que se adelantó á pintarla el año 1707 en el libro que dedicó al Sr. Filipo V (que Dios guarde) con título del *Ejemplar de los Reyes, y diseño breve de los ministros que debe elegir un monarca.* Dice así al folio 57, hablando de las prendas de V. S.: *El sujeto que asiste al despacho, como es de quien fía los secretos el príncipe, es necesario lo sea también de gran confianza: Por eso puso la mira en quien parece nació para las consultas. Con madura discreción le informa de los negocios, y dejándole libre para la resolución, le quita con lo ajustado de sus razones, la libertad para no seguir en todo su juicio. Como rendido vasallo propone, y como experimentado decide. Aunque no estuviera tan cocido en semejantes expediciones, bastara lo vivo de su ingenio para sondear la profundidad más inmensa. A las instancias de su lealtad animosa se le debió el acelerado recobro de la mejor prenda del reino. Fióse de su aliento la empresa, y antes de su llegada desvaneció premeditados insultos. Con su buena y discreta conducta logró rindiesen las armas á poca costa, los que seguros las empuñaron para despique de su alevosa malicia.* Y si las acciones heroicas de los que fueron, como dice Platón, son timbre con que tanto se vanaglorían las familias, mucho más lo deben ser, según Stheneo, las que cada uno con su propia virtud se adquiere:

Maiores superat virtutis gloria nostræ.

Y si pareciere que hay alguna distancia entre lo militar y lo político, óigase lo que en otro tiempo cantó un cisne á las riberas del Genil:

Que es propio, y no contrario,
El título de Marte al Secretario:
Que quien secretos calla,
Tiene valor para guardar muralla.

Considerando, pues, lo dificultoso que es el ser médico (si bien al vulgo le parece otra cosa), por no ser fácil encontrar en toda la Medicina

una doctrina ó sistema en que pueda el entendimiento humano hallar alguna estabilidad ó firmeza: Y que á mí (bendito sea Dios) no me coge de susto como sé que coge á otros, por los muchos años há que estoy desengañado: pues aunque Hipócrates, que es nuestro corifeo, lo confiesa en lo de *locis: Firma aliqua doctrina tradi non potest.* Y la experiencia, que es más que Hipócrates, nos desengaña: sobre todo, estar firmado por el Espíritu Santo en el capítulo 8º del Eclesiastés, con estas palabras: *Et quanto plus labora verit ad querendum, tanto minus in veniat.* Discurra V. S. ahora con la lógica natural que con tanto realce le infundió Dios; dejando aparte la mucha literatura que V. S. con el sumo trabajo se ha adquirido: ¿cómo podrá un médico que tiene á su cargo vidas de hombres, cumplir con su obligación á vista de estos desengaños? Bien me acuerdo que habiendo comunicado á V. S. en algunas ocasiones esto mismo que estoy ponderando; y habiéndole referido los varios modos ó métodos que los médicos han inventado (que á la verdad no son pocos) para dar la salud á los enfermos, en ninguno de todos ellos paró V. S. tanto la consideración como en el sistema de Hipócrates, por ser el que menos afán trae en la curación de sus enfermos, y el que menos remedios les aplica; y sobre todo, el que más deja obrar á la naturaleza fiando sólo de ella sus terminaciones; las cuales hace con tanta perfección, como saben los que la contemplan y no la divierten. Viendo, pues, que á V. S. no le desagradaba la doctrina de Hipócrates, por estar más afianzada (á distinción de las demás) en autoridad, razón y experiencia, discurrí cómo podría yo darme á entender para que V. S. quedase satisfecho de que lo que concebía de la doctrina de Hipócrates era verdadero, y no falsas las razones con que yo lo persuadía.

En el año de 1708, 62 de mi edad y 44 de práctica, me hallaba, cuando después de varios modos que discurrí (para dar satisfacción por más extenso al recto juicio de V. S., de que el sistema de Hipócrates era el que más se llegaba á la verdad entre todos los que después acá se han inventado), ninguno me pareció más á propósito ni más eficaz, que comentar tan solamente el primer aforismo, para que se viese con más claridad cuán ajustado era á la razón el dictamen de V. S., como en mí justa la causa de defenderlo. Cualquier otro pensamiento que no se encaminaba á encontrar en las letras nuevos conocimientos, lo juzgaba Hipócrates en su arte (si acaso es suyo el tal libro) fuera del blanco á que los entendidos deben tirar todas las líneas de sus estudios. No permitía que se recogiesen los estudios comenzados de los escritores muertos como bienes de náufragos, sino que se hiciesen á la vela para la ganancia de nuevas mercaderías, de donde el mundo sale muy enriquecido y nosotros más gloriosos, diciendo que se debe solicitar el discurrir algún estudio nuevo que jamás se haya inventado ni discu-

rrido. Bien conozco que no puede hablar Hipócrates en general de todos los ingenios que procuran dar al público sus desvelos ó sus tareas, y más si son tan humildes como el mío. Va hablando Hipócrates de aquellos ingenios altaneros y de aquellas almas bien nacidas, que hace conmemoración Filón, judío, en la vida de Moisés: *Pærclara ingenia* (dice) *multa novant circa scientias. Anima bene nata præceptis obviam se offerens a se ipsa magis, quam a magistris adiuvatur.* Si bien se vanaglorían los extranjeros de que en el siglo pasado han abierto nuevos caminos en todas las ciencias naturales. Si estos satisfacen á la instancia que les hace el Eclesiastés al vers. 10 del cap. I, júzguenlo los que tienen á su cargo el hacer justicia. Dice así: *Nec valet quidquam dicere: ecce hoc recens est: iam enim præcessit in sæculis, quæ fuerunt ante nos.* Los filósofos modernos han alborotado el mundo con su modo de filosofar, y nos lo han vendido por nuevo. Harto simples han sido los que se lo han creido, cuando Demócrito, con otros muchos filósofos, há dos mil y tantos años que lo dejaron en manuscritos por no haber imprentas. Lo mismo ha sucedido con los médicos modernos, pues toda la Medicina que por nueva nos han vendido en el siglo pasado (y hoy aún continúan con su venta), no es otra cosa que lo que Hipócrates vendió por nuevo dos mil años há en los libros de *Veteri Medicina*, y de *Dieta.*

Pues digo yo ahora, si á los filósofos y médicos modernos (gobernados de la autoridad de Hipócrates) no les ha perjudicado el vender por nuevas unas doctrinas tan antiguas como sus inventores, ¿por qué ha de ser delito en mí el intentar renovar el modo de curar Hipócrates sus enfermedades (en particular agudas) cuando me persuado que no está descubierto aún, y venderlo por nuevo, cuando me consta el que á nadie se le ha ofrecido tal duda? Bien conozco, señor marqués, que es ardua la empresa, por considerar que se han de dar muchos por sentidos; porque el convencer á uno de sus errores, es ponerle la mano en la llaga, y tocarle en lo más vivo y sensible de ella: todo lo cual pide hacerse con gran astucia y ligereza (y no sé si lo habré conseguido), para que la cura no cause desmayos cuando la llaga ocasionaba sólo dolores. Sólo hallo por disculpa lo que decía uno de buen juicio: En cuanto al escribir contra otros, es necesario que sólo el amor de la verdad sea el que obliga á tomar la pluma, que de esta suerte va seguro el que escribe por más que le ladren.

Y porque no se puede andar por ajenas pisadas sin caer ó tropezar (ya que nuestro saber en muchas cosas más es creer que saber, y más es no ver los errores que tenemos que no tenerlos), siento acerca de mi idea (ahora sea nueva ó resucitada) lo que para otro fin dijo un amigo de Séneca, que si había de caer, deseaba que la caida fuese del lugar más eminente: pues hoy en día tiene Icaro quien admire más su altanero vuelo que quien desprecie su infeliz caida.

Todos apetecen lo nuevo: aun á Homero allá en sus tiempos le parecía bien, pues lo cantó en estos dos versos:

Cantio enim hœc hominum longè est celeberrima vulgo,
Et gratissima, quœ nuperrima venit in aures.

Mas este libro será muy posible, que por las mismas novedades que en sí contiene sea mal visto de muchos: mas yo me persuado que no lo ha de ser tanto el libro como su autor, por lo que Marcial dice escribiendo á su amigo Régulo:

Esse quid hoc dicam vivis, quod fama negatur:
Et sua quod rarus tempora Lector amat?
Hi sunt invidiœ nimirum Regule mores
Prœferat Antiquos semper, ut illa Novis.

En fin, señor marqués, yo voy con el presupuesto (para que no me coja de susto) de que no he de agradar á muchos: mas como el libro sea del agrado de V. S., daré por bien empleado mi desvelo, por más Zoylos que contra él se levanten: pues como decía Epicuro (refiriéndolo Séneca) escribiendo á un amigo suyo: *Hœc ego non multis, sed tibi: satis enim Magnum Alter Alteri Theatrum sumus.* Bien experimentado lo tengo, pues en las ocasiones que se han ofrecido, de nadie ha fiado V. S. su salud sino es de mí solo, de que estoy muy agradecido; y si se me permite, muy ufano. Suplico á V. S. se digne de favorecer este mi corto trabajo, y reciba en él una muestra de mi afecto, que todo es de servirle, y de tener muchas ocasiones en que pueda ostentarle más: y no será la menor parte de él rogar continuamente á Nuestro Señor le guarde muchos años, con los aumentos que sus muchas prendas merecen.

B. L. M. de V. S. su más reconocido servidor,

Dr. D. Miguel Boix.

CENSURA DEL RMO. P. M. VICENTE RAMIREZ, de la Compañía de Jesús, Doctor y Catedrático de Prima Jubilado, de la Universidad de Alcalá, Examinador Sinodal del Arzobispado de Toledo, Rector y Prefecto de los Estudios Mayores Reales del Colegio Imperial.

En ejecución de la orden de V. S., he visto con toda diligencia el libro intitulado: *Defensa del Príncipe de la Medicina, Hipócrates, en la explicación del primero de sus Aforismos*, cuyo autor es el Dr. D. Miguel Boix, Catedrático de la Universidad de Alcalá y Médico Honorario del Rey nuestro Señor. Y conociendo á este sujeto desde sus primeros estudios, acompañados siempre de indefesa aplicación, de singular ingenio y de exquisita curiosidad, con que ha corrido no sólo las sendas antiguas y trilladas de la Medicina, sino los nuevos rumbos y descubrimientos plausibles de los modernos, sólo pudiera extrañar no correspondiese esta Obra al lleno de sus prendas y magisterio, no el hallarla tan perfecta y cabal como la registro, siendo parto feliz y parecido de su fecundo entendimiento y acreditada experiencia.

El asunto que toma en la defensa de su gran maestro, sobre la alabanza de buen discípulo, merece ser atendido, como genuino á la doctrina del que Dios puso por luz y guía de los demás en la Facultad Médica: pues no es otro sino desterrar la atropellada y tumultuosa turba de remedios en la curación de las enfermedades más graves, sin que se aliguen los aciertos á la multitud de recetas, ni se busque el alivio del enfermo en la opresión, que es preciso le cause tenerle atormentado en un continuado potro de medicamentos, que obligaron al rey Agesilao á decir[1] era más amable la muerte que la cura; siendo el morir sin remedios, morir una vez; y el padecer tan prolijas medicinas, morir muchas.

[2] Que la Medicina adquirió su nombre de la moderación con que debe aplicarse, porque no se oprima, ó se fastidie la naturaleza en la multitud de sus auxilios, dijo San Isidoro: con que no conocerá á la Medicina, aun por el nombre, quien hiciere estudio de vaciar de una vez todo el archivo de sus secretos. Dictamen es adquirido á costa de

1 *Cum Medicus quidam Agesilao Regi præscriberet curationem nimis exactam, minimique simplicem: per Geminos (inquit) sumam, quæ præscribis si mihi prorsus est in fatis, ut non vivam, etiam si non omnia sumpsero.* Plutarchus in Agesilao.

2 *Nomen Medicinæ a modo et temperamento impositum existimatur, ut non statim; sed paulatim adhibeatur: nam in multo contristatur Natura.* S. Isidor. lib. 4. Etymolog.

muchos,[1] el que la copia de doctores médicos que concurren á un enfermo, en vez de aprovecharle, le acaba, muriendo por la autoridad de muchos el que viviera por el parecer de uno solo.[2] Este mismo sentir trasladaron, no sé si con más motivo, al concurso de muchas medicinas, en que unas embarazan á otras, y todas á las operaciones de la naturaleza, con que se explica maravillosamente en las crisis. Contienda es la enfermedad en que batallan las fuerzas del viviente con el accidente que padece; y mal podrá despartirla el médico con felicidad, si en vez de favorecer al enfermo ata las manos al vigor con que resiste y se defiende: no de otra suerte, que no menos cruel, que indiscreto, metiera paz entre dos que riñen, el que embarazando al uno le dejara imposibilitado de rebatir las puntas del contrario.

[3] Teófilo Raynaudo miró sólo como remedio necesario, aun en las enfermedades más graves, el que es instituido por la naturaleza para su expulsión: conviene á saber, el preciso alimento para la conservación de la vida dentro de los términos de la dieta y austeridad más rígida: y de esta suerte libra de la nota de homicidas, ó de temerarios, á muchos Santos,[4] que practicaron no admitir medicina alguna en sus dolencias: sin que de este modo se haga necesario el recurso á especial inspiración de Dios, que defiende[5] la más común sentencia de los teólogos, pues acredita la experiencia, que sola la naturaleza, con un buen régimen, basta para esta victoria; y que cuando ella no lo hace, ni las medicinas tampoco lo alcanzan. No pretende tanto el Autor en este docto Tratado, ni yo, para que me parezca bien su sentencia, sino sólo un medio racionalísimo, bien colegido de la curación que usaba Hipócrates,[6] en que el médico, siendo inspector de la naturaleza, observe sus movimientos é impulsos para auxiliarla en lo que la hallare defi-

1 *Multorum medicorum ingressus me perdidit.* Menander.

Adrianus Imperator moriens dixit illud vulgatum: *Turba Medicorum Cæsarem perdidit.* Dion. Cas. in Adrian.

2 *Impediunt certam medicamina crebra salutem.* Verinus apud Polyant.

Curando fieri quæ dam majora videmus. Ovid. de Ponto, lib. 3. Eleg. 7.

Nil æque sanitatem impedit, sicut remediorum crebra mutatio: non convalescit Planta, quæ sæpe transfertur. Séneca, epist. 2.

3 *Vacat igitur neglectus illi pharmacorum in morbo, labe occisionis sui ipsius: quia nullum medium a Natura institutum omittitur: cuius modi esset cibus; sed permittitur sibi Natura, ut certet cum morbo, quem non semel per eam expugnari contigit, etc.* Theophil. Rain. tom. 12, lib. contra istum calumniæ, cap. 19.

4 *S. Euphras. in eius actis, c.* 6. *S. Agatha in eius actis. S. Chrysost. homil.* 14. *in* 1. *ad Timot. S. Fulgent. in eius vita, c.* 30. *S. Macrina, ut testatur Gregorius Nisen. in eius vita et alij plures apud eundem Theophilum ubi supra.*

5 *Navarro in Sum. c. 11, n.* 40. *Sánchez, lib.* 2., *in Decal. c.* 34, *n.* 4. *Suárez, tract.* 3 *de Relig., lib. I, cap.* 3, *n.* 1. *Lesio de iust., c.* 45, *n.* 4.

6 *Temporibus Medicina valet data tempore pro sunt.*

Et data non apto tempore vina nocent.

ciente, sin empezar desde luego á batir la fortaleza del cuerpo humano á fuego y sangre, para que se entregue á su discreción, no pocas veces indiscreta.

Ni el método de curar, que se persuade en esta Obra, puede merecer el nombre de novedad, ó extravagancia, si no es en el sentido que dijo Cicerón[1] ser para muchos nuevo lo más antiguo y más cursado; porque su poca curiosidad no lo había visto, ó la corta esfera de su estudio no lo había alcanzado: pues se prueba con no menor destreza que eficacia haberla observado el más anciano Maestro de los mayores maestros; y como tal, no han faltado algunos, aunque pocos, que la hayan practicado.

[2] El Maestro San Román, en su *Historia del Oriente*, que imprimió por los años de 1600, se da por entendido de un célebre médico, que siéndolo de un convento de su religión tuvo sucesos maravillosos en las enfermedades de mayor riesgo sin romper jamás una vena. Después en nuestros tiempos no faltó otro con la misma práctica, tan afortunado como aquel en los aciertos, y tan infeliz como él mismo en la aceptación, sin más culpa que la de no curar al uso: que hasta en la salud ó muerte se hacen apreciables las modas: pero lo cierto es, que los interesados le quedaban agradecidos, aunque otros prorrumpiesen en desprecios; y él curaba mucho, porque curaba poco.

Mas no quiero pasar la valla de mi profesión,[3] metiéndome en lo que con razón me dirán no entiendo; contentándome con decir lo que será constante á todos los que leyeren este libro: que está docto, no menos que erudito; y que aunque el método de curar que entraña no haya de surtir mayores efectos que los que impugna, pues en mi corto entender, Dios, según las leyes de su Providencia, con que prescribe los términos de la vida humana, tiene repartidos con igualdad los sucesos dichosos y funestos en todas las prácticas de Medicina que se usan en el mundo, sin que adelanten más los químicos con sus laboriosos extractos; los árabes con sus confecciones y aromas; los indios con sus simples; los africanos con el fuego, que los españoles con sus purgas y sangrías más ó menos frecuentes; habiendo sólo la distinción, en que debajo de unos mismos preceptos, á unos médicos los elige Dios para que lleven en su dirección la vida, y á otros, aunque doctísimos, para que lleven la muerte;[4] como de Pedro León Espoletano refiere Jovio,

1 *Reprehendunt, quod inusitatas vias indagamus, tritas relinquamus. Ego autem, et me sæpe nova dicere videri intelligo, cum per vetera dicum; sed inaudita plerisque.* Cicer. ad Brut.

2 Mag. S. Román. *Hist. de la India Oriental*, lib. 4, cap. 8.

3 *Quod Medicorum est.*

Promittunt Medici, trœctant fabrilia Fabri. Horat., lib. 2, epíst. 1.

4 *Iovius in Elogijs.*

tan destinado á lo infausto, que llamado del gran duque de Toscana, por la celebridad de su ciencia, la melancolía de sus repetidas desgracias continuadas con aquel príncipe, sacándole fuera de sí, le precipitó en un pozo. Con todo eso, no puede negarse traer grande alivio á los enfermos, y constar de la prenda que requiere Celso[1] en los mejores médicos, que es, curar con suavidad y sin exasperar al doliente. Por todo lo cual, no hallando en este libro cosa que disuene á nuestra santa Fe Católica ni á las buenas costumbres, juzgo se hace muy digno su Autor de que se le conceda la licencia que pide para imprimirle. Así lo juzgo, salvo, etc.

En éste de la Compañía de Jesús de Madrid, y Mayo 17 de 711.

Vicente Ramírez.

1 *Officium Medici est, ut celeriter, et iucunde curet.* Celsus, lib. 3, cap. 4, de curat. divers. gen.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

Nos el Dr. D. Felipe Antonio Gil Taboada, canónigo doctoral de la Santa Iglesia de Toledo, primada, inquisidor ordinario y vicario de esta Villa de Madrid y su Partido, por el Ilmo. señor Dean y Cabildo de la Santa Iglesia Sede vacante, etc. Por la presente, y por lo que á Nos toca, damos licencia para que se pueda imprimir, é imprima un libro intitulado: *Hipócrates defendido*, compuesto por el Dr. D. Miguel Boix, Médico de Cámara de Su Majestad. Atento de nuestro mandado, ha sido visto y reconocido, y parece no contiene cosa alguna contra nuestra Santa Fe Católica y loables costumbres.

Dada en la Villa de Madrid, á 25 de Febrero de 1711.

Dr. Gil.

Por su mandado,

Juan Felipe de Lara.

APROBACION DEL DR. D. JUAN JIMENEZ DE CORTOS, médico de familia de Su Majestad, examinador del Real Proto-Medicato, y médico de las señoras descalzas Reales.

M. P. S.

Obedeciendo el mandato de V. A. he visto un libro intitulado: *Hipócrates defendido*, su autor el Dr. D. Miguel Boix, Médico de Cámara de Su Majestad, y catedrático que fué en la Universidad de la ciudad de Alcalá de Henares: Y confieso, que no me ha hecho novedad en la obra lo que con singularidad ha manifestado tantos años en la cátedra y en las juntas que con el autor he tenido, haciendo recomendable la doctrina con que da cumplimiento al asunto, como desempeñando con la obra lo enigmático y singular de su título, manifestando en todo aquella unión siempre difícil de saber hermanar lo elegante con lo sentencioso, lo suave con lo profundo y lo ameno con lo útil, según Horacio en su Arte Poética:

Omne tulit punctum, qui miscuit utile dulci:
Lectorem delectando, pariterque monendo.

La mayor alabanza de este libro es nombrar su autor: *Omnia dixi, cum nomen dixi;* con esto se granjeará los mayores quilates de estimación entre los más doctos profesores de la medicina: y este creo ha de ser el sentir de todos los que le leyeren con atención, y me persuado, que si una vez le lee la curiosidad, lo repetirá infinitas la admiración, siendo tantas veces como repetido, agradable, según el mismo Horacio en su Arte:

Hæc placuit semel, hæc decies repetita placebit.

Si á alguno le pareciere nueva esta doctrina, verá por el discurso de esta obra que lo es, y que tiene por apoyo de su antigüedad, por una parte á Hipócrates, y por otra la experiencia: sólo mira esta obra á hacer reviva con novedad dichosa su noble ancianidad; como á otro intento dijo con valentía de ingenio Septimio Tertuliano: *Vetustate nobilis, novitate felix.* Y que por la razón y autoridad sea lo antiguo nuevo y lo nuevo antiguo, según Enodio: *Vetusta authoritatibus novitas: Nova rationibus antiquitas.* Veo sobre este argumento embarazadísimos á muchos hombres doctos, pues quieren unos, que sola la antigüedad haya encontrado con lo más cierto. Otros al contrario, muy amigos

de novedades, y de los modernos, pareciéndoles que sólo estos han encontrado con la verdad. No es de este sentir Sidonio Apolinar en su lib. 3, epíst. 8, pues dice: *Veneror antiquos, non tamen ita ut coævorum me orum virtutes, aut merita postponam. Ignari rerum temeraria iudicia suspendant, nec perseverent satis, aut suspicere præteritos, aut despicere præsentes.* Pero á mí me parece, que así unos como otros, van errados; porque la verdad, como dice Vincencio Lirenense, es de todos tiempos: *Publica est, et communis iuris.* Luego, que si las doctrinas por antiguas ó por modernas pierden su estimación, se hace un argumento indisoluble contra todos. Arguyo así contra los que hacen las partes de la antigüedad: Si lo pasado siempre es bueno, luego lo presente será bueno, así que hubiere pasado: y si no, siempre es bueno; luego mucho de lo pasado pudo también no ser bueno. Contra los modernos: Si tal vez fué bueno lo pasado, y tal vez no bueno, lo presente será como lo pasado, ahora malo, ahora bueno: no hay presente que á lo porvenir no sea también pasado, como ahora es presente. Creo que muchos de los que hoy se quejan, suspirando por lo que ya ha sido, á haber sido ellos también entonces, suspiran también. Siempre el mundo ha tenido gran cosecha de melancólicos hipocondriacos, los cuales la mayor parte de su vida la gastaron en quejarse, unos de lo presente, y otros de lo pasado. Pero es de advertir, que estos son tales, que cuando no tienen de qué quejarse, se quejan de sí mismos. No camina el autor por estos extremos, hace grande aprecio de la antigüedad, sin desdoro ni menosprecio de lo moderno, gobernado por lo que enseña el Espíritu Santo: *Omnis scriba doctus similis est Patri familias, qui profert de thesauro suo nova, et vetera;* con el comento del Padre Juan Bautista Poza: *Vetustas fundamenta substernit, novitas ornatus gratiam conciliat.*

La doctrina de Hipócrates le parece al autor, que es la que más se llega á la verdad, en competencia de los demás sistemas que después acá se han inventado para alivio de los enfermos, y aun por esto la defiende con tantas veras: *Nihil enim fortius* (decía San Agustín) *desiderat anima, quam veritatem.* Pero como los pareceres de los hombres sean tan distintos como sus rostros, será muy posible que quieran algunos dar satisfacción con el pentámetro del otro:

Sed tibi, quod mirum est, ridiculum est alijs.

Pero al autor le hará poca fuerza todo esto, porque como sabe por su profesión, que hay muchos estómagos estragados, también sabe, por otra parte, que hay gran número de entendimientos torcidos, y que á estos nada les parece bien sino lo que ellos hacen. No hay duda que debemos darle las gracias al autor por el nuevo camino que nos descubre; pues como decía Séneca en el lib. I de sus *Quest. natura.* cap. 5: el querer inventar cosas nuevas, aunque no se hallen cuando se bus-

can, es digno de mucha alabanza, pues no se hace sin gran provecho; porque el que tuvo esperanza de poder inventar ya llevó mucho con lo que pueda discurrir: *Plurimum enim* (dice) *ad inveniendum contulit, qui speravit posse reperire.* ¡Oh, cuántos buscando unas cosas que no han sido halladas, hallaron otras que no han sido pretendidas! Y el que tiene estímulos de pensamientos generosos, primero intenta abrirse con su estudio camino por el cielo, que andar siguiendo los pasos de los otros por la tierra; para que pueda decir con Horacio, escribiendo á Mecenas, que anda libre por aquellas inmensidades. no necesitando de pies ajenos.

Libera per vacuum posui vestigia princeps:
Non aliena meo præsi pede.

Verdad es, que tiene más peligro de caer (decía un insigne jesuita) el que intenta volar muy remontado, que el que se contenta caminar con pasos humildes; pero alcanza tanto de glorioso. que el aplauso de haber subido vence con ventaja el desdoro de caer precipitado. Y así el labrador, viendo el atrevimiento de Icaro, suspendió con tal vista su trabajo, y se pasmó de mirar tal asombro, juzgando que era divino quien volaba por los cielos, pues así lo cantó Ovidio:

Stivæque innixus Arator
Vidit, et obstupuit, quique æthera carpere posset.
Credidit esse Deum.

No ha tenido Hipócrates libro (sobre los muchos que escribió) por el cual más aplausos haya merecido, que el de los Aforismos, como lo demuestra la multitud de comentadores que se ha desvelado en ilustrarlos. Yo no los he visto todos, aunque tengo noticia de los más; pero te aseguro que en los que he leido, en ninguno he encontrado, que más bien haya sabido comentar este primer Aforismo que el autor de este libro; por lo menos aquella cláusula *Iudicium difficile*, no sé que haya un comentador tan sólo que la haya sabido explicar como él, aunque cites por tu parte á Galeno, Brasabolo, Cardano, Valles, Vega, Mercurial, Argenterio, Tozzi, Sorbait, Fonseca, Canonerio y otros muchos; pues los más la dejan sin explicación, como se puede ver.

Si acaso te hiciere fuerza lo que defiende el autor, de que Hipócrates en su modo de filosofar siguió la doctrina de los escépticos, y en medicina la de los empíricos, te suplico que no rompas luego contra él sin que primero leas los caps. 4 y 5 de este libro; y si después no te pareciere bien como lo prueba, puedes á tu modo impugnarle, y hacerle á Hipócrates dogmático racional, ó si te se antojare, peripatético; que en eso poco agravio le harás al autor, ni menos á Acron Agrigentino, príncipe de la secta empírica (y que tú tal vez no lo sabes),

por estar en la inteligencia de que el libro de *Veteri Medicina* es de Hipócrates, siendo suyo; y tú (después de estar toda la medicina que ha escrito en el siglo pasado sobre dicho libro, como atestigua Emullero: *In quo medicina nostra hodierna graphice descripta habetur)* no sabes por quién estudias. Impúgnale (vuelvo á decir), que por último, ya sabe el autor que eres dogmático racional en público, y empírico y escéptico en secreto.

Intenta persuadir el autor de esta obra, que el método común de curar los enfermos, que hoy se usa en toda la Europa, es contra Hipócrates, contra la razón y la experiencia. Contra Hipócrates, pues hoy en día raro es el médico que tiene paciencia de dejar obrar á la naturaleza (habla de enfermedades agudas) como ella sabe, y como Hipócrates la tenía experimentada: *Ipsa omnino sufficit.* El que más remedios aplica hoy en día, más exóticos ó extravagantes, ese es el que más aplausos merece con el vulgo. No sé que Hipócrates lo hiciese así: bien lo prueba todo esto el autor en el discurso de este libro; léelo despacio. Contra la razón, ¿pues quién se ha de persuadir que obrando la naturaleza con ciencia, y el médico ó su ministro (que así habla Hipócrates) con arte, ha de saber tanto el que cura por efectos como el que cura por conocimiento de causas? De este modo curan el médico y la naturaleza: discurre tú ahora quién lo hará más bien. Contra la experiencia: tres enfermedades te propone el autor, las cuales le ha enseñado la experiencia, que con poquísimos remedios, y las más veces con ninguno, se curan perfectamente sólo con el beneficio de la naturaleza. Y si por último te disonare este modo de curar, por parecerte que ofende á muchos, suplícote te sirvas de leer estas tres autoridades: de Jorge Baglivio, médico romano, el cual por ser tan grande imitador de Hipócrates será posible te convenza, pues en breve dice bien todo lo que el autor con dilación. Así dice en su Práctica, lib. 2, cap. 11, párf. 10: *Si alicubi certe in medicina multa scire oportet, et pauca agere, præsertim dum ad curationem morborum, vel nimis acutorum, vel complicatorum descendimus, etc.* Culpa Baglivio al vulgo y á los médicos por verle tan inclinado á remedios, y concluye el párf. 5: *Parcat igitur ignarum vulgus, parcant, et medici tantis remediorum formulis: nam sæpissime, quies lecti, et quies a negotijs, ipsaque demum a remedijs abstinentia morbum iugulat, quam usus illorum frustraneus magis exacerbaret.* En el mismo libro citado, cap. 12, párf. 6, enfadado contra los que esperan crisis á vista del modo de curar que se usa, dice que se cansan en vano los que tal esperan: *Hæc tamen omnia ad Criescos felicitatem frustranea erunt, nisi ea adhibeatur medendi Methodus, qua cum Græcis suis usus fuit Hippocrates medicorum romulus, hic diuturna edoctus praxi, naturas esse morborum medicatrices, præsertim acutorum, in illorum curatione post præscripta paucissima in principio morbi medicamenta; dum res

ad statum tendebat, a remedijs prorsus abstinebat, et omnia naturæ commitens, securus crisim expectabat. Hodierni vero Practicantes talium præceptorum, aut obliti, aut contemptores toto febriles accesionis tempore, non solum assiduis remediorum formulis pene consiciunt ægrotantes, sed morbum natura sua benignum in clasem cronicorum, aut læthalium redigunt.

Ultimamente, en el cap. 11 ya citado, párf. 7, no pudiendo sufrir el sumo desorden, ó atropellamiento de tantos remedios con que hoy los más de los médicos curan sus enfermos, se queja agriamente en esta forma de todos ellos: *Nonnulli speciosos quosdam, sed salaces in remediorum applicatione graduationes constituunt, alia dicentes magna, alia vero levia, et primo a falso putatis levioribus incipiunt, deinde sensim ad maiora, si morbus non cesserit ascendunt. Præscribunt itaque (præsertim in morbis, periculi plenis) primo purgationes, deinde phlebotomias, vel e contra; enemata injeciunt syrupos adhibent, et tandiu hæc omnia, velisi in orbem repetant, donec observaverint, vel non declinare, vel in peius ruere morbum, et tunc ad remedia (ut aiunt) magna perveniunt, vexicantia, nempe copiosa, scarisicationes, sinapismos, purgantia fortiora, et huiusmodi quamplura, per quæ, si propositum nequidem assequi possunt ad expectationem crisis, se tandem convertunt; nec interea erubescunt ab ea natura crisim expectare, quam ianta remediorum laniena, et methodo tam contraria vehementer perturbarunt?* Me persuado el que con las tres autoridades de este doctísimo varón, y hacer memoria del tiro que la envidia en Alcalá le asestó, que por tratarlo el autor más difusamente y por ser tan notorio y no hacer más prolija la aprobación, no me alargo más. Sólo añado que esto, á mi ver, hace más glorioso al autor, y lo acredita la experiencia, pues creyendo que apartándolo de Alcalá (como lo consiguieron), se sepultarían sus prendas en el olvido, fué sombra que hizo sobresalir mucho más la luz de su ingenio: y puede decir lo que el famoso Agis, diciéndole que ciertos hombres no podían ver sus glorias, respondió advertido: Téngoles viva lástima á los infelices, porque así tendrán dos tormentos, uno de sus mismos males y otro de nuestros bienes. Y si la deformidad que causa la envidia después del pasado lance en la Universidad, trasciende á la doctrina del autor, podrá decir lo que Marcial, pues leyendo un envidioso sus libros, solía torcer el labio con desprecio y arquear las cejas con ceño, leyendo de mala gana lo que no podía leerse sin aplauso. Y parecióle á Marcial (y con razón) que no se le podía echar tan ajustada maldición á su malicia, como que muriera de envidia de todos y él no la padeciera de nadie:

Quid ducis vultus, et non legis istas libenter?
Omnibus invideas, invide, nemo tibi.

Queda la doctrina de este libro bastantemente afianzada. Por todo lo cual, y no haber hallado en él cosa que se oponga á nuestra santa

fe católica, ni á la integridad de las buenas costumbres, y por la utilidad común que de él ha de resultar, debe V. A. concederle la licencia que suplica, para que cuanto antes se dé á la prensa. Este es mi sentir, salvo, etc.

Madrid, y Agosto 6 de 1711.

Dr. D. Juan Jiménez de Cortos.



SUMA DEL PRIVILEGIO.

Tiene privilegio de los señores del Consejo Real de Su Majestad el Dr. D. Miguel Boix, por término de diez años, para poder imprimir este libro, intitulado: *Hipócrates defendido;* como más largamente consta de su original, despachado en Zaragoza en el Oficio de D. Pedro Fernández de Ocaranza, á 22 de Mayo, año de 1711.

SUMA DE LA TASA.

Tasaron los señores del Consejo Real este libro intitulado: *Hipócrates defendido,* á ocho maravedíes cada pliego; como más largamente consta de su original, despachado en el Oficio de D. Pedro Fernández de Ocaranza, en Madrid, á 20 de Noviembre de 1711.

ELOGIO AL AUTOR DE ESTE LIBRO, del Dr. D. Fulgencio de Benavente, Catedrático que fué de Vísperas de la Universidad de Salamanca, y su Graduado; Médico de Cámara de ejercicio de entrambas Majestades, del Sr. D. Carlos II (que de Dios goza), y del Sr. D. Felipe V (que Dios guarde) y su proto-médico.

He visto y leido con atención un libro compuesto por el Dr. D. Miguel Boix, Médico de Cámara de Su Majestad y Catedrático que fué en la Universidad de Alcalá; cuyo título es: *Hipócrates defendido.* Y he dicho, no sin reflexión estudiosa, que le he leido con atención, porque no una sola vez, sino muchas, he tenido el reiterado gusto de examinar con admiración particular tan docta y bien meditada enseñanza: siendo los libros de semejante acierto y estudio, aquellos de los cuales dijo un gran maestro que agradan y agradarán, aunque se repita su lección diez veces.[1] Y dice también, que esta obra era parto de singular meditación; en lo cual sólo se pudiera cifrar su más encarecido elógio: siendo la meditación y contemplación de las materias que se tratan, la que produce las obras grandes y consumadas, más que el material bulto de mucha y confusa lección, y la inepta acumulación de escritos ajenos. Máxima es ésta que asientan hoy los hombres más sabios; pero no tan nuevamente que no la dejase enseñada é ilustrada el gran Sol de las Escuelas, Santo Tomás,[2] que pone la meditación por el último y más principal medio de adquirir por vía del estudio el conocimiento de la verdad.

Reside ésta, y vive en una región muy remota y apartada de nuestros sentidos, cercada además de eso de nubes y de nieblas; ó (como lo aprendía Demócrito) en el fondo de un pozo ó de una caverna, de donde el inquirirla y sacarla es el conato más noble y más fructuoso á que siempre debe aspirar todo racional entendimiento.[3] Así, en este último siglo

1 *Hœc vero oculatius introspecta, ac repetita decies, dabit doctis, quod discant, quod exosculentur, quod admirentur denique, et stupeant.* Vallesius.

Decies repetita placebunt. Horat. in Art.

Hipocr. lib. Epidemior. *Non ea, quœ legimus; non ea, quœ audimus; sed ea inque diu meditamur optimé calemus.*

2 *Div. Thom.* 2. 2. *quœst.* 180. *art.* 3 *ad* 4.

3 *Anaxagoras pronuntiat circumfusa esse tenebris onmia. Empedocles, angustas esse sensuum semitas quœritur, tamquam illi ad cogitandum rhedu, et quadrigis opus esset. Democritus, quasi in puteo quodam sic alto, ut fundus sit nullus, veritatem iacere demersam.* Lactant. de vera Relig. lib. I.

ha sido oficio de los hombres más sabios de Europa, y principalmente en nuestra Facultad Natural y Médica, no sólo el escribir reflejamente del estudio de inquirir ó indagar la verdad, como ha hecho con suma aprobación un grande Ingenio;[1] sino de procurarla hallar prácticamente en algunos objetos; dejado el apoyo de la autoridad por vía de la experiencia y de la especulación; haciendo gloriosas empresas en estas ciencias, é ilustrando con no menos verdaderos que poco creidos antes descubrimientos el Orbe Literario, de que se pudiera hacer el Catálogo, que saben los doctos. Está toda arte, y más la nuestra, muy sujeta á errar; si se conduce solamente, ó por la ciega manuducción de la autoridad, ó por la apariencia confusa de lo verosímil: pues aun nuestro divino Hipócrates afirma esto mismo;[2] y que en las yerbas más conocidas por saludables, puede encontrarse veneno, por el accidente á lo menos del acaso, si sucediese el haberlas corrompido el aliento de algún insecto venenoso; y es sumamente necesario en ella el procurar inquirir lo verdadero, sacándolo de entre las reglas falaces de lo que solamente está apoyado por la autoridad, ó por las comunes apariencias.

Con esto se puede satisfacer al escrúpulo de apartarse nuestro docto autor en algunos ó en muchos lugares, del dictamen, y la autoridad de muchos de nuestros más insignes Maestros, Valles, Heredia, Mercado, Riverio, y aun otros; porque á tanto como eso le empeña el deseo de indagar y descubrir la verdad, á la cual ni puede causar perjuicio, ni prescripción, ó el espacio del tiempo ó la autoridad de las personas, ó el privilegio de las naciones y los reinos, como sabiamente enseñó el profundo juicio de Tertuliano:[3] excelencia en fuerza de la cual puede ser la verdad apretada, y tal vez con argumentos, ó sofismas impedida de lucir; pero vencida, no puede ser, pues contenta de los pocos que la siguen, no se asombra de la muchedumbre de los que la impugnan.[4]

¡Oh señor! (dirá alguno) que tampoco se muestra la verdad con evidencia necesaria en la probabilidad de estos discursos. Qué mucho, si ella es tan difícil de dejarse hallar, y tan ardua empresa el sacar á luz las verdaderas causas de los mismos efectos, que ven y que admiran los ojos? O si no, dígase quién la podrá hallar, de tan varios fenómenos

1 *Pat. Malebranche, de inquir. verit.*

2 *Et ipsa Ars a recte faciendi proposito ob fortunæ casum aberrat. Et paulo ante: non una, et eadem, et omnium Natura, et aliud sibi ipsi decernens as similat. ac familiare facit, aliquando totum perdit: et herbis multa reptilia venenum immitunt, et hiatu suo internoipsarum teneritudini afflictionem pro auxilio inspirant: et huius rei ignorantia erit nisi sane nota aliqua, aut macula, aut edor ferus, et gravis rei factæ indicationem fecerit.*- Hippocr.

3 *Veritati nemo præscribere potest, non spatium temporum, non patrocinia personarum, non privilegium Regionum.* Tertul. de veland. Virgin.

4 *Veritas claudi, et ligari potest, vinci non potest, quæ et fuorum paucitate contenta est, et multitudine hostium non terretur.* Hieron. in Procem. comment. in Hierem. lib 5.

como se observan en la naturaleza? El flujo y reflujo del mar; la atracción y repulsión magnética; la apariencia del color verde, para el aumento en todo el reino vegetable y aun en el mineral, que observó con docta advertencia el Padre Atanasio Kircher, y otros muchos, tan admirables como ordinarios? Será, pues, muy digno de alabanza nuestro autor, en procurar (aun cuando del todo no lo consiga) hallar la verdad: teniendo aquí lugar la de aquella sentencia, que ya en forma de proverbio dice, que aun el conato de la volundad es digno de alabanza en las empresas grandes. [1]

Ni el ser moderno y nuevo le debe con razón disminuir cosa alguna de su justa alabanza. Lo primero:

Quid prohibet? Veteres non ne fuere novi? dijo con ingenio y juicio un gran paisano mío. [2] Y en fin, no está Dios (que es quien debe ser entendido con el nombre de la naturaleza) cansado, ó débil para producir y hacer tan grandes sujetos, como los antiguos. [3] No dudo tendrá la erudición y doctrina contenida en este libro muchos á quienes no agrade, y consiguientemente le impugnen: pero en lo que ella alcanzare el punto fijo de la verdad, cuanto más impugnada quedará más superior, y á todas consideraciones más ilustre; que dijo la suma elocuencia de uno, y bien insigne Padre de la Iglesia. [4] Con esto he dicho no todo, pero parte de lo que siento, y de lo que se puede y debe decir, no sólo en aprobación, sino en elogio del autor y del libro: y está dicho consiguientemente, que nada contiene ajeno de las reglas de nuestra santa fe y buenas costumbres, ni tampoco de la bien fundada Filosofía.

Este es mi parecer, salvo, etc.

De mi estudio. Madrid, y Noviembre 10 de 1711.

Dr. D. Fulgencio de Benavente.

1 *In magnis voluisse sat ets.*

2 *Iacob. Falcon. lib. 2. Epigram.*

3 *Sum ex ijs qui mirer Antiquos: non tamen, ut quidam temporum nostrorum ingenia despiciam. Neque enim quasi lassa, et effecta Natura, ut nihil iam laudabile pariat.* Plin. lib. 6. epist. 21.

4 *Nullo eget auxilio veritatis vis. Quin etiam si infiniti ipsam velint extinguere, non modo non obscuratur, verum etiam per eos ipsos, qui incommodare connantur, illustrior, et excelsior redditur, illos frustra se torquentes deridens.* Chrysost. apud Stobæum serm. 46.

ELOGIO DEL DR. D. JUAN MUÑOZ Y PERALTA, Catedrático que fué de Vísperas en la Universidad de Sevilla: Presidente y fundador de la Sociedad Regia de aquella ciudad: Médico de Cámara de ejercicio de entrambas Majestades, y del Excelentísimo Señor Duque de Osuna, etc.

El asunto del Dr. D. Miguel Boix, Médico de Cámara de su Majestad, es tan singular como útil. Lo primero acredita la solicitud con que intenta indagar cuál fué la práctica de Hipócrates, en que con la confusa miscelánea de sus legítimas y espurias obras, han vacilado los primeros ingenios, por la oposición y variedad de sus doctrinas. Lo segundo testifican los continuados aciertos de los que las han penetrado, establecidas más con la discreción de la omisión, muchas veces, que con la tropelía desconcertada de impertinentes aplicaciones de los que creen remedios precisos. El Dr. Boix, instruido en tan fundada doctrina, logra en este escrito su lucimiento, con la singularidad de su inteligencia práctica: sobrándole á tan noble obra los aplausos, cuando en sí tiene tan acreditados méritos. Así lo dice el Dr. Juan Broen en caso semejante:

Merx bona multorum plausus contemnit ubique:
Ipsa sibi virtus gloria sufficiens.

Solicita este autor insinuar á los médicos vulgares lo errado de su práctica y poco concerniente á la doctrina de Hipócrates, así en las calenturas malignas como en otras: y en aquellos prueba, que las más veces son los sucesos fatales por las repetidas evacuaciones, no indicadas de aquellas ni de sus causas (aunque algunas veces, por la concurrencia de sus indicantes, que es casual, se deban ejecutar), pues lo maligno que trae el carácter de su causa en los síntomas, ya acidísima, ya amarguísima, ya muy falsa, ó muy acerba, etc., ó ya la mixtión de estas, no se corrige con evacuaciones, como piensan los que no saben, si sólo con la atemperación de sus fermentos, por sus específicos medicamentos, propios, si se conocen, ó comunes, si se advierten: conservando las fuerzas y recreándolas; que es en lo que consiste el feliz éxito, y de donde se debe esperar una buena crisis; la que se vuelve imposible con la impertinente repetición de las evacuaciones: doctrina que en la curación de las calenturas previno Avicena: *Si enim evacuatur sanguis multus subito, evacuatur multum de eo, cuius non est necessaria evacuatio, et debilitatur virtus a resistendo in crisibus expectatis.* Y por ello empezó aquí mismo con el saludable consejo en el uso de las sangrías: *Et consilium quidem*

meum in phlebotomia est, ut dimittatur quantum possibile fuerit. No hay duda en que suceden crisis, y hay días decretorios: aunque no creo que siempre son unos mismos en todos. Esto persuade la razón con la experiencia: y el mismo Hipócrates, como se nota en las epidemias, y Lucas Tozzi *ex professo* lo trata.

Alábese, pues, un médico que sabe no hacer remedios muchas veces; y vitupérese el que muere y mata por hacerlos, embarazando las obras de la naturaleza: téngase presente como insinúa el Dr. Boix el *Maioris Artis ets cessare cum expedit;* y el *Naturæ morborum medicatrices;* y el *Natura omnino sufficit.* No digo que siempre, pero muchas veces, y otras tantas se debe atender al beneficio de las calenturas, que las han tenido mil veces por útiles los doctos. Hipócrates sintió mal, como todos, del rigor apoplético, y funda su esperanza en este y otros accidentes en las calenturas: *Nisi febris apprehenderit.* Y en otra parte: *Valida febris superveniens bonum.* Y en otros muchos casos que han notado antiguos, y mucho más notan los modernos, considerando á las calenturas muchas veces como medio para la depuración de la sangre y líquidos. Esta doctrina tan bien ponderada del Dr. Boix, coloca á Hipócrates en el respetuoso folio del primero, y dió motivo á los modernos para que pusiesen á la Facultad Médica en el auge que hoy se mira y admira. Por lo cual todos tratan á Hipócrates con más veneración que á otro alguno: y sólo algún extravagante genio, como el paradógico de Sinapio, se le atrevió. Bien lo dice Jacobo Sponio en estas palabras: *Unde inter tos huius ætatis auctores, qui veterum dogmata mordaci exagitarunt calamo, nemo fere est, qui Hippocratem, quasi Medicinæ parentem, non veneretur.*

A Hipócrates se deben los fundamentos de la Medicina moderna en la mayor parte. El dió motivo á Othon Tachenio y sus secuaces para sus doctrinas de ácido y álcali, deducidas de los libros de *Dieta.* En estos mismos da motivo á la filosofía de texturas y configuraciones, tan una con la de Demócrito, que fué de su tiempo, y en el nuestro mejor tratada de Gassendo. El da motivo para el conocimiento de la cierta existencia de la circulación, que hoy es evidente en esta Corte; porque la hemos visto muchos en algunos animales con toda claridad, por medio de un singular microscopio. Hipócrates motivó los discursos de sales y sus analogías, como se ve en lo de *Veteri Medicina: Inest enim in homine, et amarum, et salsum, et dulce, et acervum, et fluidum, et alia infinita.* Dió luz de la fermentación, tratado el más útil, como consta del mismo lugar: *Sed in ferventem adhuc, et fermentatum cibum, etc.* Lo que con extensión toca Emullero en el tratado de *Medicina Hippocratica.* Sin que valga el efugio de si el libro es suyo ó no: pues no habiendo otra prueba de los libros legítimos de Hipócrates, más eficaz, que la de la conexión como doctamente toca el autor de este escrito,

se nota ésta con claridad en el libro de *Natura hominis*, como advierte Jacobo Sponio, donde dice: *Hippocrates, quod Naturæ suæ magis affine est, sicut semina ex terra, ubi et acidum, et amarum, et dulce, et falsum, et cuius que modi.* Y de este libro dice el mismo Jacobo Sponio: *Qui ab omnibus pro legitimo habetur.* Y hay en él otras palabras de conexión con el de *Veteri Medicina.* No se contentó Hipócrates con dejar tan fundadas doctrinas, pues además de esto previno había mucho más que saber: *Et reliqua deinceps invenientur;* y dió medio para la consecución, no con sofisterías ni falaces argucias, sí sólo con sensata filosofía, que es tan precisa al médico: *Oculis autem magis credere oportet, quam opinionibus.* Defienda, pues, con razón, y ame el Dr. Boix á Hipócrates, á la verdad docto y compendioso. No con más razón dijo Francisco Lenio á otro aficionado de Hipócrates estas palabras: *Tu, Vir clarissime, Hippocratem, qui tibi fuit, non crescentis, sed adultæ gloriæ materia, iure amas, et sive medendo, sive erudiendo sic exprimis, ut non eius virtus, sed nomen tantum tibi desit. Vale.*

Así lo siento, salvo, etc.

De mi estudio. Madrid y Noviembre 12 de 1711.

Dr. D. Juan Muñoz y Peralta.



ELOGIO AL AUTOR DE ESTE LIBRO, del Dr. D. Antonio Rodríguez, Médico de la Real Familia de Su Majestad (que Dios guarde) y del Excelentísimo Sr. D. Francisco Ronquillo, Presidente de Castilla.

Muchos días há que conozco al autor de este libro, y asimismo la suma aplicación que siempre ha tenido á las letras en medio de la pesada tarea de su ocupación. Siempre le he tratado en la familiaridad que hemos profesado, de *estoico*, por parecerme su vida un vivo retrato de los filósofos de aquella secta. La obra es como de su autor, á todos visos grande, sin que el censor más escrupuloso tenga motivo para echar menos ninguna de las cualidades que ha de tener una obra cabal. Es el tema de este libro: *Hipócrates defendido;* y reparo que el autor en la defensa usa de tal claridad, que ha de tener muchos redobles de ciego el que tropezare en alguna oscuridad en medio de tanta luz. Mucho se me ofrecía que poder decir acerca de esta obra; baste (como cantó el otro) el decir el nombre del autor, ponderando la valentía de su espíritu, la gravedad de su estilo, la claridad de su elocuencia, la sutileza y elevación de sus discursos:

Ingenium, doctrina, stylus felicior uno
Omnia dixisti nomine, Pierius.

Por muy dificultoso tiene Galeno en el lib. 8, cap. I de *Compositione Medic. secun. locos*, el reducir á la razón al que con servidumbre dió ascenso á alguna secta (ya de médicos, ya de filósofos). Así dice: *Quod difficilimum sit ad veritatem revocare eos, qui Sectæ alicuius servituti se addixerunt.* Mas el autor (aunque preocupado su entendimiento, de otros tiempos, de algunas de las muchas doctrinas médicas que después de Hipócrates han inventado los médicos), reparando en el sistema de Hipócrates, por verle tan ajustado á la razón y á la experiencia, ha tenido el valor y resolución de apartarse y desasirse de todas ellas, y seguir su doctrina. Y más á vista de lo que confiesa que le enseñó Luis Dureto, insigne comentador suyo: que más medicina se sabe en un día, estudiando por Hipócrates, que en un siglo por todos los demás prácticos: *Maiorem scientiæ, et praxeos ubertatem comparari a studioso Hippocratis uno die, quam ab istis Pragmaticis uno sæculo*, dice en los comentarios que hace sobre las coacas.

Defensorio ó manifiesto es lo contenido en este breve volumen, á mi modo de entender, según el autor se queja en el proemio al lector. Pero reparo lo primero, en la modestia con que el autor se defiende.

No es muy practicable el que se sujete á la razón el que se halla irritado, pues le parece que está tan obligado á resentirse como se halla inquieto en el dolerse. Esta es una de aquellas extraordinarias tempestades que necesitan del timón del respeto para sosegarse, gobernando como piloto el dominio de los afectos; de suerte que unas veces con desprecio se burle de las valientes borrascas; y otras, con fuerza rompa los asaltos impetuosos de las olas tan rigurosas. Carneades, académico, resuelto á escribir contra Zenón, padre de la rígida secta de los estoicos, tomó por purga el eléboro, para purgar el estómago de todos los malos humores, y en particular de la cólera, para que sus humores no le enturbiasen el ingenio en semejantes ocasiones: pues así lo refiere Aulo Gelio en el lib. 17 de sus *Noches Aticas*, al cap. 15: *Nequid e corruptis in stomacho humoribus ad domicilium usque animi redundaret.* Pero como la defensa es tan natural, me persuado el que á cualquier hombre prudente le parecerá bien el defenderse: si bien aquella cordura de la inculpable defensa es una línea tan dificultosa de tocarse sin pasarla, como lo puede ser al que corre hacia abajo por la cumbre de un monte muy pendiente el ser obedecido de sus pies y cuerpo, en pasos tan apresurados de aquel más precipicio que carrera, de suerte que no exceda con muchos pasos el término en que debía firmarse. No obstante todo lo ponderado, si calla el ofendido, parece que se confiesa reo; si no responde con osadía, tendrán por remordimiento de conciencia culpada lo que es dictamen de inocente modestia. Pues ¿qué remedio en semejantes conflictos? Los estoicos, al paso que tienen tanto dominio sobre las pasiones, dan reglas para todo esto; pues conocen y saben que la ira en el que disputa es argumento de flojedad y presagio de perdición: como al contrario, la quietud del ánimo (de que tanto se precian los estoicos) del que discurre, y la risa en el semblante del que habla, son premisas del triunfo y conclusión de la victoria. De esta suerte aquel príncipe amigo de Sidonio Apolinar, entonces se tenía por vencedor en las controversias, cuando la ira del contrario lo publicaba. Así dice en el lib. 3, epíst. 2: *Oblectabatur commotione superari, et tunc demum credidit sibi cesisse colegam, cum fidem fecerit victoriæ suæ bilis aliena.*

Preguntan algunos críticos: ¿á quién de los hombres que florecieron en letras (voy hablando en lo natural) en los siglos pasados, se debe dar la primacía? Algunos son de sentir, que nadie la merece como Homero; otros, que Platón; otros, que Aristóteles, y otros quieren, que otros. Pero á mí me parece que van más fundados en razón los que anteponen á todos estos á nuestro Hipócrates, pues el conjunto de todas las ciencias naturales, en ninguno de todos los referidos se ha hallado como en él. Además, que el mismo Homero, hablando del médico que sabe con perfección su arte, se dejó decir:

Est medicus unus vir multus anteferendus.

Esto se entiende, que va hablando Homero de cualquier médico docto. Pero de Hipócrates ¿qué diremos? Oye á San Agustín (citado por Reyes) y repara lo que dice de Hipócrates, que más parece hipérbole que alabanza: *Creavi Deus Hippocratem tanquam virum in arte medica minime errantem.* Y Galeno en lo de *Temperamentis*: *admirabilem omnium rerum magistrum.* Oye á Anuncio Foecio en el Proemio de los siete libros de las Epidemias, y sabrás de una vez lo que fué Hipócrates. Dice así: *Hippocrates natura admirabilis est, genere toto gravis, artis complexione insignis, clarus, præceptionum comprehensione infinitus, verborum ornatu grandis, interdum præssus, concisus, sententijs creber, et sapiens, comprehensione rerum brevis, et ob eam ipsam causam obscurus.* Además, ¿qué hombre docto de los muchos que Dios ha enviado al mundo ha sido de tanta utilidad á la naturaleza humana como Hipócrates, ni que más la haya favorecido en sus mayores calamidades y miserias? ¿A ver si hay otro hombre á quien le cuadre todo esto, por docto y sabio que le consideres? Mucha razón, digo, que tiene el autor de este libro en empeñarse en defenderlo, aunque más le noten de extravagante y novelero, por oponerse á la corriente de los más prácticos que después de Hipócrates han escrito. ¿Que haya hombres (decía Séneca con su gran juicio) que pudiendo beber en la fuente, se anden á buscar las aguas encharcadas de los arroyos? Mas dice Séneca: que los más de los autores que estudian una facultad, se anden unos detrás de otros como ovejas, sin dar un paso más allá unos que otros? ¡Oh cuánto más dichosas (decía un insigne jesuita) lucirían las letras, y con cuánto mejor uso se emplearían los años, los estudios y el ingenio, si dejando el infame empleo de mudar lo cuadrado en esférico, y poner perfil á lo que otros dejaron con desaliño, se aplicase todo el esfuerzo de nuestros pensamientos á enriquecer las ciencias y artes de alguna nueva inventiva, que desconocida de los pasados fuese de admiración á los presentes, y de grande utilidad á los venideros? Sólo una hoja de estos bastaría á merecerles aquel honor y crédito, que en vano presumieron muchas veces, con volúmenes tan extensos y libros tan dilatados.

Inventiva nueva es, vuelvo á decir, la que el autor de este libro te propone, supuesto que ignoras como los más el cómo curaba Hipócrates sus enfermos. Y si acaso se te hiciere arduo lo dicho, sírvete de leer el capítulo 3º de este libro, y á un mismo tiempo hacerte cargo de cómo lo prueba; que te aseguro que te ha de costar algún trabajo el desatar las autoridades, razones y experiencias con las cuales lo persuade y afianza.

Persuádome el que algunos se han de dar por sentidos de la novedad con que el autor discurre: pero como el fin es tan útil por dirigirse

al mayor alivio de la naturaleza humana, y ser Hipócrates primer inventor de dicha novedad (como lo prueba), será posible que tengas algún respeto, ya que no al autor sí á Hipócrates, por ser el médico de mayor autoridad que Dios ha criado, como dice San Agustín. Y si por último, disonare á algunos la doctrina (que también me persuado que no han de ser pocos), tendrá sumo consuelo el autor (como me lo tiene dicho) de verse impugnado, para que la verdad tenga sus mayores realces á vista de la impugnación. Sólo sentirá el autor que le impugnen con armas dobles, por ser en un contendiente dolo nefando de la cobardía, como de ingenio alevoso, el que en la lucha literaria se defiende con boca de fuego. Ultimamente, si el que leyere este libro fuere demasiado escrupuloso, y no quisiere conformarse con la práctica que persuade su autor, le suplico el que se sirva de leer en Jorge Baglivio (que no es de los autores que hoy en día con menos crédito corren en la Europa) en su tomo 1º, lib. 2, cap. 11, § 6, en donde verá compendiada toda la idea de este libro. Dice así: *Cum de acutis morbis inciderit sermo monendum hic obiter, graviter errare illos, qui acutos, et inflammatorios morbos remediorum copia tandiu afficiunt, donec natura quo se vertat nesciat, et hinc inde tum a morbi vehementia, tum a remediorum pondere varie distracta, tandem cogatur succumbere. Nec mirum, nam morbi acuti, præsertim febres huius generis, sæpissime sponte sua sanantur, ut in pauperibus, et rusticis observamus: siquidem ille idem humorum impetus, qui febrim excitavit, ille inquam idem eosdem disponit ad præcipitationem morbosæ materiæ stato coctionis tempore peragendam: atque hæc præcipitatio, cum sit solius naturæ opus, nullibi sane tam graves, et innumeros committunt errores medici, quam in curatione febrium prædictarum: perturbato enim, distractoque motu illo ordinato naturæ, a repetitis toties, vel absque methodo exhibitis medicamentis, nec febris minuitur, nec crisis stato tempore succedit, sed patiens dubio Marte colluctatus, vel in perniciem, vel in cronicos morbos delabitur.* Yo lo que puedo testificar es, que en muchas juntas que el autor y yo hemos tenido en varias ocasiones, le he visto curar con esta práctica que propone, con felicísimos sucesos. Y por decirlo todo de una vez, repito y concluyo diciendo, que es obra cabal en todo: y así me persuado el que Apolo no ha de tener á mal el que este libro éntre á ocupar los estantes de la Biblioteca délfica. Así lo siento, salvo, etc.

Madrid, y Noviembre 6 de 1711.

Dr. D. Antonio Rodríguez.

ELOGIO AL AUTOR DE ESTE LIBRO, del Dr. D. Gregorio Antonio Redondo, colegial que fué en el de la Madre de Dios, de los teólogos de la Universidad de Alcalá: primero en licencias y opositor á las cátedras de Medicina.

No fuera cumplir con mi cabal amistad y precisa obligación, si no celebrara con la atención más justa el empeño del autor, en dar á luz una obra (á mi ver) tan provechosa para los que sinceramente la quisieren cotejar con la experiencia, testigo el más fiel para en lo físico calificar doctrinas verdaderas. Y aunque mi inutilidad me dicta el silencio, pero la precisa obligación de corresponder agradecido (aunque al autor le cueste el trabajo de sonrosarse) me necesita á decir algo de varón tan pasmoso y doctrina tan útil; pareciéndome su mayor elogio verse de tantos emulado, efecto de su suma aplicación y retiro grande: pues sintiendo con Verulamio que los amigos son ladrones del tiempo: *Amici sunt fures temporis;* siempre se ha retraido de todos: motivo en las cortes de calificar por raro lo virtuoso; pues según Horacio, quien procede así tiene por ganancia la misma virtud.

Est et fideli tuta silentio
Merces.

Quiso decir el lírico, que aunque por ser humilde el virtuoso no habla, no por eso pierde; porque en las ocasiones que se ofrecen volver por sí, con el silencio suele responder más bien que otros con la retórica de Demóstenes. Es tan antigua esta emulación, que siendo catedrático en Alcalá, desde donde empecé á disfrutar su doctrina, no era bien visto de los más; porque valiéndose en sus presidencias de la doctrina de los escépticos con quienes en filosofía más ajusta su dictamen, se evadía con extrañeza y novedad de algunas dificultades. En aquel tiempo era tenida por más rara y nueva aunque no debiera; en especial entre los médicos, pues tiene su mayor apoyo en nuestro príncipe Hipócrates. Y á Valles, tan venerado de los antiguos, no le pareció mal; pues en su *Sagrada Filosofía*, al cap. 64, comentando el capítulo primero y tercero del Eclesiastés, dice: que la doctrina de los escépticos se conforma mucho con las palabras del texto: *Quibus plurimum videntur adstipulari præscripta verba Ecclesiastes.* Y con la misma en su cirujía práctica por seguir la doctrina de César Magato, menospreciada de muchos, hizo maravillas (como lo publicaron muchos habitadores de Alcalá y de la

corte), pues llagas tratadas por otros por muchos días con notable peligro y dispendio de los enfermos, en breves días los restituyó á perfecta y cabal salud: todo debido á su suma aplicación y experiencia; apreciando lo que es más conforme al bien común, no haciendo caso de lo vulgar; manifestando en esto el no desear complacer, sí menospreciar el interés que de ello se suele seguir, efecto propio de la virtud. Y así se esfuerza de hacer más de lo posible, caminando por donde otros no han podido. Oye ahora á Horacio, en el libro 3º, canto 2º, y verás, con el estilo que acostumbra, lo que dice de la idea del autor y de su trabajo:

Virtus recludens immeritis mori
Cœlum negata tentat iter via:
Cœtusque vulgares, et udam
Spernit humum, fugiente penna.

Y así persuadido con la experiencia de cuarenta años con que establece y corrobora su doctrina, á que es muy conforme á la mente de nuestro Hipócrates, y con los lugares casi expresos que cita la da á luz por el bien común, sin hacer caso de la nota á que se expone por lo especial; si bien teniendo la conformidad que presume, el que le instare puede temer ser reprendido de algunos doctos; pues Cardano, sobre el Aforismo 22 del libro 4º, reprende á los que niegan la doctrina de Hipócrates: *Constat sane idem esse negare Hippocratem, et veritatem.* Y si en Medicina ser una doctrina verdadera consiste no en el ornato y disposición de voces con que se explica, ni en la hermosura del decir (de que no hace caso el autor, si de con su grande ingenio buscar la verdad, como dice San Agustín en el lib. 4 de *Doctrina Christiana*, cap. 2. *Bonorum ingeniorum indoles est in verbis verum quærere, non verba.* Y con quien parece hablaba Séneca, epíst. 75. *Non delectent verba, sed prosint; oratio sit talis, ut res potius, quam se ostendat. Non quærit æger medicum eloquentem, sed sanantem)* sino en que las más veces se siga de su ejecución y práctica los efectos que promete, pues un caso particular no la falsifica; porque así no hubiera ninguna doctrina verdadera, como lo siente Valles en el Método: *Nil est perpetuum in rebus humanis; nil est quod frequenter fiat, quod aliter fieri non possit.* Creo es verdadera la del autor, pues habiéndola yo experimentado en mi corta práctica muchas veces, he conseguido con ella sucesos felices, especialmente en las calenturas intermitentes; pues puedo asegurar con muchos de los Partidos en que he estado, á quienes no han pasado de cinco accesiones sin haberles hecho remedio alguno. Y algunos de los autores más clásicos de nuestros tiempos la favorecen mucho; pues Tomás Sydenham en el Prefacio á sus obras, expresamente declara ser el modo de obrar de Hipócrates el que enseña el autor: *Unde etiam non aliam arti demandat pro-*

vinciam (habla de Hipócrates) *quam ut deficienti naturæ succurrat, efrenem enerceat, et in ordinem redigat: utrumque vero hoc, tum passu illo, tum etiam methodo, quibus natura morbum expellere satagit, atque amovere.* Y concluye: *Atque hæc omnia peragit natura paucissimis adiuta remediorum formulis, alicubi etiam prorsus nullis.* Y Baglivio, médico tan feliz en la práctica, que entre nosotros es uno de los de mayor nota, en el lib. 2 de su Práctica, al cap. 5, § 3, en las palabras que se siguen (aunque largas) parece que se puso á compendiar la doctrina del autor: *Porro tanta est morborum in motibus suis constantia, et ordo, ut non solum in invasione, et progressu ordinem servent, verumetiam in declinatione, et exitu. Ideo videmus ex causis morbosis maturationem, depurationemque suam absolvere, alias spatio horarum, alias dierum, aut mensium, alias annorum: et si valida fuerit natura, interdum sponte sua, et absque medicis auxilijs desinere: ita tertiana exquisita, teste Hippocrate, et experientia, si sibi permittatur, quatuordecim diebus terminabitur: tantum enim temporis insumit tertianari, humoris specificatio, ut at depurationem perveniat. Et qualem cumque adhibueris methodum, qualiacumque præscripseris remedia, ut ante statutum illud tempus tertianam eradices, irrita erunt omnia. Neque mihi obijcias usum febrifugorum, quibus eam, veluti in ove iugulare contendunt rudes medici? Fateor talia interdum succedere: sed quid? Paucis interiectis diebus, vel ipsa erumpit ferocius, vel ipsius loco quamplures gravissimi morbi, asthmate, hydropes, febres lentæ, phthises, etc., qua de re experientiam consulant, et certiores fient. Eadem de causa purgationes, et phlebotomiæ perniciosæ quoque sunt in principio febrium intermitentium, a quarum usu, vel duplicantur statim, vel ruunt in peius, ut quotidiana, et constanti certum est experientia. Quod si contingat interdum (contingit autem sæpissime) tertianas exquisitas ultra quatuordecim progredi, et extendi etiam ad menses: pleuritidem ultra septimum, aut quatuordecim, et sic de alijs morbis: tribuendum id erit, vel contraria methodo medendi, scilicet quando per initia purgantibus, phlebotomijs, et diaphoreticis impetuosis, naturæ cursum in lente separando humore peccante interturbamus.* Con que teniendo tales apoyos, bien puede el autor gloriarse del fruto que han de tener los que la practicaren; y los que somos sus afectos, darle las gracias por el sumo trabajo en haber aclarado y establecido doctrina tan provechosa para el bien común y salud del género humano.

Así lo siento, salvo, etc.

Madrid, y Noviembre 18 de 1711.

Dr. D. Gregorio Antonio Redondo.

AL AUTOR, Y EN APLAUSO DE LA OBRA

ROMANCE JOCOSERIO de D. Antonio de Zamora, Gentil-Hombre de la Casa del Rey nuestro Señor, y Oficial de la Secretaría de Indias, en la Negociación de la Nueva España.

Si fué (testigo Coronis)
Hijo de Apolo Esculapio,
Ya le destete el Amino,
Ya le envuelva el Epidauro.
Si fué de la Medicina
(Aunque lo sienta el Centauro)
Inventor, como lo fingen,
O Apolodoro, ó Erasmo:
No, señor Don Miguel Boix,
Disonará el ver que unamos
A la pluma de Avicena
La lira de Garcilaso.
Ya veo que no lo somos,
Ni vos, ni yo; pero andallo,
Y que afile el que mordiere
El diente en ese guijarro.
De vuestra obra en los aciertos
(Siendo ciencia, que no alcanzo)
Mal puedo hablar; pero en fin,
Los venero, aunque los callo.
Ojalá, como en mí, en muchos
Consiguiese el desengaño,
Que en lo que no entiende el juicio
No diese doctrina el labio.
Pero porque al fin sería
En nuestra amistad separo,
Que no rozase mi plectro
Una cuerda en vuestro aplauso;
Allá va (cómanle zoylos)
Un romance atravesado,
Que á medias, en el estilo,
Ni es coturno ni es zaparo.

Del prólogo (pues discurro
Que habla conmigo) me encargo;
Y á lo de buen lector, quiero
Meterme á mal escribano.
Que en él os quejeis á gritos
De la fortuna, no extraño;
Pues desde que hay mundo, estudia
En la puente de los asnos.
Demás, de que á la que hoy corre
La diéramos de barato,
Que hiciese dichosos, como
No creyera, que hace sabios.
Pues siendo así, ¿qué extrañeza
Es el que seais desgraciado
Siendo docto? Peor fuera
Ser feliz, y mentecato.
Gaste á su arbitrio entre necios
Sus premios, llévela el diablo,
Pues por sí el mérito basta
A enriquecer el trabajo.
Decís que la cirujía
Del señor Cesar Magato
Os perdió, porque quisísteis
Unir récipes y emplastos.
¿Para ser médico os culpan
Que hayais sido cirujano?
Esto es querer que al tocino
Se le deseche por magro.
Quien tal desatino dijo
Bien merece, estando malo,
Que le traiga una apostema
Desde Herodes á Pilatos.
En cuanto á que haber escrito
Motejen, en castellano,
No hay escrúpulo, aunque muchos
Quieran decir que hay pecado.
La buena agua siempre es buena,
Ya esté en oro, ó ya esté en barro;
Mas nadie ve lo que bebe
Si no es cristalino el vaso.
Muchos escriben sus libros
En latín; pero es el caso

Que como se los leen menos,
No se los murmuran tantos.
Pan por pan, vino por vino,
Es linda cosa, y sepamos
Si le da fuerza al estilo
El concepto ó el vocablo.
Ser para todos (según
Los objetos que ha copiado)
Sólo es prenda del espejo;
Pero es prenda, que es engaño.
En el amor de las ciencias,
Si he de estar amancebado
Con la mía, yo he de ser
El del gusto, y el del gasto.
No os aflija el que os murmuren,
Pues corriendo en el estadio,
No porque gruñan los gozques
Han de parar los caballos.
Buen ejemplar son las Musas,
Pues en el fecundo charco
De Hipocrene, ya presumen
De cisnes los renacuajos.
Por miedo de los gorriones
No se ha de sembrar? Mal año!
Qué más quisieran los picos
Que inutilizar los granos?
Que ladre á la luna el perro,
Poco importa, si pensando
Que la hinca el diente, en el aire
Se vuelve sorbo el bocado.
Vuestro libro (como todos)
Tendrá sus apasionados;
Y la prueba de que es bueno,
Será tenerle por malo.
Lo que más que todo importa
Es, dejar al orbe un rasgo
Como éste; y más que esté lleno
De figuras el teatro.
Y pues ya os he obedecido
En desairar con mi canto
La obra, á Dios, que libre á todos
De doctos de vuelo bajo.

PRÓLOGO AL QUE LEYERE

Dos son los motivos (benévolo lector) que he tenido para dar á la estampa este corto trabajo. El primero toca en crédito, pues le perdí, ó por mejor decir, me le quitaron desde los primeros años que empecé á practicar la Medicina. ¿Quién creyera que había de servirme de tropiezo ó embarazo para ser médico, el querer saber algo más de lo que se acostumbra? Más claro: ¿quién había de persuadirse el que por querer imitar un médico á Hipócrates, Galeno y Avicena, había de consistir su ruina en tal imitación? Pues óyelo, que así fué: Conociendo en mis primeros años de médico la falta que me hacía la Cirujía, no la teórica (que esa á la luz de un candil, aunque no sea el de Epitecto, se aprende á muy poca costa) sino la práctica, me determiné á dejar de ser médico por algunos meses, y á venir al Hospital General de esta Corte, á ser discípulo de Pedro López y Pedro de Castro, cirujanos mayores, por entonces, de dicho hospital. Pocos ejemplares hallarás de estos. Obtenida licencia de los superiores para poderla ejercitar, puse en práctica la Cirujía de César Magato, la cual, sin exageración, es la más alta y la más útil al género humano de cuantas se han escrito en todos los siglos.

Rumpantur licet ilia Codro.

Pero la malicia, que jamás está desprevenida, como dice San Juan Crisóstomo: *Semper servat suum venenum*, halló la puerta abierta para destroncarme, así en Medicina como en Cirujía. Pues los médicos, viéndome ejercitar la Cirujía, decían que era buen cirujano, pero corto médico. Los cirujanos por su parte, y por lo que les dolía, que era muy buen médico, pero corto cirujano. Y porque hoy en día aun persisten algunos en lo que dice Ovidio de la Fama:

Tota fremit, vocesque refert, iteratque, quod audit.

Determino en este papel volver por mi crédito y dar satisfacción á los que tan poca merced me hacen; pues como dice Aristóteles en el lib. 4 de sus Eticas, al cap. 5: *Qui namque non irascuntur pro quibus oportet, et ut*

oportet, et cum oportet, et quibus oportet, fatui sunt. Nam neque sentire, neque dolere videmur. At qui non irascitur, non est aptus ad ulciscendum. Perferre autem contumelias, et suos negligere servile est sane. No quisiera que me notaras que me valgo de la autoridad de un gentil para defenderme, cuando David, que estudió en mejor escuela que Aristóteles, con menos palabras y menos venganza, al Psal. 4, vers. 5 aconseja el modo con que uno ha de volver por su crédito, pues dice así: *Irascimini, et nolite peccare.* Que este género de defensa sea lícito, no lo dudes, pues los santos lo aconsejan. Oye á San Anselmo sobre la Epístola de S. Pablo ad Philip.: *Famam suam negligens crudelis est.* S. Agustín, en el libro de *Bono viduitatis*, dice: *Famam, qui custodit, non tantum in se, sed etiam in alios est misericors.* Pero para qué me canso, cuando Cristo Señor Nuestro, por San Juan, al capítulo 18, nos dió ejemplo pidiendo satisfacción de la acción tan sacrílega que cometió aquel malvado: *¿Si male locutus sum testimonium perhibe de malo; si autem bene, quid me cædis?* Pues ahora lo que te suplico es, que leas con atención (si gustares) los capítulos 3º y 6º de este Libro, pues con esto conocerás, si eres ingenuo, cuán justo es el motivo y la defensa cuán honesta y piadosa de volver por mi crédito.

El segundo motivo, P. L. de escribir este Libro, es manifestar al mundo lo poco que sé y he sabido después del largo trabajo y estudio de cuarenta años que practico la Medicina:

nec, si miserum fortuna Sinonem
Finxit, vanum etiam mendacemque improba finget.

Sólo hallo en Pedro García el Complutense semejante confesión en un Manifiesto que dejó escrito á lo último de su vida. No hubiera él sido tan grande si no confesara esto. Supongo que en mí habrá sido falta de talento, como sobra de ingenuidad en Pedro García, y mucha literatura, pues cuanto más doctos son los hombres entonces conocen menos las cosas: *Nullis enim omnia magis* (decía Valles) *conspicua videntur, quam ignorantissimis.* Cuando empecé á practicar la Medicina (ó fuése porque me dejé llevar de los verdores de mis años) me parece que sabía algo más de lo que sé ahora (aunque es bien poco), y es la razón, que como yo no distinguía por entonces, ni podía distinguir tampoco (por ser la Medicina más hija del tiempo que de los libros), daba algún ascenso más á los libros, que debía darles, por parecerme que sus autores habían llegado á lo sumo. Este es engaño común casi en todos los que empiezan á estudiar Facultades, pues piensan que todo aquello que los maestros les enseñan son verdades católicas. Algunos conozco yo de mi profesión (no obstante que son viejos) que jamás han dado un paso más allá de aquella pobre práctica que dieron de lección con sus maestros cuando fueron discípulos: sin hacer la menor re-

flexión si el autor por quien dieron la práctica tenía las prerrogativas que se requieren para ser médico y maestro. Mucho pide el padre, dijo un penitente á su confesor. No digo yo que los que empiezan á practicar la Medicina puedan distinguir todo esto; tiempo es menester, pero ¿qué dificultades no se vencen con el trabajo, con el estudio y con el tiempo?

En esta confusión me hallaba los primeros años que empecé á practicar la Medicina, pues á vista de la multitud tan dilatada de prácticas (así antiguas como modernas) que hay escritas en la Facultad Médica, no sabía distinguir, ni menos elegir, por cuál de ellas me podía gobernar en la curación de mis enfermos. Hasta que Dios fué servido de encontrar con Luis Dureto, segundo Hipócrates de Francia, el cual explicando la Coaca 24 del cap. 16, del lib. 2º, me sacó del mar en que estaba fluctuando. Dice así: *Maiorem scientiæ, et praxeos ubertatem comparari astudioso Hippocratis uno die, quam ab istis pragmaticis uno sæculo.* No es posible, decía entre mí, que este gran Comentador de Hipócrates, habiendo navegado primero este mar de confusiones en que yo estoy engolfado, deje de saber y conocer, por haberlo experimentado antes, los peligros y tormentas á que se expone el que continúa su navegación por él. Pues ¿qué remedio? Vuelvo la proa, sirviéndome de piloto Dureto, y encamino mi pequeño bajel á la playa de Hipócrates: en donde echando áncoras há muchos días, bendito sea Dios que vivo: *Medijs tranquillus in undis.* No echando menos las Biliotecas de Manget, los tomos de Teófilo Bonet, ni tampoco las Prácticas ó Pragmáticas que cada día van saliendo. Y si la autoridad de Dureto te hiciere poca fuerza, por ser médico viejo, y de los que ya no se usan, por estar la Medicina por los modernos en otro paraje de como él, y los demás antiguos la dejaron, sírvete de oir á Gedeón Harveo, médico del Rey y Reina de la Gran Bretaña, metido en medio de todos los buenos modernos, y verás cómo en su libro Aureo, de *Arte expectationis*, al cap. 2º, núm. 2, favorece la autoridad de Dureto, y á un mismo tiempo nos desengaña á ti y á mí de los desatinos que tenemos metidos en nuestras cabezas. Dice así: *At si vera proferam, vix mille passibus attingunt* (habla de los modernos) *candorem, honestatem, modestiam, doctrinam, et industriam Antiquorum, quibus circa morborum, et remediorum observationem fungebantur, quæ talis erat, ut comperirentur, quod abstinentia, et quietis concessio (i. e. nil agendo, et Naturæ spectatores se præbendo) plures curaverint morbos, quam variæ ipsorum medicinis Naturam torquendi, et interrumpendi rationes: quam regulam sæpissime tibi ab Hippocrate, Galeno, et Celso per omnia ipsorum opera sparsam, præceptamque reperies: adeo, ut ubicumque Moderni periclitatores unicum sibi assumunt curare morbum, isti* (que son los viejos que menosprecias). *Naturam spectando curaverin centum; quod revera nil aliud erat, quam agere Artem curandi morbos ex-*

pectatione. Muy posible será que también Harveo te disguste como Dureto, y los taches á entrambos (como acostumbras) al uno de vegestorio y al otro de mal moderno. Pues digo, que en tal caso Dios lo remedie, que yo para mí, por más seguros tengo los yerros de Hipócrates que los aciertos de los demás.

Notarás tal vez que me oponga con algún empeño contra las sangrías: pues advierte que no es mi ánimo el desterrarlas, como algunos autores lo han intentado; sí sólo dar á entender que Hipócrates sangraba poco, y en particular en las agudas: pues hasta ahora pienso que se ignora cómo se portaba con ellas. Y aunque es verdad que en los libros de *Victus ratione in acutis* manda sangrar á los que las padecen, pero todavía se ignora si los tales libros son suyos. Y si con algún empeño quisieres defender que los dichos libros son de Hipócrates, te suplico que me hagas favor de desatar la duda que te propongo en el cap. 3º de este Libro, que es: Si los enfermos contenidos en el primer y tercer Libro de las Epidemias fueron sangrados (excepto Anaxión) por Hipócrates, ó no. Pues si me dices que fueron sangrados y me lo pruebas, te aseguro de darte las gracias y después quedarte muy agradecido. Pero bien cierto es que no lo probarás, aunque más te aporrees, cuando Galeno, después de ser tan docto como todos lo saben, no lo pudo probar, como lo verás en el capítulo citado cuando lo leas.

También me parece que me has de culpar el que siendo Doctor Complutense y Catedrático, comento á Hipócrates (aunque no sea más que el primer aforismo) en nuestra lengua vulgar; cuando los demás expositores (que son muchísimos) han procurado exponerles con el mayor estilo y realce que contiene la Lengua Latina. Bastaba lo que Marcial dice en estos dos versos en disculpa:

Nobis non licet esse tam disertir,
Musas, qui colimus severiores.

Pero tú, que no te contentas con poco, como la naturaleza, querrás más satisfacción: pues óyeme y ten paciencia. Muchas son las razones que me acompañan para no haberlo hecho así como tú quieres, y dar satisfacción á tu malicia ó reparo. La primera: digo, que tuvieras razón, si me pudieran entender cuantos pretendo avisar. Y si ya por el otro extremo dijeres que es yerro entrometer latines en castellano, respondo que no escribo sólo para los ingenios beóticos, antes deseo que mis opiniones no sean creidas tanto como autorizadas y persuadidas: porque el docto, que todo lo entiende, podrá declarar al indocto los fundamentos de mis verdades. Con que aquel no juzgará tan despreciable la Obra, ni éste tan vana la palabra. Entretanto oye á Medea, y dí después lo que quisieres:

Utilior cuivis, quam mihi cura mea est.

La segunda: Si la lengua Castellana es natural, y la Latina artificial, por dónde me quieres tú persuadir á que hablaré, y me explicaré más bien en Latín que en Romance? Si no es que quieras defender, que vence lo artificial á lo natural: y en este caso, habremos de culpar á Tulio porque no escribió en Griego, sabiéndolo con tanta pere fección, y siendo lengua (aunque artificial para él) mucho más elegante que la suya. Y si Cicerón lo dejó de hacer por honrar su lengua nativa, ¿por qué quieres tú que yo lo haga con detrimento de la mía, cuando no lo desmerece? Los extranjeros, movidos de estas razones, se han quitado la mascarilla, y escriben los más en su propia lengua: y no contentos con esto, han vertido cuantos libros buenos hay latinos, así de Medicina como de otras facultades, en su propio idioma. Soy testigo de haber visto á Hipócrates, á Emullero y á otros muchos médicos traducidos en francés. Boyle escribió toda su Filosofía en inglés, sin desdoro de la lengua latina, que con tanta perfección sabía, sólo á fin de honrar y utilizar su nación. Así escribe el Padre Malebranche su libro de *Inquirenda veritate;* Renato Descartes, su discípulo Reyes, su *Curso Filosófico.* Monsieur Fontanell, secretario de la Academia de París, Galileo, la Chambre, Tardi, y por no cansarte, casi todos los parisienses. Verdad es que á Renato Descartes le tacharon, como á mí, en esta materia: pero oye la respuesta por entrambos, que es como suya: *Illos* (dice) *qui perfectam Latinæ linguæ cognitionem sunt assequuti, nullam ex ea habere praerogotivam, quam non haberet Ancilla Ciceronis.* No es esto decir mal de la lengua latina, pues nadie ignora la estimación que tiene, ha tenido y tendrá en todos los siglos venideros: si sólo el dar á entender, que el ignorarla, es torpeza; y el saberla, no de tanto crédito como algunos piensan. Cicerón lo dice, óyele, no me culpes á mí: *Non tam præclare est scire Latine, quam turpanescire.* Fué tal la vanidad de los romanos con su lengua latina, que llegó á tanto su locura que no permitían el que les hablase nadie, si no era en su propia lengua, aunque fuese la persona de más autoridad y estimación del Orbe: y así les obligaban á hablar por intérprete, aunque por otra parte entendiesen la lengua: como sucedió muchas veces con los griegos, pues los más de los romanos la entendían. Valerio Máximo, al libro 2, cap. 1, dice todo esto con buen estilo. No obstante, un ejemplo te lo dará más bien á entender. El Emperador Constantino, con ser bien entendido en la lengua griega, y hablándola, habiendo pasado á Bizancio, hoy Constantinopla, la silla del imperio, y dádole nombre de Nueva Roma, y también de ciudad suya, en la cual el griego se hablaba vulgarmente, con todo, guardó el respeto de la majestad de la lengua latina, hablando en ella por intérprete en las causas públicas.

Lo mismo hizo en el Concilio Niceno; pues pinta Eusebio el ornato y majestad imperial con que entró por medio de todo el Concilio haciendo reverencia á todos los Padres que en él estaban congregados, y haciéndosela á él con mucha demostración, sentóse é hizo un breve razonamiento: y dice Eusebio, libro 3, caps. 11, 12 y 13: *Hic ista Latino sermone, altero eadem interpretante locutus sermonem omnem deinceps Concilij Praesidibus concessit.* Pregunto yo ahora, ¿por qué no habló el Emperador Constantino en el Concilio Niceno en griego, y más sabiéndolo con tanta perfección? Responderás, que no quiso el Emperador hablar en griego (aunque lo sabía bien), para manifestar á los Padres del Concilio la estimación que hacía de la lengua latina. Muy buena razón es la que alegas en favor de Constantino y vanidad de los romanos: pero yo otra razón tengo y que hace más fuerza que la tuya, óyela: Sabía Constantino ambas lenguas, así la Latina como la Griega (y no sé si otras más) pero con esta diferencia, que la Latina era nativa, y la Griega, artificial ó extranjera: y darme tú á entender, que Constantino hablaba tan bien en griego como en latín, es darme á entender, que tú (seas quien fueres) hablarás tan bien en latín como en castellano; lo cual se lo puedes contar á tu abuela, que yo no lo quiero creer, por más latines que tengas en tu cabeza.

Y porque antes de dar á la imprenta este libro se me hizo este argumento, quiero darte satisfacción por más extenso con la autoridad de uno de los mayores latinos que ha tenido España, siendo teólogo de profesión; por lo menos en la inteligencia de la lengua latina no sé que sea segundo á nadie. No te lo nombro, tu curiosidad podrá ser que te le haga buscar, y si encontrares con él, sabrás que soy ladrón de buen gusto, pues me aprovecho de mis hurtos. Dice así en castellano, después de sobrarle tantos latines: Demás de que ya no se usa la lengua latina, y viene á ser por esto muy más difícil de lo que por sí misma lo es; que en cierta manera, la que no se platica, podemos decir que ya no vive sino sepultada en los escritos de aquellos que vivieron cuando florecía, y por esta razón que la castellana es lengua viva, en competencia de la que, como si fuera muerta, no habla sino escrita. Bien veo que en esto sigo parecer contra los presuntuosos llenos de ambición que los desvanece, teniendo por excelencia escribir en latín, lengua tan acreditada como Cicerón y otros elegantes hombres (que en ella escribieron) la dejaron (lo cual hace por satisfacer al mundo de sus estudios), y no advierten que yo á los mismos latinos imito en esto que ellos hicieron, de no escribir en otra lengua que en la suya propia; aunque entonces era estimada la griega, como entre nosotros ahora lo es la latina. De los cuales autores puedo advertir, que la excelencia de su estilo no nació tanto de la lengua que escribieron, cuanto del vivo espíritu de la elocuencia, que tan abundante se muestra en sus escritos:

pues vemos que igualmente no deleitan todas las escrituras latinas, sino más y menos, conforme á la bondad y mejoría de los ingenios de sus dueños, que muchos entre nosotros no son aceptos, aunque son autores de aquel tiempo cuando Cicerón escribió. De lo cual se infiere, que sola la lengua para acreditarlos no bastó, y que si los que son aceptos como Cicerón, escribieran en griego, no hicieran tan maravillosos efectos como vemos, porque no pudieran hacer la elección de palabras naturales, que con propiedad significan lo que queremos; ni supieran aprovecharse de la hermosura de las artificiales, que tanto suplen, adornan y componen la buena locución. Demás de haber acreditado y enriquecido su habla natural, y por premio de esto haberse hecho famosos; que no lo fueran si escribieran en otra lengua. En prueba de lo cual, bien podemos creer que muchos de los latinos de aquel tiempo escribieron en griego, de los cuales hoy no sabemos, pues el mismo tiempo, que es el verdadero juez de las buenas ó malas escrituras, no nos ha dejado ver en nuestros siglos ningunos libros en griego que sus autores no fuesen griegos. Y así el mismo tiempo nos da á entender esta como definitiva sentencia que ninguno puede bien escribir, como sea durable para eterna memoria en otra lengua que en la suya propia. Y aun es razón, habiendo de vivir de la manera que comunmente se vive, escribir también como generalmente se habla; porque la lengua es como la moneda, que para gastarla no ha de ser del cuño que ahora mil años se usaba, sino del que de presente es más conocido, y basta: y por su valor ha de tener grande significación, como de todos y en todo tiempo sea tenida y estimada. Demás de que si las palabras son verdaderos intérpretes de los pensamientos, ¿cuáles pueden ser mejores para este propósito que las propias y naturales? Siendo nuestra lengua eficaz en su decir, con la buena disposición de muchos vocablos, nombres, adverbios, figuras y proverbios que tiene para exprimir y declarar nuestros conceptos, tan al vivo representados como si con los ojos se vieran. Tiene variedad y elegantes modos de decir con gravedad, claridad y pureza, por su excelencia codiciados de todas las otras lenguas. Tiene trazas para dar forma conveniente á todas las ideas de nuestros pensamientos; porque si de una manera habla el hombre airado y de otra aplacado, con diferente término el viejo y el mancebo, con otro el que es de suave ingenio que el bronco y tardo: para todos estos efectos hace correr sus palabras con paso vivo, lento, modesto y apresurado, según que más á las acciones del que dice se requiere. No ha sido conocida esta su bondad admirable y provechosa, ni el yerro culpable que cometen los que siendo sus hijos no la han estimado para acrecentarla con sus escritos; hasta ahora en nuestros tiempos, que algunos varones doctos, persuadidos de estas y otras muchas razones la han favorecido con honra y fama que les haya-

lido. No te refiero el catálogo de hombres doctos que trae en confirmación de esta verdad, los cuales han enriquecido con la lengua castellana sus escritos. Y si no, dime: ¿el P. Fr. Luis de Granada y el P. Eusebio Nieremberg (no te quiero citar más), no eran muy grandes latinos entrambos? Dirás que nadie lo duda. Pero pregunto yo ahora: ¿por qué no escribieron estos Padres las obras que nos dejaron en latín? Dirás que estos Padres miraron el fin de que todos los entendiesen, y asimismo que aprovechasen á todos. Pues ¿por qué no quieres tú que yo los imite, cuando mi fin se conforma con el de entrambos? Ultimamente concluye el dicho autor: Y pluguiese á Dios que así como se va disminuyendo este error de no escribir en lengua castellana entre los doctos varones del siglo presente (y es de saber que este autor escribió el año 1599, si él hubiera visto lo que después acá se ha escrito en nuestra lengua), así los que nos han de suceder reconociendo esta verdad hiciesen lo mismo, como fuesen reducidos todos los otros libros de las otras lenguas á la nuestra, para que los tuviese y gozase. Por estas y otras razones he comentado este primer Aforismo de Hipócrates en nuestra lengua castellana, sin menosprecio de la lengua latina: por parecerme que será de alguna utilidad, así para los estudiosos de la facultad, como para los que no gustan de que los médicos les apliquen muchos remedios. Y también porque yo no me excusara de culpa dejándolo de escribir, pues todos los hombres tienen obligación de servir en lo que puedan á su patria y nación.

La tercera razón que tengo de no haberlo hecho así, como á ti se te antoja, es porque me consta que hay muchos médicos, los cuales á cuatro líneas de latín (en particular si es como el de Fernelio, Pareo, Foesio ó Doleo) se empalagan: pues por no levantarse á ver lo que dice Pancracio ó Nebrija (si acaso los tienen), echan con Barrabás el libro y tal vez toman la tema con el autor, que lo escribió con tan buen estilo. Ya te estoy oyendo, que me arguyes de poco atento, por lo que lastimo: pues oye al Padre Juan de Mariana, insigne jesuita, en su prólogo de la Historia de España (no sé si algo enfadado por haberle obligado á escribir segunda vez su historia en nuestra lengua castellana, la cual tan elegantemente escribió primero en la latina), y verás cómo aun lo dice con palabras más claras, por no decir ofensivas: pues yo sólo hablo de algunos médicos, y él comprende á todos los profesores más doctos de las demás facultades. Dice así: *Volvíla en romace muy fuera de lo que al principio pensé:* No sé lo que se debió de pensar, discúrrelo tú, que yo ya lo discurro, por lo que inmediatamente dice: *Por el poco conocimiento que de ordinario hoy tienen en España de la lengua latina, aun los que en otras ciencias y profesiones se aventajan.*

La cuarta razón, y la principal, de haberlo escrito en romance, es para que así el médico como el enfermo me entiendan á poca costa: pues

á San Agustín se le daba muy poco que los gramáticos le censurasen, como le entendiesen los más. Y también porque Tulio en su lib. I de Offic. lo manda así: *Sermone uti debemus, qui notus sit omnibus.* No se desdeñó Hipócrates después de haber escrito su Medicina con tanto realce en su propia lengua griega, el escribir el libro *de affectionibus* en estilo muy bajo y muy humilde para que los idiotas (como él dice, y también su comentador Marciano) lo entendiesen y se aprovechasen de su medicina: gastaba Hipócrates poca vanidad, era todo su fin aprovechar á todos, ahora fuesen doctos ó indoctos. Ultimamente, si todas estas razones no te hicieren fuerza, por parecerte que más bien estuviera escrito en latín, respondo con el cómico in Penulo: *Quamquam Sumus Parpereuli, est domi, quod edimus*, y mas que nunca lo creas. Pues quien tiene habilidad para escribir en alabanza de Hipócrates un epigrama de 18 versos latinos, también la tendrá para escribir en prosa (supuesto que no es tan dificultoso) lo que se le antojare.

Advierto que no es mi ánimo de ofender á nadie, aunque la extravagancia del asunto del cap. 3, 4 y 5 lo parezca. Siempre voy hablando en general, para que nadie se dé por ofendido. Así hablan los filósofos morales y los oradores cristianos, cuando reprenden vicios y costumbres, sin que nadie los pueda tachar de desatentos. Y si acaso en particular impugno alguno, es con la modestia que notarás: pues lo primero, procuro que la impugnación sea de otro, para que si te disgustare lo que yo digo, tengas que responder por entrambos: y porque mejor se defienden dos que uno: *Funiculus triplex, etc.* Lo segundo, que dado que en algunas ocasiones me observes que gasto algunos ácidos ya salados, ya pónticos, como dice Hipócrates, bien sabes tú que los más de los autores de nuestra facultad (aunque no sean de los más discretos) gastan su poco de sal y gracia á ratos: y si no suelen ser insulsos, los cuales nadie los quiere leer por incípidos. Aun á San Pablo, escribiendo á los Colosenses, no le desagrada este modo de responder, pues al cap. 4 de dicha espístola les aconseja que lo hagan así: pues dice al vers. 6: *Sermo vester semper in gratia salesit conditus, ut sciatis, quomodo oportet vos unicuique respondere.* No quisiera fastidiarte en la repetición de algunas autoridades; y así te suplico que me disculpes con Séneca: *Numquam satis dicitur, cuod numquam dicitur satis.*

También notarás, que jamás se me cae de la boca la palabra naturaleza en toda la exposición de este aforismo: Pues advierte, que aunque en la voz me conformo con Hipócrates, Galeno, Aristóteles y los demás gentiles, en lo significado me aparto de todos ellos. Pues como buen católico, no puedo asentir al juicio que de ella hicieron: pues llegó á tal extremo su ceguedad, por falta de fe, que la adoraron por diosa. Oye á Orfeo lo que dice de ella en estos versos:

O Natura omnium Mater Dea, artificiosa admodum Dea,
Suscita trix honorabilis, multa Creans divina, Regina,
Omnidomans, indomita gubernatrix, ubique splendens.

Lo que siento (por serle tan afecto) es que el buen viejo cayese en este error, y la diese culto en el libro de Carnibus, con estas palabras: *Et videtur sane mihi, id, quod calidum vocamus immortale esse, et cuncta intelligere, et videre, et audire, et scire omnia, tum praesentia, tum futura.* En quien no hallo disculpa es en Galeno; pues habiendo llegado á sus manos los libros sagrados de Moisés (como hace conmemoración en los libros *de usu Patrium*, en los cuales celebra al autor de todas las cosas), se deje llevar del gentilísimo, diciendo de la naturaleza todo cuanto de ella dijo Aristóteles! Si gustares de ver este punto bien tratado, lee á Roberto Boyle en su tratado *de ipsa Natura*, en donde verás bien desatadas todas las dudas que en esta materia se te pueden ofrecer. Entretanto oye lo que siento de la naturaleza, valiéndome de la autoridad de Tomás Sydenham, el cual en la secc. 2, al fin del cap. 2, se explica así, para evitar equivocaciones: *Ego enim, quoties naturam nomino, toties causarum Naturalium complexum quemdam significari volo: quae quidem causae brutae licet, atque omni Consilio destitutae, non tamen sine Summo Consilio reguntur, dum suas, quaeque operationes edunt, suosque effectus exequuntur: nimirum supremum illud numen, cuius vi producta sunt omnia, et a cuius nutu dependent infinita sua sapientia sic disponit omnia, ut ad opera destinata se Certo quodam ordine, atque methodo accingant, neque frustra quidquam molita, neque nisi quod optimum est, ac toti rerum fabricæ, suisque privatis naturis, maxime accomodum, exequentia perinde, atque automata non pro suo, sed artificis consilio moventur.*

Ultimamente, lector, si eres prudente, serás como pocos, y siéndolo lee, leyendo considera, y considerando censura, que hasta aquí, ni excedes tu comisión, ni tuerces el derecho: y así no te recuso mi juez aunque seas mi enemigo: mas si eres de los muchos, sentiré que llegue este papel á tus estrados á parecer en juicio: Considerando que si el tuyo es tal, han de ser tus ignorancias sus faltas; y sospecho, que no tiene tantas como tú deseos de hallárselas: muchas sí, porque es más fácil el yerro que el acierto, y como dice Ovidio:

Rara tamen menda facies caret.

Apenas hay rostro sin falta, ni libro sin muchas; si no miente Marcial. Y aunque puede ser tan estimable el vituperio de los ignorantes como la alabanza de los sabios, con todo eso, yo temo las mordeduras, porque cualquiera tiene su daño.

Falsus honor iuvat, aut mendax infamia terret.

Pero ya me atrevo á suplicarte que le leas: y si por dicha mía te pareciere bien, no digas mucho mal, porque es fácil saber en lo fácil.

In causa facili, quemvis licet esse disertum.

Y si te sonare mal, ya veo que no dirás bien: Con todo eso te lo haga Dios, y á mí tan docto como tú te imaginas. Y si no toma la pluma, y escribe tú otro que te agrade, que aunque no sea tan bueno, te parecerá mejor, por lo que dice Tulio en el 5º de sus Tusculanas: *Te tua, me delectant mea.* Y mientras que no suspende el morder, que Marcial lo mismo le pide á Lelio.

Carpere, vel noli nostra, vel aede tua.

Y á buen seguro que fueras más recatado en juzgar, si por las sentencias mal dadas te hubiera de suceder lo que á Midas, por la que dió en el Certamen de Apolo y Pan. Mas no quiero disgustarte: pasa adelante, que no daña el leer, y aprovecha á veces.

Te quoque in hoc aliquid, quod iuvet esse potest.



AUCTORIS, IN LAUDEM HIPPOCRATIS.

EPIGRAMMA.

Hippocrates cunctis Medicina doctior extat:
Non mentem sanam, qui negat ipse tenet.
Hoc paucis notum, Duretus corde fatetur,
Interpres fidus, lux et imago Senis.
Quanta illi, nulli concessa est tanta potestas,
Ægros sanandi: sat sua scripta docent
Foelices Græci, quondam meruistis habere,
Qui tantum Medicum, quem Medicina colit!
Tu quicumque cito, tuto simul atque mederi
Iucunde exoptas; scripta revolve sua.
Dogmaticis fleret, si nunc tractatur ab istis.
Cerneret ille modum, quo Medicina sua.
Quid si a Gente Nova (salse ut Baglivius inquit)
Iudicium forsam perderet ille suum.
Cur Medica Hippocrates tantum celebretur in Arte,
Est, quia Naturæ verus Amicus erat.
Nullus post illum memoret, qui talia verba.
Natura omnino sufficit, Autor adest.

Naturæ morborum Medicatrices: Medicus vero Minister.—*Hippocrates.*

Non fingendum, aut excogitandum, sed inveniendum, quid Natura faciat, aut ferat.— *Verulamius.*

Et sane mihi non nunquam subijt cogitare, Nos in morbis depellendis haut satis lente festinare: tardius vero nobis esse procedendum, et plus Naturæ sæpe numero committendum, quam mos hodie obtinuit. Errat enim, sed neque errore erudito, qui Naturam Artis adminiculo ubique indigere existimat. Namque id si fieret, parcius humano generi prospexissit: set, quam postulat speciei conservatio: cum ne minina sit proportio inter morborum ingruentium frequentiam, et facultates, quibus pollent homines ad eosdem fugandos, etc.—*Thomas Sydenamius, in Morbis Acutis.*

EXORDIO

Vita brevis, ars vero longa, occasio autem præceps, experimentum periculosum iudicium difficile. Nec solum se ipsum præstare oportet opportuna facientem, sed, et ægrum et assidentes, et exteriora.

HIPPOCRATES I APHORISMORUM, APHORISMO I.

No es posible que se halle otro Aforismo entre todos los que Hipócrates escribió, que más artificio tenga, que este primero, pues si de todos los Aforismos que se contienen en los siete libros, dijo Suidas: *Divini senis Aphorismos omne ingenium humanum superare*, de este primero, sin mucha exageración, se puede decir, según lo que en sí contiene, que se excedió Hipócrates á sí mismo, pues dió motivo para que sus comentadores (que son muchos) se hayan explayado tanto como demuestran sus exposiciones, dejando á los venideros lo que dijo Séneca: *Patet omnibus veritas non dum est occupata, qui ante nos fuerunt non Domini, sed Duces sunt, multum ex illa relictum est futuris.* Jerónimo Cardano, uno de los comentadores de los Aforismos de Hipócrates, y que según muchos críticos fué de los que más bien lo ilustraron y comentaron, tropieza lo primero en la exposición de este Aforismo, contra Galeno, porque dijo ó dudó si era uno ó muchos Aforismos lo contenido en estas breves líneas. Ha sido notado Cardano de demasiado libre en sus escritos contra algunos escritores, y en particular contra Galeno, pero ya lleva su merecido por Julio César, Scaligero. Si Filoteo, antiquísimo intérprete de Hipócrates, definiendo que sea Aforismo dice: *Aphorismum esse sermonem verborum inopem sensibus autem locupletem.* ¿Para qué le quiere quitar Cardano la gloria á Galeno, de que le dé el sentido que se le antoja y le divida en las partes que quiere, cuando el Aforismo lo permite todo? A mí me parece, que tan lejos estuvo de errar Galeno en dividirlo en dos partes, que se quedó corto en no dividirlo en nueve. Y si no, repárese si lo contenido entre coma y coma no es una senten-

cia tan cumplida, que á no decir relación las unas con las otras, se pudiera sobre cada una de ellas escribir un libro, ó cuando menos servir de emblema para que se le hiciera un comento muy dilatado. Lo peor de todo es, que culpando Cardano á Galeno se deja sin comentar el Aforismo.

2. Miguel Sinapio, húngaro de nación, escribió el año 1697 un libro, el cual intituló: *Tractatus de vanitate, falsitate et incertitudine Aphorismorum Hippocratis.* El motivo que tiene Sinapio para derribar á Hipócrates de su solio (después de haber estado en él cerca de dos mil años), es decir: *Medicina non est articulus fidei.* Pero á mí me parece que otro motivo debió de tener Sinapio, que fué el que tuvo Herostrato en quemar el templo de Diana, una de las siete maravillas del Orbe, á fin de que quedara en el mundo memoria de tan desatinada locura. De todos los 54 libros que se hallan en las obras de Hipócrates, se duda de muchos si son genuinos ó no; pero de los Aforismos nadie lo duda. Todos unánimes y conformes confiesan que son legítimos hijos de Hipócrates. Mas dicen los intérpretes y expositores, que este libro de los Aforismos viene á ser una quinta esencia de todo lo bueno que Hipócrates dijo en los demás. Si porque los Aforismos de Hipócrates faltan tal vez en lo que prometen han de ser vanos, falsos é inciertos, pregunto: Sr. Sinapio, ¿lo que v. m. sabía (en el tiempo que anduvo peregrinando por las Hungrías y las Polonias) eran cánones de Concilio? ¿No conoce que en toda la medicina no hay cosa cierta? Y que ya el buen viejo se hace cargo en el libro de *Locis in homine* de todo esto, diciendo: *Propterea quod in ea firma aliqua doctrina tradi non potest.* Si v. m. hubiera leido con atención el primer Aforismo de Hipócrates, en particular en aquellas palabras *iuditium difficile*, me persuado el que no hubiera ensangrentado tanto la pluma contra Hipócrates; pero quien yerra en el principio no es posible que acierte en el fin, como dice San León Papa: *Impossibile est, ut bono peragantur exitu, quæ malo sunt inchoata principio.* Y así, quien no supo comentar el primer Aforismo ni entenderlo, menos voto tendrá en comentar los demás.

3. Los últimos comentadores de los Aforismos de Hipócrates que han llegado á mis manos, son Lucas Tozzi y Paulo de Sorbait; aquel comenta á lo antiguo y á lo moderno, éste á lo antiguo; ambos modestísimos, sin ofender en un ápice á las canas del buen viejo. Cuentan de un portugués que deseoso de ver la octava maravilla del Orbe, que es el Escorial, partió desde Lisboa á dicho sitio, y entrando en el primer claustro quedó atónito de ver lo primoroso de la fábrica, y sin aguardar á más se volvió á su tierra diciendo: que quedaba satisfecho sólo con haber visto aquel prodigio, contentándose con la consideración de todo lo demás. No hay duda que la fábrica de los Aforismos de Hipócrates es soberana. A mí, bástame sólo el considerar el artifi-

cio que tiene el primero, para discurrir qué tales serán los demás. No intento el comentarlos todos, que ese trabajo ya lo han tomado por su cuenta otros hombres doctísimos en la facultad médica. Además, que como decía el Sol á su hijo: *Et quæ non viribus istis munera conveniunt.* Sólo comentaré el primer aforismo (ora sea proemio ó aforismo, como dudan Valles y otros), quedándome atónito de ver lo que en sí contiene, como el portugués pasmado de haber visto sólo el primer claustro del Escorial.

CAPITULO PRIMERO.

VITA BREVIS.

1. Da principio Hipócrates á su aforismo con estas palabras tan preñadas, que si bien se consideran, pueden carearse con las del Génesis: *Memento homo quia pulvis est, etc.* No faltan comentadores que apoyen este pensamiento, queriendo que Hipócrates en estas palabras nos avisa de nuestra mortalidad; pero yo no asiento á este modo de discurrir, aunque es muy bueno y muy cristiano. No le pasó á Hipócrates por la imaginación tal reflexión. Por lo que Hipócrates dice que la vida es breve, es por ver los Artes tan dilatados, y, en particular, la Medicina, que por constar más de experiencia que de especulación (la cual se adquiere más con el tiempo que con el estudio), piden larga vida para poder rastrear algo, lo cual con la vida breve no se puede. Vió Hipócrates que la vida duraba poco, y el Arte se quedaba sin empezar, por ser tan larga, sin saber la causa de donde provenía esto, y prorrumpió: *vita brevis.* Bien cierto es que no conocía Hipócrates las causas por que la vida era breve, como lo conoció Job al cap. 14, ver. 5, diciendo: *Breves sunt dies hominis, numerus mensium eius apud te est, constituisti terminos eius, qui praeteriri non poterunt.* Galeno, y los más médicos de la gentilidad, no conocieron más causas de las enfermedades ni de la brevedad de la vida, que las que producía aquel ídolo (que en tanta adoración tuvieron) que fué la naturaleza mal entendida de muchos y venerada de todo el gentilismo. Y así se ve que Hipócrates, Galeno y aun muchos de sus discípulos, siempre andan con las causas naturales y no naturales á cuestas, sin levantar la consideración á otras causas distintas y más superiores de ellas, que llaman naturales, no naturales y *contra naturam;* en los gentiles hallo disculpa porque no conocieron á Dios, la cual no hallo en los médicos cristianos, los cuales saben por fe que hay otras causas

para morir y estar enfermos, muy distintas de las que conocieron Hipócrates, Galeno y los demás que vivieron ciegos en la idolatría. San Juan Crisóstomo, en la Homilía 37, sobre San Juan, etc., lo dice bien claro: *Morbi ex peccatis plerumque generantur.*

2. Y si alguno quisiere replicar, que ya Hipócrates en los pronósticos quiso decir algo, cuando dijo: *Si quid Divinum in morbis fuerit, etc.* Digo, que ni le pasó por la imaginación de acordarse de lo que voy hablando. Lo que Hipócrates quiso decir en esas palabras, fué el ver que en muchas enfermedades, no pudiendo rastrear sus causas, se refugiaban á causa superior (como aún hoy se usa), que eso quiere decir la palabra *divinum.* Que Hipócrates no entendiese por la palabra *divinum* lo que en ella en realidad suena, bien cierto es, pues ignoró la primera causa, ni supo que este mundo sub-lunar se gobernase por otra causa que la naturaleza. Por esta senda caminó también Aristóteles, ambos faltos de luz, pues ignoraron lo que Isaías dice al cap. 44, ver. 24: *Ego sum Dominus faciens omnia, extendens Cœlos solus, stabiliens terram, et nullus mecum.* Con el comento de Malebranche en el libro 3: *de Inquirenda veritate: Deus ipse erudit, et illuminat philosophos in cognitionibus, quas homines ex ingrati animi motu naturales appellant, quamvis, e Cœlo sint oriundae.* Lo mismo entendió Hipócrates por sí, *Quid divinum,* que Lucrecio por *secreta facultas.* Y así cantó en su primer libro:

Quod certis in rebus inest secreta facultas.

3. No digo eso por desdoro de Hipócrates, ni de Lucrecio, pues sé muy bien su alto modo de filosofar, por ser entrambos escépticos. Más causas hay para la brevedad de la vida, que las que Hipócrates, Galeno y otros muchos médicos mencionaron en sus obras. Dejo de ponderar lo mucho que Dios dice en las sagradas Letras sobre este punto, para que los médicos no anden buscando siempre los ácidos y álcalis exaltados. Déjemelo ponderar de una vez: por ser tan devoto de San Francisco Javier, referiré lo que el santo dice, estando predicando en el Oriente. No pudiendo el venerable Apóstol (por sus muchas ocupaciones) ir á predicar á la ciudad de Ormuz, envió al P. Gaspar Barceo, su compañero, y le instruyó de todo lo que había de hacer en el servicio de Dios; y lo que más le encargó lo dicen las palabras siguientes: *Visitareis á los pobres del hospital, exhortándoles á que se confiesen y comulguen, pues las enfermedades casi siempre nacen de los pecados.* Concluyo este pensamiento diciendo que Hipócrates no pudo amonestarnos de nuestra mortalidad en las palabras *vita brevis,* porque ignoró las causas que había para morir; sí sólo que era breve por lo mucho que había que saber. No quiero dilatarme más sobre este punto de la brevedad de la vida, porque es tanto lo que han dicho, así autores sagrados

como profanos, que se pudieran escribir tomos enteros sólo de esta materia: sólo añado las palabras de San Agustín en el sermón 74, por el realce que dan á las de Hipócrates: *Morbus perpetuus est haec vita.* Entretanto véase lo que dice Wolfango Lindenero *in Promptuario de vitae humanae brevitate.* A Pedro Bercorio, *in Promptuario morali verbo vita.* Y sobre todo al P. Roberto Belarmino, *conc.* 5, *de natura humanae vitae.* Los cuales dicen sobre esto lo que Hipócrates no soñó.

CAPITULO SEGUNDO.

ARS VERO LONGA.

1. Después de haber dicho Hipócrates que la vida era breve, da la razón inmediatamente, diciendo que es breve la vida respecto de ser el Arte tan dilatado. Esto dijo Hipócrates en aquellos tiempos. Yo sé que si el buen viejo diera una vista por la Europa y viera los sistemas que se han levantado sobre los cimientos que él echó, qué bien aprisa borrara la palabra *longa* convirtiéndola en grado superlativo, y dijera *longissima.* Sinapio, empeñado en perseguir á Hipócrates, dice que este aforismo no se puede acomodar á nuestros tiempos. Cuánta diferencia haya (dice) en la Medicina entre Hipócrates y los modernos, nadie lo ignora, pues estos la han enriquecido tanto que está muchas leguas más allá de como él la dejó, pues con la Anatomía, con la Botánica, la Espagirica y aun con la Dogmática Racional, la han levantado tanto de punto, que no la conociera si la viera. Y aunque es verdad (dice) que las varias sectas que han inventado los dogmáticos han hecho con su proligidad el Arte largo (como si los diez tomos que escribió Teófilo Bonet y los catorce Jacobo Manget, la hubieran abreviado). Juan Doleo, con su Enciclopedia Médica lo ha dispuesto de tal manera, que nos ha puesto el Arte tan breve, que de hoy más podemos decir: *Vita Longa Ars vero brevis.* Al capítulo sexto te responderé á todo esto con más dilación. Entretanto, el decir Sinapio que Juan Doleo nos ha puesto en compendio todo lo que otros han dicho con dilación, no es haber abreviado el Arte, sino haberle puesto en mayor confusión, pues como dijo el Lírico: *Obscurus fio, dum brevis esse laboro.* No es reducirnos el Arte á más inteligencia el proponernos siete sentencias entre sí tan diversas, pues como decía Tácito: *Multa nescire magna sit pars sapientiæ.* Asentado que el sistema de Hipócrates, en la curación, ha sido y será el más celebrado de toda la pos-

teridad y aun de los modernos de buen juicio, como se ve en sus escritos, pues jamás pierden al buen viejo de vista, ¿para qué servirá el meternos en un abismo de doctrinas entre sí tan opuestas que el entendimiento más experto, después de haberlas leido, no sabe qué rumbo tomarse ni menos distinguir cuál de las siete sea la mejor? Déjenos, Sr. Sinapio, con nuestra vida breve y Arte largo, que Hipócrates bien dijo: v. m. fué el que no lo entendió culpando á los dogmáticos, que han dilatado mucho el Arte con sus escritos, como si los modernos hubieran escrito poco. El Arte es largo, no por lo que piensa v. m. con muchos, por la multitud de libros que se han escrito (pues ya en los tiempos de Hipócrates había muchos más y Dios sabe si mejores), sino por lo que dijo Galeno, comentando este aforismo: *Veritas est inventu difficilis.* Esta es la razón por que Hipócrates dijo que el Arte era largo, y por la que los autores se desvelan por si la pueden encontrar, lo cual es tan difícil como dar por vanos, falsos é inciertos los aforismos de Hipócrates. Deje v. m. al buen viejo, Sr. Sinapio, no le muerda, pues hay quien le defienda, y tenga entendido que, para decir mal, todos tienen habilidad y no es muy fácil desacreditar á Hipócrates por tener tan asentado su crédito.

2. Algunos autores quieren que Hipócrates por estas palabras *Ars longa* amoneste y aterre á los que intentan aprender dicha facultad, por ser la más alta y más dificultosa de todas en lo natural. No me parece que discurren del todo mal los que así exponen dichas palabras. Pero como no es posible que deje de haber médicos en el mundo, dicen otros, y entre ellos Galeno, que no pudo Hipócrates ser de ese sentir, porque no parece conforme á razón el darnos preceptos para que aprendamos la medicina y á un mismo tiempo aterrarnos con él: *Vita brevis y Ars longa.* Me parece que Argenterio sobre estas palabras expone más bien la mente de Hipócrates, diciendo que lo que el buen viejo quiere dar á entender por ellas es, que los que son estudiosos, amigos del trabajo, y sobre todo, que tienen genio para dicha facultad, estos tales son aptos para aprender la medicina, aunque sea más larga. Pero los que son burdos, esto es, que tienen el entendimiento embotado (dice Argenterio), más aptos para un oficio mecánico que para letras; á estos tales les amonesta Hipócrates que no aprendan dicha facultad, pues no saldrán con ella. Pero tiene Argenterio contra sí una réplica indisoluble, y es que yo que escribo esto después de cuarenta años que practico la medicina, no he encontrado con un hombre tan sólo que sea incapaz de ser médico. Sólo los que no lo quieren ser no lo son. Esta es una réplica muy antigua, dirá Argenterio, y que ya Hipócrates en sus tiempos no lo pudo remediar por más que se quejó. Pues remédielo quien pudiere, que á mí no me toca.

3. Otros dicen, que el decir Hipócrates que el Arte de Medicina era

largo, fué ponderación; pues si no fuera así, no le aprendieran tan aprisa los que le estudian: pues vemos que en cuatro años con poca diferencia de estudios, salen á curar tan satisfechos, que se las apostarán á Esculapio, aunque más padre de la medicina le haya venerado la posteridad. Qué bueno es esto para la condición de los Persas, pues no permiten que sus médicos puedan aplicar remedio alguno á los enfermos hasta que tengan sesenta años de edad. Refiere la noticia Piero Valeriano en sus Emblemas con estas palabras: *Apud Persas medici vocantur Aragolabamas, quippe apud eos solis sexagenarijs remedia praescribere conceditur.* Brava pachorra gastan (si va á decir la verdad) los médicos de Persia, pues en este tiempo los médicos de nuestra tierra ya están hartos de andar en coche, haber enterrado á muchos, y dejar acomodados sus hijos, ó no en todo caso.

4. Muchos son los que se acobardan de ver y considerar lo dificultoso y dilatado de cualquier arte, y así se pierde tanta juventud en el mundo. Por no correr media docena de años algunos, andan corridos todos los días de su vida. Larga es la medicina, no se ignora, ¿pero qué dificultad no se vence con el trabajo? A los que no quieren trabajar todo se les hace largo. Yo aconsejaría á los tales que asentaran plaza de soldado, por ser oficio honradísimo y de mucha estimación para con los reyes; pero cuidado, que está cerca el *Vita brevis.* Concluyo diciendo, que por ninguna de las razones ponderadas por tantos hombres doctos, dijo Hipócrates que la medicina era larga, sino por las causales, que calla con tanto artificio. El Emperador Cayo solía decir del estilo de Séneca que era *Arenam sine calce.* Todos los que escriben lacónico como Hipócrates y otros muchos, se hacen dificultosos de entender por lo mucho que callan; y aun por esto dan lugar á tantos comentos. No reprendo el estilo, porque sé que hay muchos que gustan de oscuridades, ni tampoco alabo lo contrario. Con Ovidio estoy contento: *Medio tutissimus ibis.* Sólo con un *quia* que Hipócrates hubiera puesto antes de *Occasio praeceps*, quedaba el aforismo tan claro y tan patente, que no necesitaba del menor comento. Y así digo que es el Arte largo, porque la ocasión es velocísima, peligrosísima la experiencia, y sobre todo, el juicio dificultoso, por cuyas causas se dan tan pocos pasos en la Medicina (aunque más libros se escriban), porque no hay fuerza en lo humano para conocer la ocasión por ser momentánea, falsa la experiencia y el juicio tan dificultoso (como mostraré en su lugar), que no puede formar concepto verdadero de la menor cosa que contiene en sí este volumen tan dilatado del Universo.

CAPITULO TERCERO.

OCCASIO PRÆCEPS.

Dice Hipócrates que es el Arte largo, porque es la ocasión muy veloz, que esto significa la palabra *Praeceps.* Y aunque es verdad que Hipócrates en el libro *de Præceptionibus* la define con estas palabras: *Occasio vero, in qua tempus non multum.* No parece que en todas ellas dice tanto cuanto sólo con la palabra *praeceps.* Raro modo de definirla con sólo una palabra. Más trabajo le costó á Ausonio el pintarla que á Hipócrates el definirla. Oyele, que en seis dísticos te la prescribe con primor, y después repara la valentía del decir de Hipócrates, pues con una palabra sola dice tanto, como Ausonio con doce versos.

Quid talaria habes? Volucris sum Mercurius, quæ
Fortunare solet, tardo ego, cum volui.
Crine tegis faciem? Conosci nolo. Sed heus tu
Occipiti calva es? Ne tenear fugiens.
Quæ sibi iuncta comes? Dicat tibi, dic rogo quæ sis.
Sum Dea, cui nomen nec Cicero ipse dedit.
Sum Dea, quæ facti, non factique exigo pœnas,
Nempe, ut pœniteat sic Metanœa vocor.
Tu modo dic, quid agat tecum? Si quando volavi.
Hæc manet, hanc retinet, quos ego praeterij.
Tu quoque, dum rogitas, dum percunctando moraris,
Elapsam dices me tibi de manibus.

Demóstenes, príncipe de la elocuencia Griega, con más claridad y á nuestro intento nos declara que sea la ocasión, y así dice: *Occasionis, vox nil aliud est, quam diligens temporis, et cæterarum circunstantiarum consideratio.* Esta es la ocasión que Hipócrates define con tanta brevedad y los poetas con tanta dilación. Volvamos ahora á nuestra medicina y veamos qué nos quiere decir Hipócrates en estas palabras: *Occasio praeceps.* Lo que comunmente dicen los expositores sobre estas palabras, es decir que Hipócrates amonesta á los médicos sean muy solícitos en el conocimiento y aplicación de remedios en las enfermedades, porque de otra manera se pasará la ocasión, que es el alma de la curación, y perecerá el enfermo. Galeno en nombre de todos da la razón de todo esto diciendo: que como las enfermedades están fundadas en lo fluido, y éste de su naturaleza es tan poco estable, de ahí es que las enfermedades en brevísimo tiempo (en particular las agudas) se

malician ó se trasmutan en otras de peor calidad. *Quod continue fluit, et momento temporis transmutatur*. Buena doctrina para los que defienden que las enfermedades no consisten en lo fluido sino en lo sólido (cuidado Baglivio), bien está todo esto. Pero pregunto después de ser la ocasión, como dice Hipócrates: *Praeceps*, y decir Galeno en el primer libro *ad Glauconem: Cap. I. Occasio, quae prae omnibus est cognitu difficilima*. Y pintarla Fidias y los poetas calva, ¿habrá algún médico que la pueda agarrar y conocer para ejecutar los remedios en tiempo tan oportuno, que pueda decir ésta es la ocasión y no otra? En verdad que son muchos los que afirman que los médicos doctos la conocen. Y de los comentadores de los Aforismos citados, casi todos son del mismo sentir, gobernados de una autoridad, que traen de Hipócrates en lo de Arte, que dice: *Omnem morbum curari posse, si medicus occasionem oportunam non ommitat*.

2. Déjenmelo ponderar más. Paulo de Sorbait, uno de los médicos grandes que ha tenido Alemania el siglo pasado, como lo demuestran sus escritos, después de haber comentado estas palabras: *Occasio praeceps*, exclama así: *Hinc execrandi sunt testudinarij illi procrastinatores, seu cunctatores, qui semper cras intonant cum corvis, et totum naturae negotium tamdiu committunt, donec ea medicinae ope destituta, et vi morbi opressa fatiscat*. No contento con lo dicho, Sorbait se objeta á sí mismo sobre lo que ha comentado, y dice así: *Occasio est momentanea: ergo ars non est longa?* Respóndese asimismo: *immo Galenus I. ad Glauconem ait: ideo Artem esse longam, quia occasio est momentanea, quae non nisi a peritissimis medicis potest cognosci*. Con que supone Sorbait el que los médicos doctos conocen la ocasión de cuando se ha de obrar. Bueno va.

3. Todo esto se pudiera tolerar, si Sorbait no hubiera ensangrentado segunda vez la pluma en su Método Práctico, Tratado 7, cap. 10, *fol. mihi* 466, en donde mueve la cuestión con estos términos: *Quœres 27. Quid de cunctatoribus censendum, qui occasionum nullum penitus habentes rationem omnia procrastinant, et venemsectionem, et purgationem, etc. Dicuntque suun Naturœ cursum esse relinquendum, et crastinum semper expectandum? Respondeo* (dice muy satisfecho) *eiusmodi testudineos, cunctatores, et Hippocrati, et Galeno maxime contrariari* (después lo veremos) *qui occasionem prœcipitem fronte Capillata arripiendam esse consueverunt. Quin, et hi mihi ignorantes esse videntur, qui nullam morbi habent notitiam, et cum prima statim fronte ob inscitiam operari nihil possint, sub titulo longanimitatis, et providentiœ, usum remediorum tamdiu procrastinant, donec vel authores suos domi pervolverint, ignorantiae suae aliquantulum consuluerint, vel morbi altas egerint radices*. Y luego aforra todo esto con la autoridad de Ovidio: *Sero Medicina paratur, etc. An non vero* (prosigue, pareciéndole que no se ha desahogado bastantemente) *Tiranno, et carnifice crudelior*

est ille, qui in pleuritide, angina, phrenitide, febribus continuis, et ardentibus venæ sectionem, vel differt, vel cum capitoso Helmontio (que lo dije yo, que lo había de pagar Helmoncio) *plane intermisit? Quis die intermissionis capta occasione* (hay es una niñería lo que se deja decir el buen Sorbait), *in tertiana v. g. biliosa minorativum non tentat?* Respondo, que Hipócrates, que monta más que todos, como después se hará patente con su doctrina. Cito á este autor por muchos, por ser el que más ha sacado la cara en favor de los que obran mucho y aprisa, por no perder la ocasión.

4. Ahora bien, ¿cualquier médico que encontrare con la autoridad de Hipócrates citada en el libro de Arte y vaciada casi en todos los que han comentado este aforismo (que son muchísimos), y lea la execración de Sorbait con todo lo demás culpando á los que curan despacio y andan con pies de plomo, por si pueden encontrar con el acierto ó con la ocasión, y últimamente darnos á entender que los médicos peritos y doctos conocen la ocasión de obrar, no es materia de dejar la Medicina, como hizo Aberrohes, y tomar otro modo de vivir? No señor, responderán todos los escépticos, déjela quien quisiere, que nosotros bien sabemos que la autoridad de Hipócrates, citada en el Arte, no es suya (como lo testifican todos los que se han entretenido en averiguar qué libros sean genuinos de Hipócrates, y entre ellos Galeno, Lemosio y otros muchos). Además (y es lo más cierto), que los que afirman que esa sentencia es de Hipócrates, ignoran su modo de filosofar y piensan que es dogmático racional, y están engañados, y le hacen poca merced al buen viejo, pues lleva y asienta con todos los escépticos, que en los sentidos interiores no hay criterio. Él bien claro lo dijo en este aforismo: *Iuditium difficile.* Entretanto, oigan á Marco Tulio Cicerón, al fin del primer libro de las cuestiones académicas, en donde dice: *Omnes pene veteres nihil cognosci, nihil percipi, nihil siri posse dixerunt* (Pedro Gassendo, entre todos estos viejos mete á Hipócrates, y no se vale de otro argumento para probarlos sino es porque dice en este aforismo: *Iudicium difficile) angustos sensus imbecillos animos, brevia curricula vitæ, et ut Democritus profundo veritatem esse demersam.* Bendición de Dios es ver algunos médicos con la satisfacción que emprenden la curación de una terciana, pareciéndoles que tocan con la mano sus causas; que ven con claridad el lugar donde se fragua (este misterio en lo natural), que comunmente llaman foco; siendo así que Mercado y Heredia, que fueron los que más se desvelaron en sus tratados de tercianas perniciosas, se fueron al otro mundo sin poderlo averiguar, como no lo averiguarán los venideros si Dios no lo revela. Contentémonos con lo que dice San Ambrosio en una oración que hace *de Resurrectione: Ignota certe nobis sunt Naturae organa sed nota ministeria.* Bástanos el uso, no seamos soberbios. Hu-

biéranse gobernado Heredia y Mercado por lo que Hipócrates y Galeno dejaron escrito en sus obras acerca de esta materia, que por mi cuenta fueran las tercianas más fáciles de curar, y nos excusaran el trabajo de leer tanto en sus Tratados tan dilatados. No es decir esto mal de Mercado ni de Heredia, que muy grandes médicos fueron en su éra; sí sólo decir que por doctos que fueron no encontraron con la ocasión en la cura de las tercianas, pues Heredia casi contradice todo lo que dice Mercado, y entrambos se quedan tentando la ropa, sin conocer sus causas, ni menos la minera donde tiene su asiento una terciana. Concluyo diciendo, que la autoridad que citan del Arte no es de Hipócrates, ni tampoco el libro, ni pudo el buen viejo tener conocimiento (aunque el libro fuera suyo) de la ocasión, aunque más sus comentadores digan lo que quisieren, como lo probaré con autoridad divina y humana cuando explique las palabras: *Iudicium difficile.* Además, cómo pudo Hipócrates asentir á esa proposición cuando no asiente á estas, que parece que son tan patentes: *Nix est alba: Mel est dulce.*

5. *Hinc execrandi sunt testudinarij Medici, etc.*, dice Sorbait; dando á entender que los médicos deben ser muy cuidadosos en la curación de los enfermos, y solícitos para que la ocasión no se les vaya entre las manos, como sucede á muchos médicos, los cuales imitando el canto del cuervo suelen dejarlo todo al cuidado de la naturaleza, y en este tiempo perece el enfermo. Con que el médico (en sentir de Sorbait) que más aprisa aplicare remedios y más diligente fuere, sin aguardar que la naturaleza, como causa principal, haga lo más (como debe hacerlo), ese será médico muy docto: no podrá dejar de encontrar con la ocasión por más que Hipócrates diga que es precipitada, y los poetas y los pintores la pinten calva. Siempre á los viejos les he tenido gran veneración y respeto (así me lo enseñó el Espíritu Santo); venero las canas de Sorbait, pero no admito su doctrina: *Naturæ morborum medicatrizes*, dice Hipócrates en el 6, de las epidemias; *sect.* 5, *Medicus vero Minister Naturæ*, en otra parte. Pero en el estado que hoy se halla la Medicina, no es así. La naturaleza es criada del médico, y el médico el que lo hace todo, ó lo más. Mejor se curaba en otro tiempo con pocos remedios, que hoy con tantas farmacopeas y tanta multitud de secretos. Hipócrates, Galeno y Avicena, nos amonestan que huyamos de las enfermedades incurables, y hoy no hay cangro, hidropesía, tisis, etc., que no sea curable. Para todo han hallado los extranjeros remedio, sólo falta (como dice Sinapio) el que se encuentre un secreto contra la muerte.

6. Quejábase Galeno de Thesalo, porque decía que la Medicina se podía aprender en seis meses. Si él viera cómo hoy se practica la Medicina, dejara á Thesalo sin reprenderlo; ó lo más cierto de ello es que de-

jara á Roma, y se volviera á Grecia riéndose, ó blasfemando tal vez, de ver cuán sin método curan los más de los modernos; pues ni guardan tiempos, ni ocasión (que es el alma de la curación), ni observan los movimientos de la naturaleza; menosprecian y se burlan de la observación de los días decretorios. Lo que yo reparo es, cómo pueden con este método curar bien, siendo contrario á la razón, á la experiencia, á Hipócrates y Galeno, en que tienen fundada toda su Medicina; y últimamente á todos los buenos prácticos que ha tenido toda la posteridad, que aunque pobres de remedios curaban más bien que los modernos con los muchos que han hallado ó inventado; pues la abundancia de remedios no sirven, sino es para impedir á la naturaleza para que cumpla con su obligación, y servir de confusión á los que los aplican. Con menos remedios curaba Hipócrates las enfermedades, y con mayores aciertos; y no es otra la razón, sino es que dejaba obrar á la naturaleza, la cual hoy no la dejan, pues la multitud de remedios con que la abruman es tanta, que más sirve de impedirla que de ayudarla, para que tengan buen éxito las enfermedades.

7. Asentado el que es tan dificultoso el encontrar con la ocasión como el ser médico, quisiera saber de Sorbait y de los demás que siguen su bando (que son muchísimos), qué médicos son aquellos á los cuales llama *cunctatores, procrastinatores y tistudinarios*, tratándolos mal de palabra hasta echarles su maldición, que eso quiere decir *execrandi sunt illi.* Desde que soy médico, que há cuarenta años, he deseado saber con ansia cómo Hipócrates curaba sus enfermos. Habiendo consultado muchos médicos doctos en este punto, los más me dejaron dentro de mi confusión. Leyendo en sus comentadores (que á la verdad los tiene el mundo por doctos, y yo los venero por tales), por más que me desvelé en querer salir de mi duda, jamás pude encontrar entre todos ellos quien me sacara del laberinto en que me había metido. Viéndome perdido por no encontrar quien me alumbrase, me resolví á leer muy despacio todas las obras de Hipócrates. Leí con mucha atención cada libro de por sí, que son cincuenta y cuatro sin las epístolas. Procuré después de esto hacerme cargo de lo que dicen sobre sus obras los tres mejores comentadores que lo han ilustrado, que son Galeno, Valles y Próspero Marciano. Lo que saqué de este trabajo fué el aumentarse más mi duda, pues viendo la variedad de sistemas que trae en varios libros en orden á las causas de las enfermedades, no sólo desconfié de entenderlo, sino también de rastrearlo; y si no hágame favor el más expedito y más versado en sus obras, de concordar la variedad de causas de las enfermedades que trae en diversos libros, que muchos de sus expositores afirman ser legítimos hijos de Hipócrates. En el libro de *flatibus* afirma que la causa de todas las enfermedades son los flatos: *Hactenus ego* (dice) *morborum omnium causas flatus esse*

demonstrari. En el libro de *afectionibus*, y en el 1º de *morbis*, explicando la generación de todas las enfermedades, dice que la cólera y la flema son las causas de todas ellas: *Morbi omnes hominibus a bile, et pituita fiunt.* En el libro 1º, de dieta, dice que el fuego y el agua son las causas de todas las enfermedades: *Constituuntur quidem igitur, tum animalia omnia, tum homo ipse ex duobus differentibus quidem facultate, concordibus vero, et commodis usu igne inquan, et aqua.* En el 4, de *morbis*, afirma que las causas de todas las enfermedades son los cuatro humores, y dice así: *Mulier, et vir quatuor speties humoris in corpore habent, a quibus morbi fiunt, qui non a violentia aliqua fiant: sunt autem speties hæ pituita, sanguis, bilis, et hidrops, seu aqua.* En quienes está contenida la melancolía. En el libro de *Natura* humana y en el de *Structura*, dice que los cuatro humores, es á saber, sangre, cólera, flema y melancolía, son las causas de las enfermedades. Todo lo cual impugna en el libro de *Veteri Medicina*, pues dice: *In est enim in homine, et amarum, et salsum, et dulce, et acidum, et acerbum, et fluidum, et alia infinita omnigenas facultates habentia, copiamque, et robur.*

8. Cómo es posible creer que un autor tan docto y tan grave como Hipócrates, en materia que tanto importa, ande tan vario en la averiguación de principios y causas de las enfermedades, y que hayamos de creer que todos los libros que andan en su nombre sean hijos propios? No puedo dejar de alabar en esta materia á Galeno, pues el sistema que tomó (siendo tan dilatado en sus obras) sobre los cuatro humores, no le pierde de vista en todos sus libros. Con que sin el menor escrúpulo se puede afirmar, que los más de los libros que andan en nombre de Hipócrates son espurios. Gran parte de lo que voy ponderando ya lo confiesa Galeno, y después Lemosio, el cual se entretuvo en averiguar qué libros fuesen hijos legítimos de Hipócrates.

9. Vamos ahora á averiguar su modo de curar, que hago juicio que es tan distinto del que sus comentadores nos enseñan, y hoy se usa (diciendo que así curaba Hipócrates) cuanto va de lo vivo á lo pintado. Con esto podrá ser (si lo consigo) que Sorbait no censure con tanto rigor á los médicos que curan despacio, que á eso aluden las palabras *cunctatores, procrastinatores, etc.* Y si acaso no pudiese persuadir á Sorbait y á los que le siguen (que son muchos), de que las enfermedades (en particular las agudas) más bien se curan con flema que con cólera, en tal caso habremos de creer que Hipócrates fué mal médico, supuesto que con tanta lentitud y espera curaba sus enfermos, dejando pasar la ocasión; y por consiguiente, que la maldición de Sorbait á quien primero encuentra es á Hipócrates. Esto intento probar muy despacio, aunque se me vaya la ocasión, pues la daré por bien perdida como yo encuentre con Hipócrates.

10. Pregunto, pues: ¿cómo curaba Hipócrates sus enfermos? Con-

fieso, que en lo poco ó mucho que he leido en los Autores, así antiguos como modernos, en ninguno he encontrado á quien se le haya ofrecido tal duda. Todos unánimes y conformes (dejando algunos extravagantes) confiesan, que curaba Hipócrates sus enfermos con sangrías, purgas, ayudas, ventosas, baños, calas, oxirrodinos, pócimas, y otros muchísimos que se hallan en cualquier práctico Galenista. Y pregunto: ¿en dónde enseña todo eso Hipócrates? Responden que en un libro que escribió y le intituló: *de victus ratione in morbis acutis.* Vuelvo á preguntar más: ¿y después de ese libro habrá otro en que Hipócrates confirme su modo de curar? Responden todos que sí: que en los siete libros de las Epidemias, ó *de morbis vulgaribus*, cura sus enfermos como lo tiene ordenado en lo de *victus ratione.* Bien: con que estos dos libros son la pauta, ó los dos polos por donde la mayor parte de los médicos se gobierna? Dicen que nadie lo duda: y á la verdad lo prueba el ver que ninguno de los otros libros de Hipócrates (menos los Aforismos) ha merecido el tener tantos comentadores, ni tan doctos, como estos dos libros. Y con todo esto ¿habrá alguno que dude si estos dos libros son genuinos hijos de Hipócrates? Sí hay, responderán muchos de los que los han comentado. Galeno, que tiene más voto que todos, en varias partes de sus obras dice: que de los siete libros contenidos en el tomo de las Epidemias, sólo el primero y el tercero son legítimos hijos de Hipócrates. Los demás, dice que son espurios. Luis Lemosio, que fué catedrático de Medicina en Salamanca, y doctísimo (como lo demuestran sus escritos), tomó por su cuenta el averiguar esta duda, y es del mismo sentir que Galeno, citándole en todas las partes (que son muchas) que lo dice. Dejo de citar otros muchos que son del mismo sentir, por no cansar al lector.

11. Y después de todo esto ¿habrá alguno que dude del libro de *victus ratione in acutis* si es de Hipócrates ó no? Galeno y Valles lo dudan, como adelante se verá. Habrá otro modo de probar que estos dos libros, es á saber, el de *victus ratione in morbis acutis*, y el primero y el tercero de las Epidemias no son hermanos, hijos de un mismo padre? Sí hay, á *connexione*, que llaman los retóricos y los dialécticos: y es prueba real de la cual se valió Galeno en el tercer libro *de difficultate respirationis*, cap. I, para probar que el primer libro de las Epidemias, y el tercero, eran hermanos de padre. Oyelo: *Quemadmodum autem primus, et tertius liber Epidemiorum non solum ab Hippocrate compositiesse videntur his qui optime de his sentiunt, ac iudicant, sed etiam ob speculationis familiaritatem mutuo inter se connexi.* Pues ahora véase lo que Hipócrates dice y hace en lo de *victus ratione*, y si eso mismo lo ejecuta en los enfermos del primero y tercero libro de las Epidemias, que con eso saldremos de la duda en que nos hemos metido. En el libro de *victus ratione* cura con sangrías y pur-

gas Hipócrates todas las enfermedades (suponiendo el que todas son agudas) que nos pinta, como principales remedios de todas ellas. Y en el primero y tercero de las Epidemias, ¿cómo cura los enfermos que en dichos libros se contienen? Sólo de Anaxión se sabe que lo sangrase, y eso fué al octavo día. Los demás se curaron sin purgas y sin sangrías? Dirán: y ¿quién hay que dude que dichos enfermos se curaron sin remedios mayores (como dicen comunmente) cuales son la sangría y la purga? Respondo también preguntando: ¿y quién hay que diga que se curaron con ellos? Dicen que todos los comentadores. Poca fuerza me hace el que lo digan, si no lo prueban. No diciéndolo Hipócrates, dificultoso es de probar y aun de creer.

12. Ten un poco de paciencia, y verás cómo pruebo con más dilación este argumento. No puede ser el libro de *victus ratione in morbis acutis* de Hipócrates supuesto que no tiene conexión con el primero y tercero de las Epidemias, ni tampoco con los siete libros de los Aforismos. Vamos á la prueba: En el cuarto libro de *victus ratione, texto* 64, dice Hipócrates: *Hos si ab initio purgare volueris, ante diem quintum facito, si venter murmuraverit, etc.* Que en este texto hable Hipócrates de las enfermedades agudas, no es menester más que la autoridad de Valles. Galeno ya confiesa que el cuarto libro no es de Hipócrates. Otros, no contentos con lo que dice el texto, dicen que también en el sexto se puede purgar. Los que no observan crisis, ni días decretorios, se burlan de todo esto, siendo para ellos cualquier día, aunque sea seteno, onceno ó catorceno capaz para darle al enfermo, no sólo medicamento purgante, que eso lo tienen ellos por niñería, sino uno de los eméticos más vehementes que sabe componer la química. Si estos obran con racionalidad ó método, júzguelo quien quisiere, que yo sólo sé que no obran estos tales conforme la práctica de Hipócrates. Ahora vuelvo al texto, y pregunto al mayor comentador de Hipócrates: ¿si este texto 64 del libro citado se puede conciliar con el Aforismo 22 y 24 del libro primero? Ya le estoy oyendo que dirá, y con gran frescura, que sí, que se pueden concordar todos estos textos: pues si en el Aforismo 22 dice Hipócrates que se purguen los enfermos de enfermedades agudas en el principio, si la materia es turgente, también dice en este texto: *Si venter murmuraverit*, que en sentir de Valles es turgencia impropia. Pero yo, con licencia del buen viejo, le hago esta pregunta (si acaso el libro de *victus ratione* es suyo): si porque hay ruido de vientre, que eso quiere decir *si venter murmuraverit*, se ha de purgar el enfermo, para qué pondera tanto en el Aforismo 22 *ut plurimum vero non turgent*. Y en el Aforismo 24 *in acutis morbis raro, et hoc cum præmeditatione faciendum?* Si porque el vientre murmura se ha de purgar el enfermo, raro ó ninguno habrá que no pida purga en el principio de cualquiera enfermedad, ora sea

aguda ó no lo sea; pues raro ó ninguno es el enfermo á quien el médico visita la primera vez que no le halle con ruido de vientre; y más si es hipocondriaco. Vuelven á replicar, diciendo que el texto 64 de *victus ratione* concuerda con el Aforismo 29 del libro segundo, pues dice Hipócrates: *In principijs morborum, sí quid tibi videtur movendum move.* Aquí se me acuerda un chiste de un señor con un criado que tenía: ofrecióse pedir de beber el amo en la comida, y díjole al criado: traeme de beber, y si te parece, bebe tú antes un traguito. Hízolo así el criado, y el amo lo celebró mucho. Después con esta licencia, siempre que el amo pedía de beber, bebía antes el criado. Riñóle el amo, diciendo que una vez se lo había dicho, y eso con la circunstancia de si te parece. Esto mismo pasa con este Aforismo, pues por una vez que el buen viejo dijo: *Si quid tibi videtur movendum*, el diablo les ha dicho que siempre hay que mover.

13. Miguel Sinapio, que gasta buen humor á ratos, sin andar con estas concordancias ni quebrarse la cabeza, lo dice todo de una vez. Comentando el Aforismo 24 del libro I, dice así: *Contrariatur autem præsens Aphorismus praxi Universali, et per totum Orbem receptæ omnium Medicorum dogmaticorum, qui non raro, uti vult Aphorismus sed, quasi semper morborum acutorum curam a cathartico incipiunt v. g. in Athsmatel, Aploplexia, Catharro, sufocativo, febre maligna, peste administrant, cathartica, vomitoria: immo, et in angina, pleuritide blandiora solutiva ab initio suadent: Vide Sorbait, Senertum, Riverium, aliosque. Quomodo* (continúa) *hoc concordat cum illo Aphorismo. Corpora, cum quis purgare voluerit, oportet fluida facere. Notabilia* (prosigue Sinapio) *sunt verba Galeni super Aphorismum 24, nam quicumque multa cruditate laborant, vel tenaces, ac crasos cibos assumpserunt. Sicuti etiam quibus hipocondria distenta, atque inflammata sunt: aut supra modum calida, adque urinæ igneæ existunt, et hoc ipso in loco aliqua est viscerum inflammatio, omnes hi haud quaquam sunt apti ad purgationem.* Después de haber Sinapio ponderado las palabras de Galeno, concluye el comento de dicho aforismo de esta manera: *Hæc inquam (id est verba Galeni) posteriora in tantas angustias redigunt purgantia, ut si illa observare velimus videbimus errare toto Cœlo omnes hodie practicos, qui indiscriminatim in morbis acutis præcipue vero pestis tempore, curam inchoando cathartica exhibere solent.* No he citado á Sinapio por autor clásico, que ya sé que lo han de menospreciar: ni yo á la verdad le soy muy afecto, por la demasiada libertad con que trata á Hipócrates, sino porque es autor que en esta materia dice la verdad, y el Aforismo 24 del libro I nadie de todos los comentadores le ha sabido explicar como él, pues nadie se hace cargo del modo como Hipócrates curaba sus enfermos; y para que de una vez sepamos cómo Hipócrates se portaba con ellos en materia de purgas habiendo calentura, no es menester más que leer el texto 26 del 3.º libro de *fracturis*, que tal vez

porque no concuerda con otros textos que tienes metidos en tu cabeza del mismo Hipócrates, le menosprecies y des por espurio el tal libro; dice pues: *Quod si febre vacet æger sursum purgante medicamento utendum, velut dictum est quod idem etiam convenit, ubi febris non est assidua. Eo namque, si febris fuerit assidua abstinendum, etc.* Con que de sentir de Hipócrates ya sabemos que la calentura es contraindicante de la purga, y más si es continua, como lo era en los más de los enfermos del 1º y 3º libros de las Epidemias. Para conocer la fuerza que tiene este texto contra todos aquellos que en los principios de cualquier enfermedad aguda siempre quieren purgar (aunque más calentura haya), no es menester más que leer el comento que sobre este texto hace Galeno: pues debía haber aclarado, porque Hipócrates tiene por contraindicante de purga la calentura continua. No le hubo de estar á cuento el declararlo, y más habiendo comentado los libros de *victus ratione* y escrito los catorce del Método, en donde sangra y purga con la liberalidad que sabemos, por más calentura que haya.

14. Ahora bien, pregunto: Para que los libros de los Aforismos, los de *victus ratione* y los de las Epidemias sean legítimos hijos de Hipócrates, ¿qué han de tener? Nadie duda que han de tener la conexión que se requiere, para que no sean notados de inconsecuentes. Pues si en un libro enseña una cosa y en otro hace lo contrario, es argumento evidente, ó que los dichos libros no son de un autor mismo, ó que dicho autor anda encontrado consigo mismo en lo que enseña. Lo cual de Hipócrates no se puede decir, y más á vista de lo que nos enseña en el libro de *decenti ornatu* (hora sea suyo ó no), con estas palabras: *Quidquid autem artificiose dictum est, non autem factum Methodi inartificialis demonstrativum existit: nam putare, et non facere ignorantiæ, et inartificialitatis signum est.* Pues pregunto yo ahora: ¿cómo Hipócrates curaba los enfermos de enfermedades agudas, en particular las calenturas, en el libro de *victus ratione?* Nadie duda que sangrándolos y purgándolos todo lo que se le antoja. Y en los Aforismos, ¿qué manda Hipócrates que hagamos en los enfermos que padecen enfermedades agudas, en las calenturas en particular? De sangrías en calenturas continuas ó agudas, ni tan sólo un Aforismo se hallará que tal aconseje. En cuanto á purgas anda tan solícito Hipócrates en las enfermedades agudas, que si no es habiendo turgencia (la cual, como él dice, raras veces ó ninguna se ve), tiene por delito inculpable en el que tal comete, en particular en los principios. Veamos ahora, qué hace en los enfermos del primero y tercer libro de las Epidemias; yo te lo diré: pone en ejecución todo lo que tiene mandado en los Aforismos, que es no sangrar ni purgar enfermo alguno que tenga calentura aguda ó continua. Dirá alguno: ¿cómo puede ser eso, si casi todos sus comentadores afirman que Hipócrates sangró (aunque no lo diga) y tal vez purgó los

más de los enfermos que contiene el primero y tercer libro de las Epidemias? Ya he dicho antes que no importa el que lo digan, si no lo pueden probar. Y no es fácil el que hallen prueba, cuando Galeno no la halló. Luego los Aforismos, lo de *victus ratione*, y los dos libros de las Epidemias que son el primero y el tercero, no pueden ser de un autor teniendo entre sí tanta inconexión como tengo ponderado. ¡Ah, pobre viejo, y cuántos falsos testimonios te levantan! Cuántas veces oigo decir en juntas que dice lo que nunca dijo! Cuántas veces oigo decir que son palabras de Hipócrates, las cuales no soñó el decirlas en el sentido que ellos las citan!

15. No extrañe el lector el que me extravío demasiado, que como voy buscando la ocasión, y no la hallo, por ser tan veloz, como dice Hipócrates, *præceps*, quiero ver si en sus obras encuentro con algún modo más fácil de hallarla, y á menos costa de los enfermos: pues á los más de sus discípulos les es tan fácil encontrarla, que es para perder el juicio el ver cómo tratan un pobre enfermo en una enfermedad aguda: pues desde el principio hasta el fin (si acaso le tiene bueno) no cesan de aplicar cuantos remedios han estudiado de memoria: y con esto muy satisfechos dicen, que curando de esta manera no se puede perder la ocasión: pues si el primero ó el segundo no lo hacen, lo harán el tercero, cuarto ó quinto, como esto se haga aprisa: y echando el textillo de Hipócrates, *tardare in his malum est*, quedan muy consolados diciendo que ellos, cuanto es de su parte, ya han hecho todo cuanto ha sido posible; si no lo han conseguido, que no ha sido por culpa de ellos, ni por falta de remedios, pues bastantes le han aplicado, y bien aprisa, por no perder la ocasión: muy antiguo debe ser este abuso, pues há mil y setecientos años que se está quejando Galeno en el libro primero de *diebus decretorijs, al cap.* 11, y no se ha podido enmendar: *Quedam peccata* (dice) *committuntur a Medicis his admirandis* (que no sólo los médicos de las aldeas son los que atropellan con remedios) *putantibus, nisi quis ingresus ad ægrotum, deinde succingens se, vel cataplasma imposuerit, vel perfuderit, aduxerit, vel clisterem indiderit, vel venam inciderit, vel cucurbitulas adiunserit, vel confricuerit, vel nutriverit, aut huiusmodi aliud factitaverit, nihil ab ipso gestum esse artificiosum: hi enim, quoties ad ægrotum accedunt toties peccant.* Con palabras más ásperas lo dice Valles en su Método: *Nunquam magis insolentiores, quam cum plurima faciunt.* Todo esto se pudiera sufrir, si el vulgo ignorante no lo apadrinara; pues sólo tiene por buenos médicos á los que en lo exterior son más laboriosos. Explícome más: á los que más visitas hacen, más á deshora, y que jamás se despiden sin que dejen recetado nuevo remedio. De todo esto dieron razón Botallo y Magato; éste en su cirujía, diciendo: *Imperitiam labor compensat.* Aquel en su Tratado de sangrías: *Frequens invisio, aut Medici ignorantiam, aut extorquendi ægris cupiditatem significat.*

Pues pregunto: no ha de haber modo de distinguir ó no conocer, qué médicos sepan más bien su arte, si los que más afán traen consigo, y más remedios aplican al enfermo, ó los que menos hacen y dejan obrar á la naturaleza, y no la divierten? No señor, eso nadie lo conoce, si no es Dios, como nadie supo conocer el que los Obreros de la Viña que llegaron á la tarde, trabajaron tanto en dos horas como los demás en todo el día. Y después de todo esto (si la enfermedad ha tenido mal éxito en poder de estos operarios) que es ver cómo aplauden á los que así curan, los parientes y circunstantes, diciendo que no ha quedado remedio en la botica que los señores médicos no le han aplicado; y así que quedan muy consolados, aunque se haya muerto. Oigan ahora á Lucas Tozzi en el Tratado que intitula: de *Methodo, qua reguntur nostris temporibus, qui se Galenicos iactant*, en donde dice todo esto con mejor estilo: *Quod quamvis satis rudes, et imperiti hi Medici sint pleriq; tamem hominum inscitia longe illos superat, qui, et si occisos ægrotos ante oculos habeant Medicos prædicant præ nimia sapientia id efesisse; et ideo, quia insueta, et ingentia remedia tentare ausi sint.*

16. Vuelvo ahora de donde me divertí, y digo, que á ninguno de los enfermos que se contienen en el primer libro de las Epidemias y en el tercero, los sangró Hipócrates, ni menos los purgó: exceptuando á Anaxión, que lo sangró al octavo día, por varios motivos, como en su lugar se dirá. Galeno y Valles ya olieron la dificultad; pero les hizo tanta fuerza el desamparar el libro de *victus ratione*, que se fueron de este mundo sin querer creer el que Hipócrates no sangrase los enfermos de dichos dos libros, ni tampoco el que no los purgase. Oigamos las razones que tienen entrambos para no creerlo. Atiendan lo primero á Galeno comentando el primer enfermo del tercer libro de las Epidemias, comento I, el cual se llama Pythion, y reparen cómo duda, y también con qué dificultad se desembaraza de la duda. Dice, pues: *quia vero non in Pythione tantum, sed in alijs ægris multis qui sanguinis misionem, quantum nos ex ipsius scriptis conisciamus videbantur quærere non invenitur adscribere eam: alterutrum necesse est cogitemus, aut non detractum illis hominibus sanguinem, aut hoc eum auxilium in narratione ommisisse. At qui nemini horum, qui id requiribant, cui probatur missum fuise? Cum illi viro tanti illud remedium esset ut in germanissimis suis libris significavit in Aphorismis, et in libro de victu in morbis acutis, in libro de Articulis, ipsoque adeo in hoc tertio de Vulgaribus morbis libris, ubi de quodam ægroto* (que es Anaxion) *in hunc modum scripsit: octavo die cubitum secui: multum, ut debebat fluebat: nam cum octavo die sanguinem illi detraxerit, multo sane prioribus diebus magis hoc usum præsidio censeas, quod autem singulis, non adscripserit, quibus hoc adhibuit remedium ægris, cum meminerit eo minorum, ispsiusque adeo balani novum est. Ergo si quando utrinque est oratio absurda minus absurdum eligendum est. Censeo equidem auxilium in*

multis esse assumptum, sed prætermissum in narratione, ut clarum. Quo me adducit potissimum quod in his dixi, quibus octavo die missus est sanguis. Et enim hoc, ut rarum scripsit: et sanguinis ante diem octavum misionem ut consuetam præterijt: Quod si inveris suis operibus, magnis infestantibus morbis semper sanguinis misione utitur, simul cum ea duo hæc respiciens, ætatem pariter, et ægri vires: et his ipsis in libris de vulgaribus morbis octavo (lo que se agarra de Anaxión) *die cuidam ait missum esse sanguinem, quid interpreteris aliud, ac non præteritum in ægris esse remedium, at præteritum, ut clarum in narratione?*

17. No he visto otro autor que más cargo se haga de este punto que Galeno. Vuelvo ahora á decir que á ninguno de los comentadores de Hipócrates se le ha ofrecido dudar como curaba sus enfermos: por lo menos yo no he encontrado uno tan sólo á quien se le haya ofrecido tal duda. Galeno lo duda, pero es tan sólo de los enfermos contenidos en el primero y tercer libro de las Epidemias, como consta del mismo texto referido. Intento probar que de los enfermos que se hallan en los dos libros citados ninguno fué sangrado, ni purgado, excepto Anaxión. Si pudiere probar esto, tendré mucho andado para saber cómo Hipócrates curaba sus enfermos. Y si no lo consiguiere, recibirá el lector mi buena voluntad por emprender duda tan grande; pues como dice Horacio:

Est quodam prodire tenus, si non datur ultra:

que será muy posible que después no falte quien lo prosiga.

18. La duda, dice Galeno, no consiste sólo en que Hipócrates no diga que sangró á Pythion, sino es que en los demás enfermos de los dichos libros (siendo enfermedades agudas) tampoco lo dice: Una de dos, dice Galeno: *Alterutrum necesse est cogitemus, aut non detractum illis sanguinem, aut hoc eum auxilium ommissise.* Ya Galeno discurre que no es fácil de probar, no diciéndolo Hipócrates si dichos enfermos fueron sangrados ó purgados; si bien se inclina á que fueron sangrados, etc. Y así pregunta en el mismo contexto: *At qui nemini horum, qui id requirebant cui probatur missum fuisse?* Con las mismas palabras y con la misma interrogación le arguyo yo á Galeno y le pregunto: *Cui probatur missum fuisse?* No obstante esto, Galeno, empeñado en defender su tema y el texto tan celebrado que dejó escrito en el II del Método en favor de los aficionados á sangrías: *Saluberrimum est igitur in febribus omnibus venam incidere, etc.*, es de sentir con los más que Hipócrates sangró á Pythion con los demás que se contienen en el primero y tercer libro de las Epidemias. No se puede persuadir Galeno que un remedio tan grande como es la sangría dejara Hipócrates de ejecutarla en estos enfermos del primero y tercer libro de las Epidemias; y más celebrándolo y encomendándolo tanto en los Afo-

rismos, en el libro de *victus ratione in acutis*, en lo de *articulis*. Y sobre todo, que en este tercer libro de las Epidemias sangró á Anaxión, como consta de su historia. Así persuade Galeno que los enfermos del primero y tercer libro de las Epidemias fueron sangrados: lo bueno es, que con esta persuación lo han creido muchos; y de lo que más me maravillo es de sus expositores, como se ve en los Comentarios que han escrito sobre dichos enfermos, pues los sangran (aun muertos como están) todo lo que se les antoja; y lo peor es, que afirman que así lo hacía Hipócrates, aunque no lo diga. Voy respondiendo á las pruebas de Galeno. Dice que no importa que Hipócrates no diga que sangró á Pythion con los demás, cuando ya lo tiene dicho y enseñado, que lo hagan en los Aforismos, en lo de *victus ratione etc.* Que de los Aforismos no se pueda inferir que Hipócrates sangró los enfermos del primero y tercero libro de las Epidemias, es evidente, pues en ninguno de los Aforismos que tratan de enfermedades agudas toma Hipócrates la lanceta en la mano, ni menos en la boca. Léanlos con atención y se desengañarán; y que esto sea verdad, lean el Aforismo 29 del libro segundo, y verán cómo Galeno en el Comento anda falto de pruebas para apoyo de su doctrina, pues quiere que Hipócrates sobre la palabra *movere* se entienda también de sangría: sus palabras son: *Sunt au tem hæc præcipue quidem venæ sectio, non nunquam vero expurgatio.* Miren qué traza ésta de probar Galeno que los enfermos del primero y tercer libro de las Epidemias fueron sangrados: cuando al pobre viejo le arrastra de las narices para que diga lo que él quisiere, cuando la palabra *movere* no tiene más fuerza para significar sangría, que la que Galeno quiere darle. Oigase entretanto á Próspero Marciano, no menos comentador que Galeno, lo que dice sobre dicho Aforismo: *Hoc verbo mo vere non comprehendi omnia præsidia medica, ut exponunt non nulli, sed eam tantummodo evaquationem, quæ fit per infernam alvum per ea quæ ore assumuntur.*

19. Veamos ahora qué Aforismos son en los que Hipócrates menciona sangría, para que Galeno diga que no importa el que en los enfermos del primero y tercer libro de las Epidemias calle que los sangró, cuando ya en los Aforismos lo tiene mandado, que cuando convenga se ejecute. Lo cierto de ello es, que cuando no hubiera otro argumento para probar que Hipócrates no sangró dichos enfermos, sobraba éste para persuadirlo. Extraño que siendo Galeno el primer comentador de Hipócrates, traiga para prueba de una cosa de tanta importancia (como es la salud de los hombres) una prueba tan ridícula como es apoyar su sentir con unos Aforismos que están tan lejos de favorecer su sentir, cuan cerca de apadrinar lo que defiendo. Que las enfermedades de los enfermos del primero y tercer libro de las Epidemias sean agudas, nadie lo duda. Que los Aforismos con que Ga-

leno prueba su sentir no sean del caso, no necesita de más prueba que de leerlos. En el libro 5 de los Aforismos, en el 31, dice: *Mulier utero gerens sanguine miso ex vena abortit, etc.* En el mismo libro, Aforismo 68, dice: *Dolenti parte capitis posteriore in fronte recta vena incisa prodest.* En el libro 6, Aforismo 22, dice: *Quæcumque ruptiones ex dorso ad cubitum descendunt, vene sectio solvit.* En el mismo libro, Aforismo 47, dice: *Quibuscumque venae sectio, vel Medicatio convenit, hos vere purgare, vel venam incidere oportet.* En el libro 7, Aforismo 46, dice: *Dolores oculorum post meri potionem, et aquæ calidae balneum venae sectione curato.* En el mismo libro, Aforismo 48, dice: *Urinae stilicidium, et mingendi difficultatem vini potio, et venae sectio solvit, incidere autem interiores.* Estos son los Aforismos á que se remite Galeno y con los que prueba que Hipócrates sangró sus enfermos en las Epidemias. En todos los siete libros de los Aforismos, que son cuatrocientos, y cuatro los que en ellos se contienen, no se hallan más que los seis referidos donde Hipócrates trate de sangrías. Estos seis Aforismos *ad summum*, lo que prueban es que Hipócrates sangró; pero no prueban que sangró en enfermedades agudas, que es lo que debía probar Galeno. A fe que en los Aforismos que tratan de enfermedades agudas, que no encontró uno tan sólo que diga que Hipócrates sangró ó mandó sangrar. Con que el decir Galeno que los enfermos del primero y tercer libros de las Epidemias están sangrados (aunque Hipócrates no lo diga), supuesto que lo dice y manda en los Aforismos, vale lo que puede: pues á todos los que manda sangrar en los seis Aforismos referidos están sin calentura, y los de las Epidemias con aguda y maligna los más, y en doctrina de Hipócrates (para que lo digamos de una vez), la calentura es contraindicante de la sangría, como adelante se probará.

20. El segundo argumento con que Galeno prueba que Hipócrates sangró los enfermos del primero y tercer libro de las Epidemias, es sacado del libro de *victus ratione in acutis*, y forma así su entimema: en este libro manda Hipócrates que en las enfermedades agudas se sangre: luego todos los enfermos que padecieren enfermedades agudas se han de sangrar: todas las enfermedades que padecieron los enfermos de las Epidemias fueron agudas, luego de creer es que Hipócrates los sangró á todos, gobernado de lo que dejó escrito en este libro. Sí, pero debiera Galeno haber aprobado primero, que este libro de *victus ratione in acutis* y el primero y tercero de las Epidemias eran hermanos, nietos legítimos de Heráclida. Del primer libro de las Epidemias y del tercero, no duda Galeno en el menor ápice que sean de Hipócrates, y con él los demás comentadores. Del libro de *victus ratione* ya anda Galeno titubeando si es de Hipócrates ó no, pues el cuarto libro ya confiesa Galeno que no es de Hipócrates, y la ley del derecho dice: *Qui semel est malus præsumitur malus.* Valles no se atreve á confesar que es-

tos libros de *victus ratione* son de Hipócrates, pues dice en el cuarto libro de su método al capítulo último: *Author libri de ratione victus in acutis, sive totius operis Hippocratis est, sive ad multos authores pertinet, etc.* Atheneo, autor antiquísimo, dice: *Huius libri dimidium nothum esse, et illegitimum.* Refiérelo Foesio, y después añade: *Non secus, ac multa hoc in libro passim habet suspecta Galenus.* Pues si no está probado que este libro de *victus ratione* es legítimo de Hipócrates, cómo Galeno prueba su conclusión (en materia de tanta importancia) con un falso testimonio que le levanta á Hipócrates? Tan falso es este argumento tomado del libro de *victus ratione* para probar que Hipócrates sangró los enfermos de las Epidemias, como el de los Aforismos para sangrar en las enfermedades agudas. El tercer argumento con que Galeno prueba que Hipócrates sangró los enfermos del primero y tercer libro de las Epidemias, es el libro de *Articulis*, pues si allí manda sangrar (como es verdad) Hipócrates, por qué no lo había de hacer en los enfermos de las Epidemias por más que lo disimule? Tan bueno es este argumento para persuadirnos que Hipócrates sangró á Pythion con los demás, como el de los aforismos y el de *victus ratione in acutis.* Yo no voy á probar el que Hipócrates no sangra, que esto es un desatino; sí sólo á que los enfermos de las Epidemias, de los libros referidos, no los sangró Hipócrates. En el libro de *Articulis*, de *fracturis*, de *ulceribus* y de *vulneribus*, sangra Hipócrates todo lo que se le antoja; pero no es argumento éste de que el buen viejo lo haga, así donde hay calentura aguda y maligna, como la había en los enfermos de las Epidemias. Y si no hágame favor el mayor comentador de Hipócrates de desatar estos cuatro textos contenidos dentro de las obras de Hipócrates. Que si no quiere que dichos textos sean suyos (porque no le está á cuento), por lo menos le ha de costar trabajo el combinarlos con otros que tiene metidos en su cabeza de los mismos libros, y que los cita en las más juntas, por de Hipócrates. Dice, pues, Hipócrates en el libro de las Coacas, *sect.* 3, *verse.* 79, *apud Marcianum: Dolores circa latus in febribrus consistentes venae sectio ledit.* En el segundo libro de las Epidemias, *sect.* 5, *vers* 10, se halla este texto: *Si vero ulcus fuerit internas venas secato, si non febricitent.* Y más adelante, en el *vers.* 18, dice: *Quicumque derepente voce destituuntur, si sine febre fuerint ipsis venam secato.* En las mismas Coacas, en la *sect.* 2, *vers.* 72, dice: *Quibus derepente; dum sine febre sint, hipocondrij, et cordis dolor, et circa crura, ac infernas partes, et alvus in tumorem elevata, solvit venæ sectio:* Vuelvo á decir que le ha de costar su trabajito al que los quisiere combinar con las demás obras de Hipócrates. Con que el argumento que trae Galeno para probar que Hipócrates sangró los enfermos de las Epidemias, tomado del libro *de Articulis*, no tiene fuerza, porque allí no hay calentura, que si la hubiera, lo dejara de hacer, como lo hace en los cuatro textos citados.

21. El cuarto argumento con que Galeno prueba que Hipócrates sangró los enfermos del primero y tercer libro de las Epidemias, es con el ejemplar de Anaxión; pues teniendo dolor de costado y calentura aguda, dice Hipócrates en su historia que le sangró al octavo día. No hay otro enfermo en los libros citados al cual Hipócrates le sacase sangre sino á éste, y esto al día octavo, que toca misterio, como en su lugar se dirá. Pero lo que reparo es, que Galeno quiere con un enfermo sólo que Hipócrates sangró en el tercer libro de las Epidemias (sin hacerse cargo porque le sangró al octavo día), persuadirnos á que sangró á todos los demás? Aquí se acuerdan las palabras de S. Agustín sobre la conversión del buen ladrón: *ille* (dice el Santo) *ut nullus desperet: solus, ut nemo praesumat.* Es posible que no hay otro entre tantos sino el pobre Anaxión que sirva de ejemplar para que Galeno pruebe su conclusión en materia tan dificultosa y de tanta importancia como es la salud humana? No se sabe que haya otro en los dos libros citados.

22. Dirá alguno tal vez (como me dijo un amigo mío á quien le comuniqué esta duda y que estaba versadísimo en las obras de Hipócrates, como en los demás libros buenos de nuestra facultad): dé v. m. una vuelta á los demás libros de las Epidemias y encontrará sangrías hechas por Hipócrates. Respondo (como respondí al amigo) que no quiero cansarme en eso cuando ya Galeno se cansó primero que yo y no las encontró. Bien sé yo que Galeno no ignoraba que en el libro 5 de las Epidemias, texto 6, había un enfermo: *Œniadis vir* (así empieza su historia) el cual está sangrado dos veces de la mano: *secta autem vena in utraque manu.* Y en el sexto de las Epidemias, texto 6, que empieza: *In renum dolor gravis.* Y acaba: *juvenes veratro purgare poplitem incidere.* Pero no quiso Galeno apoyar su doctrina con estas sangrías, porque tiene averiguado que esos libros no son de Hipócrates, aunque comenta el sexto. Pero yo quiero conceder que el quinto y sexto de las Epidemias son de Hipócrates. Aun en tal caso no tiene fuerza la historia del quinto ni el precepto del sexto, pues ni en la historia ni en el precepto hay calentura que lo impida, como consta del sexto, y de Valles que lo comenta.

23. El argumento más fuerte que tienen los contrarios para probar que Hipócrates sangró los enfermos de las Epidemias, es la Historia de Anaxión, pero ignoran los más la curación de Hipócrates: y si no reparen qué dificultad le cuesta á Galeno y á los demás comentadores el desembarazarse de la sangría hecha en el octavo día á Anaxión. Sobre la Historia de Pythion se ve Galeno tan embarazado en desatar esta sangría, como en la misma Historia que después comenta del mismo Anaxión. Remito al lector que lo lea, y repare en las complicaciones con que desata la duda, y después combine los libros de *victus ratione* y los de las Epidemias, que si lo hiciere, le doy palabra inmediata-

mente de *palinodiam recantare.* Los comentadores (gobernadores de la autoridad de Galeno y del libro de *victus ratione in acutis*, sobre la sangría de Anaxión) dicen mucho más y aun con algún desahogo contra la autoridad de Hipócrates. Pues Heredia con su libertad filosófica, dice sobre esta sangría: que Hipócrates erró dos veces en la curación de Anaxión, la una en aplicar fomentos cálidos en la parte: *Nam temeritate* (dice) *non caret in corpore pleno partem ob fluxionem dolentem initio calfacere.* La otra en haber guardado la sangría para el octavo día: *Ex incremento* (dice) *omnium simptomatum diei septimi coactus Hippocrates, et suam praxim accusans, secuit venam die octavo, advertitque, quod fluebat multum, ut debebat: diceret melius, fluebat multum, quod multo ante fluxissec decebat.* No reparo en la desatención con que Heredia trata al buen viejo; sí sólo en la satisfacción con que lo dice. Dejemos á Heredia en su satisfacción, y veamos qué dice Valles sobre la sangría de Anaxión hecha en el octavo día de su enfermedad. Duro se le hace á Valles el que Hipócrates dilatase la sangría hasta el octavo día, cuando en lo de *victus ratione* enseña lo contrario. Adelante diré con más dilación lo que Valles siente de esta sangría. Ahora basta saber, que Valles disculpa á Hipócrates en haber dilatado la sangría hasta el octavo día, porque conoció lo largo del principio, y ésta fué la causa de no haberlo hecho antes. Mucho conocimiento supone esta disculpa; no sé si Hipócrates tenía tanto (en particular en un dolor de costado tan extravagante); aténgome á lo que dice S. Agustín sobre este punto: *Nec qui dicit certus est, nec qui audit.* Mercurial dice: que fué Hipócrates llamado el día quinto, que al sexto le fomentó y al octavo le sangró, porque no tuvo más lugar. Bravo adivinar es después de cerca de dos mil años que pasó el cuento, Galeno, en la Historia de Critón, con otros muchos, son de sentir que á Hipócrates en este enfermo y en otros le llamaron tarde; hubo de olvidársele el recado á la criada. La fortuna de Hipócrates consistió en que padeciendo Anaxión un dolor de costado tan extraordinario (como consta de su Historia) no se muriese, que de otra manera le han puesto al pobre viejo para pelar; pues aun habiéndole sanado no le dejan, qué hicieran si se hubiera muerto. Y si no, reparen qué tal le tratan sus expositores en la Historia de Sconfo porque le purgó y se murió.

24. No contento Galeno con los demás expositores de haber probado con los argumentos propuestos que Hipócrates sangró, y que también purgó los enfermos del primero y tercer libro de las Epidemias, traen otros que no tienen más fuerza que la autoridad que ellos les dan (porque con razón no lo pueden probar), por ver si pueden esforzar su sentir: porque si una vez se prueba que los enfermos de las Epidemias fueron curados sin sangrías ni purgas, va con Barrabás el libro de *victus ratione in acutis.* Veamos, lo primero, qué dice Galeno sobre este

punto, supuesto que es el capataz y primer comentador de Hipócrates. En la Historia de Pythion, núm. 3, dice: *Censeo equidem auxilium* (habla de la sangría) *in multis esse assumptum, sed prætermissum in narratione, ut clarum.* Comentando la Historia de Anaxión para afianzar su dictamen, dice así: *Neque enim lucubrationem hic curationis instituit, sed præsagationis conscribere.* Si es bastante satisfacción júzguelo el lector. Valles, comentando el primer libro de *victus ratione*, en el Proemio, dice: *Scripsit Hipocrates in utroque genere, ut oportebat, præceptivo sane in Aphorismis, et prognostico exacte, ac optime, et in hoc etiam opere, et si non tam exacte: narratorio in epidemijs narrans vero ea solum, quæ ad doctrinam essent oportuna: inepta, et vulgaria ommitens.* No cito más expositores sobre este punto, porque los demás dicen lo mismo. Dice Galeno que siente que en los más enfermos de las Epidemias fué ejecutada la sangría, pero que por ser remedio tan patente y tan claro, Hipócrates lo calla. Decir Galeno que Hipócrates omite la sangría ó la purga por remedios claros y patentes, es respuesta frívola; pues se entretiene Hipócrates en referir una cosa tan ridícula, como que á Philistes le echó una ayuda, á Methón le dió un baño en la cabeza, y á Pythion le echó una cala (cuando todo esto lo sabe hacer cualquier vieja, ó cualquier mal enfermero antes que llegue el médico) y se dejará en el tintero la sangría, ó la purga, siendo las dos columnas, ó como ellos dicen, los dos remedios grandes que tiene la Medicina? Valles dice, que como Hipócrates en estos libros de las Epidemias escribe *modo narratorio* ó histórico, no se entretiene en referir las sangrías ni las purgas por ser remedios comunes y vulgares: que esto quiere decir: *inepta, et vulgaria ommitens.* Me pesa que al buen viejo le hagan tan mal historiador. Pero pregunto: ¿para qué diría Valles en el libro tercero de las Epidemias, sect. I, comentando la historia del tercer enfermo: *Sed considera quam attente omnia narret*, dejándole en el tintero lo principal de la curación, como son la sangría y la purga? Callara Hipócrates las ayudas, los baños, las calas, y la sangría de Anaxión, que con eso creyéramos que su modo de escribir era narrativo, ó histórico, como quiere Valles: pero referir Hipócrates remedios menores, y aun bajísimos, y no acordarse de los mayores, confieso que no lo entiendo. No me parece (dice el Padre Moine en su Arte Histórico) que fuera tan gran despropósito, si alguno pretendiendo describir un palacio callara los patios, pórticos, salas, cámaras y galerías, y se entretuviera en contar el número, forma y pintura de sus veletas. Esto es en sustancia lo que Galeno y Valles quieren que Hipócrates nos pinte en sus enfermos, sin reparar en la nota que le hacen caer de mal historiador.

25. Veamos ahora qué siente Valles sobre esta duda. Comentando el tercer enfermo del libro 3º de las Epidemias, de la sección 3ª, que

también se llama Pythion, tropieza Valles con él, como Galeno tropieza con el primero, y empieza á dudar del mismo modo que Galeno, si acaso estos enfermos de las Epidemias fueron sangrados y purgados, ó no? Oyele, que así duda en el comento: *Sed rogabis, cur Hipocrates cum curationes morborum taceret toto hoc opere, nunc clisteris meminit, et cur clisteris solius, quin etiam cur toto hoc opere vix unquam auxilij cuiuspiam meminerit, prœterquam glandis, aut clisteris? An his solis curabat morbos? Non sane, nam, et missionis sanguinis alicubi meminit, et in narratione status pestilentis huius anni dixit: his quæ oferebantur difficulter cedentia: nam purgationes plurimos ledebant.* Lee lo restante del comento, y repara con la flojedad que se desembaraza de la duda. Que por último Galeno ya da más satisfacción, y como suelen decir, lo mete á bulla. Pero Valles quiere persuadirnos que Hipócrates ejecutó remedios grandes en los enfermos de las Epidemias, sólo con decir: *Nam, et missionis sanguinis alicubi meminit.* Este argumento más bien lo persuade Galeno. Pero por haber ya dado satisfacción á Galeno, no me quiero cansar en responderle á Valles. El decir que Hipócrates purgó estos enfermos, porque en la constitución en general que pinta, dice: *Nam purgationes plurimos ledebant*, no es argumento que prueba que purgó estos en particular que nos dejó: yo no arguyo, el que Hipócrates no purgaba nunca; sí sólo el que á estos no los purgó; y la razón que tengo para esto, es, el que él no lo dice: no callando todo lo demás que hizo. Por otra parte, si Hipócrates confiesa que los más que se purgaban peligraban, ¿á qué fin había de practicar con estos una práctica tan perniciosa?

26. Todo esto dirás se queda en discurso, supuesto que á ninguno de los comentadores de Hipócrates, siendo tan doctos, y muchos, se les ha ofrecido tal reparo. Y si se les ha ofrecido á algunos, como son Galeno y Valles, lo han menospreciado (como has visto), pareciéndoles cosa imposible lo que defiendo en favor de Hipócrates. Olmedilla con observaciones ya hizo patente esta doctrina; pero como no la autorizó ni la probó, á él y á ella los desterraron á la Alcarria. Pero si yo te probare que todo lo discurrido en favor de Hipócrates se hace manifiesto con autoridad, razón y experiencia, qué me responderás? Pues ten un poco de paciencia, que si no lo probare, por lo menos lo persuadiré. Para más claridad propongo tres géneros de enfermedades, y sean de las más comunes; v. g.: una terciana exquisita, un dolor de costado y una calentura aguda, y juntamente maligna, y sea ésta de las más agudas, que tenga su terminación el cuarto día: unas viruelas, v. g.; pregunto ahora: Podráse curar cualquiera de estas enfermedades sin sangrías ni purgas? Mas pregunto: podráse probar con autoridad, con razón y con experiencia, que dichas tres enfermedades se pueden curar sin sangrías ni purgas? Respondo que sí.

O si se nobis ille aureus arbore ramus
Ostendat nemore in tanto!

Virg. 6.—Æneid.

CURACION DE TERCIANAS EXQUISITAS.

Vámoslo probando: y sea lo primero la curación de las tercianas exquisitas, y veamos cómo Hipócrates las cura. Válgome sólo de su autoridad; pues en materia de curación todos los demás médicos juntos no hacen un Hipócrates. En el lib. 2 de *morbis* dice Hipócrates: *Si tertiana febris tenuerit, siquidem non omisis tribus invasionibus, quarta corripiat, pharmacum deorsum purgans bibendum dato. Si vero pharmaco non opus habere tibi videatur radicum quinque folij tritarum acetabuli mensuram ex aqua bibendum dato. Si vero neque sic cesset multa calida loto trifolium, et silphij succum in vino pari aqua amixta bibenda præbeto, et reclinato vestimenta multa integito.* Esta es la curación de Hipócrates en una terciana exquisita, la cual en sustancia se reduce á que si á Pedro ó á Juan le acometiere una terciana, que si pasadas las tres accesiones le viniere la cuarta, que en tal caso se le dé medicamento purgante; y que si pareciere que no necesita de medicamento purgante, que se den las raíces del pentafilón, etc., que eran los febrífugos que en aquel tiempo se usaban, como en los nuestros la china china. Ultimamente aconseja el que procure sudar el tercianario. Válgame Dios, y con qué brevedad y facilidad curaba Hipócrates una terciana! y con qué dilación y aparato tratan y la curan los médicos de nuestros tiempos! Dice Hipócrates que el tercianario no se purgue hasta pasada la cuarta accesión, que viene á caer en el día sétimo. Y pregunto: por qué en el octavo día y no en otro? Respondo: porque en el día octavo está ya la terciana en la declinación, habiendo terminado su estado en la cuarta accesión. Esto se entiende no habiendo cometido yerro, así el enfermo como el médico, que en tal caso está obligado el médico á curar la terciana y también los desaciertos que se han cometido. Sólo reparo el que Hipócrates no manda por precepto el que el tercianario se purgue al octavo día, pues dice: *Si vero pharmaco non opus habere tibi videatur.* Dando á entender el que el medicamento expurgante, aun en el octavo día, no es necesario, pues la naturaleza por sí sola sabe terminar una terciana sin medicamento, que á esto alude Galeno en lo de *crisibus: Per se ipsam expurgatur.* Y en el lib. I *ad Glauconem, cap.* 9, *hoc quidem, et sponte fieri solet in tertianis exquisitis.*

28. A los que han consentido que no se puede curar una terciana sin purgas y sin sangrías, les hace poca fuerza el texto referido; pues

lo primero, niegan que el segundo libro de *morbis* como los demás sean de Hipócrates. Linda respuesta. Lo segundo, que dado que el tal libro sea de Hipócrates, tiene otro que se intitula: de *Affectionibus*, en donde enseña Hipócrates lo contrario, pues dice en el texto 173, *apud Martianum: tertiana febris, cum aprehenderit, siquidem videbitur tibi non purgatus esse, quarta die pharmacum dato. Si vero pharmaco non videbitur opus habere medicamenta in potu exhibeto* (que son los febrífugos ó la china china) *quibus febris, aut trasmutetur, aut deficiat.* No es este texto (con licencia de los purgadores y sangradores en todo tiempo, en las tercianas) contrario al primero. Válgome de la autoridad de Próspero Marciano para satisfacer á los que tan bajamente discurren: dice sobre este texto: *Quæ de purgatione in febre tertiana hoc in loco traduntur a Præceptore, nil adversantur ijs, quæ libro secundo de morbis de eadem materia scripta sunt: etiam si hic die quarta purgationem instituat, ibi autem quartam accesionem, quæ in diem septimum cadit, expectare voluerit, causam diversitatis exprimit illis verbis: siquidem videbitur tibi non purgatus esse quarta die pharmacum dato, si vero pharmaco non videbitur opus habere, etc. Quare purgandi ratio in febre tertiana erit hæc: si æger pluribus humoribus repletus in tertianam incidat, quarta die purgari debet: periculum enim esset, ne ob copiam humorum febris in continuam, et acutam trasmutetur: sin minus purgatio a principio non esset necessaria, quia, ut loco citato dicebat* (en la calentura cuotidiana) *si febris initio dederis, post quam purgatus est, febris repetit, et rusus medicamento opus habet expectandum est ergo, quo usque morbi vigor per transeat qui in tertiana febre, quae septimum paroxismum non trascendit, ad summum in quartam accesionem cadit.* Lo que te aseguro es, que si la interpretación de este autor, que le tengo por el mejor comentador de Hipócrates, no te hace fuerza, por demás es el querértelo persuadir con la autoridad de otros. Esto de textos á los escolásticos ó dogmáticos racionales (que todo es uno) les hace poca fuerza; pues sólo admiten por de Hipócrates lo que á ellos se les antoja y les está bien, y así se ve que con un texto de Hipócrates apoyan su sentir por la mañana, y á la tarde, porque no les está á cuento, niegan el que el tal texto sea de Hipócrates. Y todo lo viene á pagar el pobre Polibio ó Dracón: el libro de *Affectionibus* es cierto que está en duda si es ó no de Hipócrates; pero te quiero admitir con Marciano y otros, que dicho libro es suyo. Pero tú ignoras á qué fin y para quiénes fué escrito dicho libro: pues ten entendido, que este libro no se escribió para médicos doctos, ni hechos, sino para los idiotas, á fin de que tuviesen alguna luz de la medicina. Lee á Marciano en el Proemio de dicho libro y verás qué clarito te lo dice. Y si te das por sentido lee el texto 15 del mismo libro, y con eso será posible que dejes á Marciano y tomes la tema con Hipócrates, que dice: *Oportet autem circa haec idiotam nosse, etc.*

29. No contentos con lo dicho, dicen: que dado que Hipócrates trate de tercianas y las cure del modo referido, que se ha de entender de tercianas exquisitas no de las que vienen acompañadas de accidentes graves, que comunmente llaman perniciosas. Lo que prueba este argumento ó esta respuesta es, que á las horas de ahora aún no sabes en lo que consiste una terciana exquisita. Tú piensas que en habiendo vómitos, congojas, cámaras, delirio, cardialgia y otros accidentes, que por tu antojo los llamas perniciosos, ya pasó las lindes de exquisita una terciana. Pues oye ahora á Mercado y á Heredia, que son los inventores de las tercianas perniciosas, y verás cómo piensas mal, y no sabes lo que te curas. Mercado en el tomo 2, libro 6, de *febrium putrid Natura*, tratando de la terciana exquisita, al núm. 157, la pinta así: *Forte itaque omnia alia signa, quae febribus per accessionem repetentibus sucrescunt, longe vehementiora reperiuntur in exquisitis, quam in reliquis omnibus.* Bien está todo esto. Pues escúchale otra vez en la curación de la terciana exquisita al núm. 159, y sabrás de una vez qué es terciana exquisita, por si no lo sabes. Dice así: *In qua hæsitatione* (va hablando de lo que se ha de hacer en ella) *scito, quod si imprimis venis præfuerit flava bilis, aut in eis proximis, et iuxta vias, et canales comunes (quod ostendit vomitus biliosus, vel alvi fluxus, aut intestinorum, aut ventriculi morsus* (que en buen romance ó en griego es cardialgia) *maxime in die quietis, vel saltem ineunte accesione) eo tempore tutissimum fore consilium arbitror a purgatione incipere.* Buena doctrina para los que tienen concebido que en nuestros tiempos (como lo he oido en varias juntas) raras veces se ven tercianas exquisitas: y á la verdad no dicen mal del todo, pues con el mal método que tienen de curarlas las hacen luego perniciosas.

30. Veamos ahora lo que dice Heredia acerca de las tercianas exquisitas en su Syngtama Universal, de *curatione febrium* al capítulo 37: *De differentia inter tertianam puram, et non puram*, dice así: *Certum enim es accessionem tertianæ exquisitæ vehementissimam esse, et molestissimam, et naturam strenue lancinari a causæ acrimonia, ut sæpe in vigore accessionis, ægri delirent, unde tantam molestiam natura sustinere, non potens, deiectionibus, sudoribus, et vomitibus a tanta molestia liberari contendit: sicque brevissime ipsam iudicat, ut aliquando (ut notat* Avicena *in hoc capite) in unico paroxismo finiatur omnino, quia in eo accidat vomitus, aut solutio ventris mundificans.* Pregunto yo ahora: de estas tercianas exquisitas que pinta Heredia en nuestros tiempos, se ven algunas? Dicen, que con el Tratado que escribió de *perniciosis*, se acabaron estas; y á la verdad no dicen mal, pues ya no hay terciana, por benigna que sea, que no la bauticen de perniciosa: y si se descuida el enfermo, de atabardillada, cuya diferencia se les quedó en el tintero á Mercado y á Heredia.

31. Y porque Galeno no tiene menos voto en esta materia que Merca-

do y Heredia, veamos lo que dice en el libro segundo de *diffirentijs febrium*, al capítulo 3º, definiendo una terciana exquisita. Dice así: *Febris autem quæ ex flava bile per sensibilia corpora delata, procreatur, invadit cum rigore, atque æstuosa est, et bilis vomitibus, vel deiectionibus, vel exudationibus, vel quibusdam horum, vel omnibus simul, solvitur huius febris accesionis longitudo, quæ maxima est horarum æquinoctialium duodecim existit, atque appellamus eam exquisitam tertianam.* Bastantemente queda con las tres autoridades la terciana exquisita libre de las calumnias y falsos testimonios que la imputas de llamarla perniciosa, sólo por un leve vómito que la acompaña: Cuando Avicena con su autoridad se digna de honrarla con estas palabras: *tertiana exquisita salutifera est.*

32. Bastantemente queda afianzada la curación de la terciana con la autoridad de Hipócrates; pero como el argumento de autoridad (aunque más sea de Hipócrates) á los dogmáticos racionales, por haber estudiado Sumulas, y Lógica, les hace poca fuerza, porque todo lo interpretan así á la parte que ellos quieren, y no contentos muchas veces con esto se burlan hasta no más del tal modo de argüir, quiero ver si con razón puedo probar el que una terciana, por sí, ni pide purga, ni sangría, y que sólo con el beneficio de la naturaleza (no impidiéndola su curso) se puede curar. Arguyo así: Dale á Pedro ó á Juan una terciana el domingo (sea de Agosto ó Setiembre) á las doce del día: llaman al médico aquella tarde, y dejándole dispuesto el refresco á su hora, y la cena, toma la pluma, y le deja un leniente, ó minorativa, como dicen comunmente, recetado, para que le tome por la mañana el lunes: toma la purga el enfermo, y competentemente purga: come á medio día, refresca á la tarde, y cena á su hora. Deja dispuesto el médico que por la mañana, que es el martes, coma temprano, por si vuelve á repetir la terciana.

33. Dispuesto todo esto vuelve á repetir la terciana á la misma hora el martes, pero con más accidentes que la primera: y el que más suele molestar es el vómito. Viene el médico y repara en el vómito, y dice *alta voze:* esta es ya terciana perniciosa con decúbito al estómago (bien haya tu alma) y así es menester (suponiendo medios en el enfermo) acompañado. Llaman otro médico, ven ambos al enfermo, y se apartan á tener su junta, para deliberar el remedio para el miércoles, que es día de intermisión. Si la desgracia del enfermo es tal que el un médico haya estudiado por Mercado y el otro por Heredia, se suelen salir de la junta sin determinar remedio; y á veces después de palabras, lo que sabemos: porque uno quiere purga, y el otro sangría. En estas contiendas llaman un tercero, y éste, por no malquistarse con Heredia ni con Mercado, ni menos con los que siguen su doctrina, dice: Pues quién duda que estando purgado este enfermo en el principio, que se

ha de sangrar inmediatamente; pues esa urina ígnea no está clamando que el mal está ya en las venas? Y sobre todo (si es de los que tienen autoridad). qué tienen que ver Mercado y Heredia con Galeno cuando éste en el once del Método está diciendo á voces: *Saluberrimum est in febribus omnibus venam incidere, etc.* Con esto dejan á Mercado, y se ejecuta la sangría. Llega el jueves, viene la terciana: lo común es venir adelantada por los disparates que se han cometido, y lo que el martes fué una terciana exquisita con decúbito al estómago, el jueves, si no es sincopal, es un rapto á la cabeza. Viéndose los médicos en este conflicto, apelan á la Iglesia, que mire por su alma y disponga sus cosas, entretanto que ellos discurren lo que se ha de hacer el viernes. Entran en consulta, y dicen entre sí: este enfermo está muy malo. Si la terciana entra el sábado como la pasada, le volará: ya aquí no valen purgas ni sangrías. Veamos y discurramos qué hemos de hacer. Este enfermo (si es rapto á la cabeza), dicen, necesita de cuatro parches de cantáridas: *Praecautionis gratia:* muchas ventosas, friegas, un oxirrodino en la cabeza quitándole antes el pelo, y un cordial para alegrarle el corazón, pues esto ha mudado ya de especie y se ha hecho tabardillo. Si acaso la terciana del jueves tuvo vivos de sincopal, discurren el darle la china, previniendo el estrago en la accesión el sábado. No hay duda que con este medicamento bien administrado se libran infinitos de tal accidente, habiendo intermisión. De los tercianarios con rapto á la cabeza se escapan poquísimos, aunque más china les administren. Dios por su alta misericordia, compadecido de nuestros desaciertos, nos descubrió tan alta medicina, pues sabemos la gente que ha muerto en el Arzobispado de Toledo, y aun en toda España, de la epidemia de tercianas, que ha recorrido este Otoño de 1707, tal vez por no tener los médicos noticia, ó por no saber administrar dicho medicamento. En esta Corte hago juicio, que á no haber tenido la abundancia tan grande que hemos tenido, y el buen método con que algunos de sus médicos la han usado, se ha muerto la tercera parte de sus habitadores. Esto de paso.

34. Volvamos ahora á nuestro tercianario, supuesto que los médicos ya no tienen más que hacer que darle china por la mañana y por la tarde: esto se entiende si se sincopizó; que si le dió rapto á la cabeza, Dios lo remedie: dos Padres Agonizantes, unos tragos de caldo de dos á dos horas, y en el intermedio unos traguitos de cordial, y dure lo que Dios fuere servido, supuesto que la doctrina de Galeno y de Heredia nos ha salido tan mal. Digo, pues, que la terciana que le dió á Pedro el domingo fué mal curada con el método que se curó. La razón: ninguna terciana (voy hablando del modo que Hipócrates, Galeno y Avicena tratan de tercianas) por sí pide curación, por saberla curar por sí sola la naturaleza, como dice Hipócrates. *Natura omnino*

sufficit: ergo. El antecedente consta de Hipócrates, de Galeno y Avicena, pues todos tres confiesan que una terciana por sí misma se cura, como no la impidan su curso, así de parte del médico como del enfermo. Hipócrates bien claro lo dice en el libro 4º, Aforismo 59: *Tertiana exquisita septem circuitibus, cum longissima est terminatur.* En el 43 del mismo libro vuelve á repetir: *Quocumque modo intermiserint periculum ab esse significant.* Galeno, tratando de la terciana, en el libro 2º de *crisibus*, capítulo 3º, dice claro que la terciana exquisita por sí misma se cura. *Quo fit* (dice) *ut delationis impetu ipsa per se ipsam expurgetur. Eadem causa est, cur febris ex sudoribus, adque vomitibus finiatur.* Avicena aún lo dice más claro en el lib. 4, fen. I, tract. 2, cap. 4: *Tertiana autem pura raro pertransit septem periodos, nisi ex errore.* Con que ya sabemos de estos tres príncipes, que una terciana exquisita, como la dejen correr sus siete períodos sin estorbarla por sí misma, se cura. Y si me quieres dar en los ojos de que estos autores citados hablan de tercianas exquisitas, no de perniciosas, digo: que guardes esa distinción para cuando presidas algún acto de fiebres, no para cuando las cures, pues ya yo estoy desengañado que la mayor parte de las tercianas perniciosas son exquisitas, mal curadas: ó por disparates que cometió el enfermo.

35. No puedo pasar por alto lo que á Pedro Miguel de Heredia se le ofrece comentando el capítulo 37 del Tratado 2 de Avicena, y lo que no se le ofrece de estudio en el capítulo 4 del dicho Tratado. En el capítulo 37 dice Heredia que no puede entender el aforismo de Hipócrates: *Tertiana exquisita septem circuitibus, cum longissima est terminatur.* La duda de Heredia consiste: ¿por qué una terciana exquisita ha de terminar en siete accesiones, y no más? Pondera la dificultad, y dice: que habiendo leido muchos autores sobre este punto, nadie le ha sabido desatar (¿pues es fácil?) ni menos dar razón de esta duda. Para consolarse, dice que Argenterio se rinde á ella: que Galeno se fué al otro mundo sin explicarla: lo bueno es, que después de haber levantado la liebre no la sabe seguir; pues concluye: *Ingenue fateor huius rei rationem esse difficillimam, nec aliqua satis idonea hactenus a nobis inventa est.* En estas frioleras gastan el tiempo los dogmáticos racionales. A mí me parece que el problema de Heredia viene á ser el mismo del otro, que preguntaba: ¿por qué el Ephemerón Animal, de quien hace conmemoración Aristóteles en el 5 *de Historia Animalium*, al cap. 19, no tiene de vida más que veinticuatro horas? Yo no sé que hasta ahora Dios haya revelado por qué el Ephemerón viva y muera en el espacio de veinticuatro horas: porque eso de vivir ó morir poco, ó mucho tiempo, no se sabe por acá: como no se sabe, ni se sabrá, si Dios no lo revela, ¿por qué una terciana exquisita salubre tiene siete accesiones de vida, y no más? No pudo conseguir David, siendo tan amigo de Dios,

cuánto tiempo le restaba de vida, por más que en el Salmo 38, vers. 5, se lo pedía encarecidamente: *Notum fac mihi Domine finem meum, et numerum dierum meorum quis est, ut sciam, quid desit mihi.* Y quiere saber Heredia ¿por qué una terciana exquisita no tiene más que siete accesiones de vida? El caso es, dice Heredia, que el Aforismo de Hipócrates se falsifica en muchísimas ocasiones; pues suele una terciana exquisita empezar por Septiembre y acabar por Mayo. Por eso dije antes que no quería pasar por alto lo que á Heredia no se le ofrecía con estudio en el capítulo 4 de dicho libro y tratado de Avicena. Entra Heredia á comentar dicho capítulo, y empieza su exposición por el fin, como otros empiezan por el principio, dejando lo principal sin explicación. Y si no pregunto señor doctor, Pedro Miguel de Heredia: ¿en qué pecaron estas palabras de Avicena que siquiera una leve exposición no merecieron? *Et tertiana* (dice en el capítulo 4) *quidem pura, est acuta propter subtilitatem materiei, et eius caliditas est magna, mordicativa propter fortitudinem coleræ. Sed est salutifera* (esto le hizo gran fuerza á Heredia) *propterea, quod colera est levis super naturam, et quoniam ipsa facit quietem.* En donde se conoce que Heredia estaba apurado con el aforismo de Hipócrates, es en las palabras inmediatas de Avicena en el capítulo citado: *Et pura quidem raro pertransit septem periodos, nisi ab errore*, pues no sólo se contenta con no comentarlas, sino es que se digna de referirlas, pues tan mal estaba con ellas como con el aforismo. Curarlas Heredia, como se lo enseñó Hipócrates en el primer libro de *morbis*, que por mi cuenta conociera, que el aforismo de Hipócrates y el texto de Avicena eran verdaderos: pues rara es la terciana exquisita curada con doctrina de Hipócrates que pase de siete accesiones: si no es que el enfermo haga desatinos (como lo tienen de costumbre) y el médico no sepa lo que se machaca. Dice Heredia en la curación de la terciana exquisita, que no quiere creer que el libro de *morbis*, y el de *affectionibus*, que corren en nombre de Hipócrates, sean suyos, y así dice: *Eius authoritas parvi pendenda est.* Olvidado de que siempre, y cuando se le antoja, apoya su sentir en varias partes de sus obras con la autoridad de estos libros. Cuando leas en él, acuérdate de lo que te digo. Ultimamente, acosado de la autoridad de Hipócrates y Avicena, dice que las tercianas exquisitas que Hipócrates vió y curó en la Grecia, eran de otra calidad de las que se usan en nuestra tierra. Bueno va: Más vale dejarlo y volverme á ser escéptico con Hipócrates, pues á Heredia, por lo que tiene de dogmático, racional; más claro, por lo que tiene de peripatético, hallo que es muy dificultoso el convencerlo.

36. Vuelvo ahora, después de haberme divertido, á probar la consecuencia con la lógica de los escépticos, la cual niegan que fué mal curada la terciana de Pedro con la minorativa después de la primera acce-

sión y sangría después de la segunda. Voy á la primera parte, que es la purga. Yo quisiera preguntarles á todos los curanderos de tercianas ¿qué intención llevan con purgar un tercianario antes que pase la cuarta accesión? Porque si se mira á la luz de la razón, un tercianario, con dos ó tres vómitos que tenga en la primera ó segunda accesión, se queda la primera región, que llaman, más limpia que una plata. Y ¿habrá quien apoye esta doctrina? Sí señor: Isbrando de Diemerbroek, tan docto como saben los que le tienen leido, en el libro primero de su Anatomía, cap. 5, pintando una cólera *morbo*, dice: que la cólera que baja de la vejiga de la hiel (con poca diferencia sucede lo mismo en una terciana) no contenida en el estómago, como piensan muchos, no hay medicamento expurgante que le iguale. Así dice: *Hæc bilis ad omnimodam folliculi felis repletionem collecta, plerumque extreme viridis, et maxime acris est, cumque hæc fermentans erumpit in intestina, et ventriculum, tunc partes illas molestisime vellicat, et instar medicamenti expurgantis serosos, aliosque varios humores undequaque ad intestina profluere facit.* Aquí entra lo de Galeno: *Per se ipsam expurgatur.* Pero no lo quieren creer: ello ha de ser purga y sangría, aunque les pese á los que defienden lo contrario, pues así se usa, y tenemos muy buenos autores en nuestro favor. Pues buen provecho, que no estoy para enmendar el mundo. Vuelvo á la prueba de mi consecuencia á ver si la puedo probar. No hay duda que una terciana dentro de las siete accesiones que ha de correr, ha de pasar sus cuatro tiempos universales, como todas las demás enfermedades que terminan. Ya Galeno, hablando de esto, dijo: *Nullus morborum, qui solvuntur est, qui non hæc quatuor tempora percurrat.* Bien está: Y ¿cómo termina una terciana á distinción de un tabardillo? Por accesiones: cada accesión es una crisis, con tanto artificio, que bien cierto es que tú ni yo sabemos cómo esto sea. Y un tabardillo, ó calentura aguda, ¿cómo termina? Lo común es de una vez, en un día cuarto, seteno, onceno ó catorceno: bien está todo esto, pero te pregunto: ¿tendrás atrevimiento, sabiendo que una calentura aguda ha de terminar, al cuarto día darle al enfermo un medicamento expurgante (ó leniente si te parece) el día tercero? ¿Y si al siete, el día sexto; y si al once, el día diez, y así de los demás días decretorios? Pues esto haces purgando un tercianario, y así hicistes mal de purgar á Pedro el lunes, pues impediste el que la naturaleza hiciese bien la crisis el martes, como ya por tus ojos lo viste, y apelaste por acompañado por verte perdido. ¿Quieres saber la razón por que no se debía de purgar Pedro el lunes? Pues óyela á Paulo de Sorbait, que defiende tu doctrina, comentando el aforismo 24 del libro 1, donde trae primero aquel texto tan trillado del 4 de las Agudas, que dice: *Si purgantibus medicinis alvum citaveris, urina non coquetur, febrisque citra tum sudorem, tum indicationem in longum protrahetur.* A un mismo tiempo

comenta á Hipócrates, y da la razón: *Quia in principio medicus naturæ motum, et inclinationem ignorat, cui facile, cum præsentissimo aegri periculo potest contraire.* Con que ya sabemos de Paulo de Sorbait que en el médico no hay arte para conocer por dónde la naturaleza ha de hacer la crisis, que eso quiere decir: *Naturæ motum ignorat.* Por otra parte confiesa, que de hacer remedios en tales circunstancias: *Cum praesentissimo aegri periculo potest contraire.* Pues como se ha de purgar un tercianario á vista de una crisis que se espera, sin saber el médico por dónde la Naturaleza ha de echar la causa: pues unas veces termina por un vómito, otras por sudor, otras por orina, etc. Y muchas veces por una leve postilla en los labios. Dirás, que un leniente no puede alborotar tanto á la naturaleza que la impida el curso que intenta en la terminación de una terciana. Hombre de Dios, si una ayuda en sentir de Hipócrates, y de Galeno una gotera impiden una crisis, ¿por qué no lo ha de hacer una minorativa ó un leniente? Además, ¿qué medicamento purgante, por benigno que sea, no altera nuestra naturaleza? Y si no quieres creer esto, repara en un mancebo de una botica cuando le examina el Real Protomedicato y le pregunta qué es medicamento? Y responde: señor, medicamento es (á distinción del alimento) el que vale alterar nuestra naturaleza. Esto se entiende aun de los medicamentos benignos que tiene la botica: miren ¿qué serán las purgas, pues del más benigno de todos ellos, dice Galeno que no está sin veneno.

37. Repara en que las acciones de la naturaleza son más altas que tú piensas: Tú estás contento con saber de Aristóteles que *Coctio fit a calore, tum naturali, tum propio, etc.* Mira que esa acción que pone la naturaleza para expeler la causa morvífica, que comunmente llaman ebullición, efervescencia ó fermentación (no repares en voces), es la acción más heroica con que se curan las enfermedades, y si lo miras á la luz de la razón, no es la tal acción enfermedad, sino instrumento con el cual sólo se cura la enfermedad. Solemne máquina llamó Tomás Sidenham á la fermentación: *Natura itaque* (dice) *hoc pocto irritata, quo facilius hunc hostem a suis cervicibus depellat, fermentationem agraditur, solemnem nempe machinam qua in febribus, et quibusdam alijs acutis morbis, uti consuevit, cum sanguinis molem ab intestinis inimicis liberare conetur.* Sábele agradecer á este autor tan alto modo de filosofar, y deja á vista de esto aquellas ridiculeces: *An febris consistat in calore aucto? An in gradu simili, vel dissimili?* Bien sabía Hipócrates que las enfermedades agudas sin la calentura, como principal instrumento no se podían curar; y así cuidaba tanto en no impedir esta acción á la naturaleza usando de pocos remedios. Y si no estás contento con esto, repara cómo en un apoplético desea el que le sobrevenga calentura para poderse librar, y lo mismo desea en un convulso. Y

tú todo el cuidado pones en cualquier enfermedad que hay calentura en desarmar la naturaleza de su mayor instrumento: pues las purgas y las sangrías no se encaminan á otro fin que á divertir la acción tan proporcionada que sabe poner la naturaleza con su alta ciencia, *docta sine Doctore.* Y si no, dime: ¿qué purga hay tan benévola que á un calenturiento no le aumente la calentura? Ni qué sangría que no se la aplaque? Por eso el buen viejo en semejantes casos, ni purgaba ni sangraba por no divertirla, dejándola correr su curso, pues no sé yo que si ella lo yerra, sepa el médico enmendarla por más remedios que le aplique. Voy hablando de enfermedades con calentura en las cuales se espera terminación, que en las demás no hay duda que se deben purgar y sangrar, como el mismo Hipócrates lo manda y él mismo lo hacía.

38. Y si no, dime: quién te motivó para que inmediatamente que pasó la primera acción purgases á Pedro? Dirás, el hacer juicio con muchos hombres doctos, que esta casta de enfermedad tiene su foco ó chimenea, y también la causa en la primera región. Para conocer la falsedad de esta doctrina lee á Guillermo Cole y te desengañarás. Siempre he tenido por tiempo mal gastado el querer averiguar la causa de una terciana, y lo mismo digo de las demás calenturas: como también el querer averiguar el movimiento de las aguas del Océano. Cito dos autores en favor mío, para que no eches menos la autoridad en que me fundo. El uno es Juan Doleo, el otro es Duamel. Este, en su Filosofía *Vetus, et nova*, tom. 6, capítulo último, fol. *mihi* 301, el cual tratando en breve de las fiebres intermitentes dice así: *De intermitentium febrium natura, ut Philosophi, paulo uberius dicendum nobis esset, si de ijs nobis liqueret. Sed cum non minus abstrusæ sint, quam æstus maris reciprocus citius earum causam sustuleris, quam naturam perspectam habeas, et cognitam.* Aquel en su Enciclopedia Médica, lib. 4 de *febrius*, cap. I, tratando de las causas de la calentura dice así: *Febris omnium consensu suam habet causam, quia autem Medici fere omnes (absit invidia dicto) hoc in negotio, et confusi, et obscuri sunt palam fit, quod vera febrium causa in profundo demersa iaceat puteo.* Pero tú muy satisfecho, menospreciando autoridades, le encajas al pobre tercianario una purga sólo porque has oido decir que hay autores muy graves que defienden que una terciana tiene su nido y causa en la primera región: pero jamás te has hecho cargo de si lo prueban ó no, ni menos si hay otro modo de curar las tercianas, más fácil. Tú estás contento con contemplar las causas movidas en una terciana, y esas no son las que causan la terciana, que más son *producta morbosa* ó efectos, que causa de ella. Sube un poco más alta la consideración y repara en el misterio que trae consigo una terciana, y verás cómo no puede ser ese fermento fingido, ó proporción de foco con la parte mandante y crudezas de la primera región:

pues por más que las intentes evacuar con purgas, se queda la terciana en su vigor y las más veces de peor calidad; argumento de que la causa de una terciana no está en la primera región, pues sin hacer nada del aparato que traes contigo se cura ella misma por sí sola, como te lo enseña Hipócrates, Galeno y Avicena, la experiencia y la razón.

39. Te estoy oyendo que me argulles de mal médico, pues curo las tercianas y demás calenturas sin conocimiento de sus causas. Cuando llegue á las palabras *iudicium difficile* nos veremos. Entretanto te suplico que me oigas. Preguntan los filósofos y también los médicos, cuál sea la causa de la repetición de los períodos tan exactos como se observan en una terciana? Otro quebradero de cabeza. Miguel Emullero, enfadado de los muchos disparates que así filósofos como médicos han discurrido sobre este punto, corta bien la pluma y dice así en su Colegio Práctico al capítulo 2 de *Febribus intermitentibus: interim tamen causa huius periodi adhuc sub tenebris inscitiæ est sepulta: et licet ego ultra triginta diversas Authorum opiniones collegerim, nulla tamen est sufficiens: quotquot enim evolui, tot quoque video refutandas: quedam sunt ridiculæ, non nullæ ex toto absurdæ: hac proinde hoc dubium nos etiam in medio relinquimus.* Asentado esto vuelvo por mí y te respondo: Yo no tengo tan gran librería como tenía Miguel Emullero, pero te aseguro que en los pocos libros que tengo á las horas de ahora, te podré enseñar más de cuarenta prácticos, los cuales cada uno de por sí se empeña en constituir una terciana por causa distinta y diversa de todos los demás. Y en orden á la repetición de los períodos discurren con la misma variedad. Pues digo yo ahora: el médico que llevare por sentencia el que una terciana tiene por causa la cólera, crudezas, etc., y su asiento en la primera región, y la causa de la repetición de los períodos en la luna, ó cualidad oculta, etc., está obligado á dar por una parte treinta y nueve sentencias por falsas, y veintinueve por otra con Emullero. Adónde van á parar estos. *Vanissimi causatores*, como dice Verulamio. Concluyo este pensamiento con uno de los mayores prácticos que tiene la facultad médica, que es Tomás Sidenham, el cual, hablando de esta materia en la sec. I al capítulo 5, confiesa con ingenuidad lo siguiente: *Nunc autem, si quis a me causam quæsiverit, cur fomes ille delitescens eferrescentia præcedenti, non satis subactus, ac proinde cum reliqua materia peccante, non expulsus, proindeque novas tragedias daturus, non eodem modo in omni febre intermitente progrediatur (nam nunc unum, nunc duos, nunc tres dies exigit, priusquam ad maturitatem perveniat: novumque paroxismum excitet) de hac re inquam si quis mihi negotium exhibeat ego plane menescire fateor.* Si persistes en que es probabilísimo con muchos autores, el que la causa de una terciana está en la primera región, te arguyo así: A un médico para salvar su conciencia bástale obrar con

la opinión más probable; pero para librar al enfermo de su dolencia no basta lo más probable, que ha de ser lo cierto: Pues qué médico en tales circunstancias, sabiendo con certeza que la naturaleza lo sabe hacer por sí sola, *natura morborum medicatrix*, y en otra parte *Natura omnino sufficit*, se expone á darle á un tercianario una purga sin saber con certidumbre, ni menos en dónde tenga el pobre enfermo su daño, sabiendo, por otra parte, que nada de esto ignora la naturaleza? Bien se conoce que purgas á bulto, por uso y por abuso.

40. Concluyo diciendo, que la minorativa ó leniente que le diste á Pedro el lunes, no debieras habérsele dado: lo primero, porque Hipócrates no lo manda, y si lo manda, es al octavo día y no al segundo como tú lo hiciste. Lo segundo, que una terciana en el segundo día no tiene la materia dispuesta, por estar en el principio. Y si te quieres defender con el texto del libro de *affectionibus*, respondo: que aquella curación es coacta, no de la terciana; pues al cuarto día no está tampoco la materia de una terciana dispuesta para que con medicamento purgante el médico la saque. Y si no te agrada esta doctrina, culpa á Hipócrates, que así curaba las tercianas en el libro *morbis*, en donde nos lo enseñó. Lo tercero, porque impediste á la naturaleza, la cual en este tiempo estaba ocupada para hacer la crisis el martes, ó la terciana, sin saber tú el rumbo que ella hubiera tomado, si no la hubieras llamado por otra puerta. Dejo de persuadirte todo esto con muchas razones y doctrinas que se me ofrecen, que como el fin no es otro que librar á Hipócrates de la maldición de Paulo Sorbait: *Execrandi sunt Medici procrastinatores, et cunctatores*, que á la verdad le coge de medio á medio por ser el primer médico que enseñó á curar las enfermedades despacio.

41. Voy ahora á la segunda parte, que es la sangría. Ya has visto cómo te he persuadido que la purga que le diste á Pedro el lunes fué mal dada. Ahora te pregunto: ¿por qué le sangraste el miércoles? Mas te pregunto: ¿quién te enseñó que la terciana que tuvo Pedro el martes pedía sangría? Porque Hipócrates no hace conmemoración de ella, ni tal enseña en todas sus obras. Y si no, hazme favor de decirme en dónde, que te lo agradeceré. Si apelas á Galeno, porque fué liberalísimo en materia de sangrías, hazme favor de mirar en la fuente (no en los arroyos, como acostumbras) en donde *ex professo* trata de tercianas, que es el lib. 1, ad Glauconem, capítulo 9, y verás cómo sabe curar una terciana sin sangrías. Y si me respondes que Galeno en dicho capítulo calla la sangría porque la supone, digo, que esta respuesta se la cuentes á tu abuela ó á los muchachos que fueren tus discípulos, cuando les expliques dicho capítulo, no á hombres de juicio. ¿Es bueno, que no deja Galeno ningún remedio de los que sabía para aliviar á un tercianario, y se dejaría la sangría en el tintero? Callara

Galeno los medicamentos que supone, que son menores que la sangría, y en tal caso, pudiera tener salida su solución. Pero callar lo que más importa, y decir lo menos, confiésote que no tengo tan grandes creederas. Además, que Heredia, uno de los mejores discípulos que tiene Galeno, hace burla de los que así desatan la duda; si bien hay poco que fiar en este autor, pues por impugnar á su maestro, Pedro García, vuelve la grupa y da por nula esta solución, haciéndose de parte del tratado de *sanguinis missione*. Después de todo esto quiero confesarte el que Galeno pasó por alto la sangría dándola por cosa asentada. ¿Te parece á ti que Galeno me ha de hacer más fuerza que la experiencia y la autoridad de Hipócrates, que está contra ti y contra Galeno? Y si no, veamos qué bien te fué con la sangría de Pedro que hiciste el miércoles, ordenada por los dos de la Junta con doctrina de Galeno y Heredia. Pues veamos ahora lo que acerca de este punto dice y enseña Avicena que tiene voto, como saben todos. En la curación de la fiebre ardiente, dice Avicena estas palabras: *Cuius cura est cura tertianae purae.* Con que ambas calenturas se curan de una misma manera. Bien: y en la cura de la fiebre ardiente, qué dice? Lo que se sigue: *Et non phlebotometur fortasse enim inflammabit eos, et fortasse iuvabit eos, si fuerit turbiditas, et rubedo.* Heredia, haciéndole gran fuerza este texto, dice: *Ego delerem adverbium fortasse, quia non cadit sub dubio iuvaturam in eo casu sectionem venæ, inmo sine illa desperatam medelam fieri.* Valiente satisfacción tiene Heredia de su práctica contra Avicena, no sabiendo que es más seguro un poco de miedo que una punta de temeridad, como decía Josefo de Bello Judayco, libro 1, cap. 14: *Nimis enim confidens incautus est, metus autem providentiam docet.* Avicena por lo menos ya previene el peligro, pues no tiene seguridad del remedio. Y en caso de duda, más cordura es dejarlo á la naturaleza, como hace Hipócrates, que no cometer un yerro, como manda Heredia, y se vió ejecutado en Pedro, por haberle sangrado el miércoles. Pues el jueves se sincopizó; ó le dió el rapto á la cabeza y los dos médicos que la mandaron se vieron perdidos por seguir la doctrina de Heredia y de Galeno: *Saluberrimum est, etc.* Ahora bien, qué daño, pregunto, se podía haber seguido de no haber sangrado á Pedro el miércoles, cuando Hipócrates, Galeno, ni Avicena lo mandan? Responden, que de no haberse ejecutado la sangría el miércoles, podía la terciana de Pedro haberse maliciado el jueves, y hacerse una calentura maligna. Más bien le hubiera estado al pobre enfermo, pues un tabardillo mejor salida tiene, que no una terciana sincopal, ó con rapto á la cabeza. Válgame Dios, y qué complicación de miedo por una parte, y de atrevimiento por otra! *Timiditas* (dice el buen viejo) *impotentiam arguit, audatia ignorantiam; utrumque imperitiae sobolos*, dice Magato en su raro modo de curar las heridas.

42. Muchas son las autoridades de Hipócrates, de Galeno y de Avicena, con que poderte persuadir, que en las tercianas de ningún modo convienen las sangrías; y por consiguiente, que la que ejecutaste el miércoles con Pedro, fué sin autoridad en estos tres hombres doctos padres de la medicina, y que por tales los venera todo el orbe literario. Pero tú, empeñado en defender tu tema, de que en las tercianas conviene sangría, atropellaste con la autoridad de los tres estimando más el errar con Riberio, Senerto y Sorbait y otros, que acertar con los príncipes. Pues buen provecho, que allá te lo dirán de sufragios. Bien conozco que es tiempo mal gastado el quererte persuadir que así curaban los tres las tercianas, porque te considero que tienes preocupado tu entendimiento de muchos falsos perjuicios, los cuales no puedes desechar de ti, por haberte hecho servil de algunos autores, ó de alguna secta, en que perdiste la mitad de tu entendimiento, como dice Platón en el 6 de *Legibus*. *Dimidium mentis Jupiter illis afert, qui servitutis forti sunt subiecti*. Supuesto que la autoridad no te hace fuerza, veamos ahora si con razón te puedo convencer que no conviene la sangría en las tercianas; y por consiguiente, que la sangría que ejecutaste en Pedro el miércoles fué mal hecha. Yo quisiera preguntarte: ¿qué intención es la tuya en sangrar á un tercianario? Porque si lo miras como debes, una terciana (voy hablando siempre en general, como habla Hipócrates, porque de particulares no se da ciencia) no sé que traiga el menor peligro consigo para que el médico se acongoje y afane tanto en su curación, sangrando y purgando, hasta que de exquisita la hace perniciosa. Y más diciéndote Avicena: *Et est salutifera*. Si el vulgo supiera esta doctrina, yo sé que no nos llamara con tanta prisa como acostumbra, pues que si supiera que de una terciana se consigue la salud para muchos días, y tal vez para muchos años, veamos si te hacen fuerza tres médicos de buen juicio que confirman todo esto. Miguel Sinapio (que entre burlas y veras dice muy buenas cosas), comentando el aforismo 22 de la sect. 1, concluye así el aforismo: *Pro conclusione huius Aphorismi si purgantibus bonus efectus* (suponiendo que hace burla de los médicos purgadores) *et beneficium aliquod, concedi debet, tunc non alio modo id ipsi adscribendum, quam febribus, quæ sæpe numero remedij loco esse solent, et morbos graviores avertunt beneficio suæ concusionis, uti illud exemplo convulsionum illustrat Hippocrates Aphorismo* 57, *sect*. 4. Bien claro te lo dice, que la calentura es el principal instrumento con que las más de las enfermedades sólo con ella se curan. Pero tú lo primero que haces es desarmar la naturaleza con sangrías para que no lo pueda hacer. Y si no dime: ¿á qué tira una sangría si no es á aplacar la acción que pone la naturaleza para expeler de sí la causa morbífica? Lo bueno es que á ti siempre te parece que la acción que ella pone es desproporcionada, como

si tú entendieras su modo de obrar: Sorbait bien claro te lo dice: *Naturæ motum ignoras.* Pues si lo ignoras deja obrar, no lo estorbes, que mejor lo hará ella con pocos remedios que tú con muchos. Y sobre todo, no tengas tanto miedo á una terciana, supuesto que no es enfermedad de peligro, si no es que el enfermo ó el médico la interrumpan su curso. Concluye el aforismo Sinapio, con lo que un canónigo en cierta ocasión le ofrecía porque le excitase una terciana: *Recordor* (dice) *hac occasione quemdam Canonicum Varmiensem mihi quadam vice dixisse, quod si ipsi febrem tertianam arte procurare possem, libenter mihi centum talleros* (que son reales de á ocho) *daturum*, y da la razón Sinapio: *hautdubie ob beneficij alicuius in natura renovanda consequentiam.* Bien pedía el canónigo, si Sinapio tuviera habilidad para excitarla. Ves cómo este canónigo no tiene miedo á una terciana, y Sinapio te propone las utilidades de tenerla? Pues para qué sirven los Tratados tan dilatados de tercianas, y tanto afán como traen los médicos consigo para curarlas, supuesto que ellas mismas por sí se curan, y dejan el cuerpo libre de muchas impuridades, para que en adelante no caiga en otras enfermedades de más peligro.

43. Suplícote ahora que oigas á otro autor de buena nota, que es Juan Jacobo de Valdischmit, Catedrático de Medicina en la Universidad Marpurgense, en la disputa que hace de *Chilo, et sanguine*, párrafo 23, en donde, si lees con atención, te quitará el miedo que tienes concebido de dejar correr su curso á la naturaleza, así en una terciana como en cualquiera otra calentura que se espera terminación. Y por último te concede, que la calentura de una terciana (que es lo que á ti te aterra) tan lejos está de ser enfermedad, cuan cerca de ser remedio. Oyele ahora: *Quam vis enim febris incepta*, habla de las intermitentes, *si intra modicum tempus finitur vulgo dicatur Medicina, potius quam morbus, tamen saltem ex parte id verum est, quoniam hac ratione sanguinis impuritates deflagrant, viscerumque obstructiones expediuntur, et revera totum corpus ventilatur, ita ut materia que vis excrementicia, et nascentium morborum seminario prorsus liberetur.*

44. Ya has oido á estos dos autores, los cuales confiesan que una terciana no es enfermedad de tanto cuidado que obligue á los médicos el que anden tan solícitos en su curación como acostumbran, cuando bien mirado es un beneficio que la naturaleza le hace, ó por mejor decir, su autor al que se lo envía, que debiera darle las gracias por el provecho que se le sigue. Pues oye ahora al tercero, que es Juan Doleo, uno de los prácticos que con más crédito corren hoy por toda la Europa, en su Enciclopedia Médica, en el lib. 8, cap. 8 de *tertiana intermitente*, dice: *Parum hac in febre ordinario est periculi, immo vero legitima tertiana sæpe auxilium esse dicitur, ut est notha, utpote qua sanguis depuratur, non minus, ac multa vina generosiora evadunt, hinc plu-*

ribus febris hæc dicitur sanguis purgium. Ya te estoy oyendo que dices: Estos tres autores hablan de tercianas exquisitas, no de perniciosas. Pues amigo, busca á Pedro Miguel de Heredia y á Luis de Mercado, si no los tienes, los cuales tratan de tercianas perniciosas: *Usque ad nauseam*, y date buena panzada de estudiar en ellos, pues á mí Hipócrates sólo me basta.

45. No hay duda que la autoridad de Hipócrates, de Galeno y de Avicena, en no querer sangrar en una terciana exquisita, está fundada en razón y en experiencia: porque de otra manera el que encontrare con la autoridad sola, ó la menospreciará, como algunos acostumbran, ó á buen librar, si es dogmático racional, la dará más vueltas ó interpretaciones que le dan á Aristóteles sus comentadores. Y así la autoridad de Hipócrates y de los demás que niegan la sangría en la terciana exquisita, se funda en las razones siguientes: Una terciana exquisita antes que Hipócrates y los demás médicos vinieran al mundo, tenía su constitución dentro de los límites de siete accesiones. Más claro, era una enfermedad que corría sus cuatro tiempos universales dentro de las siete accesiones. Pero te pregunto: ¿para que pasen estas siete accesiones ó estos cuatro tiempos en una terciana exquisita, serán menester sangrías, sin las cuales no se pueda curar una terciana? Si dices que no son menester; luego la autoridad de Hipócrates, Galeno y Avicena, es verdadera. Si dices que sí, te arguyo de este modo: No se ha discurrido hasta ahora el que un viviente pase del estado de la adolescencia al de la consistencia, sin que pase por el medio del estado de la juventud, pues así lo tiene ordenado el Autor de la naturaleza. Pues lo mismo tiene ordenado en una terciana y en las más enfermedades, pues lo que en las enfermedades son tiempos, en los animales son edades. Que así nos lo enseña Galeno en lo de *crisibus: Quod in animantibus ætas, idem tempus in morbis significat.* Pues si no es fácil que un animal sensitivo llegue á la edad de la senectud, que es la declinación, sin que pase por las tres edades antecedentes primero, como quieres tú, que una terciana llegue á la declinación impidiéndola tú en el principio, en el aumento y en el estado. Más claro: desarmando á la naturaleza (con las sangrías en particular) del calor nativo que es el instrumento ó la máquina, como dice Sidenham, ¿con qué perfecciona y da fin á sus obras? En las edades se ve esto patentemente; pues el que se da mucha prisa á vivir en la juventud no llega á la edad de la consistencia, cuando menos á la senectud, que es la declinación; antes bien se suele quedar en la misma juventud. ¿Pero por qué sucede todo esto? Yo te lo diré en pocas palabras: Porque los desatinos que el otro cometió en la edad de la juventud en las cosas no naturales, fueron causa para que la naturaleza, desarmada de sus dos mejores instrumentos, que son el humido radical y

el calor nativo, no pudiese llegar á la senectud, que es la declinación. Todo esto pasa en una terciana y en cualquiera otra enfermedad en que se espera terminación; pues es fuerza que pase sus cuatro edades, que son sus cuatro tiempos. Pues digo yo ahora: si todo tu conato es desde que empieza una terciana el impedir á la naturaleza que haga lo que ella sabe hacer, y tú lo ignoras, ¿qué maravilla es el que no termine con las siete accesiones, sino con setenta á buen librar, haciéndola con tu mal método perniciosa desde la segunda?

46. Volvamos á la sangría. Si una terciana no tiene el mal en las venas, como lo muestra el día de la intermisión (aunque Valles y Cardano discurran como quisieren), y tú ya confiesas que la causa de una terciana está en la primera región (hablo con los más galenistas) sólo porque lo has oido decir, ¿para qué sangras á un tercianario? No conoces que el alboroto que hay en la sangre en el tiempo de la accesión es producto morboso, originado de la causa (sea la que fuere) que al principio de la accesión se comunicó á toda la masa de la sangre, y que la naturaleza irritada de dicha causa puso el conato que vistes para librarse de tu molestia, como por último lo consiguió, pues en la declinación terminó con sudor (pongo esta terminación por ser la más frecuente) y el paciente se vió libre sólo con el beneficio de la naturaleza, sin más remedio que haberle dado un poco de agua fresca para aliviarle del trabajo que pasó en expeler de sí á su enemigo. Pues si lo vistes y lo considerastes el que á tan poca costa la naturaleza, sólo porque no la estorbastes, terminó la primera accesión, ¿por qué no has de hacer juicio que habrá de terminar del mismo modo la segunda, tercera y cuarta? Pues si fué docta en la primera, ¿por qué no lo ha de ser en las demás? Dirás que en la segunda, tercera y cuarta accesión, son los accidentes mayores que en la primera; y así, si no se impiden con purga y con sangría, podrá peligrar el tercianario antes de llegar á la declinación. Dijo Séneca una cosa discreta contra los que tienen miedo (que son muchísimos), *peior est morte timor ipse mortis. Peior est bello timor ipse belli.* Hombre de Dios, ¿ahora ignoras el que las enfermedades salubres al paso que van caminando al estado son sus accidentes mayores? Además, Hipócrates no lo está diciendo bien claro: *Circa initia, et fines omnia imbeciliora: Circa statum vero omnia fortiora?* Después de todo esto, si hubieras puesto en ejecución la curación de una terciana como te lo enseña Hipócrates, vieras y notaras cómo la segunda accesión de una terciana es más molesta que la primera, la tercera que la segunda, y la cuarta que la tercera. Lo cual no tiene la quinta por hallarse ya en la declinación. Pero tú, aterrado de todos estos accidentes (á los cuales Hipócrates no les tenía miedo, supuesto que hacía poco ó nada en la curación de una terciana, porque sabía que era una enfermedad que había de pasar sus cuatro

tiempos sólo con el beneficio de la naturaleza, si acaso el enfermo ó el médico no la impiden su curso), todo tu conato pones desde luego en ver si puedes impedir estos accidentes: y esto lo haces con purgas y con sangrías, y muchas veces le das la china antes de la cuarta accesión, por parecerte que se te ha de ir entre las manos el tercianario. ¿Pues sabes qué haces con todo esto? Óyeselo á Teófilo Bonet en su Medicina Septentrional, que te lo dice con mejor estilo que yo te lo puedo decir: *Multo satius esse præsente causa febrifera febrire, quam hæc captivæ detinere, utpote, quæ sævius postea ferotiat, atque eo modo corpus egressa commitibus septem Demonibus postliminio redeat.* Ahora te pregunto: ¿en qué se fundará esta autoridad de Teófilo Bonet? No puedes responder otra cosa sino que en la experiencia, supuesto que lo estás viendo todos los días y sobre todo en la razón (que ya sé que las experiencias cuando se te antoja las sueles menospreciar), y lo pruebo así: No hay duda el que la naturaleza, en el tiempo de la intermisión de una terciana, está ocupada en cocer ó disponer (ó como tú quisieres) la causa ó material que ha de hacer la segunda accesión. Bien está: ¿pues quién ha de creer que una purga, aunque sea la más benigna que tiene la botica, ó una sangría, no han de perturbar la acción con que la naturaleza intenta esta obra? Pues si vemos que si el enfermo se desmanda en la menor cosa, en las cosas no naturales, al instante ó se doblan, ó á buen librar se anticipa la accesión sus diez ó doce horas. ¿Miren qué hará una purga que es tan preternatural al viviente ó una sangría? Con que bien dice Teófilo Bonet, que es mejor dejar correr la calentura, que no por quererla quitar antes de tiempo exponer al enfermo á que después de quitada le sobrevengan los accidentes con mayor ímpetu; que eso quiere decir: *Commitibus septem Demonibus postliminium redeat.* Los cuales pongan en grandísimo peligro de la vida al enfermo.

47. La sangría no hay duda que tira inmediatamente á aplacar la calentura. Pues pregunto yo ahora: si la calentura es la máquina con que la naturaleza ha de hacer su obra y vencer la causa morbífica, ¿con qué quieres tú que lo haga hallándose desarmada? Aquí responderás con aquel textillo: *Levata namque, quæ nostrum corpus regit natura, etc.* Eso fuera bueno si tú supieras medir el conato que de parte de ella es menester para que haga una crisis perfecta. Lo que te aseguro, con mi corta práctica, es, que jamás he visto enfermo con gran calentura (y en particular en las tercianas) que haya dejado de terminar bien: De aquí podrás inferir si dice bien Bonet: *Melius esse præsente causa febrifera febrire, quam hanc captivam detinere.*

48. En donde toda esta doctrina se hace más patente es en el uso intempestivo de la china, pues si se la das al enfermo que padece tercianas antes que pase la cuarta accesión, no tienes que esperar buen

suceso (dejo la cura coacta, que en ese tiempo ya navegas sin timón y sin velas), pues la naturaleza, irritada de que no la dejaras terminar como ella quería, más claro, de que la interrumpieses su movimiento, torció y dió en otra enfermedad de peor casta. Nadie ha dicho más bien todo lo que voy ponderando, que Baglivio en el segundo libro de su práctica al cap. 12: *Et adeo* (dice) *constans est Naturæ ordo in perficiendis stato tempore humorum peccantium coctionibus depurationibusque, ut non nullae febres quantacumque contra eas adhibueris remedia, prorsus cedere nolint, nisi per actum sit praefixum illud a Natura tempus, pro absolvenda despumatione: Immo ab adhibitis, purgantibus, febrifugis, alijsque medicamentis intempestive, et imprudenter, non solum exacerbantur, vel duplicantur; sed ad mortem quoque viam sternunt, ob maximam in humoribus excitatam confusionem regularibus Naturae motionibus pene contrariam, sicuti in acutis, et intermitentibus febribus pluries obserbarimus.* Mira si dice bien Teófilo Bonet, que es mejor dejar correr su curso á la enfermedad que detenerla. *Quam hanc captivam detinere.*

49. Bastantemente te he persuadido, así con autoridad como con razón, el que una terciana, para que tenga buen éxito, no es menester más que dejársela á la naturaleza, pues ella sola la curará más bien sin remedios (sólo con que no la estorbes) que tú con ellos. Sólo falta para cumplir lo que prometí, el que pruebe todo lo dicho con la experiencia, que es el argumento más fuerte que tienen las facultades prácticas y con el cual verifican sus principios. Supongo que es imposible probar esto con observaciones, por ser tantas, que todo el papel que viene de Génova no es bastante para poderlas imprimir: y así bastará el referirte unos cuantos autores de mayor excepción, por si te lo puedo persuadir. De Hipócrates no te puedo enseñar observaciones particulares, pero puedo persuadirte el que todas las tercianas las curaba como enseña en lo de *morbis*. Y si esto no te hace fuerza, sírvete de decir cómo curó los enfermos del primero y tercer libro de las Epidemias, que si me pruebas que sangró uno tan sólo y lo purgó (excepto Anaxión), desde el instante daré tu doctrina de purgas y sangrías en las tercianas por verdadera. Pero bien cierto es que no lo probarás en todo el reinado de nuestro Felipe V, ni menos en el del Príncipe de las Asturias, que Dios nos lo guarde. Pues dime ahora si Hipócrates sabe curar una calentura aguda sin sangrías ni purgas, porque no quieres que crea que sabría curar una terciana sin nada de esto, cuando tiene menos peligro que una enfermedad aguda, por ser su curación más fácil? De las tercianas que Galeno curó en particular, tampoco no tenemos noticia; persuádome que las curaría conforme el método que nos dejó escrito en el I *ad Glauconem*, cap. 9. Avicena en particular en las sangrías anda muy cauto, por la poca seguridad que tie-

ne de dicho remedio. Miguel Emullero, médico de los más doctos que ha tenido el siglo pasado, cura todos los tercianarios sin sangrías ni purgas. Lo más que hace es dar algún vomitivo al principio, y al fin algunos febrífugos. Mas dice este autor que así se curan las tercianas en toda Sajonia. Doleo sigue esta misma doctrina porque le fué muy afecto. Lucas Tozzi, médico que fué de Inocencio XII, sabe curar no sólo las tercianas, sino todo género de calenturas, sin sangrías. Lee el comento que hace al Aforismo 22 del lib. I, y te desengañarás. No te cito á Herasistrato, Elmoncio, á Porcio, á Escala y otros muchos, que tomaron por su cuenta el desterrar la sangría, ó por mejor decir, su abuso del mundo. No soy del sentir de estos autores por lo que tienen de extremos. Sigo en esta materia al buen viejo, por lo que me enseñó el Lírico:

Est modus in rebus, sunt certi denique fines
Quos ultra, citraque, nequit consistere rectum.

Aquí en nuestra España ha habido médicos que han intentado poner en ejecución esta práctica de no sangrar en muchas enfermedades, y de facto lo han hecho. Pero ha sido su práctica mal vista de los superiores, que debieran haberles oido y aun escuchado. Olmedilla dió á la estampa su Práctica el año de 1669, pero fué menospreciada de los más que la vieron, porque la fundó solamente en observaciones (miren que tacha) sin acordarse de la autoridad de tantos hombres doctos con que la pudo afianzar. Y sobre todo, echaron menos las razones en que se fundaba dicha práctica. Comunicó su estudio y su desvelo con los hombres más doctos en la facultad que en aquellos tiempos había. Algunos de ellos suspendieron su juicio por entonces. Otros ú otro, viendo que si se admitía ó se ponía en ejecución el curar sin sangrías, como con sus observaciones lo persuadía Olmedilla, temiendo que se malograsen tantos textos como tenían metidos en sus cabezas de *sanguinis missione* (era la moneda provincial de aquellos tiempos), fueron de sentir que al dicho autor le aplicaran un defensivo á la cabeza y lo enviaran á la Isla Anticiras á purgarse con el helebro, diciendo que un pobre médico del Paular de Segovia, de Rascafría y después de Borox, era poco médico para que los médicos aulicos atendieran á sus observaciones ridículas. Este fué el pago que le dieron al buen Olmedilla después de todo su trabajo y desvelo.

50. Todas las veces que me acuerdo de este pobre hombre me compadezco de él; pues siquiera por saber por curiosidad en qué fundaba el nuevo modo de curar las calenturas, dolores de costado, etc., no le hubieran preguntado en secreto el motivo que tenía para apartarse del común modo de curar? O por lo menos haberle mandado en presencia de ellos que pusiera en un hospital la dicha práctica en ejecu-

ción? Siempre los humildes y pobres fueron en este mundo menospreciados, pero no para con Dios, pues dice por su Evangelista: *Absconditi hæc a sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis.* San Agustín, comentando este texto, dice: *A sapientibus, id est a superbis: parvulis id est humilibus.* El Dr. Casalete, catedrático de prima de la Universidad de Zaragoza, puso en práctica este modo de curar de Olmedilla, y me cuentan algunos que le vieron curar, que con gran facilidad curaba. Pero como es necesario que así al buen médico como al malo se les mueran enfermos, al que cura de este modo con uno tan sólo que se le muera es bastante para que quede desacreditado, como si á ellos con su método no se les murieran. Bendito seais vos, Señor, que tan asentado tiene su crédito la sangría, pues hasta los mismos enfermos, aunque se mueran, se van de este mundo muy consolados de que los sangraron bastantemente!

51. Muchas observaciones mías te podía referir, pero como mi ánimo no es de enseñarte, sino desengañarte de la mala práctica que observas en su curación, sólo te referiré lo que me ha sucedido estos dos años de 1707 y 1708, en que en esta corte y en todo el reino de Toledo ha sido la epidemia de tercianas tan fatal, que no se ha visto en muchos años antecedentes. Te aseguro, con juramento, que de todos los tercianarios que me han cabido en Madrid (que no han sido pocos) curados por la práctica de Hipócrates, ni uno tan sólo ha peligrado; mas ni me podrán probar que á uno tan sólo de los muchos que he tenido en estos dos años por tercianas le haya mandado sacramentar. Refiriéndole á un médico de los muchos que tiene Madrid (bien acreditado, aunque de corta literatura) todo lo dicho, me respondió que serían tercianas exquisitas las que á mí me cupieron. No quise replicarle más que decirle: bendito sea Dios, que sólo Hipócrates, Galeno, Avicena y yo encontramos con las tercianas exquisitas! Verdad es que el tal no sabía en qué consistía una terciana exquisita. Si no quisieres creer lo que te he referido, lee las observaciones de Zacuto Foresto y de Schencio, las cuales, como dice Menjocio aprobando el sepulcreto de Teófilo Bonet, son más fidedignas.

52. Vuelvo ahora á la ocasión después de haberme divertido demasiado en defensa de Hipócrates. La culpa tiene Sorbait, por culpar á los médicos que curan espacio. Y no contento con esto los maldice, *execrandi,* no sabiendo el buen alemán que al primero que coge la maldición es á Hipócrates, pues según autores de buen juicio, y entre ellos Emullero: *Erat merus expectator Naturæ.* Haciendo poquísimos remedios, contentándose solamente el que no la estorbase la acción ó movimiento tan necesario que pone para terminar una enfermedad por la región ó puerta que ella sabe, y el médico no, y esto ya lo confiesa Sorbait en el Aforismo 24 del lib. 1. *Naturæ motum ignorat.*

53. Sólo resta que saber, si con esta lentitud y paciencia que llevo ponderada se encontrará más bien con la ocasión que con la celeridad y prontitud con que hoy los más médicos de la Europa curan no sólo una terciana sino las más de las enfermedades que padece la naturaleza humana? Si dices que con paciencia y con hacer pocos remedios no se puede encontrar con la ocasión, culpa la flema de Hipócrates, pues tanta gastaba en sus enfermos, y no le cites más en las juntas, pues no puede ser buen médico el que tiene paciencia para dejar pasar una terciana su curso sin hacerle remedio alguno. Si dices que sólo se encuentra con la ocasión haciendo muchos remedios, te respondo que en tal lance no eres menester tú, porque cualquier barbero hará lo mismo: pues ya todos saben, que la primera diligencia en una terciana es limpiar el estómago. Después hacer tres ó cuatro sangrías, y si con esto no falta china, y á ello. Y no bastando todo esto, que mude de aire, que es el último remedio. Este es el modo, dicen, de encontrar la ocasión. Si Hipócrates no la encontró no tenemos nosotros la culpa. Obrará él con menos pachorra, que por nuestra cuenta, que la encontrará por más calva que la pinta Fidias.

54. Ya has visto cómo con autoridad de los hombres más doctos de nuestra facultad, con razón y experiencia te he persuadido á que una terciana se puede curar sin sangrías ni purgas y sin tanto afán ni aparato como traen en sus prácticas los que tratan de ella. Pues ahora te voy á probar, ó por lo menos á persuadir, á que un dolor de costado se puede curar del mismo modo: es á saber, sin sangrías ni purgas. Todo lo cual intentaré probar con autoridad, razón y experiencia. Quiera Dios que lo consiga.

CURACION DEL DOLOR DE COSTADO.

55. Asiento lo primero, que no es mi ánimo tratar de todas las diferencias de dolor de costado que hace conmemoración Hipócrates en varias partes de sus obras. Y así sólo trataré del dolor de costado *in abstracto* (como dicen los lógicos) y como comunmente lo definen los médicos en sus prácticas: *Inflammatio pleure succingentis costas.* Esto asentado pregunto: ¿se podrá curar un dolor de costado (voy hablando siempre de cura regular) sin purgas y sin sangrías? Más claro: ¿se podrá probar con autoridad de Hipócrates y de otros hombres doctos en la facultad médica, que un dolor de costado ni pide sangría ni purga? Respondo que sí. Todos los que dan por genuinos de Hipócrates los libros de *victus ratione, in morbis acutis*, responderán á las dos

preguntas que no, pues en ellos manda Hipócrates que se sangre el pleurítico, y también que se purgue (en particular en el descendente, y esto cuanto antes, *et non cunctari*. Esta es la pauta por donde se han gobernado todos los prácticos después que Galeno comentó dichos libros. Como tú pruebes el que esos libros son hijos legítimos de Hipócrates, desde luego te doy palabra de callar; pero bien sé que no lo has de probar, aunque más te desveles. Ahora oye cómo cura Hipócrates el dolor de costado, en el libro de *locis in homine* al texto 321 *apud Marcianum: cæterum* (dice Hipócrates) *pleuritidem hoc modo curare oportet. Febris sedanda, non est per septem dies. Potu autem utendum, aut aceto mulso, aut aceto, et aqua: hæc autem quam plurimam oferre oportet, quo humectatio fiat, eaque facta excreationem faciat.*

56. Reparo tres cosas en este texto: lo primero, que se opone ex–diámetro á la curación que trae Hipócrates, en el libro de *victus ratione*. Lo segundo, el cuidado que pone Hipócrates en no impedir la calentura por espacio de siete días. Lo tercero, el que la expulsión ó anacatharsis se facilite. Al primer reparo ya sé que responderás que el libro de *locis in homine* no es de Hipócrates. Pero has de saber que esa respuesta es tan ridícula, como afirmar el que los libros de *victus ratione* son genuinos de Hipócrates. Si te gobiernas por lo que Galeno, Mercurial, Lemosio, Marinello y otros muchos han dicho acerca de la averiguación de los cincuenta y cuatro libros que corren en nombre de Hipócrates, te aseguro que no saldrás de ello, como no pudo salir Galeno por más que se desveló. Y así el mejor medio de probarlo es ver si entre ellos hay conexión, como antecedentemente lo tengo probado. Pues si no tiene conexión este libro de *locis in homine*, como consta con los libros de *victus ratione*, y la tienen con los libros que tú y Galeno confesais que son legítimos hijos de Hipócrates, cómo quieres tú que yo me sosiegue con responderme: el libro de *locis in homine* no es de Hipócrates? Ahora lo verás en la satisfacción que te daré á la respuesta que das al segundo reparo, de que no puede ser de Hipócrates libro que manda que no se haga remedio contra la calentura por espacio de siete días, cuando en ese tiempo casi todos los prácticos mandan que estén hechas todas las evacuaciones universales, y el mismo Hipócrates (si lo quieres arrastrar) lo dice en lo de *victus ratione*.

57. Confieso ingenuamente que uno de los motivos que he tenido para escribir este libro, ha sido el haber andado muchos días, y aun años, cavando sobre la inteligencia de este texto. Vuélvole á repetir: *Pleuritidem hoc modo curare oportet. Febris sedanda non est per septem dies, Hippocrates loco citato*. Qué desvelo me ha costado, así en revolver muchos libros como en comunicar muchos hombres doctos en la Facultad Médica así de nuestra Nación como fuera de ella, por si podía dar alguna salida á la confusión que en mi dicho texto había impresiona-

do. Los más de los médicos á quienes comuniqué esta duda, me respondieron que dicha práctica no se podía poner en ejecución, por ser contraria al común sentir de todos los médicos (exceptuando algunos extravagantes que habían intentado el defenderla), y sobre todo, oponerse ex-diámetro á los libros de *victus ratione*, que es el arancel por donde Galeno, Valles y todos sus subsecuaces se han gobernado. Esto es en sustancia lo que me respondieron los médicos que comuniqué sobre dicho texto. Bien: y los libros que revolví para salir de esta duda, qué dicen? Todos (ó los más) unánimes y conformes, á carga cerrada dicen que el tal libro de *locis in homine* no es de Hipócrates. Buen modo de responder, cuando á todos los que así responden á muy poca costa los cogerás en falso latín, si revuelves sus obras hallándolas adornadas de textos de este libro. Y la experiencia, qué dice sobre este texto? Oh pecador de mí! Lo contrario que enseñan así vivos como muertos. Pues querías tú que Hipócrates (ó el autor de quien tú quieres que sea dicho libro, que por último es doctísimo), dejara escrita la curación del dolor de costado tan disparatada como á ti te parece? Así tuvieras tú ánimo de ponerla en ejecución, y vieras cómo es más verdadera que la que sigues del libro 2 de *victus ratione.*

58. En donde me acabé de desengañar fué leyendo el comento que á dicho texto le hace Próspero, Marciano, á ninguno de los comentadores segundo. Este autor comenta casi todas las obras de Hipócrates, y da por genuino y suyo este libro de *locis in homine.* Pero se ve tan embarazado en la explicación de este texto, que casi lo desconozco. Oyele cómo interpreta dicho texto: *Non prohibet, Hippocrates febrem sedare ante septimum, tamquam malum sit in hoc morbo sedari, aut remiti febrem ante septimum diem, sed ut moneat non convenire eo tempore medicamenta, quæ cum frigida sint. pro febris curatione usurpantur: Hæc enim frigiditate constipando plus ledere, quam prodesse possunt.* ¡Válgame Dios la fuerza que tiene la verdad! Confieso que no entiendo á Marciano. Dos remedios grandes tiene la Medicina para reprimir ó aplacar una calentura, que son la sangría y todos los medicamentos refrigerantes. En esto concuerdan todos los médicos. De modo que Marciano quiere que la calentura de un dolor de costado no se aplaque con medicamentos refrigerantes, y que esto es lo que Hipócrates quiere decir en este texto; pero que con otros remedios no tiene por malo Hipócrates el que dentro de los siete días se aplaque la calentura. Pero yo quisiera saber de Marciano, si resta después de los medicamentos refrigerantes otro remedio más eficaz ni más á propósito para aplacar la calentura que la sangría? Me parece que responderán todos que no. Pues cómo Marciano no hace conmemoración de ella en este texto (y más á vista del comento que hace sobre el libro 2 de *victus ratione*, en donde manda que el pleurítico se sangre), supuesto que dice que Hipócrates

no tiene por malo el que dentro de siete días se aplaque la calentura? Yo te lo diré: calla Marciano la sangría en el comento de este texto, porque sabía que de nombrarla ó de mandarla, se descomponía todo lo que había dicho en el tercer libro de *morbis*, y en el 2º libro de *humoribus:* y sobre todo, el comento que hace tan soberano al texto 79. *Apud ipsum, sect.* 3, de las Coacas: *Dolores circa latus in febribus consistentes venæ sectio ledit, etc.* Pues en todos estos libros en que Hipócrates trata de dolor de costado, en sus comentos condena Marciano la sangría, y no da más razón que porque hay calentura: y á la verdad no dice mal, pues quitada la calentura en un dolor de costado, no puede tener buen éxito el que lo padece, y las palabras de Hipócrates: *Sedanda, non est per septem dies,* tiran á eso.

59. Pero te estoy oyendo que me haces una réplica, no muy fácil de desatar: y es que Marciano no puede dar salida á todo lo dicho, pues aprueba la sangría en un dolor de costado comentando el libro 2 de *victus ratione, in morbis acutis.* Es verdad que la admite, pero no con la nimiedad que Galeno y sus secuaces la ejecutan: pues agarrándose del texto 8: *Verum enim vero sectio venæ* (Dureto intérprete) *non æque valet ad admovendum dolorem, nisi ad iugulum dolor pertingat.* Sólo en este caso sangra, como lo puedes ver en el comento. Pero tú, que el dolor suba ó que baje poco te desvelas en eso: ocho ó diez sangrías *(Ut moris est),* pues con ellas se aplaca la calentura y también el dolor, y aunque la materia salga por donde pudiere: y si no, que busque la vena Afigos, ya que no quiso salir por la trachiarteria. Marciano vió que el libro de *victus ratione* era el más estimado entre todos los médicos, y no quiso de ninguna suerte desazonarse como yo con ellos; y así lo comentó. No me meto si hizo bien ó mal: sólo sé que dice el Lírico en su Arte Poética:

Verum opere in longo fas est obrrepere somnum.

60. Nadie duda que el tercer libro de las Epidemias sea parto genuino de Hipócrates, como nadie duda tampoco el que Anaxión sea uno de los enfermos contenidos en dicho libro, y que padeció dolor de costado, el cual lo curó el mismo Hipócrates. Pero pregunto: ¿con qué doctrina le curó? Si dices que con la que dejó escrita en el libro 2 de *victus ratione,* digo que no puede ser, y te lo pruebo sólo con la autoridad de Valles, comentando la dicha historia, el cual dice así: *Itaque Hippocrates sequtus suam sententiam secuit octavo cubiti venam.* ¿Y cuál te parece á ti que es la sentencia de Hipócrates en la curación de un dolor de costado? Claro está que responderás que la que dejó escrita en el libro 2 de *victus ratione,* text. 10. Pues digo yo ahora que no puede ser el que Hipócrates sangrase á Anaxión según su sentencia, remitiendo la curación á dicho libro, y lo pruebo así en el libro de *vic-*

tus ratione, texto citado. Dice así Hipócrates: *Si dolor* (Vallesio, intérprete) *significationem sui præbeat ad claviculam, aut gravitas in brachium, aut circa mammam, aut supra septum transversum secare iuvat venam internam, in cubito* (repara en lo que se sigue) *et non cunctari, confertim auferre sanguinem, etc.* ¿Y es ésta la sentencia á que Valles se remite? Parece que no, pues á Anaxión le sangró al octavo día, y en este libro manda que se ejecute la sangría muy aprisa, que eso quiere decir: *Et non cunctari.* ¿Pues cómo puede Valles decir que Hipócrates sangró á Anaxión según su sentencia al octavo día, remitiéndose al libro de *victus ratione*, en el cual enseña lo contrario? Luego bien se infiere que si Hipócrates sangró á Anaxión al octavo día, que fué conforme la doctrina que dejaba escrita en el libro de *locis in homine*, pues manda que hasta pasado el seteno no se impida la calentura. Ni el texto de Valles tiene otra salida, si no se da por genuino el libro de *locis in homine.* Además, que Hipócrates en las Coacas en la sección 3, *textu apud Marcianum* 79, dice: *Dolores circa latus in febribus consistentes venæ sectio ledit.* Con que si se te antoja, también dirás que este texto no es de Hipócrates, porque no confronta con el libro de *victus ratione.* Este argumento más fuerte te lo puedo hacer yo á ti: pues si porque no confronta el texto de las Coacas con el libro de *victus ratione* no es de Hipócrates, menos será de Hipócrates el de *victus ratione:* pues no tiene conexión ni confronta con libro alguno de los que son genuinos hijos suyos. Y si no hazme favor de decirme: ¿en qué libro de los cincuenta y cuatro que andan en su nombre, exceptuando el de *victus ratione*, manda Hipócrates sangrar habiendo calentura, cuando la tiene por contraindicante de la sangría, según su mayor comentador Próspero Marciano? Oyele sobre la Coaca citada: *Quantum Hippocratis præceptis parcant medici recentiores, qui in quolibet morbo sanguinem ad aucter mitunt quotiescumque adest febris, tamquam hæc præcipuum indicans sit sectionis venæ, quam summum prohibens habuit Hippocrates.* Pero podrás replicarme: ¿si es contraindicante de la sangría la calentura, cómo Hipócrates sangró á Anaxión al octavo día estando con ella? Ten paciencia, que yo te responderé. Lo primero, que un caso particular no destruye un precepto universal (aunque me arguyas de que en la Medicina no hay regla cierta), pues de *particularibus non datur scientia.* Lo segundo, de que Hipócrates sangrase á Anaxión teniendo calentura, de ahí no se infiere el que la calentura no sea contraindicante de la sangría: pues el dolor de costado de Anaxión fué tan irregular y extravagante en su esencia, que obligó á Hipócrates á curarle como pudo y no como quiso. Oye ahora á Valles comentando dicha historia, que sé que te ha de hacer más fuerza que lo que yo te digo. Así empieza el comento: *Pleuritis fuit hæc multo longior solito. Non enim solet citra suppurationem ultra viginti produci.* Bien sabía Hipócrates que un dolor de costado se podía

curar sin sangría; su extravagancia obligó á Hipócrates á sangrar á Anaxión. Y porque no pienses que son pensamientos míos lo que te voy persuadiendo, oye otra vez á Próspero Marciano en la misma Coaca citada: *Et hæc* (dice) *ad notare vellem recentiores medicos ad secandam venam adeo audaces, considerareque, quoties contra praesentem Coacam in aegrotantium pernitiem eos errare contingat: dum non in hoc morbo (scilicet in pleuritide) tantum sed in quolibet alio, dummodo febrit adsit statim ad venae sectionem deveniunt, quod non solum Hippocratis doctrinae non convenit, sed ei omnino adversatur, qui venae sectionem proter febrem adeo timuit, ut saepe eius gratia a venae sectione abstinendum esse existimaverit.* Muy posible es el que los accidentes que padeció Anaxión (que nosotros no los miramos sino pintados) fuesen tales, que obligasen á Hipócrates á menospreciar el modo regular que tenía en la curación de un dolor de costado; pues en semejantes lances también arrojan al mar los navegantes sus riquezas sólo por librar la vida. Y por no perder la metáfora de vista, como dice Celso: *Cum tales ingruunt tempestates, remedia cum temeritate sunt adhibenda.* Y si me lo dejas discurrir, digo que el accidente más urgente que obligó á Hipócrates á sangrar á Anaxión fué el dolor; pues en el seteno dice: *Et dolores non sunt minuti.* Galeno, ponderando el dolor de Anaxión, dice en el comento: *Crudelissimo conflitabatur lateris dolore: octavo* (dice Hipócrates) *cubitum secui fluebat multum, ut debebat.* Y dice inmediatamente *remissi sunt dolores.* Bien sabía Hipócrates que á vista de la sangría se habían de aplacar los dolores, como se aplacaron: ¿pero qué hizo Hipócrates con hacer esta sangría tan larga? *Fluebat multum, ut debebat.* ¿Qué? yo te lo diré: desarmar á la naturaleza de su mayor instrumento, que era la calentura, para que el dolor de costado de Anaxión, que tal vez hubiera terminado al catorce, ó á lo más largo al veinte, terminase al treinta y cuatro de que la sangría detuvo la calentura, no lo dudes; pues dice el mismo Hipócrates: *Undecimo remisserunt febres.* Ya en este tiempo empezaba á fluctuar Anaxión por faltarle el timón, esto es, la calentura, para poder llegar al puerto. Pero como el buen viejo dijo en otra parte: *Forti naturae nil est impossibile,* hubo de ser Anaxión algún griego fuerte y robusto, al cual, por más que le curaron sin arte, tuvo fuerzas para resistir al arte y á la enfermedad, y librarse con una tabla, la cual se puso después en el templo de Apolo. Oye ahora á Guillermo Ballonio en el conf. 30, libro 2º, pág. 259; Epid. libro 1º, pág. 46, el cual me quita la vanidad de discurrirlo así: *An prout* (dice) *augetur dolor, et febris in pleuritide consilium capiendum est detrahendi sanguinis? An non auctio, et doloris, et febris fit ob pepasmum? At quis dubitat quominus in pleuritide sit expectandus pepasmus, et ei studendum: Cum autem augetur, et febris, et dolor fortasse natura agreditur coctionem, et detractione sanguinis a penso revocatur: Ut mirum non sit, si plerique

intereant, in quibus supersedendum fuerat tam frequenti venae sectione.

61. El autor que más sacó la cara en defensa de la sangría en un dolor de costado, fué nuestro insigne complutense el Dr. Pedro Miguel de Heredia, meritísimo proto-médico del Sr. Felipe IV, que esté en gloria, el cual, comentando la historia de Anaxión, no puede llevar el que haya quien niegue la sangría en un dolor de costado sanguíneo. Y así sienta su conclusión: *Quod medicus in sanguinea pleuritide erret, si venam non secet.* Muerde lo primero á Zacuto Lusitano, porque niega la sangría en un dolor de costado sanguíneo, y dice así: *Nemo, qui inconcuse in verba magistri iuraverit, et si videat sui praeceptoris errorem retrocedet a sua proterbia dogmatica.* Estas palabras, si bien se pesan, tanto hacen contra el mismo Heredia como contra Zacuto. Pues si Zacuto juró en las palabras de Galeno, también Heredia juró en las de Hipócrates en el 2 de *Victus ratione*, sin averiguar primero si esos libros eran suyos. Y si Zacuto es malo porque con proterbia defiende á Galeno, también Heredia lo será porque defiende con la misma proterbia dogmática á Hipócrates. Pero responderán por Heredia, que Hipócrates con Galeno no tiene comparación. Confieso que es fuerte la respuesta en favor de Heredia; pero es menester: primero, que pruebes que los libros de *Victus ratione* son de Hipócrates, que de otra manera no tiene fuerza tu respuesta. Veamos qué dice Galeno en el libro 6 de las Epidemias, comentando este texto de Hipócrates: *Impedimentum incruenta spuemtibus, anni tempus, pleuritis, bilis.* No puede llevar con paciencia Heredia la explicación que da Galeno á este texto con otros muchísimos autores, pareciéndole que es doctrina absurda y errónea decir que es impedimento de la sangría un dolor de costado sanguíneo: no pudiéndose ejecutar otro remedio que equivalga en su lugar. Dice más, que si esta doctrina es verdadera de no sangrar en un dolor de costado sanguíneo, y tan peligroso, también se podrá seguir y ejecutar en cualquier otra enfermedad que dependa de sangre, y por lo mismo que en las fiebres continentes que dependen de sangre tampoco será necesaria la sangría. Son sus palabras: *Et si haec doctrina sequenda esset in morbo tam periculoso, imitari debet in omni alio morbo a sanguine pendente: unde nec continentes febres sectione venae indigerent, quia a sanguine oriuntur humore mitissimo, et nilominus usque ad deliquium* (miren qué consuelo) *a Galeno educitur.* Toda esta ponderación de Heredia contra Hipócrates tiene poquísima fuerza, pues si Hipócrates sabía curar un dolor de costado sanguíneo sin sangrías, porque no me he de persuadir yo que sabría curar todas las calenturas continentes sin sangría. Antes bien (como llevo ponderado) las sangrías, no sólo en las calenturas continentes, sino en todo género de calenturas agudas, son perniciosas, para que la naturaleza en cualquiera de ellas pueda hacer bien su crisis. Además, que

en doctrina de Hipócrates (como también tengo ponderado) la calentura es contraindicante de la sangría.

62. Vuelve á ensangrentarse en el párrafo siguiente contra el mismo Galeno, diciendo que por más que se gloríe de que curó un dolor de costado sanguíneo sin sangría, fué un desatino lo que hizo, que eso suena: *Et per consequens temerarie Galenus docet sectionem venae imperandam non esse, si rubrum expuatur.* Pondera otra vez lo molesto que es un dolor de costado; y para más exageración, pinta de por sí la gravedad de cualquiera de los accidentes que le acompañan, pareciéndole que si el médico no sangra al que lo padece, no cumple con su obligación, dejando morir al enfermo sin remedio. No contento con todo lo ponderado, se hace moralista, metiendo en confusión de pecado mortal al médico que así obra, con las palabras siguientes: *Mirum est, quod si Medicus assequeretur crastina die futuram pleuresim sanguineam, peccaret gravissime, si non secaret venam, antequam aprehenderet, ut præcaveretur, et quod venam non secet post aprehensionem, veluti si morbus præsens levius indicaret remedia, quam futurus.* No le faltó, para confirmación de su doctrina, sino citar dos textos; uno de Villalobos y otro de Bonacina. Pobre Olmedilla, no le bastan sus trabajos, sino meterle en escrúpulo de pecado mortal, por haber curado tantos dolores de costado sin sangrías? No contento Heredia con todo lo ponderado, vuelve á ensangrentar la pluma contra Galeno, que comenta el mismo texto de Hipócrates, que lo vuelve á referir al fin del libro de *humoribus.* Y porque lo comenta del mismo modo en este libro que lo comentó en el texto de las Epidemias, deja Heredia de ser moralista y se hace misionero, pues le dice: *Semel damnati pœnitentia privantur.* Si se lo ha dicho con las palabras de la Escritura, se lo ha dicho más bien. *Perijsse semel æternum est.* La condenación de Galeno, según Heredia, consiste, en que comentando Galeno mal el texto de las Epidemias, porque curó el dolor de costado sin sangría, persiste en el texto del libro de *humoribus* en el mismo sentir: y así le echa la ley á cuestas: el que una vez se condena, para siempre se condena. Pero con licencia del Sr. Dr. Pedro Miguel de Heredia, no merecen las culpas de Galeno, según Hortencio, tan locas indignaciones. Pues al mismo paso que Galeno está confesando que se puedê curar un dolor de costado sin sangría, está haciendo penitencia y retractándose de lo que dijo sobre el libro 2 de *Victus ratione, text.* 10, comentando dicho texto. Pero sepamos qué dice sobre él: *Ob id igitur* (dice) *sanguinem redundantem secta interna vena vacuandum præcipit.* Esto dice que mandó Galeno; é Hipócrates ¿qué hace? Más adelante, en el mismo comento, dice así: *Nos vero partem eam quæ phlegmone obsidetur, tum celeriter, tumque cæteras partes magis in acutis præsertim morbis vacuare contendimus.* A este texto se remiten casi todos los prácticos, y entre ellos Heredia, para probar que un dolor

de costado no se puede curar sin sangría. Pero no da Galeno por precepto inviolable esta doctrina, como se ve en los dos textos citados, pues dice y hace lo contrario. Pues si dice y hace lo contrario. ¿para qué le condena Heredia. cuando ya está haciendo penitencia el pobre Galeno?

63. Veamos ahora si hay autores que apoyen los dos textos de Hipócrates, y los dos comentos que les hace Galeno. Guillermo Ballonio, que sin exageración es uno de los médicos grandes que tiene la Facultad. toma por su cuenta el comentar estos textos, y dice así: *Hippocrates part. 44, sect. lib. 6. Epidemiarum ait: pleuritim indicare, ne secetur vena in sputo sanguineo quasi vero in pleuritide non sit secanda vena? Immo tunc secandi sumitur indicatio, cum sputum cruentatur? Hoc non vult Hippocrates, quamquam litera id videtur indicare: Sed considerat sputum cruentum, velut morbum, velut simptoma: ut morbum, cum est propium vitium pulmonis: ut simptoma cum fit ob pleuritim: cum enim fit ob pleuritim, non ex se postulat phlebotomiam, est enim ipsa pleuritis, quæ forte postulat, aut non: nam cum medendi pleuritidem alia ratio sit, quam per phlebotomiam fieri potest, ut sputum sanguinis nullomodo phlebotomiam indicet, quatenus simptoma est: quatenus morbus omne sputum cruentum phlebotomiam insinuat, hist.* 1, *lib.* 2, *cons. pág.* 47. Y en otra parte *anotat.* 54, *hist.* 1, *lib.* 2, *cons.* dice: *Hoc vult Hippocrates, si sputum cruentum est occasione pleuritidis, ne sumas indicationem secandi ex sputo, quoniam forte ipsa pleuritis non petit venæ sectionem.*

64. Podráse confirmar aún más todo lo dicho con doctrina del mismo Hipócrates y de algunos de sus comentadores? Respondo que sí. Pues oye ahora á Hipócrates en el libro 3 *de morbis* hablando del dolor de costado bilioso sanguíneo, que en el 6 de las Epidemias, y en lo de *humoribus* llama cruento, y verás cómo dice que este dolor de costado no es peligroso, por terminarse con gran facilidad: *Biliosæ, et sanguineæ pleuritides nona, et undecima die indicant, atque hi magis sani fiunt.* No ignoro el que Hipócrates antecedentemente hace conmemoración de dos especies de dolor de costado: la una, que depende de sangre mera: y la otra de cólera sincera, las cuales especies dice Hipócrates que son de mucho peligro. No hablo de estas especies, si bien Marciano dice que en ninguna de estas conviene tampoco la sangría. Voy hablando de las cruentas, como dice Hipócrates en lo de *humoribus*, en el texto de las Epidemias, y en lo de *morbis: biliosae et sanguineae.* En las Coacas se explicó más bien Hipócrates, pues puso el mismo texto con más claridad quitando toda la duda, y dijo así: *Biliosae simul, et sanguineae pleuritides plerumque nona, et undecima die indicantur, et maxime sanantur.* Pero pregunto: sobre esta especie de dolor de costado bilioso sanguíneo, que es lo mismo que cruento, los mayores comentadores que ha tenido Hipócrates, ¿qué es lo que dicen ó mandan que se

haga en el enfermo que tal padece? Marciano, que sin hacer agravio á nadie, es de los que más bien le han comentado, dice, explicando el texto de *humoribus: Impedimentum his, qui cruenta expuunt, etc. In secundo* (va hablando del dolor de costado bilioso sanguíneo) *pariter in probanda est venae sectio, non solum, ut remedium inane, et superfluum, ut exponit Galenus, sed ut noxium omnino.* Más bien cortó la pluma Dureto (á ninguno inferior de los comentadores de Hipócrates) contra estos pragmatiqueros: pues comentando la Coaca citada, dijo así: *Tale sputum promoveri debet ijs, quae expurgationem iuvant, moliendo, leniendo, et sputum ciendo: non autem sanguinis detractione retrahi, et impediri: quod usu venire videmus, non sine mœrore, et nemesi ab istis Pragmaticis vulgo dictis, qui omnem pleuritidis curationem exigunt in sanguinis detractione saepius iterata: quamdiu pleuriticus eiusmodi sputa expurgat cum spe salutis praedivite.* Cuidado, Heredia, con lo que se sigue: *O homines* (exclama Dureto) *Reipublicae calamitosos, at que funestos ipsam pleuritidem, quae sua sponte nullius operis indigens cum tali sputo quiesceret, ex eventu reddunt mortiferam.* Sólo hallo esta diferencia entre estos dos comentadores: que Marciano quiere que no se sangre en dolor de costado bilioso sanguíneo, porque la bilis no se desenfrene, y pase á dolor de costado merebilioso, el cual es mortal. Dureto no camina por ahí, sino porque con la sangría se perturba el movimiento de la naturaleza: más claro, se interrumpe la acción que tiene puesta en cocer y expeler: que eso quiere decir *retrahi, et impediri:* Cuyo modo de discurrir me parece más conforme que el parecer de Marciano.

65. El tercer reparo que hice sobre el texto de *locis in homine*, fué considerar el cuidado que pone Hipócrates, el que en un dolor de costado se facilite la expulsión ó anachatarsis, pues en ella consiste el buen éxito, como al contrario si se detiene. A todo esto responderás que es verdad y que manda bien Hipócrates; pero que todo esto se ha de entender después de estar bien sangrado el enfermo, como manda Hipócrtes en el libro 2. *de Victus ratione, text.* 10. Ya en otra parte me has visto ponderar lo mal que siento de los libros *de Victus ratione in acutis.* Pero veamos cómo te desembarazas del texto 27 del libro 1º *de Victus ratione in acutis:* Supuesto que tan de corazón admites estos libros por de Hipócrates, dice así: *Nam* (Dureto, intérprete) *et pleuriticis dolores, et morbi ultro statim desinunt, et quiescunt, cum expectorare quid commemorabile, et purgare cœperint.* El mismo Dureto, comentando este texto, no gasta más palabras en su explicación que las siguientes: *Nullius opis Medicæ sunt indigentes.* Pues si no son menester, como dice Dureto, para que tú impidas á la naturaleza con sangrías, con capa falsa, de qué la ayudas, cuando ella se contenta sólo con que la dejes.

66. Lázaro Riberio, catedrático que fué de la Universidad de Mompeller, y después médico y consiliario del Rey Cristianísimo, uno de

los médicos que con más crédito han corrido por toda la Europa (en particular en la práctica), hace su Tratado de dolor de costado como es costumbre en todos los prácticos; y después de haber pintado la esencia, diferencias, causas, señales y pronóstico, llega á la curación y dice así: *Et quidem ab initio: sanguis detrahendus est ebasilica eiusdem lateris.* Pero con licencia del Sr. Riberio, ¿no precederá antes de la sangría un leve fomento, como manda Hipócrates, por si se puede resolver? Dice más adelante: *Miti autem debet sanguis singulis diebus, donec dolor, et febris multo mitiores evaserint.* Y lo que resta que hacer en adelante, que lo haga el jarabe de amapolas ó de hinojo. Válgame Dios, y qué paciencia gasta Hipócrates, pues en siete días no quiere que se aplaque la calentura, ¿y Riberio la quiere matar desde luego? *Immo vero* (prosigue) *interdum bis in die, cum per acuta pleuritis est,* bien: no como Hipócrates, que no hace más que una, y esa al octavo día. Y pareciéndole que si no apoya su doctrina con Hipócrates (como hacen los más) quedará manco su Tratado, cita al buen viejo en el Texto 10 del libro 2 de *Victus ratione*, y le comenta así: *Insignem regulam, et praxi utilissimam posteritati tradidit, ut mitatur sanguis, usque ad coloris mutationem:* ¡ah buen hijo de Galeno! después, pareciéndole que esta doctrina de sangrar á un pleurítico, *usque ad mutationem coloris*, es demasiado ancha, la restringe así: *Licet autem huius præcepti observatio in praxi, ut plurimum optime succedat* (no sé lo que te diga) *aliquando tamen coloris illa mutatio pertinaciter expectanda non est, sed potius a sanguinis misione desistendum, cum videlicet, aut vires sunt debiles, etc.* Advertencia que si no la hubiera puesto se perdiera poco, cuando cualquier barbero ó enfermero saben que sin fuerzas no solamente no está el enfermo para que le sangren, *usque ad mutationem coloris;* pero ni aun para que le saquen una gota. Prosigue Riberio diciendo: *Quamvis autem sanguinis misio in principio morbi præcipue conferat, si tamen ea fuerit ommissa, etiam post septimum, nonum, aut undecimum venam secare licet exemplo Hippocratis, qui Anaxioni venam secuit octavo die.* Yo sólo reparo el que este autor es el que con más crédito en la práctica corre hoy por toda la Europa: no quisiera desazonar á tantos apasionados como tiene.

67. Prosigue Riberio su curación de dolor de costado: *Cum vero Anacatharsis libera, et liberalis fieri incipit, tunc temporis a phlebotomia abstinendum, quia Anacatharsis suprimitur, et æger in vitæ discrimen conijcitur:* A buena hora, después que tiene al pleurítico desjaretado á sangrías! Este párrafo, con licencia del Sr. Riberio, si se hubiera puesto antes de mandar sangrar el pleurítico, tuviera mejor lugar. Pero mandar que en un dolor de costado se sangre, *usque ad mutationem coloris*, todas las veces que al médico le pareciere, y á veces dos sangrías en un día, y después de todo esto, cuando ya están hechas las sangrías salir con un párrafo (que debiera estar escrito con letras de oro en todas las

prácticas que tratan de dolor de costado al principio de su curación) en que nos advierte y enseña que si el pleurítico arranca al principio, que no se sangre porque se detendrá con la sangría la anacatharsis ó expulsión. Confieso que no entiendo á Riberio, porque si este párrafo es verdadero (como por tal le tengo), todo el conato del médico debe encaminarse á excitar y promover la expulsión en un dolor de costado: pues cómo pueden las sangrías excitar la expulsión, cuando confiesa el mismo Riberio que la detienen? Además, si movida la tienen, por qué no la han de detener antes de moverse, y más faltándole con la sangría á la naturaleza el instrumento principal, que es la calentura, para que haga su terminación?

68. No contento con todo lo que ha ponderado de la utilidad de la sangría en un dolor de costado, concluye diciendo: *Adeo autem necessaria est venæ sectio in huius affectus principio, ut numquam ommiti debeat* (ya escampa) *nedum in senibus, pueris, gravidis, mulieribus, quibus omnibus experientia docuit phlebotomiam præsente hoc affectu fuisse utilissimam, etc.* Si este párrafo no tiene conexión con el antecedente, déjolo á la censura del discreto lector, pues las palabras *ut numquam ommiti debeat,* no sé yo que se puedan conciliar con el párrafo *Cum vero Anacatharsis libera, etc.* No quisiera desazonar (vuelvo á decir) á Riberio, ni menos á tantos afectos como tiene; pero tanto como dejar de proponer lo que Guillermo Bollonio, médico parisiense, siente sobre este punto, perdonará Riberio y sus secuaces. Dice Ballonio, *libro* 1 *Epidemiorum, págs.* 78, 79 *y* 80: *Incredibile enim dictu, quam multos trita, vulgataque medendi via, ac pæsertim in pleuritide perdidit: nam audito lateris doloris nomine, si quis alius præter venæ sectionem remedium tentat, anathematizatur: Immo quod pertinet ad dolores lateris, nullius hodie non Medicus est: quamquam hic multorum carnificina, et frustranea sanguinis (in quo vita sedet) eductio spiritumque evacuatio committitur, magno artis vituperio: ut etiam hac una medendi pleuriticis via baiuli, carnifices, sutores: ac universa mulierum garrulitas, Medicorum celebrium industriæ obstrepat, ac se se oponat. Immo si quis de latere queritur, quoqumque id modo fiat, ne articulo horulae differre fas sit: at non novit imprudens mulier, impudens barbi tonsor, nugigerulaque mediastina mulier, multis ex causis dolores laterum oriri, in quibus, ut aliquando venam non secare nefastum sit, ita eamdem aperire crudele impium, ac ignorantiae plenum sit. Nam nulla est causa tam exilis, tamque parum eficax, quae non dolorem in latere excitat. At aequum ne est, tamquam causa eadem sit, ac idem malum remedium idem usurpare, et omnibus eumdem cothurnum atribuere?* No tuviera yo atrevimiento de proponer palabras tan pesadas, si Ballonio no me las enseñara en sus escritos. Además, que si Riberio fué gran médico en la Francia, no lo fué menos Ballonio, como lo demuestran sus obras.

69. Con bastante autoridad me parece que tengo afianzado el que un

dolor de costado se puede curar (hablando regularmente) sin sangrías. Lo que ahora pretendo ver es si hay alguna razón en que se afiance la autoridad de estos primeros hombres que han ejercitado la medicina con aplauso universal de todos sus profesores: porque la secta de los dogmáticos racionales sólo á ella suele tener algún respeto, menospreciando la autoridad y la experiencia. Digo, pues, que hay razón, y fortísima, para que un dolor de costado se pueda curar sin sangría. Si probare esto, quedará la autoridad de Hipócrates, la de sus tres mayores comentadores, que son Próspero Marciano, Ludovico Dureto y la de Guillermo Ballonio, en su fuerza; pues pruébolo así: Nadie ignora que las obras de naturaleza se distinguen de las artificiales, lo que va de lo vivo á lo pintado. Nadie duda tampoco el que la naturaleza *est morborum medicatrix*, y que el médico ministro de ella. Todos saben que la naturaleza no ignora por dónde ha de terminar una enfermedad, y el médico no lo sabe. Nadie puede saber ni medir las fuerzas que la naturaleza há menester para vencer una enfermedad. Hasta ahora no ha habido médico, por docto que sea y grande anatómico, que haya sabido distinguir (curando á un pleurítico) si el dolor ó la inflamación está en la pleura ó en los pulmones; pues Galeno dice que está en la pleura; Hipócrates que en los pulmones. Aun los anatómicos, después de muertos, en la disección hallan gran dificultad en distinguirlo; porque por consentimiento hallan entrambas partes, así la pleura como el pulmón, dañadas. Pues que si la pleura (como advierten los mayores disectores) está asida á la sustancia del pulmón, como confiesan que en la mayor parte de los individuos de la naturaleza humana está así. Por donde la materia (suponiendo que está en la pleura) elaborada entra en los pulmones, se ven embarazadísimos los más, de tal manera, que algunos (y entre ellos Riberio) recurren á vías incógnitas, aunque todo esto para la curación importa poco; pero sí para que el médico conozca la confusión con que cura un dolor de costado.

70. Pues pregunto ahora: De todo lo ponderado en este párrafo ignora algo la naturaleza? Si eres ingenuo dirás que no. Pues si no ignora nada de todo esto, y ella lo sabe hacer con la perfección que sabes, para qué la interrumpes la acción con que lo hace con tanta multitud de remedios, y en particular con la sangría, pues con ella la desarmas quitándole su mayor instrumento, que son los espíritus, mediante los cuales termina la naturaleza su obra? Dirás que es demasiada paciencia el ver á un pleurítico con un dolor que le atosiga y una calentura que le abrasa, el no remediarle con sangrías como es uso y costumbre: pues á vista de ellas, no hay dolor que no se apacigüe ni calentura que no se aplaque ó se remita. Dijo bien Tertuliano en lo *de paciencia: Omne peccatum impatientiae adscribendum.* Es lo bueno, que el buen vie-

jo no se consume ni se aflige de ver que la calentura esté permanente hasta el noveno, y tú te impacientas de no tener al pobre pleurítico en ese tiempo desjaretado á sangrías! Oyele continuando la curación del dolor de costado en lo de *locis in homine: Si vero neque septima die febris cesset, nona cessabit, si non aliud quid periculosum accedat.*

71. Pues ahora pruebo con razón que un dolor de costado, *secundum se* (como dicen los dialécticos), no pide sangría. Y digo así: para que un dolor de costado, *secundum se*, pida sangría, es necesario el que ningún dolor de costado se pueda curar sin ella. Se curan, se han curado y se curarán infinitos dolores de costado sin ella: luego la sangría ni conduce ni es necesaria en un dolor de costado *secundum se*. La mayor en sentir de todos los galenistas, y de los que dan por genuinos de Hipócrates los libros de *victus ratione in acutis*, es evidente. Riberio en nombre de todos lo confiesa así: *Adeo autem necessaria est venæ sectio in huius affectus principio, ut nunquam ommiti debeat.* La menor en quien está la dificultad, te la pruebo con razón y con experiencia. Con razón, con la que te tengo ponderado: que diviertes á la naturaleza, que la interrumpes la acción en quien tanto conato pone, para que un dolor de costado se termine por esputo, siendo ese su propia terminación. Y sobre todo, que impidiéndole con las sangrías la calentura, la desarmas de su mayor instrumento, para que pueda perfeccionar su obra. Con la experiencia te pruebo ahora la menor, por ser argumento más fuerte que la razón. Y no te lo probaré con las observaciones de Erasistrato, de Helmoncio, Escala, Porcio y otros muchísimos, pues es tal tu descoco, que sólo con oir sus nombres te ofendes, y los bautizas de extravagantes. Y sabido por qué es porque no curan con el método de Galeno, pero á fe que no les probarás que no curan como Hipócrates curaba sus enfermos, como te lo tengo bastantemente probado. Con las observaciones de Olmedilla menos, porque ese fué un pobrecillo médico de Rascafría. Y aunque dicen (y él también lo dice en su Monstruo de Grecia) que sabía curar no sólo los dolores de costado, sino también todo género de calenturas sin sangrías, fué tan mal vista su práctica de los padres maestros de la medicina, que sin averiguar si tenía algún fundamento su modo de curar, lo desterraron á la Alcarria, en donde él y su método perecieron. Dios lo tenga en su santo Reino.

Oderunt vivum, quem mox post funera quærent.

Veamos ahora qué dices de Lucas Tozzi, que será posible que por ser un médico de tanta literatura como lo demuestran los comentarios que ha hecho (sin otras muchas obras que tiene) á los aforismos de Hipócrates, pues hasta ahora nadie ha tomado la pluma que más bien los haya ilustrado, así á lo antiguo como á lo moderno, que él. Y sobre

todo, por haber sido médico de Inocencio XII, le tengas algún respeto. Pues oye ahora lo que dice, comentando el aforismo 3 del libro 1º, y sirva su autoridad por argumento de experiencia, supuesto que afirma que curó (no sólo dolores de costado) millares de enfermos sin sacarles una gota de sangre. Dice así: *Quibus autem rationibus plerique inducantur, ut ob firmato animo huic magno putato remedio* (que es la sangría) *emancipentur, hactenus mente concipere non potui. Excusandi plane sunt veteres, quos nova Medicinae inventa, quibus iam locupletata est latere. At non video, quam veniam Recentiores unquam sint promerituri. Si experientiam appellent, qua plurimos per phlebotomiam sanatos fateantur: testor ex adverso ipse multos me annos Medicinam factitasse, et in xenodochio Parthenopio Divae Mariae Annuntiatae centenos, et millenos brevi curasse sine ulla sanguinis evacuatione licet phrenitide, pleurisi, angina, hepatide, hemoptoe erisipelate, omnisque generis febribus fuerint correpti: ut proinde iam in propatulo sit, quamlibet posse egritudinem cito, tutoque curari absque ulla sanguinis efussione: et si aliquando illa locum habeat, in sanis potius, et in Athleticis, pletoricisque corporibus ad plenitudinem minuendam iuxta mentem Hippocratis Commendandam, ne in immedicabiles ægritudines incidant, et suffocationis periculum incurrant.* Hasta aquí Lucas Tozzi.

72. Hombre, mira que Lucas Tozzi no es Olmedilla, que es uno de los hombres más doctos que tiene toda la Italia, como lo atestiguan sus obras y todos los que le han tratado, así en Roma como en Nápoles, que es al presente donde tiene su morada. Vuelve á dar otra vuelta al texto citado, y mira que no te engaña: pon en ejecución lo que te dice, y verás cómo salen falsos los más textos que tienes metidos en tu cabeza *de sanguinis missione*. Y si no quisieres creer á Tozzi, ni menos á mí que te lo aconsejo, busca á Sorbait (si acaso no le tienes) y verás cómo te enseña á encontrar con la ocasión (obrando aprisa) más bien que Hipócrates obrando despacio. Pero en todo caso no menosprecies lo que decía Aníbal de sus competidores Quinto Fabio y Marcelo: *Se magis formidare Fabium a pugna quiescentem, quam Marcelum pugnantem.* Me parece que bastantemente he persuadido que las tercianas y el dolor de costado, *secundum se*, no piden sangría ni purga: en particular en el principio, en el aumento ni en el estado. En la declinación se puede hacer lo que al médico prudente le pareciere. Y asimismo, que no tiene razón Paulo de Sorbait de maldecir á los médicos que curan despacio. Pues ahora intento probar que en las calenturas agudas tampoco conviene la sangría ni la purga.

CURACION DE CALENTURAS AGUDAS

CON EL EJEMPLO DEL SARAMPION Y VIRUELAS.

73. Propongo, para más claridad, la especie de calenturas más agudas que se conocen. Y sea la de las viruelas ó sarampión (que para el caso todo es uno), v. g., pues ambas calenturas tienen su terminación al cuarto día. Y si probare que la calentura que acompaña á las viruelas ó al sarampión, se puede curar sin sangría ni purga, con más facilidad se probará el que se pueden curar las demás calenturas, por ser menos agudas que las de las viruelas. Intentaré probarlo con el mismo método de que me he valido en las tercianas y en el dolor de costado: es á saber, con autoridad, razón y experiencia. Quiera Dios que acierte. Vaya lo primero la autoridad. No sé que con autoridad de Hipócrates expresa te lo pueda probar, por confesar los más de los autores médicos el que Hipócrates no conoció ni vió en sus tiempos esta casta de enfermedad, que comunmente llaman viruelas. Si bien no faltan autores que defienden lo contrario, y entre ellos Carolo Derelincurcio, pues se empeña en probar que los exantemas que aparecieron á Sileno en el octavo día, fueron viruelas. Algo de este sentir es nuestro Valles sobre la misma historia que comenta. Pero me parece que no tiene razón Derelincurcio, supuesto que el mismo Hipócrates dice inmediatamente: *Non faciebant abscessum;* pero supongamos que las conociese: tampoco me puedo persuadir el que sangrase en las viruelas, teniendo (como tengo ponderado) Hipócrates por contraindicante de la sangría la calentura. Además, que á Sileno, ahora fuesen viruelas ó no, Hipócrates no le sacó una gota de sangre, como consta de la misma historia, ni sé que se pueda probar lo contrario, que es lo que intento. De Galeno también dudan si las conoció: supongamos que las conociese, me persuado que sangraría á todos los virolentos, como lo hacen los más de sus discípulos, gobernados por el texto del método *Saluberrimum est in febribus etc.* Y lo que se sigue: *Levata namque, etc.* Avicena en esta materia no se detiene, sangra inmediatamente los virolentos, con condición que estén presentes los escopos, que son necesarios para hacer una ó muchas sangrías. Pero á mí me parece hacen poca fuerza estos dos autores (aunque grandes) á vista de Hipócrates, el cual tiene por contraindicante de la sangría y también de la purga la calentura.

74. Veamos ahora si hay algún comentador de los muchos que tiene Hipócrates, si acaso se arrima á su doctrina y parecer de no sangrar así en las viruelas como en cualquiera otra enfermedad, acompañada de calentura. Confieso que son muchísimos y muy doctos los autores

que son de sentir que, en las viruelas en particular, no tiene cabimiento la sangría. Pero porque si te cito ciento (aunque sean doctos) me has de citar doscientos por tu parte. Y por último, no hemos de fenecer éste argumento, por más que revolvamos las Efemérides de Francia y de Alemania; digo, que lo que no hiciere la autoridad de Hipócrates, no lo ha de hacer la autoridad de todos los demás juntos. Y así digo con Marcial: *Unum pro cunctis*. Y sea Hipócrates. Y paso á ver si lo puedo probar con razón lo primero, y después con experiencia.

75. Para mayor claridad de lo que voy á probar, oye primero, como por notables, la autoridad de dos hombres doctísimos, para que no juzgues que discurro sin fundamento. El uno es Pedro Gassendo, de juicio tan relevante, que será muy posible que te enseñe en este notable que te propongo, lo que muchos médicos después de muchos años de estudio no te han enseñado. Dice pues en el tomo 2 de su Física, sect. 3, libro 12, cap. 5, *de morbis, Crisibus, illorumque naturali curatione. Observemus potius cum morborum curationem duo quædam moliantur natura ægroti, et remedium a Medico adhibitum: esse ipsam naturam principale agens, quod morbum depellit, sanitatemque restituit: remedium autem quæri dumtaxat, ut adiuta ipso natura operi facilius incumbat. Nisi certe natura sit, quæ intus machinetur, quæ intrusa expugnat, ablata reponat, diducta conducat, detorta in situm restituat, cætera huiusmodi agat, frustra omne remedium sit: Cum ipsa alioquin se sola opus plerumque exequatur, et non tam remedio, auxilioque Medici, quam quiete, ac tempore, ut illud absolvat indigeat. Quo fit, ut noxium plerumque sit naturæ opus interturbare, purgantibusque medicamentis, alij sive irritamentis, ut appellat Hippocrates, ipsam alio divertere. Quippe, et licet morbo incipiente, potius quam vigente, quidpiam interdum movendum sit. Non tamen inutiliter plerumque expectatur, quid natura possit. Neque abs re apud Ægiptios, id olim Aristotele referente, observatum fuit, ut die quidem tertio movere licitum esset Medicis: at periculo suo facerent, si ante id tempus moverent. Nempe esse plerosque videmus, qui ne ægrotent, ægroti fiunt, et dum lenire, reddere brevem morbum satagunt, ipsum exasperant, aut producunt.* Hasta aquí Gassendo. No pudiera el médico más docto ni más experto enseñarnos más. Y así vergüenza mala es, el que un filósofo, sólo con la lumbre de la razón, sin haber ejercitado la medicina, nos enseñe á los médicos cómo nos hemos de portar con los enfermos.

76. El segundo notable es de Tomás Sidenham, que con poca diferencia dice lo mismo que Gassendo; pero con la advertencia que éste, por estar experimentado, tiene más voto. Oyele, que así empieza sus obras: *Dictat ratio, si quid ego hic iudico, morbum, quantumlibet eius causæ humano corpori adversentur nil esse aliud, quam naturæ conamen, materiæ morbificæ exterminationem in ægri salutem omni ope molientis. Cum enim hominum genus, ita volente supremo rerum omnium Arbitro, ac mode-*

ratore Deo, varijs impressionibus forinsecus advenientibus, excipiendis aptum, natum sit, fieri non potest, quin idem varijs etiam malis fuerit obnoxium: quæ quidem partim ab istis aeris particulis nascuntur, quæ cum corporis humoribus male convenientes in idem se insinuaverint nudo sanguini permixtæ, corpus omne morbifico aflant contagio: partim a varijs fermentationum generibus, vel etiam putrefactionibus humorum, qui in corpore ultra iustum tempus ideo sunt commorati, quia scilicet ijsdem digerendis primum; deinceps excernendis, vel ob nimiam eorundem molem, vel qualitatem incongruam, suppar idem non fuit. Hisce rerum circunstantijs ita intime essentiæ humanæ intertextis complicatisque, ut nemo quisquam se ab illis in solidum queat liberare. Natura de eiusmodi methodo, ac simptomatum concatenatione sibi prospexit, quibus materiam peccantem, atque alienam, quæ totius Fabricæ compagem aliter solveret, e suis finibus possit excludere. Quamlibet autem frequentius longe, quam fieri cernimus, illum, ad quem remedijs hisce ingratis collimat, sanitatis scopum atingeret, nisi ab ignaris a recto, quem tenet cursu de torqueretur, verum tamen, cum sibi relicta, vel nimi opere satagendo, vel etiam sibi deficiendo hominem letho dat, ferreæ illi, atque insolubili mortalitatis legi obsequitur, cui debemus nos nostraque: recte enim Boethius, atque ex rerum sensu:

Constat æterna, positumque lege est
Constet, ut genitum nihil.

Sed ut instantia una, alterave iam dictorum veritatem afferamus: ipsa pestis, quid, obsecro aliud est quam simptomatum complicatio quibus utitur natura ad inspiratas una cum aere particulas miasmatis per emuntoria apostematum spetie, vel aliarum eruptionum opera excutiendas? Quid arthritis, nisi naturae providentia ad depurandum senum sanguinem, atque expurgandum atque corporis profundum, ut cum Hippocrate loquamur? Potest, et idem afirmari de plerisque alijs morbis perfecte formatis. Hasta aquí Sidenham.

77. Estos dos notables ó párrafos propuestos, bastaban para probar la idea que intento de que las viruelas por sí no piden sangría. Suplícote que los vuelvas á leer otra vez, y después da una vuelta á los Tratados que tienes vistos *de sanguinis missione, y de expurgatione*, pues sin ellos, los autores que los escribieron mandan que se sangre y se purgue con la nimiedad que sabes; en estos dos notables te enseñan sus autores que no reportes, que no seas tan largo en la ejecución de esos dos remedios que comunmente llaman mayores; que no diviertas á la naturaleza dice Gassendo, y Sidenham, que no le interrumpas su curso, pues ella sabe lo que ha de hacer y no tú: *Naturae motum ignoras.* Tú tienes concebido que la calentura es el mayor enemigo que tiene la naturaleza: no te lo niego por una parte, pero ignoras por otra que es el instrumento ó remedio de la misma enfermedad, pues sin ella, por más remedios que apliques, no sé yo que la naturaleza sepa terminarla.

78. Supuesto todo esto, digo que las viruelas ellas por sí en su curación no piden sangría ni menos purga. La razón fuerte que tengo para esto es, que las viruelas (siempre voy hablando en lo regular, porque una epidemia maligna ó pestilencial sólo Dios la sabe curar), según sentir de los mejores prácticos, es enfermedad de su naturaleza salubre, y que no necesita de más auxilio que el de la naturaleza. No la estorben á ella, que por mi cuenta lo haga más bien sin remedios que el médico con ellos. Pues digo yo ahora: si las viruelas constituyen de su naturaleza una enfermedad salubre, y que corre sólo á cuenta de la naturaleza el terminarlas, ¿no se conoce que son superfluos los más de los medicamentos que aplicas y en particular sangría? Lee en prueba de esto los mejores prácticos, y entre ellos á Riberio, y verás cómo te desengañas, pues todos ellos afirman que de la gente plebeya que padece viruelas ó sarampión, casi todos se libran: y sabida la razón, no es otra sino porque no los abruman con remedios ni menos con sangrías. Mas de que las viruelas constituyan enfermedad salubre, lo prueban los varios modos ó métodos entre sí encontrados de curarlos, pues en medio de todo esto se libran muchos virulentos debajo de cualquier método curados. Martín Lister, en su Tratado de viruelas, pondera todo esto con bizarría de ingenio, y se pone de parte de la razón y dice: unos médicos quieren que los virulentos los tengan bien arropados y que suden, dándoles poco de comer. Otros quieren que con el frío se constipen los poros, poniendo todo el cuidado que no suden: para esto mandan abrir las ventanas en donde los tienen, dejándolos con poca ropa en la cama; no contento con esto, les mandan que metan los pies en agua fría. Otros, todo el conato ponen en los alexifarmacos, y esto desde el principio hasta el fin. Otros, al contrario, curan los virulentos con refrigerantes: y así la bebida, todo es cerveza dada con abundancia; la comida, leche y camuesas; el vino no lo permiten de ninguna manera, ni ninguna cosa de sustancia. Otros hay, que inmediatamente que empieza el virulento á estar malo le purgan. Otros, al contrario, ni aun permiten que se le eche una ayuda al virulento. No andan del todo tuertos los que así obran. Otros continuamente les dan medicamentos hipnóticos. Otros que no permiten que se le dé al virulento ni aun media gota de láudano líquido. Fuera nunca acabar, dice Lister, si se hubieran de decir los varios modos que han inventado los médicos de curar las viruelas; y en medio de todos estos modos extravagantes (por no decir disparate), se libran muchísimos por cualquiera de los dichos métodos curados. Argumento evidente de que todos estos modos de curar las viruelas, son falsísimos, por la gran contrariedad que tienen entre sí: y si los virulentos se libran no es por el método, sino porque las viruelas de su naturaleza no es enfermedad mortal. Y la naturaleza, que sabe por sí sola curarlas, enmienda todos sus disparates.

Y si no estás contento, oye á Lister, y repara cómo trata á todos los que así curan: *Ab ijs tamen omnibus natura fere impune se se subtrahit, victorque evadit:* que es lo de Hipócrates. *Natura omnino sufficit: an non itaque supra modum arrogans est, tu, qui tua prae omni methodo efers, et aliena despicis? Profecto an turpis lucri aut merae, et inanis gloriolae mancipium sis, lector aequus iudicet.*

79. Algo áspera se te hará la censura de Lister contra todos estos curanderos de viruelas. Pues ten un poco de paciencia, que todavía hay quien con más rigor pondere lo que Lister defiende contra los disparatados modos ó métodos que hay de curar, no sólo las viruelas, sino también de los métodos tan encontrados entre sí que hay de curar las demás calenturas. Juan Alfonso Borrello es el tal autor, bien conocido por su literatura; el cual, en el Tratado tan célebre que escribió: *De motu animalium*, y dedicó á la reina Cristina de Suecia, en la 2ª parte, cap. 21, propos. 233, dice así en favor de Lister, de Hipócrates, de la naturaleza y de lo que defiendo: *Hæc quidem febrium curatio* (habla de todas las calenturas) *quæ ut plurimum spontaneo naturæ motu perfici solet, tamen artificio periti medici secundum Artem operantis, adiuvari posse naturæ conatum, omnes uno ore fatentur. Verum remedia que ab Arte adhiberi solent valde incerta, et ambigua sunt, ut peritiores et doctiores medici sincere fatentur: et licet eventus aliquando usum præcipuorum medicamentorum comprobare videatur, tamen casuale, et fallacissimum est, quia ut plurimum febres sunt salutares, in quibus, sive Medicus bene, et secundum Artem, sive male, et perverse, sive nihil operetur nihilominus œgri perfecte convalescunt. Ergo in hoc casu, cum operationes, et medelae diversae, et inter se contrariae, aeque iuvamen afferre videantur, quomodo fundamentis tantopere fallacibus, et vacillantibus inniti poterimus? E contra* (concluye) *aliquando febres sunt adeo pravae, ut quaelibet medicamenta adhibita, aut non iuvent, aut noceant: ex quibus deducitur tutius esse, fine urgenti necessitate ab omni medicamento Artificiali abstinere.* Yo á vista de esta autoridad, sólo te suplico que procures honrar cuanto pudieres á la naturaleza y á su mayor discípulo que es Hipócrates: pues es cierto que entrambos obran de buena fe (como dice Monsieur Ribier), por el gran cuidado que ponen en que las enfermedades duren poco, lo cual se consigue haciendo pocos remedios.

80. Dirás: con que si á un virolento al segundo ó tercer día le sobreviene delirio, convulsión ó alferecía sobre la calentura que padece, el médico no tendrá más que hacer que contemplar estos accidentes sin aplicarle remedio alguno? Tanto como no aplicarle remedios algunos, no te lo aconsejaré, tanto como no sangrarle y no darle medicamento que impida la acción que la naturaleza tiene puesta para terminar su obra al cuarto día, desde luego te aconsejo que lo hagas.

Con que el médico (volverás á replicar) poco que hacer tendrá en la curación de unas viruelas? Oye á Valdischmic en un tratado que hace de viruelas, y verás cómo propone y desata esta duda: *Quid vero Medico agendum sit in curatione variolarum, et morbillorum ipse motus humorum indicat: is scilicet a centro ad superficiem iuvandus, nisi solius naturae viribus satis fortis sit* (repara en lo que se sigue) *ubi praestat agere spectatorem, quam Actorem.* Si bien los más de los médicos siempre hallan las naturalezas de los virolentos abrumadas, y que no pueden arrojar, y en ese lance los sangran casi á todos, ó débiles en que no tiene lugar la sangría: aquí entran las sajas, diaforéticos, etc. Vaya algo de la tienda, que no ha de ser todo de la botica. Enfadado Juvenal de ver tanta reprensión de vicios y costumbres por los filósofos morales y poetas satíricos, toma la pluma y escribe sus Sátiras empezando así:

Semper ego auditor tantum? Numquam ne reponam?

81. El año 1693 dejé la cátedra de Medicina que tenía en la Universidad de Alcalá de Henares, después de haber cumplido mi sexenio, y me fuí á ser médico de la villa de Vallecas, por muerte del Dr. D. Miguel Vicente Ibáñez (que esté en gloria). Entré en dicha villa á 2 de Setiembre de dicho año, y encontré con una epidemia de viruelas de las más horrorosas que he visto desde que soy médico; pues los más de los días (antes que yo empezara á curar el lugar) me contaron que morían seis, ocho, y algunos diez. Llamé á los cirujanos del lugar, y preguntándoles con qué método, así el médico difunto como el médico de Vicalvaro, que era el Dr. D. Antonio Marín, médico de gran literatura que asistió á la villa, después de su muerte habían curado ó gobernado aquella epidemia? Respondiéronme que á todos los sangraban, y cuando no había fuerzas para ellos, los sajaban, muchos cordiales al principio y muy arropados, para que arrojaran las viruelas con más facilidad. Esto fué en breve lo que los cirujanos me contaron acerca de la práctica con que los médicos gobernaron esta epidemia de viruelas. Entré en consideración conmigo y discurrí así: esta práctica que estos hombres han usado en esta epidemia ya está andada, aunque con mal suceso; persistir en ella será desatino, por más que Riberio, y otros digan que es segura. Si no hubiera otro modo de curar las viruelas, que con sangrías y diaforéticos, vaya con la trampa, era fuerza seguirla; pero saber por muchos autores tan doctos como Riberio, y lo que es más, por la experiencia, que las viruelas se curan y se pueden curar sin sangrías, sin sajas, y sin tantos diaforéticos como los autores traen en sus prácticas, será no cumplir con la obligación el no poner en ejecución esta práctica. Dí principio á mi curación en esta forma: al virolento que me llamaban, la primera diligencia que

hacía era hacerme cargo de la calentura; más claro, de la acción ó fermentación con que la naturaleza daba principio á su obra: si la calentura ó fermentación era desenfrenada, esto es, era la calentura muy ardiente, me contentaba sólo con que el virolento bebiese á sus tiempos agua de cebada fresca, á fin de que la acción de la naturaleza no se desenfrenase. Si la acción era tarda, esto es, si la calentura era remisa, me contentaba sólo con darle de beber al virolento aloja; con esto se avivaba algo la fermentación, y brotaban las viruelas entre tercero y cuarto día, como deseaba. Todo mi conato le ponía en que la naturaleza no perdiese su curso dentro del término de los cuatro días, que es el término principal de esta enfermedad, y en que la naturaleza ha hecho lo más de la obra: que en adelante, si se morían algunos, más era por culpa suya y mal asistidos que por la misma enfermedad. Concluyo: de que las sangrías y los diaforéticos fueron causa de tanto estrago, no lo dudes; pues sin ellas y sin ellos, se detuvo la epidemia con admiración del lugar. No quiero decir que no se me murieron algunos, que eso fuera venderte milagros, y no es de mi genio, siendo la Medicina tan falible, el hablar con esa universalidad. Lo que te aseguro es que los que se dejaron gobernar por esta práctica, no haciendo ellos (como es costumbre en los muchachos) algunos desatinos, casi todos se libraron.

82. Comunicando esta práctica con un médico regio y que el vulgo le tenía por muy docto, sólo porque ganaba más que todos, me dijo con gran satisfacción de sí: El médico que no sangra en las viruelas peca mortalmente. Ah, bellaco, dije entre mí, bien sabes llevar el agua á tu molino, y aunque se aporreen Erasistrato, Helmoncio, Escala y otros, que la autoridad de Tullio tiene más fuerza que todos ellos. *Sapiens, qui sibi prodesse nequit, nc quiaquam sapit*, por aquí va la danza: Sigámosla aunque más digan, que el errar con muchos es consuelo de tontos. Quién había de replicarle (aunque supiera más medicina que el mismo Esculapio) á un médico, lo uno muy rico, con muy buen coche, harto de curar viruelas á su modo, y sobre todo, ser médico real. Sólo reparé que me echó la Paulina de pecado mortal antes de haberme amenazado con censuras. Pero como le conocía no me alteré, dejéle con su coche, prosiguiendo mi curación de viruelas sin sangrías y sin sajas.

83. El argumento más fuerte que tiene contra sí esta doctrina, es el flujo de sangre de narices que suele sobrevenir dentro de los cuatro días á un virolento, pues á vista de él se remiten todos los accidentes y las viruelas son mucho menos en número. De aquí arguyen los contrarios. El médico es cierto que es imitador de la naturaleza, luego si la naturaleza con tanta facilidad perfecciona su obra con el flujo de sangre por las narices, por qué el médico á quien de oficio to-

ca imitarla, no ha de sangrar al virolento de esta ó de la otra parte para que los accidentes se remitan y la naturaleza cumpla su obra, como cuando ella se desangra? Este es el Achiles de los que sangran con viruelas.

84. Este argumento le desata Christiano Langio en sus Misceláneas de dos maneras: Con razón política lo primero, y luego con razón natural. Con política: no todo lo que hace un príncipe es lícito que lo haga un vasallo ó ministro: la naturaleza representa el papel de príncipe, el médico de ministro: pues cómo quiere el médico, siendo ministro de la naturaleza, ampliar tanto su jurisdicción como ella? Bien sé que esta respuesta, por ser política, te hará poca fuerza, y la desatarás por todos los caminos que tú quisieres; y así vamos á ver si con razones naturales puedo persuadirte á que un flujo de sangre de narices en un virolento dentro de los cuatro días, no es argumento para que tú, siendo ministro de la naturaleza, la puedas imitar. Y si no, dime qué quieres decir que el médico es imitador, ó debe imitar á la naturaleza? Porque si quieres que te diga la verdad, la palabra *imitari* aun no la tienes bien entendida; pues tú piensas que *imitari naturam*, es hacer lo mismo que la naturaleza hace, y en eso estás engañado, porque *imitari Medicum naturam*, no quiere decir otra cosa que el médico remeda, ó contra hace las obras de la naturaleza. Mira la diferencia que va del médico á la naturaleza. Pero para que no digas que me humillo demasiado en probar con voces un concepto de tanta consecuencia, oye ahora, y verás cómo pruebo que la naturaleza es inimitable en sus obras.

85. Dice Tomás Sydenham con la valentía de ingenio que acostumbra, en la sect. 6, cap. 1º: *In febrium quarumlibet curatione omne punctum tulerit, qua porta excludenda veniat materia febrilis, qui certo norit.* Y te aseguro que aunque él no lo dijera, importaba poco, cuando la misma experiencia nos lo enseña. Bien está todo esto. Con que ya sabemos que en el médico no hay ciencia para conocer por dónde la naturaleza ha de terminar la enfermedad: más claro, por qué puerta (de las muchas que tiene) ha de arrojar la causa morbífica. Pues cómo tú te arrojas á quererla imitar ignorando la puerta por donde ella la ha de expeler? Brava friolera, dirás, es todo esto, cuando Hipócrates en el aforismo 21 del libro 1º, enseña á todos los médicos cómo se han de portar en semejantes lances: *Quo natura vergit, eo ducere oportet, etc.* Yo te aseguro que si el tal aforismo no anduviera entre las Obras de Hipócrates, que no hubiera perdido nada la Medicina ni tampoco la naturaleza humana: pues hago juicio que el tal aforismo, por mal entendido ha sido causa de muchos desaciertos en los médicos y aun de muchas muertes. Y si no oye á Sinapio, que en medio de sus desahogos dice algunas verdades. Comentando dicho aforismo, dice así: *Iste apho-*

rismus simpliciter intellectus de naturae evacuantis ductu sequendo, et promovendo est falsus. Y da la razón, *potest enim fluxus esse simptomaticus, potest denique natura in variolis, febribus malignis, pthisi se exonerare per sedes, et tamen hoc Medicis suspectum omnibus, nec tam promovendum, quam cohibendum, derivandumque esse videtur.* Repara con la claridad con que te habla este autor, amonestándote que no sigas lo literal del aforismo: pues como dicen los Escriturarios, *littera occidit.* ¿Pues qué hemos de hacer en semejantes conflictos? No me parece que hicieras mal en seguir á Hipócrates y sus consejos, que tanto cuidado pone en no estorbar á la naturaleza, y dejarla que ella busque la puerta por donde ha de echar la causa morbífica, y tú ni lo sabes ni lo puedes saber por más ministro que te consideres, cuando Hipócrates, que lo confiesas príncipe de la Medicina, no lo supo. Esto último te hará gran fuerza, pues ten un poco de paciencia y verás cómo te lo pruebo con el mismo Hipócrates.

86. Clazomenio, uno de los enfermos que trae Hipócrates en el primer libro de las Epidemias, que viene á ser el décimo, padeció en sentir de Valles una calentura ardiente. Tuvo desde el principio hasta el catorce un flujo de vientre tan desenfrenado, que dudan los comentadores cómo este enfermo se pudo librar, y más á vista de los accidentes que le acompañaban; en medio de todo esto, con dos parótidas que se resolvieron se libró al veinte. Oye á Anuncio Foesio, que lo dice con mejor estilo que Hipócrates: *Vigesimo vero die, quo de tota re prœlio decernendum erat, insignis reportata est victoria, quod prius decimi septimi diei beneficio interceptæ quædam hostium phalanges, et a prœlio distractae, ac velut in parotidum insidias delapsae integras hostium copias debilitaverunt.* Lo que yo te pregunto ahora es si sabía Hipócrates que la enfermedad de Clazomenio había de terminar al veinte con las parótidas? Si dices que sí (lo cual no quiero creer), digo que Hipócrates hizo muy bien de no sangrarle ni purgarle, pues con eso terminó bien la naturaleza. Oye otra vez á Foesio, que le soy muy afecto porque dice las cosas bien dichas, y repara cómo explica con una famosa alegoría todo lo que te voy ponderando: *Quae (id est natura) procurato parotidum abscessu morbosas discerpti hostis reliquias in totum dissipavit, eiecit, profligavit, quadragesimoque die ex augusto salubritatis decreto, firmatis vitalitatis praesidijs, urbem ovans ingressa de hoste fusso Esculapio opima dicavit spolia, amplissimoque donativo Milites instruxit, et partium suarum, Criticos Duces quorum eo in praelio praecipua enituit opera* (con sangrías y purgas no hay días decretorios que valgan) *magnae stimationis prœmio ditavit.* Si dices que no lo sabía (como es lo cierto), pues en ese caso culpa á Hipócrates, supuesto que anduvo tan remiso en no purgarle (como quiere Heredia) y de no sangrarle á vista del delirio que tuvo: y sobre todo (que es el intento), si el médico es imitador de la naturaleza, *y quo natura*

vergit, etc. ¿Por qué Hipócrates no lo hizo, y dejó al pobre Clazomenio para que la naturaleza lo hiciese todo? Yo te lo diré: porque Hipócrates no lo hizo y dejó al pobre Clazomenio para que la naturaleza lo hiciese todo: porque Hipócrates iba con el presupuesto de que la naturaleza sabía por dónde había de terminar el mal, y él no lo sabía por no tener ciencia de ello. En medio de todo esto, en la curación de Clazomenio, dice Heredia en su Comento que este enfermo en manos de los médicos de nuestros tiempos hubiera peligrado: como en las suyas y sin que lo jure, pues le hubiera curado como se usaba en sus tiempos, con sangrías y purgas. *Hinc probabilissimum* (dice) *censeo in manibus medicorum nostri temporis periclitaturum Clazomenium.* Y da la razón por qué ningún médico de nuestros tiempos hubiera tenido valor, á vista de tanta saburra y de tantos accidentes, de purgarle ni menos de sangrarle. Sí, pero debiera Heredia haber probado lo que piensa que Hipócrates hizo, lo cual no es fácil. No contento con culpar á los médicos de su tiempo, culpa también á Valles, porque en su Comento no menciona la purga y la sangría que debían haberse ejecutado en Clazomenio. Pues digo yo ahora: si Clazomenio sin purga y sin sangría (como consta de la relación de Hipócrates) se libró, ¿para qué se quiebra la cabeza Heredia en querer sangrar y purgar á Clazomenio, cuando Hipócrates á menos costa lo dió por libre? Además, ¿qué seguridad tiene Heredia de la purga y de la sangría á vista de tantos accidentes y contraindicantes como concurrieron en la enfermedad de Clazomenio? Quiso Dios que se librase Clazomenio; que de otra manera, como culpa Heredia á los médicos de su tiempo sin perdonar á Valles, también culpara á Hipócrates: luego no hay ciencia en el médico como no la hubo en Hipócrates para conocer por dónde la naturaleza ha de expeler la causa morbífica, ni menos para poderla imitar, por ser su modo de obrar tan recóndito.

87. Vamos con otro enfermo del mismo libro, y sea Metón, que viene á ser el sétimo. Este enfermo sólo podía servir de pauta á los médicos para curar todas las enfermedades agudas. Comunmente dicen los expositores de esta Historia, y entre ellos Heredia, que lo que Metón padeció fué una calentura ardiente. Pero sepamos cómo se portó Hipócrates en la curación de Metón. Nadie lo dirá más bien que el mismo Hipócrates, supuesto que refiere todo lo que hizo con dicho enfermo. Al segundo día, cuenta que le dió á Metón un hausto de agua copioso. Ultimamente le dió al fin un baño en la cabeza, no dice de qué; persuádome que sería de agua tibia natural, porque Hipócrates era médico de poco artificio. Hizo Hipócrates más en este enfermo? El no lo dice: de creer es que no haría más, pues como cuenta que le aplicó estos dos remedios, si hubiera ejecutado más también lo refiriera. Pero dirás: quién ha de creer el que á vista del hausto de bebida

que le dió siendo el médico imitador de la naturaleza, y se movió el vientre, *alvus vero redidit*, no le purgase Hipócrates á Metón inmediatamente? Pues ya que no fuese turgencia, por lo menos urgencia, ó vergencia no podía dejar de ser. Y si no lo hizo, para qué son los textos *Quo natura vergit, etc. In principijs morborum.* Y el otro: *Hos si abinitio purgare volueris, ante diem quintum facito, etc.* Ni vale el que digas que Hipócrates no purgó á Metón, porque el flujo de vientre que tuvo fué sintomático. Y la calentura, siendo de género ardiente, era contraindicante de la purga: no camina por ahí Hipócrates, más alta es su medicina que tú piensas.

88. Heredia ya confiesa que Hipócrates no sangró ni purgó á Metón (que es lo que yo busco), porque la naturaleza hizo todo lo que pudiera haber hecho el Arte. Dice así: *Est que mihi verosimilius nullum magnum auxilium imperatum fuisse in Metone, et quia natura deoneraia non erat per artem, solicita, et docta, tam assiduis evacuationibus, quod ars erat operatura supplevit.* Con que ya Heredia confiesa que convenían evacuaciones universales. Si estas palabras culpan á Hipócrates ó no, déjolo á la prudencia del lector. Pues si la naturaleza gobernada por Hipócrates sabe curar una enfermedad tan grave sin sangrías ni purgas, como la padeció Metón, por qué á ejemplo suyo los médicos no la imitan? Heredia se queda atónito de ver que la naturaleza, sin ayuda del arte, pudiese vencer tantos accidentes como concurrieron en Metón. Mercurial se queda estático y exclama: Cómo pudo Metón librarse á vista de tantos accidentes, y más con orina negra! Frigio, aterrado de la paciencia de Hipócrates, manda tocar á desjarrete en Metón y en todos los que padecen semejante enfermedad. Bien me parece á mí que Metón en poder de todos estos comentadores hubiera peligrado, pues hubieran hecho todo lo que Hipócrates dejó de hacer sin ser necesario. Pues qué, quieres tú que me persuada yo que enfermo semejante en poder de los médicos de nuestros tiempos se había de haber curado sólo con un poco de agua fresca y un baño tal vez de agua tibia? No, amigo, lo primero que hubieran ejecutado (no digo sólo los médicos de nuestros tiempos, sino sus comentadores), darle á Metón un leniente ó minorativa, pues así se usa hoy en los más enfermos. Y si no se hace así, culpan al médico primero, diciendo que empezó mal la curación, sin limpiar primero el estómago. Sangrías, ya sabes los textos que hay que las favorecen, y más siendo la calentura ardiente. Cantáridas, y más á vista de como traía la cabeza Metón; con dos parches, no sé yo que se contentaran. Las sanguijuelas, ya se ve cuán rodadas venían estando la cabeza como estaba. Oxirrodinos y cordiales, esos ya se sabe que son de tabla. La sangría de la salvatela, quién la había de impedir teniendo Metón el hígado tan encendido. Ultimamente habiéndose escapado Metón de todos estos tormen-

tos, le recetarán un poco de suero con jarabe de camuesas para acabar de templar el hígado, y purgarle después con unos tamarindos, que son frescos y cordiales. Esto es lo que hubieran hecho los médicos de nuestros tiempos. Pero el buen viejo, que sabía más bien buscar la ocasión que Paulo de Sorbait, con solo un poco de espera sin afanarse (sabiendo que la enfermedad de Metón era una calentura ardiente, cuya terminación suele ser lo regular al cuarto día), no quiso impedir á la naturaleza su propia terminación, que fué el flujo de sangre de narices, pues así lo confiesa uno de sus mejores comentadores, que es Anuncio Foesio. Comentando dicha Historia: *Totius* (dice) *judicij gloriatio copioso sanguinis ex naribus pro fluvio accepta ferenda est, et diei quartae aestimationi accensenda.* Si bien á Heredia no le fuera bien esta doctrina, pues quiere que la enfermedad de Metón se terminase por tres regiones: *Hoc* (dice) *in Metone sagax natura operata, et febrem finivit evacuando per alvum, per sudorem, et plus per fluxum sanguines.* Lo que prueba este texto de Heredia es, que todas las evacuaciones sintomáticas, como el enfermo no se muera, todas son útiles. No fué de este sentir Hipócrates (por más que el hausto de agua fría le lajó el vientre á Metón), pues sabía que no era el flujo de vientre terminación propia de una calentura ardiente, era sintomático. Y aun por esto no le purgó, por más inclinada que vió á la naturaleza. Ni menos lo sangró por más delirio que tuvo, pues una sangría detiene un flujo de sangre de narices; lo que hizo fué darle un baño en la cabeza para que la naturaleza cumpliese mejor su terminación.

89. No hay enfermedad más semejante á las viruelas que la calentura ardiente, pues ambas son *exacte peragudas*, por tener su terminación al cuarto día. Pues digo yo ahora: si Hipócrates en una calentura ardiente (aunque tenga gran probabilidad que ha de terminar por flujo de sangre de narices) no sangra, como no sangró á Metón, ¿por qué tú sólo con la probabilidad de que un flujo de sangre de narices suele aliviar á un virulento, te atreves á ejecutar lo que Hipócrates no hiciera, por más imitador que le consideres de la naturaleza? Luego el mejor modo de imitar á la naturaleza es dejarla obrar, no divertirla de la acción que tiene puesta en cocer, separar y expeler. Estas tres acciones las ves patentes en las viruelas, y no ignoras (como no lo ignora mujer alguna) que cualquiera de estas acciones, con sólo una ayuda, se suele pervertir el orden ó el conato que pone la naturaleza, para perfeccionar su obra; tan perfectas son sus operaciones, pues no permite el que el médico la enseñe la puerta por donde ha de terminar la enfermedad.

90. En el tercer libro de las Epidemias hace conmemoración Hipócrates de un enfermo, cuyo nombre no se expresa; hubo de ser hortelano, supuesto que Hipócrates dice: *Qui decumbebat in horto Dealcis.*

Aunque fuese quien quisiese, supuesto que para el intento importa poco, como dice Galeno. Este enfermo, según los más comentadores, padeció una calentura aguda, la cual se movía por pares; si fué maligna ó no, se duda. Galeno dice: *Hactenus omnia simptomata videntur illi fuisse fallacia.* Heredia dice que los accidentes que le acompañaron fueron fantásticos. Yo no sé que tengan otra razón Galeno y Heredia para decir que los accidentes que padeció este enfermo no fueron malignos, si no es porque á vista de tan horribles accidentes no se murió. Y así Heredia se queda atónito de ver que este enfermo se pudiese librar á vista de accidentes tan mortales, pues exclama: *Verum si portentum in Historia propositum teneas multis, et optimis cibis usum fuisse hunc ægrotum censebis, et merico, quia solus ille, qui Gigantis robore firmaretur tam pernitiosum morbum, et tam lethalibus signis implicatum* (miren qué traza ésta de ser fantásticos los accidentes que padeció el pobre hortelano) *superare potuisset, quod robur ab esu fructuum, et leguminum alienissimum est.* No es mi intento el comentar toda la Historia; lo uno, por ser obra larga; lo otro, que bien comentada está ya por otros hombres muy doctos en la facultad médica. Y te aseguro que si me empeñara en comentarla, que se me ofrecen muy buenos reparos así en Filosofía como en Anatomía sobre lo mucho y bueno que han dicho Galeno, Valles, Marciano y otros.

91. Voy á lo que busco. Dice Heredia que á no tener este enfermo las fuerzas tan robustas, que eso quiere decir: *Gigantis robore firmaretur*, era imposible el poderse librar de tanto peligro como consigo traía la enfermedad. No hay duda que las fuerzas que tuvo este enfermo fueron necesarias para vencer tanto mal. Pero no dudo que en poder de Galeno, Mercurial y de Phrigio hubiera peligrado, pues todos los tres confiesan que se debiera haber sangrado. Y en este lance tengo por cierto, por más fuerza que tuviera, que no pudiera haber llegado al cuarenta; pues sin haberle sangrado Hipócrates, fueron necesarias las fuerzas para vencer tanto mal, como dice Heredia, desangrado, ¿cómo había de librarse de la muerte? Son menester muchas fuerzas para médico y enfermedad: *Nec Hercules contra duos.* Heredia, aterrado de las cámaras y de los vómitos de este enfermo, y más á vista del ejercicio que tenía, no se contenta con el parecer de Galeno, Mercurial y de Phirgio, los cuales sienten que este enfermo debía haberse sangrado. Y así es de sentir con Cardano (suponiendo el mal aparato que había en la primera región), que este enfermo debiera haberse purgado lo primero. Bastante polvareda se levantó sin la purga; no sé para qué Heredia y Cardano querían levantar más. A mí me parece que si algún enfermo (de los muchos que trae Hipócrates) pedía expectación, era éste, pues anduvo la naturaleza tan inquieta y solícita en buscar la puerta para terminar el mal, que hubo menester cuarenta días para encon-

trarla. Pero lo que me pasma es, que viendo Hipócrates á la naturaleza tantas veces inclinada por varias regiones, no la ayudase de algún modo, contentándose sólo con echarle una cala. La razón que tuvo Hipócrates para no ayudarla en las evacuaciones que intentó, fué lo uno, porque conoció que las puertas por donde falsamente la naturaleza intentaba echar la causa morbífica, no eran aquellas, como lo mostró el éxito por el sudor y por cámaras. Lo otro y más principal, fué porque Hipócrates sabía con su alta ciencia que lo que salía por las dichas regiones no era la causa morbífica, sino el efecto de ella, todos sintomáticos. Oye ahora á Plácido Papadopoli, Médico de Medicina, el cual con valentía de ingenio explica las evacuaciones sintomáticas, que será posible que no encuentres con otro autor que más bien las distinga de las críticas. Dice así en una carta que anda en las obras póstumas de Marcello Malpigio.

92. *Hinc dicere potes; quod si natura instituendo purgationes diversis diebus etiam criticis, eficere non potest, quin maius sit damnum quam utilitas, quoniam raro iuvat, habita ratione multorum, qui enecantur, aut saltem non iuvando, non potest inhibere mortem, eo peius, minorique fructu aget dum gravatur Medicus, et præsertim ex illa Schola, quæ statuit ægrum dum gravatur purgandum esse, ut aliquid fiat, tentando purgationem in principio morborum, et octava die, et in ipso statu. Ubi fuit æternum præceptum super sedendum esse medicamentis, quæ tandem aliud non eficiunt, quam irritare abundenaturam. Et ut melius percipias hanc veritatem, vellem, ut considerares, si tamen tibi potest convenire hic modus liber, et sapiens philosophandi in febribus, ut alias te docui, cum adsit perturbatio partium in tota sanguinis massa excitata a fermento, quod vel á visceribus, vel ab alia motione congestum est in eodem sanguine facile interdum ab illius massa, apertione osculorum arteriarum, separari ingentem copiam partium salinarum solutarum, et in libertate positarum a febre, præter copiam illius biliosi humoris, alteriusque succi a pancreate in intestina eructari, aliasque seri, et aquæ portiones: illæ interim particulæ sulphureæ, et salinæ, seu serosæ per alvum egredientes in febribus, ut plurimum non sunt portio materiæ excitantis febrem, sed quidem cum sint febris effectus, exitu suo non iuvant, sed tantum triste signum sunt. Poteris etiam addere copiam ciborum consumptorum, pinsitorum, et similium ægris exhibitorum cum condimento, et forma satis a more consueto remota, in sthomaco, in quem vice illius, aquæ fortis naturalis, præcipitantur bilis, sales, et similia, quæ inserviunt potius pro irritatione, et inducenda corruptela, quam pro auxilio: hique ipsi cibi e sthomaco eiecti, dum intestina pertranseunt, tincturam illam recipiunt in duodeno, et exeuntes persuadent Medico, parum cauto minorari febris mineram. Accidit etiam, ut cum abscessus sit in aliqua parte, aut dolor, præsertim in infimo ventre prius confundatur per tot vasa filtratio, et ab assidua irritatione præter fussionem, et acredinem humorum comprimantur partes, et præcipue intestina, sequa-*

turque evacuatio, uti evenit in irritatione facta a medicamine. Aliæque huiusmodi causæ nobis ignotæ aderunt, quæ omnes aptæ sunt ad perturbandam œconomiam corporis humani, et consequenter ad provocandum fluxum ventris in febribus; et similibus morbis: et tamen ut plurimum verum erit huiusmodi materiam non esse causam primariam, quæ excitat febrem, sed potius effectum: et ulterius conosces cur raro iuvent: etenim nisi evacuetur, in febribus principium illud fermentativum excitans perturbationem, et motum febrilem in toto sanguine: aut nisi vinciatur, minusque activum redatur, sane, cum non cesset motionis occasio non cæssabit febris: Sed alvi fluxu evacuari nequeunt cuncta inquinamenta, seu fermenta sanguinis, cum respectu totius pautae sint arteriae ad intestina desinentes, et illud, quod ibi saeparatur, non est necessario dictum principium, sed est id, quod casu sibi viam aperit, cum sero aqueo, et alijs partibus. Ulterius adsunt materiae, uti limpha, succus nerveus, et alia fermenta particularia, quae tandem singulis horis immiscentur sanguini, haecque facilius sudore depurantur, alijsque evacuationibus, quam alvi fluxu. Et ideo requiritur miraculum, ad hoc, ut illa inquinamenta febrem excitantia, cum non magna quantitate deferantur ad arterias intestinorum, inde ingenti copia exeuntia possint tollere febrem alvis fluxu. Nec credendum est in vigore, et statu, cum sit adhuc cruda materia absque turgentia, quae rarissime in his nostris partibus observatur, Medicum purgante medicamento ex natura sua colliquante, et inflammando diversos meatus remedio aperiente, posse determinatam faciendo evacuationem totius fermenti sanguinem inficientis, et fermentationem promoventis aegrum afebre restitueri. Hasta aquí Plácido Papadopoli.

93. Bien pudiera en sustancia y en breve, haberte dicho lo contenido en esta autoridad; pero no quiero quitarle la vanidad á este autor de haber tocado este punto más bien que todos, y enseñarte en estas pocas líneas más Medicina que otros autores en muchos años de estudio. Sábeselo agradecer (y no me culpes de que soy molesto en trasladar), pues no hay razón para no mostrarse agradecido á los que encaminan y enseñan, que así lo aconseja Plinio el mayor: *Benignum esse, et plenum ingenui pudoris fateri per euos profeceris.* Cuando no hubiera más argumento para probar que la doctrina de Hipócrates en no sangrar y purgar sus enfermos era verdadera (en particular los que trae en el primero y tercer libro de las Epidemias), bastaba la autoridad fundada en razón que trae este doctísimo varón. Pues toda la fuerza que traen sus comentadores para decir que los enfermos del primero y tercer libro de las Epidemias debieron de ser sangrados unos y purgados otros, es porque Hipócrates debiera haber seguido, según sus preceptos, el rumbo ó la inclinación de la naturaleza. Pero como Hipócrates sabía (por estar tan versado en los movimientos de las enfermedades) que la naturaleza no ignoraba la puerta por donde había de hacer la crisis á su tiempo, procuraba con todo esfuerzo no diver-

tirla, pues tenía Hipócrates por más seguros los yerros de la naturaleza que sus aciertos.

94. Vuelvo ahora al Hortelano. Dice Heredia en la curación de este enfermo: *Et si quæ evenerunt per totum morbi decursum consideres, invenies naturam inclinatam semper ad expellendum per sedem infernam, et ad sudores ciendos; quibus evacuationibus in quadragessimo morbum extirparit.* Con licencia del Sr. Heredia, no se libró este enfermo por las evacuaciones que tuvo antecedentes, así de flujo de vientre, de sudor, etc., pues todas, hasta el sudor y flujo de vientre que tuvo al cuarenta, fueron sintomáticas, como tengo probado con Hipócrates y Papadopoli. Tan lejos estuvieron estas evacuaciones de aliviar al enfermo, que fueron menester las fuerzas que pinta Heredia para librarse de ellas el hortelano. Terminó este enfermo al cuarenta, término propio de las enfermedades agudas, *ex decidentia*, no antes, porque no estuvo la causa mórbica en disposición para que la naturaleza la arrojara, como lo estuvo al cuarenta.

95. Vuelve Heredia otra vez á morder á Galeno, Mercurial y á Frigio, porque fueron de sentir que este enfermo debió sangrarse. La razón que tiene para impugnarla, es que la sangría hubiera hecho retroceso á la cabeza, y más á vista del flujo de vientre y sangría de vena interna, como quiere Frigio: aquí viene el dístico de Miguel Verino.

Cur aliena magis, quam crimina nostra videmus?
An quia nostra procul sunt aliena prope.

Es lo bueno, que culpa á estos autores porque sangran, y no repara en la purga que ordena á vista de tantos contraindicantes como el pobre hortelano tenía contra la purga? Pero responderán por Heredia que él no manda se purgue con medicamento catártico sino con un leniente, y éste repetido muchas veces, como lo advierte: *Repetitis levioribus expurgationibus.* Lo primero que se me ofrece es que un leniente en semejante enfermo no sirviera más que de aplicar aceite á la lumbre. Por más conveniente tuviera el haberle dado un medicamento vehemente (como quiere Marciano en un dolor de costado descendiente), por si con él me pudiera haber llevado de raíz toda la causa morbífica, y haber intentado una crisis artificial. Lo segundo, si todas las evacuaciones que tuvo este enfermo (menos el sudor y el flujo de vientre el día cuarenta) fueron sintomáticas, para qué el médico había de ayudar á la naturaleza, cuando Hipócrates todas las condena por mortales? Más derechos, me parece á mí, que iban Mercurial y Frigio en sangrarle, pues la demasiada fermentación que en este enfermo había en la sangre, pedía atemperación y ningún remedio lo hace como la sangría. Esto es en defensa de Galeno, que en

doctrina de Hipócrates no tiene lugar, pues supo curarle sin leniente, purga, ni sangría. Pero dirás que no puede ser que enfermedad tan grave se curase sin purga y sin sangría. Respondo que la instancia tiene fuerza en doctrina de Galeno, pero no en la de Hipócrates, como lo tengo ponderado. Y si no te pareciere bien la solución, yo te doy licencia para que te aporrees en probar lo contrario, que bien sé que no has de salir con ello, ni menos me obligarás á que yo deje á Hipócrates por Galeno.

96. Prosigue Heredia la curación de este enfermo diciendo: *Solicitus ergo medicus debet esse, ut operi, et inclinationi naturae recte operanti, contrarijs auxilijs non oponat: quod praecipue scribo medicis nescientibus ab auxilijs quiescere, etc.* Muy buena es la advertencia de Heredia de que el médico no se oponga al movimiento y á la inclinación de la naturaleza, antes bien ayudarla, como lo manda en este enfermo, con algún leniente, por parecerle que la región del vientre era por donde quería hacer su terminación la naturaleza. Pero esto se ha de entender, si las evacuaciones no son sintomáticas, como fueron todas las que el hortelano padeció, menos las del cuarenta, que fueron crisis perfectas: pues en ese lance más servirán de desempeño á la naturaleza que de alivio. Bien es verdad que á Heredia le parece que las evacuaciones que tuvo este enfermo, aunque sintomáticas, fueron utilísimas. Y así dice en el comento: *Ut putes simptomaticas evacuationes utilissimas esse, si virtus constet.* Cómo esto pueda ser, confieso que no lo entiendo: y más á vista de lo que Galeno dice en el Aforismo 22 del libro 4: *Nihil tunc excernitur naturae ratione, sed omnia sunt simptomata earum, quae praeter naturam sunt in corpore dispositionum: Unde cum adest cruditas humorum, aliquid utiliter evacuari est impossibile.*

97. Verdad es que Heredia, en todos estos enfermos que comenta de las Epidemias, y casi en todas sus obras, anda jugando (como si fuera pericón y pendanga), con la distinción de causa antecedente y causa conjunta: y con ella se vandea, lo primero de Galeno y después de los demás que condenan de malas las evacuaciones sintomáticas. Aquí se me acuerda lo de Dionisio el tirano de Sicilia, el cual, viendo dos escolásticos muy enfurecidos (como acostumbran) en un argumento, preguntó: ¿Qué es lo que estos arguyen, pues con ser discípulo de Platón no los entiendo? Respondiéronle (según cuenta Laercio) que era cosa muy alta lo que argüían, y así que no era maravilla el que no los entendiese; dice Diógenes que respondió diciendo: andad, que todo esto no es otra cosa que *Somnia senum otiosorum.* Buena es la distinción para defenderse en un acto de escuelas, aunque sea por mañana y tarde: pero no sé yo que se pueda reducir á práctica la tal distinción, cuando Galeno, Hipócrates y Avizena, no tuvieron tanta habilidad. Ve-

rulamio, con el verso de Virgilio, explicó con más viveza en su lib. 1° *de augmento scientiarum*, estas distinciones escolásticas:

Candida succintam latrantibus inguina monstris.

Y así comentó el verso: *Sic generalia quædam apud scholasticos invenias, quæ pulchra sunt dictu, et non perperam inventa: ubi autem ventum fuerit ad distinctiones, decissiones que pro fæcundo utero at vitæ humanæ commoda, in portentosas, et latrantes quæstiones desinunt.*

98. Pero es el caso que Heredia no admite por sintomáticas las evacuaciones que tuvo este enfermo, y así dice: *Fallacia fuerunt medicis:* son palabras suyas en el Comento, y si lo fueron, dice que son útiles. Jamás oí mayor implicación en los términos. Aun lo dice más claro en lo que se sigue: *Medici vero, quomodo non occideretur mirati fuerunt cum tam horrendis, et tantis accidentibus, et tanto tempore molestantibus: decepti vero fuerunt, quia putabant ex pernitiosis causis, et malignis creari: et non erat rectum iudicium, quia phantastica erant.* Desconozco á Heredia en esta cláusula. Este modo de discurir de Heredia prueba que no hay enfermedad, por grave que sea, en que no se engañe el médico si el enfermo no se muere. ¿Con que sólo se hallarán señales mortales y síntomas verdaderos en los que se mueren? Buenos andan los pronósticos de Hipócrates. Dejaran al hortelano en poder de los médicos de nuestros tiempos, que por mi cuenta que no lo contara por gracia, y viera Galeno cómo no fueron falaces los síntomas de este enfermo, ni menos fantásticos, como discurre Heredia, ni menos llegara al cuarenta. No pára en esto, pues dice que este enfermo tuvo muchas crisis, dando por salutíferas todas las evacuaciones que tuvo, lo cual yo no entiendo, pues solas las dos evacuaciones últimas fueron tales, pues en ellas se cantó la victoria, como dice Foesio: *Quadragesimi diei triumphus extitit. Quo quidem die postrata omnino importunissimi hostis audatia est, qui ut obstinata pravitatis meritas pœnas lueret ad illudendum propositus, et in currum actus est, tandemque strenua sudorum alacritate per ventris eluviem emissus, et ad sentinam damnatus est. Is que demum fuit pravissimi morbi solutione, perfectaque indicatione decoratus triumphus, quo natura viribus optime instructa, varium multiplicique malignitate insignem hostem prostravit, et debellavit.* No sé cómo hay quien se atreva á comentar los enfermos de Hipócrates, á vista de este gallardo modo de decir de Foesio. La reprensión de los médicos: *Nescientibus ab auxilijs quiescere*, no sé á qué propósito, cuando incurre en lo mismo que condena, pues empieza la curación de este enfermo: *Erat ergo solicitandus venter detergentibus, et anodinis clisteribus, et atemperantibus, etc.* ¡Miren qué traza de reprender á los médicos que no saben estar quietos! ¡Ah, buen viejo, pues supiste curar tan grave enfermedad con sola una cala, ó con dos si te parece poco, como dice otra letra: *Balanis?*

99. Ultimamente, pareciéndole á Heredia que la sangría que manda Galeno, Mercurial y Frigio que se ejecute en este enfermo, está mal impugnada, retrata su sentir con estas palabras: *Ne tamen tepeas ex toto in hoc ægroto venæ sectionem de hortari, sed cautum te reddo, ne impetus naturæ oblitus* (qué buenas palabras) *quo per secessum finire morbum tentabat* (esto sí que es fantástico) *et tam assidue misso sanguine copioso, ut moris est his temporibus, tam idoneæ indicationi obstes protervus.* Y así, pareciéndole que enfermedad tan grave no se pudo curar con una ó con dos calas, como Hipócrates lo hizo, se deja de cuentas y le echa toda la ley á cuestas, aplicándole cuantos remedios ó tormentos médicos traen entre manos los que comunmente llaman galenistas: sin perdonar al medicamento más benigno que tiene la botica, pues acaba la curación de este enfermo con el aceite de cera.

100. Me parece que bastantemente he persuadido con estas tres historias, que Hipócrates no tenía ciencia fija para conocer la región por donde la naturaleza en una enfermedad (en particular en las agudas) había de expeler ó arrojar la causa morbífica. Y así todas las evacuaciones que tuvieron estos tres enfermos (menos la última, que fué crisis perfecta) las menospreció Hipócrates por sintomáticas: pues las tales, ayudadas ó impedidas, no sirven más que de divertir á la naturaleza, ocupada en vencer la causa morbífica, y poner en precipicio al enfermo. Y si después de todo esto persistieres en que es desatino todo lo discurrido, te pido que pongas en práctica estas doctrinas: que si eres ingenuo (y no de aquellos que no están bien con nadie, ni aun consigo mismos) sé que te has de desengañar. Y si no quieres desengañarte, te doy licencia para que tomes la pluma y me impugnes: pues estoy seguro que por más que ladres, no me has de morder por defenderme Hipócrates. Ultimamente, quiero confesarte, que son disparates todo lo que hasta aquí he ponderado: aun en este caso estás obligado con Aristóteles á darme las gracias, pues dice: *Etiam male philosophantibus gratiam habendam esse, quod ansam offerant vera inveniendi.*

101. No juzgué haberme divertido tanto del asunto, y así vuelvo á las viruelas. Dice Heredia el sevillano, por otro nombre Gaspar Caldera, en su Tribunal Médico, libro de *Variolis*, cap. 9, que el no sangrar los médicos en las viruelas, es miedo. Pongo sus palabras para ir respondiendo por partes á todo el párrafo. Dice así: *Neque ex hac sanguinis missione variolarum timeas retrocessum vacui ratione, hic enim timor tantum locum habet ubi nullum in corpore restat superfluum, et natura critice operatur omni materia extra venas propulsa (tunc enim est impetus excernendi expectandus) non autem cum simptomatice natura irritata elicit, etc. Rationem confirmat experientia, qua post venam sectam in variolis sedato sanguinis fervore humorem melius a natura coqui, et in pus optimum converti videmus: quin, et ipsa natura optima Medicorum Magistra, Medicum*

sæpe præveniens copiosam per nares hæmorragian instituit, ut faciliorem morbillis, aut variolis sternat viam, servidumque cauma citius extinguat: sed fateri fas est medicos quosdam nimis aliquando timidos esse, et potius ad vulgi obtrectationes cavendas, quam ad rerum momenta intentos: ac licet videant aliqui subinde meliora probentque, attamen in aliorum gratiam consueta sequuntur. Nec te terreat (concluye) *a sanguine mitendo, vomitus; neque stuxus ventris, si profussus non est, neque catharrus, aut ventris dolor, aut fugax horripilatio, quoniam hætsolent variollarum expulsionem præcedere, et pleraque alia complicata, et varia accidentia, quæ post sanguinis missionem, aut scarificatis, et siccis cucurbitulis sedabis.*

102. Ahora bien, quién viendo á Caldera sentado en su tribunal médico haciendo justicia, no hará juicio que su medicina (según la satisfacción con que cura las viruelas) es de otro solar que la de Hipócrates? Quién viendo cómo trata á tantos hombres doctos y experimentados de tímidos, y entre ellos á Hipócrates, no juzgará que su medicina trae su origen no de la Isla Cous, sino de Delfos? Quiero confesarle á Caldera que los que no sangran en las viruelas son tímidos: pero ese miedo también lo han de tener los que sangran, por no tener seguridad de que la sangría hará lo que ellos quieren: y si no, oigan á Avizena: *Quandoque iuvabit, quandoque nocebit.* Dirán con Caldera que los que sangran en las viruelas tienen menos miedo que los que no sangran. Ya dijo el escritor de la Historia de Sajonia: *Dum languet metus audatia crescit;* pero advierte lo que Hipócrates dice sobre esto: *Audatia ignorantiam arguit.* Pero yo quisiera saber de Caldera, en qué consiste el miedo de los que no sangran en las viruelas? Porque el temor, en sentir de todos los filósofos morales, consiste en lo que dice Tullio: *Timor est metus mali apropinquantis.* Pues si los médicos que siguen esta doctrina de no sangrar en las viruelas, tienen razones, autoridad y experiencia, de que sin sangrías se libran más bien los virolentos, por qué han de tener miedo los que dejan de hacerlo? Las razones son las que tanto te tengo ponderado, de que impides la acción á la naturaleza, que la desarmas de su mayor instrumento, que es la calentura. La autoridad: son muchos los hombres doctos que siguen esta doctrina (sin tener miedo), y entre ellos Hipócrates, que tiene por contraindicante de la sangría la calentura: con experiencia: no quiero citarte médicos en favor de ella: consulta las mujeres y á la pobre gente, y verás cómo todos te responden que es disparate el sangrar en las viruelas, pues les quitan (como ellos se explican) el calor con las sangrías: algo quieren decir.

103. Voy respondiendo por partes á la autoridad de Caldera. Dice lo primero: *Hic enim timor tantum locum habet, etc.* Este autor supone una cosa que á la verdad no la entiendo; porque supone en contraposición de los más autores clásicos, que la expulsión de las vi-

ruelas es sintomática, no crítica. Y á la verdad, si hace ese juicio como lo confiesa, no me espanto que llame tímidos á los que no sangran, pues en semejante conflicto todos los médicos están obligados á hacer no sólo lo que el arte manda, sino también apartarse de él, y á veces á obrar con temeridad, como aconseja Celso. Pero por dónde quiere persuadir Caldera (voy hablando siempre *en abstracto)* el que la expulsión de las viruelas no es una de las crisis más perfectas que los médicos observan entre todas las enfermedades que padece la naturaleza humana: ¿qué, porque acompañan á las viruelas tantos accidentes como se observan, y tan peligrosos? Ese sí que es miedo y poco conocimiento de la enfermedad, pues al cuarto día cesan todos: y eso lo saben los que no sangran sin tener miedo. A esto alude Duamel en su Filosofía moral: *Cum enim* (dice) *nullus est metus, iam non spes, sed fidentia est, aut securitas.* Pongo para más claridad los tres accidentes que más frecuentemente suelen acompañar á las viruelas, y que más en cuidado ponen á los médicos, que son el delirio, la convulsión y la alferecía. Y pregunto: á vista de estos accidentes habrá médico que tenga paciencia (mejor dijera que no tenga miedo) de no sangrar, ó hacer otros remedios equivalentes al virulento hasta el cuarto día? Respondo que sí, y muchos, y de buena literatura y mejor práctica, como son Miguel Emullero, Cristiano Langio, Valdismich y Juan Doleo, que da satisfacción por todos en su Tratado de viruelas, en el pronóstico, con estas palabras: *Sic nec terreri debet medicus, si ab initio adsint peiora simptomata, puta deliria convulsiones, epilepsia, etc. Cum tempus antecedens criscos semper gravius esse solcat.* Mucho atrevimiento (dirá Caldera y los que le acompañan) y mucha seguridad en tan graves accidentes arguye en el médico que á vista de ellos no sangra, ó á lo menos no saja. Señor mío, responderán, eso es no tener miedo, como v. m. y otros. Y si no te parece bien la respuesta, sírvete de leer en el tercer libro de las Epidemias la Historia de Pitión, primer enfermo, y repara cómo le cura Hipócrates sin sangrías y sin miedo.

104. Prosigue Caldera en confirmación de su doctrina: *Rationem confirmat experientia, etc.* La duda no consiste en que la experiencia confirme su doctrina, cuando la enfermedad de las viruelas de su naturaleza no es mortal, y más cuando sabemos que por cualquier método de los muchos que han inventado los médicos, aunque contrarios entre sí, se libran muchos virolentos. La duda sólo versa, si el modo de curar las viruelas con sangrías es más conforme á razón y experiencia que el método de los que no sangran, dejando lo más de la obra á la naturaleza. Hipócrates, viendo que así al médico bueno como al malo se le mueren enfermos, no tuvo otro modo de distinguirlos si no es diciendo: que al malo se le mueren muchos más que al bue-

no. Y así, el decir Caldera que la experiencia confirma la razón que tiene de sangrar los virulentos, vale lo que puede: pues los que curan con método contrario al suyo dirán lo mismo, aunque de treinta se les mueren los veinticuatro, pues para ese fin dejó escrito Hipócrates: *Operanti secundum rationem, etc.* Y todos dicen que obran con razón.

105. Y qué razón tan fuerte será la de Caldera, pues dice que la experiencia la confirma? Ya lo dice: *Qua post venam sectam in variolis sedato sanguinis fervore humorem melius coqui, et in pus optimum converti videmus.* Esta razón con que Caldera prueba su conclusión, con licencia suya no es razón, sino autoridad, con la cual Galeno prueba su precepto universal: *Saluberrimum est in febribus omnibus venam incidere* (que tantas vidas ha costado, según Santa Cruz,) por verdadero, pues dice: *Levata namque, quæ nostrum corpus regit natura exonerataque, eoque velut sarcina præmitur haut ægre quod reliquum est vincet. Itaque proprij muneris haut oblita, et coquet, quod concoqui est habile, et excernet, quod potest excerni.* Con esta razón tal cual, afianza Galeno su precepto: *saluberrimum, etc.*, de tal manera, que si se leen todos los tratados de *sanguinis missione*, hallarán estar fundados todos sobre este precepto y esta razón. Pero cómo ha de ser el precepto verdadero, si la razón con que Galeno lo prueba y con él Caldera, es falsísima? Pruebo esto: todos los comentadores de Galeno, unánimes y conformes, afirman: que este precepto *Saluberrimum, etc.* se ha de poner en ejecución todas las veces que hubiere plenitud. Pero aunque Massarias y Horacio Eugenio, con otros muchos, se han desvelado y aun aporreado (como se puede ver en sus Apologías), aún no han declarado en qué consiste esta plenitud. Argumento propio para argüir en las escuelas, no para ponerlo en práctica. Y así se ve, que todos los que andan en estas averiguaciones del mismo modo sangran en cachocimia que en plenitud. Sólo reparo en Hipócrates en que no encontrase en los enfermos de las Epidemias otro que tuviese plenitud, si no es Anaxión. Y así decir que la naturaleza desahogada ó aliviada de la carga, que eso quiere decir *sarcina*, hará más bien su obra, eso es bueno para quien no distingue ni sabe distinguir las obras de la naturaleza de las del arte: *Nulla ars* (decía Tullio en el 2 *de natura Deoram) imitari naturae solertiam potest.* Si el aliviar á la naturaleza con la sangría, fuera como el alivio del animal de quien se toma la similitud que lleva demasiada carga, pues quitándole parte de ella anda con menos penalidad, tuviera la razón de Galeno alguna fuerza. Pero el caso es que al que le sangran, no le sucede lo que sucede al que lleva demasiada carga; pues á éste con aliviarle de la carga se queda con las mismas fuerzas que tenía antes: lo que no sucede al que le sangran en una enfermedad (en particular habiendo calentura), pues no es fácil aliviarle del peso que siente sin

ocasionarle mayor daño. De que el enfermo sienta alivio con la sangría, nadie lo duda. Y es la razón, que como el conato de la naturaleza se interrumpe con la sangría, más claro, se aplaca la fermentación, con ella siente el paciente el que le han aliviado de mucho peso, y el médico que lo está contemplando confirma que la razón de Galeno *levata namque, etc.* es verdadera: pero qué importa todo esto, si queda la naturaleza desarmada de su instrumento, que es la calentura, para poder en adelante hacer su crisis con perfección. Esta es la razón fortísima por que en nuestros tiempos no se observan crisis, pues no es fácil componer el que en todos los enfermos haya naturaleza que tenga fuerzas para resistir al médico y á la enfermedad.

106. Mas la razón de Galeno tuviera fuerza, si el médico conociera que desahogada ó descargada de peso la naturaleza con la sangría, le quedaban bastantes fuerzas para vencer en adelante la enfermedad y hacer su crisis con perfección: pero el caso es que no hay tal ciencia en el médico: y así vemos por experiencia, que las más de las enfermedades en nuestros tiempos terminan mal, pues al tiempo de la crisis se halla la naturaleza desarmada por faltarle los espíritus, que con la autoridad ó razón de Galeno la quitaron. En estas aflicciones suelen recurrir los médicos á los cordiales, al buen vino, á la buena sustancia, á los pichones, y muchas veces al agua de la vida, á fin de que todo se avive el calor del viviente. No fuera mejor haberle conservado antes, para no ir después mendigando socorros que siempre llegan tarde? Con que la razón de Caldera, tomada de Galeno, para sangrar en las viruelas, vale lo que puede.

107. Prosigue Caldera: *Quin, et ipsa natura optima Medicorum Magistra, Medicum sæpe praeveniens, copiosam pernares hemorragiam instituit, ut faciliorem morbillis, et valioris sternat viam, ferridumque cauma citius extinguat.* Este argumento ya está desatado en otra parte; pero porque á Caldera (como á todos los demás aficionados á sangrar en las viruelas) le parece que es fortísimo por ser de la misma naturaleza, vuelvo segunda vez á responder para que se conozca y se vea cuán errados van los que se gobiernan por él. Nadie duda que la naturaleza es maestra y doctora sin maestro, como dice Hipócrates: *Docta sine Doctore:* pero tenga entendido el Sr. Caldera, que estos grados de maestra y de doctora no los recibió en Atenas ni menos en Salamanca: en otra Universidad cursó más alta, como dice Tertuliano: esto bien lo conoció Marco Tullio, pues dijo que su ciencia era *Inimitabilis.* Los que se gobiernan por el flujo de sangre de narices para sangrar en las viruelas, es fuerza que yerren las más veces. Lo primero, que esta terminación la naturaleza la hace muy pocas veces, pues te puedo asegurar que en cuarenta años que ejercito la Medicina, y haber curado muchísimos virulentos, jamás he observado este flujo de sangre. Esto no es decir

que otros autores no lo habrán observado; pero no es motivo bastante para que los médicos, porque tal cual vez sobrevenga al virulento el flujo de sangre de narices, hayan de sangrar á todos los que padecen este mal, pues todos ignoran cómo ella lo haga: y querer imitar una acción natural con una artificial, si no es imposible, por lo menos es muy dificultoso. Lo segundo, que dado que venga este flujo de sangre de narices, hay observación de muchos médicos doctos, y entre ellos Miguel Emullero, que ha de venir en el principio ó en el aumento, que en los demás tiempos como es el estado ó en la declinación, no aprovecha. Oye ahora á Miguel Emullero, en su Colegio práctico, en el Tratado de fiebres, al cap. 10, en donde dice sobre el flujo de sangre de narices en los virulentos las palabras siguientes: *Hemorragia narium subinde admodum copiosa, occasione nempe sanguinis nimium ebullientis, et ferventis ad esse solet, quae in principio morbi levioris spem redit, in flatu vero morbum longiorem, vel funesti eventus innuit.* En el pronóstico vuelve á repetir: *Stillicidium sanguinis ex naribus est ominossum, praesertim in principio: Sed si in principio variolarum sanguis largius, e naribus efluxerit, et sponte cessaverit, variolae, et morbilli pautiores erumpere solent, aegerque facilius liberatur: si non peius signum est.* ¡ Miren qué traza ésta de poder imitar con la sangría á la naturaleza! Lo tercero, que este flujo ha de ser suficiente, ó cuando menos moderadamente copioso. Lo cuarto, ha de ser continuo, sin interrupción, y hecho por *anastomosis.* Todo lo dice Emullero en el mismo pronóstico de las viruelas: *Hemorragia ergo salutaris si debet esse contingat primo in principio, aut incremento. Secundo sit sufficiens, aut moderate copiosa. Tertio continua, una, vel altera vice non interrupta. Et quarto per anastomosim fiat.* Todas estas circunstancias, dice Miguel Emullero, ha de tener un flujo de sangre de narices que sobreviene á un virulento. Pues mira tú ahora con Caldera, si con la sangría puedes imitar todos estos capítulos que pinta Emullero, para que el flujo de sangre de narices tenga buen fin en el virulento. Que si confiesas que con la sangría se puede imitar, desde luego te doy licencia para que tú, Caldera y los demás, que tan á banderas desplegadas sangrais en las viruelas, imiteis á la naturaleza, pues me quedaré con el consuelo de que Hipócrates (á quien venero por padre de la Medicina) no supo tanto como lo demuestran los enfermos del primero y tercer libro de las Epidemias: pues á vista de tantas evacuaciones como tuvieron, no quiso imitar alguna, por más inclinada que vió á la naturaleza por varias regiones. Con que el argumento de Caldera, tomado del flujo de sangre de narices que en algunas ocasiones intenta la naturaleza, no tiene fuerza, pues ella obra con ciencia natural y él con arte.

108. Continúa Caldera: *Sed fateri fas est medicos quosdam nimis aliquando esse timidos, et potius ad vulgi obtrectationes cavendas, quam ad re-*

rum moment a intentos. Yo no sé por qué han de tener miedo los que no sangran en las viruelas, cuando la experiencia de tantos como se curan sin sangrarlos los desengañan. En una mera cuestión especulativa que los hombres se quiebren la cabeza, vaya con Dios: pero una cuestión práctica como la que tenemos entre manos de si se ha de sangrar ó no en las viruelas, no parece (además de ser desatino) locura el quererla defender no teniendo por cimiento más que la autoridad de Galeno: *Saluberrimum, etc.*, cuando por la otra parte está la experiencia, que clama contra los que sangran? Lo de *ad vulgi obtrectationes cavendas, etc.* Con licencia del Sr. Heredia, jamás el vulgo ha dicho mal de los médicos que obran mucho, esto es, que hacen muchos remedios á los enfermos: antes bien les suelen dar las gracias después de muertos, de que no dejó remedio en la botica que no les aplicasen. Al contrario de los que obran poco: pues el vulgo, ignorante siempre, tuvo por pecados más graves los de omisión que los de comisión. Y así no me espantara, que si Hipócrates volviera hoy al mundo y le vieran curar unas tercianas, un dolor de costado y una calentura ardiente sin sangrías, no me espantara, vuelvo á decir, que le apedrearan públicamente en las calles. Miren qué traza de complacer al vulgo, cuando si se muere el virulento sin sangrías y otros remedios que no son necesarios, claman que lo dejó morir como una bestia. A esto se expone el pobre médico que cura con doctrina de Hipócrates, y el buen Caldera dice: que este modo de curar es, *ad vulgi obtrectationes cavendas.* Mal medio tomó para aterrar á los médicos que no sangran en las viruelas, diciéndoles que tienen miedo: cuando el suyo es más grande, pues obra porque no le culpen.

109. Prosigue Heredia: *Ac licet videant aliqui subinde meliora, probentque: attamen in aliorum gratiam consueta sequantur.* Dijo bien Horacio:

Quo semel est imbuta recens servavit odorem testa diu.

No hay duda que Caldera en sus tiempos vería muchos virulentos que se libraron sin sangrías; pero pregunto: ¿por qué no observaría esta práctica? La razón al instante se ofrece á los ojos, y es la que Galeno trae en el lib. 8, *de Medicamentis secundum locos, cap.* 1°, con estas palabras: *Falsae etenim opiniones animas hominum praecocupantes, non solum surdos, sed, et caecos faciunt, ita ut videre nequeant, quae alijs conspicua apparent.* Los versitos de Medea:

Video meliora, proboque
deteriora sequor.

No sé á qué intento los trae, pues más hacen contra sí que contra los que no sangran en las viruelas: pues estos siguen á Hipócrates, la razón y la experiencia: y los de su bando sólo el texto 11 del Método.

110. Concluye Heredia: *Nec te terreat a sanguine mitendo bomitus, neque fluxus ventris, si profussus non est, neque catharrus, aut ventris dolor, aut fugax etiam horripilatio: quoniam haec solent variolarum expulsionem praecedere, et pleraque alia, et varia accidentia complicata, quae post sanguinis missionem, aut scarificatis, aut siccis cucurbitulis sedabis.* Esto en buen romance no es curar, sino atropellar, como dicen vulgarmente, con enfermo y enfermedad. Pues si los accidentes que pinta en estas breves líneas no son contraindicantes de la sangría, me río de todas las circunstancias, avisos, impedimentos, que Hipócrates, Galeno, Avizena y todos los demás prácticos nos amonestan que observemos antes de ejecutarla. Piensa Caldera que porque pone entre dos comas *si profussus non est*, que con eso deja afianzada su doctrina? No ve que eso es pintar á su modo, no como las viruelas vienen? Eso sí que es miedo, pues el que así obra no tiene conocimiento de la enfermedad, ni menos de su terminación, ignorando que raro ó ninguno es el virulento al cual no le acompañen todos los accidentes que Caldera describe, y otros más graves, como son alferecía, convulsión y delirio; los cuales sabemos por experiencia que al cuarto día desaparecen todos, sin sacarles una gota de sangre. Bien decía Claudiano:

Sed malus interpres rerum metus.

Además, si al paso que la enfermedad va caminando al estado, sabemos, porque Hipócrates nos lo enseñó, y antes que él la experiencia, que los accidentes han de ser mayores, por qué Caldera, aterrado de ellos, los quiere detener ó impedir, cuando de hacerlo ó conseguirlo se sigue el no terminar bien la naturaleza la enfermedad? Pues desarmada ó divertida con la sangría, no sé yo quién supla sus veces. Pongo un ejemplo para más claridad: Pedro tiene una enfermedad aguda, la cual ha de terminar al siete ó á la salida del sexto y entrada del séptimo, al cual le dan tales accidentes antes de la crisis, que pone en confusión y miedo no sólo á los circunstantes, sino también al médico, si no es muy experto: pues hay observaciones muchísimas, en que muchos médicos, viéndose aterrados de tal conflicto, les han mandado dar la Santa Unción. No sucede así á los médicos experimentados y á los que no tienen miedo, porque saben que para una crisis perfecta han de preceder los dichos accidentes, y el médico imprudente que procura impedirlos, da con el enfermo en la sepultura. Pues digo yo ahora contra Caldera: si el médico docto y experimentado, á vista de una crisis por más accidentes que vengan, ni tiene miedo, ni se aterra, ni menos aplica remedios por no impedir la acción á la naturaleza, por qué Caldera á vista de los accidentes que acompañan á las viruelas, siendo preludios de la crisis, se aflige y se aterra sangrando y sajando al virulento, pareciéndole que de no hacerlo se ha de morir é írsele entre las manos?

Suba de punto Caldera los accidentes que propone, y pase al delirio, á la convulsión y á la alferecía, y verá cómo Doleo, Valdesmich, Langio y Emullero no se aterran ni tienen miedo á estos accidentes; pues á ellos y á mí la experiencia nos ha enseñado, que al cuarto día desaparecen todos (no cometiendo yerro en el virulento) sin sangrías y sin sajas.

111. El autor que más bien apuntó la lanceta en la curación de las viruelas, fué el Dr. Antonio de Sidobre, de la Universidad de Mompeller, en un Tratado que hace de *Variolis, et morbillis*, impreso en Leon de Francia el año de 1699. Este autor, á distinción de muchos, pinta el origen de las viruelas, su esencia, causas, diferencias, señales y pronósticos con tanta bizarría de ingenio, que parece dificultoso el que el arte pueda dar más de sí. Pues de todos los fenómenos que se observan en las viruelas, de todos da razones tan eficaces, que parece imposible el poder dar un paso más allá. Confieso que me pasmé de su gallardo modo de discurrir en todo lo teórico perteneciente á esta enfermedad. Mas habiendo llegado á la curación, me acordé de lo que le sucedió á Galeno, leyendo en Archigenes: *His ita lectis, vertigine affectus sum adeo, ut spe quam de viro conceperam frustratum me viderem.*

112. Así empieza Sidobre su curación: *In principio Variolarum mitendus sanguis ad uncias novem in Adultis, et in Infantibus ratione aetatis, prout visum fuerit: iteranda venae sectio bis, ter, quater, quinquies, et sexies, et octies pro simptomatum ingruentium ratione virium modulo atque aetate.* Para curar las viruelas como este autor manda, poca medicina es menester, pues con este método presto se acaba con las viruelas y también con el enfermo. Y así no me espanto que mueran tantos en Mompeller de este mal (como el mismo autor confiesa), por no estar fundado este método de curar las viruelas, en autoridad, en razón, ni en experiencia. No en autoridad, y porque sé que muchos de los extranjeros menosprecian totalmente este modo de argüir, los arguyo así. Es cierto que Dios, con su alta Providencia, no cría á todos los que se encaminan por una Facultad con igual entendimiento: á unos da dos talentos; á otros tres, cuatro y cinco; á otros conforme su Divina Majestad es servido. Y así debemos creer, que aquellos que más se descollaron en una facultad, fué porque Dios quiso que tuviéramos una luz universal, la cual nos alumbrase en nuestras oscuridades. Y así vemos, que los teólogos escolásticos tienen por antorcha á Santo Tomás y al Maestro de las Sentencias, por los cuales se gobiernan. Y aunque en algunos puntos tal cual ingenio se remonta, pero nunca los pierde de vista, ni dejan de reconocerlos por padres de la Teología Escolástica. Lo mismo sucede en la Jurisprudencia con Justiniano. La Medicina reconoce por su príncipe á Hipócrates y después á Galeno y á Avizena. Y si en nuestros tiempos y en los pasados se han descubierto algu-

nos nuevos inventos, ha sido mediante la luz que nos dejaron, pues dicen comunmente: *Facile est inventis addere.* En Filosofía natural sucede lo mismo, pues todos veneran por maestro de ella á Platón, á Aristóteles y á Epicuro, y se tiene por desconsuelo en materia natural, el no apoyar su sentir con la autoridad de cualquiera de ellos. En los matemáticos corre lo mismo con Euclides.

113. Pues digo yo ahora: si todas estas facultades reconocen por príncipe ó superior á uno (ó á dos), ni se sabe que haya habido otro más docto en ella, qué motivo tendrá de apartarse de su dictamen el que sin razón ni experiencia en materia tan grave como es la Medicina, sólo va gobernado de la autoridad de su capricho? Pues vuelvo ahora á la prueba y digo: que el modo de curar las viruelas de Sidobre no está fundado en autoridad ni de Hipócrates, ni de Galeno, ni de Avizena, que son los tres médicos de mayor autoridad que ha tenido y conocido el mundo. *Rumpantur licet illia Codro.* Ni menos de los médicos más racionales y de mayor autoridad que conocemos. De Hipócrates, bien probado lo tengo, pues tiene este príncipe por contraindicante de la sangría, la calentura. De Galeno y de Avizena ya sabemos que sangran con alguna nimiedad, pero no con el exceso que hoy ejecutan algunos de sus discípulos. Y dado que lo hagan así, ya observan los tiempos de las enfermedades, sin la cual observación dice Fernelio, que va perdida toda la curación. Y Sidobre, menospreciando todo esto, desde que empiezan las viruelas sangra hasta que acaba con ellas ó con el enfermo; pues después de haber hecho ocho sangrías á un virulento, no sé que le quede mucho humido radical ni cálido innato para librarse de la enfermedad y del médico. Bien pudiera, con la autoridad de muchos hombres doctos en nuestra facultad, confirmar todo esto. No obstante, no puedo disimular la de Pedro Juan Fabro, que por ser de la nación de Sidobre y doctorado en la misma Universidad de Mompeller, y que merece tener un tan gran comentador como es Cristiano Langio, catedrático de la Universidad de Lipsia, el cual dice con algún desahogo lo que yo por mi modestia no me atreviera á decir contra los que con tanta liberalidad sangran en todo género de calenturas. Dice así en el cap. 69 *de febre continua simplici, et eius curatione: Miror autem Parisiensium medicorum pertinatiam, utpote, qui febrium, et morborum omnium curationem in sanguinis missione larga, et copiosa, collocant, cum saepissime causae morborum, et potissimum, febrium tam continuarum, quam intermitentium in sanguine resideat. Certum enim est, virtutem, et propietatem curandorum morborum omnium in sanguine collocatam esse, quod Archei vitalis* (no te embaraces con términos) *sanitatis naturae œconomus, et morborum omnium curatur in sanguine resideat, quo sublato, largaque manu effusso, effunditur etiam una cum sanguine spiritus vitalis: Unde vires*

statim tolluntur, et difuaduntur, atque proinde tota totius corporis natura admodum debilitatur, adeoque etiam curatio morborum omnium, quae a naturae dependet rigore frustranea redditur, ita ut loco illius subsequatur mors aut, incurabilis morbus. Hasta aquí Fabro.

114. Aun con mejor estilo (si bien con su poco de pimienta) lo dice Langio comentando este párrafo: *Ignoscant nobis* (comenta) *venae sectionum Patroni, quod hic quoque, et in febris continuae curatione, una cum Authore nostro, ob saepius iam dictas, et supra allatas causas huic praesidio maledicere, ac cum vitalis thesauri latrotinio comparare pergamus. Cum primis vero consuetudo non tantum Parisiensium, verum per totam Galliam a plerisque medicis solemniter recepta, damnanda est, qua in febribus omnibus sanguinem confertim extrahere, et in die bis, vel ter, vel quater, venam aperire, atque sic, ut plurimum cum sanguine ipsum vitae spiraculum evacuare, adeoque revera e Misserorum cruore, ut Helmontius loquitur vivere solent. Sane qui ex febricitantibus sic tractantur in eo felix (proh dolor) est, quod brevi incendio laboret, et diu ardere non possit, diuque simul esse nequeat: aut enim febris sic curata patientem (quod raro tamen fit) deseret, aut hic illam, quod plerumque contingit.* Bastante autoridad tiene contra sí Sidobre. Vamos á la razón.

115. Digo pues, que este modo de curar las viruelas de Sidobre tampoco está fundado en razón, y lo pruebo así: el médico racional que intenta curar una enfermedad y no forma idea antecedentemente de ella, es imposible el poderla curar. Pues pregunto yo ahora: esta enfermedad que se llama viruelas, qué viene á ser? A mí me parece que todos responderán que es una efervescencia ó fermentación de la sangre, más claro: un género de calentura ardiente, cuya terminación, si no impiden á la naturaleza, viene á ser al cuarto día con las excrecencias que observamos, quedándose el enfermo limpio de calentura. Siempre voy hablando en lo regular. Hasta este tiempo corren peligro los enfermos virulentos; pues como esta acción la haga la naturaleza como debe y como acostumbra, están en salvo los enfermos. Y si en adelante se mueren, no es por fuerza del mal, sino porque ó los enfermos ó los asistentes cometieron algún yerro en las cosas que llaman no naturales. Y para que lo digamos de una vez (y lo tengo por más probable), porque los más de los médicos, desde que empieza esta enfermedad hasta el fin, bueno ó malo, no cesan de hacer remedios. Y si consta por la experiencia que una cala ó una ayuda desbarata toda la acción que la naturaleza tiene puesta en supurar y perfeccionar su obra hasta el catorce, qué no hará una sangría, ó muchas con otros tantos cordiales, para que el pobre virulento tenga alegre el corazón?

116. Sírvete de leer las dos observaciones que trae Langio. La una

suya y la otra del Dr. Juan Miguel, tan gran práctico como demuestran sus obras, y verás lo que les sucedió á entrambos á vista de una cala y de una ayuda, dando razón de todo esto Friderico Hosmano en su M. M., lib. I., cap. 10, con estas palabras: *Notandum tamen in Variolarum, et morbillorum, et exanthematum eruptione, licet saltem ex lenientibus, et eluentibus constent ingredientibus omnino esse abstinendum a clisteribus, ne naturæ motus, vel conatus a centro ad circunferentiam turbetur: eademque tunc anxie occupata evidenter distrahatur, eiusque præcipuum robur perperam divertant.* Pero Sidobre con todos los demás que siguen esta práctica de sangrar, solicitar el vientre y no estar quietos, se reirán de todo esto, diciendo que si estos autores sienten mal de su modo de curar, por eso hay otros hombres ó autores que los defienden, y uno de ellos es Jerónimo Mercurial, autor que por su grande erudición y literatura ha hecho gran ruido entre los médicos sangradores. Y así, que las observaciones de los sajones son de poca monta, supuesto que Mercurial, en el libro 1, cap. 3 *de morbis puerorum*, satisface á las observaciones y á la razón de Hosmano, de esta manera: *Impune satis in inijci posse* (va hablando de las ayudas y de las calas) *quod ab illis naturæ motus non impeditur, quia in intestinis tantum operantur, motus autem naturæ fit prope cutem, et in ipsis venis, nequevires adeo deijciunt, ut timere debeamus.* Más Medicina y Filosofía hice juicio en otros tiempos que sabía Mercurial, que la que demuestra en estas pocas líneas, pues el decir que *motus naturæ fit prope cutem, et in ipsis venis*, es bajísimo modo de discurrir así en Medicina como en Filosofía. En Medicina, pues, Hipócrates, en lo de *locis in homine*, dice: *Corporis enim pars minima, si aliquo morbo aficiatur, eam afectionem, qualiscumque tandem fuerit, totum corpus sentit, quod minima pars corporis eadem omnia habeat, quæ, et maxima.* En Filosofía, pues, dice el filósofo: *Natura enim motus continuus est, et indefessus non minus in partibus, quam in toto.* En Anatomía también peca Mercurial, pues son muchos los anatómicos que habiendo hecho disecciones en cadáveres virulentos, han hallado las partes internas plagadas de viruelas. No me crean á mí, lean entre tanto, para salir del escrúpulo, á Fernelio, á Pareo, á Horstio, Ballonio, KerKringio, Bartholino y otros muchos que tienen voto. Pues si esto es así, adónde iremos á parar con las ayudas, calas, y la autoridad de Mercurial?

117. Prosigue Sidobre: *In principio morbi debet necessario celebrari venæ sectio, quia ut plurimum in progressu et vigente supuratione impossibilis est, cum rasæ pustulis obsessa Chirurgi industriam eludent.* Miren qué motivo ó razón de pie de banco para mandar hacer ocho ó diez sangrías en un virulento! Si hubiera dicho que en el principio se hagan las sangrías aprisa, porque después de muerto no habrá lugar ó no podrá ejecutarlo el cirujano, me parece que lo hubiera dicho más bien. Pasa adelan-

te Sidobre en su curación, y no contento con sangrar tan á rienda suelta en las viruelas, culpa á los que no siguen su práctica, diciendo: *Multi præiuditijs capti adeo perperam de phlebotomia iudicarunt, ut in variolis, tamquam periculosissimum infamarint, sed eos deceptos fuisse certum est.* Dios los haya perdonado. Los que defienden el no sangrar en las viruelas fundan su sentir en autoridad, razón y experiencia, como tengo probado. Sidobre sólo en la autoridad de su tío, que tantas veces lo cita. Y así más facil es que yerre el que sólo gobernado de autoridad, se deja llevar de ella, que el que prueba la autoridad en razón y con experiencia, pues en este modo de obrar y discurrir no caben falsos prejuicios. Y así, permítole á Sidobre que muerda su poquito, pues como dice el Lírico escribiendo á su amigo Floro:

Multa fidem promissa levant, ubi plenius æquo
Laudat venales, qui vult extrudere merces.

No obstante todo esto, quiere dar razón de cómo la sangría en las viruelas hace tanto provecho, y dice así: *Namque venæ sectio æstuantem pacat sanguinem, vasa nimis inflata deplet, eorum ruptionem impedit inflammationem arcet, favet perspirationi, etc.* Todo lo cual creo yo que lo hace la sangría, sin que Sidobre lo jure. Pero pregunto: ¿así desarmada la naturaleza, cómo es posible que pueda terminar bien la enfermedad? Porque yo no sé que sin instrumento, esto es, sin calor, como se explica el vulgo, y sin espíritus, como dice Hipócrates, ella lo pueda ni sepa hacer. Y así vemos y observamos en nuestros tiempos tan pocas crisis en las enfermedades agudas, lo cual no sucede en los de Hipócrates, pues dejaba correr á la enfermedad su curso, no impidiendo á la naturaleza ni desarmándola de su mayor instrumento ó de su solemne máquina, como dice Sidenham.

118. Continúa diciendo que este modo de curar las viruelas: *Vix concipi potest ab his, qui vel primis labijs phisicam, et æconomiam corporis naturalem degustarunt, etc.* Con que Martín Lister, médico londinense, porque sigue la práctica *ex diametro* opuesta á su modo de curar las viruelas, ni sabe Física ni menos entiende en qué consiste la economía de la fábrica humana? Pues oiga en respuesta lo que siente de su modo de curar las viruelas, y después quéjese de él y déjeme á mí; dice así Lister en su Tratado de viruelas: *Quidquid itaque vani homines de eorum methodo in hoc morbo curando nuper iactitarunt, non sine ingenti cautela, et suspitione admitendum est. Etenim cum res naturaliter ad sanitatem tendat, quid tua auxilia magnopere laudas? An non superracanea, aut noxia potius censenda sunt? His certe remedijs Populus non utitur, et tamen vix unus e quadragessimo ægroto apud plebem moritur. Institue computum tuum de tuis (scio) multo plures occidunt?* y que habiendo visto Sidobre á este autor, pues le cita al principio de su Tratado, le haga tan poca fuerza

lo que dice, sólo porque su tío le enseñó lo contrario? Pues en verdad que no es mal físico y mal anatómico Lister, y que en Londres se bate también el cobre como en Mompeller. Prosigo la impugnación y vuelvo por tantos médicos doctos y honrados como lastima. Lo que prueba Sidobre contra los médicos porque no siguen su método en curar las viruelas, de poco físicos y que ignoran la fábrica del hombre, es que todos aquellos médicos que no tuvieron noticia de los nuevos inventos que hoy se han inventado ó descubierto, no pudieron curar bien no sólo las viruelas, pero ninguna de las enfermedades que padece el cuerpo humano: y por consiguiente, que Hipócrates, Galeno y Avizena, con otros muchísimos médicos doctísimos que ignoraron lo más de esto, fueron unos pobres médicos. Pues oiga Sidobre en respuesta lo que Gedeón Harveo dice en su Arte *Expectationis*, en favor de Hipócrates y los demás. Dice así en el cap. 2 de su Arte: *In communis causæ bonum de bacchari Medici hi (quamvis differentibus praxeos methodis) uno cantu consortium resonant, quod sedulis in Anatomia patefactionibus (circulationis, lacteorum vasorum, limphaticorum ductuum, liquoris nervosi; succi nutritij, et pancreatici, fermentorum in faucibus, ventriculo, hepate, corde, cerebro, liene, renibus, et in singulis partibus ad minimum pedis digitum usque, centum præter minutula particularia usus haut maioris, quam lunæ macularum theoria) tantopere præcelluerunt Antiquos omnes, ut artem suam ad summum appicem, vel vigorem exaltarint, quæ antea vix embrionis formam adepta fuerat: at que omnia ista proferuntur, tui incantandi ergo infirmam capacitatum ipsorum fidem: ad escandum, et alliciendum te in retia sua medica. Ac si vera proferam vix mille passibus attingunt candorem, honestatem, modestiam, et industriam Antiquorum, quibus circa morborum, et remediorum observationem fungebantur, quæ talis erat, ut comperirentur, quod abstinentia, et quietis concessio (id est nil agendo, et naturæ spectatores se prabendo) plures curaverint morbos, quam varijs ipsorum Medicinis naturam torquendi, et interrumpendi rationes, quam regulam sæpissime tibi ab Hippocrate, Galeno, Celso per omnia ipsorum opera sparsam, præceptamque reperies: adeo ut ubicumque moderni periclitatores* (allá va, Sr. Sidobre) *unicum sibi assumunt curare morbum isti naturam spectando curaverint centum, quod revera nil aliud erat, quam agere artem curandi morbos expectatione.* Lo cual no quiere creer el Sr. Sidobre.

119. En verdad que Gedeón Harveo no es médico español, sino muy inglés, y médico de rey y reina de la Gran Bretaña, de donde la Medicina moderna, la Filosofía y los nuevos inventos, casi los más han salido de allí. Y con todo esto dice este autor, que sin saber nada de estos nuevos inventos Hipócrates, Galeno y los demás antiguos, curaban más bien las enfermedades que los modernos con todos sus descubrimientos.

120. Tengo probado que el modo de curar las viruelas de Sidobre

no está fundado en autoridad ni en razón: veamos ahora si la experiencia, que es el argumento más fuerte, favorece su doctrina. No quiero argüirle con observaciones ni con la práctica de tantos hombres doctos, como son los que llevan la doctrina contraria de no sangrar en las viruelas: sino sólo con lo mismo que refiere en su Tratado de viruelas, al cap. 13 de *Prognosi*. Refiere Sidobre que el docto Bernier, que fué el que compendió á Pedro Gassendo en lengua francesa, pasando en cierta ocasión por Mompeller, le refirió á su tío, que también era médico, lo que en materia de viruelas había observado en la Persia y en todas las Indias orientales, en el tiempo que anduvo por aquellos climas: *Eos* (dice Sidobre, que le dijo á su tío Bernier) *qui in his regionibus variolis laborabant de hoc affectu parum curare, domo sine periculo frequenter exire, et per paucos interimi.* Lo mismo (dice Sidobre) que observó Guillermo Piso en la América Meridional.

121. Pues arguyo yo así contra Sidobre: Si en todo lo que toca al Mediodía y en el Oriente se curan las viruelas sin sangrías ni otros remedios, sólo con dejarlas al beneficio de la naturaleza, ¿por qué Sidobre no imita este modo de curar tan benigno y á tan poca costa? Responde Sidobre: *In India vero Orientali, et America, et si aer sit calidissimus, variolae tamen miliores sunt* (si dijera, porque no los curan, más bien lo entendiera yo) *et pauci ijs correpti moriuntur.* La razón con que prueba esto vale lo que puede. *Ob scilicet continuam pororum apertionem, et habitus corpori rarefactionem, qua continua fit transpiratio, etc.* No hay doctrina, por falsa que sea, que los que la siguen no la aforren con alguna apariencia de verdad. Da un salto desde el Oriente, Mediodía y la América, y se pone debajo del Septentrión, y dice así: *In his autem terris Septentrionalibus licet insignis æstate sit transpiratio, nilominus tamen non sufficit ea ad discutienda salia, quibus turget sanguis per hiemem congesta, ideoque eorum reliquiæ, quae transpirationem eludunt, a calore aestatis exaltantur, sanguinem dissolvunt, et fatalia simptomata inducunt.* Miren si dije bien, que la razón con que Sidobre probaba su doctrina era de poca monta. Si la doctrina de Sidobre, y su modo de discurrir por los climas y por los poros, es verdadera, bien podemos echar del mundo la doctrina de Hipócrates, pues escribió en un país que no era caliente ni frío. En medio de todo esto dejó escrito en el tercer libro de los Pronósticos: *Quando quidem, et in Libia, et in Scitia, et in Delo, quaecumque scripta sunt apparent veridica signa.* Y así se ve en Tomás Sidenham, Martín Lister, Miguel Emullero y Cristiano Langio, los cuales hacen burla del modo de discurrir de Sidobre por los climas: pues siendo médicos que escribieron debajo del Polo Ártico, curan las viruelas del mismo modo que los que habitan en la América Meridional, en la Persia y en todo el Oriente, sin sangrías ni otros embelecos, dejando toda la curación á la naturaleza. Más: Pedro Juan Fabro, tan docto

como sabe el mundo, y que recibió el grado de doctor en la misma Universidad de Mompeller, que Sidobre sabe no sólo curar las viruelas sin sangrías, sino también todo género de calenturas, sin acordarse si Mompeller está situado debajo el Septentrión ó Mediodía: luego el curar bien ó mal las viruelas no consiste en los climas, sino en la buena ó mala práctica con que los médicos los gobiernan.

122. Válgame Dios, y lo que me he divertido en busca de la ocasión! Pero á quién que ha tomado este desvelo á su carga ó trabajo de quererla encontrar, no le ha sucedido lo mismo? Y si no lean el capítulo 8 del Eclesiastés, y verán lo que nos enseña y nos desengaña: *Et quanto plus laboraverit ad quærendum, tanto minus inveniat.* Pero ya estoy oyendo á Paulo de Sorbait con todos los que siguen su bando (que son casi infinitos), que dicen, ó por mejor decir, *execrantur.* Cómo es posible que encuentren con la ocasión los que así curan, y con tanta pachorra la buscan? Pues quién se ha de persuadir el que unas tercianas, un dolor de costado y unas viruelas, y al tono de ellas las más de las calenturas agudas, se pueden curar sin sangrías ni purgas?

123. Concluyo el capítulo con lo que me pasó con un médico de los más doctos que tuvo España el siglo pasado, llamado D. Francisco Pernia, natural y asistente en la ciudad de Baena en la Andalucía, al cual, habiéndole comunicado este nuevo modo de discurrir (mal dije, pues es tan antiguo como el mismo Hipócrates), me respondió que tenía observado (teniendo setenta y tantos años de edad) que los buenos sucesos que había tenido con sus enfermos en cuarenta años de práctica, lo atribuía á lo poco que les había sangrado y purgado. Pero que se le hacía muy arduo el que Hipócrates hubiese curado los enfermos del primero y tercer libro de las Epidemias sin sangrías ni purgas. Y así, que si esto era verdad, poco que hacer tendrían los médicos, y por consiguiente, que en tal caso lo mismo fuera un médico de carne que uno de cartón. No es mi ánimo (le respondí) el tocar ni ofender en el menor ápice á los médicos ni á la Medicina, pues así ésta como ellos traen su solar de muy lejos: *Altissimus creavit Medicinam. Da locum Medico.* Si sólo dar á entender el que para ser médico no es menester tanta diligencia como los médicos de nuestros tiempos ponen en la curación de sus enfermos, pues desde que empiezan á curarlos no cesan de amontonar remedios, pareciéndoles que si no lo hacen así no cumplen con la obligación de médicos: como si el no aplicarlos en las más ocasiones y estarse quietos, no fuera el mejor remedio. No quiero citar á Valles ni á otros médicos doctísimos que han ponderado esto con grande eficacia: vaya Tito Livio, que será posible que por ser político le den más crédito: *Optimos Imperatores* (dice) *ab doctissimos Medicos saepe numero nil agendo, plurimum proficere: illos de hostibus, hos de morbis insignes victorias reportare.* En cuanto á que en tal caso lo mismo hará un mé-

dico de cartón que uno de carne, le respondí que me hacía mucha fuerza, porque un médico de cartón, por lo menos no hará desatinos como uno de carne, dejará obrar á la naturaleza y sabrá estar quieto, que es lo principal en que consiste la verdadera curación. Y para que v. m. se desengañe, Sr. Dr. Pernia (concluí la respuesta), lo que es un médico de carne (siempre voy hablando de los médicos que censura Valles: *Numquam magis insolentiores, quam cum plurima faciunt*), oiga á Pedro Poterio, médico y consiliario del Rey de Francia, lo que dice en su Tratado de fiebres al capítulo primero, hablando de los médicos de carne, que le aseguro á v. m. que yo de ningún modo tuviera atrevimiento de responder con tanto desahogo, si él no lo dijera primero y no lo hubiera dado á la imprenta de León de Francia. Dice así: *Fateor equidem* (va hablando de la calentura) *de hoc truculento hoste librorum miriades conscriptas esse, in quibus de eius essentia, ortu, et curatione, et parifilo, nec minori dicacitate de illas sanandi methodo, ac infelice eventu: nam etiam si eorum dogmata ad unguem secteris, non nisi umbras, et mera figmenta comperies. Quid me hercle turpius, quam in re tam clara (ut ipsi iactitant) turpissime deficere? Adest tertiana, quartana, aut quaevis alia febris, parati sunt hi Milites, instituant omnes artes, balistas, arietes, catapultas, et quotquot recenter inventa sunt tormenta bellica dirigant ad eorum ferociam retundendam, nil plane opis, spretis eorum artibus suam tiranidem, non minus in nos exercent: earam paroxismus, durationis tempus, et saeva earum simptomata, nec minimum remituntur: curati, atque incurati eadem afflictio: immo qui Medicorum castra effugiunt, in minores angustias incidunt: Unius saltem hostis tela in se vibrata sentiunt: faetidas amarulentas, et horridas potiones non degustant: Cruces, et tormenta, utpote phlebotomias, cucurbitulas, hirudines, vesicatoria, inustiones, et alia morbis ipsis graviora experiri non tenentur. O felices rustici! et vos Orientales, et Australes Gentes beatae. Quae eiuscemodi artibus caretis, non cum larvato amico, tamquam cum truculentissimo hoste vos dimicare opportet, uti nos cives Europeos, qui non solum aperto Marte, cum communi hoste, morbo videlicet decernendum habemus de pace, sed fucato amico vires nobis a natura concesas opponere, et ubi integris viribus tanto hosti resistere deceret, diversione quadam, eas dividere necesse habemus: Sic non unita, sed dispersa virtute, coram saevissimo tiranno sucumbere cogitur patiens. His, et alijs pluries apud me* (dice Poterio) *subductis, vnde tantus sopor tamdiu mortalibus insedit: Unde in re tam aperta tanta socordia: Unde in tanta necessitate, tanta penuria? Hoc potissimum in causs esse visum est, quia documentis efacinati, his facile acquiescimus, et supra eorum sensa nil sciri posse arbitramur, etc.* Ve v. m., Sr. D. Francisco Pernia, qué tal pone Pedro Poterio á los médicos de carne? Si á v. m. le parece que las palabras de Poterio son demasiado libres por lo mucho que lastiman la carne, culpe lo primero á Poterio porque lo dice así, y después cúlpese á sí mismo, supuesto que me dió mo-

tivo para que yo lo trasladara de él en defensa de los médicos de cartón. Bastantemente parece que tengo satisfecho á la execración ó maldición de Pablo de Sorbait, en que anatematiza á los médicos que curan despacio, dejando pasar la ocasión: *Execrandi sunt Medici Procrastrinatores.*

CAPITULO CUARTO.

EXPERIMENTUM PERICULOSUM.

1. *Experimentum periculosum* vierte Leoniceno: Foesio, *Experientia falax*, á cuya versión me inclino. Define la experiencia Galeno, en el libro que escribió *de Optima secta ad trasibulum*, cap. 11, de este modo: *Est memoria eius, quod sæpius, et eodem modo visum est.* Lo que comunmente dicen los comentadores explicando estas palabras, es, que al médico no le es lícito usar de medicamentos, los cuales no estén experimentados por otros. Y en este sentir tienen mucha razón los moralistas de poner en escrúpulo de pecado al médico que obra, no precediendo antes la experiencia. Pero esto es bueno para que el médico cumpla con la obligación de cristiano, pero no para que el medicamento, una vez ejecutado (voy hablando de los medicamentos purgantes para más claridad), deje de ser experimento nuevo en quien se ejecute: por no tener el médico ciencia de lo que hará estando dentro del cuerpo. Y así decía bien Pedro García el Grande: que el médico que daba una purga, aquel día se había de retraer á la Iglesia por el peligro en que se exponía. Lo que Hipócrates, á mi modo de entender, quiere decir en estas palabras, es, que por experto que sea el médico jamás aplica remedio alguno al cuerpo humano, que con seguridad pueda decir que resultará el efecto que desea. Y en este sentir, así médicos dogmáticos racionales como empíricos, corren iguales: porque así unos como otros no tienen ciencia de lo que hará el medicamento, una vez que entró ó se ejecutó en el cuerpo humano. Algunos médicos conozco yo tan satisfechos de sí mismos, que les parece que tienen imperio sobre las medicinas que aplican, para que ellas hagan lo que ellos les mandan. Cuán lejos esté esto de la verdad, no es menester más que las palabras de Hipócrates: *Experimentum falax.* Y todos los medicamentos que aplicamos son nuevas experiencias. Sea el ejemplo un sabañón, que para curarlo es menester hacer experiencia con alguno de los muchos remedios que trae su curación, y á veces con ninguno se cura sino con dejarlo aguardando al mes de Mayo. Casi todos los comentadores llegando á comentar esta cláusula de Hipócrates, se valen para ponderarla de la

autoridad de Galeno, sobre el mismo aforismo, el cual dice: *Experimentum autem et ipsum periculosum materiae ratione.* Pone por ejemplo lo que sucede en las más artes mecánicas, y continúa: *Ligne enim, si male tractando destruxeris, nullum exinde periculum. In corpore autem humano illa experiri, quae non sunt experientia comprobata non est ciera periculum, cum mala experientia ad totius animalis interitum terminetur.* Que es lo que Plinio por mordernos su poquito nos dejó escrito: *Negotiantur animas nostras, et experimenta per mortes agunt.*

2. Algunos quieren decir, que Hipócrates dijo: *Experimentum periculosum*, por advertir á los médicos que sean cautos en la exhibición de algunos medicamentos vehementes, v. g.: las cantáridas en la supresión de la orina, por el peligro que corre de inflamarse la vejiga: y lo mismo quieren que se entienda de los medicamentos mercuriales y antimoniales, en particular mal preparados. Así discurre Paulo de Sorbait comentando dichas palabras, y concluye: *Qui facile experitur, facile necat.* Cuán poca fuerza tenga este modo de discurrir, no es menester saber más que lo que Hipócrates dice en el 6° aforismo de este libro: *Extremis morbis, etc.* Pues en semejantes casos tienen licencia los médicos (como Celso nos enseña) no sólo de hacer todo lo que pudieren, sino de pasarse más allá, que es á obrar sin arte: *Cum tales ingruunt tempestates remedia cum temeritate sunt adhibenda.* Son las palabras de Celso. A lo de mal preparados, supongo el que á ningún boticario le manda Dios que los tenga así, ni á ningún médico que no los tiene experimentados por sí ó por otro, que use de ellos. Otros dicen, que es la experiencia peligrosa y falaz si no va acompañada de la razón: y que por esto los empíricos cometen tantos disparates, porque sin orden y sin método aplican los remedios, y de ahí se sigue el que: *Optima remedia in empiricorum manibus sunt, velut gladij acuti in manibus furiosorum.* Todo esto va encaminado á que los dogmáticos racionales, si se les mueren los enfermos, dicen que mueren con razón y con experiencia; á distinción de los empíricos, que si se les mueren dicen que se les mueren sólo con la experiencia: y es fiero trabajo el morirse un hombre sin razón.

3. Después que los dogmáticos racionales acabaron con los empíricos, dieron en perseguir á los químicos. En tiempo de Galeno no se usaba la química, y así todo su esfuerzo y conato le puso en desterrar la secta empírica del mundo: no la que hoy falsamente tiene concebido el vulgo, y aun muchos de los médicos que presumen de dogmáticos racionales. Bien me parece á mí (según rastreo de sus obras) que si él hubiera alcanzado y visto el estado en que hoy se halla la química, no hubiera ensangrentado tanto la pluma contra ella como contra la secta empírica: pues ya en sus obras se ven algunos diseños en que le parecía bien que hubiese arte que supiese separar lo puro de lo impu-

ro. Era ingenuo y deseoso de saber, no como sus discípulos, pues es tanto el odio que tienen contra ella, no digo bien, contra los que la profesan, pues sólo con el nombre de químico les sobra para vengarse del hombre más docto en la facultad médica (porque saben que el vulgo tiene concebido que todos los médicos químicos son malos) y derribarle hasta quitarle su crédito. Y si no dígalo Lucas Tozzi, uno de los médicos más doctos que ha tenido el siglo pasado y tiene el presente en la ciudad de Nápoles: pues á todos los que vienen de aquel reino, así doctos como indoctos, si les preguntan si lo conocen; dicen que sí, que es un médico muy docto, pues mereció serlo de Inocencio XII; pero añaden que el diablo le tentó de ser químico y se echó á perder. No pudo el demonio con su astucia en tiempo del emperador Severo, en que la Iglesia padeció aquella tan grande persecución, discurrir más: pues para martirizar los romanos á cualquier católico y quitarle la vida, no era menester más averiguación que tener el nombre de cristiano. Válgate Dios, exclamaba Tertuliano, ¡qué acusación puede haber contra un vocablo! Esto, de paso.

4. Volviendo, pues, al intento, digo que tan falaz es la experiencia en la secta de los dogmáticos racionales (por más vocería y algazara que traen en averiguar las cosas) como en la de los empíricos, en no gastar el tiempo en quererlas averiguar. Valles en el libro 3 de su Método, capítulo último, considerando esto mismo, metió el montante entre las dos sectas y dijo: *Mihi sani is videtur prudentissimus qui inter stultam insolentiam dogmaticorum* (buenos los pone á los peripatéticos) *et stupidam pyrrhonicorum hæsitacionem incedit medius.* Todos los empíricos son escépticos ó pyrrhónicos. Yo á la verdad siempre he tenido por médicos más atentados á los que en los actos literarios ó consultas hablan menos, pues á un dogmático racional si suelta la taravilla ó metafísica, que ellos dicen en la menor cosa que le pregunten, sólo Job con su paciencia lo podrá aguantar. Por ser del intento, vaya un cuentecillo de un empírico y de un dogmático racional, gran charlatán, y que lo refiere el mismo Galeno en el libro que escribió de *Subfiguratione Empirica*, al cap. 14, con ocasión de haber Galeno alabado en este mismo capítulo á Pyrrón (en quien está fundada toda la secta empírica) y haber dicho de él que no era como Menodoto: *Sed humanus admodum pacatissimoque animo sibi constans, nil interim loquens, nisi ubi occasio postularet.* Cuenta que conoció á un empírico de gran modestia, el cual con obras más que con palabras y vanagloria ejercía su arte. Prometió este empírico de curar una enfermedad grande de cirujía (en aquel tiempo Medicina y Cirujía entrambas habitaban en una casa), y estando aparejado todo para hacer la curación (que debía de pedir obra de manos), hételo por do viene á este tiempo un dogmático racional (*Furens* dice Galeno)

con mucha gritería, *ut moris est*, diciendo á los circunstantes y al enfermo: que de ningún modo convenía lo que el médico empírico mandaba, que se podía curar el enfermo muy bien sin que se hiciese la obra de manos. El empírico, aturrullado del desahogo del dogmático racional, dijo al enfermo y á los circunstantes con mucha paz y sosiego: Pues señores, v. mdes. elijan de los dos á quien fueren servidos, á mí ya en otras ocasiones (dijo el empírico) me han visto obrar y me tienen experimentado. En conclusión, el dogmático racional con su faramalla venció al enfermo y á los circunstantes, y se hizo dueño de la cura. Cumplió mal con lo que prometió, y conocieron así el enfermo como los circunstantes, que todo lo que había voceado y prometido con tanta algazara, no era otra cosa que borra y delirios. Halláronse obligados á llamar otra vez al empírico (que mal hizo en volver), conociendo que estos casos de cirujía y medicina más bien se curan con obras que con palabras. Más claro, con experiencia que con razones. En lo que reparo es en lo que dice Galeno, que era tal la persuasiva de este sofista ó faramallero, que todo es uno, que á un Demóstenes con toda su facundia, no pudiera haberlo persuadido más bien.

5. Y bien, qué sacamos de toda esta confesión de Galeno? Oye á Francisco Silvio de Leboe, no menos racional que Galeno y los de su secta, el cual dice, en confirmación de lo que voy ponderando, en el lib. 2 de su práctica, cap. 23, lo que se sigue: *Malim, uti medico empirico idest secundum experientiam praxim exercenti, quam Theoretico, et ex suis ratiocinijs, et figmentis medicinam faciente: docuit enim experientia iam pridem omnes accuratos eorum, quæ circa artem nostram accidunt, observatores longe feliciores esse in praxi medicos empiricos, quam theoreticos, quique ex libris medici fiunt, aut suis speculationibus: homines in sua dementia tanto miseriores, quod tam multos secum reddant miseros.* Siempre el vulgo se pagó de voces, y así concluye: *Sed sesqui pedalibus verbis, et ampullis vult decipi mundus.* Todo esto dice Silvio, movido de la curación que hizo Ambrosio Pareo en Carlos IX, rey de Francia, habiéndole picado un nervio en lugar de vena un sangrador de los de crédito de aquel tiempo. Silvio dice que Pareo le curó bien, pero que las razones que trae en apoyo de los remedios que le aplicó, son ridículas. El era buen práctico, por no decir buen empírico. Dió las razones que en aquel tiempo se usaban: han salido falsas en los nuestros, por lo mucho que el entendimiento se ha adelantado y el tiempo ha descubierto. En la práctica no lo erró Pareo, porque se la enseñó la experiencia; erró en la teórica, porque se quiso meter á ser dogmático racional. Hubiera él seguido la doctrina de los escépticos como hacen los empíricos, que por mi cuenta que no le hubiera mordido Silvio en su especulación.

6. Pero sepamos qué quieren decir los dogmáticos racionales. *Stultorum Magistra experientia.* Será, por ventura, porque los empíricos no acompañan la experiencia con razones? No tienen los dogmáticos otro argumento más fuerte contra la secta empírica, que éste. Pero veamos su secta tan celebrada, con qué razones acompañan sus experiencias, supuesto que se precian de dar razones de todos los fenómenos que en su medicina racional acontecen; olvidados de la autoridad de Celso, que aunque empírico le suelen seguir á ratos: *Si interrogatus subito respondeas dubitandus es.* Dicen que su medicina y filosofía la tienen fundada en los cuatro elementos y en los cuatro humores. Miren qué cuatro columnas y cuatro postes tan fuertes. Y así dicen, que sabiendo que hay calor, frialdad, humedad y sequedad, sangre, cólera, flema y melancolía, vengan todos los efectos que quisieren, que con sólo saber estos dos cuaterniones, tenemos bastante para desatar la duda más ardua que contiene en sí la Filosofía natural y toda la Medicina. Y á esto añaden que están muy contentísimos, pues Galeno y Aristóteles, que son sus príncipes, el uno en Medicina y el otro en Filosofía, no supieron más; pues hasta ahora á los dos ni á ninguno de los discípulos se les ha propuesto problema alguno, así físico como médico, que le hayan dejado de desatar, sólo con saber que hay cuatro cualidades y cuatro humores. Qué bueno es esto para el humor que gasta Sinapio en un hablativo absoluto (*Galeno et Aristotele, sub scamnum detrussis).* Y es posible (dirá alguno en favor de los empíricos) que con sólo saber esto, se distinguen los dogmáticos racionales de los empíricos? Sí señor (responderán en abono de los dogmáticos), pues los empíricos no cuidan más que de sus experiencias, y los dogmáticos levantan muchas cuestiones de garbo (como ellos dicen) sobre los cuatro elementos y los cuatro humores, v. g.: *An elementa maneant formaliter in mixto? An iecur producat humores per se, vel per accidens? An actione univoca, vel equivoca? An morbus consistat in positivo, vel privativo?* Y al tono de esto, otras dos mil cuestiones *infructiferas* (aunque ellos no lo confiesan) que no sirven más que de hacer perder el tiempo á los que las escriben y á los que las estudian. Y así decía bien con su gran juicio (hablando de ellas y de los que las escriben y defienden) el Padre Melchor Cano, Religioso de nuestro Padre Santo Domingo, en lo de *locis: puderet medicere non intelligere, si illi inteligerent, qui hæc tractarunt.*

7. Mas dicen los dogmáticos racionales contra los empíricos, que sus profesores nunca dan razón de lo que hacen, poniendo todo su conato en las experiencias. Ni tan calvo que se le vean los sesos. Cuando se trata de alguna facultad no se hace caso de los malos profesores que se entrometen en ella, pues en ese sentido tan grandes embusteros hay en la secta de los dogmáticos racionales como en la de los

empíricos. Siempre se va hablando en abstracto por no ofender: y así Galeno impugna á los empíricos y Cornelio Celso á los dogmáticos, sin meterse en más. Define Galeno en el libro *de subfiguratione empirica, cap.* 7, los empíricos y los dogmáticos racionales, así: *Empirici enim evidentibus, dogmatici vero rationi magis nituntur.* Explícase más: *Parimodo dogmatica ratio hoc ab Empirica differt, quod haec evidentium rerum, illa ocultarum est.* Esto es en cuanto á la definición de nombre, y dice Galeno: *Adque haec quidem est inter utrosque denominibus discrepantio, quam, et modeste, et arroganter tueri licet, arrogantia tamen plerumque utuntur empirici.* Ni hay razón para otra cosa, pues á eso se expone el que tira piedras al tejado de su vecino, teniendo el suyo de vidrio: *In rebus autem* (prosigue) *dogmatici, et empirici differunt, quod empirici ijs tantum credant, que vel sensui pateant, vel memoriae mandata sint, dogmatici vero praeter haec illis quoq; quae ex naturali rerum consequtione per rationem acquiri solent.* Con que en sentir de Galeno, los pobres empíricos, de todas las potencias que Dios les dió, así espirituales como materiales, no usan más que de los sentidos exteriores y de la memoria? No sin misterio le llamó Verulamio á Galeno, *desertorem experientiae.* Y si esto es así, para qué dice Galeno inmediatamente: *Sed et empiricus praeter descriptiones, et determinationes, quae a sensibus sumuntur causas etiam reddit et demonstrationibus nititur, quas assensibus mutuatus est.* Y pregunto: para ser buen médico es menester más? Y si los empíricos dan razón de causas y hacen demostraciones, qué más les quiere Galeno? Porque esta regalía es sola del entendimiento, á quien sólo le toca hacer justicia y demostraciones, no á los sentidos exteriores, ni menos á la memoria, pues estas potencias todas son sirvientes del entendimiento, y no se ocupan en otra cosa que en administrarle especies. Es verdad todo esto, dice Galeno, pero los empíricos son tales que no lo quieren confesar, aunque tácitamente sin saber lo que se hacen lo ejecutan: *Ita, et empirici* (dice) *rationis lumen spernentes tacite tamen, et tempus, et ordinem, et legem in remedijs dandis observant, et inseij* (aquí les quita el entendimiento, no contento con haberles quitado la luz de la razón) *exempla particularia praeceptis universalibus ad umbrant.*

8. Además, que Cornelio Celso, que era de la secta empírica, y sabía cómo se portaban en ella sus profesores, no les niega la inquisición de las causas ni menos los discursos conducentes para curar con racionalidad. Lo que les niega es el desvelo en las causas ocultas é inciertas. porque conoce que es tiempo mal gastado y sin provecho el quererlo averiguar. Así dice en su Proemio: *Patet autem no vum quoque consilium non a rebus latentibus (istae enim dubiae, et incertae sunt) sed ab his. quae explorari possunt, id est evidentibus causis. Interest*

enim fatigatio morbum, ansitis, an frigus, an calor, an vigilia, an fames fecerit, an cibi, vinique abundantia, an intemperantia libidinis. Neque ignorare hunc oportet, quae sit aegri natura, humidum magis, an magis siccum corpus eius sit: validi nervi, an infirmi: frequens adversa valetudo, an rara: eaque cum est vehemens esse soleat, an levis: brebis, an longa. Quod is vitae genus sit sequtus, laboriosum, an quietum: cum luxu, an cum frugalitate. Sólo te suplico que repares en lo que se sigue, para que depongas el mal concepto que tienes hecho de los médicos empíricos. *Ex his enim* (prosigue Celso) *similibus que saepe curandi nova ratio ducenda est.* Aún se explica más: *quamvis naec haec quidem sic praeteriri debent quasi nullam controversiam recipiant.* Es lo bueno que se le concede á cualquier artífice mecánico, que discurra todos los disparates que se le antojan, y á un médico empírico ilustrado con mejor filosofía que la de los dogmáticos, le quieren atar el entendimiento (porque no discurre las boberías que ellos) dejándole sólo con los sentidos exteriores y la memoria? Todo esto dice Celso, á quien se le debe dar más crédito por ser empírico, que no á Galeno, por ser de la secta contraria.

9. El vulgo tiene concebido, y aun muchos de los médicos, que los empíricos tan solamente son aquellos embusteros ó picarones, por mejor decir, que se desgalgan de las naciones extranjeras con media docena de remedios, y quieren curar todo género de enfermedades con ellos. A estos se juntan muchos frailes que también se meten á curanderos: los que venden bálsamos por las plazas, que comunmente llaman saltimbanquis, los cuales chupan como sanguijuelas el dinero á la pobre plebe ignorante: y otros muchos á este tono. No señor, estos no son empíricos, ni tal nombre merecen: antes bien, por buen gobierno de la República, semejantes sabandijas los habían de echar á galeras, pues los más que bogan en ellas no cometieron tantas maldades ni delitos como ellos. A estos sí que les conviene lo de Plinio: *Negotiantur animas nostras, et experimenta per mortes agunt.* Son los que propiamente se llaman empíricos, gente de más autoridad y literatura que piensa el vulgo y muchos médicos. El príncipe de esta secta empírica quieren muchos que sea Acrón Agrigentino, autor (como quieren muchos, y entre ellos Miguel Emullero,) del libro de *Veteri Medicina*, intruso en las obras de Hipócrates, el cual ha dado tanto que hacer á los médicos de nuestros tiempos por los muchos ácidos que en él se contienen. Otros quieren que fuese Heraclio: otros que Serapión, á quien siguieron Apolonio y Glaucias y otros muchísimos. Ultimamente, por no cansar, fué Cornelio Celso de esta secta como él lo confiesa. No debieron de ser tan malos médicos los de esta secta, como tienen concebidos los dogmáticos racionales, pues Valles, por muchos, en el capítulo citado dice: *Utinam non omnes Methodicorum, et Empiricorum lib. con-*

cidissent. Non dubito, quin aliquando ab illis plurimum iuvaremur, ubi aliquando ratio deficit.

10. Pero sepamos de una vez en qué se funda esta secta racional, que tanto encono tiene contra la secta empírica. Celso, que fué tan próximo á los fundadores de esta secta racional, refiere en su Proemio muy por extenso lo que se requiere para ser médico de dicha secta. Dice así: *Igitur hi, qui rationalem medicinam profitentur, haec necessario esse proponunt, abditarum, et morbos continentium causarum notitiam, deinde evidentium, post haec etiam naturalium actionum novissime partium interiorum. Neque enim credunt posse eum scire, quomodo morbos curare conveniat, qui unde hi sint ignoret, etc.* Para responder á esto es menester saber que la Medicina la define Hipócrates así: *Est adiectio, et detractio.* Y así, á ella no le toca más que quitar ó poner. El averiguar cómo esto ha de ser, no le toca á la Medicina, sí á la Física ó á la Filosofía natural, la cual tiene por incumbencia el averiguar el origen de las causas y dar razón de los efectos naturales que producen. Para lo cual es menester saber que las sectas más principales que ha conocido el mundo en Filosofía natural, han sido tres. Dejo la de los químicos ó espagíricos que lo son verdaderos, pues estos saben más Filosofía natural que todas las sectas juntas, pues averiguan con más perfección lo que las entidades contienen en sus entrañas, á distinción de las demás, que sólo tratan de la superficie de las cosas. Así lo siente Gassendo, aunque escéptico respondiendo al Padre Merceno: *hæc enim est* (dice) *quae naturae librum sola evolvit* (habla de la química) *ac perscrutatur, cum caetere omnes superficie tenus naturalia considerent.* Volviendo, pues, al intento, digo: que las tres sectas más principales de Filosofía natural que en todos los siglos se han conocido, han sido: la primera la de los escépticos, la segunda la de los acatalépticos ó académicos, y la tercera la de los dogmáticos racionales. El fin de estas sectas ha sido siempre el buscar la verdad. Los dogmáticos racionales se vanaglorían mucho de que ellos han encontrado con la verdad á distinción de los escépticos, que jamás la han podido hallar: pero con la circunstancia que estos nunca han perdido la esperanza de hallarla; y así propiamente se llaman los de esta secta, *Quæsitores aut consideratores veritatis:* los académicos totalmente desesperan de poderla hallar: los dogmáticos racionales hacen empeño de responder en lo natural á cualquier cosa que les preguntan, á distinción de los académicos, y los escépticos, que suspenden sus juicios. Cuádrales á los dogmáticos el versito:

Dum vitant vitia in contraria currunt.

Los que más se descollaron en la secta racional fueron Crisipo y Aristóteles, y así los tienen por príncipes de ella todos los dogmáticos y aun los escolásticos; pues fueron los primeros que les enseñaron á dar

gritos en los generales y en las escuelas en busca de la verdad. Sobre este modo de filosofar está fundada toda la Medicina que se ha escrito de dos mil años á esta parte.

11. Los escépticos tuvieron por príncipe de su secta á Pyrrhón, el cual conoció sólo con la luz natural que la Filosofía y Medicina no se aprendía bien con disputas y cuestiones, por el poco útil que de ellas se saca. Miren qué más pudiera haber dicho si hubiera leido el cap. 3 y 8 del Eclesiastés. La secta de los académicos fué muy celebrada en Atenas, y aun Carneades la leyó en Roma con grande aplauso. No me agrada este modo de filosofar, porque aunque es verdad que es muy dificultosa de encontrar la verdad, pero no imposible como defienden los escépticos contra los académicos. A Pyrrhón siguen en su modo de filosofar todos los médicos que por mal nombre llaman empíricos. Jamás he dudado yo de Hipócrates que fuese de otra secta, ni para ello es menester más prueba que la que trae en este aforismo: *iuditium difficile.*

12. Supuesto todo esto, respondo en favor de la secta empírica diciendo: que además de ser locura lo que proponen los dogmáticos racionales, tengo por soberbia lo que discurren. Infelices empíricos, pues no les alcanzó la dicha de Virgilio:

Fœlix, qui potuit rerum cognoscere causas.

Pero pregunto, que á la verdad no lo sé: ¿qué querrán decir los de la secta dogmática racional, que no puede curar bien el médico que no tuviere conocimiento evidente de las causas así ocultas como manifiestas? ¿Y lo mismo de las acciones naturales y de las partes interiores del cuerpo humano? Porque si es así, como ellos confiesan, desde luego te aseguro que me iré de este mundo con gran desconsuelo, por la poca Filosofía y Medicina que he sabido mientras he vivido en él: pues jamás he podido averiguar, mal dije, rastrear, en qué consista la esencia de un sabañón ni menos su curación. Sólo tendré el consuelo, que tampoco lo supo Othón Taquenio, como lo confiesa en su libro de *Morborum principe.*

13. Fuera de gran sentimiento para los pobres filósofos escépticos y médicos empíricos, si lo contrario no se pudiera probar con autoridad así divina como humana, con razón y con experiencia. Vaya lo primero con autoridad divina, probando que son delirios todo lo que acerca de esta materia discurren, así filósofos como médicos racionales, en su Filosofía y Medicina, si piensan que tocan las cosas como son. Después de haber asentado por notable el Eclesiastés, en el primer capítulo: *Cunctæ res difficiles, non potest homo eas explicare sermone,* le veo empeñado en estudiar de día y de noche, en el cap. 8, pues dice así: *Et apposui cor meum, ut scirem sapientiam, et intelligerem dissentionem, quæ versatur in terra* (que sin ser violenta la interpretación habla de los

dogmáticos racionales) *est homo, qui diebus, et noctibus somnum, non capit oculis.* Y bien, qué sacó Salomón de todo este desvelo? Lo que confiesa al fin del cap. 8: *Et intellixi, quod omnium operum Dei nullam posit homo invenire rationem eorum, qua sunt sub sole* (reparen en él, *sub sole*, no sea que interpreten el texto con alguna interpretación escolástica, como acostumbran los aristotélicos) *et quanto plus laboraverit ad quærendam, tantominus inveniat: etiam si dixerit sapiens se nosse non poterit reperire.* Vaya otro texto del mismo Eclesiastés en el capítulo 3, por si acaso dan alguna interpretación, como acostumbran al primero. Dice así: *Vidi aflictionem, quam dedit Deus filijs hominum, ut distendantur in ea. Cuncta fecit bona in tempore suo, et Mundum tradidit disputationi eorum, ut non inveniat homo opus, quod operatus est Deus ab initio usque ad finem.* Son buenos textos estos para que los dogmáticos racionales persistan en su tema de dar razones evidentes de todas las cosas que en Filosofía y Medicina fueren preguntados? Y sobre todo, que el médico que ignorare esto no podrá curar sus enfermos, como dice Celso, refiriendo su doctrina: *Neque enim credunt posse eum scire, quomodo morbos curare conveniat, qui unde hi sint ignoret?* Reparo sólo en las palabras con que va dando fin á este capítulo el Eclesiastés: *cuncta subiancent vanitati.*

14. San Agustín fué muy afecto á la doctrina de los escépticos, como se colige de varias partes de sus obras. Y no sé yo que á los dogmáticos racionales les favorezca el Santo tanto como ellos piensan. En unos fragmentos que dejó el Santo se hallan estas palabras: *Ad cætera exercemur per fortasse, ad cum de rebus fidei agitur ibi est certe sine forte.* En esta cláusula está contenida toda la filosofía de los escépticos, y no sé yo que los dogmáticos estén muy contentos con ella. Busquemos ahora otro texto, por si acaso el Santo se explica más. Comentando San Agustín el vers. 3 del Salmo 85, dice así: *Non vides quanta homines patiantur sub Medicorum manibus spem incertam homini promitentium?* Repara en la palabra *incertam*, que San Agustín bien sabía lo que daba la Medicina de sí. Prosigue el Santo: *Sanaberis dicit Medicus, sanaberis, si securo et homo dicit, et homini dicit. Nec qui dicit certus est, nec qui audit.* Qué bueno es esto para algunos médicos que conozco, los cuales á la primera junta dicen que ya está conocida la esencia de la enfermedad. Pero la razón con que lo prueba el Santo, es como suya: *Quia illi dicit homini qui non fecit hominem, et non perfecte scit quid agatur in homine: et tamen ad verba hominis nescientis quid agatur in homine* (cuidado, dogmáticos racionales) *credit homo subdit membra ligari se patitur, aut plerumque etiam non ligatus secatur, et uritur: et accipit forte salutem paucorum dierum iam sanatus, quando moriatur ignorans: et fortasse dum curatur, moritur: et fortasse curari non poterit.* Adónde está la evidencia de los dogmáticos racionales con tanto adverbio *fortasse?* Pero el

Santo, riéndose de ellos, concluye: *Cui autem promissit Deus aliquid, et fefellit?* Dando á entender que sólo Dios sabe las cosas; los demás, así filósofos como médicos, todos andan tentando la ropa.

15. Veamos si en otra parte se explica más el Santo. En el lib. 21 de *Civitate Dei*, capítulo 4, se queda atónito San Agustín de ver dos efectos tan encontrados como en sí contiene la paja, pues madura la fruta y no permite que la nieve se derrita. Son las palabras del Santo: *Quis paleæ dedit, vel tam frigidam vim, ut obrutas nives servet; vel tam fervidam, ut poma immatura maturet?* Un amigo mío, muy docto así en Filosofía como en Medicina, me preguntó en cierta ocasión qué sentía en orden á las cualidades ocultas. Acuérdome que le respondí con la autoridad del Santo, y me replicó diciendo que no era maravilla que San Agustín no supiese dar razón de cómo la paja producía dos efectos tan contrarios, por estar en su tiempo la Filosofía en mantillas. Para más confirmación suya, añadió que tampoco el Santo supo que hubiese antípodas. Y así, que no le hacía fuerza la autoridad, cuando en nuestros tiempos la Filosofía estaba en otra altura por lo mucho que los naturales habían adelantado y descubierto. Respondí en favor del Santo diciendo: si yo probare con el mayor filósofo natural que han conocido todos los siglos (por lo menos yo no sé que haya otro), que la autoridad de San Agustín se queda en su fuerza y vigor sin poderla desatar, ¿qué me dirá v. m.? Pues oiga á Roberto Boyle, que tenía bien calados á los dogmáticos racionales y en particular á los médicos. Toma por su cuenta Boyle en su *Tentamine Phisio Logico*, el volver por los filósofos escépticos y médicos empíricos, y dice que le hagan esta pregunta á un médico dogmático racional: por qué el ruibarbo detiene una diarrea? Pongo sus palabras, que lo dicen más bien: *Si quis a Medico postulet unde fiat, quod rabarbarum diarrheam conpescat verisimile est illum responsurum ideo in hoc morbigenere prodest rabarbarum, quod tum laxativa facultate polleat, qua bilem flavam morbi huiusce causam expurgat: tum etiam adstringente, qua fluxum sistere comparatum est.* Hasta aquí bien responderá (dice Boyle) cualquier dogmático racional; pero si le vuelven á preguntar ¿por qué purga la cólera más que otro humor? Bien puedes estar seguro (dice Boyle) y apostar lo que quisieres, que no te ha de saber responder: *Si vero ulterius* (prosigue) *quæratur, quare rabarbarum purgat bilem præ alio quobis humore, e corpore humano exterminet, tuto pignus maxime in æquale depossueris, eum apte non esse responsurum.* Con que el decir que San Agustín no sabe desatar la duda de por qué la paja produce efectos tan contrarios, porque en su tiempo se sabía poca Filosofía, es respuesta frívola, cuando Roberto Boyle, que es el príncipe en Filosofía de nuestros tiempos, no sabe decir por qué el ruibarbo purga la cólera más que otro humor.

16. Probemos todo esto ahora con autoridad de los mismos médicos

dogmáticos racionales (*ad hominem*, como dicen los filósofos), y sea el primero Hipócrates, supuesto que quieren que sea dogmático. En el libro de *locis in homine*, no parece que Hipócrates favorece la secta de los dogmáticos racionales tanto como ellos piensan, pues dice: *Ars Medica fieri nequit ut cito addiscatur, propterea quod in ea firma aliqua doctrina tradi non potest.* Si con esta confesión se prueba que Hipócrates era de la secta de los dogmáticos racionales, desde luego digo que Celso no tiene razón en levantarles un falso testimonio á los de esta secta, como que para ser dogmáticos se requiere que tengan: *Abditarum, et morbos continentium causarum notitiam.* El caso es que en cada hoja de los libros de los dogmáticos racionales se hallará escrito: *Unam quanque causam prius abscindere oportet, etc.* Y luego, *cum vero recte curaturum, quem prima origo causae non fefellerit.* Verulamio, primer socio y fundador de la regia Sociedad Anglicana, enfadado de Galeno de ver que toda la vida gastó en la inquisición de las causas, no rehusa decir de él: *Virum angustissimi animi, vanissimum causatorem, desertorem experientiae.*

17. El autor que más ha favorecido la secta de los dogmáticos racionales, y se ha levantado entre los médicos por príncipe de ella, ha sido Claudio Galeno; pues no se conoce otro que con más empeño haya sabido defender dicha secta. En medio de todo esto dice en el libro 3 del Método, cap. 7: *Si profiterer scire temperamentum individui determinate, crederem. Me esse qualem ego arbitror fuisse Apollinem, et Esculapium.* Y luego añade: *Ideo crasim, id est propiam temperaturam cuiuscumque recte cognoscere, non est humani intellectus: propterea Antiqui recte hanc notitiam tribuerunt Apollini, et Esculapio.* Responden comunmente á estos textos, y también á los antecedentes, que Salomón, los Santos Padres y Galeno, hablan de conocimiento intuitivo, esto es, conocer las entidades por sus causas y como ellas son: lo cual en este mundo á nadie se concede. Bien está, pues ahora te pregunto: ¿en qué se distinguen los médicos y los filósofos dogmáticos racionales de los médicos empíricos y filósofos escépticos? Porque si la verdad (como confiesan los que la buscan) *delitescit in profundo Abderitæ puteo*, tan oculta está en el pozo, así para la secta empírica como para la dogmática, y por consiguiente, así unos como otros se quedan dentro de los lindes de la probabilidad; y por último, lo mismo será una secta que otra, supuesto que todos andan tentando la ropa; no obstante eso, siento que hay gran distinción entre las dos sectas: porque los dogmáticos racionales (habiendo confesado que no se puede llegar á la verdad ó esencia de las cosas como ellas son) con voces y gritos dicen que se acercan más á la verdad que los empíricos y los escépticos: pues no tienen habilidad para saber dar cuatro gritos en busca de ella.

18. Valles, tan docto como confiesan todas las naciones, y que sin

hacer agravio á la suya le dan la primacía sus médicos, y algunas veces se pasan más allá, habiendo comentado muchos de los libros de Aristóteles, de Galeno y de Hipócrates, con el acierto que saben los que le tienen visto bien y estudiado, confiesa en el proemio de su Filosofía Sagrada, que ha gastado la mayor parte de su vida en opiniones filosóficas y médicas; pero que hallándose ya en los últimos tercios de su vida, le parece conforme á razón el dejar tanta opinión, y dedicarse á buscar la verdad, la cual no se halla en otros libros que en los Sagrados. Dice así: *Quare huic lectioni consecrare senectutem æquum est putare, scripta esse mihi hactenus ad philosophica ad opinionem, hæc autem scribi ad veritatem.* Bien sabía Valles lo que daban de sí las opiniones de los filósofos, y así echó por otro camino (que fueron los Libros Sagrados), que aunque más arduo, pero más seguro para poder encontrar lo que buscaba, que era la verdad, llega á escribir el cap. 65 de su Sagrada Filosofía, en que se empeña en dar á entender, así á filósofos como á médicos, lo poco que en este mundo se sabe. Para esto escoge el primero, tercero y octavo capítulo del Eclesiastés, por si con lo que Dios dice en ellos puede persuadir á filósofos y médicos, que abatan sus pensamientos, y que consideren, como dice Galeno, que la verdad: *est inventu difficilis*, y Demócrito: *veritatis nulla est cognitio.*

19. Después de haber ponderado Valles lo que Dios nos aconseja y desengaña por el Eclesiastés, en los tres capítulos citados, refiere las tres sectas más célebres de filósofos que ha conocido el mundo, que son la de los escépticos, académicos y dogmáticos racionales. Refiere con alguna dilación el modo de discurrir de cada una de ellas, que por haberlo yo referido antes en compendio, me parece superfluo el volverlo á repetir. Dice Valles que las dos sectas, que son las de los escépticos y académicos, confiesan que no se puede saber cosa en este estado de viadores. Voy hablando siempre en lo natural: sólo reparo en lo que dice Valles en favor de ellas: *Quibus plurimum videtur astipulari præscripta verba Ecclesiastes.* No obstante esto, si te pareciere arduo el modo de filosofar de estas dos sectas (y que parece que Valles no las menosprecia, supuesto que confiesa que son conformes al Texto Sagrado), te doy licencia que persistas en la de los dogmáticos racionales, y que te hartes de dar razón de todo lo que fueres preguntado; ya que los escépticos y los académicos tienen tan poca habilidad, pues no saben con certidumbre decir si la miel es dulce ó la nieve es blanca.

20. Pero sepamos en esta confusión de cosas qué siente Valles. No sé que sea fácil el definirlo, supuesto que ambas sectas, así la de los escépticos como la de los dogmáticos racionales, las condena. Vuelve otra vez á leer el cap. 7 del libro 3 de su Método, y verás cómo trata de insolentes á los dogmáticos y de fatuos ó pasmados á los escépticos. Y así, viendo que estas dos sectas la una peca en carta de más y la

otra en carta de menos, se mete en el medio, que así lo dice y aconseja: *incedit medius.* Pero con licencia del Sr. Valles, no me agrada este modo de filosofar; y si no pregunto: para qué, comentando el cap. 3 del Apocalipsis, vers. 15, *Utinam frigidus, aut calidus esses, etc.*, condena á los tibios? Que á mi modo de entender, vienen á ser los medios entre calientes y fríos. Y después se explica diciendo: *Tepidos vero vocari remissæ cuiusdam, et imperfectæ virtutis homines, hosque vituperari plus alijs, non quod utriusque sint deteriores, sed quod sua mediocritate decepti, minus solent respicere, et ad perfectam virtutem aspirare.* Calientes ó fríos, como aconseja el Apocalipsis, no medios ni tibios, ó escépticos ó dogmáticos, pues no hay medio entre las dos sentencias.

21. En medio de todo esto, no se atreve Valles á declararse dogmático racional, pues afirma en el capítulo citado: *Atqui ego ita statuo: Nullius substantiæ habere possumus per se se notitiam, quam vocant intuitivam, quia nulla via est ad intellectum, nisi per sensus: Sensus vero patibiles tantum percipiunt qualitates. Accidentium haberi potest notitia per se: Sed ob instabilem sensuum, et sensibilium naturam, et sentiendi modum, nunquam exacta.* Bien se conoce la impresión que hicieron en Valles los Textos Sagrados, pues confesándose discípulo de Hipócrates y de Galeno, que son las cabezas en la Medicina dogmática racional (si bien de Hipócrates yo lo dudo), no se atreve á romper contra los escépticos, antes bien, como se ve en este texto, confiesa y da por verdadera su doctrina, pues el tema de los escépticos no consiste en más que en confesar que el entendimiento humano no tiene fuerzas, *pro hoc statu*, de conocer las cosas como son. No pára en esto, más se explica: *Eorum vero, quæ in opinione versantur, cuiusmodi sunt omnia Phisica problemata constet, nullum prorsus sciri posse, quia si quodpiam illorum sciretur, accedente scientia tolleretur omnis opinio, sublata omni obscuritate, et incertitudine, quæ non possunt abesse ab opinione.* Prosigue Valles: *Non solum autem, non est hactenus comparata scientia Phisicarum assertionum, sed ne comparari quidem potest, quia Phisicus non abstrahit a materia.* Y después: *Itaque Phisicus, quantumvis laboret, non potest suarum theseon scientiam comparare.* Con que en sentir de Valles, todas las dudas físicas y médicas se quedan en opinión? Y por consiguiente, así el físico como el médico, no pueden dar razón firme, ni menos tener conocimiento claro de la entidad más ínfima contenida en lo sub-lunar?

22. Pero yo quisiera saber de Valles, supuesto que así escépticos como dogmáticos, todos militan debajo de opinión, qué distinción hay de la una secta á la otra. Ya lo dice inmediatamente: *Non tamen debet* (habla de los dogmáticos) *more Pyrrhoniorum dubitare de omnibus, sed probabilioribus assentiri.* Me pesa que el buen Valles les haga tan poca merced á los escépticos y á los médicos empíricos que se gobiernan por su modo de filosofar, pues los considera tan insensatos que no tienen

habilidad de elegir lo que más bien les parece, cuando los animales irracionales con su instinto natural, propuestos dos objetos diversos, saben elegir el uno y dejar el otro. Además, quién se ha de persuadir á que el lumen *rationis*, más claro, á que la Lógica Natural que Dios tiene repartida en los individuos de la naturaleza humana (en unos más y en otros menos) para buscar la verdad, solamente se halle en los dogmáticos racionales con perfección, porque disputan de todas las cosas, pareciéndoles que con esta vocería se encuentra más bien la verdad, y con eso eligen la opinión más probable; que eso quiere decir Valles, *probabilioribus assentiri*. No señor, la verdad no se encuentra con voces: más bien encontraban los escépticos con la probabilidad de las cosas callando y contemplando, que los dogmáticos con sus silogismos y enthimemas. Y lo mismo digo de los médicos empíricos con sus experiencias. Y así el gran Canciller de Inglaterra decía bien en Filosofía y Medicina: *Non fingendum, aut excogitandum, sed inveniendum, quid natura faciat, aut ferat.* Más: que si una doctrina, en sentir de Valles, es más probable que otra, porque tiene *ab extrinseco, et ab intrinseco* más fundamentos, más probable la harán en Filosofía los escépticos que los dogmáticos racionales; pues estos la hacen probable con la autoridad de muchos que es *ab extrinseco*, y con la razón que es *ab intrinseco;* y los escépticos se ríen de todo esto, pues con la experiencia falsifican todas las razones y todas las autoridades. Lo mismo digo de los médicos empíricos, pues menospreciando cuestiones infructíferas buscan experiencias (menospreciando la lógica de Aristóteles) porque saben que con ellas se acercan más á la verdad (aunque pierdan la esperanza de poder llegar á ella), y hacen así escépticos como empíricos más probable su doctrina que los dogmáticos racionales; pues contra la experiencia no hay dispuestas, y en particular, si va acompañada de razón (como se supone), la cual nadie se la niega á los escépticos ni á los empíricos, sino es que quiera Valles el que los escépticos y los empíricos no usen y se valgan de la lógica natural que Dios les infundió.

23. Julio César Escaligero, que en materias naturales fué de los que más se adelantaron, se ríe de las sutilezas de Cardano y de los que presumen dar razón de todas las cosas. En la excitación 3,025 confiesa que no sabe en qué consista el color, y dice así: *Ergo quid sit color haut facile est definire.* Y prosigue: *latet enim natura hæc, sicut, et aliæ rerumspecies in profundissima caligine inscitiæ humanæ.* Pudiera ampliar este punto con la autoridad de muchísimos hombres doctísimos de nuestra profesión, los cuales, desengañados, confiesan lo poco que en este mundo se sabe. En medio de todo esto, no quiero pasar en silencio (por serle muy afecto) la autoridad de Tomás Sydenham, el cual confiesa que no sabe dar razón de por qué la grama está verde todo el año. Mas dice, que al que se la diere, *Erit illi magnus Apolo.* En donde más se expli-

ca, es en una carta que escribe á Guillermo Cole, su amigo, en donde dice: *Quamvis enim si mentem serio aplicuerimus, quid de facto agat natura, et quibus in operatione sua utatur organis deprehendere valeamus: modus tamen quo illa operatur mortales, aut ego fallor semper latebit. Neque hoc mirum est, cum longe (immo supra omnem humanum captum longe) credibilius sit nos misselos homuntiones ab illustri vitæ lucisque regione exulantes, methodum, qua in fabricanda machina usus est sapientissimus Artifex, capere nullatenus posse.*

24. Pues en verdad que Julio César Escaligero buen peripatético era, y Tomás Sydenham bastante Filosofía moderna sabía; y en medio de todo esto, ni el uno sabe decir en qué consista el color, ni el otro por qué la grama está verde todo el año. No obstante, no pueden creer los dogmáticos racionales, que hombres que tan aprisa se rindan á las dificultades sean buenos filósofos. A la verdad, en parte, yo los disculpo, porque como su modo de filosofar no consiste más que en dar voces y gritos, queriendo probar todas las cosas con silogismos y enthimemas, el que no prueba las cosas así (que es á su modo), le bautizan de ignorante y de poco filósofo. Bravo modo de buscar la verdad es éste. Ahora bien, quieres saber de una vez cómo son estos dogmáticos racionales, y cómo gastan el tiempo en busca de la verdad? Pues ten un poco de paciencia y verás cómo Pedro Gassendo te los pinta en un Tratado que hace y le intitula: *Exercitationes paradoxicæ adversus Aristotoleos: Exercitatione*, 1, párrafo 3. Dice así: *Et Certe cum propositus germanæ Philosophiæ scopus fuerit veritatem nosse illaque cognita fruendo bene beateque vivere: isti alium finem invexerunt, disputandi peritiam: efeceruntque Philosophiam, non virtutis oficinam, sed seminarium commentationum, quibus foberent altercationes. Hinc iam de illo queritur, qui Philosophiæ operam dedit, non quam probus, et honestus sit: sed quam egregius Disputator. Is enim tum demum habetur excellens Philosophus qui seu aggredi oporteat, adversarium strenue deijcit: seu defendere sit necesse, nullis machinationibus a statione dimovetur. Atque hæc quidem causa est, cur isti tum credant se decerpere uberrimos Philosophiæ fructus cum publice theses opugnare, propugnareve potuerint: et in communi etiam consuetudine ostentare se disputabundos, argumentis ubique in forma, et figura propositis. Equidem non diffiteor, quin ad detegendam veritatem faciant privati illi congressus, qui semotis arbitris, se positis affectibus, amandataque captione auræ popularis sic placide instituuntur, ut purum sit veritatis studium: Et unde quaque maior quædam similitudo veri afulgeat, colloquentium quisque non detrectet a sententia discedere. At vero tamen sic congredi, ut disputationes fiant publica quædam spectacula, ut Populus spectator accedat, utque dominetur ardor unicus vincendi, et numquam cedendi: hæccine potest esse vera veritatis inquisitio? Credibile sane est veritatem, si adesset, sese subducturam: veritam nempe ne prophanaretur ab hisce frontivagis præclare enim Mimographus nimium altercan-*

do, inquit, veritas ammititur. Germanum illius studium (que es la de los escépticos) *quæ vera est Philosophia, compositum, placidumque est: potestque comparari Nilo, qui ut lene fluit, sic cunctis amnibus extat utilior: Et vero in publicis illis, theatricisque congresibus ita fervere animos videas, ut parum absit sæpe numero, quin, et faces, et saxa volent, furore arma ministrante.*

25. Prosigue Gassendo la descripción de los dogmáticos racionales: *Pulchra porro histronia! In qua videre liceat spetimen aciei bene institutæ: ut in qua primum eminus certetur deinde cominus confligatur. Pulchrum inquam spectaculum! in quo videas insurgentem giris, et circuitionibus post dimidiam tandem horam difficultatem attingere, quæ a principio poterat uno verbo perspicue proponi. Sed nimirum ille iam solers Philosophus non habetur, qui media, ut ipsi loquuntur, non atexit medijs: et quam difficultatem posset paucis verbis expedire, non protrahit ex meridie inserum, usque crepusculum. Hinc fit (quod est longe gravius) ut ubi nodus difficultatis propositus, solutusque est exibiletur Aggrediens, qui non posit adhuc aliquid moliri in contrarium, aferreque novam instantiam adversus factam solutionem. An non dicas bellum prorus esse susceptum contra veritatem? Sed, et gravissimum videtur, quod is, qui opinionem quamdam substinendam proposuit quamtumcumque se urgeri a veritate sentiat, turpe ducat, si cesserit, et palinodiam canere cogatur. Quæ vota proinde non covet, ut quacumque tandem ratione elabatur in columis? Quasi vero, ut decipi posse humanæ est imbecilitatis: ita non sit valde ingenuum recantare, si quid prave opinatus fuerit, et bona fide agnoscere dareq; manus meliora suadenti? Et ille tamen potius effutiet quidquid in buccam venerit quam ut cessisse videatur, Hocine autem queso est veritatis ergo tantum disputare? Quis vero cachinnos cohibeat? Ubi viderit quempiam horum Decertantium ad extrema omnino redactum, clamoribus adhuc conturbare omnia, sive etiam scommatibus divertere mentes Auditorum, ut aplausus interea fiat, et quo ardentius exitum plausumque expetierit, eo impensius fingere se ægre ferre discessionem. Sane si vel minima interea responsionis ocurrat speties,* attendite, *inquiet,* difficultas optima est: hic est nodus difficultatis. *Vel certe, si alius videatur augere difficultatem, pauloque fusius rem explicet* ad rem ad rem, *inquiet,* cathegoricæ procedamus. *Quod si uter vis Adversarium, ut cumque exturbaverit: ecce illico intumescet, quasi hidram debelarit, sicque totam Scholam despiciet, quasi in mucoso illo cæteros omnes devicerit, subegeritque pedibus Universitatem generis humani?* Estos son los dogmáticos racionales: ésta es la secta que inventaron Chrisipo y Aristóteles para buscar la verdad, y ésta últimamente es de la cual se queja San Jerónimo (citado por el Padre Benedicto Justiniano, comentando la epístola de San Pablo ad Colocenses, al capítulo 2, vers. 8), con estas palabras: *Omnia Hereticorum Dogmata cum frigeant, et volare non possint, sedem sibi, et requiem inter Aristotelis, et Chrisipi spineta reperere.* Dejo el pincel y vuelvo á la pluma.

26. Pruebo ahora con cinco ejemplos, que es el mejor modo de argüir, supuesto que Salomón así nos lo enseña: *Exemplo didici disciplinam*, que la secta de los dogmáticos racionales es falsísima en decir que para ser un médico perfecto es menester tener conocimiento de las cosas y de las causas como son, y que de otra manera no puede curar bien. Son las palabras de Celso ya referidas: *Neque enim credunt posse eum scire, quomodo morbos curare conveniat, qui unde hi sint ignoret.* Todos sabemos ya cuán grande invención ha sido la de la pólvora, pero hasta ahora (por más que se han desvelado los naturalistas) nadie ha sabido con certidumbre dar razón (dejo la probabilidad, que eso es tentar la ropa) del efecto tan maravilloso que resulta de las tres entidades que la componen, v. g., carbón, azufre y salitre. Los cazadores, coheteros y los militares (sin ser escépticos) están contentos con el efecto riéndose de los que se aporrean en quererlo averiguar.

27. Vamos ahora á la Triaca tan celebrada de sus inventores y del vulgo. Esta composición ó antídoto se compone (cuando menos) de sesenta y tres simples. Y así yo hago juicio que ningún boticario, sino es que tenga memoria local ó haya tomado la anacardina, los pueda saber de memoria: miren qué será, si le preguntan qué resulta del montón de entidades entre sí tan diversas. Pero dirán: si el primer inventor que tuvo (ora fuese Galeno ó Andromaco) no lo supo, cómo lo ha de saber un boticario? Galeno, viéndose perdido y que con sus cuatro cualidades no podía ajustar el modo de obrar de la Triaca, echó por otro camino y dijo que: *operabatur a tota substantia.* Pero el caso es que hasta ahora ninguno de sus comentadores y discípulos han podido saber qué quiso decir Galeno con estas palabras. Lo bueno es que los que así se explican huyen y tienen por mal modo de filosofar á los que se explican por cualidades ocultas, y ellos se explican con voces y términos tan ocultos, que las mismas cualidades. Aténgome á los empíricos, los cuales, sin aporrearse ni quebrarse la cabeza, se valen del buen uso de la Triaca, que es lo necesario: y más que lo haga el gas ó el Blas de Helmoncio, el salsulfur ó mercurio de los químicos ó los ácidos y álcalies de Taquenio, supuesto que no pueden ser verdaderos todos los modos de filosofar, ni menos sus principios.

28. El tercer ejemplo es el de la piedra imán, con la cual los navegantes se gobiernan de polo á polo, sin haber podido averiguar los mayores ingenios la causa de tan soberanos efectos. No arguyo contra los que lo han intentado, pues como dicen comunmente: *in magnis voluisse sat est.* Si contra los que piensan que porque encontraron con alguna razón probable, nos quieren hacer creer que es demostración, riéndose de todo esto los pilotos, pues mejor gobiernan ellos un navío por los efectos, que es la experiencia, que los filósofos por sus causas.

29. El cuarto ejemplo es tomado de Teofrasto Paracelso. En todos los siglos no se ha conocido artífice más relevado en materia de remedios que dicho autor, pues hasta ahora nadie se ha paseado por los tres reinos que más bien los haya sabido registrar. Y así los espagíricos (que son los que mejores arcanos y remedios específicos menean) le reconocen por príncipe de la química. En medio de todo esto dice Roberto Boyle que el ingenio en lo especulativo no era de los más perspicaces: y así se ve el poco cuidado que pone en sus obras en averiguar si sus remedios ó curaciones concuerdan con las filosofías que andan por el mundo. Y si no dígalo Tomás Erasto y Juan Cratón, médicos áulicos del emperador de Alemania, pues sabemos que curaba más bien que no ellos, sin ser dogmático racional: y que sabemos que los trajo á mal andar sin silogismos ni enthimemas, como lo demuestran las apologías que contra él escribieron dichos autores. Miren qué argumento éste contra los dogmáticos racionales, empeñados en conocer todas las cosas como son.

30. Sea el quinto ejemplo los polvos de Cuarango ó Quina, Quina vulgarmente llamados. Febrífugo tan eficaz, que por más que los médicos lo elogien se quedan siempre cortos: pues á vista de ellos todos los demás que el arte y el tiempo han descubierto se quedan muy atrás: esto se entiende en las calenturas intermitentes, que en las demás Dios sabe lo mejor. Son muchos los autores que han tomado la pluma para averiguar el modo de obrar de este medicamento: no los refiero por no ser molesto. Lee entre tanto á Ricardo Morton, el cual trae en compendio las sentencias más célebres de los autores que más parece que se han llegado á la verdad. Ricardo Morton, con muchos médicos ingleses, son (á mi parecer) los que más se han acercado á ella, por decir que su modo de obrar no es contra los humores; sí contra los espíritus, ahora sean animales ó vitales. Pero les falta mucho que probar así á Morton como á los demás ingleses contra Georgio Encio Bachio, y Escaligero, los cuales no admiten tales espíritus en el cuerpo humano: y que los tres autores saben defender bien su ropa. Pues si esto es así, para qué es gastar el tiempo en averiguar lo que no se puede saber, cuando, por otra parte, sin saber cómo dichos polvos obran, se quita una cuartana ó una terciana. Válgate Dios, por dogmáticos racionales que todo lo quieren saber, sin considerar que les dice Dios: *Noli amplius sapere, quam oportet sapere.* A mí me parece que fuera soberbia, ó á lo menos locura, que al que dándole cien doblones se pusiera muy despacio á averiguar la esencia del oro, cuando por otra parte sabe de cierto, que con los cien doblones se come, se bebe y se viste. Y de quererla averiguar se queda pobre en la calle, como se han quedado muchos químicos por haber hecho semejantes boberías. Señor mío, el oro y la Quina nos la dió Dios para que usáramos de ello,

mientras estamos en este mundo nada más, y lo demás es altivez y querer saber tanto la criatura como el Criador.

31. Pero dirán los que gastan el humido radical en averiguar las cosas cómo son, que ellos no quieren saber las esencias de las cosas porque ya conocen que eso es empeño muy arduo. Pues digo que en tal lance todos somos escépticos y empíricos, porque los empíricos y los escépticos no quieren saber más que lo que basta para el uso humano, dando por supérfluo todo lo demás. Señores dogmáticos: desengañémonos que todo lo que no es saber por demostración, no es saber. La demostración la define Aristóteles, y con él todos los dialécticos: *Est syllogismus ex præmissis certis, veris, et evidentibus, et quod aliter se habere non possint.* A ver, pues, ahora, si algún dogmático racional ha encontrado con alguna demostración, y que la tal *aliter se habere non possint.* A lo más que puede llegar el entendimiento humano, es á saber hacer un silogismo necesario; y el que tal hiciere, no tendrá poca habilidad, pues concedida mayor y menor en Bárbara ó en Darij, la consecuencia por fuerza se ha de conceder, sino es que sea terco. Pero está muy lejos de ser demostración dicho silogismo. No obstante esto, todos los que hacen empeño de no admitir cualidades ocultas que son los más de los dogmáticos racionales, hacen empeño también de responder y desatar cualquier problema por dificultoso que sea: y así asientan por primer notable en su secta, en que en cualquier acto literario que se hallen (en particular si hay mucho vulgo), que no se ha de dejar de dar gritos, lo uno; lo otro, que aunque sean desatinos lo que se responde, se ha de continuar con ellos: que por último, siempre son más los que no lo entienden que los que lo entienden; y el vulgo siempre definió las disputas y las contiendas por los que más gritan y no se dan por vencidos. Acuérdome que en cierta ocasión un escolástico de los grandes que tuvo el siglo pasado en Teología, arguyendo en un teatro un argumento que debía de tener poca fuerza, si bien con sus voces lo animaba, le dijo otro teólogo de no menos literatura, que no prosiguiese, que era falso lo que argüía. Respondió con el desahogo que acostumbran algunos dogmáticos, que él no argüía para buscar la verdad, sino para defender su doctrina. De esto hay mucho entre los de esta secta; y aunque la verdad la busque Malebranche en su libro *de inquirenda veritate.*

32. Me parece que tengo probado bastantemente con autoridad divina y humana, y también con ejemplos, que son más fuertes que la razón, que sin tener el conocimiento que requieren de las cosas los dogmáticos racionales, se pueden curar bien las enfermedades. Voy á probar ahora todo esto con la experiencia. Algunos piensan que no hay más Medicina que la dogmática racional; y esto es un desatino, pues había de haber dejado Dios con su alta Providencia la América,

el Asia y el Africa sin ella, cuando el Eclesiástico dice al cap. 38: *Altissimus creavit medicinam de terra, etc.* No señor, vuelvo á decir que es desatino el pensar que sólo los europeos, que son dogmáticos racionales, ellos solos saben Medicina. Celso, en el proemio de su obra, ya se hace cargo de esto, pues dice: *Hæc nusquam quidem non est: siquidem etiam imperitissimæ Gentes herbas, aliaque prompta in auxilium vulnerum, morborumque noverunt.* Además, si la tiene concedida á los animales irracionales que no le conocen (y tal vez de quien los racionales la han aprendido) por qué se la había de negar á la naturaleza humana (aunque habite en las riberas del Marañón) después de quererla tanto: *In finem dilexit eos.*

33. Todo el encono de los dogmáticos racionales contra los pobres empíricos, consiste en que ellos dicen que tienen conocimiento de las causas de las enfermedades; y así, que sus curaciones no pueden dejar de tener buen éxito, á distinción de los empíricos, que no cuidan de saber *in quo consistat morbus*, ni menos de las causas que lo producen: y por consiguiente, que si curan algún enfermo es *a bona fortuna.* Pues ya que me haces decir, oye dos ejemplos, el uno de Hipócrates y el otro de Galeno, supuesto que á entrambos los veneras por príncipes de la secta dogmática racional; y si me los desatas, te doy palabra de hacerme dogmático y dar á Barrabás la secta de los empíricos. En el libro 5º de las Epidemias (muy posible es que se te antoje el no admitir por suyo este libro, porque no te está á cuento), texto 26, dice Hipócrates: *Masiliensem plaustrum, onustum, etc.* (Así empieza la historia) que este enfermo estuvo diez meses curándose y que por último se murió, porque Hipócrates no conoció la causa de la enfermedad: *Fefelit nos huius corporis habitus biliosus*, es la confesión de Hipócrates. Pues por cierto que en diez meses lugar hubo para poder conocer la causa, y más siendo enfermedad de Cirujía, que se sujeta al sentido de la vista. En medio de todo esto confiesa Hipócrates que no la conoció; y que debía (dice) haberse curado al contrario de como se curó. Sólo con esta confesión me persuado que Hipócrates no es príncipe (como falsamente lo persuaden los que se precian de ser discípulos suyos) de la secta de los dogmáticos racionales, y esto por dos capítulos: el primero, si en sentir de esta secta no se puede curar bien, sin tener conocimiento de las causas de las enfermedades, cómo Hipócrates, siendo dogmático racional, gasta diez meses en la curación de este enfermo sin tener conocimiento de su temperamento? El segundo, ¿cómo puede ser dogmático Hipócrates, confesando por su propia boca que murió este enfermo por mal curado? Pues habiéndose de curar (como él lo confiesa) con medicamentos desecantes, se curó (por ignorancia de la causa) con humectantes, que fueron la causa de su muerte.

34. Ahora bien, ó este enfermo le curó Hipócrates con la doctrina

de los dogmáticos racionales, ó con la de los empíricos? Si dices que con la de los dogmáticos racionales le curó mal, pues le curó sin conocimiento de la causa como él confiesa: *Fefelit nos huius corporis habitus biliosus.* Si le curó con la doctrina de los empíricos (que es á lo que me inclino), gobernado por la filosofía de su maestro Demócrito, le disculpo (aunque él confiese como hombre ingenuo su yerro), pues se gobernó por el texto que dejaba escrito en el libro 1º *de humoribus: Coloratio corporis humoribus, si non sint refluí, similis efflorescit.* Que á esto alude Aristóteles en su Física: *Opinio, cui contradicit sensus, non est bona.* Y en otra parte: *Quærere rationem, et dimittere sensum infirmitas est intellectus.* Además, que Galeno bien define la experiencia (en quien está fundada la doctrina de los que por aquí caminan) *Memoria eorum, quæ sæpius visa sunt;* no dice *intellecta.*

35. Saco yo ahora esta consecuencia: luego es falso decir que los dogmáticos racionales, á distinción de los empíricos, curan las enfermedades con conocimiento de las causas, cuando Hipócrates, que es su príncipe (lo cual no creo), en diez meses, y sobre todo en materia quirúrgica, no pudo conocer el temperamento de este enfermo, y que se murió por mal curado: *Fefelit nos huius corporis habitus biliosus.*

36. Galeno, que hizo tanta ostentación de ser dogmático racional, pues no dejó empírico que no impugnase, después de haber gastado la mayor parte de su vida en averiguar las causas de las enfermedades, y esto con tanta nimiedad que le obliga á Verulamio á llamarle *Vanissimum causatorem*, cuenta en el libro 2, *de locis affectis, cap.* 2, que le acometió un dolor cólico de tan buen aire, que no quiso persuadirse, por la vehemencia del dolor, á que tal fuese: y así, viéndose tan molestado asintió á que era nefrítico, y que en algunas de las ureteras tenía atravesada alguna piedra. Mandóse echar una ayuda (á Dios te la depare buena) de aceite de ruda, y por el efecto conoció lo poco que daba de sí su medicina dogmática racional. Y dice Heredia el complutense en la disputa 7 de *morbis renum*, cap. 11: *Sic Galenus deceptus fuit in se ipso, putabat enim lapidem impactum ureterae esse: et iniecto oleo rutaceo suam ignorantiam agnovit, quia viscida pituita vitrea, non lapis, excreta fuit, et simul sedata molestia.* Pero quien más le asentó la mano y le dió á entender cuán corta era su medicina dogmática racional, fué Tomás á Veiga, portugués, comentando dicho texto, pues no rehusa el decir: *Galenus, qui in agnoscendis proprijs malis caecutivit, quid in alienis faceret?* Pues digo yo ahora: si los dogmáticos racionales andan tentando la ropa como los empíricos, ¿qué modo habrá para distinguir los unos de los otros? Yo te lo diré: sírvete de volver á leer el cap. 14, *de subfiguratione empirica*, que yo en compendio trasladé, y verás cómo Galeno los distingue, pues del empírico dice que era *Modestus*, y del dogmático que era *Furens.* Galeno lo dice, no me culpes á mí.

37. Digo pues ahora, volviendo á probar todo lo dicho con experiencia, que la Medicina dogmática racional no sale de la Europa, y si alguna vez sale no tiene la estimación que sus profesores piensan; pues en las tres partes del Orbe, los médicos que tienen (ahora los llames empíricos ó como se te antojare) curan más bien con la experiencia (sólo gobernados con la lumbre natural, si no quieres que tengan lógica) las enfermedades, que los médicos europeos con todo el arte silogístico de Aristóteles y los catorce libros del Método de Galeno. Lee á Linschotenio en su Itinerario, el cual, hablando de la célebre ciudad de Goa, Cabeza de Reino en el Oriente y sujeta á la Corona de Portugal, en donde asiste el Virrey y el Arzobispo, con ocasión de haber vivido allí algunos días dicho autor, hace conmemoración de sus médicos en esta forma: *Pagani isti Medici non popularibus saltem suis, et conterraneis medentur, sed Lusitanis quoque: quin et ipse Vice-Rex, et Archiepiscopus, cæterique Monachi, et Clerici maiorem in ipsis collocant fiduciam quam in conterraneis suis.* Que supongo que son médicos que han estudiado la secta dogmática racional ó en Salamanca ó en Coimbra. Que los naturales de la ciudad de Goa se curen con dichos médicos, no me hace fuerza; pero que el Virrey, el Arzobispo, clérigos, religiosos y portugueses pongan en ellos su mayor esperanza, me hace dudar que su modo de curar excede al nuestro en mucho, por más aforismos, métodos y prácticas que tengamos de Hipócrates, Galeno y Avicena.

38. El Padre Semedo, en su Historia de la China, part. 1, cap. 12, dice, hablando de los médicos de aquel vastísimo Reino, que son doctísimos, en medio que no conocen nuestra medicina dogmática racional. Dice que no sangran ni usan ventosas, ni jarabes, ni bebidas ni ayudas; sólo están contentos con el uso de las yerbas, raíces, frutos, semillas, etc. Del mismo modo dice Almeyda que curan los médicos del Japón. Lo que es digno de notar, es que en todos estos reinos, así del Japón como de la China y otros circunvecinos, no usan los médicos de medicinas compuestas, todas son simples: y no me parece que en esto van errados, pues Galeno, comentando este mismo aforismo, es del mismo parecer, pues dice: *Nam ut verum fateamur, et hæc difficilis est, et prope inexplorata, quando multa remedia adhibita fuerunt ægrotanti, et aliquod illorum in causa fuisse dicatur, ut æger, vel melius se habeat, vel deterius.* Esta es la razón fortísima porque los indios y los demás médicos, fuera de la Europa, tienen tanto conocimiento de los simples, porque como no los mezclan, sacan en limpio la virtud de cada uno: lo que no sucede en las composiciones, pues allí no se puede saber quién lo ha hecho. Y así Galeno, viéndose perdido en la composición de la Triaca por la gran caterva de simples que entran en ella, dijo: *Operetur a tota substantia;* y después busca quien lo haga.

39. Jacobo Boncio, doctísimo en la Facultad médica, y que escribió

un Tratado excelente de la medicina de los indios, dice que no tienen razón los europeos de llamar bárbaros á los indios orientales, pues en materia botánica exceden á los más nombrados que conocemos en la Europa. Así habla en el lib. 2, diálogo 7 : *Hinc etiam sit, quod homines cæteris rebus Idiotæ tam exactam herbarum notitiam et stirpium nanciscantur scientiam, ut si vel doctissimus Pavius nostri ævi Botanicorum Princeps e mortuis resurgens huc veniret, miraretur se ab hisce Barbaris doceri posse.*

40. No quiero probar todo esto (por no abultar de papel) con lo que trae Alpino de Egipto, Guillermo Piso en el Brasil y Nicolás Monardes en la América; pues todos tres confiesan que sin ser vista ni oida la secta dogmática racional, curan con más acierto en dichas partes los que ejercitan la Medicina que todos los europeos, por más diligencia que han puesto en colocar su Medicina en la altura que hoy conocemos. Oye solamente á Guillermo Piso, el cual há pocos años que dió á la estampa un libro del Método con que se gobiernan los médicos del Brasil; el cual en el principio del segundo libro comprueba así todo lo dicho: *Quemadmodum multa in tam crasa barbarie cruda, vel corrupta Arteque Hipocratica indigna reperiuntur, sic etiam non pauca utilissima antiquitatem redolentia: quod vel eruditissimos Medicos ad urnas medicinæ subijciunt, observanda occurrunt. Quippe cum multarum artium rudimenta, vel ab ipsis animantibus brutis (quibus benigna Mater Natura arte insignita in primis curandis morbis destitui noliut) ad nos redundare fatendum sit: Quis dubitat ab his mortalibus, licet remotissimis a dogmatica, et rationali medendi arte, non plurima nobilissima, at secreta remedia, atque antidota medendi morbos veteribus incognitos quotidie ad posteros derivari? Quibus paulatim ad manus traditis, et tandem quasi in succum, et sanguinem a rationalibus conversis Doctorum Scholæ, et libri superbiunt?* Déjolo, y aunque me llames empírico, por lo que los defiendo; pues á Valles le sucedió lo mismo componiendo su método, pues en el libro 3, cap. 7, se inclina tanto á la secta de los empíricos, que dice en satisfacción: *Scio non defuturos, quibus videar, cum rationali viæ insistere coegerim, nunc ad veterum Methodicorum dogma, atque ad Empiricam divertisse.* Lo que te aseguro es, que á Valles no le desagrada del todo la secta empírica, pues acaba el capítulo con estas palabras: *Incedit medius.* Bien es verdad (como en otra parte tengo ponderado) que no soy muy amigo de los neutrales, porque los tales ni son carne ni pescado: caliente ó frío, como dice San Juan en el Apocalipsis.

41. De lo dicho se infiere con cuán poca razón Paulo de Sorbait, comentando el Aforismo 52 del libro 2, prorrumpe con estas palabras contra la secta empírica: *Quod Empirici ad varia remedia confugiant, causa est, quod morbi naturam, temperamentum ægri, etc. Vel ignorent, vel non considerent: hinc tam turpiter errant, et si morbus curetur, non ijs, sed fortunæ, et naturæ robori adscribendum est.* Estoy empeñado en no ofen-

der en el menor ápice las canas de este buen viejo, que á la verdad merecía cuatro requiebros. O reprende Sorbait á los empíricos, que comunmente llamamos curanderos, ó embusteros, y que tanta cosecha hay en los reinos, indignos todos de que tomen en la boca la Facultad médica, cuánto más de ejercerla? ó reprende también á los que con primor y con arte la ejercieron antes de Hipócrates, y en los mismos tiempos de Hipócrates? Si Sorbait reprende á los primeros, nadie duda que tiene razón; porque estos son una canalla, gente descabezada, sin letras, sin juicio, y lo peor de todo, sin conciencia, más dignos de que los castigue la Justicia, que no que los reprenda Sorbait, porque estos no se enmiendan con palabras. Si á los segundos, digo: que no tiene razón, porque los fundadores de la secta empírica y muchos de los que la siguieron, fueron doctísimos, y por tales los impugna Galeno; pues no es de creer que Galeno impugnara una gente tan desbaratada como pinta Sorbait en dicho aforismo. Y si no, pregunto: quién fué Acrón Agrigentino? En verdad que son muchísimos los autores que le dan la primacía en la secta empírica, y que fué tan docto, que merece que el libro de *Veteri Medicina* (en quien está fundada toda la Medicina que se ha escrito el siglo pasado, y la que se escribe al presente) ande en nombre de Hipócrates siendo suyo. Lee los historiadores médicos y verás lo que te dicen sobre esta materia: y uno por muchos, á Miguel Emullero, el cual afirma que el libro de *Veteri Medicina* es de Acrón Agrigentino. Además, que Philino, contemporáneo del mismo Hipócrates, Serapión Alexandrino, los dos Apolonios, padre é hijo, Antiochenos, Menodoto y Sexto Empírico, con otros muchos, según cuenta Galeno, fueron doctísimos en la secta empírica: y que Valles se lamente de que no quedasen algunos fragmentos de sus obras, por lo mucho que nos pudieran haber aprovechado. Ultimamente, si los médicos de la secta empírica son tan malos, como dice Sorbait con los demás dogmáticos racionales, para qué él con los demás autorizan sus obras con la autoridad de Cornelio Celso, siempre y cuando se les antoja? Que Cornelio Celso sea de la secta empírica, no es menester más que leer su proemio, en donde se vanagloría de serlo. Y si no estás contento con su confesión, lee las obras póstumas de Marcelo Malpigio, y verás cómo te saca de la duda. Es lo bueno, que todos los dogmáticos racionales honran á Celso con el título de Hipócrates Latino, y los más están ignorantes de qué secta fuese.

CAPITULO QUINTO.

IUDICIUM DIFFICILE.

1. ¡Raro modo de explicarse Hipócrates! Más me parece á mí que dice Hipócrates en estas dos palabras, que todos los dogmáticos racionales en todas sus obras. Lactancio llama á los Opúsculos de Tertuliano, ingeniosas oscuridades. Yo digo con San Agustín de las obras de Hipócrates, que son estudiadas tinieblas; que en estudios de este autor, hasta las tinieblas son doctas y lucidas las oscuridades. Atribuyo esto á la extravagancia del ingenio, que por alto es casi imperceptible; por fecundo tan copioso, que avocándose tantas alusiones no pueden salir ordenadas, salen en tropel confuso unas sobre las otras, y así se ve en las pocas palabras de este aforismo. Casi todos los comentadores de Hipócrates, llegando á explicar estas palabras, los veo embarazados en su exposición, contentándose sólo con lo que Galeno dice sobre ellas. El juicio, dice Galeno, es dificultoso, según Hipócrates: *Quia veritas est inventu difficilis.* Pero con licencia de Claudio Galeno, tan oscura me parece la proposición de Hipócrates después de comentada, como antes de comentar: y así la proposición de Hipócrates, *iudicium difficile*, y la de Galeno, *veritas est inventu difficilis*, con mis pocas sumulas, si no son equivalentes, les falta muy poco, pues la misma oscuridad hallo en la una que en la otra, supuesto que Galeno no explica (teniendo obligación) por qué el juicio es dificultoso ni menos por qué la verdad es difícil de hallarse. Muy oscuro es el barranco en que me voy metiendo, no sé cómo saldré de él. Dios me ayude para que no me quede dentro, y pierda mi juicio buscando el de Hipócrates.

2. Supongo que á la Medicina no le toca averiguar estas cosas, pues ella sólo tiene por incumbencia el quitar ó poner *adjectio, et detractio*, como en otra parte dice el buen viejo. Pues pregunto: ¿á qué Tribunal hemos de apelar, para que dificultad tan grave y tan importante se decida? Nadie duda que habremos de recurrir al Tribunal de la Filosofía, como suprema de todas las ciencias naturales. Yo no dudo que el que supiere de qué secta de filósofos fué Hipócrates, desatará con gran facilidad la duda; pero como los más doctos de nuestra facultad ignoran su modo de filosofar, ni menos de qué secta de filósofos fué Hipócrates, no es maravilla el que no acierten con la explicación de las palabras de Hipócrates *Iudicium difficile.* Que esto sea verdad, cito á nuestro Valles por muchos: lo uno, porque toda la Facultad médica

(dejando aparte la grande estimación que de él hacen los expositores sagrados) le venera por doctísimo; lo otro, porque habiendo comentado lo más principal de Hipócrates, como á todos consta, y la valentía de ingenio que todos saben, en materia de Medicina le dan la primacía y le honran cuanto cabe. Pero llegando al modo de filosofar de Hipócrates, le desconozco, pues dice en el sexto de las Epidemias, sect. 3. text. 17: *Ante Hipocratem in incunabulis erat Philosophia, nil erat in ea firmum, et certum; sed innumeræ, incertæ quidem illæ omnes, ac veluti aniles circumferebantur decuiusque rei causis opiniones.* Miren si dije bien, que Valles, con muchos, ignoran de qué secta de filósofos fué Hipócrates. Me pesa que le hagan tan poca merced al buen viejo, cuando sus desperdicios en Filosofía importan más que todo lo que Galeno, Aristóteles, y todos los que después le han seguido, han dejado escrito en tantos volúmenes. No es de ese sentir Valles, pues á pocas líneas, empeñado en desvanecer la Filosofía de Hipócrates, dice: *Non potuit* (habla de Hipócrates) *de naturalium causis tam exactas proferre sententias, quam posterius Aristoteles, et Galenus.* Bien se conoce que Valles estaba empeñado en defender á Galeno y á Aristóteles en materias filosóficas: pero también se conoce que ignoró Valles (por más que lo comentó) la Filosofía con que Hipócrates gobernaba su Medicina.

3. Estoy empeñado en defender á Hipócrates cuanto pudiere, y de librarle de la calumnia que le imputa Valles, de que supo poca Filosofía: y así me parece que el mejor medio de ensalzar á Hipócrates, y desvanecer lo que Valles piensa, es menester saber primero de quién fué discípulo en Filosofía natural. Sorano, que escribe su vida, nos lo dirá: *Gorgiam Leontinum* (dice) *Rhetorem audivit, et Democritum Philosophum Abderitem.* Con que ya sabemos quiénes fueron sus maestros, así en Retórica como en Filosofía. Bien está todo esto, que por aquí hemos de rastrear si supo poca ó mucha Filosofía Hipócrates. Y pregunto: quién fué Demócrito? Laercio, que escribe su vida, refiere que fué el hombre más deseoso de saber que tuvo en sus tiempos toda la Grecia; pues no se contentó con comunicar todos los hombres doctos que tenía, sino es que tomó por trabajo el tratar con los filósofos más doctos que tenían los egipcios, los caldeos, los magos y los gimnosofistas, cuyas Provincias peregrinó, sólo á fin de saber las ciencias naturales. Fué llamado por Suidas: *Sapientia;* por Sexto Empírico: *Iovis voci assimilatus.* Fué, según Laercio, tenido por *omniscius.* Voy hablando en lo natural. Llamáronle en aquel tiempo: *Quinque Certaminum victor,* por la grande inteligencia que tuvo de las cosas naturales, morales, matemáticas y de todas las artes liberales. Séneca no rehusa el decir que fué *Subtilissimus omnium Antiquorum.* Menospreció todas las cosas de este mundo (menos el saber) riéndose de todo, como cuenta su discípulo Hipócrates, cuando le fué á visitar. Y bien, Hipócrates,

que por discípulo le conoció de tan cerca, no dice algo de su maestro? En la epístola que escribe Hipócrates á Damageto, refiere muy por menudo todo lo que le pasó cuando le fué á visitar á la ciudad de Abderas, mal informado de los ciudadanos, pues atribuían á locura el desengaño que Demócrito tenía de las cosas de este mundo. Dice así Hipócrates de su maestro: *Non delirat Democritus, sed in omnibus sapit, nosque, et per nos omnes sapientiores reddit.* No falta quien diga que Platón intentó quemar sus libros (muy probable es que fuese de envidia); disuadiéronle de tan mal pensamiento Amicla con otros, diciendo que no lo hiciese por estar ya públicos por todo el mundo. Y á la verdad debió de ser así, pues haciendo conmemoración en sus obras de casi todos los filósofos de aquellos tiempos, jamás toma en la boca á Demócrito, como nota Gassendo. Pues digo yo ahora: quién ha de creer que siendo Hipócrates discípulo de Demócrito, tan docto en Filosofía natural como has visto, no se le pegase algo de lo mucho que sabía? En los Proverbios, al cap. 13, vers. 1, dice el Espíritu Santo: *Filius sapiens doctrina patris.* Y en el vers. 20 del mismo capítulo: *Qui cum sapientibus graditur, sapiens erit.*

4. Veamos ahora si el modo de filosofar de Demócrito, en contraposición del de Aristóteles y de Galeno, son cuentos de viejas como dice Valles. No quisiera que me notaran de poco atento porque impugno á Valles. Pero quién le mete á Valles en impugnar á Hipócrates y tacharle de poco filósofo, cuando por otra parte sabemos que la filosofía de Demócrito y de Hipócrates (que toda es una) se distingue de la de Aristóteles, Platón y Galeno, lo que se distingue lo natural de lo artificial? Sea juez de todo esto el gran Canciller de Inglaterra, que como saben los que le han leido, tiene tanto voto como el que más, y sobre todo, hace justicia. Dice, pues, en su tercer libro *de augmento scientiarum*, cap. 4: *Tractatio enim causarum finalium* (en esto se entretuvieron Galeno, Aristóteles y Platón) *in physicis inquisitionem causarum physicarum expulit, et deiecit, effecitque, ut homines in istius modi speciosis, et umbratilibus causis acquiescerent, ne inquisitionem causarum realium, et vere physicarum strenue urgerent, ingenti scientiarum detrimento. Etenim reperio hoc factum esse, non solum a Platone, qui in hoc littore semper anchoram figit, verumetiam ab Aristotele, Galeno et alijs, qui saepissime etiam ad illa vada impingunt.* Por este rumbo han navegado todos los dogmáticos racionales. Pero aun se explica más Verulamio en defensa de Hipócrates y Demócrito y de lo que estoy defendiendo, pues prosigue en el mismo párrafo: *Quapropter Philosophia naturalis Democriti, et aliorum (quatenus ex fragmentis, et reliquijs philosophiae eorum conijcere licet) quatenus ad causas physicas multo solidior fuisse, et altius in naturam penetrasse, quam illa Aristotelis, et Platonis. Hanc unicam ob causam, quod illi* (que

son los escépticos) *in causis finalibus numquam operam triverunt: hi autem* (que son los aristotélicos y platónicos) *eas perpetuo inculcarunt.*

5. Que quería Valles que Hipócrates en la medicina que escribió y nos dejó, hubiera también escrito algunas controversias (á imitación suya) para que nos quebráramos la cabeza sin provecho? Pero estoy oyendo en favor de Valles, Aristóteles y Galeno, á algunos de los dogmáticos racionales, muy preciados de escolásticos, que responden: cómo puede ser Filosofía de provecho la de Demócrito y de Hipócrates, cuando en todas sus obras no se halla un silogismo ni una disputa? Refiere Boyle contra los que así arguyen, que gastó gran parte de su vida en estudiar en Aristóteles y en las Epístolas de San Pablo, pero dice que advirtió y notó, que San Pablo arguye más bien sin silogismos que Aristóteles con ellos. No se usaba en el tiempo de Demócrito ni de Hipócrates la gerigonza Aristotélica. Chrisipo, Aristóteles y Platón fueron los que levantaron esta cantera, expuesta no pocas veces por el abuso de su sutileza, á incurrir en aquello de que San Pablo escribiendo á los colosenses nos amonesta que huyamos: *Videte, nequis vos decipiat per innanem philosophiam.* Y San Clemente Alejandrino en sus Estromas afirma que es: *diaboli inventum.* La Filosofía natural ni la Medicina, no se aprenden con disputas sino contemplando lo que hace la naturaleza, que eso es lo que dice el gran Canciller (aunque lo vuelva á repetir): *Non fingendum, aut excogitandum, sed inveniendum, quid Natura faciat, aut ferat.* Por eso Hipócrates, Demócrito y los demás de su bando fueron tan doctos, porque no gastaron el tiempo en cuestiones infructíferas.

6. Bacon de Verulamio dice: que las ciencias naturales se perdieron así que entraron en el mundo los dogmáticos racionales: y me parece que tiene razón, pues las disputas escolásticas (voy hablando en Filosofía y Medicina solamente, que en otras ciencias no me meto por no ser de mi profesión) las más vienen á parar en voces y términos, con los cuales se bandea cualquier filósofo Aristotélico, aunque le arguyan mañana y tarde. Qué bien se hallará la verdad (siendo el principal motivo de cualquier filósofo) con esta algaravía de voces y términos? Verulamio en su Organo bien clarito lo dice, lib. I, aforismo 71: *Pro desperata autem habenda est veritatis inquisitio, cum ad huiusmodi inania deflectit.*

7. De este modo de filosofar hace conmemoración Valles, pareciéndole que porque Platón, Aristóteles y Galeno tiraron por él todas sus líneas, los demás, que no caminaron por este país, fueron unos pobres filósofos. Con que Leucipo, Demócrito, Empedocles, Anaxagoras, Parmenides, Heráclito, Xenofanes, Filolau y en medio de todos ellos Hipócrates, porque no alborotaron el mundo con gritos y disputas,

fueron cortísimos filósofos? En tiempo de estos filósofos escribió Hipócrates sus obras: miren qué traza de estar la filosofía en mantillas en tiempo de ellos? Bien pudiera Valles haber leido en Diógenes Laercio la vida de cualquiera de ellos, y con eso no hubiera tachado de poco filósofo al pobre viejo. Es posible que no encontró alguna vez con el proverbio que quedó después de muchos años y aun siglos de su muerte: *Supra Hippocratem philosophari est dementia?* En verdad que Próspero Marciano (en quien yo le encontré) honra con dicho proverbio al buen Hipócrates y le hace más filósofo que piensa Valles. Verulamio vuelve por Hipócrates, Demócrito y los demás filósofos referidos, dando por vanas y de poca monta las filosofías de Aristóteles y Platón, pues todas ellas se reducen á lo que dice San Mateo, cap. 22: *Ut caperent eum in sermone.* Dice así en un tratado que escribe de *Philosophia Parmenidis Thalesij, et praecipue Democriti: Tum enim postquam doctrina humana naufragium perpessa esset, tabulae istae Aristotelicae, et Platonicae Philosophiae tamquam materiae cuiusdam levioris, et magis inflatae servatae sunt, et ad nos pervenerunt, dum magis solida* (á estos llama Valles cuentos de viejas, porque no halla en ellos *nego maiorem, et distinguo minorem) mergerentur, et in oblivionem fere venirent, nobis vero digna videtur Democriti Philosophia, quae a neglectu vindicetur, praesertim quando cum authoritate prisi saeculi in plurimis consentiat.*

8. Vuelvo al juicio, no sea que le pierda. Preguntan los filósofos naturales, si en los sentidos, así exteriores como interiores se dé criterio? Es palabra griega, necesita de explicación. Jacobo Pancracio, en su Vocabulario Grecolatino, la define así: *Criterium est forma, et fundamentum secundum quod iudicium aliquod instituitur.* Galeno le dividió en artificial y natural. Otros le dividen en *criterium a quo, per quod, et secundum quod.* Yo no estoy despacio para entretenerme en la explicación de cada uno; el que lo estuviere puede leer en Sexto Empírico, el cual explica con dilación estas divisiones. Sólo el criterio *per quod* es el que propiamente se llama criterio y el que por antonomasia lo merece; éste, según Gassendo, se define: *Est facultas a natura data, per quam quidpiam cognoscimus, veluti sensus, aut intellectus.* Esto supuesto, se pregunta: *An illud, per quod veritas dijudicatur, sit sensus, an mens, intellectus, ratio* (estas tres voces significan una misma cosa) *an utrumque horum, an aliquid aliud, an nihil?* A los dogmáticos racionales se les hace muy arduo que no haya criterio en los sentidos, en particular en los interiores; y así todos ellos le admiten. Lo contrario sienten los escépticos, gobernados por el modo de filosofar de Pyrrhon, y así se le niegan á todos los sentidos. Y para que desde luego no me andes con escrúpulos de si admito verdades ó no, oye á San Agustín en sus Fragmentos, pues por su auto-

ridad me gobierno: *Ad caetera exercemur per fortasse, at cum de rebus fidei agitur, ibi est certe sine forte.*

9. Asentado todo esto, pregunto: á qué doctrina de las dos propuestas se inclinó Hipócrates? Más claro: siguió á los que lo quitan ó á los que lo ponen? Me parece que siendo Hipócrates discípulo de Demócrito (como tengo probado), no pudo seguir la secta de los dogmáticos racionales; y si la siguió, fué mal discípulo, pues confiesa en la epístola citada, cuando le fué á curar á la Isla Abderas, que en la conversación tan larga que con él tuvo, le oyó decir de su propia boca: *Veritatis nulla est cognitio, neque testimonij confirmatio.* Mas cómo podía Hipócrates ser de la secta de los dogmáticos racionales, los cuales admiten criterio en los sentidos interiores, y después darnos en los ojos con la ceniza de este aforismo: *Iudicium difficile, aut falax*, como vierten otros? Ya Galeno, por más que defienda su secta, olió la dificultad, pues explicando estas palabras, dice: *Nam ut verum fateamur hæc difficilis est* (habla de la verdad) *et fere inexplorata.* Bien se le podía decir á Galeno: *Video meliora, proboque, deteriora sequor.* Mas si Hipócrates es dogmático racional, y admite criterio en el entendimiento, para qué dice en lo de *locis in homine*, que en la Medicina *firma aliqua doctrina tradi non potest?*

10. Más: en el libro 2 de los Aforismos, Aforismo 19, dice Hipócrates: *Acutorum morborum non omnino sunt certæ prænuntiationes salutis, aut mortis.* Miguel Sinapio, sin entender á Hipócrates, ni menos este Aforismo, rompe, como acostumbra, contra la autoridad del buen viejo, y dice que con este Aforismo se desbaratan casi todos los pronósticos y Aforismos que en varias partes de sus obras tiene repartidos sobre varias enfermedades agudas, usando de las palabras: *Lethale, malum, mortale*, y arguye así contra Hipócrates: si no son ciertos los pronósticos en las enfermedades agudas, ¿por qué bautiza tantas de ellas con las palabras: *Lethale, malum, mortale?* ¿Por qué? Yo te lo diré. No tiene Hipócrates comentador de juicio, el cual llegando á comentar la palabra *Lethale, aut mortale*, no diga que dichas palabras no arguyen necesidad absoluta; pues rara es la enfermedad aguda de la cual no se libren algunos enfermos, por más que tengan señales de muerte. Lo que Hipócrates quiere dar á entender con dichas palabras, es que las enfermedades que van acompañadas con tales accidentes, son mortales, *ut in plurimum, non absolute*, como falsamente piensa Sinapio. No hay autoridad más clara con la cual se pruebe que Hipócrates no fué dogmático racional, que la que contiene este Aforismo; pues si alguna enfermedad hay en la cual se pueda echar con seguridad el pronóstico, es una enfermedad aguda, por el orden tan exacto que guarda la naturaleza en su movimiento y en los días, si no la divierten. Todo lo cual no ignoraba Hipócrates; y en medio de todo esto nos amonesta

que suspendamos el juicio *Iudicium difficile:* que no pronostiquemos á tontas y á vientas: *Non sunt certæ prænunciationes.* Hipócrates, como tan gran filósofo (aunque diga lo que fuere servido Valles), más se gobernaba en su Medicina por los sentidos exteriores que por los interiores; y así dejó escrito en lo de Dieta: *Oculis magis credere oportet, quam opinionibus.* El entendimiento humano tiene su esfera muy dilatada, suele desbocarse si no le tiran de las riendas; y aun por eso decía Verulamio en el libro 1 de su Organo, Aforismo 104: *Itaque hominum intellectui non plumæ addendæ, sed plumbum potius, et pondera, ut cohibeat omnem saltum, et volatum.* En la facultad médica tengo notado, que aquellos médicos que más se han descollado con el entendimiento, quiero decir, que más cuidado han puesto en averiguar las cosas, han sido muy cortos prácticos. Y la razón es la que da Hipócrates, pues menospreciando lo terreno, se quisieron hacer celestes antes con antes.

11. Veamos ahora cómo los escépticos se portaban en su modo de filosofar, para que con eso sepamos la diferencia que hay entre escépticos y dogmáticos. De modo que los escépticos están contentos con el conocimiento de las cosas como aparecen, y así, sobre este punto, no dudan ni disputan. Oyeselo á Pyrrhón, refiriéndolo Laercio en su vida: *Atqui ea, quæ patimur, ut homines fatemur: nam et quod dies sit, quod sit generatio, quodque vivamus, et cætera in hunc modum, quæ in vita nostra manifesta sunt, scimus. Cæterum in his, quæ Dogmatici asserunt, ea se ratione comprehendere dicentes, veluti de incertis, neutiquam consentimus. Solas vero passiones agnoscimus. Nam et nos vivere confitemur, nosque intelligere scimus. Verum quo pacto videamus, aut intelligamus, ignoramus.* Y pone el ejemplo: *Quin quod album videatur narrando dicimus, non asserendo, an re vera sit.* Después de todo esto dice Laercio: *Rursus illos Dogmaticos vitam etiam tollere asserunt, dum omnia, ex quibus constat vita evertunt* (que son los dogmáticos) *at contra eos illi mentiri asseverant* (que son los escépticos) *non enim visum, se auferre, sed quomodo se habeat vis videndi ignorare se dicunt. Atque quod apparet ponimus, non quod tale, quale cernitur sit. Nam quod urit ignis sentimus, verum, an habeat incendendi naturam, non pronuntiamus; quodque moveatur quispiam, et quod pereat videmus, verum ista, quo pacto fiant ignoramus.* Este es el modo de filosofar, en compendio, de los escépticos. No hay argumento que más fuerza me haga para probar que estos hombres no iban fuera de camino, que la autoridad de Valles en el cap. 65 de su Sagrada Filosofía: *Quibus* (que son los escépticos) *plurimum videntur adstipulari praescripta verba Ecclesiastes.* Cuando Valles escribió sus Controversias, poca noticia tenía de la doctrina de los escépticos. No falta autor que le disculpe que se escribieron en los verdores de sus años: *Aliquid aetati condonandum,* dice Hipócrates. Y así, toda la duda de los escépticos con-

siste en que no hay fuerzas en lo humano para encontrar con la verdad, á distinción de los dogmáticos, que con gran facilidad, con el modo de demostrar que les enseñó Aristóteles, la encuentran.

12. Prueban los escépticos su modo de filosofar con diez modos, tipos ó lugares comunes, como ellos llaman. Diógenes Laercio los refiere con brevedad en la vida de Pyrrhon; Sexto Empírico los pone con más dilación; nuestro Valles en el capítulo citado los reduce á tres; otros añaden otros tres modos: pero quien con más claridad los refiere todos, es Pedro Gassendo en varias partes de sus obras, siendo afectísimo al modo de discurrir y filosofar de los escépticos, pues no rehusa el decir contra Renato de Descartes, porque los mordió su poco: *Ecquis enim talium virorum sustinuisset esse amicus?* Yo no estoy despacio para referirlos, puedes verlos en dichos autores cuando tuvieres lugar.

13. Pero ya que no te refiero los modos con que los escépticos prueban y afianzan su doctrina, te quiero persuadir con dos ponderaciones á que le falta muy poco para ser verdadera aquella proposición, *quod nihil sciatur;* y te lo persuado así: cosa es digna de admiración el ver el tiempo que se ha pasado después que los hombres empezaron á filosofar, ocupados en buscar la verdad (que éste es el fin de la Filosofía) y las naturalezas de las cosas, no haber habido un hombre, qué digo un hombre, la secta más célebre que ha tenido el mundo, no haya tenido fuerzas ni habilidad para encontrar con la verdad en la cuestión más frívola ó más alta que ha tomado por su cuenta. Repara entre tantos hombres doctos que ha tenido el mundo, los cuales han merecido el nombre de sabios y de filósofos, y averigua después qué supieron estos hombres. Lo que sabemos es, que se dividieron en sectas tan varias y entre sí tan contrarias, que si no es disputas y contiendas no nos dejaron otra cosa. Bien cierto es que si alguno de los antiguos ó alguna secta hubiera encontrado la verdad en algún punto filosófico, todos los demás concurrieran á ella al modo de los que en un desierto padecen extrema sed, así que saben que se descubrió alguna fuente. Pero el caso es, que lo que sienten estos de la verdad, los contrarios lo desbaratan á muy poca costa: argumento que ni unos ni otros lo pueden encontrar. Confieso que si entre los filósofos hubiera de haber alguna concordia, había de ser acerca de los principios del ente natural: porque á la verdad mal se puede tener conocimiento de una cosa, si se ignora de qué principios conste. Bien está todo esto. Pues ahora repara en que no hay controversia más reñida entre los filósofos, que el averiguar de qué principios se componga el ente natural. Pero supongamos que á alguno se le han manifestado estos principios, y que el tal fué el Sr. Aristóteles, el cual confiesa que los principios del ente natural son materia, forma y privación.

14. Esto asentado y supuesto, lo que ahora te suplico es, que me hagas favor de declararme por estos principios la esencia de la entidad más mínima que contiene el universo; la verdadera raíz y causa de todas las operaciones y propiedades que se observan en dicha entidad. No te provoco á que me expliques la esencia de la piedra imán ni sus propiedades; ni menos la virtud de la rémora; ni lo que contienen esos orbes celestes; ni tampoco te pido que me declares los flujos y reflujos del mar. En una pulga te pongo el ejemplo, para más confusión tuya y mía; no porque en la pulga no resplandece tanto la omnipotencia de Dios como en cualquiera otra entidad, pues como dice el Padre Cornelio á Lapide: *Eminet in minimis maximus ipse Deus;* sí sólo para que conozcas cuán corta es la filosofía de Aristóteles y de todos los demás filósofos, pues no saben dar razón de la más mínima acción que dicho animalejo ejecuta. Dices que en la pulga hay materia, forma y privación; y pregunto: ¿no tienes más caudal que éste para explicarte? ¿Es posible que estés contento y satisfecho de que sabes y conoces la esencia de la pulga, con saber sólo que se compone de materia, forma y privación? Pobrísimo estás de caudal, supuesto que tan presto le has perdido. ¡Oh pobre Filosofía! exclama Gassendo. Yo no te preguntaba eso, si había en la pulga materia, que claro está que siendo corpórea había de tenerla: ni menos si tenía forma ó hubo antes privación en esta materia; pues es evidente que esta materia no tuvo perpetuamente esta forma. Lo que yo quería saber era cuál fuese esta materia, qué disposiciones pedía para adquirir esta forma, para qué fué de tal manera distribuida. Pues pasma el ver que unas partes de ella fueron distribuidas en escamas, otras en eminencias, otras en vello, que tiene; otras en la variedad de los pies, y lo demás que remata en su cuerpo; pues mirada con un microscopio causa horror el mirarla. ¿Qué virtud, y de qué modo aplicada pudo formar este cuerpo entero, lo uno: lo otro, la variedad de partes, con tanto orden, con esta figura, con esta contextura, magnitud y color? Mas: ¿qué forma pudo ser ésta? ¿de dónde y con qué virtud fué excitada? ¿de dónde le vino la facultad sensitiva y cognoscitiva? ¿con qué arte te molesta tanto para alimentarse? ¿qué prerrogativa tan singular, de alimentarse de sangre humana y no de suco nutricio como el piojo? y después, ¿cómo lo cuece y por varios conductos ó canales lo distribuye, formando espíritus con los cuales se vivifica nutriendo con lo restante lo demás del cuerpo echando lo supérfluo? ¿en dónde está oculta aquella fuerza con la cual salta y brinca con tanta celeridad? ¿cómo se cría y con tanta facilidad se sujeta á tus dedos? ¿en qué piensa cuando no se quiere dejar cojer? ¿qué propiedades y como *ab intrinseco* la siguen? ¿en qué pára viéndose oprimido su cuerpo? y otras seiscientas que no sabemos. Esto es lo que yo quería sa-

ber; pero tú muy satisfecho dices que la pulga consta de materia y forma, y acabóse la Filosofía, supuesto que Aristóteles no supo más.

15. ¿Pero qué dirás, si acaso te pregunto esto mismo acerca de otras entidades? Dirás que el sol consta de materia y forma: dirás, que en el aire hay materia y forma; que en la lluvia hay materia y forma; que en la piedra hay materia y forma; que en el hombre hay materia y forma. ¡Por cierto linda Filosofía! Para esto es menester gastar tanto tiempo, para que conozcamos las naturalezas de las cosas, cuando con tan breves palabras las tenemos todas conocidas? Pues con decir que todas constan de materia y forma, está sabida toda la Filosofía de Aristóteles. Dirás: en cualquier mixto se hallan los cuatro elementos. La misma enfermedad se queda en pie; porque supongamos que en el hombre, en el pez, en el metal, etc., estén los cuatro elementos. Pero pregunto: ¿qué porción de cada uno, qué mixtión de todos, qué templanza la que se sigue? Y para que no te canse más, hazme favor de explicarme: existiendo en la pulga los cuatro elementos, no como son, ni como se mezclan, ni qué intemperie adquieran, ¿con qué razón quedaré yo enseñado y satisfecho de todo lo que voy buscando? Pero porque sé que aunque más te desveles y te deshagas, y quieras con temperaturas de los mismos elementos responder al menor efecto de los propuestos, no has de tener fuerzas para ello: y para que no quedes quejoso, y pienses que sólo con Aristóteles tengo la tema, lo mismo digo de las demás sectas que se han levantado en el mundo en orden á los principios de las cosas. Porque querer Thalés Milesio, que el agua sea principio de todas las cosas, lo tengo por muy arduo; que los ácidos y álcalies, por ridículo; que la sal, sulfur y mercurio, vale lo que puede. Pues aunque los químicos (hablo de los de inteligencia, como son Boyle, Mayou, Lemort y otros muchos) son los que más han adelantado en materia de principios, aún no han sacado del oro sal, sulfur y mercurio, como dice Boyle en su Quimista escéptico. Con que saco en limpio que hasta ahora no se ha encontrado con verdad alguna, por más que se han desvelado los filósofos en buscarla con sus principios, y por consiguiente, que Hipócrates, como cuerdo, y reconociendo que era tiempo mal empleado el de los filósofos en querer averiguar los principios y esencias de las cosas, en el proemio de sus aforismos amonesta y advierte á los médicos que no se cansen, que es tiempo mal gastado, porque el juicio es muy dificultoso: *Iudicium difficile.*

16. Vaya otra ponderación, á ver si puedo persuadir lo que intento, que es, que hasta ahora no ha habido filósofo natural el cual haya descubierto de la entidad más mínima que contiene el Universo, su esencia ó sus principios. Y para esto pregunto: ha tenido el mundo otro hombre más sabio en todas las edades que Salomón? Si eres buen ca-

tólico, has de confesar que no, porque en el libro 3° de los Reyes, capítulo 4, están escritas estas palabras: *Sane vero, et quis magis unquam, et acutius est philosophatus non modo circa mores, quod testantur, quæ adhuc extant præclarissima eius monumenta: verum, et circa naturas rerum: nam disputavit super lignis a Cedro, quæ est in Libano, usque ad hysopum, quæ egreditur depariete, et diseruit de iumentis, et volucribus, et reptilibus, et piscibus.* Pero qué juicio hizo Salomón con toda esta sabiduría y ciencia que tuvo de las cosas naturales? Oyele en el cap. 1 del Eclesiastés, y verás lo que te responde con detestación: *Proposui* (dice) *in animo meo quærere, et investigare sapienter de omnibus, quæ fiunt sub Sole: hanc occupationem pessimam dedit Deus filijs hominum, ut occupentur in ea.* Después, en el cap. 8, da razón de lo poco que consiguió de su estudio, con estas palabras: *Et intellexi, quod omnium operum Dei nullam possit homo invenire rationem: etiam si dixerit sapiens se nosse non poterit reperire.* En el capítulo antecedente tengo referidas estas palabras; persúadome que no tendrás á mal el que las refiera segunda vez cuando son de tan grande autor, y te desengañan de una vez de los desatinos que tienes concebidos en tu cabeza de que por ser dogmático racional no has de admitir cualidades ocultas, ni menos dejar de responder en cuanto fueres preguntado en lo natural. También te aseguro que si Salomón no te convence con el texto referido, menos te convencerá Hipócrates, por más que clame que el juicio es dificultoso.

17. Vamos ahora con los filósofos gentiles, y veamos sobre este punto qué sintieron, y sea el primero Sócrates. Este filósofo, en el tiempo que floreció, fué tenido entre los mortales por el hombre más sabio que tenía el mundo. Y bien, qué sintió de esto? Todos saben el símbolo tan celebrado que nos dejó: *Hoc autem scio, quod nil scio.* Con qué valentía persiguió la arrogancia de los sofistas, los cuales confiesan que todo lo saben y lo pueden enseñar. Lee en Platón un libro que le intitula: *Hippias, seu de pulchro*, y verás con qué retórica te dice que no se puede saber en qué consista la hermosura. Y qué diremos del mismo Platón, el cual confiesa lo mismo que Sócrates? Dejo de ponderar el tema que siempre tuvo contra la hinchazón de los filósofos vanos, confesando que para ser docto bastaba en las disputas el traer ó alegar algunas razones probables, dejando la verdad para los dioses, debiéndose contentar los hombres con la verosimilitud de las cosas. Lee por curiosidad el *Thimeo* ó el *Diálogo del Universo*, y verás con qué modestia este filósofo, que mereció el nombre de divino, discurre acerca de la naturaleza de las cosas. De Demócrito no te quiero referir, por no volverte á cansar, su alto modo de filosofar; sí sólo pondré la baza que dejó asentada, como Sócrates la suya: *Causa nihil novimus, nam veritas in profundo est.* No dejó de hacerle fuerza á Aristóteles el dicho de Demócrito, pues dijo: *Cum Democritus, aut nihil esse verum, aut no-*

bis ignotum. Laercio, que por estar más próximo á los tiempos de todos estos filósofos, refiere de nuestro Hipócrates que fué de esta misma secta, y lo prueba con estas palabras en la vida de Pyrrhon: *Hippocrates item ambiguo, atque humano more loquitur.* Miren qué traza ésta de hacerle al pobre viejo dogmático racional, cuando con garfios no le pueden sus comentadores sacar las palabras de la parte cortical del cerebro, que es en donde quieren los anatómicos modernos que esté la memoria y las especies reservadas: y para serlo, es menester hablar mucho y no dudar en la menor cosa, respondiendo á todas cuantas dudas les propusieren.

18. Algunos quieren que Homero, príncipe de los poetas griegos, fuese el primer inventor de la secta de los escépticos. En comprobación de todo esto trae Diógenes Laercio, en la vida de Pyrrhon, aquel verso de Homero tan celebrado del mismo Pyrrhon, pues dice su vida, que jamás se le caía de la boca. Dice Homero:

Tale quidem genus est hominum, quale est foliorum.

Como si dijera: no solamente es caduca la naturaleza del hombre como la de las hojas de los árboles, sino también en las opiniones inconstante, mutable, que á cualquier impulso se muda, como las hojas de los árboles: hoy siguen esta doctrina, mañana otra, sin tener firmeza en ninguna. Este verso dicen los historiadores que fué bastante para que Pyrrhon dejase la gerigonza silogística, contentándose sólo con la verosimilitud y apariencia de las cosas. Todos los filósofos escépticos que fueron á un mismo tiempo poetas, dejaron en sus poesías con gran primor ilustrada y declarada esta secta. Oye á Lucrecio, y verás cómo en seis versos te enseña más Filosofía que Aristóteles en todas sus obras:

Multa tegit sacro involucro Natura, neque ullis
Fas est scire quidem mortalibus omnia. Multa
Admirare modo, necnon venerare, neque illa
Inquires, quae sunt arcanis proxima. Namque
In manibus, quae sunt, hoc nos vix scire putandum est.
Est procul a nobis adeo praesentia veri.

A esto alude otro poeta en este dístico tan docto como discreto:

Haut in confesso est placitum Mortalibus ullum:
Sed tibi, quod mirum est, ridiculum est alijs.

Arquiloco aún dice más, pues no le hace tanta fuerza el que los hombres no concuerden entre sí en sus dictámenes, cuanto el que un mismo hombre por la mañana piense una cosa, y á la tarde sea de contrario parecer. Óyele:

Ea mens est hominibus Glauce, Leptine fili,
Qualem mortalibus in dies Iupiter mittit.

Xenofanes en este verso lo dijo todo:

Nemo aliquid certo novit, vel noverit unquam.

Sexto Empírico añade á esto:

Est vero in rebus opinio cunctis.

Y Aristóteles lo de Parmenides:

Qualis flexilibus membris est cuique tributa
Temperies, mens talis adest.

Mucho pudiera decir acerca de esta materia, de lo mucho que los hombres más doctos y más desengañados han dejado escrito en sus libros. Vaya Hipócrates por muchos, el cual en el lib. 1º de *Dieta*, dice todo cuanto los poetas y filósofos citados han dicho, explicándonos de algún modo por qué el juicio sea tan dificultoso. Dice así: *Inest autem homini alia dicere, alia facere, et eumdem non esse eumdem, et nunc aliam habere mentem, nunc rursus aliam.* Y pregunto: ¿por qué, dirá Hipócrates, que el hombre en sus juicios es tan vario? Yo te lo diré: lo uno, porque la verdad en este mundo no se deja encontrar de nadie; lo otro, porque tus potencias son tan cortas y limitadas, por no tener criterio ninguna de ellas para poderla conocer como consta de la experiencia, pues hasta el día de hoy no se ha manifestado á ninguno de los filósofos, por más que la han buscado: y porque Salomón, con los demás filósofos que llevo citados, te desengañan de que no la busques porque no la encontrarás; aconsejándote el que te contentes en la averiguación de las cosas, en la probabilidad y apariencia de ellas, que es lo que basta para ser gran filósofo como lo fueron los que llevo citados, sin haberla encontrado jamás. No es decirte esto que no estudies (pues los escépticos, con el presupuesto de que no la habían de encontrar, estudiaban de día y de noche; y aun el mismo Salomón lo confiesa); lo que quiero decir es, que no la busques á gritos y disputas como hacen los dogmáticos racionales en sus congregaciones y conclusiones, que por otro nombre llaman actos.

19. De lo dicho se infiere con cuán poca razón los cartesianos (y entre ellos el Padre Malebranche en su libro de *Inquirenda veritate)* se vanaglorían de que han descubierto muchas verdades en Filosofía, las cuales estuvieron ocultas en tiempo de Demócrito, de Epicuro y de otros muchos filósofos antiguos, sin quererse manifestar á los que les sucedieron: hasta que Renato Descartes, *et eius Pulli* (como dice Doleo) descubrieron otras metafísicas ó meditaciones distintas de las de

Aristóteles, con las cuales afirman que conocen y penetran todas las naturalezas ó esencias de las cosas. Decía bien Ricardo Victorino: *O quanti veritatem quaerunt, non in veritate, sed in vanitate!* Todo su modo de discurrir le fundan en este silogismo, mediante el cual tiran todas las líneas de sus discursos, y afirman que es demostrativo por estar en la primera figura: *Qui cogitat est: ego cogito: igitur ego sum.* O en la cuarta figura de Galeno, que ya no se usa de este modo: *Ego cogito: qui cogitat est: igitur ego sum.* Quien juzgare ver desatada y desmenuzada la verdad, ó por mejor decir, la falsedad que en sí contienen dichos silogismos, lea á Pedro Gassendo, impugnando la segunda meditación de Renato Descartes en la duda primera. Verdad es que Renato Descartes hace burla de las impugnaciones de Gassendo diciéndole claro que no lo entiende, tratándole mal de palabra, como se puede ver en todas las seis meditaciones que con tanta modestia le impugna. Todos los que se vanaglorían de cartesianos dicen que lo entienden. Yo, viendo que Gassendo no lo pudo entender (como el mismo Descartes lo confiesa en sus impugnaciones), jamás he querido malgastar el tiempo en leer sus obras, ¿pues es fácil entender lo que Gassendo no pudo, después de estar tan ilustrado en todas ciencias, en particular en Filosofía natural, Teología y Matemáticas, como lo demuestran sus escritos?

20. Y porque el Padre Malebranche es uno de los que más se precian de discípulo de Descartes, veamos qué siente acerca de la indiferencia de los escépticos y de las verdades que su Paternidad, con Renato Descartes, nos han dejado descubiertas con su alto modo de filosofar. En su libro 1º de *Inquirenda veritate*, al cap. 3 dice: que no son pocos (va hablando de los escépticos y de los que les siguen) los que confiesan que después de haber gastado treinta años poco más ó menos miserablemente en estudios, saben poco, y que jamás han encontrado con cosa nueva ó verdad alguna; y que esto: *Eos palam profiteri non pudet;* como si Demócrito, Sócrates y nuestro Hipócrates, no hubieran confesado lo mismo. No falta quien diga que es *ignorantia doctissima.* Y San Agustín sobre los Actos de los Apóstoles: *Melior est fidelis ignorantia, quam temeraria scientia.* Prosigue mordiendo su poquito con su modestia: *Nullam dari scientiam sua primum ratione, et methodo probare nituntur, quo facto lubenter ignorantiam suam fatentur.* No tiene razón el Padre Malebranche, con licencia de su Paternidad: lo que los escépticos ó pyrrhónicos afirman, es que no hay ciencias como quiere Aristóteles ó Renato Descartes: esto es, conocer las esencias ó naturalezas de las cosas como en sí son. Los escépticos (ó los que les siguen) se contentan con menos; esto es, con sola la verosimilitud, probabilidad ó apariencia de las cosas: y esto basta para que la Filosofía, la Medicina, etc., tengan nombre de ciencias y los

que las profesan se puedan llamar doctos, como lo fueron Demócrito, Epicuro y otros muchos, sin echar menos el modo de demostrar de Aristóteles y de Renato Descartes: *Quis enim* (prosigue el Padre Malebranche) *ipsorum auditis rationibus risum non compescat.* Como Demócrito se ría, los demás importa poco que la detengan.

21. Ultimamente, después de haberse desahogado bastantemente contra los escépticos, concluye el capítulo con estas palabras: *Certe si Cartesius intra triginta annorum spatium innumeras veritates caeteris Philosophis incompertas ex hoc praescripto agens, veluti e puteo eruit* (no debía de ser tan hondo el de Descartes como el de Demócrito en Abderas) *quid obstat, quo minus multi ijsdem insistentes vestigijs, pleraque ad vitam feliciter degendam, necessaria detegerent.* No quisiera desazonar al Padre Malebranche porque le venero doctísimo, ni menos á sus afectos por ser muchos; pero quisiera ó me alegrara saber qué quiso decir el Padre Malebranche en el proemio que hace á las ilustraciones de sus libros en estas palabras: *Cum veritas non sit huiusce mundi, corpora cœlestia nihil in ipsam valent, cumque natura sua sit omnino spiritualis, diversae materiae configurationes, et combinationes, ad ipsam, vet stabiliendam, vel destruendam nihil conferre possunt.* Mas qué verdades, pregunto al Padre Malebranche, son las que Renato Descartes nos ha descubierto con sus metafísicas ó meditaciones y con las cuales tanto ha alborotado la Europa? Son por ventura físicas, matemáticas ó metafísicas? Porque si son físicas, no le hago al Padre Malebranche más argumento que el que hace San Basilio en una carta que escribe á Eunomio. Dice así el Santo: *Dicat mihi aliquis, quae sit formicae natura? An spiritu, et anhelitu vita ipsius contineatur? An ossibus corpus distinctum sit? An membris, et ligamentis eius compositio firmata? An musculorum, et glandularum munimento nervorum natura contineatur? an medulla a sincipite usque ad caudam una cum spina verticulis extenditur? nervosae membranae ambitus, quae moventur concitatoriam vim immitant? an sit in ipsa iecur, et vas fellis susceptorium in iecore, renesque, ac cor, et arteriae, et venae, pelliculaque, ac intersepta? an nudum sit animal, an pilosum, solidipes sit, aut multifidos gresus habeat? quanto tempore vivat, et quis sit ipsius generationis modus? quandiu gestetur fœtus, et quomodo, neque pedestres omnes sint formicae, nec omnes alatae; sed aliae quidem humiles repunt, aliae per aerem feruntur?* Hasta aquí San Basilio. Pues pregunto yo ahora: habrá algún filósofo á quien le pregunten ó le manden que desate (no digo yo todas las que el Santo propone) la menor duda de las propuestas, que tenga atrevimiento de decir que sabe con verdad desatarla? A mí me parece que si no es soberbio, ha de confesar que no sabe; pues si de una entidad tan humilde como es una hormiga (aunque para Dios todo es grande:

Eminet in minimis Maximus ipse Deus) no se puede dar razón del menor atributo, cómo se ha de dar razón de su naturaleza ó de su esencia? Y si de esta entidad material no se puede demostrar la menor cosa, cómo se ha de demostrar la esencia física del hombre, constando de partes más nobles que la hormiga? Pues ahora respondo al Padre Malebranche y pregunto: adónde están las verdades físicas de Renato Descartes, cuando ninguna de las dudas propuestas, según San Basilio, hay quien sepa responder? *Dicat mihi.*

22. Si son matemáticas las verdades que Renato Descartes ha descubierto con su modo de filosofar, respondo que la palabra *demostración* es equívoca respecto de las matemáticas y demás ciencias. Y así digo, que esas verdades matemáticas no entran en cuenta, por no ser demostraciones deducidas de causas, que es lo que se requiere para que una facultad tenga el nombre de ciencia, que así lo dice Aristóteles: *Scire est rem per causam cognoscere.* No quiero quitarles á los matemáticos la gloria de que hacen y sacan muchas demostraciones, y aun perfectísimas; pero tengan entendido los señores matemáticos que esas demostraciones no pasan de matemáticas, les falta mucho para ser verdades ó demostraciones aristotélicas. El Padre Pereyra, empeñado en su física en probar que las matemáticas no son ciencia, arguye así con este silogismo: *Scire est rem per causam cognoscere, propter quam res est, et scientia est demonstrationis effectus. Demonstratio autem (loquor de perfectissimo demonstrationis genere) constare debet ex his, quae sunt per se, et propria eius, quod demonstratur: quae vero sunt per accidens, et communia excluduntur a perfectis demonstrationibus: sed Mathematicus, neque considerat essentiam quantitatis, neque affectiones eius tractat, prout manant a tali essentia, neque declarat eas per proprias causas, propter quas insunt quantitati, neque conficit demonstrationes suas ex praedicatis proprijs, et per se, sed ex communibus, et per accidens: ergo doctrina Mathematica non est propriae scientia. Maior huius syllogismi* (dice el Padre Pereyra) *non eget probatione, etenim aperte elicitur ex his, quae scripta sunt ab Aristotele I posterior. Confirmatio minoris deducitur ex his, quae scribit Plato in 7 lib. de Republica, dicens: Mathematicos somniare circa quantitatem, et in tractandis suis demonstrationibus, non scientifice, sed ex quibusdam suppositionibus procedere: ob quam rem non vult doctrinam eorum appellare intelligentiam, aut scientiam, sed tantum cogitationem.* Pedro Gassendo, que fué catedrático de matemáticas en la Universidad de París, y tan gran filósofo natural como demuestran sus obras, toma por su cuenta el aclarar este punto, y resuelve que las matemáticas no son ciencia, porque no demuestran por causas, que es lo que se requiere para que una facultad tenga el nombre de ciencia, según Aristóteles y los que le siguen. Y así dice Gassendo después de algunas prue-

bas que trae, las cuales por no cansar al lector yo no refiero: *Quare nil aliud facit mathematicus, quam monere te, ut attentius inspicias, quod prima fronte non advertebas. Unde demonstratio, quam tibi proponit, seu medium, quo utitur non est causa, cur ita res sit, sed tibi solum perspectum facit, quod res ita sit. At hoc non iam scientia est Aristotelica, sed ea, quam nos retinendam censuimus. Concludo ergo* (prosigue) *quaecumque est certitudo, et evidentia in disciplinis Mathematicis, eam pertinere ad apparientiam: nullo autem modo ad causas germanas, vel naturas etiam rerum intimas.* Y si quisieres porfiar, como acostumbran los que se precian de metafísicos ó matemáticos, que tres y tres son seis, respondo lo primero con Aristóteles, pues ya dijo: *Bis tria non sunt sex.* Pero yo te quiero confesar que tres y tres son seis: pero advierte que esta verdad es matemática, no física, que es la que voy buscando. Y si no estás contento con lo dicho, oye otra vez á Gassendo, el cual tenía por oficio el ser matemático. Dice así: *Siquidem figurae, et numeri, si abstracte considerentur, ut nusquam sunt, ita nil sunt. Quocirca, ut alicubi, et aliquid sint considerandae, sunt proprie in rebus, quas afficiunt, at vero si hoc ita sit difficultas redd it, quod scilicet, quantumcumque circa figuram philosopheris numquam tamen intime nosces naturam rei, quae figuratur: quod idem est etiam intelligendum circa numerum.* Pues vuelvo ahora al Padre Malebranche y pregunto: son las verdades que Renato Descartes con su alto modo de filosofar nos descubrió matemáticas ó físicas? Físicas no pueden ser como está probado: si son matemáticas, esas no son más que verdades aparentes, muy lejos de las demostraciones aristotélicas, y esas cualquier filósofo escéptico las sabe sacar, aunque no esté ilustrado con las meditaciones de Renato Descartes, como se ve en los puntos matemáticos que Gassendo (siendo escéptico) trata. Concluyo diciendo que Renato Descartes se fué al otro mundo sin dejarnos tan sólo una verdad física descubierta: y esto ya lo confiesa su discípulo el Padre Malebranche, supuesto que dice: *Veritas non est huius Mundi.*

23. Ya tengo probado que las verdades descubiertas por Renato Descartes no son físicas, por no haber fuerzas en lo humano para poder conocer la esencia ó naturaleza de la entidad más ínfima que contiene el Universo. De las verdades matemáticas, aunque le concedamos á Renato Descartes (por ser tan gran matemático) que descubrió algunas, esas son verdades aparentes, les falta mucho para tener los requisitos que pide Aristóteles: *Ex præmissis certis, veris, et evidentibus, et quod aliter se habere non possint.* Ahora sólo resta probar si las verdades que dice el Padre Malebranche que descubrió Renato Descartes, son verdades metafísicas, de que tanto se precian haber encontrado los escolásticos, así teólogos, médicos, como filósofos, pareciéndoles que cada entidad que definen es una verdad inconcusa, por constar de género y diferencia. Y porque no me andes con escrúpulos, asiento, como buen

católico, que las verdades teológicas que la Fe nos manda que creamos, esas no se alcanzan con el modo de demostrar de Aristóteles, ni menos con las meditaciones de Renato Descartes; se quedan todas en revelaciones divinas: y así San Gregorio dice en confirmación de esto: *Fides non habet meritum, ubi humana ratio præbet experimentum.* Sólo voy hablando de aquellas cuestiones especulativas en que los escolásticos, así teólogos, médicos, como filósofos, tanto se han dilatado en discursos y sutilezas en busca de las verdades metafísicas. Y así pregunto: ha encontrado Renato Descartes alguna verdad metafísica, la cual los demás teólogos, escolásticos, médicos y filósofos no hayan descubierto? No quisiera que me notaran de que meto mi hoz en mies ajena. Pues óigase lo que dice en favor de lo que defiendo, contra el Padre Malebranche y Renato Descartes, el Padre Juan Bautista Poza, insigne teólogo jesuita, en su Elucidario á la Virgen Santísima, en el prólogo. Dice así: *Et ubi terrarum obsecro demonstrationes vigent circa res divinas? Produc mihi Theologos Scholasticos, qui luctantur semper, et crebius, quasi cum hostibus congrediuntur: an unam ex duodecim probationibus habent, quæ potentissime convincat, et quasi ex tripode loquatur? Quamvis acute doceant, et acriter pugnent sæpius per probabile argumentum regnant, nec adeo infectantur generose secus opinantes, ut eos opprimant, quin probabiles habeant evasiones. Quod si omnia tractanda non per probabiles rationes, sed per evidentes demonstrationes evincenda sunt, tolle de medio plurimas disputationes de Visione Dei, de Scientia, de Voluntate, de Prædestinatione, de Trinitate, de Gratia, de Habitibus, de Incarnatione, de Sacramentis, et de Angelis. Paucissimæ enim sunt in quibus non desideant Nominales, Scotistæ, Thomistæ, et in singulis ex his Scholis innumera sunt divortia opinionum circa singulas disputationes. Tolle etiam, si placet doctrinam de virtutibus, et casibus conscientiæ, namque ad censuras honoris, et pecuniarum compensationem, iuramenta, vota, dispensationes, matrimonia, beneficia, et symoniam pertinent innumeras habent quæstiones, quarum utraque pars plures Patronos teneat, neutra autem cogat assensum, nisi per probabiles rationes. Malignum ingenium* (exclama el Padre Poza, quizás enfadado con algunos,) *eorum est, qui quo magis premant alios, et pondus elevent, omnium rerum evidentem rationem postulant, quod Hæretici in rebus pietatis facere consueverunt. Da mihi divinarum literarum Interpretes, qui ex Prophetis, Apostolis, et maxime ex Christi Domini sent entijs probationes afferant, in quibus vim permagnam faciant, dum illas expendunt, inculcant, et quasi malcis cudunt, nonne sæpissime per coniecturales solum, et probabiles expositiones suadent, una interdum clausula duodecim admittente diversas, et adversas declarationes. Philosophiam, et Medicinam, et scientias. Reliquas intuere, in Universum tibi delendæ sunt, aut a probabilibus dumtaxat principijs probabiliter solum adstruenda veritas.* Hasta aquí el Padre Poza.

24. Siempre he estado mal contra este linaje de gentes que todo lo

quieren definir y demostrar, sin acordarse de Dios: *Noli amplius sapere, quam oportet sapere.* El que quisiere retratarles con imagen expresa de lo que son, podrá pintar un grande humo, que se levanta hasta las nubes y que cuanto más se ensalza, tanto más se hincha y extiende; escribiendo después el mote de Agustino: Cuanto más grande y crecido, tanto más vano y soberbio: *Quanto grandior, tanto vanior.* Al oirles tal vez hablar de sí mismos por jactancia, y de los otros por desprecio, se conoce cuán bien les estaría la salutación que dió Filipo, Rey de Macedonia, á su médico que le escribió con soberbia: *Menecrates Iupiter salud a Philippo.* Pero respondió el Rey: *Philippo sanidad a Menecrates;* que en esto fué hacerse médico de su médico, y enviarle para recobrar el juicio, una receta de heléboro con palabras de cortesía. A estos les parece que debajo de su manto y capa están todas las ciencias más altas y las artes más profundas, y que como perlas, no pueden estar sino debajo de sus conchuelas. Juzgan que sus dictámenes son la carta del navegar más segura, sin los cuales no se encuentran en las letras sino naufragios y peligros. Imaginan que sus preceptos llegan á los últimos términos de la verdad, como las estrellas á los confines del mundo. Les parece que los demás son pequeños arroyos, pero ellos inmensos océanos: que los otros son topos y lechuzas y ellos águilas y linces: los otros mariposas errantes y ellos garzas generosas: los otros moscas humildes y ellos aves soberbias. Y así concluyo diciendo contra la vanidad, ó por mejor decir contra la locura de los que presumen ó afirman que han encontrado con muchas verdades, así físicas como metafísicas que abatan sus pensamientos, pues las naturalezas de las cosas ó esencias, todas son intratables, ó por mejor decir, ininteligibles en este mundo. Bueno será que el que las busca se acerque á ellas, no las descubra, pues esto toca en soberbia y querer saber tanto la criatura como el Creador. Conténtese con el uso de ellas y después déle gracias á Dios, que le aseguro que no sabrá poco. Así responde Pedro Gassendo á la soberanía ó altivez de Renato Descartes en la meditación 2, duda 8. Sírvete de oirle, que lo dice bien: *Ita videtur instituisse Deus Optimus Maximus, cum et naturam condidit, et nobis usuram illius concessit.* Descubriónos la quina, ó por mejor decir, su uso: no quiso que supiéramos cómo obra, y así tengo por vanidad, ó por tiempo mal gastado en todos aquellos que lo han querido averiguar. Prosigue Gassendo: *Etenim quidquid fuit nobis de re unaquaque nosse necessarium illud nobis apertum fecit, tribuendo rebus proprietates, per quas innotescerent, et nobis sensus varios, quibus illas apprehenderemus, at facultatem interiorem, qua de ijsdem iudicaremus. Quod ad internam vero naturam, et quasi scaturiginem, illam, ut nobis cognitu, non necessariam, occultam voluit, et nos, cum nosse affectamus, aut præsumimus intemperantia laboramus. Non sane, quod nosse, et pulchrum, et desiderabile non videatur: Sed eo nempe modo, quo pulchrum,*

ac desiderabile est, ut alas habeamus, aut in perpetua iuventute simus Siquidem, at ista, ita illud quoque, aut exoptare, aut sperare, intemperantis, et naturæ suæ conditionem ignorantis animi est. Et quodnam sane foret discrimen inter Deum, et hominem, si foret homo conscius omnium, quæ in ipsis Dei operibus sunt? Si gloriari posset se totam alicuius naturam ita habere perspectam, ut Deus de ea nil cognosceret amplius?

25. Pudiera, con autoridad de muchos doctos, así en Filosofía como en Medicina, confirmar todo lo dicho; pero considerando que los más que leerán este papel han de ser dogmáticos racionales, á quienes la autoridad les hace poca fuerza, por estar enseñados á averiguar las cosas con silogismos demostrativos, como ellos dicen, quiero poner un silogismo (por si acaso echan menos que no hable en su lengua) para ver cómo se desembarazan de él con sus distinciones escolásticas. Arguyo así: Para que el entendimiento humano (dejo las demás potencias, pues á ellas no les toca) forme idea ó juicio perfecto (sea la entidad que tú quisieres) de una cosa, según ella es en sí, es necesario que en el entendimiento humano haya criterio, virtud, potencia ó facultad, que todo es uno, para poderlo hacer: *sed sic est*, que en el entendimiento humano no hay criterio ó facultad para formar idea ó juicio de la esencia de la menor entidad que contiene el universo; luego el entendimiento humano no puede tocar las cosas como son, ni menos encontrar con verdad alguna, supuesto que no tiene fuerzas para ello. La mayor no la puedes negar, porque si te preguntan: ¿por qué el hombre es racional? has de responder, quieras ó no quieras: porque tiene potencia raciocinativa. Lo mismo habrás de responder del fuego y de las demás entidades que están en potencia para sus actos. Si tuvieres atrevimiento (que me parece que no lo harás) de negar la menor, te pido que me respondas al texto de Salomón en el cap. 8 del Eclesiastés: *Et quanto plus laboraverit ad querendum, tanto minus inveniat: etiam si dixerit sapiens, se nosse, non poterit reperire.* La consecuencia no la negarás, porque aunque te confiese que no es silogismo demostrativo, asiento que es silogismo necesario, y que concedidas las premisas, si no eres terco, la habrás de conceder.

26. Me parece que ya estoy oyendo algún dogmático racional ó peripatético, que todo es uno, el cual me objeta en esta forma: si el silogismo propuesto tiene tanta fuerza, que no se puede negar la consecuencia por la fuerza que tienen las premisas, ¿para qué es negar lo mismo que se está confesando, de que el silogismo es verdadero? Respondo: yo no digo que el silogismo propuesto sea demostración, como quiere Aristóteles, esto es, de premisas ciertas y evidentes: *Et quod aliter se habere non possint.* Lo que digo es que es un silogismo necesario, tal vez *proximus demonstrationi* (que es lo que basta en este mundo para poder decir que se sabe algo), supuesto que te ves embarazado en

poderlo desatar, que á mi modo de entender es lo más que da de sí el arte silogístico. Y esto basta para que las facultades tengan el nombre de ciencias, y que los hombres se ocupen en ellas, como dice el Eclesiastés, no para que sepan y conozcan las cosas por sus causas, como quiere Aristóteles con la demás turba dogmática racional.

27. Ahora sólo resta que se responda á las objeciones con que con gran fausto y aparato suelen los dogmáticos racionales aterrar á los escépticos ó Pyrrhónicos; y es el Aquiles de ellos el que se sigue: *Vel scitis nullam dari scientiam, vel nescitis: si nescitis, qua temeritate id proponitis? Si autem scitis, ergo de hoc saltem datur scientia, quod sciatur nihil.* Y por consiguiente, será falsa aquella proposición: *Nil sciri, vel nullam dari scientiam.* Con estas frioleras ó sofisterías suelen tener embobados los dogmáticos racionales á los que siguen su bando; pero los escépticos se ríen de semejante modo de argüir, y responden con gran frescura: No somos los escépticos tan desatinados que intentemos quitar la familiaridad y común costumbre de hablar de los hombres, con la cual decimos y afirmamos que sabemos muchas cosas; y del mismo modo confesamos que hay ciencias experimentales y aparentes; y en este sentido respondemos que sabemos, que no sabemos nada (esto, se entiende, en sentir de Aristóteles), y por consiguiente, que se dan algunas ciencias; pero no confesamos que sabemos eso con ciencia Aristotélica, porque tenemos averiguado que los fundamentos de toda la ciencia Aristotélica no son sólidos, pues pesada cualquiera proposición de Aristóteles, es imposible que tenga los requisitos que él quiere. *Certa, vera, et evidens per demonstrationem comparata.*

28. Y porque no eches menos la forma escolástica, te quiero responder á este argumento (en el que dices que estriba toda la secta dogmática racional) con los mismos términos que usan los peripatéticos en sus disputas: y así respondo en forma á la consecuencia que sacas: *Ergo nihil scitur, Distingo consequens. Nihil scitur Peripatetice, et Dogmatice, concedo consequentiam. Nihil scitur Sceptice, et Pyrrhonice, nego consequentiam.* De modo que esta proposición: *Nihil scitur*, los escépticos no la tienen por evidente, como no tienen por evidente ninguna de las ciencias naturales: sólo se contentan con la apariencia, verosimilitud ó probabilidad de las cosas. Y así, cuando confiesan que *nihil scitur*, va envuelta esta proposición con todas las demás que niegan. Un ejemplo te lo dará á entender. Purga un médico á un enfermo, pero la purga es de tal calidad, que sacando del cuerpo los malos humores también se saca ella. No sé si por ser ejemplo del mismo Pyrrhon te agradará; si te desagradare te doy licencia que te vuelvas á tu secta dogmática racional, y que te des de calabazadas en buscar con Aristóteles el *quod quid erat esse rei*, pues más valen dos silogismos bien hilados que todo lo que estos filósofos viejos discurren en

sus contemplaciones, supuesto que jamás encontraron con la verdad.

29. Concluyo el capítulo diciendo que Hipócrates lo que quiere decir por estas palabras: *Iudicium difficile*, es que el hombre no tiene criterio, potencia ó facultad en su entendimiento para poder conocer la esencia de la entidad más mínima que contiene este universo. Si te hiciere fuerza esto, vuelve á leer otra vez el cap. 1º del Eclesiastés, y verás cómo el Espíritu Santo, por medio de Salomón, te dice lo mismo: *Cunctae res difficiles, non potest homo eas explicare sermone.* De estas mismas palabras inferirás que Hipócrates no fué de la secta de los dogmáticos racionales sino de la de los escépticos, los cuales se contentan para ser doctos con las apariencias, verosimilitud ó probabilidad de las cosas: porque de lo contrario, de quererlas averiguar cómo son, además de ser altivez es tiempo mal gastado. Repara en todas las obras de Hipócrates y verás qué poco tiempo gasta en averiguar esencias. Lo más que te dice y enseña en esas epidemias, aforismos, pronósticos y coacas, es: *Memoria eorum, quæ sæpius, et eodem modo visa sunt.* Y esto basta y sobra para ser uno buen médico, sin que se quiebre la cabeza en averiguar *in quo consistat morbus: an in positivo, vel privativo*, pues Demócrito (que sabía un poquito más que Aristóteles) en cierta ocasión, viendo disputar con grande vocería á unos filósofos sobre la esencia del hombre, se rió de ellos como acostumbraba y lo definió de esta manera: *Homo est id, quod omnes scimus.* Pues te aseguro que si te empeñas en definirle cómo él es en sí (no contentándote con lo que dice el nombre), que te meterás en un laberinto que tal vez no saldrás de él: si no es que quieras imitar al otro médico muy preciado de definidor, que para decirle á un enfermo que comiese unos caracoles, para huir del nombre significativo, le dijo así:

Terrigenam, herbigradam, domiportam, sanguine cassam, manducabis.

San Clemente Alejandrino en sus Estromas, lib. 8, reprende todo esto y hace burla de los que consumen el tiempo en querer averiguar las cosas por sus esencias: *Querenda* (dice) *potius nomina perspicua, quam rem, utcumque ob oculos ponant, quam obscura illa, quibus Philosophi res non illustrant, sed obrruunt. Age ergo* (prosigue) *propositum sit nomen Solis, dicunt itaque Stoici eum esse intelligens vinculum ex aquis marinis. An nor est ergo oratio, seu diffinitio ipso nomine obscurior, quae alia demonstratione indiget, an sit vera? Melius est ergo dicere communi, et aperta oratione: Solem nominari, id quod est splendidissimus eorum, quae Cœlum obeunt: est enim, ut opinor fidedignior, et apertior, et quam omnes similiter confitentur homines haec oratio.* Ultimamente, siendo Hipócrates escéptico en el modo de filosofar, no dudes que en Medicina fué empírico. El mismo Galeno confiesa todo esto

en el libro de *Subfiguratione Empirica*, al cap. 3, con estas palabras: *Ut qualis in omnibus vitae muneribus Scepticus, talis in Medicina Empiricus sit.* Y si como tengo probado que Hipócrates gobernó su medicina por la filosofía de los escépticos, los cuales no se meten en disputar ni averiguar las esencias de las cosas, contentándose sólo con las apariencias, ¿para qué es hacer á Hipócrates cabeza de la secta de los dogmáticos racionales (cuando no se atreve á definir si la nieve es blanca), cuando estos no sólo se contentan con averiguar y saber todas las cosas por sus causas sino es que se pasan más allá, pues tratan de posibles é imposibles como se los enseñó Aristóteles, su corifeo? Dejo esto, no sea que buscando el juicio de Hipócrates pierda yo el mío, pues tan inaccesible nos lo propone el buen viejo en este aforismo: *Iudicium difficile.* Tengo lo más andado; quiero descansar un poco con Ovidio:

Pars superat cepti, pars est exausta laboris:
Hic teneat nostras ancora iacta rates.

CAPITULO SEXTO.

NEC SOLUM SE IPSUM PRÆSTARE OPORTET OPPORTUNA FACIENTEM.

1. Habiendo Hipócrates ponderado la brevedad de la vida, lo dilatado que es el arte, la celeridad con que pasa la ocasión, lo peligroso que es la experiencia, y sobre todo, cuán dificultoso es el juicio, prosigue su aforismo y dice: que no basta el que el médico cumpla con la obligación de su ejercicio en aplicar y hacer lo que conviene con el enfermo; más es menester. Ya lo dice en el aforismo mismo en las palabras que se siguen. Pero como Hipócrates habla tan sucinto y con tanta brevedad, será fuerza el detenerme algo en aclarar lo que con tanta brevedad nos enseña. Supone Hipócrates en este aforismo al médico consumado en su arte; porque de otra manera no sabrá con perfección curar sus enfermos. Pero porque el aforismo por su naturaleza es una sentencia breve, y necesita de explicación (supuesto que su autor no hace más que insinuarla), veamos si en otra parte se explica más Hipócrates, y nos declara que ha de tener un médico, para que se pueda decir de él que tiene las prerrogativas que se requieren y que sabe curar con perfección; que á eso aluden las palabras: *Oportuna facientem.*

2. Tres cosas quiere Hipócrates que tenga un médico, para que se pueda decir de él que sabe su arte y que le ejercita con la perfección que debe: la primera toca al alma, la segunda al cuerpo, la tercera toca á las costumbres con que se porta con los enfermos y con lo restante del comercio humano. Vámoslas explicando de por sí. En lo que toca al alma, digo: lo primero que ha de tener un médico para que se pueda decir que sabe su arte con perfección. ha de ser sabio, que así lo quiere Hipócrates, pues en el libro que escribió de *Decenti ornatu*, dice: *Quapropter singula prædicta suscipere oportet, et sapientiam transferre ad Medicinam, et Medicinam ad sapientiam.* Tan hermanadas están las dos. Y luego prosigue hablando en su Gentilismo: *Medicus enim Philosophus est Deo æqualis. Neque enim multa est inter ipsos differentia.* Pues todo lo que se requiere para que uno sea sabio se halla en un médico, suponiendo que sepa su arte con perfección. Pero el caso es, que se ignora qué es lo que es menester para ser sabio ó para ser médico, que Hipócrates dice que hay poca diferencia. Oye, pues, ahora de Próspero Marciano, que comenta el libro citado; y de Gaspar de Reyes en su *Campo Eliseo*, en la cuestión 2ª, núm. 12, los cuales pintan lo que ha de saber un médico para serlo.

3. Lo primero, ha de saber con perfección la lengua latina. En nuestra región hay gran falta de esto, pues los más se van á estudiar facultades á las Universidades sin acabar de estudiar el libro cuarto: en esto nos llevan gran ventaja las naciones extranjeras. Ha de saber la lengua griega, pues los autores más clásicos de nuestra facultad, v. g. Hipócrates, Galeno, Paulo Aecio, Celio Aureliano, Traliano y otros muchos, escribieron en ella. Valles, Vega y otros muchos complutenses pusieron gran cuidado en saberla con perfección, y así comentaron tan altamente á Hipócrates y á Galeno. Ha de saber el médico filosofía natural, no de la que se usa en las escuelas, pues á un médico poco le aprovecha saber si el ente trasciende las diferencias, si la materia puede estar sin forma de poder absoluto, y si la individuación se toma de la materia *signata quantitate.* Ha de saber retórica, pues ya nuestro Valles conoció y experimentó que sin ella quedaba manca la Medicina, pues el alivio de un enfermo consiste muchas veces en la afabilidad con que el médico le sabe persuadir y consolar, y sin retórica no se hace esto: *Moderandi etiam animi motus, est ars quaedam,* dice en el libro I de su Método, al cap. 15. Ha de saber su poco de Astrología; no hablo de la judiciaria por estar condenada por la Iglesia. Geometría, por ser parte de la Astrología. De que Hipócrates, Galeno y Avicena supieron algo de esto, no hay quien lo dude, pues las crisis y días decretorios van gobernados por estas ciencias. Ha de tener noticias de las demás ciencias matemáticas para ser médico perfecto. Ultimamente, para ser médico consumado ha de saber y tener noticia

de todas las ciencias naturales. Oye ahora á tres autores de buena nota que confiesan todo esto. El primero es Valesco de Taranta, citado por Reyes, el cual dice: *Hic iuri optimo perfectum Medicum, non nisi ex omni doctrinarum encyclopedia constare posse, atque illi deberi.* El segundo es San Isidoro (y lo mismo siente Erasmo), el cual dice: *Medicina scientia est, non una, aut altera, sed omnium consortio doctrinarum consummata.* El tercero es Porfirio, el cual habla así de la Medicina: *Hæc est Ars, cui se se omnis pariter sapientia debet.* Y á la verdad, si no fuera esto así, no hubiera Homero honrado tanto á los profesores de la Medicina, pues se dejó decir en este verso:

Doctior est cunctis Medicus mortalibus unus.

De la ciencia que más en particular quieren los médicos de nuestros tiempos que esté adornado un médico para serlo, es la Anatomía; y así debe poner el médico todo el cuidado en saberla, porque aunque es verdad que esta ciencia más pertenece á la Física que á la Medicina, como sienten Junquen, Bartolino y Pancracio, en medio de todo esto, como se supone que el médico, para serlo, ha de ser filósofo ó físico, y éste por su instituto tiene obligación de saber la constitución del ente natural, de ahí es que el médico, no por la Medicina que sabe, sí por la Física, debe saber Anatomía, en particular la que toca á la fábrica del hombre, por ser el objeto principal en que se ejercita. A Galeno le pareció que la Medicina padecía algún desdoro en decir que la facultad anatómica más pertenecía á la Física que á la Medicina; y así la dividió en Física y Médica. Todo esto tiene poca fuerza, pues los lógicos, así en sus precisiones formales como objetivas, se reirán de todo esto. Lo cierto es que el médico debe saber la Anatomía que es menester para su ministerio, ahora lo sepa como físico ó como médico. Y da la razón Bartolino en el proemio de su Anatomía reformada, con estas palabras: *Tum, ut sanitatem melius tueri, et ægritudinem profligare possit: neque quis quam Physicus esse, aut dici potest, nisi hanc, ante omnes doctrinae physicae partes, artem ad unguem calleat.*

4. Pero sepamos qué nos quiere decir Bartolino en estas palabras: *Nisi hanc artem ad unguem calleat.* Confieso de mí, que lo más del tiempo que há que ejercito la Medicina, siempre he andado sobre este punto con la cruz á cuestas (como dicen) sin saberme desembarazar del falso perjuicio que tiene concebido el vulgo: y lo peor de todo, los más de los médicos, de que el médico que no sabe bien Anatomía no puede ser buen médico, ni menos ejercitar su arte bien. Por otra parte, viendo lo que han trabajado los médicos extranjeros en esta materia (en particular en el siglo pasado), se aumentaba más mi duda, pues me persuadía á que estos hombres, á no ser tan útil la Anatomía como ellos nos pintan, no hubieran gastado la mayor parte de su vida en ma-

tar tantos perros y gatos, y abrir tantos cadáveres como trae Teófilo Bonet en su Sepulcreto; y los que perecieron en el incendio que padeció la casa de Tomás Bartolino en Dinamarca, cuando se quemó el mismo trabajo como él se lamenta. Después de todo esto aún crecía más mi confusión, contemplando el trabajo de Godofredo Bidloo, el de Harveo, de Manget, ó de los autores que compusieron la Biblioteca Anatómica: el desvelo de Marcelo Malpigio, pues no dejó en los tres reinos mineral, vegetal y animal, entidad que no le averiguase su descendencia. Pues qué diremos de Ricardo Lober, empeñado en escribir un tomo sólo *de Corde?* Y á Tomás Willis, en querer averiguar con Anatomía la harmonía tan maravillosa que se contiene dentro de la cabeza. Dejo á Estenon y á Baglivio con otros muchos, ocupados en sus fibras motrices, intentando con su Equilibrio ó Medicina Estática echar á rodar la medicina de Hipócrates, trabucándola de tal manera, que ya no quieren que las enfermedades consistan en lo fluido, si no es en lo sólido. Y sobre todo, lo que más me metía en escrúpulo (que era lo peor de todo), era el ver la eficacia con que persuaden (los que han gastado el tiempo en este ejercicio) que no se puede saber medicina sin ser grande anatómico. A esto se juntaba la autoridad de Hildano, que dice: *Anatomia est clavis, et clavus totius Medicinae.* Y la de Miguel Emullero: *Anatomia est oculus dexter Medicinae.* En este laberinto estaba metido, cuando levantando un poco la consideración vuelvo atrás y digo: que si Tomás Bartolino intenta persuadir con estas palabras: *Nisi hanc artem ad unguem calleat,* que el médico que no supiere ó su Anatomía, que nos dejó impresa, la de Dionis ó la de Manget, que es la más dilatada, porque las contiene todas, no será médico perfecto. Desde luego te confieso que Hipócrates fué un pobre médico, pues la Anatomía que supo fué cortísima, como consta de sus escritos, pues ignoró el movimiento circular de la sangre, ignoró las venas lácteas, vasos linfáticos, venas subclavias, suco pancreático, suco nutricio, y otros muchísimos inventos nuevos, los cuales por no cansarte no te los refiero. Y en medio que ignoró todo esto, fué y es el mayor médico que han conocido todos los siglos: luego para ser buen médico no se requiere tanta Anatomía como quiere Bartolino: *Ad unguem calleat.*

5. Si te se antojare el decir que Hipócrates ya olió de estos nuevos inventos algo, digo que le arrastres muy en buena hora como hace Waleo y otros muchos, pues le hacen decir lo que no soñó; y si lo soñó, fué como el sueño de Séneca el Trágico, pues le hacen el primer descubridor de las Indias sólo porque dijo: *Nec sit terris ultima Thulæ!* Como á Hipócrates, porque dejó escrito en el Libro de Alimento: *Circulo enim facto principium non invenies,* primer inventor de la circulación de la sangre; no reparando que quitan el crédito por una parte á Harveo, y por otra á Américo Vespucio y á Colón. Que no se requie-

ra tanta Anatomía para ser buen médico como quiere Bartolino, me parece que es evidente. Y si no, pregunto: ¿adónde hay vida para saber de memoria (no propongo la de Manget, la cual, además de ser larga es la más pesada,) lo que en la suya reformada trae con tantas menudencias é impugnación de sentencias? Pues aunque tuviera un médico la memoria artificial de Raimundo Lulio, Carneades y Metrodoro, parece imposible el poder dar cuenta de ella, y con todo esto dice el buen Bartolino: *Nisi ad unguem calleat*, no puede ser buen médico.

6. Cierto que fuera sumo desconsuelo para los pobres médicos que no han tenido la dicha de haber nacido cerca de esos teatros tan célebres en donde con tanto primor han descubierto con la Anatomía los nuevos inventos, que en sus escritos con admiración de todos nos han dejado, si no supiéramos que sin ellos puede un médico ser grande, como lo fué Hipócrates, Galeno, Avicena y Valles y otros muchísimos, sin tener la menor noticia de todos sus nuevos descubrimientos. Grembs dice bien en su primer libro de *Usupartium*, capítulo último, § 13: *Hoc studium Anatomicum ante mille annos non erat tam celebre et forsan cura felicior.* Y si no, vámonos llegando, como dicen comunmente, á las dagas. Pregunto: de los médicos anatómicos más célebres que ha tenido el siglo pasado, no es uno Guillermo Harveo? Nadie lo niega, en Anatomía todos le dan la primacía. Y pregunto: en la práctica médica, qué tal fué? No quisiera que me notaran de maldiciente: todos los médicos londinenses que le conocieron, le notaron de corto médico en la práctica. Oye ahora á Gedeón Harveo, médico de rey y reina de Inglaterra, lo que dice de él en su libro Aureo, *de arte curandi morbos expectatione: Cuius specimen tibi sum traditurus, in quodam, qui huius ævi felicissimus fuit Anatomicus, licet medicus nequaquam insignissimus: Guilielmus nempe Harveus, cuius sinistrum iudicium carbone nigro notandum est, etc.* Lee las Observaciones de Rayton y del Letrado, que se siguen inmediatamente á estas palabras, y verás qué lucido salió de ellas con toda su Anatomía Harveo. Concluye Gedeón, pareciéndole demasiado rígida la censura, y le da á Guillermo Harveo toda la gloria mundana que merece por lo mucho que nos enseñó con sus nuevos inventos anatómicos. Dice así: *Nihil dubitandum, quin Doctori Harveo Anatomicorum aliorumque felicissimorum detectorum ratione, sibi primum inter omnes id ætatis Medicos locum iure vendicare liquerit: alijque ante, et post, cum insignem progressum fecerint, canes, et feles secando, item vitulina capita, et ovilla viscera dissecando: attamen pauci ex his, quando se praxi exercent, vix sagacitate donati sunt, morbos dignoscendi, ipsorum intuitu oblatos impendio minus curandi eos: quo curandi negotio cogitabundus Medicus longe illis superior est, licet garrulus Medicus Anatomicis prætextibus opinionem humani generis sibi vendicet.*

7. Lo mismo siente de Guillermo Harveo, Gerardo Goris, médico en

la Universidad de Leiden, en su libro intitulado: *Medicina contempta*, el cual imprimió el año de 1699 en dicha ciudad; pues afirma con Gedeón, que Guillermo Harveo fué grande anatómico, pero que en la práctica médica fué infelicísimo. Y lo funda en razón, porque así la Anatomía como la Botánica son facultades que piden toda la vida de un hombre, si las quieren saber con alguna perfección. ¿Pues cómo es posible juntar con esas la medicina que Hipócrates dice en este aforismo: *Ars longa*, y saber por experiencia que pide toda la atención de un médico? y después de todo esto, querer ser grande en Anatomía, Botánica y Medicina? Y así Goris dice bien, hablando de los médicos que gastan demasiado tiempo en averiguar las menudencias de la Anatomía: *Dumossa, frangunt, mucleum perdunt*. No porque el saber todo esto sea malo, sino es porque divierten al médico de su principal instituto, que es la práctica. Y aunque es verdad que tengo ponderado que el médico debe tener conocimiento de todas las ciencias naturales, pero eso no se entiende que ha de saber cada una de ellas con aquella perfección que pide su principal instituto, que es la práctica médica, pues para dar algún alcance á ésta, dice Hipócrates: *Vita brevis*. Miren qué será si se empeña en querer saber las otras con algún cuidado. Aristóteles dice bien: *Non debere in Geometria desiderari cognitionem alterius disciplinæ, quæ aliena est a Geometria*. Concluye Goris dando razón de todo esto: *Sic pariter a Medico tantum debet expectari exquisita suæ Artis cognitio. Medicinæ enim castra sequentibus est symbolum*. Non qui multa, sed quid utilia scit sapis.

8. Vamos ahora con otro de no menos literatura que Guillermo Harveo, y sea Tomás Willis, uno de los ingenios más relevantes que ha tenido el siglo pasado así en Filosofía, Anatomía y Medicina, como en las demás ciencias naturales que acompañan á un médico consumado, como quiere Hipócrates. Nadie duda que este autor, en lo que toca á la Anatomía, en particular de la cabeza, fué el que más bien afiló los instrumentos anatómicos que se requieren para hacerla, como también el que más bien cortó la pluma para pintarla. En prueba de todo esto, véanse los Tratados anatómicos (después que él escribió) impresos en varias partes, y se verá que llegando á tratar de la Anatomía de la cabeza, se valen de su idea y de su delineación. Pues veamos ahora cómo explicó en la teórica que nos dejó, los afectos capitales. Confieso que he leido algunos autores sobre esta materia (no lo admitas por exageración), pero me parece que es casi imposible el que pueda el entendimiento humano adelantar más. No sólo en estos afectos capitales, sino es también en los restantes que padece nuestro cuerpo, si los lees con atención, hallarás el que en su modo de filosofar y anatomatizar, á nadie es segundo. Me persuado que son muchos de este sentir: *Rumpantur licet ilia Codro.*

9. Vamos ahora á ver su práctica después de tanta Filosofía, Anatomía y Medicina teórica y demás ciencias que supo, cómo las ejercitó en Londres y en Oxonia. Un Embajador de Inglaterra (padre de D. Diego Stanhope, á quien todos hemos conocido en esta Corte,) á quien comuniqué en algunas ocasiones, me dijo que conoció en Londres muy bien á Willis y á Sydenham, ambos médicos de la Sociedad Anglicana, y preguntándole acerca del juicio que tenía hecho de entrambos en cuanto á su literatura, me respondió: que en materia médica-teórica llevaba grandes ventajas Tomás Willis á todos los demás médicos de la Sociedad; pero que en la práctica era infeliz: y así, que Tomás Sydenham en la práctica los excedía á todos, pues se llevaba todo Londres por lo feliz (en particular en las calenturas) que era en su modo de curar. No gastó Tomás Sydenham tanto tiempo en averiguar con la Anatomía la fábrica del hombre y de otros animales, como Bartolino y Willis; y quizás por esto fué más feliz en la práctica, por ocuparse en lo que más importaba. Ya se disculpa él y culpa á los que consumen la mayor parte de su vida en ser demasiadamente curiosos con la autoridad de Hipócrates en lo de *Veteri Medicina* (si acaso dicho libro es suyo), la cual trae en su Tratado de *Hidropesía*. Dice Hipócrates: *Medici quidam Sophistæ dicunt, quod impossibile est cum Medicinam cognoscere, qui non novit quid sit homo, et quomodo primum factus, et compactus est. Ego vero ea, quæ ab aliquo Sophista, aut Medico de natura dicta, aut scripta sunt, minus censeo ad Artem Medicam spectare, quam ad pictoriam.* Fuése Acrón Agrigentino ó fuése Hipócrates el autor de este libro, bien cierto es que no era dogmático racional con lo que aquí confiesa.

10. En esta autoridad (dice Sydenham) no dice Hipócrates que la Anatomía no sea conducente al médico (como algunos falsamente han pensado), pues sin saber un médico la composición ó estructura del cuerpo humano, será muy dificultoso el que pueda curarle. Y así pone el ejemplo en los afectos de riñones, diciendo que el que ignorare la fábrica de ellos, cometerá mil yerros en la curación. Lo que Hipócrates quiso decir en esta autoridad (dice Sydenham), es que los médicos no pongan demasiado cuidado en la disección de los cadáveres, pensando que por eso han de saber más bien Medicina práctica. pues ésta mejor se aprende con la observación de los fenómenos naturales, y con el axioma *A iuvantibus, et nocentibus*, que con toda la Anatomía de Adriano Spigelio y la de Manget. Oyele ahora en el mismo Tratado de Hidropesía, y verás cómo te desengaña y enseña la Anatomía que has de saber para cumplir con el oficio de médico y serlo con perfección. Dice así: *Quam ob rem ne ita homines in cadaverum dissectione præcipuam locarent operam. tamquam exinde potius, quam phenomenon naturalium, ut et iuvantium, et ledentium diligenti observatione promoveri possit Ars Medica: id opinor, ut maxime caveri in loco prædicto voluit Divinus Senex,*

non autem generalem fabricæ humani corporis notitiam carpere, et sugillare. Lo que te suplico es que notes estas palabras: *Generalem fabricæ humani corporis notitiam;* y que Sydenham, siendo tan gran práctico (cual después de Hipócrates no conozco otro), no quiso saber más para el gasto de casa.

11. Volviendo, pues, á Tomás Willis, digo que en Anatomía y Medicina teórica fué tan grande como demuestran sus escritos; no es menester más prueba que leerlos. Pero como la práctica médica va por otro camino, se puede componer el que fuese grande en lo uno y no en lo otro, por ser hábitos distintos. Y así hemos conocido en nuestros tiempos, en nuestra España, algunos médicos de gran literatura: más claro, grandes escolásticos, pero en la práctica muy cortísimos. No los nombro por mi modestia y porque no es de mi genio el ofender. Y si me arguyes que saco á la calle las faltas de Harveo y de Tomás Willis, te respondo que culpes á sus compañeros médicos londinenses y regios, los cuales, además de decirlo, lo han impreso en Amsterdam y en León de Holanda, y lo han hecho público por todo el Orbe. Oye ahora á Gedeón Harveo, que tiene más voto que el embajador, lo que dice de Tomás Willis en su Arte *Expectationis*, al cap. 26: *Uvilisius, qui subtilitate, et concinnitate plura prae manibus egregia phaenomena sensu quodam nova adumbravit, ad Antiquorum remedia tamen ea accomodavit, ideo ut de curandis aegris pessime audiverit, quamvis praxeos Medicae copia inclaruerit, eadem cum caeterorum Medicorum caterva in usum asciscens.* Luego no es menester tanta Anatomía para ser buen médico como quiere Bartolino: *Ad unguem callere*, supuesto que Tomás Willis, siendo tan experimentado en ella, no fué tan feliz en la práctica como Tomás Sydenham con menos Anatomía.

12. Ricardo Lover y Short fueron dos médicos anatómicos y de gran crédito en la Sociedad Británica. De Lover ya tenemos noticia por el tratado tan insigne que escribió *de Corde*. De Short no nos consta más que fué grande anatómico. Estos dos médicos, viendo el buen suceso de la quina en las calenturas intermitentes, quisieron dilatar su jurisdicción á las continuas y malignas, pero con tan mal suceso que dice Gedeón Harveo en el cap. 28 de su Arte *Expectationis: In quem finem* (pinta primero los malos sucesos que tuvieron los enfermos que curaron) *centenis aliquot patientum cum ignoranter, et audacter administrarunt, de quibus febri vere continua torsis vix ullus evasit sospes, sed damnati sunt omnes praeter eos paucissimos, qui aut validis constabant viribus.* Concluye Harveo el mal suceso que entrambos tuvieron, por seguir esta mala práctica: *Cuiusmodi audatiae, temeritatis, et cum corio humano lusus eorum uterque pœnas luit sumendo chinchinam in febre continua ab helluatione, et temulentia perenni orta, quae nono, vel undecimo die, aut circiter, utrumque e medio substulit.* Más bien les hu-

biera estado á entrambos el saber menos Anatomía y más Medicina, pues con eso no hubieran jugado sus vidas á la quina, como los otros á los dados, pues con saber la Anatomía tan maravillosa que nos pinta Lover del corazón, no basta para saber curar una calentura continua ni menos una terciana, por exquisita que sea.

13. En algunas ocasiones, embutido de mis falsos prejuicios, hice poco aprecio de los escritos de Gedeón Harveo, pero después que con atención leí en particular el tema del libro *de arte curandi morbos expectatione*, y las verdades tan desnudas que en dicho libro se contienen, suspendí mi juicio y conocí que este médico me desengañaba en Medicina de muchas falsedades que yo tenía concebidas en mi cabeza: y una de ellas era, que me consideraba falto de Anatomía, por no haber abierto en toda mi vida con mis propias manos más que siete cadáveres, bastantes, como dice Sydenham, para conocer lo general de la fábrica humana. En esta confusión estaba metido, cuando leyendo el cap. II de su Arte, al núm. 2, me consolé cuanto fué posible, y salí de una vez de la duda en que me habían puesto los anatómicos, de que no podía ser buen médico el que no estuviera muy versado en la disección de los cadáveres. Vuelve Gedeón por Hipócrates y su medicina, haciendo burla de los que gastaron su humido radical en destripar gatos y perros. Lee el cap. II de este libro, que es en donde vacié sus palabras, y verás qué matraca llevan los señores anatómicos.

14. Ultimamente, enfadado Harveo de ver representar tantas tragedias en los teatros anatómicos, prorrumpe contra los representantes así en el cap. 29 de su libro: *Porro ne tempus inutiliter Anatomicis frivolis explorationibus, microscopijs, siphonibus, et dioptris allucinando conterant, quo plebem infidem traducant, quod necessario morborum curandorum peritia praestent (licet remediorum sunt ignorantissimi) quia phaenomena quaedam novissima in lucem produxerint, e discandis cadaveribus, quo artificio forsan centenos aliquot vita defraudarunt, quum tamen uti antea propalatum fuit: summi Anatomici plerumque sint infelicissimi Medici.* En Londres se escribió este libro, en donde está el primer teatro anatómico de la Europa; su autor, Gedeón Harveo, médico de rey y reina. Si te disonare lo que dice, cúlpale á él, no á mí que lo refiero, pues lo tiene esparramado por todo el Orbe con buena imprenta.

15. Veamos por último qué siente Jacobo Lemort acerca de este punto, pues por ser holandés y médico de la Universidad de Leiden (en donde se bate bien el cobre de la Anatomía), será muy posible que nos acabe de desengañar y nos diga con claridad si esta ciencia anatómica es tan útil y necesaria como quiere su competidor Baglivio, para ser un médico perfecto en su arte, ó de tan poca monta como quiere Gedeón Harveo con otros muchos. Siempre voy hablando

de lo supérfluo, no quiero decir que el médico no sepa la Anatomía que conduce para su ministerio. A mí me parece que este autor, que lo tengo por de buen juicio, como lo demuestran sus escritos, dice más bien que todos lo poco útil que se saca de gastar demasiado tiempo en esta ciencia anatómica, para ser perfecto médico. Y si no dime: ¿para qué es tanto aparato de instrumentos de varias materias, como traen al retortero los anatómicos en sus teatros? Lemort lo dice en su «Chimica comparata:» *Cereæ, metallicæque vasorum Anatomicorum operæ, quid utilitatis attulerint, nemo facile dixerit, nisi ut Tironibus, et plebeis admirationi sint, at que Theatrorum Anatomicorum ornatum constituant. Extra constitutionem naturalem posita præparata scientiam praebent cadaverosam, imo damnosam ad hasce leges referre motum partium, insanire esset. Mirandum* (dice) *quod tantopere illis praeparatis dictis, thesauros nature, quasi effodientes plurimus sumptus, et tempus non modicum ijs impendentes, donec tandem doctiores facti confiteri cogantur, se magno molimine magnas nugas peperisse.*

16. Supongo que las ciencias, como tengo notado en otra parte, se instituyeron en el mundo para el uso humano; pero pregunto: de qué le sirve á un médico saber tanta Anatomía como nos demuestran en sus Tablas Espigelio, Manget y Bidloo? Porque después de sabido todo esto, le falta mucho al médico para serlo, y aun lo principal, que es lo fluido del cuerpo, y en esto los anatómicos no han dado una puntada, ni sé yo que sea fácil que la den. Dicen que sirve (ya que el médico no quiera saber tanta) para alabar á Dios, pues por medio de ella se viene en conocimiento de su omnipotencia, pues así lo cantó David en el Salmo 138: *Confiteor tibi Domine, quia tuae sapientiae magnitudinem declarasti in mei corporis fabrica.* Bien está esto; pero yo tengo entendido que un médico faltará á su obligación si deja de visitar á sus enfermos por querer ser santo, pues que así gasta el tiempo en estudios inútiles, como los más de los anatómicos hacen. Y si te pareciere que ando demasiado rígido, oye á Lemort en el tratado citado y verás cómo los trata aún con mayor aspereza: *Ad minima* (dice) *enim transeunt vascula, etiam capillares fibrillas, milliares glandulas, et reliqua similia attingentes, et semper de novis hactenus inauditis ostentationes protrudant, gloriolae magis, quam humanae utilitates cupidi: mille nomina barbara imponunt, minutias suas magnifico, aut sordido modo decantantes, cum revera, nec ad praxim, nec ad chyrurgiam faciant similes quisquiliae, nisi ut operosior reddatur Anatomia, oculos hoc modo, et aures pascens, nil agens. Curiositati autem, et diligentiae eorum esset condonandum, si interim meliora neglectui non haberentur, quod plerumque accidit curiosa, non utilia prosequentibus.* Me valgo de la autoridad de este autor por tres cosas: la primera, por lo asentado que tiene su crédito entre los hombres literatos en nuestra profesión,

por la gran teoría y práctica que nos ha enseñado, pues en materia de remedios ha enriquecido la Medicina tanto como el que más; la segunda, porque criado entre la turba magna, así de los ingleses como holandeses, conoció de más cerca cuán fuera de camino iban algunos anatómicos en querer curar las enfermedades del cuerpo humano: más claro, en querer que un médico fuese perfectísimo sólo con tener exacta noticia de las partes continentes: todo lo cual es falso por no estar el daño en ellas, sí en las contenidas, aunque lo sienta Baglivio con los demás fibristas; la tercera y última, para que tengas más que impugnar si te disonare lo dicho, pues impugnando á Lemort, porque lo dice, me impugnarás á mí solo, porque lo refiero, en que no dejará de costarte algún trabajo.

17. Pero ya te estoy oyendo que respondes: es verdad que es demasiada curiosidad en algunos anatómicos el gastar el tiempo en querer saber y averiguar tanta menudencia de cosas como hay en el cuerpo humano, cuando por otra parte (siendo la vida tan breve) falta tiempo para saber lo necesario y principal. Pero (dirás) lo que no se puede negar es la aperción de los cadáveres tan útil y necesaria, así á los médicos como cirujanos, para saber con perfección el arte. Esta respuesta es de vulgo, y yo en otros tiempos también me la tragué como hoy en día se la tienen tragada los más de los médicos. Pero para que conozcas la poca fuerza que tiene tu respuesta, sírvete de oir seis médicos de buen juicio y bien versados en Anatomía, y verás cómo te quitan de la cabeza el falso juicio que tienes concebido acerca de la aperción de los cadáveres para ser buen médico. Lemort, enfadado de Baglivio por verle tan oficioso en la aperción de cadáveres y tarántulas, en su *Chimica vindicata* le responde así: *Ea, quæ Anatomicis historijs inclusa ab ipso vere laborioso, ac indefesso viro* (que es Baglivio) *proferuntur, ornatum Medicinæ magnum, paucissimum autem usum practicum afferunt, adeoque inter scientias e cadaveribus peritas, referenda sunt, quæ mortem, eiusque ultimam causam ob oculos ponunt, sed non primas sanitatis fluctuationes exhibent, quæ ultimæ essent Medicæ utilitates ad praxim accomodandæ.* En su Química comparada, no contento con lo dicho, vuelve otra vez á declararnos el poco fruto que se saca para la práctica médica de la aperción de los cadáveres, y dice así: *Tandem methodice necatos Anatomico subijciunt cultro unde lethalem colligunt vitae finem, exinde causam, in illo ultimo effectu anotantes. Haec autem, quam inutilia sint conamina, demonstrare libet, ut exinde ficulnea illa argumenta* (que son los que hace Baglivio con los demás de su bando) *appareant suis coloribus depicta.* No lo quiere dejar, prosigue: *In morbi ortu corpora existere adhuc vegeta unicuique patet. Hæ vires uno impetu corruunt in malignis, successive tantum, in vulgaribus morbis. In malignis æque, ac in vulgaribus status humorum per vices, et aliquas interiectas temporis moras, perpetuo a pristina deflectunt figura, mole,*

situ, nexu, ordine. Aun lo deja dicho más bien antecedentemente en el mismo Tratado: *Sed quis tam fatuus, ut credat, ex destructa machina, in suis organis mutilata, in fluidis corrupta, mediante dissectione, sapientam Medici crescere, præsertim talis, cui principia morbi, effecta motus intestini continuati, reliquaque symptomata, nisi forsan in fine cognita fuere?* Ultimamente, por no cansarte, concluye Lemort con estas interrogaciones: *Profecto, si rem altius intueamur, quis unquam corporis ortum ex eius interitu denuntiabit putrido? Quis vinum adustum adfuisse in vapa demonstrabit? Quis fermentum in vino observabit limpido?*

18. Cornelio Celso lo dice bien claro: *Nil est stultius, quam quodque homini vivo ita est, tale existim art moriente, immo etiam mortuo.* Francisco Glisonio, en el libro tan elegante que escribió de *Rachitide*, dice: *Morbos fere omnes tractu temporis, alios diversi generis adsciscere, ideoque Chronicos plerumque ante obitum esse complicatos, ne ergo putet Medicus in desunctis corporibus quidquid præternaturale reperitur ad hunc affectum (rachitidem) pertinere necessario: forte etiam ad alterum morbum, huic ante mortem supervenientem, quam hunc ipsam recipiat.* En el capítulo de *Gibositate* vuelve á decir con más claridad: *Anatomici frequenter ad hanc cautionem non satis attenti, graviter in suis observationibus lapsi sunt, dum quæ ad alium morbum, alteri, cum quo ante obitum complicatus erat, adscripserunt.* Teodoro KerKringio, en sus Observaciones anatómicas, observación 42, es de este mismo parecer, pues dice: *Fateris mecum, Lector, latere sæpenumero in corpore morborum causas, quæ et ipse morbi sunt, quas ne suspicari quidem Medicus potest. Frequenter autem ab Anatomicis, qui eas invenerunt: observationes in lucem datae id afferent generi humano commodi, ut dum medicamenta ordinaria adsperatam sanitatem parum conferent, Medicus mentem advertat ad haec ludibria, dicam potius, quam ludos naturae, quae dum sic ludit, nobis illudit.* De quien más me maravillo es de Teófilo Bonet, pues después de haber dado al público dos tomos llenos de cadáveres abiertos (que es el *Sepulcretum*) confiesa con ingenuidad las siguientes palabras en el proemio al lector: *Flamma enim vitalis quamdiu micat omnia expansa sustinet, in ordinem cogit, a putredine, et corruptione vindicat: eadem extincta, aut ad interitum vergente concidunt, subsident, dislocantur; putredo, et corruptio humores aeque; ac solidas partes invadit, adeo ut prioris formae, non omnia supersint vestigia.* Lucas Tozzi en el proemio á su Teórica dice lo poco que aprovecha á la Medicina la aperción de los cadáveres, con las palabras siguientes: *Partem Anatomicam praeterire decreri, tum quia ab alijs potissimum a Thoma Bartholino accuratissime descripta est: tum etiam quia ub illa parum iuraminis sper are posse Medicinam cognovi, in mortuis enim animalibus omnia aliter prorsus se habent, quam in vivis.* Bastantemente queda afianzado, con la autoridad de estos seis autores, que la disección de los cadáveres es poco útil para saber Medicina.

19. Los que estudian alguna facultad con demasiado empeño, quieren reducir todas las demás facultades á ella. Refiere Tulio del otro filósofo, que ocupado en averiguar en qué consistía el alma, encontró con un músico al cual le preguntó ¿en qué le parecía que consistía el alma? y dice que respondió que en armonía. Cicerón celebra mucho el dicho, y dice: *Hic ab Arte sua non recessit.* Del mismo modo Baglivio con otros muchos, considerándose grandes anatómicos, han intentado el que la Medicina, con las demás facultades que la acompañan, sean sirvientes de la Anatomía. Porque decir Baglivio, Borrello, Pachioni, Bellino, Moor, con otros muchos, que las enfermedades no consisten en lo fluido sino en lo sólido, no es otra cosa que darnos á entender que el que no supiere Anatomía *ad unguem*, como dice Bartolino, no podrá curar bien las enfermedades del cuerpo humano, ni menos ser buen médico; y por consiguiente, que Hipócrates, Galeno, Avicena, con lo restante de los médicos que en espacio de dos mil años los han seguido, no han sabido Medicina, por haberse gobernado por lo fluido, no por lo sólido, en quien dice Baglivio con los demás fibristas que consisten las enfermedades. No es mi intento (como tengo dicho en otra parte) el impugnar ahora este sistema (además que Lucas Tozzi, Lemort, y Martín Pole, le tienen bien impugnado); sí sólo ponderar lo poco que la Anatomía da de sí en orden á la curación de las enfermedades. Lemort, enfadado de Baglivio y de todos los demás que siguen este sistema, dice: que los que así discurren son muy semejantes á los geógrafos, los cuales ponen gran cuidado en pintarnos el orbe, sus provincias de por sí, las leguas que hay de una parte á otra; pero no haya miedo que ellos se entretengan en delinear las sirtes, los escollos, los pantanos y demás pasos peligrosos que en dichas provincias ó mares se encuentran; eso lo dejan para que con su propio peligro lo experimente el que lo anda. Óyele, que lo dice bien, dándole satisfacción á Baglivio y á los que le siguen, en lo de *Fibra motrice: Geographorum humanorum vices suplent Anatomici in machina nostra, Regiones, et loca ad virum exarata, offerentes visenda eorum autem mobiles fluctuationes, tempestates, æstus reciprocos, ac innumeras alterationum observationes, non uno modo illas geographicas positiones afficientes Nautis, et itinerantibus relinquunt, ut proprio periculo prudentiores fiant, in conquirendis mercibus, in resarciendis iacturis, in vastationibus praecavendis, in defensionibus illorum corporum contra iniurias inferendas, aut illatas, etc., quae aliorum curae committunt: hinc natum* (concluye) *proverbium: optimi Anatomici, infelicissimi practici.* No prosigo esto más, por estar ya los más de los médicos de buen juicio desengañados de que cuanto más cuidado se pone en ser buen anatómico, tanto menos se sabe de práctica en Medicina. Atiende á la experiencia y después arguye cuanto quisieres, que bien sé que les

has de hacer poca mella á Hipócrates (aunque le arguyas de corto anatómico) en la práctica, pues hasta ahora aún está por nacer el que le ponga el pie delante.

20. Debe el médico, para saber su arte con perfección, ser químico: porque aunque es verdad que Hipócrates en sus obras nos da poca luz de esta facultad, no por eso se ha de menospreciar un arte tan soberano como es la Química; pues por medio de ella venimos en conocimiento del ente natural, más bien que por la Filosofía de Aristóteles, Platón, Epicuro y otros filósofos, pues estos solamente tratan del ente natural por lo que dicta la razón, quedándose en la superficie sin averiguar lo que contiene en sus entrañas. No proceden así los químicos, pues pasan más adelante y averiguan lo que las entidades contienen dentro de sí por medio de dicho arte. Y á la verdad, estos son los verdaderos filósofos, aunque más tengan contra sí al vulgo y á la mayor parte de los médicos porque la ignoran. Ya en otra parte tengo advertido la chusma de pícaros que andan danzando por la Europa con capa de químicos: no hablo de estos, pues son indignos de tal nombre; hablo de los que con perfección saben este arte, como son Willis, Silvio, Lemort, Boyle, Maetes, Magravio y otros muchísimos que con gran primor y utilidad la practicaron. Oye ahora á Pedro Gassendo, uno de los filósofos más doctos que tuvo el siglo pasado, sin ser químico (pues defendió la Filosofía de Epicuro), cómo defiende á los químicos, y asienta que sólo ellos en realidad saben Filosofía. En el examen que hace de la Filosofía de Roberto Flud, intentando aplacar el enojo que contra dicho filósofo tomó el Padre Merceno, dice así: *Rogabis forte* (habla con el Padre Merceno) *quidnam ipse de Alchimia sentiam? Dicam ingenue, quod ad lapidem Philosophorum attinet, cum non per videam, qua ratione parari is valeat, nondum tamen video rationem qua impossibilis demonstretur. Non sit in hunc diem inventus, et fabula sit quidquid circa varias transmutationes hucusque percrebuit: quis tamen desperet, qui videat, quem progressum in artibus humana faciat industria? Quis nor it, omnia in mundo nasci ex proprijs seminibus? Quis non perspiciat, cur auri germen non possit ita extrahi, ut et in materiam debite paratam immisum multiplicationem causetur: et ad sanitatem firmandam, si fuerit rite usurpatum, auxilij multum adferat? Hac de re vero quidquid sit, existimo negari non posse, quin duo quaedam valde utilia cognitionis genera debeantur Alchimiae. Unum est circa naturam. Et si enim intimos usque rerum naturalium recessus penetrare non liceat, ut ipsarum essentias, discrimina, vires, actiones, et agendi modos, proportionem item, atque contexturam cum radicali, et propria singulorum causa dignoscamus: verumtamen si quid piam ex ijs, quae res quasque interne componunt, cognoscere concedatur, illud profecto isti Arti acceptum referendum est. Haec enim est, quae naturae librum*

sola evolvit, ac praescrutatur, cum caeterae omnes (que son las filosofías que se enseñan en las escuelas) *superficie tenus naturalia considerent. Alterum circa sanitatem, etsi enim futilia sint quae de Medicina illa philosophica praedicantur: attamen confitendum est, remedia quaedam praestantissima morbis propulsandis, et doloribus sedandis, huiusce Artis esse inventa. Artamen duo, quaedam peccata hic sunt: hoc Pseudo-artificum, qui debite, sive praeparare, sive applicare medicamenta nesciunt. Illud Thrasonum, qui et montes aureos, et beatum illud aevum pollicentur, cuius natura capax non est.*

21. No me espantará que habiendo leido este párrafo, digas que Gassendo fué químico por verlo tan afecto á la Espagírica; abatiendo, por otra parte, las filosofías de Aristóteles, de Platón y de Epicuro, de quien se confiesa discípulo en el modo de filosofar, diciendo que tratan en ellas del ente natural sólo por la superficie. Eso fuera bueno si Gassendo defendiera las cosas por tema, como acostumbran los más de los filósofos que se usan. No, amigo mío, era Gassendo muy ingenuo, como lo puedes ver si quieres gastar un poco de tiempo en leer sus obras. Además, que Gassendo lleva por guión, en lo natural, con Demócrito: *Veritatis nulla est cognitio, neque testimonij confirmatio.* Verulamio, Renato Descartes y Baglivio, quisieron abatir de algún modo esta ciencia, como refiere Lemort en su «Chimica vindicata;» pero bastantemente quedan los tres satisfechos con lo que les responde. Si gustares de tener un buen rato y ver defendidos á los químicos, lee dicho Tratado y verás cómo en particular á Baglivio le asienta la mano, disculpando á Verulamio, pues en sus tiempos no alcanzó sino químicos embusteros. Yo sé que si hoy viviera y viera en la altura y perfección que está la Química, de otra manera tratara á sus profesores.

22. Gerardo Goris, en su *Medicina contempta*, ensangrentó la pluma contra la Química y sus profesores de tal manera, que más parece libelo que impugnación, lo que contra Paracelso y sus secuaces escribió en el cap. 7 de su libro. Mucho se me ofrece en defensa de la Química y sus profesores; pero como mi intento no es más que dar una breve noticia de lo que ella es, y persuadir á muchos médicos el que depongan el mal concepto que de ella tienen concebido, no quiero gastar el tiempo en defenderla, cuando ella por sí misma se defiende. Y si no, hazme favor de responder á lo que te voy proponiendo: si tan mala es la Química y tanto odio tienen concebido de ella los médicos que la ignoran, pregunto: para qué se valen de los medicamentos que ella dispone, en todas las ocasiones que se les ofrece? No hay médico en esta corte (soy testigo de vista) el cual no se valga y use (empezando por la salprunella) de todos cuantos medicamentos químicos tiene noticia que hay en las boticas; y si no recetan el Arcano

Coralino, la piedra Buttler y el Alkaest de Helmoncio, es porque saben que aún no están hechos. Y si no te hace fuerza esto, llégate por curiosidad á la botica más pobre que tiene Madrid y registra los recetarios, y verás todas las recetas llenas de polvos de Cornachina, Tártaro Emético, elíxires, láudanos, sales, así fijos como oleosos, espíritus de hollín, de cuerno de ciervo, de amoniaco y de otros muchísimos, que por no cansarte no refiero. Y sabido quiénes son los médicos que firmaron dichas recetas, hallarás que son todos aquellos que blasfeman de la Química. No parece que puede llegar á más el encono de una mala voluntad, que es amar aquello mismo que aborrece. Vélo todo esto practicado en Gerardo Goris, en sus treinta y seis observaciones con que da fin á su libro, y repara que los más de los remedios con que cura dichos enfermos, son químicos. Es cierto que concuerda bien esto con lo que tiene escrito en el capítulo 7 contra Paracelso, Helmoncio, Fabro, Salas, Poterio y otros tantos químicos de buen juicio que se han desvelado en buscar el alivio de la naturaleza humana.

23. Debe el médico, para serlo, saber cirujía, no teórica (como están engañados los más) sino práctica, como supo Hipócrates, Galeno, Avicena y los demás médicos grandes que tuvo la posteridad. Bien conocí yo desde luego que empecé á practicar la Medicina, la falta que me hacía en ella la cirujía práctica, pues por más que me empeñé en leer algunas prácticas de algunos cirujanos, así romancistas como latinos (como esta facultad depende de obra de manos y de vista, y los libros no pueden enseñar esto), conocí que era trabajo inútil; y así, me determiné, después de cuatro años de médico, á buscar un médico para que á mi costa me asistiese á los enfermos de mi Partido, entretanto que yo iba á Madrid á ser practicante de Cirujía de Pedro López y de Pedro de Castro, que eran los cirujanos mayores del Hospital General de esta corte en aquel tiempo. Pasados algunos meses me presenté en el Real Protomedicato para que me examinaran en dicha facultad de Cirujía; examinóme el Real Protomedicato así en teórica como en práctica, y me dieron hábil así en la una como en la otra, para poderla ejercer en todos los reinos de su Majestad. Volvíme á mi Partido, y con la poca práctica que aprendí de dichos cirujanos en el tiempo que estuve en el hospital, tuve bastante para que Galeno no me culpara (como culpa á los demás médicos que la ignoran) pues aun una sangría, que es razón que la supiesen ejecutar, no la saben hacer. Oyele en el libro 3º de *Anatomicis administrationibus*, al cap. 1, donde dice: *Quid opus est verbis?* (habla con los teóricos) *neque abscessus secare, vel putrifica vitia excindere, vel telum, vel spicula probe eximere possunt, qui nec cruris venam quidem, ut par est* (repara en estas tres palabras, que harto te dice) *scr ire didicerunt.*

Con esto empecé á practicar la Cirujía que después, te diré, aprendí y á reconocer desde luego la falta que me hacía el no saberla, pues jamás me persuadí ni me pude persuadir el que un médico pudiera saber curar una inflamación interna sin que primero supiese curar una externa. Si no es que me respondas con Cardano, que dice que hay médicos que se parecen á los astrólogos, los cuales, ignorando lo que pasa en su casa, saben lo que pasa en la ajena. De pocos médicos tendrás noticia que se hayan abatido tanto como yo. Vamos adelante.

24. Pregunto ahora: qué motivo tendrán los médicos en no querer saber una facultad como es la Cirujía, tan enlazada y hermanada como está con la Medicina? Pues médico sin Cirujía no lo hallarás perfecto, como cirujano sin Medicina. Y si te disonare lo que voy diciendo, ten paciencia, y verás cómo te lo pruebo. Hieren á Pedro ó á Francisco, llaman al cirujano, hace lo que le toca ó lo que le han enseñado sus maestros. Al tercer día ó al cuarto (que suele ser lo común, y que Hipócrates también lo dice: *Tertio, et quarto die vulnera minime sunt exagitanda)* sobreviene á Pedro calentura ú otros accidentes; dice el cirujano (sea latino ó romancista): señores míos, este herido con estos accidentes ya se ha salido de mi jurisdicción; llamen médico, pues esto ya no me toca á mí. Viene el médico, refiere el cirujano todo lo que ha hecho y lo que ha pasado. Como el médico no entiende de heridas, porque no lo ha practicado, ni el cirujano de calenturas ni accidentes, porque no lo ha estudiado, hacen entre los dos una ensalada cual puedes considerar. ¡Ah, pobres heridos, metidos entre un antecedente que es el cirujano, y un consiguiente que es el médico, sin saber sacar entre los dos la consecuencia! Oye ahora á Magato en la segunda parte de su Cirujía, en el proemio, que lo dice con mejor estilo que yo: *Habet quidem Chirurgus, quæ antecedant, quæ consequantur Physicus, atqui inferat nullus est. Quoties* (prosigue, aunque sin provecho, porque *est vox clamantis in deserto) vidi ego hæsitare alioqui peritissimos Medicos, num febris, quæ vulnerato supervenerat, referenda esset in aparatum morbificum, an potius in inflammationem subsecutam, vel in puris generationem, aut animi, vel corporis motum: qui si utramque Medicinam professi essent, nullo negotio rem ipsam fuissent assequuti. Quantum autem momentum hoc habeat ad vulnerati salutem, nemo est, qui ignoret.* Pero también es verdad que no hay quien lo remedie.

25. Pero sepamos de una vez qué fundamento tuvieron los médicos que se siguieron después de Hipócrates, Galeno, Avicena, Paulo, Aecio y otros muchísimos árabes que ejercieron con gran primor entrambas facultades, para separar la Cirujía de la Medicina, siendo tan hermanas y tan útiles al género humano, cuando vivían con tanta paz en una misma casa? Yo te lo diré, ten paciencia. El fundamento que tu-

vieron los que se siguieron después de Hipócrates, Galeno, etc., para divorciar estas dos facultades, no fué otro que el parecerles que era desdoro de un médico el abatirse á hacer lo que hace un cirujano, como si Hipócrates, por hacerlo, el rey de los Persas no hubiera hecho de su persona la estimación que sabemos, ni los emperadores de Roma de Galeno, por más que sé abata en el sexto de las Epidemias, comment. 5 text. I. Pues no sé yo que los cirujanos que hoy conocemos, sin saber tanto como él, hagan lo que él mismo confiesa que hacía: *Etenim* (dice) *et nosu Medici cuiusque auxilij qualitatem, quantitatem, occasionem, et utendi modum cognoscimus: quatenus vero Ministri, venam recindimus, cucurbitulas admovemus, et reliqua manibus operamur.* Mas esto no se ha de entender el que Galeno lo hiciese mandado de otros, sí sólo cuando él mismo se mandaba á sí mismo, para dar á entender que lo sabía ejecutar, y mostrar á los médicos que para saber su Arte debían saber todo esto. Magato dice, que fué humo de los médicos envuelto en vanidad el separar estas dos facultades: *Divortium* (dice) *hoc excogitarunt sumoso quodam fastu.* Válgame Dios, que siendo de tanto útil á la salud humana el que estas dos facultades estuviesen unidas entre sí, por respetos humanos solamente las separasen, sin reparar en el daño que al bien público se le seguía! Pío V siempre estuvo mal con estos respetos humanos, y así solía decir: *Esse malorum hominum commenta.* Pero el caso es que el vulgo ignorante tiene concebido (porque los mismos médicos que ignoran la Cirujía práctica se lo tienen así dado á entender) que el médico, aunque no sabe Cirujía práctica, sabe más bien que el cirujano lo que en dicho Arte se debe ejecutar. Jacobo Berengario, excelente cirujano, enfadado de estas y otras semejantes baladronadas y boberías vulgares, en el libro de *Cranei fractura* se desenfada así: *Hodiernis temporibus Medici dedignantur Chirurgi appellari: sed ut pecunias extorque ant fatentur se hanc Artem scire, sed pusilanimes se praedicant in operando, et lucri participes secum ducunt Chirurgulos, et ita caecus caecum ducit, et ambo in foveam cadunt: salva tamen istorum pace isti non sunt Medici, quia veri Medici triplici callent instrumento: et ut habetur apud Guidonem, usque ad tempus Avicenæ omnes Medici fuerunt Chirurgi, et Physici, etc.*

26. Amato Lusitano, en la centuria 6, curat. 100, no pudiendo sufrir la hinchazón de algunos médicos muy enfaldados de barba (era moda en aquel tiempo) y que ponen demasiado cuidado en el sortijón, vueltas y guantes, sin saber más Medicina que la que basta para el gasto de casa, viendo que se denigran de ejercitar la Cirujía, por ser (como ellos dicen) cosa mecánica, más propia de barberos que de hombres de sus prendas, corta la pluma de esta manera: *Ut quisque optimus Artifex evadat, oportet omnes partes eius, quam exercet, non tantum sedentario studio completas, sed exercitio maximo conquisitas habeat, ut Hi-*

ppocrates, Galenus, Paulus, Celsus, Ruffus, Archigenes, Soranus, et similes, qui ad unguem omnes tenebant, et earum partem Chirurgicam, non solum viri ij gravissimi, et sapientissime, sed ipse Machaon, et Podalirius suis exercebant manibus: nunc vero hodiernis Medicis satis, superque est, pulsum tetigisse, etiam si nihil praeter pallium Medicum habeant, forte ut melius suam traducant, aut verius exerceant, et occultent ignorantiam: aut forte Avenzoari subcenturientur, qui cum ulcus videbat, illico substhomachabatur, et nauseabundus schotomate, et vertigine afficiebatur: unde Physicum (id est Medicum) non debere exercere Chirurgiam scriptis mandavit.

27. Acabado de leer este párrafo bien sé que me has de censurar, de que escribiendo en romance te molesto con tantos latines. Ya yo voy con la inteligencia de que será muy posible, de que cuando llegues á los latines los pases por alto, como hacen los que no han estudiado latín. No escribo por gloria vana (como hacen muchos), escribo para todos, y en particular para los enfermos, que sé que hay muchos que saben más latín que algunos médicos: con que estos me entiendan quedaré consolado y aunque me censures lo que quisieres, que ya sé que tienes á Avenzoar con su estómago delicado, que te aconseja que no es menester que el médico sepa Cirujía, para serlo; y aunque Hipócrates, en lo de *Vulneribus capitis, et ulceribus;* Galeno en el Método y en el 2 *ad Glauconem;* y Amato Lusitano, con los demás que cita, se quiebren la cabeza con sus preceptos quirúrgicos y manden que los aprendan, y ejecuten los que tienen buen estómago.

28. Ahora te suplico el que me oigas con atención para que sepas la Cirujía que aprendí, y el fin que tuve con querer imitar á Hipócrates, Galeno y Avicena y los demás, que fueron juntamente médicos y cirujanos. Examinándome el Real Protomedicato, uno de sus jueces me preguntó: Cómo se cura una herida penetrante de pecho? Respondí por entonces lo que comunmente dicen los prácticos y enseñan los cirujanos romancistas de nuestra nación, que los tiene muy buenos. Volvióme á preguntar: y qué dice César Magato sobre este punto? Respondió por mí otro protomédico, diciendo: será muy posible el que no le haya oido nombrar en su vida al dicho autor. Respondí que era así, pues el nombre ignoraba, cuanto más su doctrina. Con esto tocaron la campanilla y me enviaron con Dios examinado. Ahora bien, qué impresión te parece á ti que haría en mí la tal pregunta? Yo te lo diré; el que concebí, que César Magato debía de ser el cirujano que más bien sabía curar las heridas penetrantes de pecho, supuesto que unos hombres tan doctos me preguntaban sobre su modo de curar, y te aseguro que no concebí mal. Aquel mismo día hice las diligencias por todas las librerías de Madrid sin tener la dicha de encontrarle, pues aun su nombre ignoraban los libreros, como yo su doctrina. Fuíme con gran desconsuelo de la corte, sólo porque no llevaba conmigo es-

te libro. Después hice las diligencias, si acaso en Lisboa se hallaba; también se frustró mi deseo por no tener noticia de dicho autor aquellos libreros. No me contenté con esto; envié á Venecia, encontraron con él y me lo trajeron. Ya llegó á mis manos, bendito sea Dios, lo que tanto desee; y leyendo solamente el frontispicio de la obra, que empieza: *Caesar Magatus, de rara vulnerum medicatione, seu de vulneribus raro tractandis*, quedó satisfecho mi deseo de todo lo que de dicho autor había concebido. Pasé adelante, y ví que toda su Cirujía se fundaba en estas dos cuestiones:

1. *Utrum melius sit vulnera quotidie solvere, ac*
   Procurare, quam pluribus interiectis diebus?
2. *Utrum turundarum, et penicillorum usus*
   In curatione vulnerum sit necessarius?

Procuré leerlas con la atención y cuidado que pude, y haciéndome cargo de la resolución del autor (después de haber propuesto los argumentos por una y otra parte), ví que en la primera cuestión resolvía que las heridas no se debían curar todos los días, sino de muchos en muchos días. En la segunda, que no se debían curar las heridas con clavos, mechas y lechinos. Confieso que quedé atónito á la primera vista, por parecerme monstruosidad el tal modo de curar las heridas: pero leyendo con atención los argumentos con que probaba entrambas cuestiones y la experiencia con que las confirmaba, se aumentaba más mi duda por no ofrecérseme qué responder. Sólo me detenía la autoridad de Hipócrates, Galeno, Avicena y lo restante de todos los cirujanos que ha tenido el Orbe, por parecerme que era más fácil el que César Magato lo errara por ser solo, que Hipócrates, Galeno y los demás por ser muchos; pues como dice Galeno, lib. 2 de *Usu partium*, cap. 3: *In arduis, et discordiantibus sententijs interpretandis, rationabilius existimemus unum potius deerrasse, quam omnes alios.* Mas este argumento para mí siempre ha tenido poca fuerza, por haberme gobernado toda mi vida en materias filosóficas y médicas, por el consejo de Horacio:

Nullius addictus iurare in verba Magistri:
Quo me cumque rapit tempestas deferor hospes.

Pues qué, si la experiencia enseña lo contrario? No obstante, como la materia era grave y el mar navegado de pocos, quise poner todos los medios para proceder con más seguridad. Escribí dos cartas á dos catedráticos de Medicina de la Universidad de Alcalá; el uno era de Prima, el otro de Vísperas, ambos doctísimos aunque no los nombro. El de Prima me respondió que la Cirujía de Magato era cuestión de nombre. No le respondí, porque hay lances en que el silencio suele ser la

mejor respuesta. El otro de Vísperas me respondió que echase del mundo dicho autor y juntamente su doctrina, por parecerle que más parecía monstruosidad el tal modo de curar, que Cirujía. Verdad es que á poco tiempo después se desengañó, pues me vió curar con esta doctrina una herida de cabeza, con sospechas de penetrante, á un hijo suyo, con admiración de todos los médicos y cirujanos de Alcalá. Válgame Dios! decía Tertuliano en su Apología, qué cosa puede haber tan inicua como aborrecer lo que se ignora, aun cuando las cosas son de su naturaleza aborrecibles? Entonces una cosa merece aborrecimiento, cuando después de examinada halla el juicio en ella la razón por que le merece. No teniendo, pues, noticia del demérito, cómo se puede el odio justificar? Confieso que me hicieron poca fuerza las respuestas de dichos catedráticos, cuando yo por otra parte sabía (aunque más catedráticos hubiesen sido de Cirujía) que así el uno como el otro no tuvieron ánimo en toda su vida (como Avenzoar) de ver curar una herida, cuanto más de saber Cirujía práctica.

29. No hay duda que es cosa muy ardua el poner en práctica (y más en Cirujía, por ser facultad que se ejecuta á la vista y en que todos suelen meter su cuchara, á distinción de la Medicina, que obra á puerta cerrada, y aun por eso más dificultosa) una doctrina que no se ha visto ejecutar á maestro. No hay entendimiento humano, decía Marco Tulio con su gran juicio, por relevante que sea, el cual no necesite de maestro que le encamine, y más si es en ciencia práctica. En esta confusión me hallaba (sin tener quien me encaminase), cuando leyendo el prólogo del mismo Magato al lector, parece que me estaba escuchando para sacarme del laberinto en que estaba metido, pues me dijo con voz muerta: *Atque in hac re tibimet Præceptor esse poteris, si a levioribus initium ducens ab his paulatim ad graviora fueris progressus. Sic autem te exerceas velim. Primo quarta quaque die vulnus procurabis, et in unaquaque solutione diligenter vulneris statum observabis, dein ad quintam solutionem differes, quod quidem intervallum temporis pertimescendum tibi a principio non erit, cum pauca tunc generentur excrementa. Prima vero solutio te docebit, quousque possit secunda protrahi. Et si vulnus exiguum fuerit, parum aberit, quin in hac prima solutione coaluerit. Et hoc modo paulatim ad raram solutionem te conferes.* No hube menester más para poner en práctica dicha doctrina. En tres meses salí desengañado del terror en que me habían puesto todos los que me aconsejaron que no siguiese tal modo de curar. Sobre todo, de quien más me enfadé fué de Daniel Sennerto (que es por quien se han gobernado todos los médicos que no saben Cirujía en nuestros tiempos), el cual impugnó la doctrina de Magato sin saber lo que se impugnó; pues como dice Juan Bautista Magato (hermano del autor, en la Apología que escribió en favor de esta doctrina): cómo pudo impugnar Sennerto, sin ser cirujano de ejercicio ni haber

tomado las pinzas en sus manos en toda su vida, una doctrina que necesita de práctica actual para conocer si es verdadera ó falsa? Piensa Sennerto que con la teórica se impugnan las facultades prácticas? No señor, más es menester, como dice Galeno: *Quid opus est verbis?* Sírvete de leer esta Apología cuando estuvieres despacio, y verás cuán ridículos son los argumentos con que Sennerto quiso impugnar la doctrina de Magato.

30. No lo hizo así Luis Septalio, insigne milanés, y en la facultad médica tan docto, que merece, por los que le han leido, ser tenido por *secundus Hippocrates Italiae.* Este autor sacó la cara en favor de Magato, y mandó poner en ejecución en los hospitales de Milán dicha doctrina, admirándose todos los cirujanos de esa ciudad del raro modo de curar los heridos, pues cuenta que de catorce heridos que entraron en el hospital que él asistía (luego que puso en ejecución la dicha práctica), todos con heridas penetrantes de cabeza, sólo uno peligró, los demás se libraron con admiración de todos los que lo vieron, cuando curados otros por doctrina de Galeno, etc., todos morían. Lee sus Animadversiones y te desengañarás, y verás la doctrina de Magato bien defendida. Miguel Emullero dice que Magato y Septalio dieron en el hito de curar las heridas, porque estos las curan por sus causas, esto es, conservando el calor nativo de la parte, á distinción de los demás, que las curan por sus efectos, dando lugar á que el aire (como dice Hipócrates: *Auctor, et dominus omnium malorum)* destruya el temperamento de la parte, que es lo principal por donde las heridas se malician. Esto leelo en Magato y Septalio, y verás con qué valentía de ingenio, y sobre todo con la experiencia, te lo prueban y persuaden.

31. He sido curioso en querer saber si este modo de curar las heridas era practicable en algunas partes de la Europa, y he averiguado el que en ninguna parte lo quieren seguir. La causa y el motivo de no querer seguir esta doctrina en parte ninguna de la Europa, es por dos defectos grandes que padece: no te los quiero yo proponer, porque no me eches algunas bendiciones; óyeselos á Magato en su primera parte, al cap. 40, el cual dice así: *Primus defectus est, quod nimis cito sanantur vulnera, quæ hoc modo curantur. Alter est, quod nimis facile, et parvo, ut apparet Medici labore, vulneratique molestia, quam haec obsint Medicis, non est, quod explicem.* Oye ahora el comento de Magato sobre los dos defectos: *Longa curatio, et cum multo labore instituta multam pecuniam reportat. Si vulnus brevi sanatur, dies recipiendi mercedis sunt pauci.* Esta es la causa por que la doctrina de Magato está mal recibida en la Europa: *Auri sacra fames, quid non mortalia pectora cogis?* Sólo tengo noticia de Belloste, cirujano francés, el cual puso en ejecución dicha doctrina de Magato, así en los hospitales como en los ejércitos del Rey Cristianísimo; y no acaba de ponderar en su libro lo bien que le sucedió con ella, por

los buenos sucesos que observó. Los demás autores que han escrito después de Magato, nadie le nombra, y si alguno le cita, es para tacharle de extravagante. ¡ Ah, pobres heridos !

32. Esta Cirujía aprendí y la puse en ejecución con el trabajo que te he pintado, para imitar á Hipócrates, Galeno y los demás que fueron juntamente médicos y cirujanos. No discurro que para la salud pública haya podido adelantar más el arte. Pues si para que un médico ó cirujano sea perfecto en su arte, dice Hipócrates, que ha de saber obrar: *Cito, tuto, et iucunde*, no sé yo que lo puedas conseguir con otra Cirujía, sino curando como Magato y Septalio te enseñan. Y advierte que hablo de experiencia, por haber puesto en práctica ambas doctrinas y haber observado muy despacio, así los efectos de la una, como de la otra. Pudiera persuadirte todo esto con muchas observaciones; pero como mi intento no tira más que á darte á entender la Cirujía que aprendí, no quiero cansarte ni menos amontonarte heridos, por no exponerme á que después de referidos me digas ó respondas con Pitágoras: *Extra publicam viam, ne desflectas;* pues para ganar de comer, sobra Romanillo y los cinco tratados del hospital. Sólo te aseguro y confieso que con esta doctrina, menos milagros, harás todo cuanto quisieres como yo lo he hecho. Lo cual no sucede en la vía común, que llaman, pues los más que se libran salen á la orilla con mucho trabajo. No es decir esto mal de la vía común, que su probabilidad tiene muy grande, en particular *ab extrinseco;* sí sólo darte á entender que la doctrina de Magato es más probable *ab intrinseco;* y sobre todo, que la experiencia no tiene respuesta.

33. No contento con conocer por la experiencia que la doctrina de César Magato era la más probable de todas las cirujías que yo hasta entonces había visto y leido, para más seguridad consulté mi conciencia sobre este punto á uno de los mayores teólogos que tenía España, que fué el Padre Dr. Ignacio Peynado (que esté en gloria), catedrático de Prima de Teología de la Universidad de Alcalá de Henares, y después confesor de la reina madre (que goza de Dios), y habiéndole hecho cargo de que la doctrina que seguía en Cirujía era de un autor que se llamaba César Magato, opuesta á todos los cirujanos y médicos que habían escrito de esta materia, me preguntó: ¿Y la práctica de ese autor cómo sale? le respondí que más bien que lo prometía; pues los heridos que por el modo común de los cirujanos se curaban en cuarenta días, v. g., por el de este autor se curaban en ocho días, ó á lo más largo en diez. Me respondió que me llevaría el diablo si seguía la otra, aunque más autores tuviese que la patrocinasen: y concluyó, que no me diese cuidado el que el autor de esta doctrina fuese solo, como la experiencia le acompañase. Esto he dicho en breve para que sepas la Cirujía que aprendí, la que sigo (en los casos que se

me ofrecen) y seguiré entre tanto que Dios me tenga en este mundo dándome salud: si no es que la razón ó la experiencia me obliguen á que desista del dictamen que de ella tengo hecho; que en tal caso habré de seguir lo más probable, como tengo obligación en conciencia.

34. Ya en breve te he referido la Cirujía que aprendí. Ahora quiero referirte el fin que tuve con ella, por querer imitar á Hipócrates, Galeno y á todos los demás médicos que fueron hasta el tiempo de Avicena médicos y cirujanos juntamente. Habiéndose pasado algunos años después del examen de cirujano en el Real Protomedicato, corrió la voz que yo ejercía con alguna singularidad la Cirujía por toda la tierra de Guadalajara y contornos de Alcalá, que era en donde tenía mi Partido de médico. Ya en este tiempo los catedráticos de Medicina de Alcalá conocieron que esta cirujía se encaminaba á algún fin, y que no podía ser otro que el de quererme oponer á la cátedra de Cirujía que estaba vaca. Previniendo el lance, se juntaron una tarde todos los catedráticos y llamaron á mi maestro para resolver lo que se había de hacer conmigo: á fin todo de que no les hiciese mal tercio en la oposición de la cátedra de Cirujía. Fué la resolución, que mi maestro me escribiese (como lo hizo) que todos los cinco catedráticos de Medicina estaban unánimes y conformes en acomodarme en el mejor Partido que tuviese la tierra, con condición que no me opusiese á la cátedra de Cirujía que estaba vaca en Alcalá por entonces. Respondí á la carta con la veneración que debía, dándoles las gracias de las honras que eran servidos de hacerme: y que en cuanto á que me acomodarían en el mejor Partido que hubiese, respondí con la carta de Hipócrates al rey de los Persas, que dice así: *Rex Persarum nos ad se vocavit, nescius mihi potiorem esse sapientiæ, quam auri rationem. Vale.* Válgame Dios (decía yo conmigo allá á mis solas), y lo que he alborotado con mi corta cirujía en tan breve tiempo! Algo debo de ser (volvía conmigo) en el mundo, cuando me premian porque deje de ser. Así discurría entre mí, cuando me acordé de lo que me decían aquellos buenos viejos de mi tierra cuando era muchacho: para ser uno Papa, no es menester más que metérselo en la cabeza. Yo me metí en la cabeza que había de ser catedrático de Cirujía, y así, hasta que lo conseguí no paré.

35. En este tiempo se pusieron edictos á la cátedra de Cirujía, que, como tengo dicho, estaba vaca hacía muchos días, por no haber encontrado en todas las Universidades de España (por más edictos que se enviaron, y por más que el Consejo ofreció honores de cirujano de su Majestad á quien se la llevase) cirujano de ejercicio. Fuí á Alcalá y firmé la oposición; y habiéndose cumplido los edictos se señalaron días para leer. Tomé puntos el día que me tocó, con todas las ceremonias acostumbradas y leyes de dicha Universidad.

36. Pero para que conozcas y veas hasta dónde llega el encono de

los hombres, los cuatro catedráticos de Medicina, los dos de Prima y los otros dos de Vísperas, se pusieron juntos los cuatro enfrente de la cátedra, en la barandilla; cosa que jamás hicieron después ni antes por más lecciones de oposición médicas y quirúrgicas que se leyeron en dicho teatro. Algunos atribuyeron esta acción á malicia; yo jamás me pude persuadir á tal; y así discurrí que sería más admiración que otra cosa, pues aquellas paredes y cátedra del teatro jamás vieron el que un pobre médico con sola la tentativa á cuestas tuviese ánimo de ponerse en tanta publicidad; y más á vista de los coopositores que todos estaban graduados de doctores: y sobre todo, competir con mi maestro, que también era opositor. Confieso que no me inmuté con sus presencias, antes bien me animé con Horacio, de tener tan buen auditorio:

Gaude, quod spectent oculi te mille loquentem.

37. Acabóse la función: cómo leí, no me toca á mí el referirlo; sólo supe que el primer catedrático de Prima, así que acabé de leer, dijo: No se ha leido otra lección de oposición de Cirujía, desde que el teatro es teatro, como ésta. El segundo de Prima dijo: bien ha leido, pero no la llevará. Dije cuando me lo contaron: eso va por otras folias; él mirará lo que hace, que Dios hay para todos. Ya en este tiempo no tenía á quien volver los ojos, pues hasta mi maestro me desamparó. Los Padres Informes de Alcalá casi todos me cerraron las puertas, por parecerles que era altivez el querer competir, con sola la tentativa, con unos hombres tan literatos como eran mi maestro y los demás opositores, todos los cuales estaban doctorados. Sobre todo, quien me puso en paraje de perder la paciencia, fueron dos Padres maestros muy preciados de escolásticos y que estaban puestos á la vela para ser Obispos (como lo fueron). Estos no sólo no me quisieron oir mi pretensión, sino es que me trataron con algún desprecio. Supongo que estaban mal informados, porque ellos de Medicina y Cirujía sabían tanto como sus abuelas. En medio de todo esto formé mi memorial, tal cual, y me vine á Madrid á ser pretendiente. En dos días repartí los memoriales con los señores del Consejo Real, y me volví sin esperar más, á mi Partido. Pasáronse algunos días antes de votarse la cátedra: ya llegó el día, y los más de los votos fueron por el catedrático de Anatomía que era mi maestro, opositor á dicha cátedra. En este tiempo se levantó un señor del Consejo Real, y dijo: En este memorial se pide justicia, pues dice: *Suplico al Consejo me favorezca con la gracia, atento á que todos los opositores de esta cátedra, ninguno es cirujano de ejercicio, si no es yo. Y la ley manda, que al que la tuviere sepa ejercer.* Oido esto, se detuvo la provisión por entonces. Mandó el Consejo en secreto que se escribiera al catedrático de Prima de Teología de Alcalá, para que informase de esto. Tuve la desgracia de que dicho catedrático se fuese á informar

de mi mayor enemigo (que fué el que dijo antes que aunque había leido bien no la llevaría), y fué el informe: que el cirujano de ejercicio no sabía palabra. Con esto el Consejo dió la cátedra á mi maestro por benemérito, por ser el más antiguo opositor y porque era catedrático de Anatomía. Y así se quedó con las dos cátedras.

38. Pasados algunos días determiné el irme á vivir á Alcalá, á fin de que supiese la Universidad y sus habitadores que yo ejercía la Cirujía como los demás cirujanos, aunque de distinto modo, como antecedentemente te tengo ponderado. Tuve en esto mis contratiempos, pues los catedráticos me impedían muchos casos de Cirujía, á fin todo de que el mundo no supiese que yo tal sabía hacer, por lo bien que les estaba si acaso volvía á vacar la cátedra. No se pasaron muchos años cuando volvió á vacar. Volví otra vez á correr mis caravanas, como la vez pasada. No es creible lo que en esta segunda oposición se hizo contra mí, á fin todo de que me aburriera y desistiera de la pretensión. Dejo de contar, por mi modestia, la astucia con que esta vez me la quitaron. Tal maña tenía el que se la llevó. A la tercera, dicen que va la vencida. Esta vez ya no lo pudieron remediar mis contrarios, por más ardides y discursos que forjaron contra mí. Todo se lo debí á los Padres de la Compañía de Jesús, que compadecidos de las sinrazones que conmigo se hicieron en las dos veces antecedentes, sacaron la cara en favor mío y de la verdad que me acompañaba. Ya, bendito sea Dios, fué servido el Consejo Real de honrarme con ella. Con esto dí las gracias á los que me favorecieron, y me fuí á Alcalá á tomar la posesión.

39. Desde aquí empiezan de nuevo mis trabajos: óyelos, que te alegrarás de saberlos para compadecerte de un hombre que en toda su vida hizo mal á nadie sino mucho bien, por tener el oficio de médico; y muchas veces de cirujano, en que se ejercita más la caridad. Viendo mis enemigos que no pudieron conseguir el que se frustrase mi pretensión, discurrieron unánimes todos el estancarme en la cátedra de Cirujía; y á la verdad lo consiguieron, como lo verás al fin. Pasados algunos días supliqué á la Facultad de Medicina que me dejara ir á graduar de doctor á Sigüenza ó á Irache, para incorporarme en la Universidad. Respondiéronme que no podía ser, por ser hijo de la Universidad de Alcalá; y porque con cursos de ella no se podía ir á graduar á otra Universidad y después venir á incorporarse; por tenerlo así dispuesto las leyes de la Universidad. Viendo esta puerta cerrada, discurrí el entrar por otra. Supliqué segunda vez á la Facultad me dejase hacer actos (como es costumbre) para graduarme de doctor. Esto no les pareció mal á algunos, permitiéndome el que lo pusiese en ejecución. Pero les advertí, que los actos no los había de hacer por los Autores que comunmente los hacen los que se quieren graduar; por hallarme con fuerzas para defender otras cosas más altas así en Filosofía como

en Medicina, que las que ellos traen en sus libros: y también porque á título de maestro tenía obligación (aunque fuese en Cirujía) de mostrar la habilidad por la cual el Consejo y la Universidad me habían honrado.

40. Empecé á trabajar mi acto de fiebres, que es el primero después de la tentativa, para graduarse de doctor. Habiendo pasado algunos días me preguntaron en qué estado tenía el acto. Respondíles que poco á poco iba recogiendo mis cabos para echarle cuanto antes. A esto me dijeron dos catedráticos, uno de Prima y otro de Vísperas, que era necesario (no lo discurrieron mal) el que antes de hacerle se vieran conmigo una tarde para ver por dónde caminaba, y saber las doctrinas que defendía. Sacáronme á la orilla de Henares, y me preguntaron en qué consistía la calentura. Respondí que en este punto me gobernaba por lo que Hipócrates me enseñaba, dejando á Galeno, Avicena, y á todos los médicos que los han seguido. Pues qué siente Hipócrates (me instaron inmediatamente) de la calentura? Respondí que Hipócrates no quiere que la calentura sea enfermedad, como quieren Galeno, Avicena, y casi todos los autores que han escrito de esta materia. Volvieron á replicar: con que al calenturiento no se ha de hacer algún remedio? Pocos ó ningunos, respondí, como hace Hipócrates, el cual tiene por contraindicante de la sangría, y la purga la calentura (que son los remedios con que los médicos se vandean casi en todas las enfermedades agudas, que hay calentura), y así se ve en las obras que son propiamente de Hipócrates, que habiendo calentura, no sangra ni purga á nadie. Voy hablando de la cura regular, que en la irregular, como dice Celso: *Remedia cum temeritate sunt adhibenda.* Tiene v. m. otro argumento (me preguntaron por último) en que afiance esta doctrina? Sí señores (les respondí), y el principal en que se funda esta doctrina. Y cuál es? preguntaron. El que se sigue, volví á responder.

41. La naturaleza, en sentir de Hipócrates y de todos los médicos de buen juicio, es la que propiamente cura las enfermedades (no me meto en fracturas, dislocaciones ni enfermedades crónicas) agudas, como son todas las calenturas, en que se espera crisis ó terminación, y que el médico no es más que un ayudante ó ministro, como dice Hipócrates. De aquí formo mi argumento: la naturaleza, á título de causa segunda, no puede obrar sin instrumento en las enfermedades agudas, y éste no puede ser otro que el calor ó la calentura; luego la calentura no será enfermedad, sino remedio, supuesto que con ella termina la naturaleza la enfermedad, siendo salubre. Y si no, arguyo *a paritate:* el médico, á título que es imitador de la naturaleza, ha de obrar con instrumentos. Y pregunto: cuáles son estos? Responderán todos los que siguen á Galeno y Avicena, que son la sangría y la purga, en particular en las agudas. Y vuelvo á preguntar: habrá algún

médico al cual si le preguntan si la sangría y la purga son enfermedades, que diga que sí? No me puedo persuadir á tal, antes bien responderá que son los mayores remedios que tiene el arte, pues por medio de dichos remedios se curan las enfermedades. Bien está todo esto; pues pregunto: por qué quieren los más de los médicos que los instrumentos con que ellos obran (y sabe Dios cómo) no sean enfermedad, y lo sea el instrumento con que la naturaleza obra? Ah, señor, que la calentura (replicaron) hace gran daño en el cuerpo humano! Y pregunto: la sangría y la purga tan seguras son? De las purgas (hablando de las más benignas) ninguna está sin veneno, dice Galeno; de la sangría dice Avicena: *Quandoque iuvat, quandoque nocet.*

42. Viéndose un poco apurados conmigo, porque no caminaba por los caminos que ellos habían andado, me dijeron: señor mío, el acto para v. m. será bueno y lucido; pero para los que arguyeren será una friolera, pues no podremos en toda una mañana poner dos silogismos, y el auditorio se reirá de nosotros. Señores míos (les respondí), yo no hago el acto por cumplimiento, sino para mostrar mi corta habilidad, aunque en parte ya la tengo mostrada. Y si en los actos literarios es bizarría del arguyente el concluir con el primer silogismo al actuante, y muchas veces al presidente, ¿por qué no lo ha de ser en el actuante el no dejarle probar al arguyente el primer silogismo con el segundo? En las contiendas, siempre los heridos son los que quedan peores: pues mi ánimo es, si puedo, no salir descalabrado del acto; y así, una de dos, ó dejármele hacer como le tengo estudiado, ó impedirme el que no le haga, supuesto que vs. ms. halian tantas dificultades en que defienda una doctrina tan antigua y verdadera como defendió Hipócrates. En fin, fueron de sentir que lo dejase, por parecerles que dichos actos no podían tener buen éxito para todos. Yo entonces, algo enfadado, dije: pues andad con mil santos, supuesto que estais determinados á no hacer cosa buena.

43. El hombre pobre todo es trazas. Viéndome afligido por verme con dos puertas cerradas, discurrí si abría otra por donde entrar. Leyendo en las Constituciones de la Universidad, encontré con una ley que decía: *Si algún opositor á cátedras mayores tuviere tal habilidad, que antes de graduarse de doctor consiguiese cátedra en su facultad, puede tomar la borla de doctor sin hacer actos, al cabo de tres años de regencia, sirviéndole de méritos el ministerio.* Consulté esta ley con el Dr. D. Juan Antonio de Molina, asesor entonces de dicha Universidad, y me dijo que sí, que la ley me favorecía, y que cumplidos los tres años podía tomar la borla. Vaya con Dios (dije), pues más vale tarde que nunca. En este tiempo me entretuve en leer el libro de Paciencia, de Tertuliano, y los Comentarios de Pineda sobre Job. Algunos, con malicia, quisieron interpretar esta ley; pero el que la defendía era buen oficial,

en que no dió lugar á la interpretación. Pasados los tres años recibí el grado de doctor, habiendo antes recibido el de licenciado, dando gracias á Dios de los beneficios que me hacía, de haberme puesto en aquel paraje. Pues á fe que no se graduaron así los Valles, los Vegas, los Garcías y los Heredias.

44. Con esto no me pudieron impedir los contrarios el que hiciese todo lo que ellos hacían, que era el presidir actos de Medicina. Presidí catorce en los tres años que me faltaban para cumplir mi sexenio, y si me hubiera quedado en la Universidad, hubiera presidido todos los demás que por su orden me tocaran. Bravo tesón de hombres, pues viéndome hacer todo esto, y que ninguno de ellos hacía más, se vuelven á empeñar de nuevo en que no he de poder leer en las cátedras de Medicina, sino es que me tengo de quedar estancado en la de Cirujía! Viéndome ya sin fuerzas, sin paciencia, y lo peor de todo, sin amparo de nadie, me determiné segunda vez á dejar la Universidad, buscando un Partido para pasar mi vida. En este tiempo me convidó la ciudad de Segovia si quería ser su médico: admití el Partido, haciéndome muy buenas conveniencias; y estando ya disponiendo el viaje, me dice un regidor de Alcalá (por cuyo medio corría la comisión) que lo deje, porque se ha informado de un catedrático (no le nombro, por mi modestia) de la Universidad, el cual le ha dicho que sé muy bien Cirujía, pero que en Medicina soy muy corto. Sea por amor de Dios, dije, y no más. Pasáronse algunos días y me salió el Partido de Vallecas: informáronse los comisarios de los catedráticos y de otros muchos hombres doctos de la Universidad, todos los cuales me honraron y me favorecieron, menos el que me desbarató el Partido de Segovia, pues éste, según lo que se vió, intentaba que no estuviese en Alcalá, ni en parte alguna del mundo. Túvome desbaratado el Partido de Vallecas con los mismos medios que el de Segovia, que era buen cirujano pero corto médico. Los comisarios, viéndose con un informe opuesto á toda la Universidad, vuelven á informarse de nuevo, y á pocos pasos descubren el veneno que el tal informe ocultaba en sus entrañas. Con esto me llevaron á Vallecas, tuvieron un buen día mis contrarios, y yo dí fin á mis malogrados trabajos.

Medicinæ hæc dona parantur!
Hæc magna innocuas expectant præmia Musas,
Et Medicum voluit tot, qui tolerare labores!

45. Estuve en Vallecas tres años, y luego me entré en la corte, no á probar fortuna, que harto estaba de ella, sí sólo para acabar mis días y no acordarme de más pretensiones, pues tan mal me salieron. A pocos días de haber entrado en Madrid, tuve la dicha que el señor Marqués de Mejorada y la Breña, etc., mi mayor Mecenas, hiciese elección

de mí para que fuese médico de su casa, y te aseguro que tengo mi poco de vanidad en servirle y ser su médico; pues si como le conozco ahora, juntamente con las prendas que le acompañan, le hubiera conocido al principio, de ningún modo hubiera admitido el serlo; pues para ser médico, basta el tener conocimiento de las enfermedades y saberlas curar; para ser médico suyo es menester más, no basta esto. Si acaso fueres curioso, y quisieres saber lo que es menester más, te suplico que le trates (si puedes) y le comuniques, y entonces lo sabrás, que yo por escrito y de palabra no te lo podré dar á entender. No es ponderable la estimación y confianza que ha hecho de mí en las ocasiones que ha estado malo, pues jamás ha permitido el que se llamase acompañado, fiando su salud de mí sólo, como Alejandro de su Philipo. En la familiaridad siempre me ha tratado de amigo, llevando por máxima que el médico, para tener buenos aciertos, ha de serlo, como lo advierte Cornelio Celso en su proemio: *Utiliorem tamen Medicum esse Amicum, quam Extraneum.*

46. Pasados algunos días, intentó su Señoría el que su Majestad (que Dios guarde), por intercesión suya, me honrase con los honores de Médico de Cámara. Resistíme (como su Señoría es testigo) cuanto pude á la propuesta, en medio de que no dejaba de reconocer y estimar los favores que su Señoría me hacía. Duró la resistencia cerca de un año, hasta pisar casi las líneas de la inurbanidad. Viendo, pues, que no me podía resistir, formé mi Memorial de mis cortos méritos y lo entregué á su Señoría; y habiendo precedido las demás diligencias, se dignó su Majestad de honrarme con el título de Médico Honorario de su Cámara.

47. Válgame Dios, quién creyera que fuese medio para mejorar mi suerte, todo lo que contra mí hicieron los catedráticos de Medicina de la Universidad de Alcalá! Aquí viene lo de Temístocles, el cual, desterrado de Atenas y de toda la Grecia, fué á parar con su destierro al Rey de los Persas; el cual hizo mucha estimación de su persona, y sobre todo, que adquirió con su amparo muchos bienes de fortuna, hasta hacerse muy rico: y solía decir, cuando se acordaba de sus contratiempos: *Perieramus, nisi perijssemus.* Ultimamente me hallo en este paraje, dando gracias á Dios de los beneficios que me ha hecho y encomendando á Dios á los que mal me hicieron. Bastantemente me he divertido; vuelvo al intento.

48. Debe el médico ser cauto, y en muchas ocasiones astuto para que los enfermos no hagan burla de él, como sabemos de muchos médicos que la han hecho. Y si no lee en Galeno en el libro I de *Praesagatione expulsu*, cap. I, y verás lo que le pasó, pues le obliga á decir: *Igitur adversus istos improbos ingenuo opus est Medico.* Habiendo dicho antes: *Quidam enim natura insidiantur, et familiaribus imponunt, atque*

elaborant, ut coarguant nihil quemquam firmi sciri: apud insidiantes omnia sunt habenda suspecta. Debieron de pasarle algunos lances de estos al pobre Galeno, cuando le obligaron á escribir un libro con este título: *Quomodo deprehendere oporteat eos, qui aegrotare se fingunt.*

49. Sobre todo, ha de ser experto; pues sin experiencia cometerá el médico muchos desaciertos, aunque sepa más teórica que contienen los libros. *Artem experientia facit*, decía Aristóteles en el libro I de su Metafísica. El trabajo está, el que ésta, como no es hija del entendimiento sino del tiempo, cuesta mucho de adquirir: y así Aristóteles en el 6 de sus Eticas vuelve á repetir: *Multitudo temporis facit experientiam.*

50. Debe ser apacible, esto es, que ni la ira, ni el rencor, ni las demás pasiones le inmuten. Y aun por eso San Ambrosio decía: *Mansuetus homo cordis est Medicus.* De estos hombres hay pocos en el mundo; y si se encuentra alguno, le bautizan con el nombre de apagado ó apocado, aunque sepa lo que quisiere. El vulgo siempre se pagó de exterioridades, y suele tener por buenos médicos á aquellos que con más desembarazo y á veces con desahogo, gobiernan un enfermo. San Gregorio el Grande, en el libro 19 de sus Morales, da un corte en esta materia, y dice: *Regat disciplina rigor mansuetudinem: et mansuetudo ornet rigorem: et sic alterum commendetur ab altero, ut nec rigor sit rigidus, nec mansuetudo disoluta.*

51. En particular, de la virtud moral que el médico debe estar más adornado, ha de ser de la prudencia, pues aunque las tenga todas, faltando ésta por más que haga lo echará á perder todo. Y aun por eso Galeno en lo de *Temperamentis* la encomienda tanto: *Omnes virtutes* (dice) *in vitium degenerant, nisi commitem prudentiam habuerint.* Cuántos médicos hemos conocido que se han perdido, siendo de gran literatura, sólo por falta de esta virtud?

52. Más ha de tener un médico en su ánimo para serlo con perfección, después de ser docto en todas las ciencias naturales como se ha pintado: y es que tenga fe, no hablo de la fe teológica ó cristiana, pues harta desdicha fuera que ésta se buscara en un médico católico, y más en España, en donde tiene tan afianzado su crédito. Hablo de la fe que el médico debe tener en lo que ha estudiado y del ascenso que debe dar á lo que ha oido y leido, y más siendo doctos los que ha tratado y comunicado. Y en este sentido demostró Lindano en la exercit. 6, § 7: *Fidem Hippocratis scriptis habendam esse.* Y Próspero Marciano, comentando el libro de *Praeceptionibus*, vers. 31, en confirmación de esto dice: *Nam bonus Medicus fide magis, quam rigore medetur.* Ha de tener el médico, después de esto, para serlo, caridad con el prójimo, que eso nos amonesta Hipócrates en el libro citado de *Praeceptionibus*, vers. 53, *apud Martianum: Si enim affuerit erga homines amor, etc.* Y Marciano sobre

ellas: *Si Medici charitatem habuerint erga homines, et illius opem ferre solo amore procuraverint, erit etiam amor erga artem, quia homines Artem Medicam in pretio habebunt, Medicos que ipsos amore prosequentur.*

53. Querer pintar de por sí todas las virtudes morales que se requieren en un médico, para serlo, es obra muy larga. Si gustares de ver todo esto con más dilación, lee á Hipócrates en el libro de *Medico, de decenti ornatu, de praeceptionibus*, y en otras muchas partes de sus obras; el cual, como supo el arte con tanta perfección, supo también decir lo que se requería para ejercitarla. En el libro de *Medico* insinuó en compendio todo lo demás que se requería: *Maxime* (dice) *enim ad opinionem, ac authoritatem comparandam conducit, bonis, ac honestis moribus præditum esse. Nam quum talis fuerit, omnibus venerandus, ac humanus iudicabitur.* Esto es en cuanto toca al alma, que los retóricos llaman: *Bona Animæ.* Por muy dificultoso tengo el que todo lo dicho se halle en un médico: pero supongamos el que se halle; aun en ese caso, dice un Santo tan grande y tan admirable como es San Clemente Alejandrino, en el libro primero de sus Estromas: *Medicos similes esse piscibus marinis, qui cum ab ipso ortu in salso nutriantur, salibus tamen ad condiendum indigent.*

54. Veamos ahora en lo que toca al cuerpo (que comunmente llaman *Bona corporis)*, qué ha de tener un médico para ejercer su arte. Dice Hipócrates en el libro de *Medico*, que el médico tenga buena disposición en su cuerpo, que tenga buen color, por donde se conoce la buena templanza: *Bone colore* (dice) *et bona, ac carnosa corporis habitudine præditus sit iuxta existentem in ipso naturam.* Y luego prosigue: *Vulgares enim existimant eos, qui non sic bene dispositum corpus habent, neque alijs bene prospicere posse.* Poco cuidado les da esto á algunos médicos; así pudieran ellos tan aprisa saber Medicina como saben componer su cuerpo por más desencuadernado que le tengan, y más á vista de lo que el diablo ha inventado hoy en lo que toca á lo de *cultu corporis*, pues en estos tiempos ya no se muere ningún viejo (por lo menos al parecer) todos son mozos: á tal extremo ha llegado la locura, mejor dijera, la vanidad. Dice Hipócrates que el médico ha de tener el semblante de la cara meditabundo y algo triste: *Figuram* (dice el libro citado) *faciei habeat meditabundam, ac subtristem.* Cierto, que pudiera Hipócrates haber excusado la pintura de la cara, pues para tener un médico la cara como él quiere, no es menester más que dejarle de dar aquella propina desventurada que acostumbran, y verán cómo la pone aún más triste de lo que él quiere.

55. Reprende Hipócrates en el médico el demasiado cuidado en el vestir: *Ex vestitu cognosces eum.* Y más antes, en el mismo libro de *Decenti ornatu* dejaba dicho: *Quamvis enim fuerint splendide ornati, multo magis fugiendi sunt, et a conspicientibus odio habendi.* No es menester, para

ser médico, tanto adorno como hoy vemos en algunos: verdad es que los más que andan así, pocas veces ó ninguna se entretienen en leer lo de *decenti ornatu* de Hipócrates, ni menos lo de *præceptionibus*. Eso es bueno, para que Foesio, Marciano, Valles y otros se quiebren la cabeza en comentarlos, pues á nosotros (dicen) bástanos el parecer, supuesto que el vulgo no entiende más que de exterioridades. El docto Drexelio tomó por su cuenta el desterrar del mundo el demasiado adorno en el vestir; y así en su libro que escribió de *Culto corporis*, al cap. 6, dice: *Nemo, quippe vestimenta pretiosa, nisi ad inanem gloriam quærit, ut honoratior cæteris esse videatur.* Verdad es que todos estos (aunque gastan más de lo que tienen en vestirse) siempre dicen que su adorno no pasa de decencia: palabra que en toda mi vida la he podido entender.

56. Platón, con muchos, fué de sentir que el médico, para ejercitar bien su Arte, hubiese experimentado muchas enfermedades en su cuerpo. El motivo que tiene Platón, con los demás, para esto, es decir: el médico que cura una enfermedad que ha padecido, tiene pauta por donde gobernarse. Lo mismo quiere de las comadres, que hayan parido muchas veces para ejercitar su arte. Poca razón tuvo Platón en desearles á los pobres médicos el que estuviesen malos; no les bastan sus trabajos? Y si no, pregúntole á Platón, tan preciado de repúblico: fuera buen legislador, el que dando leyes á todos, fuese el primero que las quebrantase? Pues por qué quiere Platón que siendo los médicos los que dan leyes para conservar la salud, sean los primeros que las quebranten mandándoles que estén enfermos? A vista de Hipócrates y Galeno, poca fuerza tiene la autoridad de Platón, por tener estos más voto, por ser médicos, y los primeros. A Hipócrates ya le oiste antes; oye ahora á Galeno en el 6 de las Epidemias, hablando de Quinto médico, al cual le olía mal la boca: *Oportebat* (dice) *eum prius sui ipsius symptomati mederi, atque ita ad alios curandos se se accingere.* Al mismo tiempo alaba á otro médico que padecía la misma enfermedad, el cual con remedios procuró quitársela: y dice Galeno de él, que antes de curársela, nunca salía de casa sin que primero metiese en la boca una hoja del malabatro para ocultar lo que padecía. Sulpicio en una carta familiar que escribe á Cicerón, le dice: *Nec imitari malos Medicos, qui in alienis morbis profitentur, se tenere Medicinae scientiam. Ipsi se curare non possunt.* Todo lo cual aprueba San Gregorio el Grande *in Past*, pues dice: *Improbus, et imperitus est Medicus, qui alienum mederi appetit, ipse, quod patitur nescit.* Pues es cierto que hará el vulgo buen juicio de un médico que siempre anda malo y no se sabe curar, para fiarle su salud, cuando para sí no es bueno? si no es que espere que le digan: *Medice cura te ipsum.* Además, que esta Facultad pide fuerzas en el que la ejercita, robustas, así para el estudio como para el tra-

bajo de ejercitarla, y si no goza salud, mal lo podrá cumplir. De Asclepiades refiere Plinio, que pactó con la Fortuna: *Sponsionem cum Fortuna fecisse, ne medicus crederetur, si unquam ullo morbo fuisset invalidus.* Taletonio y Castro, interpretando la autoridad de Platón, dicen que más fué piedad en Platón que malicia, por parecerle con la reina Dido:

Non ignara mali miseris sucurrere disco.

No es menester que los pobres médicos hayan padecido las enfermedades que curan para tener conmiseración de los enfermos, cuando Hipócrates en lo de *Fracturis* nos dice: *Ex aliena miseria dolorem sibi metit.* Y qué más conmiseración le quieren que tenga un médico, cuando no se ocupa en más que en contemplar y oir desdichas, llantos y miserias?

Luctus ubique, pavor, et plurima mortis imago.

Esto ha de tener un médico para ejercitar su Arte con perfección, y como quiere Hipócrates. Y así concluyo con las mismas palabras con que él concluye en el libro de Médico: *Animo itaque, ac corpore sic dispositum esse convenit.*

57. Vamos ahora con las costumbres con que el médico se ha de portar con los enfermos, y con lo restante del comercio humano. De las buenas bastantemente he tratado; vaya de las malas, opuestas á las virtudes morales, de las cuales tanto nos encarga Hipócrates en sus Obras que huyamos, para que no seamos notados de malos médicos. No quiero citarte á Hipócrates en esta materia (aunque sé que bastantemente te advierte, aunque gentil,) porque sé que los Santos Padres de la Iglesia, en lo que toca á reprensión de vicios, su autoridad tiene más fuerza que la de Hipócrates y más voto.

58. El primer vicio que un médico debe evitar, ha de ser la arrogancia ó la vanagloria; pues como dice San Agustín en el lib. 5 de Civitate Dei, al cap. 12: *Iactantia non est vitium laudis humanae, sed vitium animae perversae, amantis humanam laudem, spreto testimonio conscientiae.* San Juan Crisóstomo, hablando de este vicio, dice sobre Isaías, homil 3: *Arrogantia malorum omnium fons.* Y sobre la Epístola ad Corinthios, homil. 27: *Arrogans omnium est accusator.* Harto trabajo tiene el pobre que tiene este vicio.

59. El segundo vicio que debe un médico evitar, es la adulación. Este le pinta bien Hugo Victorino: *Adulator* (dice) *amicus est in officio, hostis in animo, comptus in verbo, turpis in facto, laetus ad prospera, frugilis ad adversa, inflatus ad obsequia, anxius ad oprobria, immoderatus ad gaudia facilis ad humana, difficilis ad honesta. Quid enim vero a cane expectes, nisi aut latratus, aut blanditias, aut morsus?* No sin misterio llamaron los filósofos morales á los aduladores, ratones, polillas, monas

y zorras, para darnos á entender las propiedades de tan malas sabandijas; pues los ratones hacen el tiro á la comida; las polillas á la ropa; las monas al tiempo; las zorras al discurso. Guárdate, pues, de caer en las manos de un lisonjero, decía el otro; porque como ratón, te dejará sin comer; como polilla, sin que vestir; como mona, te quitará el tiempo, dejando sólo en tu casa, como zorra, el engaño.

60. El tercer vicio infernal que un médico debe huir, es la murmuración. Mucho han dicho de este vicio los Santos; oye entretanto á San Jerónimo: *Vilium* (dice) *satis hominum est, et suam laudem quaerentium alios viles facere: quia alterius vituperatione se laudari putant, et qui suo merito placere non possint, placere volunt in comparatione malorum.* Tertuliano, que sabe decir las cosas bien, dice: *Infirma certe commendatio, quae de alterius destructione fulcitur.* Quién se espanta aborrezcan los Santos á los maldicientes, afirmando el Apóstol que de Dios son odiados? Todos se guardan de esta gente, y con razón; porque quién habrá que halague á un espín, y le toque con tanta cautela que no le punce y ensangriente las manos en pago de las caricias? Quién querrá hacerse compañero de un escorpión, que siempre tiene levantada la cola para envenenar? Quién solicitará la amistad de un león, que si no maltrata con los dientes y uñas, tiene una lengua tan áspera que cuando halaga lastima y lamiendo saca sangre? La pena ordinaria de estos es, que ninguno los ama, que los huyen muchos y que los aborrecen todos. Se granjean el infame título de hombre satírico, maldiciente y mordaz. Yo habré de dar (dice un político) con su propia reprensión alguna regla á los maldicientes. Ellos sin duda ignoran lo mismo que profesan; lo primero que desean hacer, es lo primero que deshacen: quieren gravar y aligeran; procuran acusarnos y nos absuelven; traense un propio libelo estudiado para todos hombres, y de aquel mismo se fulminan á sí una propia sentencia. Cuánto es más fácil creer son ellos los mismos malos, que no que lo sean esos que llaman siempre ruines? ¡Oh mordaz, que la sangre que derraman tus dientes ensucia tus labios! Por eso San Agustín, como discreto observador de las iras celestiales, fulmina rayos, ya de prudencia, ya de sabiduría, contra el silbo de esta serpiente y el ahullido de este dragón. Pero yo tengo por cierto que todos estos murmuradores, más son dignos de conmiseración que de castigo; pues como dice el texto: *Reddent rationem.*

61. El cuarto juicio por donde un médico suele perder de su decoro, es por ser muy locuaz ó hablador. Ya dijo el Espíritu Santo: *Ubi plurima verba, ibi frequenter egestas.* Repara en Hipócrates las pocas palabras que gasta. Yo conozco médicos que sobre la esencia de un sabañón estarán hablando tres días con sus noches, sin dejarlo. A la verdad siempre he estado mal con esta especie de médicos habladores, pues

quieren en cualquiera enfermedad (si se hallan en junta) vaciar todos los textos que saben de memoria, y tal vez no de construcción. Mucho te pudiera decir acerca de este vicio, no quisiera cansarte. Oye sólo una carta de San Gregorio Nacianceno, que por ser del intento, y breve, tal vez no te pesará de leerla, y será posible que te enmiendes de no hablar tanto en las juntas. Refiere el Santo, que uno llamado Celesio le arguyó de inurbano, por el demasiado silencio y pocas palabras que gastaba, viviendo entre los hombres: y el Santo, por escrito, le satisface así: *Hirundines olim cavillabantur Cygnos, quod extra hominum consortia solitarij in aquis sibi tantum viverent. At nos, aiebant, illæ, in Urbibus sumus inter homines, ædificamus in domibus psallendo tempori plurimum commodamus. Male habuit olores futilis hæc dicacitas: sed satis norant logos, et fabulas optime refutari silentio: unus tamen cæteris ad dicendum promptior: O missellæ, inquit, quam vana est gloria vestra! nos quidem non multum, nec sæpe, sed suave canimus. Homines, ut nos, ac nostram musicam audiant, egrediuntur Urbibus: vestros garritus oderunt omnes, nemini non ingratæ estis, tamquam av ium loquacissimæ, neque enim canitis, sed in amœnis sybillis, ac susurris omnium aures fatigatis, ideo recte in vos pronuntiavit Pythagoras: hirundines, ne tecto excipe. Sed et Aristoteles praecepit: hirundines sub eodem tecto non habendas. Haec olores hirundinibus. Ita et tu mihi Celensi cum hirundinibus garrire poteris, quamdiu voles; ego velut olor in suo stagno, ita in Musaeo meo cum libris meis loquor, mihi Cano, et Musis. Vale.* Esto dice San Gregorio Nacianceno contra los habladores; si lo quieres entender, bastante te dice, y si no quisieres, qué piensas que se le dará al Santo que charlatees más que las golondrinas, ni menos á mí, que hables hasta el día del juicio?

62. El quinto vicio que un médico debe evitar, para que no le noten de terco ó de imprudente, ha de ser huir de contiendas y porfías cuanto fuere posible, pues como dice Santiago en su Epístola canónica, cap. 3, vers. 16: *Nam ubi zelus, et contentio, ibi inconstantia, et omne opus pravum.* San Pablo, escribiendo á los Gálatas, cap. 5, vers. 19, aún se explica más, pues dice: *Contentiones aemulationes, irae, rixæ, disentiones, etc., quae praedico vobis, sicut praedixi, quoniam, qui talia agunt Regnum Dei non consequentur.* Buen consejo el de San Juan Crisóstomo sobre el cap. 21 de San Mateo, para evitar contiendas: *Malum hominem* (dice) *tacendo, et locum dando melius vincis, quam respondendo, quia malitia non instruitur sermonibus, sed excitatur. Ita Dominus recedendo compescuit, quos non potuit respondendo.* Es el litigioso ó contencioso, un genio que no repara en lo bueno ni en lo malo, porque para su lengua, lo mismo es lo malo que lo bueno. No se mueve el litigioso, dice Santo Tomás, por particular enemistad, sino por la general de no complacer. Yo no sé que haya más remedio para librarse uno de semejantes hombres, que es no responderles. Y así decía bien un político: no nos

hemos de valer de las manos para castigarlos, sino de los pies para huirlos. Y aunque comunmente suelen decir que las contiendas ó litigios de las letras jamás pasan del entendimiento, digo que Dios lo sabe. Lo que yo sé, que hay médicos tan tercos y aferrados á su dictamen, que si no se hace lo que ellos quieren, tienen por desacierto todo lo demás, que es lo que San Agustín solía decir: *Tam litigiosas excitant quæstiones, quod nisi, quod faciunt, nihil rectum existiment.* Aunque no tuviera la secta de los empíricos (gobernada por la filosofía de los escépticos) otra cosa más que el no gastar el tiempo en averiguar las cosas con opiniones (como hacen los dogmáticos racionales), era digna de estimación; pues estos, pocas contiendas tienen entre sí, presto se componen. Y si no te pareciere bien lo que te voy diciendo, oye á Hipócrates en lo de *Decenti ornatu*, lo que te dice: *Opinio enim maxime in Medicina in crimen vertitur eam adhibentibus his vero, qui ea in se usi sunt pernitiem affert.* No decía mal otro médico viendo la Medicina puesta en cuestiones, y á sus profesores divididos en bandos: *Medici reguntur opinionibus; ægri mori, et pati.*

63. Por cierto que es cosa digna de notar, que habiéndonos dejado Hipócrates una Medicina tan alta, como saben todos los que la han estudiado, no mueva en todas sus obras una cuestión ni una disputa. Y que sus discípulos (que son bien pocos) ó comentadores, con sus glosas ó cuestiones, la hayan puesto en tal paraje, que ya los textos del buen viejo, más parecen leyes de los romanos con las interpretaciones que le han dado, que preceptos médicos. De aquí han nacido y se han originado las contiendas, los litigios, las parcialidades, los bandos entre los médicos; hasta dar motivo á algunos escritores de buen juicio, para pintar nuestras disensiones ó contiendas que tenemos en las juntas. Oye á Pedro Gassendo, el cual en el tomo 2, lib. 12 de su Física, sect. 3, cap. 5 de *Morborum crisibus*, describe una junta de médicos en esta forma: *Ecqua enim unquam consultatio sit, in qua, qui opinatur posterior non æmulatione quadam, et ne quid afferre novi non videatur, quicquam detrahat, adijciat immutet? Ecquis posterior accersitur, inque alterius locum adhibetur, qui eadem insistere via cum Antecessore sustineat, et non methodo quapiam nova, ut censeri oculatior, sapientiorque possit, utatur? An non exinde, nisi aliud saltem illud arguitur, non haberi autem constantem, ac certam, quæ in diversis diversa sit: et nemo arrogare sibi id Iuris possit, ut quod ipse probaverit, non improbare alius specie quadam rationis valeat? Nam et quod sit, utrique promptum pro sua sententia contendere, hoc ipsum convincit, principia, quibus utuntur non esse rata: et cum sanari æger remedijs, non disputationibus debeat, fortunæ esse, quod melior vincat, dum qui verbis pollentior est, Imperator vitæ, necisque evadit. Dominari certe fortunam in ægris curandis, vel ex eo potest conijci, quod nulla sit secta, quæ non aliquos ostentet, quos servaverit: cui non aliqui objiciantur, quos perdi-*

derit: quodque, ut ex ijs, qui Medicos adhibent, aliqui sanantur, aliqui moriantur: pari modo aliqui sanantur, aliqui moriuntur ex his, qui non adhibent. Déjolo, no sea que se enfade Gassendo, por hablar con demasiada claridad.

64. Gedeón Harveo, como ladrón de casa, y que tenía bien experimentado lo que pasaba en las juntas de los médicos de Inglaterra, toma la pluma y escribe en su libro de *Arte expectationis*, al cap. 25, y le intitula así: *Cap. 25, de Medicorum consultationum ineptijs.* No sabe el vulgo lo que dicho capítulo contiene, que si lo supiera, no llamara diez y doce médicos como acostumbra. No quiero referir lo que siente con demasiada libertad de las consultas (tú lo puedes leer cuando tengas lugar), sólo diré lo que en favor del vulgo siente: ojalá lo quiera entender y desengañarse. Dice Harveo: *Qui unius Medici consilio utitur, Medicum habet: qui duorum consilio potitur, dimidium tantum Medicum habet: qui trium operam sibi admoret, nullum Medicum habet.* Los que son muy amigos de médicos y juntas, se defienden con el adagio vulgar que más ven cuatro ojos que dos; y alegan el versito de Homero en favor suyo y de Agamenón: *Utinam decem Consultores adessent.* Pero es el caso, que los que así discurren ignoran la causa eficiente y final de las juntas: óyeselas á Gedeón en el capítulo citado, y aunque después llames todos los que se te antojaren; pues ¿por ventura los he de pagar yo de mi bolsa? *Timor, et diffidentia* (dice) *quorum mater est ignorantia crassa, bini sunt aculei, qui patientem in consultationem duorum, vel plurium Medicorum exigendam stimulant. Atqui quum, quæ ab aliquo diffidentia, et timore perculso geruntur, exitum sortiuntur infelicem, sæpius consultatio metu, et spe fracta accita, in finem lugubrem definit.*

65. Gaspar de Reyes Franco, en su Campo Elíseo mueve la cuestión: *An Medicorum consultationes ad rectam ægrorum curationem utiles habendæ sint, et suscipi debeant?* No hay duda que la trata por una y otra parte con bizarría de ingenio; y se inclina á que las juntas son muy útiles y necesarias para los enfermos. Verdad es, que como él pinta que ha de ser la junta, cualquier hombre de buen juicio dirá luego que sí, que convienen las juntas. Pero sepamos cómo quiere Reyes que ha de ser la junta. Dice, que convocados los médicos que han de entrar en ella, elijan lo primero uno que les presida; y que éste sea el más anciano y que por su literatura lo merezca: y que los demás le miren con respeto, supuesto que hace papel de decano y de presidente. Juntos así, que empiece la junta (informados primero de la enfermedad) con gran modestia, con mucha paz y compostura, sin que les noten en las virtudes morales el menor vicio; hablando cada uno conforme sus méritos y sus antigüedades. Que el presidente se haga cargo de todas las doctrinas; y si hubiere disturbios ó disensio-

nes entre los de la junta, que procure conciliarlos, porque no pase á tema la porfía. Y que al fin después de haberlos oido á todos, recopile todo lo que se ha dicho, eligiendo lo que más bien le pareciere para la salud del enfermo. Esto es en sustancia lo que quiere Reyes que se observe en una junta de médicos. Pero pregunto: ¿adónde ha de hallar Reyes médicos y presidente con las circunstancias que en su junta aérea nos pinta? A mí me parece que si no los busca en los Campos Elíseos, que por acá no es muy fácil. En tiempo de Reyes no era tan dificultoso el encontrar con médicos ni tampoco con presidente, para hacer una junta como él dispone: porque en aquel tiempo estaban muy concordes los médicos, sabían poco más unos que otros, pues toda su Medicina se reducía á cuatro humores: cacoquimia, plenitud, *saluberrimum est*, *etc.*, cuatro textos de *victus ratione*, dos del Método de Valles y dos de Galeno, y remataba la Junta con la historia de Sileno, ó cuando más con la de Fulón con el comento de Valles. Pero el día de hoy, en que la Medicina ayudada de la Filosofía experimental, de la Anatomía y de la Química, ha tomado tanto vuelo por haberse descubierto nuevos caminos para dar la salud á los enfermos, ¿cómo es posible el que se disponga una junta con las circunstancias que quiere Reyes, si no buscamos presidente y médicos de más literatura? Pues los de su tiempo poco conocimiento tuvieron de la moneda que hoy corre en Medicina, para tener una junta como él pinta. No te dé pesadumbre, yo la dispondré y la verás puesta en práctica, ya que Reyes se la dejó en el aire.

JUNTA DE MÉDICOS

LA MAS CÉLEBRE QUE SE HA VISTO NI OIDO JAMAS.

66. Supongamos una calentura aguda, con visos de maligna, en Pedro, Juan ó Francisco, que para el caso es lo mismo, y que el tal enfermo tiene bienes de fortuna y que no repara en que se llamen á los médicos de más crédito que tiene la Europa, ni menos en que venga Hipócrates, cueste lo que costare, de los Campos Elíseos, para que la presida. No parece que será desacertado, supuesto que gusta el enfermo de que vengan los que más crédito tienen, el que llamen un sectario de cada una de las sectas que trae Juan Doleo en su Enciclopedia, por no ser el caso imposible, añadiendo á los siete, otro

que siga el sistema de los parisienses, que hoy en día, en aquella Universidad, con tanto aplauso se defiende: de que las más de las enfermedades tienen su vicio en lo sólido, no en lo fluido, como ha discurrido toda la posteridad, y sea éste Baglivio, supuesto que defiende con gallardía de ingenio, en su libro de *Fibra motrice*, esta sentencia ó sistema. Ya tenemos ocho médicos, los más doctos que se hallan en la Europa; y á Hipócrates por presidente, con todas las circunstancias que quiere Reyes: *Itaque Natura prudens, severitate gravis, doctrina, et experientia munitus, omnes alios, et omnia temperet, et moderetur, Magistrique vice utatur, etc.* Convocados así todos, después de haber dado la bienvenida á Hipócrates, entraron á ver al enfermo, el cual los recibió con mucho agrado, en particular al viejo, que parecía que traía la salud en el rostro. Informáronse en breve, por la corta relación que les hizo el enfermo, y saliéndose afuera, se retiraron á una cuadra que les tenían muy bien alhajada para tener la junta. Sentáronse todos por su orden y según sus antigüedades, dando el lugar debido al presidente. Hizo relación, por más extenso, el menos antiguo, de todo lo que se había hecho y pasado en los cuatro días de enfermedad, que era el término en que se hallaba dicho enfermo. Empezaron á hablar por su orden y según la antigüedad y grados que cada uno tenía. Como vieron que el auditorio era bueno, y el presidente tan docto, como sabemos, cada uno por sí quiso mostrar su habilidad, diciendo cuanto bueno sabía y había estudiado en favor de su sistema. Fueron pintando la esencia de la enfermedad, y en este punto todos convinieron que era calentura maligna la que el tal enfermo padecía. En orden á la causa, no hubo dos votos que concordasen: del pronóstico hicieron poco caso, sólo uno dijo algo, que fué el galenista. En la curación desbarraron todos, pues cada uno de por sí le quiso curar con la extravagancia de su sistema. Fué la junta muy larga, pues duró cerca de siete horas. No despegó la boca en todo ese tiempo Hipócrates, dejándolos decir todo cuanto ellos quisieron. Habiendo concluido el octavo, se quedó Hipócrates por un breve rato suspenso y cabizbajo, en la misma silla en que estaba sentado. Mas volviendo en sí, dió un golpe sobre el brazo de la silla, y un grito con que aturdió toda la cuadra. Válgame el dios Apolo (dijo), que para oir estas cosas me hayan hecho venir de los Campos Elíseos. ¡Oh, pobre de mí! (volvió á dar otro grito) es esta Medicina, que he oido, la que yo les dejé á vs. ms. cuando me fuí de este mundo! ¡Para qué me tienen por príncipe de la Medicina, cuando yo no enseñé nada de todo lo que vs. ms. han dicho en la junta, así en mis libros, como en la Isla Cos, en donde tuve mi habitación! ¡Cómo quieren vs. ms. que yo concuerde ó concilie ocho sentencias ó sistemas entre sí tan encontrados, cuando no me conformo ni quiero

conformarme con ninguno de ellos, supuesto que tengo otro modo de curar á este enfermo, más fácil y contrario á todos los de vs. ms!

67. Aturdidos los ocho médicos de ver al príncipe de la Medicina tan enojado contra ellos, se levantaron de sus asientos, y todos, á una voz, le suplicaron que se sirviese de oirlos, pues no había razón para que unos hombres tan doctos como los inventores de las ocho sentencias, fuesen menospreciados y maltratados de palabras, habiéndose desvelado tanto en socorrer al género humano en sus mayores miserias, que son las enfermedades. Vayan diciendo por su orden (dijo el buen viejo), que aunque estoy cansado del camino, les oiré con muy buena voluntad. El primero que replicó fué el galenista, por ser el más antiguo de todos, y dijo:

68. Sr. Hipócrates: v. m. ha de tener entendido, de que pasados algunos años después que se fué de este mundo, vino á él Claudio Galeno, natural de la ciudad de Pérgamo, tan docto en Filosofía, Medicina y demás ciencias naturales, como saben los que le tienen bien leido y estudiado. Hémosle tenido por el mejor médico, después de v. m., que ha tenido el mundo; y así, la Facultad Médica le ha honrado con el título de príncipe de ella. Comentó la mayor parte de las obras de v. m., y con esa buena fe nos hemos gobernado por él cerca de dos mil años. No sé yo que haya razón para que v. m. menosprecie la sentencia de un autor tan grave como es Claudio Galeno, ni tampoco á los que le siguen. Muy buen médico hubiera sido Galeno (respondió Hipócrates), si no hubiera sido tan liberal en las sangrías, y sobre todo, si no hubiera dejado escrita aquella autoridad tan perjudicial (como notó Santa Cruz) del II del método (la cual con el tiempo ha pasado á proverbio) en que manda sangrar á todos los que tienen calentura; cuando yo en mis obras dejé escrito, que era contraindicante de la sangría la calentura. Además, que á Galeno, sus discípulos le han levantado muchos falsos testimonios en decir que sangraba tan largamente como ellos sangran: lo cual no es así, dijo Hipócrates, pues en el I libro de *Diebus Decretorijs*, al cap. II, defendiendo mi doctrina, dice así, y á un mismo tiempo me honra cuanto cabe: *Quandoquidem naturæ motus* (va hablando contra los médicos que no saben estar quietos) *statutis periodis pro sui ratione contingit, interim tamen ab exterioribus peccatis circuitus servare prohibetur. Sic itaque Hippocrates undequaque admirabilis inquit:* Natura omnino sufficit. Pues si la naturaleza basta, como conmigo lo confiesa, ¿para qué es tanto aparato con este enfermo y con los demás? Bien conoció Galeno que mi doctrina era verdadera: el libro de *Victus ratione in acutis* fué el que le hizo dar de hocicos, como á todos los demás que le han comentado, y me lo han atribuido á mí, sin considerar primero si fuí yo su autor. Fué Galeno de cortísimo ánimo, que ya se lo

notó el Gran Canciller de Inglaterra: *Virum angustissimi animi.* Conoció que mi doctrina era verdadera, pero no se atrevió á ponerla en ejecución, quizás por no malquistarse con el vulgo, pues á veces más quiere errar con él, que acertar con la verdad. No le levanto ningún falso testimonio; vean lo que dice en el 6 del Método al capítulo último. Cuenta que vió curar en Roma á Eudomio (que debía de ser un cirujano muy grande) las heridas de cabeza por la vía desecante (que hoy llaman particular), y que á éste, en contraposición de los que curaban por la vía humectante (que hoy llaman vía común), se le morían menos que á los de la otra secta: *Magis fuisse servatos* (confiesa el mismo Galeno) *qui ab illo curabantur, quam ab his, qui blandis utebantur.* Y en medio que vió y conoció todo esto, no tuvo ánimo de seguir esta doctrina, pues se deja decir: *Aggressus vero suissem, aliquando ipse quoque experiri eiusmodi curationis rationem, si perpetuo in Asia mansissem: sed cum Romæ plurimum agerem Civitatis morem sum sequutus.* Bien se aprovechó del adagio: *Dum fueris Romae, etc.*, y aunque la verdad la siga quien quisiere. Quiso replicar el galenista, pero Hipócrates, medio enfadado, le hizo callar, diciéndole: ¿Cómo quiere v. m., con su maestro, el que una enfermedad aguda termine bien ó haga su crisis con perfección, si en ese tiempo tienen desarmada (por no decir desjarretada) á la naturaleza con sangrías para que lo pueda hacer? Viendo el sectario de Galeno que Hipócrates se iba enojando demasiado, hizo su cortesía y no replicó más.

69. Levantáronse á un mismo tiempo el médico helmonciano y el paracelsista, habló el helmonciano por entrambos, por ser más agudo que el paracelsista, y también porque el sistema de entrambos era casi una misma idea, y dijo con algún desahogo: cómo tiene v. m., Sr. Hipócrates, atrevimiento de menospreciar una sentencia tan alta como es la Química, y sobre todo, á los dos que la estamos defendiendo? Qué porque v. m. no la olió ni la supo, porque en sus tiempos no se usaba (como nos consta), por eso se ha de menospreciar, y también á los que la siguen? Viéndolos Hipócrates tan enfurecidos (en particular al helmonciano), procuró del mejor modo que pudo el aplacarlos y sosegarlos, diciéndoles: que él les daría satisfacción. Señores míos (dijo Hipócrates), ya yo había muchos días que tenía noticia de su gran ciencia, por la gran filosofía que la acompaña; y que en materia de remedios y de arcanos me excedían á mí y á todos los médicos del Orbe. Pero después que les he oido á vs. ms. me he acabado de desengañar, que sin todo este aparato que vs. ms. traen con sus arcanos, sales, elíxires, quintas esencias, etc., se puede curar una calentura más bien sin ellos que con ellos. Tengan paciencia y óiganme. No hay duda que si dos médicos se empeñan en curar una calentura aguda, el

uno con remedios y el otro sin ellos, que tendrá más habilidad el que la curare sin remedios. Pues si yo sé (como vs. ms. me han oido en la junta y lo verán en el éxito del que tenemos entre manos) curar una enfermedad aguda sin remedios, ó á lo menos con poquísimos, sólo gobernando al enfermo en la dieta y que no haga disparates, para qué le tengo que abrumar con tantos arcanos, coralinos y alkaestes, cuando por otra parte sé que la naturaleza no estorbándola sabe hacer todo esto sin remedios con gran perfección? Bien se conoce (replicó el helmonciano), Sr. Hipócrates, que v. m. ignora nuestros arcanos y secretos que tenemos para curar las enfermedades que v. m. no supo curar y las dejó por incurables. Hay, señores míos (respondió el viejo sonriéndose), y qué poquísimos pasos dan vs. ms. con sus arcanos y secretos en los tísicos, héticos y cancros? Quieren creerme? jamás he estado bien con estos médicos secretarios, pues los más de ellos suelen ser embusteros. El verdadero secreto es saber el Arte con perfección, sin él no hay secreto que valga: y así decía bien Scherbio, citado por Hosmano: *Methodus medendi est secretum secretorum secretissimum.* Y si no, dígame v. m., señor discípulo de Helmoncio, qué le aprovechó á su maestro el saber tantos secretos, cuando con uno de los muchos que sabía se mató á sí mismo? Una carta recibí allá en los Campos Elíseos de Gerardo Goris, en que me daba cuenta de la desgraciada muerte que tuvo Helmoncio en Flandes. Acometióle un dolor de costado (me refería) á Helmoncio, el cual no permitió que se le aplicase otro remedio que la sangre del hirco preparada, la cual tenía por gran secreto para los dolores de costado: fué tal la rarefacción que causó en la sangre, que murió sofocado, no permitiendo el que le sacaran un poco de sangre; tanta era la fe que tenía en su secreto. No le culpo tanto porque no se dejó sangrar, cuanto porque se curó sin método. Esto quieren oir vs. ms. Quisieron replicar otra vez; pero Hipócrates, montado en cólera, les mandó que se fuesen á dar lumbre á sus hornillos, y que procurasen sacar sus específicos ó arcanos, pues no ignoraba los sabían sacar con gran primor y de gran útil para la salud humana, aplicados á su tiempo; pero como ellos no hacían caso de los tiempos de las enfermedades, de los días decretorios, ni menos de las crisis, que era imposible el que pudieran curar bien una enfermedad aguda. Tuvieron por bien de callar y no replicarle más, porque de otra suerte les iba á dar con el libro de *Lege* en los ojos.

70. El cuarto médico que replicó fué el Willisiano, el cual con voz algo descompuesta dijo así: cómo se menosprecia, Sr. Hipócrates, la doctrina de Tomás Willis, siendo un médico tan docto en todo género de letras como lo publican sus obras; en particular en Anatomía y Filosofía, pues hasta ahora nadie le ha puesto el pie delante. ¿Sabe v. m.

la estimación que hizo la Universidad de Ojonia y la Sociedad Regia de Inglaterra en el tiempo que fué miembro de ella? De todo (dijo Hipócrates) lo que v. m. ha dicho tengo largas noticias. ¿Tiene v. m. más que alegar en favor suyo? Sí tenía (dijo el Willisiano), pero como v. m. en la junta dijo que tenía modo más fácil de curar una enfermedad aguda que todos los ocho médicos que nos hallábamos en ella, será fuerza el ver el buen éxito del enfermo para que yo reprima mi cólera, que se me ha exaltado demasiado, viendo la sinrazón con que v. m. ha menospreciado ocho sentencias de los hombres más doctos en Medicina que tiene la Europa. Viendo Hipócrates tan pagado á este médico de las sutilezas de Tomás Willis, le dijo con mucha severidad: ¿v. m. viene ó es llamado á esta junta para curar al enfermo, ó para argüirme como se usa en las escuelas? Porque si es para argüirme, desde luego le digo á v. m. que esa moneda no la gasto, porque soy de la doctrina de los escépticos, los cuales no gastamos el tiempo en cuestiones como los dogmáticos racionales; sólo nos contentamos con la experiencia gobernada del *lumen rationis*, el cual á ningún médico ni filósofo se le oculta. Si es llamado para curar el enfermo, eso más bien se hace con remedios que con palabras, voces y cuestiones. Y si no, ya que v. m. me hace hablar (lo cual no hice en el tiempo que estuve en el mundo, pues todos me notaron de poco hablador, y hoy en día me censuran mis intérpretes de oscuro y de pocas palabras), pregunto: ¿de qué le sirven á v. m. las sutilezas que observa en Tomás Willis, en particular en los afectos de cabeza, para curar un delirio ó un letargo? Además, que Cornelio Celso, que fué el último que escribió: *More Sceptico, et Empirico*, bien claro lo dijo: así los médicos hubieran parado la consideración en aquellas palabras de su proemio: *Sed has latentium rerum coniecturas ad rem non pertinere, quia non intersit quid morbum faciat, sed quid tollat.* Con menos Anatomía y menos sutilezas los curaba yo en mis tiempos en la Isla Cos. Además, ¿piensa v. m. que no he tenido noticias en los Campos Elíseos, que al Sr. Willis, en Londres, que es en donde gastó su Medicina, le notaron de que la práctica no correspondía con la teórica? Pompeyo Sacco, en su *Iris febrïlis*, le tiene notado de que en orden á la curación se vale de todos los remedios de los galenistas; y que sangra y purga como cualquier discípulo de Galeno. Esto ha querido oir v. m., trate de dejarme y no replicar más: y tenga entendido que mi Medicina es más alta que la de Tomás Willis, pues con menos sutilezas y menos Anatomía sé curar mis enfermos, como lo verá y se desengañará con el enfermo que tenemos entre manos. Oido todo esto, dijo el Willisiano: Más vale callar, pues se conoce que este buen viejo sabe más Medicina que Tomás Willis, á quien yo sigo. Hizo su cortesía y lo dejó. Dijo Hipócrates entre dientes: bueno va esto,

Est Leo prima, secunda Draco, quarta ipsa Chimera.

71. Siguióse en quinto lugar el defensor de Francisco Silvio de Leboe, y dijo con grande humildad: Sr. Hipócrates, yo no quiero replicarle á v. m., sí sólo referir en breve el motivo que tuve de seguir la doctrina de Francisco Silvio. En mis primeros años de Medicina estudié algunas de las doctrinas que v. m. ha oido en esta junta; pero viendo y observando el poco fruto que se sacaba de ellas, me determiné (aunque con trabajo) de peregrinar algunas de las Universidades de Europa, por si encontraba algún buen maestro que me enseñase á curar las enfermedades á menos costa que las curan estos señores médicos que v. m. ha oido en la junta: pues yo siempre he estado mal con los médicos que ejecutan muchos remedios con sus enfermos. Y así, habiendo encontrado en la Universidad de Leiden al Sr. Silvio, víle curar en aquellos hospitales y en la ciudad gran número de enfermos, y con buen suceso los más: reparé el que aplicaba pocos remedios, que era lo que yo más deseaba. Aficionéme de él y lo elegí por maestro. Este es el motivo y no otro para seguir su práctica: no sé lo que v. m. sentirá de ella respecto de las demás que ha oido á mis compañeros. Estimaré oir su dictamen para que yo siga lo que más convenga en adelante, para el alivio de los enfermos que visitare. Quedó tan pagado el buen viejo de la ingenuidad de este médico, que sin reparar en el agravio que se hacía á los demás, se levantó del asiento y le dió un abrazo y le dijo en voz alta: pocos médicos se hallarán hoy en el mundo como v. m., ni que tantos medios hayan puesto para ser buenos prácticos. De todos los que han hablado en la Junta, ninguno se ha llegado más á la verdad que v. m.; bien se conoce el buen maestro que le gobierna. Tengo grandes noticias de la práctica de ese autor; y que en Holanda, en el tiempo que ejercitó la Medicina, le llamaban el Feliz, por sus buenos aciertos. Recibí una carta allá en los Campos Elíseos de Gedeón Harveo, médico londinense, muy afecto á mi doctrina, aunque de mala condición contra los médicos que no saben estar quietos, el cual me daba noticia de la práctica de Silvio, y en particular me decía que le tenía notado que cuando daba algún cordial ó julepe á los enfermos, no se lo daba á cuartillos ni á medias azumbres como se acostumbra, sino á cucharadas: dando á entender, que Silvio se valía de lo que yo le enseñé en el 6 de las Epidemias: *Contraria paulatim inducere oportet, et interquiescere.* También sé que le notaron de demasiado liberal en la administración del láudano opiato; y por eso le llamaban: *Doctor Opiatus.* ¡Oh, si yo no estuviera tan de prisa (exclamó Hipócrates) y qué buenas cosas les dijera á estos enemigos de la naturaleza humana, los cuales dejan morir á sus enfermos rabiando de dolores, sólo por el miedo que tienen concebi-

do y por haber leido en algún mal práctico, el que no es el láudano remedio seguro! ¡ Pues diablos! (dijo Hipócrates enfadado) ¿con qué quereis aplacar un dolor cólico, si no os valeis de ese soberano remedio que Dios nos enseñó? ¿Pensais que con ayudas irritantes (como acostumbrais) lo habeis de aplacar? ¡Ah pobres enfermos! Encargóle mucho que continuase con la práctica que había aprendido de Silvio, y que buscase, si no las tenía, las obras de Tomás Sydenham, porque eran los dos médicos que más le habían sabido imitar entre los modernos; y que á distinción de los demás, eran los que menos estorbaban á la naturaleza con remedios para vencer las enfermedades, pues hacían pocos, y esos á su tiempo. Oido esto, le hizo á Hipócrates una gran cortesía por lo que le favorecía y honraba, y no despegó más sus labios.

72. Entró en sexto lugar el cartesiano, más preciado de filósofo que de médico, y dijo con voz desmesurada: ¿Sabe v. m., Sr. Hipócrates, quién fué Renato Descartes y los médicos que seguimos su doctrina, para que con tanto menosprecio nos aje y nos diga públicamente en una junta de hombres tan doctos, que no sabemos curar una calentura aguda aunque más malignidad traiga que un tabardillo? Jamás estuvo Hipócrates más sobre sí que entonces, pues sin inmutarse, sin enojarse, y sobre todo, sin perder la paciencia, le dijo: ¿V. m. ha sido llamado á esta junta como médico ó como filósofo? Respondió el cartesiano con gran desahogo: como médico y como filósofo; pues dicho se está, que siendo médico he de ser filósofo. No pregunto eso (dijo Hipócrates), lo que pregunto es ¿que siendo llamado como médico á la junta, quién es el príncipe á quien v. m. sigue en Medicina? Porque en esta República médica (aunque dividida en bandos ó en sentencias) siempre se reconoce uno por cabeza y por quien se gobiernan los que le siguen, v. gr., los galenistas á Galeno; los helmoncianos á Helmoncio, y así de los demás. Señor mío (respondió), claro está que siendo médico cartesiano, he de ser discípulo de Descartes. Bien está todo esto; pero vuelvo á preguntar más: ¿y Renato Descartes fué médico ó filósofo? Respondió con intrepidez: filósofo, y de los grandes que ha conocido el mundo. Váyase despacio (dijo Hipócrates), que se me va subiendo el humo á las narices. ¿Y por filósofo solamente ha levantado secta de médicos en el mundo? Sí señor (respondió), pues para ser uno buen médico, basta el tener buenos principios filosóficos como los tiene Renato Descartes. Pero sepamos (dijo Hipócrates): esa Filosofía tan alta que tanto nos pondera v. m. ¿es adquirida con su propio trabajo de Descartes, ó ajena de algún filósofo de la antigüedad? Señor mío (dijo el cartesiano), es la Filosofía de los átomos, que defendió Demócrito en el tiempo que v. m. anduvo por el mundo. Que lo dije yo (dijo Hipócrates) que después de tanta alti-

vez y tanta hinchazón habíamos de venir á parar á la Filosofía que yo aprendí, supuesto que fuí discípulo de Demócrito? ¿Y es esa la Filosofía que v. m. con los demás médicos y filósofos cartesianos han vendido por nueva en el mundo? Harto bobos han sido los que se lo han creido. Pero supongamos que este modo de filosofar sea tan relevado como v. m. y su maestro quieren. En medio de todo esto, no basta, para ser médico, como no me bastó á mí para serlo, el haberla aprendido de la boca de su primer inventor que fué Demócrito; pues me costó el trabajo de aprenderla de mi padre Heráclida y de Heródico, que fueron mis maestros en Medicina. Señor mío (dijo el cartesiano con desvergüenza), si v. m. quiso gastar todo ese tiempo en saber Medicina, hizo mal, pues se pudiera haber contentado con lo que Demócrito le enseñó, sin ser médico como nosotros, v. gr.: Reyes, Legrán, Hogelandio, Brechusio y otros, nos contentamos con Renato Descartes, sin haber tomado el pulso á nadie en su vida, sólo porque tiene buenos principios filosóficos.

73. Ya en este tiempo se le había acabado la paciencia á Hipócrates, pues montado en cólera se levantó del asiento, y cogiendo una silla, á no detenerle el médico Silviano, le ha estrellado contra el suelo. ¡Qué atrevimiento y desvergüenza es (dijo) delante de mis canas hablar con tanto desahogo! Levantóse como pudo, medio aturdido, y pidiéndole perdón á Hipócrates, dijo: no se espante v. m., Sr. Hipócrates, de mi demasiada libertad, pues la pasión de maestro ha sido causa de mi atrevimiento. ¿Qué maestro, á vista mía, ha de ser un filósofo que no sabe Medicina, pues aun la Filosofía que sabe y con la cual ha alborotado el mundo, sabemos que no es suya? ¿Qué caudal quiere que haga de un maestro que se enamoró de una tuerta, vanagloriándose después que le parecían bien todos los tuertos, cuando todos huimos de semejantes personas, y más si es por la mañana? Pues no es cuento, que él mismo lo refiere en una de sus epístolas; y Malebranche, en el lib. 2, cap. 8 de *Inquirenda veritate*, siendo discípulo suyo y muy modesto, no rehusa el referirlo, pues dice: *Cartesius in una ex suis epistolis scripsit, se luscos singulari quodam amore complecti. Cuius rei causam anxie disquirens comperit tandem puellam, quam infans diligebat, hoc laborasse vitio, amor, nempe, quo illam prosequebatur ad omnes ipsius similitudinem aliqua in re referens per vascerat.* Es verdad (dijo el médico Cartesiano) lo que Malebranche dice; pero ese es un defecto natural que no deshace ni disminuye la ciencia de un filósofo, como sabemos de otros muchos filósofos que tuvieron varios defectos naturales sin diminución de su ciencia. No arguyo tanto el defecto (dijo Hipócrates) cuanto el poco caletre de Descartes, en haberlo dado á la impresión y hacerlo público.

74. Sobre todo (prosiguió Hipócrates con su enojo), de lo que más

estoy enfadado con su maestro, es el ver con la impropiedad que trata la Filosofía de Demócrito, pues siendo de la secta de los escépticos le hace peripatético, moviendo cuestiones infructuosas y quebraderos de cabeza, los cuales al mismo Aristóteles no se le ofrecieron. Y si no, dígame v. m.: es fácil entender lo que escribe en sus Meditaciones ó Metafísicas? Ya sé que hay muchos críticos en Francia que dicen que las entienden; sí las entenderán, si no son corpóreos. Pues en verdad, que Pedro Gassendo, uno de los filósofos más doctos que han conocido todos los siglos, y que supo más bien que Renato Descartes la Filosofía de Demócrito, no las pudo entender. No puedo creer (dijo el médico cartesiano) que haya quien tenga atrevimiento de decir eso; más digo, que si Gassendo no entendió su Metafísica ó sus Meditaciones, que serán poquísimos ó ninguno los que las hayan entendido. Pues óigale (dijo Hipócrates) lo que le responde á Gassendo después de haberle impugnado dos veces, al fin de la última Meditación: *Et inter cætera gavissus sum, quod a viro tanti nominis in dissertatione tam longa, et tam acurate conscripta, nulla ratio allata sit, quæ meas rationes opugnaret, nullaque etiam in meas conclusiones, ad quam mihi non per facile fuerit respondere.* No reparo (dijo Hipócrates) en que Gassendo no lo entendiese; sí sólo en que si Gassendo no lo entendió, estando adornado de tantas ciencias, cómo le han de entender los demás que no llegan á su literatura? Verdad es que Renato Descartes pide, para inteligencia de sus Meditaciones, un hombre todo espíritu (á tanto llega la soberbia de los hombres); óiganle, que no le levanto ningún falso testimonio, así responde al proemio de Pedro Gassendo, después de haberle elogiado con la modestia que acostumbraba: *Quam ob rem ego hic non tamquam tibi Philosopho acutissimo, sed tamquam alicui ex hominibus istis carneis respondebo.* Lo que sacamos de aquí (dijo el buen viejo), es que todos los que estudian por Descartes ninguno le entiende, pues todos son de carne como Pedro Gassendo. Pero óigase la humildad con que Gassendo responde á tanto desahogo, por no decir desvergüenza: *Tu me, ut voles; nam per me quidem integrum tibi est affari non modo, ut carnem, quæ vox solertiæ tuæ occurrit, ut esset menti Antitcton: sedetiam, ut saxum, ut plumbum, et si quid putes esse obtusius.* ¿Vióse jamás mayor humildad? Repárese con qué modestia cierra el artículo: *Tamet si enim carneum me dicas, non ideo facis exanimem: ut neque tamet si te mentalem geras, te ideirco facis ex carnem. Quare et permittendum tibi, ut pro genio loquaris tuo: sufficitque, ut Deo propitio, neque ego sim plane caro sine mente, neque tu plane mens sine carne: et neque tu supra, neque ego infra conditionem hominis simus: quamvis tu, quod est humanum recuses, ego id a me alienum non putem.* Y volviéndose Hipócrates contra el discípulo, le dijo: ¿le parece á v. m. que tiene buen maestro?

75. No hay duda (respondió el discípulo) que el genio de Descartes

fué acre, extravagante y amigo de derrumbaderos: y así se vió, que hasta que quitó la sensibilidad á las bestias, haciéndolas á todas relojes, no paró. Lo primero (dijo Hipócrates), ese modo de filosofar bestial no fué suyo, si bien por ridículo le pareció bien: que fué de Antonio Pereyra, médico español, en su Margarita Antoniana. Lo segundo, no culpo yo (dijo el viejo) tanto á su maestro en haberlas quitado la sensibilidad, cuanto á las mismas bestias de no haber tomado satisfacción á bocados, coces y patadas, haciéndole retractar de semejante bobería. Ultimamente, viendo Hipócrates que su Medicina corría peligro, si la secta de los cartesianos tomaba más cuerpo, juró por el dios Apolo, y por las Aguas Estigias, que si en alguna ocasión fuese llamado de los Campos Elíseos para curar algún enfermo, y encontrase en la junta algún médico cartesiano, que le había de echar por una ventana por ser indignos de ejercer una facultad tan noble como es la Medicina, los que solamente tenían por maestro á un filósofo, sin haber jamás practicado la Medicina, como era Renato Descartes. Habiendo oido todo esto el médico cartesiano, sin replicar más palabra, y sin aguardar á que le diesen la propina de la junta, se escurrió de entre los ocho como pudo, temiendo al fin no volviese el viejo á encolerizarse, y lo que antes habían sido palabras, no fuese después otra cosa.

76. Habiendo Hipócrates oido las razones que tenían ó alegaban los defensores de las seis sentencias que van referidas, entró en séptimo lugar el sectario de Juan Doleo, y haciéndole la salva á Hipócrates con muy buen latín, como acostumbraba su maestro, dijo: yo, Sr. Hipócrates, hice juicio que v. m. honraría más mi dictamen en la junta, siquiera por ser de un hombre tan docto como fué Juan Doleo, el cual merece que su práctica hoy en día sea la que con más aplauso y estimación corra por toda la Europa entre los profesores de Medicina. Tiene v. m. (dijo Hipócrates) más que alegar en favor de su maestro, y de su dictamen? Por ahora (respondió) no se me ofrece más. Pues óigame, que tengo gran deseo de decirle lo que siento sobre la corta práctica y mala política de su maestro. Dígame lo primero, en qué le ofendí yo á su maestro, de no ponerme siquiera en tercero ó cuarto lugar de su Enciclopedia, cuando todos saben que merecía el primero, por ser maestro de todos los que metió en ella, y no llegar la Medicina de todos juntos al zapato de la mía? Pues á fe que duró, después de algunos años de mi muerte el proverbio: *Quod supra ipsum, est insanire, potius quam sapere.* No quisiera que me notara de vanaglorioso, pues aun cuando estuve en el mundo no gasté esa moneda. Oiga á mi fiel intérprete y expositor Ludovico Dureto, en las Coacas, al fol. 267, y repare lo que dice de mí y de mi doctrina: *Fremans licet omnes, dican tamen, quod sentio: maiorem scientiæ, et praxeos ubertatem comparari ab studioso Hippocratis uno die, quam ab istis Pragmaticis uno sæculo.* Señor mío (di-

jo el sectario), el motivo que mi Maestro (según discurro) tuvo en no meterle á v. m. en su Enciclopedia, fué el verle tan pobre de remedios en todas sus obras; pues hoy en día el médico que no abunda de muchos remedios, y no sabe muchos arcanos y secretos, es tenido en poca estimación para con el vulgo. Movido de esto mi maestro, no se acordó de v. m., porque eso de curar las enfermedades por sus tiempos, observando días decretorios y crisis, ya se acabó, y sólo v. m. lo pudo observar con la gran pachorra que le concedieron los dioses allá en sus tiempos y la grande amistad que tuvo con la naturaleza y confianza de ella; pues dejaba correr una enfermedad aguda contentándose solamente con echar al pobre enfermo una cala, ó cuando mucho, darle un baño de agua tibia, como sucedió á Metón; cosa que si en nuestros tiempos sucediera, le apedrearan á v. m. por más Hipócrates que fuese.

77. Este médico, con su maestro (dijo Hipócrates), me han de obligar á que además de perder la paciencia, sea desvergonzado; defecto que nadie me le notó en todo el tiempo que estuve en el mundo, ni menos en mis obras me hallarán que fuese desatento con nadie; antes bien á todos mis discípulos les encargué muy de veras la virtud de la modestia. Entremos en cuenta (dijo Hipócrates) y veamos este modo de curar de su maestro adónde va á parar, porque á mí me parece que así v. m. como quien le enseñó Medicina, corren tormenta deshecha sin velas, sin timón y sin remos, como dice Fernelio. De modo que la sentencia que v. m. sigue y que Juan Doleo le enseñó, que viene á ser la séptima de su Enciclopedia y que con gran satisfacción la llama *Sententia nostra*, es con la que v. m. cura sus enfermos, y quiere curar éste que tenemos entre manos? Sí señor (respondió el discípulo muy satisfecho). Pues no conoce (dijo Hipócrates) que esa sentencia ó práctica no es más que una ensalada italiana, compuesta de las seis sentencias antecedentes? Pues repárelo bien, y verá cómo unas veces cura como Galeno, otras como Helmoncio, otras como Willis y Silvio y otras como los cartesianos. Otras veces, no contento con las sentencias de los autores referidos, cura como Sydenham y como Emullero, y en viéndose perdido, cura como todos: sólo conmigo no cura, porque no me entiende. Y ésta es la causa por que no me metió en su Enciclopedia. No dijo mal Gerardo Goris en su Medicina contempta, cap. 1º: *Præterea, ut quisque pollet loquacitate, ita statim condit novam sectam, fitque Imperator vitæ nostræ, et necis: ut inquirentibus apud varios variarum sectarum Authores describentem Doleum patebit. Quamquam non omnes detexerit, nec potuerit, quia aliqui post sui libri editionem demum in Medicinae Orbem prodierunt, quorum plerique tantum verbis, non mente, et re variant. Praeter Thesalum, et Paracelsum maiorem nullo saeculo habuit Medicina Hippocratica Adversarium (cuius libri tamen minuit lectura famam) et qui ipsan versam fundo cupiebat, suam autem receptam, etc.* Esto quiere oir v. m.

de su maestro y de la doctrina que le enseñó, y la que practica con los desventurados enfermos, que le llaman *O curas hominum* (exclamó Hipócrates) *o quantum est in rebus inane!*

78. Pasemos adelante y veamos, después de cacarearnos tanto su doctrina *Sententia nostra*, qué añade en ella digno de notar que no se halle en las seis sentencias referidas? Bueno está eso (dijo el discípulo), pues ha habido alguno de los médicos, que hasta ahora hemos conocido, que más bien haya sabido explicar las causas de las enfermedades que mi maestro Juan Doleo? Pues cómo son esas causas (dijo Hipócrates), que me holgaré saberlas y oirlas. Señor mío, discurre así (dijo el discípulo): en la cavidad animal, que es la cabeza, dice que hay un duende al cual le llama: *Micocrosmetor;* éste, dice, que en estado salubre, todas las operaciones animales las hace bien; pero que si se desencuaderna, es causa de todos los afectos capitales; pero con esta distinción, que irritado, ya no se llama *Micocrosmetor* sino *Cosmetorges.* Echenle un galgo (dijo Hipócrates). En la cavidad vital pone otro, al cual le llama *Cardimelech*, y éste es causa de todas las operaciones vitales, así buenas como morbosas. Otro pone en el estómago y le llama: *Gasteronax* ó *Binthnimalca.* Otro pone en el útero para el mismo fin que los demás, esto es, para las operaciones buenas ó malas de dicha parte, y le llama *Espiritu Plastico* ó *Ianitor uteri.* Estos son los duendes ó causas de todas las enfermedades (concluyó el discípulo), según mi maestro. Y v. m. (dijo Hipócrates), siendo su discípulo, entiende lo que quieren decir esos nombres ó voces? Yo, señor mío, no me meto en eso; mi maestro las usaba y yo con esa buena fe también las uso con mis enfermos, aunque nunca me entiendan. Es posible (volvióle á replicar Hipócrates) que esos términos ó vocablos no son nativos de alguna de las muchas lenguas que tiene el Orbe? Dijo el discípulo á esto: yo, señor mío, he comunicado muchos extranjeros, como son siriacos, caldeos, hebreos, griegos, latinos, chinos y aun vizcainos, y todos me han dicho, que tales voces, entre todos ellos, ni las conocen ni se usan. Mas digo, que después de todo esto, he sido curioso en revolver muchos diccionarios ó vocabularios de varias lenguas, y no he encontrado uno sólo que me haya dado luz de dichos vocablos. Sólo uno (después de cansado) he encontrado, que me haya dado alguna luz de dichos vocablos. Y quién es el tal, dijo Hipócrates? Señor mío (respondió el discípulo) es Jacobo Pancracio, en su Diccionario Médico. Volvió á replicar el viejo: y qué dice ese autor de esos vocablos? Dice que son fingidos y que no significan más que lo que quiso mi maestro Juan Doleo. Que esto se sufra (dijo Hipócrates tirándose de la barba) en una facultad tan noble y tan honrada como es la Medicina? Qué maravilla es que los poetas nos levanten coplas y den lugar á que Monsieur Rivier (ahora en nuestros días), parisiense, en sus Divertimientos serios y cómicos diga

contra los médicos lo que no quisiéramos oir? *Apréndense* (dice) *ordinariamente las Lenguas, para explicar rectamente lo que se sabe: pero los médicos parece que solamente aprenden su algaravía para disimular lo que ignoran.* Digo que tiene razón (dijo Hipócrates) Monsieur Rivier, aunque más hable de chanza.

79. Viendo el sectario de Juan Doleo que Hipócrates le iba á los alcances, volvió á replicar en esta forma: en verdad, Sr. Hipócrates, que ya que la Medicina de mi maestro le ha descontentado tanto á v. m., no me podrá negar que la Cirujía que escribió con la misma idea que la Medicina, es de lo mejor que se ha escrito en esta materia. Tan mal me parece (dijo Hipócrates) la Cirujía como la Medicina, pues no hallo en toda ella otra cosa buena, si no es el latín con que está escrita. Válgate Dios por viejo (dijo el discípulo), y qué malo es de contentar? ¿Pues qué halla v. m. en ella que no sea digno de estimación de los que profesan dicha facultad? Yo lo diré, ya que me hace decir (dijo Hipócrates). Lo primero, que su maestro funda su Cirujía en siete autores, de los cuales, si no es dos, los demás no fueron cirujanos de ejercicio, que es lo que se requiere para saber Cirujía. Y de los dos, que son Galeno y Paracelso, de este último lo dudo, aunque sé que escribió Cirujía. No, señor, ésta no es Facultad de parleta, pide manos; y el que no está experimentado no lo sabrá hacer, por más Cirujía especulativa que sepa. Del modo que su maestro escribió su Cirujía, no digo yo médico, sino cualquier teólogo, aunque no sea Escolástico, la compondrá, y podrá ser que tan bien como su maestro. Pues con buscar dos docenas de cirujanos de los que han escrito, hurtando lo que más bien le pareciere de cada uno, podrá hacer lo que su maestro ha hecho. Lo segundo, que ya que se empeñó en escribir Cirujía, ¿por qué no puso en su Enciclopedia Quirúrgica la sentencia opuesta á todas las siete, que es la vía desecante ó particular, en nuestro idioma; y que se curan más bien por ella las heridas, que por todas las siete? Además, que todas las siete se reducen á una, que llaman vía común; y así, todos los siete autores que cita por cirujanos, no saben más que la doctrina de Galeno. Es posible (dijo Hipócrates) que alguna vez no encontró con la Cirujía de César Magato, que se lleva de calles todas las siete, pues cura más bien que todos, y conforme á mis preceptos: *Cito, tuto, et iucunde?* Viendo tan cargado de razón á Hipócatres, el sectario de Doleo dijo: yo, Sr. Hipócrates, á la verdad, me dejé llevar (como otros muchos) del buen latinejo de mi maestro, que no se puede negar que dice bien las cosas, y á un mismo tiempo las persuade. Pero después que le he oido á v. m. conozco que tiene razón, pues los enfermos *Non curantur verbis, sed herbis.* Y así, desde luego me conformo y me acomodo al modo de curar de v. m., pues se conoce que es el mejor y

más fácil. Viendo Hipócrates la ingenuidad de este médico, desistió del mal propósito que tenía hecho, de decirle cuatro requiebros sobre el demasiado desahogo con que al principio quiso defender á su maestro. Hizo su cortesía en latín, y lo dejó.

80. Oidas las siete sentencias y las quejas de sus defensores, siguióse el octavo médico de la junta, el cual, con su nuevo sistema, atropelló con todos los siete compañeros y también con el mismo Hipócrates, diciendo que no se podía curar bien el enfermo, para quien era la junta, por ser falsas las doctrinas que defendían los siete compañeros, y también la de Hipócrates; por suponer todos el que las enfermedades consistían en lo fluido. Tenga (dijo Hipócrates) ¿pues en qué consisten? Respondió con desahogo: en lo sólido. Bien me parece á mí (dijo el viejo) que á este médico le habremos de enviar á la Isla de Anticira, á que se purgue con el heléboro. Pero tengamos un poco de paciencia (dijo Hipócrates) y veamos adónde va á parar con toda esta solidez y mecánica, pues también á mí me lleva de calles; porque yo ni entiendo esto, ni en mis tiempos hubo médico ni filósofo á quien se le ofreciese tal modo de discurrir. ¿Y no me dirá (le preguntó Hipócrates) quién es la cabeza de esta sentencia ó sistema? Respondió: hasta ahora aún no la tenemos. Bien se conoce (dijo el viejo) que es sentencia descabezada. Pues no me dirá el motivo (dijo Hipócrates), y más á vista de las siete sentencias referidas, pues cada una de ellas tiene y reconoce su príncipe? Señor mío (dijo el médico), son cuatro ó cinco los que pretenden la primacía, y nos hallamos muy dudosos los de esta sentencia á quien dársela, por merecerla todos. ¿Y quiénes son esos pretendientes (dijo Hipócrates), los conozco yo por ventura? Sí los conocerá v. m. (dijo el médico), porque son por sus escritos muy conocidos. Nómbrelos v. m. (dijo Hipócrates) y sepamos quiénes son de una vez. El primero es (dijo el médico) Alfonso Borrello; el segundo, Pachioni; el tercero es, Picarnio; el cuarto, Bellino; el quinto, Stenon; y Moor no pierde las esperanzas de serlo. ¿Y v. m. cómo se llama (le preguntó Hipócrates), que me parece que también tiene humos de pretendiente á esta primacía? Señor mío, yo me llamo Jorge Baglivio, médico romano, como puede v. m. conocer por el traje que traigo de abad, y peluquín, sin traer solideo, por los pocos años que tengo. ¿Es el que escribió de la tarántula, y después de *Fibra motrice?* El mismo, respondió Baglivio. Pues dígame (dijo Hipócrates) ¿cómo tiene atrevimiento de ponerse delante de mí, después de haberme levantado un falso testimonio en su prefacio de *Fibra motrice*, diciendo que yo curaba mis enfermos por lo sólido y no por lo fluido? Y últimamente, hacerme sectario de una doctrina, que no solamente no la supe, pero ni aun la soñé? Señor mío (dijo Baglivio), como todos los autores de Medicina procuran apo-

yar su dictamen con el parecer de v. m., yo también quise hacer esa monada para que no me notaran que me apartaba del todo de su doctrina. Pues eso (dijo Hipócrates) más es arrastrarme que seguirme. ¿Pues de eso se espanta v. m.? dijo Baglivio. Lo mismo se hace con v. m. en Medicina, que lo que con Aristóteles en Filosofía: y á la verdad, yo disculpo á los que tal hacen, y culpo á v. m. y á Aristóteles, pues escribieron para todos.

81. Volviendo, pues, á lo que importa (dijo Hipócrates), no me dirá, Sr. Baglivio, ¿qué motivo ha sido el de v. m., con los demás que le acompañan, para fundar una teórica ó sistema tan extravagante en Medicina, como decir que en lo sólido están las enfermedades y no en lo fluido? V. m., Sr. Hipócrates, tenga paciencia (dijo Baglivio), que yo se lo diré. Nadie ignora (empezó) el sumo trabajo y desvelo de algunos médicos del siglo pasado, que pusieron en ser grandes anatómicos: á imitación de estos, viendo los demás el gran crédito que se adquiría con el vulgo para tener crédito de médico el ser grande anatómico, dieron todos en aplicarse á esta Facultad, de tal manera, que hoy en día, el médico que no está muy versado en Anatomía, es tenido por corto médico. Yo, pues, viendo que los más caminaban por este carril, me determiné de seguirlos. Para esto me fuí á los hospitales de Roma, en donde abrí con mis propias manos muchos cadáveres en que noté muchas cosas, como lo advierto en mi Teórica y en mi Práctica. Después de esto peregriné muchas provincias de Italia, todo á fin de ponerme bien en lo anatómico. No me contenté con haber abierto tantos cadáveres humanos; pasé más adelante, que fué á anatomizar muchos animales vivos, como fueron perros, gatos, conejos, víboras, ranas, galápagos, ratones, y casi infinidad de peces. Ultimamente, viendo que Marcelo Malpigio había llegado, por ser grande anatómico y también médico, á ser proto-médico de Inocencio XI, me pasé á la Apulia y á Taranto, á fin si podía, con la Anatomía, averiguar el veneno de las tarántulas, y también por si algún Sumo Pontífice venidero se aficionaba de mí para que fuese su médico. Abrí muchas, y aunque con microscopios hice la diligencia de averiguar en qué consistía su veneno, y en qué parte lo ocultaban, no pude conseguirlo. Dígame v. m., Sr. Baglivio (le detuvo Hipócrates), ¿y en ese tiempo le picó alguna tarántula? ¿Por qué lo pregunta v. m., Sr. Hipócrates? Porque me hubiera alegrado (dijo el viejo) verle bailar al són de una gaita. Prosiguió Baglivio: en medio de todo esto la pinté y la puse en mi Práctica, tan bien delineada, que he merecido que Jacobo Manget, médico de Ginebra, la haya estampado en su Biblioteca práctica, con todo lo demás que escribí y noté de ella, llevándome el aplauso que de la tarántula nadie ha escrito más bien que yo, aunque citen al Padre Atanasio Kirkerio. Bien entien-

do todo esto (dijo Hipócrates), pero vamos al motivo que v. m., con los demás equilibrantes, han tenido para destruir las siete sentencias con sus siete defensores; y sobre todo, la mía, cuando todo el mundo sabe que nadie ha sabido más Medicina que yo. Señor mío (dijo Baglivio), supuesto que v. m. aprieta tanto, será fuerza el decirlo, aunque sé que he de quedar mal con v. m. y los demás.

82. Digo, pues, que viendo que v. m. hacía tan poco caso de la Anatomía y de sus profesores, pues se dejó decir en el libro de *Veteri Medicina: Ars haec magis convenit Pictoribus, quam Medicis;* y que á imitación de v. m., después algunos médicos, tenidos por doctos, menosprecian el trabajo tan inmenso de los mejores anatómicos, determinaron, y yo con ellos, el fundar un nuevo sistema con la misma Anatomía, para que sirviese de teórica á nuestra práctica, pues así lo advierto yo en mi prefacio de *Fibra motrice: Causam* (digo) *que proferam, quae me ad hoc opus adegit, quod praxi a me de Novembri* 1696, *editae pro Theoria deserviet.* Y bien (dijo Hipócrates), con esa teórica ¿qué aumento ha conseguido la Medicina, así á lo principal, que es la salud de los enfermos? Señor mío (dijo Baglivio), en orden á ese punto, pocos pasos hemos dado con la dicha teórica, pues sangramos y purgamos del mismo modo que los que la ignoran. Con que al fin (dijo Hipócrates), ¿sólo ha sido el disponer un sistema compuesto de varias ciencias matemáticas y Anatomía, contrapuesto á todos los demás sistemas que hasta ahora ha conocido la Medicina? Sí señor (respondió Baglivio), pues con esto no será fácil el que v. m., con otros muchos médicos, den matraca á tantos hombres doctos que se han desvelado en saber con tanta perfección la Anatomía. Pues le aseguro á v. m. (prosiguió) que desde que hemos inventado este sistema, y haber hecho al hombre reloj ó fábrica hidráulica (que así lo dicen los parisienses, fundados en mi teórica, en las conclusiones públicas que tuvieron el año 1704, siendo presidente de ellas el Dr. D. Honorato Michelet, que esté en gloria, sobre la cuestión: *An aquae potus aegris sit interdicendus? Itaque corpus humanum non male compararveris horologio hydraulico in primis, seu clepsydre: quod enim in hoc praestant potentiae ad quamdam aquae quantitatem aequilibratae, idem exequitur ad sanguineae molis rationem, et aequilibrium compositus solidorum elater),* nos reimos de todas las sectas de los médicos y aun de la de v. m., por haber cerrado la puerta para que nos puedan argüir, ni menos entender. En eso no dice mal v. m. (dijo Hipócrates), pues aún siendo yo padre de la Medicina, no entiendo la menor proposición de ese sistema; ¿cómo lo han de entender los demás?

83. Que haya filósofos y médicos (dijo Hipocrátes medio enfadado) que se persuadan á que la fábrica del hombre es algún costal de paja, ó cuando mucho algún reloj hecho en Inglaterra, el cual se deja

desencuadernar y componer? ¿De qué le ha servido á v. m., Sr. Baglivio, el ser muy afecto á Tomás Sydenham, si lo principal que le debía haber notado lo pasó por alto, ó por mejor decir, lo menospreció, tal vez por defender su tema? Oigale en la epístola que escribe á su amigo Cole, y después aprenda lo que es el hombre, y si acaso los anatómicos llegan á penetrarle lo que en sí contiene, aunque más adornados estén de ciencias matemáticas que Euclides: *Quemadmodum* (dice) *enim homo quidam exterior conspicitur ex partibus sensui obvijs compaginatur, ita proculdubio et interior est quidam homo e debita spirituum serie, et quasi fabrica constans, solo rationis lumine contemplandus.* Y á v. m., con los demás fibristas y solidistas, les parece que todo esto lo tocan y palpan con las manos. No contento Sydenham con esto, en la misma epístola se explica más, y dice: *Animi compages, si fas est ita dicere, longe magis a fabra sit, et delicata quam est corporis structura* (que es en la que se entretienen los anatómicos) *utpote, quae in harmonia facultatum praestantissimarum, et pene divinarum consistat* (aquí ya no llega la Anatomía) *si huius sistasis, quoquomodo fuerit interrupta, conturbataque maior inde sequetur ruina, quanto praecellentius erat, et magis exquisitum opificium, dum integrum praestaret.*

84. No me dirá (dijo Hipócrates), dejando uno por otro, Sr. Baglivio, qué fin tuvo v. m. siendo escritor de Medicina, de escribir al revés de todos los demás autores médicos? Cómo al revés? (respondió muy enfurecido Baglivio). Yo se lo diré (dijo Hipócrates), no se me alborote. V. m. escribió su Práctica lo primero (y á la verdad no fué mal recibida de muchos, por la variedad de cosas que en ella amontonó, y las más de ellas concernientes con mi doctrina); lo segundo escribió su Teórica. Esto es pervertir el orden de las escuelas, pues en las ciencias que son especulativas y prácticas juntamente, como lo es la Medicina, primero se enseña la Teórica y luego la Práctica, que así lo enseñó Galeno en el libro que escribió é intituló *Finitiones Medicæ*, pues dice al cap. 13: *Antecedit actionem contemplatio.* Señor mío (respondió Baglivio), ya no tiene remedio, ya lo hice así: *Qui potest capere capiat.* Es el caso (dijo Hipócrates) que v. m. con su Práctica había adquirido gran crédito; los más de los médicos lo estudiaban y se preciaban de citarle en las juntas siempre y cuando se ofrecía; pero después que v. m. dió á la estampa ese entretejido de fibras, juntamente con el equilibrio de lo sólido con lo fluido, ha espantado á todos los que antes le querían bien y lo estudiaban. Señor mío (dijo Baglivio), yo bien conozco que para entender mi Teórica es menester saber algunas de las facultades matemáticas, y así, el que no las supiere que las estudie, y con eso me entenderá. Bueno va esto (dijo Hipócrates), con que v. m. quiere que el pobre médico, para que le entienda

sus enredos ó embelecos (que todo es uno, en lo que escribe de *Fibra motrice)*, que sepa ó estudie de nuevo la Geometría, la Hidrostática y la Estática, y sobre todo que sea tejedor, para entender los telares de Stenon, que están llenos de todo género de fibras? Sí señor (respondió con gran desgarro Baglivio), y el que no supiere todas estas ciencias no me podrá entender. Que esto se sufra (dijo Hipócrates), y que mi modestia sea tal que yo no tome satisfacción de este médico, y más trayendo las veces del dios Apolo, primer inventor de la Medicina! Ibase á levantar para hacer una demostración con él, y al mismo tiempo le detuvieron los demás médicos de la junta, diciendo: déjele, Sr. Hipócrates, que harto castigado queda con lo que Lemort le dijo en pocas palabras en su *Chimica Vindicata: Ideoque Celeberrimus Baglivius insulse debachari videtur.* No me lo dijera esto Lemort (dijo Baglivio entre dientes) dentro de los muros de Roma, que yo sé que me vengara y me la pagara. Calle, Sr. Baglivio (le dijeron los compañeros), que ya sabemos todos que los holandeses no están bien con los romanos. Uno de los de la junta, que jamás se ha podido saber si fué el Galenista ó el Silviano, viendo el demasiado orgullo de Baglivio contra Hipócrates y los demás, le dijo: más valiera que v. m. respondiera al libro que escribió Martín Pole, médico romano espagírico y socio de la Academia de París, el año 1706, dedicado á Luis XIV, el cual le intitula: *El Triunfo de los Acidos, vindicados de las calumnias de muchos modernos.* Y en el libro 2, al cap. 13, impugnando á v. m., le pone este título: *De los yerros, absurdos é inconvenientes que se contienen en una moderna obra, que trata de la Fibra dicha Motrice.* Vea v. m. (dijo el médico), contra quién son estos requiebros, Sr. Baglivio? Responda y calle, y déjenos.

85. Habiendo Hipócrates moderado el enojo, le dijo á Baglivio que prosiguiese con su réplica, pues tenía gran deseo de saber cómo aplicaba su Teórica á la Práctica que había escrito antes, pues tenía por imposible el que lo pudiese componer, por navegar la Teórica y la Práctica con vientos contrarios. Sr. Hipócrates (dijo Baglivio), yo viendo el poco caso que v. m. hace de la Teórica de la Medicina y de las causas de las enfermedades en varios libros de sus obras, pues unas veces dice que las causas de las enfermedades son los cuatro humores, otras que el ácido, otras que el fuego y el agua, otras que el aire, otras que la cólera, y otras veces viéndose perdido recurre á lo sagrado, *Si quid divinum in morbis fuerit, etc.*, quise, á imitación de v. m., travesear con mi ingenio, y puse las causas de las enfermedades en lo sólido, suponiendo á un mismo tiempo desencuadernado lo fluido y perdido todo el equilibrio de la fábrica humana. Con este mismo argumento (dijo Hipócrates) con que v. m. quiere afianzar su Teórica, con ese mismo se degüella; pues si hubiera reparado más bien en la variedad de cau-

sas que doy de las enfermedades en varias partes de mis obras, y después el poco caso que hago de ellas para la curación de mis enfermos, no hubiera v. m. puesto tanto conato en persuadir á muchas universidades, el que pusieran en práctica su Teórica. Y si no, dígame v. m.: en la Universidad de París, que es el Emporio de las Ciencias y la Atenas de nuestros tiempos, no tiene v. m. puesta en práctica esa Teórica que escribió en su libro de *Fibra motrice*, con otros muchos Equilibrantes, Solidistas y Fibristas? Es verdad (dijo Baglivio) y la defienden con bizarría de ingenio y con muchas demostraciones matemáticas. Pues ahora le pregunto á v. m. (dijo Hipócrates): y es esa la Práctica que v. m. escribió en su primer tomo? Este viejo ha de ser mi perdición (dijo Baglivio), pues pienso que me ha de coger entre algunas fibras, ó en algún mal peso, ó medida, por más que yo quiera equilibrar el cuerpo humano. No hay duda (prosiguió Baglivio), Sr. Hipócrates, que me veo algo embarazado en responder á la pregunta de v. m., pues en mi Práctica, todo es aconsejar á los que me leyeren, que lean mucho en v. m., que dejen obrar á la naturaleza; que usen de pocos remedios, pues los más de los enfermos que mueren, mueren de curados. Y la Teórica de v. m. (dijo Hipócrates) se puede acomodar á todo esto que yo enseño, y v. m. tiene trasladado en su Práctica? Bien se puede (respondió Baglivio), si el médico fuere docto, matemático, y sobre todo, si fuere grande anatómico. Pues hablen cartas, y callen barbas, dijo Hipócrates.

86. El año 1704, día 21 de Febrero, se propuso la cuestión citada en las escuelas de París, siendo Presidente el Dr. D. Honorato Michelet, dignísimo Proto-Médico de nuestro Monarca Felipe V, que Dios guarde (es estilo hacerlos presentes, aunque ausentes en aquella Universidad), defendiéndola Juan Herment, Bachiller en Medicina. Y como es estilo de aquella Universidad el probar antes la conclusión con muchas autoridadas de hombres doctos, razones y experiencias, reparo que la Teórica casi toda es de v. m., pues ocupa con su nombre y su libro *Fibra motrice* la mayor parte de las márgenes de las conclusiones. Pero la Práctica con que se defiende la conclusión *Non ergo potus aquae aegris interdicendus*, está tan lejos de lo que v. m. enseñó en la suya, que cualquier médico, por poco que sepa, lo conocerá. V. m., asienta en su Práctica, no en una parte, sino en muchas, que el médico en una enfermedad aguda, lo primero que ha de procurar es, el no impedir á la naturaleza su movimiento, para que termine bien la causa morbífica; ya sea por sudor, ya por flujo de vientre, ya por orina, etc. Y para que v. m. se desengañe, que la Teórica que tiene escrita en su libro de *Fibra motrice* no se puede acomodar á su Práctica, repare en las dichas conclusiones y verá cómo los parisienses, siendo tan doctos, se hallan embarazados en componerlo, pues curan de distinta manera de co-

mo v. m. cura en su Práctica. Sr. Hipócrates (dijo Baglivio), cuando yo escribí mi Práctica, es verdad que entonces iba con la suposición de que las enfermedades consistían en lo fluido; pero después que Lemort me sacó (como dicen) de mis casillas, me he empeñado en que la Teórica que tengo escrita ha de servir para mi Práctica, aunque más embarazados se hallen los que me quisieren defender. Cómo es posible (dijo Hipócrates) que v. m. pueda conseguir eso, cuando la Práctica está clamando contra esta Teórica? Y si no, mire los parisienses empeñados en defender su Teórica, qué mal curan, en sentir mío, una enfermedad aguda por ella. No tiene remedio, el viejo me ha de coger entre puertas, y pienso que me ha de hacer decir algunos desatinos.

87. Dicen los parisienses en las conclusiones citadas, § 3º (dijo Hipócrates), gobernados de la teórica de v. m., que todas las enfermedades se curan de esta manera: *Aquae potissimum, quae cum sit, quasi menstruum universale, seu genuinum sol vens salia quaevis, ex aequo necat: si enim acida sorbet: si alcalia mergit: de eadem, quasi fidelia duos parietes dealbando. Praeterea, si lentescit sanguis, illum diluendo potus accelerat, si ebulliendo furit, restringendo cicurat. Potus ergo alterantium Princeps, vere hegemonicum est remedium, panchrestum, morbis omnibus accomodum, proprium singulis, adde, si voles universale specificum. Paradoxum! Verbo, non re. Specificum merito illud audit, quod non vacuando, sed immutando illico sanat. Porro tot inter remedia, quae specificorum honoribus superbiunt, pauca reperiaus, quae sanguinem ad nativam indolem, fluidam scilicet, potu melius revocent, etc.* ¿Es esta la práctica (prosiguió el viejo) que v. m. escribió en su primer tomo? No señor (respondió Baglivio), antes bien tengo impugnado en mi Teórica este modo de curar; pues empieza así el título del cap. 17, de *Usu et abusu diluentium*, y comienza el capítulo: *Ob imperitiam hucusque solidorum redactam fuisse, arbitror praxim medicam ad exibendum per os in singulis pene morbis oleum amigdalarum dultium, vel dietim propinandas amphoras aquae Nucerianae. Qua utilitate id factum sit, cuiquam solidorum Perito patebit.* Yo no sé que esta autoridad concuerde con la antecedente de las conclusiones (dijo Hipócrates). Buenos los pone v. m. (prosiguió) en ese capítulo á los parisienses; no sé cómo tienen cara de citarle tantas veces en sus conclusiones, tratándolos tan mal, porque dan de beber tan á rienda suelta á sus enfermos. Ellos tienen la culpa (dijo Baglivio), pues dan motivo con esas conclusiones: *An aquae potus, etc.*, para que yo me desmande. ¿Pues qué dicen en ellas? (replicó el viejo). ¿Qué dicen? Oigales v. m. (dijo Baglivio): citan en confirmación de su doctrina unas palabras de Juan Langio, sacadas de la Epístola 20, que vistas ú oidas sin el demás contexto de la Epístola, harán hacer dos mil yerros al médico que no tuviere en su librería las Cartas de dicho autor. ¿Pues

qué palabras son esas? (dijo Hipócrates). Son las que se siguen, respondió Baglivio: *Homicidi accusatione digni sunt Nostrates Medici, qui Febricitantes inopportuna siti macerant.* Pues esas palabras (dijo Hipócrates) no suenan tan mal como á v. m. le disuenan. Pues no dije yo en el lib. 4 de *Victus ratione* (aunque Galeno no quiere que ese libro sea mío) lo mismo que dice Langio? *Causone laboranti aquae, vel melicrati aquosi, etexacte cocti bibere dato, quantum voluerit.* No, Sr. Hipócrates (dijo Baglivio), las palabras de v. m. y las de Langio no las quieren entender los parisienses como entrambos las entienden. ¿Pues cómo las entendemos Langio y yo? (dijo Hipócrates). ¿Cómo? yo lo diré (dijo Baglivio). Langio, como se puede ver en toda la Epístola, reprende á los médicos que dan de beber con tanta miseria y escasez á sus enfermos, que á la verdad más parece muerte que refrigerio: y así se vale de la autoridad de v. m. *Quantum volet.* ¿Pues en qué está la diferencia (dijo Hipócrates) de los parisienses entre los dos? En que v. m. y Langio (dijo Baglivio) dan de beber á los calenturientos (ora sea causón ó calentaras intermitentes) á su tiempo oportuno, que es al fin del estado que confina con la declinación: y esto bien clarito nos lo enseñó v. m. en el libro citado de *Victus ratione: Sed tum sorbitionem et potum dabimus, cum calor ad pedes usque pervenerit.* Y los parisienses (dijo Hipócrates) ¿cuándo dan de beber al calenturiento? Respondió Baglivio: inmediatamente que ha pasado el principio de la accesión, le empiezan á dar de beber cuanto quisiere, hasta que decline la calentura. ¡Válgame el dios Apolo (exclamó Hipócrates), que ya que mi autoridad les hace tan poca fuerza, no se gobernarán siquiera por lo que Ovidio les aconseja!

Temporibus Medicina valet: data tempore prosunt,
Et data non apto tempore vina nocent.

Eso de tiempos (dijo Baglivio), crisis y días decretorios, dicen los parisienses (con muchos modernos) que son fábulas, y se ríen y mofan de todos los que andan en esos cómputos. ¿Cómo fábulas (se levantó el viejo del asiento muy enfurecido), quién tal dice? Oiga v. m. (dijo Baglivio), el año mil setecientos y cuatro, á cuatro de Febrero, defendió en las escuelas de París Antonio Pepin esta cuestión, siendo Presidente el Dr. Philipo Hecquet: *An impeditae transpirationi sanguinis misio?* Y haciéndose él mismo contra la conclusión (defendiendo la parte afirmativa) este argumento: *Sanguinis misione vires dissolvi: crises impediri,* responde: *His fabellis pasci amat nobile, et ignobile vulgus.* Con que ya mi Medicina en París, dijo Hipócrates (la cual en tiempo de los Duretos, Ballonios, Jacocios, Holerios y Fernelios fué tan estimada), no se usa ni menos hacen caso de ella? No señor, (respondió Baglivio). Con que aquello de *Natura morborum me-*

dicatrix (volvió á replicar el viejo) ¿tampoco lo admitirán? Mucho menos (dijo Baglivio). Pues dígame v. m. la curación que usan, que yo no los entiendo (dijo Hipócrates). Es en esta forma (dijo Baglivio): Al enfermo que cae con calentura, la primera diligencia de todas le dan un emético; después le sangran todas las veces que les parece (que en esto son larguísimos y notados de todas las naciones) y en este tiempo le dan de beber todo lo que el enfermo quiere (pues tienen por remedio universal el agua, como antes ha oido v. m.); y si acaso después de hechas estas diligencias persevera la calentura, quina y más quina, hasta que se acabe la calentura ó tal vez el enfermo. No obstante esto (dijo Baglivio), hay médicos en París de gran literatura, y que abominan de este modo de curar teniendo gran respeto á la naturaleza, á v. m. y á sus comentadores, y entre todos á Dureto; y si Monsieur Rivier en su libro de *Divertimientos serios y cómicos*, dice: *Hay médicos en París que se parecen á los almanaques, en que los más nuevos son los más estimados: pero así su estimación, como la de los almanaques, acaba con el año:* esto se ha de entender que habla de los malos, no de los que saben su arte con perfección.

88. ¿Con que á v. m. (dijo Hipócrates) que los trata de noveleros en el libro 2 de su Práctica, al capítulo 12, pues les dice sobre esta materia de crisis: *Hanc veterum sedulitatem derridet Gens nova*, no le podrán tragar? Señor mío (dijo Baglivio), por lo que toca á la teórica que tengo escrita en mi libro de *Fibra motrice*, por ser cosa nueva, muy bien recibido estoy en París: pero en lo que toca á la práctica, el mismo crédito tengo yo que v. m., pues á entrambos por vegestorios, en cualquier acto literario nos menosprecian. ¿Con que mi práctica (dijo Hipócrates) v. m. no la da por mala, supuesto que afianza la suya con ella, observando tiempos, crisis y días decretorios? Aquí me cogió el viejo (dijo Baglivio) sin poderme rebullir. Digo que sí, que tengo la práctica de v. m. por la mejor, y la más alta de cuantas se han escrito en todos los siglos pasados. ¿Pues si es la mejor (dijo Hipócrates), por qué v. m. en la curación de este enfermo que tenemos entre manos, se ha opuesto al dictamen de siete hombres doctos, y sobre todo al mío, confesando que sé curar más bien que todos? Yo daré mi razón (respondió Baglivio). Yo, viendo la junta tan encontrada, pues no hubo dos votos que entre sí concordasen, quise mostrar mi habilidad con la extravagancia de mi sistema, de partes sólidas y fibra motriz, para que no fuese notado de que no había dicho cosa en la junta que ellos no hubiesen dicho. Buen motivo tuvo v. m. (dijo Hipócrates). ¿Pues qué, la salud de los enfermos ha de estar expuesta á las extravagancias de los médicos? ¿Piensa v. m. que una junta de médicos es algún acto de Medicina en escuelas, que por más disparates que arguyen jamás se les muere el enfermo?

89. Ultimamente, enfadado Hipócrates de la extravagancia de Baglivio, y de todos los que siguen su teórica, echó de aquella boca dos mil tempestades y verbos, cosa que escandalizó á todos los de la junta; tratándolos de noveleros, de enemigos de la naturaleza humana, pues menospreciaban sus obras, en que está toda la buena Medicina fundada: de metódicos ó menotodistas, pues toda su Medicina no consiste en más que en apretar y aflojar, que es lo *laxo* y lo *astricto* de Menodoto, pues así lo ejecutan: agua y más agua, suponiendo el que en las calenturas en particular siempre están corrugadas, encrespadas y tensas las fibras: cosa que en seis días se puede aprender la práctica que sale de dicha teórica, pues con dar de beber bien al enfermo, se concluye con la curación de las calenturas. Y volviéndose á Baglivio muy enfurecido, le dijo: Y v. m., señor doctor romano, médico tarantulero, perturbador de mi Medicina, pues me hace factor de esa mala teórica, y juntamente de la mala práctica que de ella se sigue; mal escritor de Medicina, aunque más reverendas traiga de socio de varias academias de la Europa, pues escribe al revés de todos los discípulos que he tenido, poniendo en confusión á cuantos han leido su Teórica, por haberla enredado con las facultades matemáticas: y sobre todo, haberla aforrado con mi autoridad, cosa que no me pasó por la imaginación; pues mi Medicina toda está fundada en el *Impetum facientia*, sin acordarme del armatoste ó mecánica en que v. m. tanto se precia de haberse desvelado por las muchas anatomías que ha hecho. Y sobre todo, haberse preciado de discípulo mío al principio cuando escribió su Práctica; y después haberse echado á perder por tema de defender los anatómicos, en contraposición de los químicos; cuando la teórica de estos es la más conforme á mi Medicina práctica, y v. m. se lo concede á Lemort, como lo refiere en su *Chimica vindicata*. Por vida del dios Apolo (juró Hipócrates) que si no recoge ese libro de *Fibra motrice*, ó por lo menos borra ese falso testimonio que en dicho libro me tiene levantado, de decir que yo curaba mis enfermos por lo sólido y no por lo fluido, que disponga, para escarmiento de v. m. y de los que tal teórica siguieren, que los lleven ó destierren á la provincia de Taranto, para que picados de aquellas arañas ó tarántulas que son más venenosas que las de la Apulia, acaben sus días bailando. Y últimamente, perdido de cólera, dijo el viejo:

Flectere, si nequeo Superos Acheronta movebo.

90. Ibase á levantar Hipócrates, por parecerle que todos quedaban convencidos de sus razones y de su modo de curar, cuando se levantaron todos á un tiempo, y el galenista, por ser el más antiguo, le hizo en nombre de todos esta réplica: Sr. Hipócrates, quedamos muy gustosos de haberle oido y de lo mucho que nos ha enseñado; pero no

puede negar v. m. que así por mi sistema ó sentencia, como por las demás de mis compañeros que asistimos á esta junta, se libran de sus dolencias casi infinitos enfermos: argumento de que la censura de v. m. sobre cada una de ellas, es demasiado rigurosa. Y si porque se nos mueren somos dignos de reprensión los que las seguimos, también á v. m. se le morían por su sentencia, como consta de los que se refieren en los libros de las Epidemias. A no estar tan cansado (dijo Hipócrates) como estoy, de haber respondido á todas las réplicas que vs. ms. me han hecho sobre cada sentencia, yo respondiera á esta última que me hace el señor galenista en nombre de todos, y les aseguro que no se habían de alegrar de la respuesta: déjenlo, que peor es hurgarlo. Entretanto digo, que sí se me morían á mí como á vs. ms., pero con esta diferencia: que los míos se morían de su mal, no de curados, como á vs. ms.

91. Acabada la junta, fueron todos acompañando al buen viejo (menos el cartesiano, que no quiso esperar) hasta la cama del enfermo, y consolándole, como tenía de costumbre, le notaron los demás médicos el gran cuidado que puso en la contemplación de la fisonomía de la cara, de la respiración, y sobre todo, de la lengua. Pidió la orina, que ya se la tenían aparejada, y mirándola con cuidado, se volvió á los compañeros, y les dijo: este enfermo está en día cuarto, hay señales de cocción en la orina, al seteno sudará, y se quedará libre de la enfermedad que padece. Repararon todos los siete médicos que ni la primera ni la segunda vez que vió al enfermo, le tomó el pulso. Sirviólés de gran confusión esto; y mirándose unos á otros, dijo uno de los siete de la junta: ahora hemos salido de la duda tan antigua en que estábamos metidos, de si este buen viejo supo de pulsos ó no. Según lo que hemos visto (dijo otro), no debe de ser tan importante la materia de pulsos como nosotros pensamos, y nos lo tienen persuadido, supuesto que él hace tan poco caso de ella, y no la sabe. Pues es cierto (dijo otro) que hemos quedado lucidos con los diez y seis libros que escribió Galeno de *Pulsos*, sin el Compendio *ad Tyrones*, que tantos médicos han comentado: dejando aparte las materias infructíferas de pulsos, escritas en forma escolástica. Siempre yo tuve (dijo otro) por tiempo mal gastado el estudio de esta materia; pues siendo Montano Veronense tan excelente galenista, jamás quiso perder el tiempo en lo que Galeno tanto se desveló. Y así dijo en la consult. 257: *Se contentum ese* (en materia de pulsos) *his tribus differentijs: æquali, et inæquali, veloci, et tardo, valido, et debili.* Otro dijo: Fortunato Pemplio bien conoció lo poco que daba de sí esta materia, y que lo más era fingido; pues se dejó decir: 1º *Fundamento Médico*, cap. 2º *Multa confingit mens ingeniosa, quæ sensus non assequitur.* No señores (dijo otro), el que más cargo se hizo de este punto y nos desengañó á todos de una vez, fué Gaspar Hofmano en sus

Instituciones Médicas, al libro 4, sect. 6, cap. 38, pues dice: *E pulsu sua natura fallaci, in fallaciori morbo, non nisi fallax iudicium esse.* Válganos Dios (exclamaron todos), y los falsos prejuicios que tenemos metidos en nuestras cabezas!

92. El día quinto estuvo el enfermo muy desazonado, pues empezaron á sacar la cara algunos de los accidentes que suelen acompañar semejantes calenturas, v. gr. lengua seca, algo desbaratada la cabeza y la orina con alguna perturbación; y sobre todo, el demasiado cuerpo que tomó la calentura. Viendo esto los siete médicos de la junta, empezaron entre sí á murmurar de la curación del viejo. Unos decían: este enfermo no saldrá del día sexto. Otros, que moría sofocado por no haberle sangrado. Otros, que para defensa de la cabeza, necesitaba de cuatro parches de cantáridas. Otros, que á imitación de Valles con Felipe II en Badajoz, este mismo día quinto le debiera haber purgado, por parecerle que se movía por pares. Ultimamente, el día sexto todos los siete le desahuciaron, y quisieron despedirse de la casa, por el sumo peligro en que le vieron. Todo esto no fué con tanto silencio que no llegase á los oídos de Hipócrates, y llamándolos á todos siete, les dijo: No me dirán vs. mds. para qué sirve el Aforismo 30 de la sección 2 que tan metido le tienen en sus cabezas: *Circa initia, et fines omnia imbecilliora, circa statum vero omnia fortiora?* Por qué piensan vs. mds. que son malos médicos, y les suceden tantas fatalidades en los enfermos? Pues no es otra la causa, sino que aterrados de los accidentes que anteceden á una crisis, por quererlos remediar perturban, y cortan la acción á la naturaleza con los remedios, para que no haga la crisis como debe y como sabe. Ibales á dar en los ojos lo del Poeta: *Degeneres animos timor arguit*, y su modestia le detuvo. Sucedió como lo pronosticó; pues el día siete prorrumpió el enfermo en sudor, mejó tres camisas, y dijo Hipócrates: *Iudicatus est integre.* Quedáronse pasmados los doctores de la junta, así del pronóstico, como de la curación, pues la dejó toda al beneficio de la naturaleza.

93. Ya en este tiempo trataba Hipócrates de volverse á su morada, que eran los Campos Elíseos, cuando los parientes del enfermo, de agradecidos, aparejaron una gran cantidad de doblones en un bolsillo para dárselos al tiempo de la partida. Llegó la hora, y al tiempo de montar en la silla le entregaron el dinero. No sólo no le quiso recibir, sino que con menosprecio trató á los que se la entregaban, diciéndoles que mientras estuvo en este mundo nada más aborreció que el interés, y que así lo había dejado escrito en lo de *Decenti ornatu: Argenti contemptus, avaritiam.* Más: que al Rey de los Persas, por más riquezas y honras que le ofreció, le había menospreciado. Volviéronle á instar los parientes del enfermo, que por lo menos se detuviese un poco, para que entretanto le dispusiesen un buen regalo. Nada menos (respondió

el viejo) que esa es treta ó gauga de algunos médicos, que no quieren tomar la propina, para que después les den más. Con esto se fué dando ejemplo á los médicos de la junta.

CAPITULO SEPTIMO.

SED ET ÆGRUM.

1. No basta (dice Hipócrates) el que el médico sepa su arte con la perfección que se requiere, para dar la salud al enfermo, mas es menester que el enfermo cumpla con la obligación que debe; porque de otra manera, por más docto que sea el médico, no le podrá dar la salud. Cuando considero estas palabras de Hipócrates, me compadezco, lo primero de mí mismo y después de todos los médicos; pues los enfermos todos quieren que cumplamos con nuestra obligación, aunque sea á vista de los muchos disparates que cometen las más veces, más graves que las mismas enfermedades que Dios les envía. No es decir esto que los médicos no los cometemos (si bien es verdad que el vulgo tiene concebido, que los más que mueren, es por yerro de los médicos, más que por voluntad del Señor), pues aun el mismo Hipócrates, sabiendo con tanta perfección la Medicina, confiesa en varias partes de sus obras que los cometió. Además, de dónde te consta á ti el que Dios en infinitas ocasiones no nos venda los ojos tomándonos por instrumento de su justicia; pues así lo dice en la Escritura: *Qui delinquit in conspectu Domini, incidet in manus Medici?* Más: si los más de los santos, y entre ellos con gran expresión San Francisco Javier, confiesan que las enfermedades, las más las envía Dios á los hombres por sus pecados: por qué quieres tú culpar á unos hombres, que si no fuera por ellos los más de los mortales se fueran de este mundo sin Sacramentos, que es la suma desdicha! Déjalos, no los culpes, pues como decía un hombre de buena vida y gran literatura, que jamás había podido averiguar en qué consistía la ojeriza que, sin razón, tiene el vulgo contra los profesores de la Medicina; y decía así con su gran juicio: supongamos que sea verdad el que los médicos saben poco, y que infinitas enfermedades se les pasan por alto, sin el menor conocimiento; siquiera porque te amonestan en el sumo peligro en que te hallas (que para esto bastante conocimiento tienen las más veces: y si ellos no, busca tú quien), no los dejarás, y los honrarás como manda Dios: *Honora Medicum.* Pues muchos hay en el infierno (decía) que tal vez no estu-

vieran allá, si hubieran tenido antes de morir quien les declarara el peligro en que se hallaban: y esto nadie lo sabe ni lo conoce si no es el médico, por poco que sepa. Decía bien Stobeo: *Quanto quisque maioribus beneficijs acceptis non reddit gratias, tanto iniustior.* Pero si de Cristo Señor nuestro, en las curaciones milagrosas que hizo en el tiempo en que estuvo en el mundo, dijeron que era hechicero, qué maravilla será que de mí y los demás que profesan la Facultad médica, diga el vulgo, monstruo sin cabeza, lo que acostumbra, sin reparar en los beneficios que del médico recibe?

2. Vuelvo al tema: *Sed et ægrum.* Lo cierto es, que parece imposible el querer curar un enfermo con doctrina de Hipócrates, como hoy está la Medicina; pues son pocos, ó ninguno, los enfermos que se quieran reducir á tener la paciencia que Hipócrates manda á los suyos. Pues adónde hay tolerancia, ni menos obediencia para sufrir un médico que todo el negocio de una calentura aguda se lo deje al beneficio de la naturaleza? Por tan dificultoso tengo el que haya enfermo alguno que hoy se reduzca á esto, como médico que tenga valor para ponerlo en ejecución, aunque más Hipócrates lo diga. Pero qué responderás al capítulo tercero de este libro, en donde te tengo probado con la experiencia y con razón (que es más que Hipócrates), que unas tercianas, un dolor de costado y unas viruelas se curan más bien dejándolas al beneficio de la naturaleza, que con todos los remedios y arcanos que los médicos han inventado y descubierto; con condición que así el médico como el enfermo, no cometan los desatinos que acostumbran? Oye todo este pensamiento á Juan Lalemancio, citado por Canonerio, comentando el libro primero de Claudio Galeno, de *Diebus decretorijs*, al cap. 11, el cual dice así: *Nam Medicus æger, assidentes, et exteriora, dum naturæ motus ordinatos impediunt, circuituum ordinem interturbant. Caeterum Medicus, et aeger duo sunt ex his, quae cum tertio, utpote morbo, Artem perficere, et curationem absolvere docet Commentario 2, in primum Epidemion. Ambos bellum morbo inducere, ipsumque totis viribus, nec ullo interea e errato admisso opugnare oportet: si sanitas recuperanda sit: plerumque tamen fit, ut aeger, et Medicus sua castra deserant, et ad morbum deficiant. Æger quidem, dum et suo vult indulgere genio, et Medici praescripta negligere. Medicus, dum vel ignarus, et indoctus, vel ita audaculus, et temerarius, ut quidquid in mentem venerit, nulla habita ratione personae, temporis, loci assumendorum, aut faciendorum id experiri conatur. Si ergo vel aeger, vel Medicus, vel etiam ambo se se non praestiterint opportuna facientes, ordinatos naturae motus interturbari contingit.* Y así yo siempre me he persuadido que las más de las enfermedades que curamos (y más siendo agudas) que todas son curas coactas; pues raro ó ninguno es el enfermo que antes de llamar al médico no haya cometido algún yerro, bastante para que la naturaleza se dé por sentida y desista de su curso, que tan exacto le

observa en sus operaciones. Pues qué, si el pobre enfermo encuentra con alguno de los médicos que menosprecian los movimientos de la naturaleza, entonces *Error peior priori.* Quiere Dios, para mayor confusión nuestra, que aun mal curados se libren muchísimos, no siendo de su naturaleza mortales las enfermedades: si bien se mueren muchos, que no murieran si no les hicieran tantos remedios.

3. Tertuliano, compadecido de los profesores de la Medicina, por verles lidiar con tanta variedad de genios como tiene la naturaleza humana, dice al cap. 5, *in Scorpiaco: Medicinae praesidium plures refugiunt: plures stulti, plures timidi, et male verecundi.* No hay duda que tiene el mundo hombres que hacen estimación de la Medicina y de sus profesores; pero estos son poquísimos. Lo más se compone, como dice Tertuliano, *plures*, de tímidos, necios y desvergonzados; que eso quiere decir, *et male verecundi.* Pues discurre tú ahora, cómo se ha de avenir un médico, aunque sea más docto que Hipócrates y tenga más paciencia que el mismo Job, con una gente tímida, necia y desvergonzada, que son los más con que lidian los médicos. En tanto desorden de individuos, sólo les queda á los pobres médicos el consuelo del Espíritu Santo al cap. 38 del Eclesiástico: *A Rege accipiet donationem, et in conspectu Magnatum* (aunque sean los menos) *collaudabitur.* Que por último, la buena sangre, no sé lo que se tiene, que siempre engendra buenos espíritus, llamándolos el mismo Dios prudentes: *Et vir prudens non aborrebit eam*, dejando los demás en su timidez, desvergüenza y necedad; pues como decía un portugués de buen juicio:

Y si el más sabio de ellos es un cesto,
Y no hay poder meterlos en camino,
Dejarlos por quien son es lo más sano.

Esta es la más gente con quien tratamos los médicos; mira si somos dignos de compasión.

4. Debe el enfermo, una vez que ha hecho juicio de que el médico que le asiste es docto é inteligente en su arte, obedecerle en todo lo que le mandare y condujere para su salud. Y así Hipócrates en este aforismo no se contenta con que el médico cumpla con la obligación que debe, sino que quiere que el enfermo obedezca en todo lo que el médico le mandare y ordenare concerniente á su salud. Por tanto, decía bien Aulo Gelio en sus *Noches Aticas*, lib. 1º: *Corrumpitur, atque dissolvitur imperantis officium, si quis ad id, quod facere iusus est, non obsequio debito, sed consilio non considerate respondet.* De aquí nace el que muchísimos de los enfermos que mueren, sólo por inobedientes peligren. Todo se pudiera llevar, si con la inobediencia no se juntaran los muchísimos desórdenes que los médicos sabemos que cometen. Pero en fin, ellos lo pagan; aunque algunos (si bien son pocos) lo suelen

después contar por gracia. Algunos tienen por chanza esto de obedecer al médico. No es punto éste que á mí me toque el ventilarlo. Consulten á Villalobos, á Bonacina y á Castro Palao, que ellos les desatarán la duda. Y porque San Buenaventura dice: *Doctrina sine exemplis est caementum sine calce*; vaya un ejemplo de obediencia al médico, y sea de uno de los mayores Patriarcas que tiene la Iglesia de Dios, que es mi Padre San Ignacio de Loyola. Este Santo Varón, dice su vida, que en estando enfermo, se desnudaba totalmente de su voluntad y juicio, para seguir en todo la voluntad y juicio del médico, obedeciéndole en todas las cosas por arduas que fuesen, cerrando los ojos de la prudencia humana, para abrir los de la obediencia ciega. Tenemos (dice su historiador, el padre Francisco García,) de esto un ejemplo rarísimo, quizás no visto antes en la Iglesia. Dióle en Roma en una ocasión un agudísimo dolor de estómago, causado del mucho ardor del hígado: llamaron al médico de la casa, que era mozo de poca experiencia y no mucha ciencia; parecióle que aquel dolor procedía de grande frialdad, y luego al punto aplicó remedios que podían ayudar para calentar al enfermo. Mandó cerrar las puertas y ventanas del aposento, porque no entrase nada de aire: hizo que le echasen mucha ropa y le diesen á comer cosas muy cálidas, y á beber un poco de vino de grande fortaleza. Era en la mitad de los caniculares, que en Roma son calurosísimos. Abrasábase el Santo, como si estuviera en un horno de fuego; estaba bañado de sudor, padecía una sed intolerable; crecía por momentos el dolor; pero no se quejaba, ni pedía que se le quitase la ropa, ni abriesen la ventana, ni que le diesen de beber, ni aun hablaba una palabra, como si no padeciera nada. Advirtió que el médico había errado la cura; mas por no faltar en un punto á lo que había ordenado ni á la perfección de la obediencia, determinó callar y morir obedeciendo. Encargó el gobierno de la Compañía á otros Padres, y mandó que no entrase ninguno en su aposento, sino el enfermero. Conocieron sus hijos que esto era prepararse para la muerte; y afligidos, llamaron muy de prisa á Alejandro Petronio, médico insigne de Roma, y muy conocido por sus escritos, el cual, entrando á visitar al Santo é informándose de la enfermedad y remedios que le habían aplicado, dió voces, diciendo que le había muerto. Mandó abrir las puertas y ventanas, aligerar la ropa de la cama, dar bebidas frías; en todo aplicar los remedios contrarios, y con ellos se alivió luego el enfermo; y en premio de su obediencia, le dió el Señor presto entera salud. Este fué el ejemplo de obediencia á los médicos, que nos dejó y enseñó San Ignacio de Loyola, el cual hoy observan sus hijos, como tan observantes de su Padre. Bien cierto es que Hipócrates no encontró (por más que encargue la obediencia á los médicos, de los enfermos,) otro, en todo el tiempo que fué médico, que más bien supiese obede-

cer que San Ignacio de Loyola; pues curándole al contrario, y sobre todo, conociéndolo, sacrificó su obediencia á un mal médico como yo.

5. Vaya otro ejemplo del mismo Santo, para que sepas ser obediente al médico, cuando Dios sea servido de enviarte alguna enfermedad. En otro caso (prosigue su historia el padre Francisco García) desemejante, mostró el Santo semejante obediencia. Había ayunado toda la Cuaresma hasta la Semana Santa, sin dejar un día, aunque era viejo, y estaba flaco y achacoso. El miércoles de la Semana Santa le dió una calentura; vino á visitarle Alejandro Petronio, y mandóle que no ayunase los días que faltaban de Cuaresma y que se comiese aquella noche un pollo, para recobrar las fuerzas perdidas. No replicó el Santo, ni le dijo lo que era tan natural, que para cuatro días que faltaban de Cuaresma, los más santos de ella, le dejase acabar de cumplir su devoción. El mismo médico, que sabía cuánta era la obediencia de San Ignacio á los médicos, iba dudoso si le obedecería en esto. Pero el Santo (que estimaba más la obediencia en que se niega la propia voluntad, que el ayuno tomado por voluntad propia) cenó el pollo aquella noche. Vino al otro día el médico y preguntó al Santo si había comido lo que había mandado. Y respondiendo que sí, le dijo admirado: muchos que no han guardado la Cuaresma han caido enfermos estos días, y mandándoles yo que coman carne apenas lo he podido recabar, porque tienen por grave delito comerla en Semana Santa. Vos, Padre, al contrario, habiendo guardado toda la Cuaresma y estando al fin de ella, no habeis rehusado, por mi orden, comer carne. A lo cual respondió el Santo solamente: *Es menester obedecer.* Conoció más Petronio por este caso la santidad de Ignacio, y le contaba con admiración á muchos. Hasta aquí el padre Francisco García. Si estos dos ejemplos de obediencia al médico, de San Ignacio, no te mueven para que obedezcas al médico en lo que te ordenare y fuere conducente á tu salud, por demás tengo el persuadirte que Hipócrates lo mande, pues quien no obedece y se gobierna por San Ignacio de Loyola, menos obedecerá y se dejará gobernar por Hipócrates, aunque más en su aforismo lo encargue y mande.

6. Vuelvo al enfermo, supuesto que Hipócrates en este aforismo encarga tanto el que cumpla con la obligación que debe, para que el médico acierte y cumpla también con la suya. Querer pintar por menudo la variedad de enfermos que hay en el mundo, es nunca acabar, sólo los médicos que lidian con ellos lo pueden saber. Sobre todo, los que más hacen desbautizar á los médicos son los melancólicos, hipocondriacos y las mujeres histéricas, que tan poco se diferencían y tanta cosecha hay de ellos. Dios, por su alta misericordia, y su Madre Santísima, nos libre, á mí el primero y después á los demás médicos, de semejantes enfermos, pues los tales no se contentan con desacre-

ditar á Hipócrates, si no es que pasándose más allá, se llevan de calles todos cuantos médicos encuentran, diciendo de todos que sabemos poquísimo, que es cortísima la Medicina, pues para curar unos flatos (como ellos dicen) no tenemos habilidad. Pues empéñese un médico en quererlos meter en camino á estos, dándoles á entender que lo que padecen es más que flatos, y ponderarles en lo que consiste una hipocondría; aquí se acaban de rematar, y luego buscan otro médico, como lo tienen de costumbre, para machacarle ó para que los meta en mayor confusión, pues ellos han menester poco. Pregunta Aristóteles en sus problemas: ¿por qué los melancólicos de ordinario se andan detrás de los médicos, pidiéndoles remedios? Después de varias razones que dan sus comentadores para desatar dicho problema, á mí me parece que la más genuina es, el que como dichos enfermos con ningún remedio de los que les recetan hallan alivio, buscan otros médicos, por si acaso encuentran con alguno que los remedie, y como no le hallan (ni yo sé que sea fácil), lo más de la vida (si acaso un hipocondriaco vive) gastan en andarse de botica en botica, como las abejas de flor en flor, renegando de los polvos del Papa Benedicto, por la poca virtud que tienen, y de los médicos por lo poco que han estudiado, pues no han tenido habilidad de discurrir un remedio contra los flatos. ¡Y que haya quien quiera ser médico, para tolerar semejantes moledores ó avechuchos!

7. Pero sepamos (siquiera por curiosidad, y para que los médicos no se dejen machacar tanto de ellos) en qué consista la dificultad de no saber curar los médicos á los melancólicos hipocondriacos: *Flagellum Medicorum: oprobrium Medicorum*, es cantar común de todos los que escriben prácticas, y aun los hipocondriacos lo saben todos de memoria. Lo común de los médicos es decir, que como este afecto dependa de humor melancólico (ó de atrabilis, si lo quieres subir de punto), y éste sea tan dificultoso de desarraigar del cuerpo humano, de ahí es que los médicos se vean tan embarazados en curar semejantes enfermos. Pero yo jamás me he podido persuadir á que el humor melancólico sea la causa y rebeldía principal de la curación de una melancolía hipocondriaca. Mas es causa externa la que impide la curación de este achaque, que no interna. La interna, en la cual piensan los más de los médicos que está la rebeldía, más es producto morboso que causa. Oyeme ahora un poco y verás cómo lo persuado. Lo primero que asiento es, que ningún melancólico hipocondriaco le dice al médico (raro es ó ninguno) la causa por que lo es ésta; casi todos la ocultan; pues es cierto que si nos la declararan, les diéramos el remedio, aunque nunca se curaran. Ahora vuelve los ojos á los hipocondriacos que curas y has curado, y averigua, si puedes, la causa principal que les ocasionó el caer en semejante enfermedad, y verás

cómo ninguno de ellos deja de tener su quebradero de cabeza en que consista la hipocondría, más que en el humor melancólico como discurren los más de los médicos. Con los ejemplos lo entenderás más bien. Los que más frecuentemente caen en este achaque son los tratantes, mercaderes y asentistas, los cuales por vaivenes de la fortuna quebraron. Estos tienen muy dificultosa la cura por ser á tanta costa el remedio, pues no es fácil el que encuentren quien les dé lo que perdieron, en quien está toda la cura. Miren si alguno de estos encuentra con algún médico humorista que con el extracto del heléboro ó con la confección Hamec le quiere sacar del cuerpo el humor melancólico, qué bien lo acertará; cuando su remedio ó curación sólo consiste en que le den seis ú ocho talegos de doblones para resarcir la pérdida. Esta es la cura (aunque difícil) y no hay otra, y por eso los médicos no saben curar la melancolía hipocondriaca de estos ni de otros.

8. Los logreros y avaros, los más padecen esta enfermedad; pero á estos no hay que tenerles lástima, porque pudiéndose curar á tan poca costa no quieren recibir la medicina: no hablo sólo de la material, de entrambas hablo. Otros melancólicos hay que el mundo los llama honrados: estos, todo el tiempo que Dios los tuvo en el mundo, se anduvieron detrás de la honra probando que descienden de otro Adán, que el nuestro es muy ordinario. Lo peor de todo es, que dan en cavar en estas boberías hasta perder el juicio del todo. Púrguenlos á estos el humor melancólico y después denles la confección cordial gentil contra *melancholiam*, á ver si les quitan toda la honra que tienen metida en sus cabezas, cuando con una reflexión cristiana están desvanecidas todas las torres de viento que tienen fabricadas dentro de sus cascos. Y sobre todo, quieren que haya médicos que sepan curar esto, siendo, por otra parte, la curación, como tengo dicho, tan fácil.

9. Otros melancólicos hipocondriacos hay que comunmente los llama el vulgo enamorados: estos harán perder la paciencia al médico más entendido, por lo dificultoso que es de conocer la causa de esta pasión, si no es que el médico sea tan astuto como Erasístrato con Antioco. De estos hay gran cosecha en el mundo, volviendo locos casi á todos los médicos por la equivocación que tienen los accidentes que acompañan á esta pasión, con otras enfermedades. Lo peor de todo es, que todos los que andan en estos pasos ocultan la causa, dejando al médico que haga dos mil disparates con ellos; pero una vez conocida la causa, con gran facilidad se curan, sin purgas, sin cordiales y sin sangrías. Y si no, mira cómo Lucrecio y Ovidio, sin sacarles un escrúpulo de humor melancólico, por ser tan grandes prácticos, los curaban, y te dejaron la receta:

Et fugitare decet simulachra, et pabula Amoris:
Absterrere sibi, atque alio divertere mentem.

Ovidio, comentando á Lucrecio, dice: *Successore novo vincitur omnis amor.* Pudiera referirte algunos lances que me han sucedido en el tiempo que ejercito la Medicina, y quizás tan grandes y más dificultosos, que los que le sucedieron á Erasístrato y á Galeno. Sólo te advierto que andes cauto sobre esta materia para que no te sucedan las desgracias que tengo notadas en algunos médicos, pues esta enfermedad (como las demás pasiones) no se cura con botica, sino con el segundo versito de Lucrecio: *Atque alio divertere mentem;* ó con la autoridad del padre de la elocuencia: *Est profecto Animi Medicina Philosophia, cuius auxilium, non ut in corporis morbis, petendem est foris: omnibusque opibus, viribusque ut nos metipsos nobis mederi possimus elaborandum est.* Tullius 3, lib. Thuscul. Los hipocondriacos más dificultosos que hay de conocer y de curar, son los celotipos ó celosos, en nuestra lengua, pues ya dijo allá entre sus burlas y veras D. Francisco de Quevedo:

La enfermedad de los celos
No hay doctor que la conozca;
De celos muere más gente
Que de fiebre maliciosa.

De curar, ninguno con tanto peso nos declaró la fuerza de esta pasión como el Espíritu Santo, pues en el cap. 8 de los Cantares la da por incurable, diciendo: *Dura, sicut infernus æmulatio.* Buena enfermedad para curarse con unas hojas de sen, que dicen que purga el humor melancólico. De otras muchas diferencias de hipocondriacos te pudiera referir, pero como mi intento no es otro que advertirte ó aconsejarte que huyas cuanto pudieres de semejantes enfermos (porque te aseguro que darás pocos pasos mientras no les tuerzas el alma, como dice Lucrecio), basten los referidos.

10. Y si con todo esto no estás contento por parecerte que la Medicina tiene remedios para curar los referidos y otros muchos más, oye la descripción de un melancólico (que á la verdad estoy mal con todos ellos), que me alegraré de vértela curar, ya que yo tengo tan poca habilidad: un melancólico (no hablo de los rematados, porque los tales ó los llevan á la casa del Nuncio ó al hospital de Zaragoza) qué desabrimiento tiene contigo? qué desagrado para todos? Si lo miran, se encoge; si le hablan, no responde; se esconde si lo buscan, si lo llaman se niega, si lo convidan se despide; el gusto lo entristece, las penas lo alientan, la soledad lo entretiene, la compañía lo enfada; comienza á hablar y calla, está callado y habla; va á andar y se detiene, va á de-

tenerse y anda; conversa con las sombras, enmudece con los hombres; ama la oscuridad, huye de las luces; danle remedio y no le toma, fáltale la salud y no la quiere; duda en lo más cierto, teme en lo más seguro; dificulta en lo más fácil, divide indivisibles, imposibles compone; no come y tiene hambre, no siente lo que come; pondera las arenas, los átomos contempla; prescinde lo futuro, lo pasado corrige; lo ajeno diligencia, olvida lo que es propio; no está donde se halla, donde está no se busca; posee y no goza, lo que tiene le falta; aborrece la vida, anhela por la muerte; y amigo siempre de los males, ninguno le parece más que el no morirse; que para estos parece que habló Ovidio:

Morsque minus pœnæ, quam mora mortis habet.

Estas son las acciones de un melancólico, que á dos pasos más lo acaban de sacar de juicio, y fuera de él y de toda esperanza, amanece una mañana colgado, por su gusto, de una viga ó anochece zabullido en un pozo, porque pensando hallar dulzura en la muerte, como le es amarga la vida, cuando ve que ésta no se acaba ni aquella llega tan presto como su desesperado deseo, le sale á buscar con tanta costa, porque ella tiene por condición ó costumbre, de huir de los miserables, y andarse á hacer mal tras de los que la huyen, pues á eso aludió el poeta:

Dulce mori miseris, sed mors optata recedit:
At cum tristis erit praecipitata ruit.

11. Habiendo Hipócrates ponderado las prendas de que debe estar adornado un médico, para serlo, no rehusa (como lo has visto) el darle en los ojos los defectos que debe evitar para que no le censuren de mal médico, pues lo mismo advierte en los enfermos. No hay duda que hay enfermos que se pueden curar de valde, los cuales tienen las prerrogativas que Hipócrates manda en este aforismo; pero te aseguro que hay otros de tan mala digestión, que aun gratificando bien al médico, se pudieran dejar de curar. Otros hay, que obligan al buen viejo á que diga de ellos lo que siente. Dice, pues, en el libro de *Praeceptionibus apud Marcianum*, text. 66: *At aegrotantes afflicti natant in utraque improbitate: eo quod potiori in Arte curationi se ipsos non commiserunt ad finem usque. Remissio enim morbis alicuius magnum aegroto solatium praebet.* Marciano, comentando este texto, dice que contiene en sí tantas dificultades cuantas palabras tiene, y que no es fácil darle el sentido que pide; pero que se persuade que como Hipócrates ensangrentó tanto la pluma en los textos antecedentes de dicho libro contra los malos médicos, en éste se desahoga contra los malos enfermos, y en particular con los miserables. Estos tienen por flor, cuando están enfermos, de no llamar médico docto y experimentado, hasta el fin de la enfermedad; y con ese

motivo despiden al primero á fin todo de entrampar la paga, pues al primero, con ocasión de haber llamado al segundo, le pagan mal ó no le pagan. El segundo, como ve que la enfermedad está ya vencida, se despide luego, y así consiguen ellos lo que desean, y por eso dice Hipócrates: *Natant in utraque improbitate*, que es ignorancia y avaricia. Pero cuidado, que suelen, si la enfermedad recrudece, pagarlo todo junto, por haber pagado mal á los dos médicos que asistieron antes, y no querer volver segunda vez por la mala atención ó picardía que usaron, obligándoles tal vez á que llamen un mal médico y gasten con él lo que ahorraron con los otros. Estos avarientos, por no dar, suelen en la ocasión prometer mucho, y alabarle sus letras al que los cura (como si ellos tuvieran voto) diciendo que no se curaran con otro, por cuanto hay en el mundo: y esto lo encarecen y repiten, para que la satisfacción que muestran de su medicina, sea la de su cuidado: vuelven, pues, á intimarle la fe que con él tienen, como si valiera algo la fe sin obras, dícenle que están casados con su ciencia y sus curaciones; pero quién ha visto casamiento bueno sin dote? Esto es propiamente lo que dice el Eclesiastés al cap. 9: *Inventusque est in ea vir pauper, et liberavit Urbem, per sapientiam suam, et nullus deinceps recordatus est hominis illius pauperis.* Lo ordinario es en estos, en lugar del dote, el daréte, mientras aprieta la enfermedad: y ni aun éste hay en declinando, porque declina por una declinación del arte de engañar, que no tiene dativo, si no es de quejas ó de mal por bien: todo es acusativos, de que la purga fué mucha y el agua poca; cortas las visitas y larga la cura: y con esto viene el pobre del médico á deber dineros y salir con daño en la opinión, y sin provecho en la bolsa. Yo juzgo que á quien se debe curar menos, es á quien promete más, porque desea engañar; y esto disgusta el cuidado: ó tiene intento de dar, y esto acorta al médico más entendido y de mejores respetos, porque no juzgue el enfermo que su diligencia se aviva con espuela de oro ni que su medicina la da por precio, no habiendo otro que la pague, sino el ejercitarla por Dios: que á esto alude Séneca: *Emis a Medico rem inaestimabilem, vitam, ac valetudinem bonam, etc. Non rei pretium, sed operae solvitur.* Y no es tan justo ni tan lustroso, que trabaje de codicioso lo que no debiera de agradecido, porque siempre será de mayor valor lo que hiciere fuera de intereses humanos: y nunca pareció bien hombre interesado, y menos bien al médico que lo es: como ni el enfermo desagradecido, y siéndolo muchos, es muy para reparar que á oídos de confesor no ha llegado tal pecado, ni hay quien se acuse de no haber gratificado al médico: y sin duda es culpa no hacerlo, pues reparó San Lucas en que de aquellos diez leprosos que tan á poca costa sanó nuestro Redentor, sólo uno volvió á darle las gracias: *Non est inventus, qui reddiret, et daret gloriam Deo, nisi hic alienigena.* Y aquí se verá cuán pocos, en sanando, son agradecidos, y cuanto más los ingratos: y

los tales, es cierto que no estiman su salud, pues no hallan que por ella deben dar algo. Mas pregunto yo: si ellos no la aprecian, habiéndoles de aprovechar, en qué la tendrá quien no se vale de ella?

12. En el cap. 38 del Eclesiástico encarga Dios que al médico le honren: *Honora Medicum propter necessitatem*, dice al verso 1º, y al verso 11 vuelve á repetir: *Da locum medico.* Y algunos, interpretando estos textos hacia su conveniencia, piensan que cumplen con Dios, con darle al médico el mejor asiento y hacerle muchas cortesías, acompañándole hasta la calle. Nadie entendió más bien estos textos que el padre Tirino, pues en el comento, haciéndose cargo de tantas honras y cortesías, dice: no basta esto, mas es menester *Non sola reverentia exhibita, sed et iusta mercede praestita.* Y da la razón: *Quia illius ope indiges.* Pero algunos son tales, que se atienen á lo literal del texto, dejando aparte la interpretación del padre Tirino. Pero entretanto, oye las quejas de algunos médicos, que aunque yo no me conformo con ellas por haber tratado la Medicina como debo, y la han ejercitado todos los que se han preciado de hombres de bien y discípulos de Hipócrates, por ser el interés tan abominable así de parte del médico como del enfermo:

Dum dolet infirmus, Medicus sit pignore firmus:
Expers langoris, non est memor huius amoris.
Empta solet care multos Medicina iuvare:
Si data sit gratis, nihil confert utilitatis.
Cum locus est morbis Medico promittitur Orbis:
Mox fugit a mente Medicus morbo recedente.

Con menos palabras, y más al caso, se explicó Nicolo Florentino, pues dijo: *Qui emit rem care, et eam vult donare, exponit se mendicare.*

13. Algunos médicos políticos, como Reyes, Castro y Lemosio, con otros muchos, mueven la cuestión: *An merces a Medico sit exigenda?* Lo común de los médicos y de los que tratan esta cuestión, es de sentir, que de ningún modo conviene que el médico pida su trabajo, por más que Hipócrates diga en lo de *Perceptionibus: Curatio inchoanda est a mercede.* Y el Espíritu Santo: *Dignus est Mercenarius mercede sua.* Pues este texto último, que parece que hace más fuerza, dicen que se entiende de las artes mecánicas, no de la Medicina, por ser arte liberal. A mí me parece que los que defienden la parte negativa dicen bien, y dicen mal: bien, porque suponen que los médicos siempre tratan con hombres de bien y agradecidos: mal, porque no se hacen cargo de los ingratos, que son los más que ocupan el mundo y los que menos gratifican á los médicos, pues estos tienen á menos valer el recibir un beneficio tan grande como es la salud, de un pobre médico. Oye ahora al padre Pineda, comentando el cap. 9 del Eclesiastés sobre las palabras antes citadas: *Inventusque est in ea vir pauper, etc.*, y repara cómo pinta

un ingrato: *Contemnunt* (dice) *igitur et pauperem beneficum, quem pudet fateri beneficij Authorem, et beneficium a paupere acceptum pro iniuria æstimant: in hoc plane stulti, in illo præcipue ingrati: in utroque insolenter superbi, quod nolint aliquid deberi pauperi, neque se illius creditores constituere, ullave gratia adstringi ad redamandum pauperem beneficum.* Estos, además de ser ingratos, soberbios é insolentes, como dice Pineda, tienen concebido en su caletre que todos los médicos son acomodados y ricos, y más si han encontrado con aquel maldito verso: *Dat Galenus opes, etc.*, no considerando ni sabiendo, que á quince días que un médico no visite, queda en la calle, ó á buen librar en el hospital. Estos, como los más viven de opinión, han oido decir que los médicos todos dejan acomodados á sus hijos cuando mueren: también lo he oido yo; pero te aseguro que los que tal hacen, más es á fuerza de habilidad que de Medicina; pues ésta, tratándola como se debe tratar, lo más que da de sí es dar de comer á su amo y á su familia con alguna decencia y no más. Un ejemplo te lo dará á entender. Ya tendrás noticia de Pedro García el complutense, por antonomasia el grande. Este fué uno de los hombres más doctos en Medicina que tuvo su siglo, como lo demuestran los tres tomos que dejó impresos. Este docto varón, al cabo de sus años, ya desengañado de lo poco que daba de sí la Medicina, toma la pluma y escribe un papel muy sucinto, en forma de retractación, dando á entender á todos los que le leyeren, lo poco que supo después de haber ejercitado tantos años la Medicina y haber puesto tanto cuidado (como lo demuestran sus escritos) en saberla. Propone en breve la curación de las enfermedades, siguiendo el rumbo de Galeno, que le fué muy afecto, y concluye: *Si es verdad que hay curación, es ésta y no otra, y con la cual ganó un médico en la Corte seis mil ducados de renta y unas casas que valen treinta mil: y yo, que me río de él, y he estado muchos años rompiendo cátedras y siendo grande ejecutor de mi maestro Galeno, á quien más he procurado imitar, estoy en el hospital.* Mira qué bien lucido se fué de este mundo Pedro García, por haber hecho empeño de comer sólo de la Medicina, sin más inteligencia y estudio que haberla tratado como debía.

14. Vaya otro ejemplo, por si no estás contento con el pasado, de otro médico muy hombre de bien y buen católico, que es Alonso Mundela. Este médico, en una de sus Epístolas escribe á los ciudadanos de Brisia en la Lombardía, y donde era natural, diciéndoles y amonestándoles que se guarden mucho de los malos médicos que hay en el mundo, y en particular de los que purgan sin tón y sin són, más por abuso que por lo que Hipócrates les enseñó. Después de haberles ponderado todo esto con muy buenas razones y autoridades, concluye diciendo: que los médicos que ejercitan la Medicina como Dios manda, esto es, sin la menor malicia ni interés, que poco caudal han de adquirir con ella: darán gracias á Dios de que les dé para sustentarse mien-

tras estuvieren en este valle de lágrimas. Oyele ahora, que lo dice bien en la Epístola 24: *Hi, qui omni studio, despectis terrenis, gloria videlicet, atque avaritia, Artibus incumbunt liberalibus, et moribus ingenuis, quique nil aliud curant, quam ut veritatem amplexentur, ac saluti hominum prospiciant ab omni humana ope destituti, et contemptui habiti, vix sibi acquirere poterint, quae victui necessaria fuerint: hoc soli contenti, ac freti, quod dum divinis obtemperant mandatis, conatique fuerint pro viribus patriae suae saluti prospicere, et veritate comperta Medicorum illorum fucos, atque actus detegere, qui pudendo sui ipsorum dedecore, Artem tam sanctam, tampiam, et nobilem; ac liberalem, tamque necessariam, impio humanae vitae dispendio conspurcarunt, Deum sibi pro tam fideli, ac pio officio non defuturum.* Yo por lo menos, en cuarenta años que ejercito la Medicina, no he visto morir ningún médico rico; y si lo he visto morir con algún caudal, también te aseguro que lo ganó más por maña que por inteligencia de los aforismos: porque las ciencias, como dice Aristóteles, no frisan bien con las riquezas: *Ubi mens* (dice en sus Políticas) *plurima ac ratio, ibi fortuna minima: ubi plurima fortuna, ibi mens perexigua.* Y así yo jamás me he podido persuadir á qué médico que tiene muchos bienes de fortuna, que está acomodado ó rico (que todo es uno), pueda ser buen médico. Temeraria te parecerá la proposición; pues oye á Galeno en el libro que escribió é intituló: *Si quis optimus Medicus est, eumdem esse Philosophum*, al cap. 2, y después toma la tema contra él y déjame á mí. Dice así: *At quisquis plus divitijs, quam virtuti tribuit, Artemque non de hominibus bene merendi, sed quaestus gratia petit, cum non licet Artis finem expetere, quem si expetimus, ante ditescent alij, quam nos ad id, quod habemus animo perveniamus. Non enim simul possumus, et pecuniam congerere, et Arti tam magnae operam dare: sed qui alteram vehementius appetat, alteram contemnat necesse est: quid igitur?* Bien sabía Galeno cómo trataban la Medicina sus profesores, y el fin para que los más la estudiaban; y así prosigue y pregunta: *An nostris saeculis quemquam memorare possumus, qui tantum habere cupiat, quantum satis sit ad usum vitae necessarium?*

15. Dirás tal vez, que algunos médicos ha habido en el mundo muy afortunados con algunos enfermos, como refieren Lemosio, Canonerio, Reyes y otros. Pero como yo voy hablando de los médicos en común, y de lo que da la Medicina de sí, hace poca fuerza este argumento. Lo uno, porque esos excesos que hicieron algunos enfermos con algunos médicos, no sirven de ejemplar, porque fueron reyes, príncipes y Sumos Pontífices; y esos no dieron por paga lo que dieron, sino por magnificencia de sus personas; pues los corazones de los príncipes son muy distintos de los demás. Lo otro, que si lo consideras bien, todos los médicos que refieren los autores citados que fueron gratificados con la suma de doblones ó talentos, no pasan de una docena adelante: y esto

después de haber los historiadores quebrádose la cabeza en revolver muchas antiguallas. De estos ejemplos inimitables, por ser de Reyes, tomó fundamento el vulgo para medirnos á todos por un rasero y darnos en los ojos: *Dat Galenus opes*, juzgando que todos los médicos ganan igualmente, siendo al contrario todo lo que el vulgo discurre: pues en las Cortes, donde suelen residir los médicos de más crédito y fama, suele reducirse el crédito de la Medicina á media docena de ellos: y esto no porque sean los más literatos, sino es porque el vulgo ha concebido que son los mejores: estos agarran con todo; los demás perecen de puerta en puerta, dando gracias á Dios que se acuerden de ellos. ¡Oh vulgo (decía uno), cuánto peligra el que sirve á tu ignorancia! Pues no es desconsuelo para los hombres doctos, después que las Universidades los honraron con tantos méritos por haber trabajado tantos años para serlo, el que estén atenidos á que el vulgo los vuelva á graduar como se le antojare? Cuando considero esto, pierdo la paciencia y el juicio, pues conozco algunos médicos tan entronizados con el vulgo, siendo unos idiotas, cuanto abatidos otros, sabiendo su arte con la perfección que manda Hipócrates. ¡Dolor verdaderamente grande, ver premiados los indignos y menospreciados los beneméritos! Pero que sea tal la ignorancia del vulgo, que para vestirse, calzarse ó comprar un sombrero, haga examen del artífice que más bien lo hace: y que para una cosa tan importante como es la salud, en que no va menos que las vidas de los hombres, elija lo más soez que tiene la Medicina, sin más averiguación que haber oido decir que es gran médico, porque le llaman muchos? Masarias explicó bien este pensamiento en su lib. 2, de *Peste: Ac mirum* (dice) *profecto est, ut in re tanti momenti, ubi agitur de vita hominis tanta cuilibet fides temere adhibeatur, quod in alijs Artibus, vel vilissimis committi nequaquam solet, nisi periculum de Artificis peritia primum fiat.*

16. Concluyo diciendo, que me parece muy bien el parecer de Reyes, Lemosio y otros muchos, en decir que el médico de ningún modo pida su trabajo, por ser cosa inestimable, como dice Séneca, la Medicina. Pero no les concederás siquiera á estos pobres hombres el consuelo de quejarse á vista de tanta ingratitud como el vulgo usa con ellos, cuando el mismo Cristo, sin haberlo menester, se queja por San Lucas en el cap. 17, de aquellos nueve podridos ó leprosos, pues después de haberlos sanado se fueron sin darle las gracias; cosa que el mismo Dios no pudo disimular, pues se quejó diciendo: *Nonne decem mundati sunt? Et novem ubi sunt?* Santo Tomás pinta la ingratitud en la 2. 2., quæst. 107, y la divide en seis grados: y dice el Santo dicho, que el grado de ingratitud más alto es calificar el beneficio por daño. Este grado de ingratitud lo experimentan los médicos á cada paso; pues siempre los enfermos que mueren es por culpa de ellos, por

más desvelo que hayan puesto en la curación. Esta fué la ingratitud de los hebreos, volviéndose furiosos y frenéticos contra tan gran Médico como Cristo Señor nuestro. Oye á San Agustín, que lo dice más bien que yo, sobre el salmo 63: *His omnibus curationibus ingrati, tamquam multa febre phrenetici, insanientes in Medicum, qui venerat curare eos, excogitaverunt consilium perdendi eum.* Dejo todo esto, no sea también que me censures, que sin tener licencia me he pasado de la cátedra al púlpito.

17. No puede un médico desear más, para curar un enfermo á su satisfacción, que el conseguir de él que tenga fe ó confianza con los remedios, ó con lo demás que ejecutare conducente á su salud. Refiere Galeno, en el lib. 6 de las *Epidemias*, en la sección 4ª, text. 8º: que en Pérgamo sanaron muchos enfermos desahuciados de los médicos, por medio de aquellos faranduleros jugadores, que él los llama *Præstigiatores*, sólo por la confianza con que los animaban: no habiendo sido posible antes el reducirlos á que obedeciesen á los mandatos de los médicos. Lo mismo cuentan de Paracelso, el cual con caracteres, con imágenes y con medicamentos amuletos, curaba muchos enfermos; pues de tal manera les avivaba la imaginativa, que volvían á recobrar la esperanza, la cual habían perdido con la desconfianza. No me inclino á esta curación, refiero sólo lo que los autores cuentan, ponderando solamente la confianza de los enfermos con el médico: pues si el enfermo no tiene fe con quien le cura, por demás tengo el que el médico se desvele en aplicarle los remedios que le convienen. No hay duda que infinitos enfermos se dejan de curar, sólo por la desconfianza que tienen de los médicos. En las Cortes es en donde hay más desconfianza de los médicos, por la mucha abundancia que hay de ellos: y á los enfermos siempre les parece que los que dejan de llamar son los mejores. Bien conoció Hipócrates esta confusión, pues dijo: *Ubi adest copia, inest inopia.* De aquí nace, el que en viéndose afligidos los enfermos ó los parientes, llaman muchos médicos por la desconfianza que tienen de todos. No sé si lo aciertan, pues Gedeón Harveo dice que las juntas: *In finem lugubrem desinunt.* Y los suspiros de Adriano: *Medicorum turba me perdidit.*

18. No ignoraba Hipócrates los yerros que los enfermos cometen, pues los más que peligran es por culpa de ellos (sin olvidarse de los médicos) más que de las mismas enfermedades. Así lo dice en el 6 de las *Epidemias*: *Eos morbos esse mortiferos sineque Medici errent, neque aegroti, neque Ministri, neque aliquid noxium extrinsecus accidat.* A mí siempre me ha parecido, y no hay quien me lo quite de la cabeza, que lo que es las enfermedades agudas, como el enfermo tenga un poco de paciencia y el médico no haga más que lo que Hipocrátes le manda (ahí es una niñería lo que me dejo decir), y los asistentes cumplan con su obligación, con poquísimos remedios salen los

enfermos á la orilla. Vuelve á dar otra vueltecilla á los enfermos de Hipócrates, y repara qué poquitos remedios hace; y si me dices como me dijo un gran médico en la Corte, que á Hipócrates los más enfermos de las Epidemias (en particular de los que se contienen en el primero y tercero libro) se le murieron, respondo como le respondí al tal médico (que se tenía por guapo): que los enfermos que trae Hipócrates en los libros referidos, en poder de los médicos que no saben estar quietos (como son los que en nuestro tiempo se usan), todos hubieran peligrado, pues se ve que aquellos enfermos se libraron solamente porque pelearon con sola la enfermedad y no con el médico; pues Hipócrates, sabía que la naturaleza (si no la estorbaban con sangrías, purgas y otra infinidad de remedios que hoy en día se usan) con su gran ciencia tenía en sí lo que bastaba: *Natura omnino sufficit*, como refiere Galeno: y si se murieron, fué porque era peste, en que se mueren los más, y las enfermedades eran mortales de su naturaleza.

19. Volviendo á la obligación del enfermo, dice Hipócrates en el primer libro de las *Epidemias*, sect. 2, text. 51: *Ars tribus constat, morbo, ægroto, et Medico: ægri autem est unacum Medico morbi reluctari.* Galeno, comentando estas palabras, pinta bien á lo militar lo que sucede en una enfermedad. Dice que el médico y la enfermedad, como enemigos, salen desafiados para reñir y vencerse el uno al otro: *Inter se depugnant, ac dimicant Medicus, et morbus.* No hay duda que el médico pone todo su esfuerzo en vencer la enfermedad; pero la enfermedad, por no mostrar su flaqueza: *Ne sit inferior*, dice Galeno, pone todo su conato en que el médico no se ponga sobre ella. En este conflicto el enfermo, como tercero, suele ser juez árbitro entre el médico y la enfermedad, porque poniéndose de parte del médico, esto es, haciendo de su parte lo que le toca y sin intervenir á sus preceptos, son dos enemigos con quien la enfermedad pelea, y no es tan fácil vencer á dos como á uno. Pero al contrario, dice Galeno, si el enfermo no quiere obedecer al médico, en tal caso, enfermo y enfermedad se unen y dejan al médico solo, y sucede lo que Galeno en otra parte dice, que es en el 6 de las *Epidemias*, sect. 4, texto 9: *Adversari morbo ægrotum una cum Medico oportet, cumque tres sint Medicus, morbus, et ægrotus, si Medicum solum cum morbo pugnantem ægrotus deserat, vel etiam ad morbum transfugiens Medico repugnet, medicum a morbo superari continget. At si morbo relicto ægrotus Medico subsidium contra illum ferat duobus hominibus contra unum morbum pugnantibus futuræ victoriæ maxima spes est. Sicut e contrario desperandum penitus sit, si æger a morbo stans Medico adversetur. Solus enim ipse relictus a duobus hominibus expugnari poterit.* Y así no es maravilla que infinitos enfermos peligren; porque querer los enfermos que el médico pelee con dos, eso ni aun al mismo Hércules le fué concedido.

Galeno, como tan gran práctico y escarmentado que estaba, por haber lidiado con tantos enfermos inobedientes, les hablaba con gran claridad: *Sanaberis* (decía en el 6 de las Epidemias) *profecto, si omnia, quæ præcepero ad unguen observes.* El caso es, que de esas inobediencias ó disparates que los enfermos cometen, el vulgo ignorante no se quiere dar por entendido, pues juzga que tenemos obligación y aun ciencia tambien de curar los desatinos que cometen los enfermos. A Galeno le pareció que era bastante defensa para un médico el pronóstico; y así dijo en el libro citado: *Si interrogaverint te amici de exitu morbi salubris, dices, quod sanabitur, si in manibus tuis perseveraverit, fuerit que obediens, et nihil sinistri exterius advenerit.* Pero si á Hipócrates, que fué de los primeros que inventaron el arte de pronosticar, le sucedió (como él lo cuenta en varias partes de sus obras) el no poderse averiguar con el vulgo, y más á vista de su maestro Demócrito, que se lo acuerda y hace patente en la Epístola que le escribió, pues le dice: *Valde quoque metuo, ne Artem tuam Medicam ipsi non probent. Propter intemperantiam enim implacide se habent ad omnia, et sapientiam insaniam existimant. Et certe suspicor pleraque in Arte tua, aut per invidiam, aut per ingratitudinem palam contumelia affici. Ægrotantes enim, simul ac servati sunt, curam Dijs, vel Fortunæ atribuunt. Plerique vero hoc suæ naturae assignantes bene merentem odio prosequuntur, parumque abest, qui in indignentur, si eis operam debeant. Multi etiam Artis imperitiam praeseferentes, cum sint ignorantes, quod melius est damnant.* Esto le pasaba á Hipócrates allá en sus tiempos, y no se podía defender, por más pronósticos que supiese: miren si á Galeno, por más que nos pondere que se defendía con ellos, le dejarían de suceder sus contratiempos; y más muriéndosele bien curados y mal curados, como se nos mueren á todos.

20. Concluyo el capítulo con una reflexión cristiana, para que no pienses (después que me he desahogado tanto) que estoy mal con la Medicina, diciendo que si Dios fuera servido de volverme al mundo (después de mis días) dos mil veces, todas las dos mil volviera á ser médico. Pues si para su Divina Majestad sólo los méritos que uno ha hecho en esta vida tienen cabimiento, no sé que haya arte por donde se puedan adquirir más que con la Medicina, sabiéndoselos ofrecer á Dios. Y así cuantas ignominias, sinrazones, desatenciones, oprobios (que te aseguro que no han sido pocos) me han acontecido, he procurado llevarlos con paciencia y por amor de Dios, gobernado por lo que dice San Mateo en el cap. 5: *Beati estis cum maledixerint vobis.* Y por lo que Ludovico Blosio con su grande espíritu aconseja al cap. 8 de su Institución espiritual, § 3: *Etiam exigua molestia propter Deum æquanimiter tollerata, incomparabiliter præstantior est, quam sint multa, et grandia bonorum operum exercitia.* Plegue á su Divina Majestad que yo haya sabido ofrecérselo, para descuento de mis pecados.

CAPITULO OCTAVO.

ET ASSIDENTES.

1. No se contenta Hipócrates con que el médico cumpla con su obligación ni que el enfermo obedezca en todo, como debe, á los preceptos del médico: más es menester, dice Hipócrates en este aforismo, y es que los asistentes ó los que cuidan del enfermo sean tales, que no se metan en hacer más que lo que los médicos mandan. Comunmente entienden los comentadores por *Assidentes* ó asistentes, todos aquellos que, por experiencia, saben cómo se gobierna un enfermo y juntamente ejecutar las órdenes de un médico, v. gr. los practicantes ó discípulos de los médicos (antiguamente estaba esto puesto en uso), los cirujanos, los boticarios, los barberos, los domésticos, así criados como criadas. De los practicantes ya se hace cargo Hipócrates en lo de *Decenti ornatu*, pues dice: *Sit autem ex discipulis aliquis præsens, qui instet, ut præceptis non amarulenter utatur, et quod mandatum est faciat. Deligito autem ex ipsis, qui iam in Arte progressum fecerunt, quo ea, quæ utilia sunt addant, aut secure offerant, ut et in intervallis nihil te lateat.* En algunas ocasiones dudaba yo cómo podía Hipócrates pintar por menudo todo lo que sucedió con los enfermos de las Epidemias, pues refiere todo lo que aquellos enfermos padecieron, tan exactamente, como si del primer instante que empezaron á estar enfermos hasta el fin, no se apartara de su cabecera. Con el texto citado se desata mi duda; pues dejando un practicante inteligente, refería y notaba todo lo que de día y de noche acontecía. Sólo reparo en las palabras: *Et quod mandatum est faciat.* Como si dijera Hipócrates: no se haga más de lo que ordena el médico principal que gobierna la enfermedad. Y es de notar que va hablando Hipócrates con el médico ó practicante que de continuo asiste al enfermo. Digo pues yo ahora: de todos los asistentes, ninguno hace más papel junto al enfermo que el practicante; pues por poco que sepa, nadie de todos los que asisten sabe tanto como él. Y en medio de todo esto no permite Hipócrates el que el médico que asiste de continuo pueda ejecutar algo sin licencia del médico principal, obligándole á que no haga más que lo que le han mandado. *Et quod mandatum est faciat.* Qué dijera Hipócrates si viera el desorden con que hoy se cura un enfermo? Pues no hay sabandija, por asquerosa que sea (la cual metiéndose á curandera), no mande y ordene lo que no conviene al enfermo, con más satisfacción que el mismo médico que lo gobierna, por más que se haya desvelado en saber su arte y más cátedras haya regentado. Sírvete ahora de oir despacio al-

gunos de los muchos avechuchos curanderos que perturban el orden de la Medicina, los cuales no dejan obrar al médico, quitándole su crédito, y lo peor de todo, la vida del enfermo. Pero ellos tienen su crédito tan asentado con el vulgo, que por más disparates que cometan tienen modo de saberle dar satisfacción, y las más veces á costa del médico, pues para culparle es menester poquísimo, y muchísimo para saberse defender, pues el vulgo no admite razones, y en particular en Medicina, pues los más juzgan que los que mueren, siempre es por culpa del médico, no porque llegó su hora.

2. Esto supuesto, digo que uno de los mayores estorbos que un pobre enfermo tiene contra sí para que no se cure conforme reglas de Medicina, son los barberos ó cirujanos (voy hablando siempre en general por no ofender, pues muchísimos hay hombres de bien, los cuales no se meten más que en ejercer su arte, sin entrometerse en otra cosa), pues estos tienen tan de su parte al vulgo, que si los remedios que ordena un médico (aunque sea de los más doctos y experimentados) no son á gusto del barbero ó cirujano, está obligado el pobre médico á rogar á Dios que haga un milagro por él, porque de otra suerte va perdido su crédito, quedando desarmado el médico para poderse defender, pues á un mal suceso no hay satisfacción que valga: ni Hipócrates ni Galeno en semejantes conflictos supieron hacer más que volver las espaldas, dejando al vulgo con su queja. Estos barberos ó cirujanos de que voy hablando, son los mayores enemigos que un pobre enfermo tiene contra sí, mucho más perjudiciales, á mi modo de entender, que las mismas enfermedades; pues con su mala cabeza, más bien dijera con su mala conciencia, se meten á gobernar lo que no entienden en materia tan grave como son las vidas de los hombres. Al principio, cuando empecé á practicar mi Medicina, quise poner algún esfuerzo en querer enmendar algo de esta diabólica licencia de los barberos ó cirujanos; pero me salió mal la cuenta, porque me expuse á que me echasen del lugar á campana tañida. Enmendéme del disparate que hice, y dije para en adelante: aunque os mate á todos, supuesto que así lo quereis y os dais por bien muertos, que yo para con Dios ya he cumplido. Otro cuento me sucedió con otro barbero, el cual, porque no le dejé salir con su disparate, me levantó un falso testimonio, que á no volver Dios por mí, á las horas de ahora que escribo esto, ya he muerto en galeras.

3. Pregunta Reyes en su Campo Elíseo, en la cuestión 21: ¿por qué el vulgo ignorante se paga más de los malos médicos, barberos y cirujanos, y de otros embusteros que con capa de médicos y sin licencia de la Justicia andan vagando por el mundo, que de los médicos doctos, los cuales saben su arte con perfección? Reyes da muy buenas razones en dicha cuestión por que esto suceda; pero yo, que muy despa-

cio me he puesto á considerar esto, te diré lo que he notado y he observado en el tiempo que fuí médico de aldea (que es donde los barberos y cirujanos más hacen de las suyas), para que el vulgo haga más caso de ellos, y ellos tengan la estimación que no merecen á vista de los médicos. Lo primero, las letras jamás tuvieron comercio con la ignorancia. Los médicos (hablo de los que lo son) son hombres criados con muy buenas letras, hablan de distinto modo que los barberos, cirujanos y demás embusteros que se entrometen á tratar lo que no entienden, como es la Medicina; pero estos tienen la ventaja, la cual no tienen los médicos, y es que comen con ellos, beben con ellos, viven con ellos y hablan como ellos. A esto se junta la simpatía que el vulgo tiene con ellos, como dice el Eclesiástico al cap. 13: *Omne animal diligit simile sibi.* De aquí nace el que el vulgo con los barberos, cirujanos y embusteros, se entienda más bien que con los médicos. Bien explicó todo esto el maestro Benavente en este dístico:

Ut male disparibus raptantur plaustra iuvencis
Sic male coniugium disparitate coit.

Que es lo que comunmente explica el adagio castellano: cada oveja con su pareja. Estos enemigos de los médicos y amigos falsos de la plebe, para engaitarla y hacerla de su parte, la dan á entender que los médicos, á título que han estudiado, saben decir las cosas más bien que no ellos; pero que en la práctica los exceden mucho, por no consistir la curación en parleta, sino en obras; y que en esto llevan gran ventaja á los médicos, por las muchas experiencias que tienen y han observado; y lo aforran con su poquito de texto: *la experiencia es madre de la ciencia*, y así concluyen: ríanse vs. ms. de los médicos, pues estos todo su conato le ponen en averiguar si son cinco ó son cuatro los elementos; si se ha de purgar el enfermo en el principio, en el medio ó en el fin; cosa que en una junta se desbautizan unos con otros á argumentos: lo bueno es que al fin hacen lo mismo que nosotros hemos mandado sin tanta gritería. Confieso que no hallo consuelo, razones ni fuerzas en lo humano, para poder dar satisfacción al vulgo de todos estos falsos perjuicios que esta perjudicial gente les tiene metidos en sus cabezas. Una de las razones que yo discurría, por qué en los tiempos pasados ni en los presentes jamás se ha puesto cuidado en enmendar los desaciertos que en materia tan grave comete esta perversa gente, es porque no hay quien sepa en el mundo, ni menos entienda, qué sea esta facultad que llaman Medicina. Y lo pruebo así: si alguno ó algunos hay que tengan voto después de los médicos en esta facultad, son los teólogos y los letrados, por ser hombres criados en buenas letras. Pero pregunto: ¿por dónde ha de saber el teólogo y el letrado lo que es Medicina, ni menos lo que sus profesores entienden de ella. cuando los

mismos que la ejercitan (aun siendo los más doctos) andan siempre tentando la ropa? ¿Con que sólo los barberos y los cirujanos, por ser ayudantes de los médicos, serán los que tienen voto en el vulgo para graduar los médicos de buenos ó malos? Parece que sí, pues á los médicos no han de ir á preguntárselo por ser parte: *Deinde*, no quedan otros (como tengo probado) de quien poder informarse, sino de los barberos y cirujanos: luego el crédito ó literatura de los pobres médicos depende solamente de la mala cabeza de un barbero ó cirujano, los cuales, con su conciencia errónea ó depravada, hacen y deshacen los médicos á su arbitrio, y lo peor es que el vulgo lo cree, pero verdad es que también lo paga. Pues ¿puede haber cosa más descabezada que dar crédito y fiar su salud (siendo la alhaja de más precio) á un hombre que no sabe más que lo que el vulgo quiere? Y lo que es más, después de haberle quitado el cálido innato (y no es lo peor esto) con sangrías, pues no saben más, y haber cometido dos mil desatinos con ellos, obligarles á que se lo paguen; y por último, el que le queden agradecidos, para que en adelante, si se ofreciere hacer otros tantos disparates, los vuelvan á llamar? Pues si la venganza fuera lícita, podía un médico desear más contra estos sabiondos, enemigos de los médicos y amigos de los cirujanos y barberos, que ver cómo los tratan en cualquiera enfermedad por desventurada que sea? y sobre todo, darse por bien muertos en manos de ellos? Lo que no sucede con los médicos, con los cuales todos mueren quejosos. Dios lo remedie como puede.

4. Supongo el que á los jurisconsultos ó letrados, por ser la Medicina tan dificultosa, no les toca el discernir lo que un médico sabe respecto de otro; pero lo que un barbero ó cirujano puede saber en comparación de un médico, y más si es docto, pocas leyes son menester para probarlo y saberlo. Oigan ahora los señores letrados (pues habla en su lengua) á Platón, de quien son tan afectos, y reparen cómo les enseña á distinguir los malos médicos, barberos, cirujanos, etc., de los buenos. En el diálogo 4, *de lege prope finem*, dice Platón: *Num igitur intelligis, cum servi, et liberi in Civitate ægrotantes, servos a servis plerumque curari? Qui in Medicorum officinis versantur, et omnia circumeunt, nec rationem ullam de singulis morbis, aut reddunt, aut accipiunt: sed quæ usu prodesse videntur, quasi exacte scientes, tyrannorum instar superbe, et pertinaciter imperant, atque ita a servo adservum medentes transvolant.* Qué médicos sean estos y cuán lejos estén de la verdad, el mismo Platón *in Phedro* lo declara. Dice así: *Si quis dicat, ego quidem illa scio corpori admovere, et quibus, et calescat, pro arbitrio meo, et frigeat, et vomitus, et deiectiones, et aliæ expurgationes perficiantur, et huius modi plura teneo, quibus cognitis, et Medicum me esse profiteor: quid aliud responsurum autumas? Phedrus: nil aliud, quam percunctaturum, numquid etiam sciat, quibus, quando, et quousque singula horum sint adhibenda? Quod si nesciat ne-*

cessum est, cum insanire, qui quodquidquam audierit, vel in medellas nonnullas inciderit Medicum evasisse se putet: cum nec Artis aliquid intelligat. Bien pudieran los señores letrados con estas leyes de Platón y con el arrimo que tienen de la Justicia, favorecer más á los médicos y distinguirnos de esta chusma tan perjudicial á la República; pero el caso es que ellos más quieren gastar el tiempo en probar que su facultad es más alta que la Medicina, que entretenerse en probar que se destierre del mundo tan infernal peste.

5. Con los que más quejas tengo es contra los teólogos, pues habiendo estudiado todos Filosofía natural, en que está fundada toda la Medicina, ¿no sepan distinguir la Medicina que un pobre barbero ó cirujano sabe respecto de la que un médico docto posee? Pues soy testigo de haber visto curar á cuatro médicos muy doctos á un gran teólogo, y después de todo esto llamar á un cirujano para tomarle su parecer si acaso los cuatro médicos iban derechos ó tuertos en orden á lo que ordenaban y disponían en su enfermedad. ¿Qué dijera San Juan Crisóstomo si viera en un teólogo de buena literatura semejante monstruosidad? Pues escucha lo que dice en el libro 12 sobre los Actos de los Apóstoles, y repara cómo vuelve por la Medicina y sus profesores: *Extruat* (dice) *quis officinam Medicorum, habeat etiam Discipulos, habeat et instrumenta, et pharmaca, et ingrediatur ad ægrotos: numquid sufficient hæc, ut præstet nobis Medicum? Minime* (dice el Santo) *sed opus est Arte, et sine illa non solum hæc nihil prosunt, sed etiam damnosa sunt. Etenim qui non est Medicus, melius fuerit, neque pharmaca habere: quoniam non natura pharmacorum est salus solum, sed in Arte adhibitis.* Baste la autoridad de Platón y la de San Juan Crisóstomo para dar á entender que los que se gobiernan por el parecer de los barberos, cirujanos y otros semejantes curanderos en materia de Medicina, y más siendo grave, lo yerran de medio á medio. Gobiérnense por lo que dice Horacio: *Quod Medicorum est promittunt Medici: tractent fabrilia fabri.* No cito autoridades de Hipócrates, de Galeno ni de Avicena en confirmación de lo dicho, que te aseguro que lo persuaden más bien que Platón y San Juan Crisóstomo, lo uno por ser médicos, y los primeros; lo otro, porque en sus tiempos debió de correr la misma moneda que en los nuestros, pues tan agriamente se quejan así de ellos como de los que sin fundamento les dan crédito. Reyes, no pudiéndolo disimular, se queja por todos: *Insaniunt* (dice en la cuestión citada) *certe, dum æris lucrandi cupiditate tantum facinus nullo conscientiæ stimulo temere aggrediuntur; sed multo magis vulgus, et miserrimi ægrotantes insanire videntur, quorum ruditate patrocinati in Medicorum albo numerantur: immo optimos quosque calumniari tentant, ut multitudini placeant: quæ tantæ ignorantiæ non raro in ipsorum Empiricorum manibus pœnas luit, nam uno præ temeritate emergente centum deiscunt: quoniam, ut optime advertit Pareus, felicem unum ali-*

quem, quem sors dederit iactum, mille poste a errorum dispendio luunt.

6. Pero sepamos la causa que les mueve á este género de gente de meterse en lo que no les toca, como es querer ejercitar la Medicina, la cual aun de muy lejos no la saludaron; no sabiendo hacer cuando mucho más que una barba ó una sangría atravesada. Por eso mismo lo hacen; pues Dios nos guarde de la envidia, pues como la define San Agustín: *Est odium felicitatis alienæ.* Ven estos hombres que los médicos tienen alguna estimación en el mundo, de la cual ellos se ven privados y sin esperanza de poderlo conseguir; pues qué remedio? Discurren los medios que hay para poder suplir lo que les falta de ciencia y competir con los médicos, para que los enfermos (que en materia médica los más saben poquísimo) conciban que poco más hacen los médicos que ellos. Y así, si los médicos hacen dos visitas, ellos hacen diez, ó por mejor decir, no se apartan de la cabecera del enfermo. Aquí vuelve Magato: *Imperitiam labor compensat.* Le suelen dar de comer por sus propias manos, untarlos, echarles ventosas, y en conclusión, hacen todo lo que el médico deja ordenado. Pues qué, si al enfermo se le antoja algo, y ellos, por contemplarle, se lo conceden? Aquí entra Galeno: *Qui cubantis delicijs subscribit, et eius voluptatem, non sanitatem pro meta gerendorum habet, adulatoris officium facit.* Botallo aún lo dijo más claro: *Non raro evenit, ut cum officiosissimi esse volunt, eo tunc sint maximi noxij.* Todo esto se pudiera sufrir si no hicieran más; pero el caso es que si la enfermedad pasa adelante suelen desmandarse, y al descuido con cuidado, con los de casa: aquella sangría ó aquella purga tuvo el diablo en el cuerpo, que es lo de Salomón en el cap. 6 de los Proverbios: *Corde machinatur malum, et omni tempore iurgia seminat.* Pues qué, si muere á vista de lo dicho? Bien puede el médico, si está en Partido, buscar otro, y si está en la Corte mudarse á otro barrio, pues de una vez lo perdió todo, y su descrédito corre más que la fama. Y que no haya en el mundo quien se ponga de parte de la razón procurando corregirlos, ya que no quieren castigarlos! Pero si ellos no se confiesan de semejantes maldades por demás tengo el reprenderlos, pues quien no teme á Dios menos temerá á un alcalde. No hay cosa más fácil que desacreditar á un médico; y si no, supongamos que Hipócrates, por ser el médico que más crédito ha tenido en todas las edades, volviese al mundo y le llamaran para que curase una enfermedad aguda, de su naturaleza mortal; pero sin el conocimiento de Hipócrates que tal fuese. Supongamos también el que Hipócrates determina el que el tal enfermo se sangre ó se purgue, que para el caso es lo mismo. Dice uno de estos mal intencionados que han de ejecutar lo que Hipócrates les manda; si le sangra le mata, y lo mismo si le purga. Si no hace nada ó poco, como Hipócrates tenía de costumbre, dicho se está que le han de culpar otro tanto más, pues entonces todos claman

que le ha dejado morir como una bestia, sin hacerle remedios. Esto supuesto, pregunto yo ahora: ¿por dónde se había de defender Hipócrates, y aunque fuese el mismo Apolo, del vulgo, á vista del mal suceso que el barbero (lo cual pronosticó antes de ejecutarlo) no sabía más Medicina que el mismo Hipócrates, supuesto que sucedió como lo dijo y lo pronosticó, y los parientes del enfermo y los circunstantes lo vieron por sus ojos? No sé yo que Hipócrates tuviese en semejante lance fuerzas para defenderse del barbero, ni menos para persuadir al vulgo que sus remedios fueron aplicados con arte, cuando el suceso mostró lo contrario y como el barbero lo pronosticó. Que pueda una facultad tan noble como es la Medicina estar sujeta á semejantes barbaridades! Y que haya quien pueda corregirlo y castigarlo severamente, y no lo haga! Quién, viendo estos desatinos, mejor dijera lástimas, podrá abstenerse de exclamar con Marcelo Palingeno:

O miseræ leges, quæ talia crimina fertis!
O cæci Reges, qui rem non cernitis istam!
Vos, quibus imperium est, qui Mundi fræna tenetis,
Non tantum tolerate nefas: hanc tollite pestem.

Pero todo esto, como dice Reyes: *Est nubes verberare, et Isthmum perfodere*, pues si en toda la posteridad no se ha podido remediar, ¿porqué me he de persuadir yo, ni nadie, que en adelante se ha de poner enmienda? Y así, permítaseles á los médicos el que se quejen, ya que por sí no lo pueden remediar (por tocarle la enmienda á Tribunal superior), pues al que pierde, le permiten que rompa los naipes.

7. Para que veas hasta dónde llega la envidia (hija de la soberbia, como dice San Agustín) de algunos hombres, enemigos capitales de los médicos, oye lo que dice Renato Moreo, doctor médico parisiense, escribiendo la vida de Guillermo Ballonio. Digo de algunos, para que no pienses que ignoro que hay muchos hombres de bien, así barberos como cirujanos, los cuales ejercen su arte con gran cristiandad, no haciendo más que lo que les toca en su oficio. De estos no es mi ánimo el ofenderlos en el menor ápice, pues faltara á la caridad si tal intentara. Hablo sólo de los que sin saber el arte de Medicina, sólo por codicia, soberbia y envidia, se meten á ejercitarla. Dice, pues, el autor citado, que por los años de mil quinientos y ochenta, reinando Enrique III, se levantó en la Universidad de París una sedición tan horrenda de parte de algunos cirujanos, que se vió embarazadísima la Facultad Médica de poderla aplacar. El caso fué, que tomaron tanto vuelo en París los cirujanos en aquel tiempo, que intentaron el separar la Cirujía de la Medicina: y esto de tal manera, que querían que fuese la Cirujía quinta facultad, distinta de las cuatro. Y no se contentaban sólo con lo dicho, sino que intentaron el dar grados de licenciados y

de doctores, del mismo modo que la Facultad de Medicina. Tuviéronlo todo esto en buen estado, pues tuvieron (por ser embusteros todos los que andaban en esta farándula) habilidad de sobornar en este tiempo muchas voluntades. No te espantes que hable así, pues Moreo, que lo escribe, los trata con términos más insolentes. Lo primero que hicieron, fué engañar al Dean de la Facultad de Medicina, y con él otros muchos hombres doctos de la Universidad. No paró en esto; tuvieron modo de sacar bulas pontificias también con engaños, para que con más disimulo y capa de santidad se encubriera su depravada intención. En este tiempo, que fué en el mes de Noviembre de 1580, fué electo Dean de la Facultad de Medicina Guillermo Ballonio, tan docto y tan erudito como demuestran sus escritos. Este insigne varón tomó tan por su cuenta este negocio, que hasta que descompuso esta torre de viento y desterró de París toda esta junta de pícaros, no paró. Habló al Senado, al cancelario, al rector de la Universidad y á los demás hombres doctos de ella, suplicándoles que revocasen lo que con tanto detrimento de la Facultad Médica les habían concedido. El Dean antecesor de Ballonio, ya confesó en público y delante del rector de la Universidad: *Pœnitere se facti, et quod contra iura Academiae illum actum Chirurgicum exornasset.* Por medio de varios cardenales procuró Ballonio el que Su Santidad se informase más bien de la descabezada pretensión de estos hombres. Ultimamente, por no cansar, fué determinado por el Senado el que en público se defendiese este litigio, para ver la fuerza de entrambas partes. El maestro Juan Chovert hizo su oración en favor de la Academia, y contra los erectores de la quinta facultad; y dice el historiador: *Prudentissime summoque iudicio dixit.* El maestro y doctor Chopino defendió la Facultad, y dice Moreo: *Aliquot capita satis plausibiliter perstrinxit.* El maestro C. Robert defendió al cancelario de la Universidad; y dice Moreo: *Ingeniose oravit.* El maestro Agustín de Thou, por parte del Rey: *Breviter, et ad rem convenienter.* Por parte de la turba quirúrgica oró el maestro Juan de Verst, hijo de un cirujano, y el defensor principal de toda esa chusma. El historiador dice, que *Vaste, et effeminate dixit: Academiæ cardines, et firma Facultatis Medicæ fundamenta, molliuscula, et effeminata oratione concutere, ac convellere giganteo more tentavit.* Viendo la Universidad los falsos fundamentos en que se fundaba la fábrica de estos embusteros (que así los trata Moreo), suplicó al Senado que por buen gobierno, y para que en adelante no hubiese otros que tal atrevimiento tuviesen, los desterrase de París, como se ejecutó. Todo esto se le debió á Guillermo Ballonio, de que debe la Facultad Médica estarle muy agradecida.

8. Todo esto te he querido referir, para que adviertas y notes que no fué otro el motivo de estos hombres, que soberbia y envidia de verse subordinados á los médicos, pues si hubieran conseguido lo que in-

tentaron, aun el mismo Lucifer no se hubiera podido averiguar con ellos. Pues yo les arguyo á estos y á otros como estos: ¿Qué caso hay en Cirujía, por leve que sea, que no venga acompañado de accidentes, los cuales el cirujano (por docto que sea) no necesite de médico para corregirlos? Pongo un ejemplo: sobreviene al herido calentura (pongo este accidente por ser el más común), pregunto ahora: ¿podrá el cirujano, por más que me le pintes, no siendo médico, curar la calentura por sí solo? Si dices que sí, están contra ti los mayores cirujanos que ha conocido el orbe, como son: Guido de Gauliaco, Juan Tagaulcio y Ambrosio Pareo, con otros muchísimos honra de la nación francesa; los cuales, en cualquier afecto quirúrgico en que sobreviene calentura, advierten que se llame médico, por haberse salido el herido de su esfera. No necesita esto de más prueba que leerlos. Pues si estos hombres, siendo tan experimentados y doctos en su facultad, no se atrevían por sí solos á gobernar un herido habiendo calentura, ¿por qué quieres tú y otros como tú, no siendo tan doctos como ellos, curar un herido sólo con título de cirujano no siendo médico? Hombre, repara que la calentura no es para cirujanos, por mucho que sepan; pide mucho médico (y aun plegue á Dios) el saber curar una calentura. Vuelvo ahora á la otra parte del dilema: si dices que no puede el cirujano (como lo debes confesar) curar el accidente de calentura por sí solo, que es menester médico acompañado: luego el cirujano que no supiere Medicina habrá de estar subordinado al médico; y el que no lo hiciere así, no sé yo cómo andará la conciencia, pues se pone á ejercer lo que no entiende. Pues vuelve ahora á Guillermo Ballonio, y hazte cargo de la justificación con que obró contra la mala intención de esta gavilla de embusteros, pues no fué otra que separar la Cirujía de la Medicina, para poder obrar ellos á su salvoconducto sin dependencia de médicos. Pero Ballonio, como tan gran médico y tan buen cristiano, discurriendo el detrimento que se le seguía á la naturaleza humana de este divorcio, puso todos los medios eficaces para que se frustrara su depravada intención. Consiguió Ballonio por entonces el cortarle la cabeza á esta quinta facultad; pero no consiguió el que de ella no renaciesen tantas cabezas como malos cirujanos hay en el mundo, que obran sin dependencia de médicos todo cuanto se les antoja. Soy testigo de vista: se quejan de este desorden todos los médicos de Holanda, de Inglaterra, de Francia, del Imperio de España y casi de todas las partes del orbe. Dios lo remedie como puede, ya que Ballonio, por más que hizo, no lo pudo remediar.

9. Vuelvo ahora al tema, después de haberme divertido demasiado: *Et Assidentes.* Los boticarios no son los que menos hacen en la asistencia de los enfermos: que aunque en España no está tan puesto en uso como en las demás naciones, el dar las purgas, julepes ó cordiales, por

sus propias manos á los enfermos, en medio de todo esto, á personas de cuenta y de su cariño, acostumbran alguna vez de urbanidad asistirles. Y por eso los más de los médicos que comentan este aforismo, llegando á explicar estas palabras: *Et Assidentes*, dicen que en ellas se entienden también los farmacéuticos ó boticarios. He tratado muchos hombres de bien en este ministerio y muy inteligentes en su ejercicio, y sobre todo, muy buenos cristianos, sin meterse en más que despachar sus medicinas. Pero al contrario he conocido otros, los cuales, no contentos con ser boticarios, desde luego se meten á ser curanderos. Estos están metidos en un error crasísimo, pues juzgan que el ser médico no consiste en más que en saber muchos remedios. Y á la verdad, en parte los disculpo, cuando conozco muchísimos médicos que siguen sus pisadas. Pero así unos como otros, caminan por un derrumbadero; pues si la Medicina sólo consistiera en saber muchos remedios, con coger á Burnet, la Empírica de Faventino, á Tenk, una docena de los prodigios que trae Adriano, con dos docenas de los más selectos que traen las Collectáneas químicas Leydenses, en poquísimo tiempo pudiera uno ser médico consumado y después reirse de Hipócrates, por más que nos pondere en este aforismo que es breve la vida y dilatado el arte. Tengo gran deseo de decir algo sobre este punto; sírvete de oirme, si no lo has por enojo.

10. Cuentan de un discípulo de Capibaceo, que después de haber recibido el grado de doctor, despidiéndose de su maestro le suplicó con grandes veras le comunicase alguno de los muchos secretos que tenía para poder curar sus enfermos allá en su tierra ó en su Partido. Dicen que le respondió: *Lege meam Methodum, et habebis mea secreta.* Ha sido muy celebrada esta respuesta entre los médicos de buen juicio: no es decir esto mal de los medicamentos, ni menos de algunos secretos que han poseido algunos de los muchos profesores que ha tenido la Medicina. Lo que quiero decir es, que estos medicamentos ó secretos, aunque buenos, aplicados sin indicaciones ni tiempos, no sólo no aprovechan, sino que suelen servir de gran daño á los enfermos. Un ejemplo te lo dará á entender. No hay duda que es gran remedio la sangre de Hirco, preparada con arte para un dolor de costado: y aun Helmoncio la tuvo allá en sus tiempos por secreto; pero en verdad que le costó caro el saberlo, pues refiere Gerardo Goris en su *Medicina contempta*, que por usar de él sin arte, se mató á sí mismo. Esto es lo que clamaba Galeno al fin del capítulo 2 del 6 del Método: *Verissimum esse, non esse adeo magnum, quod medicamen praestare possit, nisi nactum sit, qui eo dextere utatur.* Vuelve ahora á oir á San Juan Crisóstomo, el cual, por decirlo tan bien y al intento, sé que no me censurarás el que vuelva segunda vez á referir sus palabras. Dice, pues, el libro citado: *Numquid sufficient haec* (va hablando de los que saben muchos remedios pero sin ar-

te) *ut praestet nobis Medicum? Minime, sed opus est Arte, et sine illa, non solum haec nihil prosunt, sed etiam damnos a sunt. Etenim qui non est Medicus, melius fuerit, neque pharmaca habere: quoniam non natura pharmacorum est salus solum, sed in Arte adhibitis.* A Claudio Galeno, aunque algunos le han querido censurar, no sé si han tenido razón: fué hombre y no pudo saberlo todo; persuádome que gran parte de esto ha tenido la envidia; pero lo que no se puede negar es, que aquello de: *Quid ante quid, quid cum quo, et quid post quod sit agendum,* nadie lo ha sabido más bien que él. Oyele en el 6 del Método, cap. 2, y te desengañarás. Dice así: *Non enim scire, quid fiere oportet, id magna res est, ut quod omnibus hominibus natura insit; sed quibus rationibus illud efficiat, it vere scire artificium est.* Prueba Galeno todo esto con dos ejemplos materiales con los cuales se hace patente todo lo dicho. Todos saben (dice Galeno), aunque no sean artífices de naves, en qué lugar se ha de poner el gobierno, la popa, la proa, el árbol mayor y lo demás; pero todo esto importa poco, dice Galeno, si se ignora cómo todo esto se ha de disponer; y el que no lo tiene por oficio, esto es, que no sabe el arte de fabricar naves, cometerá dos mil yerros. El otro ejemplo con que lo persuade, le pone en el arte de fabricar casas. Nadie ignora (dice) que para fabricar una casa se han de echar primero los cimientos, se han de levantar las paredes y se ha de cubrir con la techumbre toda la fábrica, disponer ventanas y puertas, etc., pero el saber todo esto qué importa para fabricar una casa, si se ignora el modo como se ha de disponer todo esto. Todo lo cual, si no es maestro de obras ó albañil, no lo sabrá componer, porque éste tiene arte, y los demás no tienen más que reglas universales; de lo cual Galeno ya se hace cargo en este mismo capítulo: *Quippe primae in omni Arte indicationes omnibus hominibus natura sunt praesto.* Pero estas no bastan, es menester más, el haberlo ejercitado y después saber dar razón de todo esto: porque si las reglas universales, como dice Galelo, fueran bastantes, no hay impedimento que embarace á que cada uno ejercite el arte que se le antojare, pues los primeros principios á nadie se le ocultan. Saco yo ahora esta consecuencia: luego para ser médico no basta el saber los principios universales de la Medicina, ni saber tampoco muchos remedios para curar las enfermedades, como juzga el vulgo y se queja Valles, comentando este aforismo, con estas palabras: *Non enim, ut Barbari omnes Medici hodie vulgo suadent, praxis Medica est in copia medicamentorum: neque ea debet esse cura, ut multa fiant, set ut id tantum, quod necessarium est opportune fiat.* ¿Pues qué es menester más, replicarás, para serlo? Me huelgo el que me hagas esta réplica, para que de una vez yo te lo diga y tú lo sepas: y si no quisieres saberlo, ¿qué piensas que se me dará á mí? El mismo Galeno, en el capítulo citado, dice así: *Nec qui vulneratae par-*

ti naturalem unitionem esse moliendam novit, is Medicus est, sed qui quibus id rebus perficiat, intelligit. Quamquam nec hoc quidem ipsum per se satis est si quis etiam quo pacto his sit utendum nesciat; sed qui viam omnem curationis eousque percelluit, et ipsum destinatum finem queat, is demum est, qui mederi novit. Bien se conoce que Galeno estaba enfadado de ver estas cosas y otras, como yo; pero viendo que no las podía remediar, como yo tampoco no puedo, se consolaba sólo con quejarse. Y así saca esta consecuencia: *Ergo istis a methodis Thesali aemulis illud accidit, ut cum maiora viribus audeant* (aquí entran todos los que ejercitan el arte de Medicina sin saberla) *nec ad ea, quae consequi alioqui possent accedant.*

11. Los últimos asistentes de que hacen conmemoración los que comentan estas palabras, son los domésticos, por los cuales se entienden todos los de la casa: pero quien más papel hace entre todos son las mujeres, las cuales, después de tratarlas su Divina Majestad en la Escritura con alguna aspereza, en llegando á materia de enfermos, las honra y las da el primer lugar. Oye ahora al Eclesiástico al cap. 36, al vers. 27, lo que dice: *Et ubi non est mulier, ingemiscit infirmus.* Aristóteles, después de haberlas tratado como se le antoja en sus obras, en el libro de Anima vuelve por ellas, diciendo: *Mulier melioris est pietatis, quam vir.* Eurípides no excusa decir de ellas: *Habet vim quandam ad movendam misericordiam.* En conclusión, como ellas no hagan más que lo que los médicos mandan, no hay duda que será cualquier enfermo bien asistido, pues para todo cuanto se ofrece, y que no sale de los límites de enfermero, nadie lo ha de hacer más bien que ellas: pues para la limpieza, para darles de comer, para consolarlos, y últimamente para ejercer cualquier acto de caridad con los pobres enfermos, nadie sabrá hacerlo como las mujeres. Los criados y criadas también son comprendidos en estas palabras: *Et Assidentes.* Estos y estas, si no hicieran más que lo que los enfermeros les mandan, bastantemente cumplieran con su obligación; pero el caso es que estos y estas, á título de criados, suelen, con la mayor facilidad que es posible, echar á perder á sus amos cuando están enfermos: pues unos por complacencia, otros por miedo, suelen condescender con el gusto de sus amos; y la enfermedad, que de su naturaleza era salubre, hacerla mortal. De estos desatinos cometidos por los criados y criadas, por respeto de sus amos, suelen algunos contarlo, después que están buenos, por gracia: pero cuidado, que otros no lo pueden contar. Estos son los asistentes, que los comentadores de este Aforismo quieren que sean necesarios para la curación de un enfermo.

12. Pregunto yo ahora: hay más asistentes que los referidos y que sean necesarios para que un médico cumpla con la obligación que debe? Los comentadores no hacen conmemoración de otros; pero el vulgo, qué dice ó qué responde á esta pregunta? Sírvete de tener un poco

de paciencia y escúchame, que yo te lo diré. Dice el vulgo, que está muy bien el que todos los asistentes referidos por los comentadores de Hipócrates sean los mencionados, pero que no bastan estos por ser necesarios otros, antes que un médico empiece á curar un enfermo. Y pregunto: cuáles son estos de los cuales los médicos no se acuerdan? Estos son, dice el vulgo, todos los que nos amonestan (que son casi infinitos) que no nos pongamos en manos de los médicos antes que pasen veinticuatro horas, por si estamos resfriados: pues una sangría ó una purga en este tiempo ejecutada, es bastante para que á uno lo despachen al otro mundo. Lo bueno es que los que siguen este parecer se dejarán morir primero (aunque lo mande Hipócrates) que se les aplique remedio alguno, sin que pasen las veinticuatro horas. Estos son los asistentes que tiene el vulgo, á los cuales está más obediente que á cuantos pronósticos y aforismos trae Hipócrates, y observaciones todos los prácticos. Si no hicieran más que no dejar hacer remedio en las veinticuatro horas, ya se pudiera tolerar; pero el caso es, que les suelen untar y dar en este tiempo algún diaforético que levanta una polvareda que después el médico más experto se ve embarazadísimo en poderla aplacar. Válgame Dios, y qué de desdichas en el tiempo que he sido médico he observado, sobre este falso perjuicio, que el vulgo tan sin razón tiene arraigado en su cabeza! No arguyo contra la constipación ni contra las calenturas que de dichos resfriados se suelen levantar: lo que digo es, que el vulgo yerra miserablemente en creer el que las más de las enfermedades agudas dependen de resfriados, no permitiendo el que en las veinticuatro horas se haga remedio alguno; siendo por otra parte un tabardillo. Dios nos guarde el que el vulgo conciba una cosa por conveniente, pues por ella se gobierna, aunque tenga más inconvenientes que estrellas el cielo. Y así, San Agustín con su gran juicio decía en el libro 1º *de Civitate Dei: Vulgi iudicium errore plenum.* Horacio bien conocido lo tenía, pues escribiendo á Mecenas, le dice:

Non ego ventosæ plebis suffragia venor.

De lo que más me maravillo es de lo que dijo Epicuro acerca de este punto; aunque mal recibida de muchos filósofos su vida: *Nunquam volui Populo placere: nam quod ego scio non probat Populus: quod probat Populus ego nescio.*

13. Los segundos asistentes que tiene el vulgo aun son de peor calidad, y más perjudiciales á la República que los primeros. Estos son los que vulgarmente llaman ensalmadores ó santiguadores, en quienes el vulgo tiene puestas sus esperanzas, en cuanto á la salud, de tal manera, que si antes de llamar al médico no ha precedido el ensalmador ó la santiguadora, tienen por desacierto el que el enfermo se ponga en sus manos. En Madrid, que es en donde se escribió este libro, tienen

poco cabimiento todos estos embusteros y embusteras, porque el glorioso San Bernardo los tiene á todos desterrados. Y lo mismo sucede en todas las partes que hay monasterios del glorioso Santo. En los demás lugares, es cosa lastimosa el ver tantos santiguadores y santiguadoras como hay; y lo que más es de admirar, es ver el crédito tan asentado que tienen estos avechuchos ó sabandijas con el pueblo, y aun con algunos que piensan que no hacen pueblo. Es muy fácil de engañar la plebe, y más si la persuaden con capa de santidad, como comunmente lo hacen los que andan en estos santiguamientos, pues todos sus embelecos (que así merecen llamarse) los fundan en palabras santas, en oraciones y Salmos de David. Es astucia del demonio, que siempre arma los lazos al pie de las cosas santas, para que las almas tropiecen con más facilidad. Y aun por eso quisieron algunos que se llamasen ensalmadores, por los Salmos que rezan cuando santiguan ó ensalman, como ellos dicen. Pero no es por eso ni tampoco porque San Anselmo, á quien falsamente dan por autor (como dice el Padre Martín del Río) los soldados, en particular de las naciones extranjeras, por los muchos ensalmos y cédulas que traen consigo al tiempo de dar la batalla, para librarse del peligro: y que comunmente dicen los que andan en esto, que con dichas cédulas se hacen duros, no es por eso, vuelvo á decir; sino que para encubrir más su maldad, hacen autor al santo dichoso de semejantes maldades, equivocando al santo con Anselmo Parmense, mago y hechicero de profesión.

14. Muchos son los hombres doctos, así teólogos como canonistas, y sobre todo Santos Padres de la Iglesia, que han escrito sobre esta materia. El Padre Martín del Río fué de los que más bien cortaron la pluma contra esta perversa gente; pero así el Padre como todos los demás, nunca han podido desarraigar del mundo este infernal abuso, tan perjudicial al género humano. Pregunta el dicho Padre en el tom. 1º, disq. mag. lib. 1º, cap. 4º, quæst. 3: *An verbis, et incantationibus vis insit morbos sanandi, aut mirifica perficiendi?* Y responde: *Nulla vocabula vim habent naturalem vulnera vel morbos sanandi, vel noxas alias depellendi: dixi nulla, negans de quovis verborum genere, sive verbis prolata, sive scripto comprehensa, sive sola, et incomplexa (ut vocant) sive incomplexa, sive significantia, sive nihil significantia, sive Hebræa, sive alterius linguæ, sive dicta cum sibilo, aut flatu, sive aliter quomodocumque absente, vel præsente ægro.* Con que se infiere que todos estos embusteros y embusteras que llaman santiguadores y santiguadoras, en lo que hacen demuestran ser vanos hechiceros, y que tienen pacto implícito ó explícito con el demonio, porque las tales palabras ó señales de que ellos usan, no tienen virtud para producir semejantes efectos.

15. Pero tienen los que han escrito contra esta malvada gente (que así merecen que los traten) un argumento no muy fácil de desatar con-

tra sí, y es que el vulgo, como lo más es ignorante, tiene concebido que lo que hacen los santiguadores, ora sea con soplos, palabras y cruces, los más lo hacen con gracia especial que Dios les ha comunicado ó concedido, y se defienden con el ejemplo de los saludadores. Para los hombres doctos este argumento tiene poca fuerza, porque saben distinguir estas gracias, como les enseñó San Pablo en la I Epístola ad Corinth, cap. 12, verso 10: *Alij* (dice) *gratia sanitatum in uno spiritu, alij operatio virtutum, etc., dividens singulis, prout vult.* Adonde Cayetano, interpretando la partícula *prout vult*, dice: *Ut omnino videatur excludere quamlibet dependentiam ab arbitrio recipientis, vel a meritis, vel a communicabilitate inter alios.* Y así estas gracias, que dice el Apóstol no tienen dependencia de la voluntad del que las recibe ni de sus merecimientos, ni las puede el que las tiene comunicar ni hacer participantes á otros, para que ellos curen. Toda esta doctrina bien la entienden los hombres entendidos; pero á la plebe y los que hacen vulgo, no es fácil el dárselo á entender, porque tienen concebido que esta gracia que tienen los santiguadores y santiguadoras, se las tiene Dios concedida de muchos años y que se continúa *de progenie in progeniem.* Como si no supiéramos, por otra parte, que los santiguadores y santiguadoras van comunicando sus virtudes (más bien dijera embelecos) á todos cuantos ellos quieren, para que sanen á todas horas, y á todos cuantos vinieren, como quien tiene tienda abierta para todos aquellos que quisieren venir á comprar.

16. Queda, pues, averiguado que la santidad que á vista del ensalmador ó santiguador se causa ó se observa, ni viene por virtud natural del ensalmo, ni por mano de Dios, que allí haga milagro: luego viene por mano del demonio, que obra allí frecuentemente. Esta verdad la conocieron (aunque faltos de luz) los gentiles, como lo dice el Obispo de Mondoñedo en sus Epístolas familiares, el cual refiere que cierta mujer que curaba con ensalmos y palabras y sin medicamentos, la prendieron y en Atenas la apedrearon: y la razón para darle esta sentencia, que tuvieron los atenienses, fué ésta: *Quia Deus, et natura in lapidibus, et herbis, non autem in verbis morborum remedia constituerat.*

17. Esta es una materia que al médico no le toca enmendarla; á otro Tribunal más superior le pertenece el corregirla, para acabar con esta chusma de embelecadores, que con capa de santidad son causa de tantos errores y aun de muertes, como observamos los médicos, por mera culpa suya. Pues ellos, todas las enfermedades las quieren curar con soplos, oraciones y con cruces (mejor dijera con diabluras), impidiendo, en el tiempo que ellos ó ellas entretienen al enfermo con sus boberías, el que llamen al médico, para que con su ciencia gobierne la enfermedad como Dios manda. Ordinariamente en las aldeas, en donde hay más desorden sobre este punto, acostumbran llamar al médico

después de dos ó tres días de enfermedad (y suele ser una calentura aguda), y quejándose el médico de por qué no le han llamado antes, responden que no se ha podido más porque ha sido menester ese tiempo para santiguarle: y riñéndoles el médico de semejante bobería, le responden con muchísimo juicio (si acaso le tienen): ah, señor doctor, que ha dicho la santiguadora que le han atravesado de parte á parte el corazón! Váyales un médico á quitar de la cabeza semejante tontería, aunque sepa más Medicina que Esculapio y más Teología y Escritura que Santo Tomás y el Abulense.

18. Quiero por último pintarte la entrada que tienen estos embusteros ó embusteras con el vulgo, cuando les llaman para que ejerzan las gracias que ellos dicen que tienen con los enfermos. Entran en la cuadra en donde reside el enfermo, y se encaran con él, y lo primero que dicen (sin más informe que haberle mirado, volviéndose á los circunstantes): quiso Dios que á este enfermo le cogiesen al soslayo, que si le han cogido de hito en hito, le han reventado la hiel en el cuerpo: de buena se escapó; dé gracias á Dios. El enfermo, como desea tanto la salud, calla y no se mete en deslindar si lo dicho es verdad ó mentira. En este tiempo empieza el santiguador á decir sus oraciones, soplando de cuando en cuando, haciéndole muchas cruces en varias partes de su cuerpo. Los circunstantes, que comunmente suelen ser unos paparuecos, están contemplando y escuchando todo esto con más atención que si oyeran un sermón de San Vicente Ferrer; pues á ellos no hay quien les quite de la cabeza el que todo lo que estos santiguadores dicen y hacen, no es virtud sobrenatural, que Dios les ha concedido. Estos asistentes tiene el vulgo; repara en los daños originados de que son causa, pues impiden el que el médico obre como debe en el mejor tiempo, que es en el principio. Dios lo remedie como puede, ya que los médicos no lo podemos remediar por más que nos quejemos.

CAPITULO NONO.

ET EXTERIORA.

1. Acaba Hipócrates su aforismo ó proemio con estas palabras: *Et Exteriora.* Valiente modo de explicarse es el de Hipócrates, pues con una sola palabra comprende casi infinito. No le quiero quitar á Claudio Galeno la vanidad de haberlo dicho primero, comentando dicha palabra, pues dice: *Quæ prope infinita possunt contingere.* No contento

Galeno con lo dicho en este aforismo, guarda para mejor ocasión la explicación de esta palabra *Exteriora*, escribiendo los libros de *Diebus decretorijs*. En el lib. I al cap. 11 explica con bizarría de ingenio todo lo que deja de decir en el aforismo; pues no satisfecho con referir por extenso muchas causas externas que impiden el buen éxito de una enfermedad, vuelve á compendiar todo lo dicho con estas palabras: *Etenim pluviæ, tonitrua, fulgura, vicinorum tumultus, canum latratus, insultus latronum, domus ruina, defluens aqua, fluvius irruens, incendia, plagæ, atque eius generis universa exterioribus atribuuntur*. Y luego da la razón, como lo hacen: *Dum naturæ motibus obstant, subinde circuitum ordinem destruunt.* Y así Galeno, viéndose perdido, y que no se pueden numerar las causas contenidas en la palabra *Exteriora*, vuelve por Hipócrates, y dice: *Nominat ipsum uno complexus nomine Exteriora.*

2. Válgame Dios, y qué poco es menester para que una enfermedad aguda pierda su curso en sentir de Galeno! Pues todas las causas juntas que él refiere en compendio en el capítulo citado, no perturban tanto el conato que la naturaleza tiene puesto en hacer una crisis, cuanto la que un médico cristiano, por orden de la Iglesia, le da á un enfermo en medio de sus mayores trabajos, sin poderse excusar de pecado. Pues no discurro que puedan darle á un pobre enfermo (voy hablando en lo natural) mayor pesadumbre, que decirle que se confiese, reciba á Dios por Viático, y disponga sus cosas para morirse; cuando los mayores Santos temblaron (miren qué harán los pecadores) de sólo pensar cuál sería el estado de su ánima delante de Dios en aquella hora. Y después de haberse hecho todas estas diligencias, decirle el párroco: un Sacramento le falta, que es el de la Santa Unción; si se ofrece se lo pide á la Iglesia. Y hacerle confesar, como á buen católico, que diga que sí. A mí me parece que si Galeno viera lo que cristianamente hacemos y mandamos los médicos católicos á nuestros enfermos, que dijera que no era menester más causa para que un enfermo se muriese, que darle los Sacramentos. La prueba es evidente; pues si una gotera que caiga á la cabeza del enfermo, un ruido de ladrones ó de perros en la calle, en sentir suyo, es bastante para que se interrumpa una crisis y se muera el enfermo, qué será el decirle que se disponga para morir? Sino es que dijera, como ya lo dijo después en el libro 3 de *Differentijs pulsum*, al cap. 2, que los católicos, á distinción de las demás religiones, tienen poco miedo á la muerte, pues la menosprecian, como lo observó estando en Roma viendo morir entre las fieras y los hombres (aun peores que ellas) tantos mártires por Jesucristo: que es lo que Cecilio *apud Minutium* dijo, ponderando la constancia de los cristianos: *Spernunt tormenta præsentia, dum incerta metuunt, et futura, et dum mori post mortem timent, interim mori non timent.* Verdad es que Galeno más lo atribuía á terquedad y obstinación, que á constancia y firmeza de la religión;

pues para ponderar la pertinacia de algunos médicos en su dictamen, no halló otro modo de explicarse más á propósito, que ponderar el valor y ánimo con que los cristianos morían voluntariamente por la fe de nuestro Redentor; y así dijo en el libro y capítulo citado: *Citius Christianos Religionem suam ciuraturos, quam illi meliorem sententiam induant.*

3. Supuesto que las causas contenidas en la palabra *Exteriora* son incomprensibles, como todos los comentadores de Hipócrates sobre este mismo aforismo lo confiesan, es mi ánimo tratar sólo de dos, como lo hace Lucas Tozzi, comentando dicha palabra. La primera sea, la demasiada solicitud que hoy en particular ponen los médicos en la curación de un enfermo; pues es tanta la multitud de remedios que traen entre manos y el afán con que los aplican, que no dejan lugar para que la naturaleza termine, no digo yo una calentura maligna, pero ni aun una terciana, por exquisita que sea. Sea la segunda causa, las boticas, ó por hablar con más claridad, lo contenido en ellas. En orden á la primera causa, que es el demasiado cuidado que hoy ponen los médicos en aplicar y hacer tantos remedios á un pobre enfermo, confieso con ingenuidad que no lo entiendo, y más á vista de Hipócrates (hombre, detente, y repara que no es Hipócrates algún echacuervos, mira que es el médico más grande y más docto que Dios nos ha enviado á este mundo), cuando con poquísimos remedios, y las más veces con ninguno, curaba los suyos. Es digno de notar el ver esos enfermos de las Epidemias, en particular los del primero y tercer libro, que siendo enfermedades tan agudísimas, por ser peste, las deja pasar su curso sin sangrías, sin purgas, sin ventosas, sin vegigatorios, sin cordiales y sin otros dos mil embelecos que hoy de nuevo se han inventado, más útiles y más provechosos, como dice Mercado: *Pharmacopolis. quam aegris.* Decir que Hipócrates estaba pobre de remedios, lo tengo por desatino: tenía los bastantes, y todo lo que él dejaba de hacer con los pocos, no lo han de hacer hoy con todos los que traen Zuvesfero y Escrodero en sus Farmacopeas, aunque entren en ellos los arcanos, coralinos, alkaestes y cuantas panaceas hay ocultas. Voy hablando de enfermedades agudas en las cuales se espera terminación de la naturaleza, y en las cuales demuestra un médico lo misterioso que en sí contiene la Medicina: no de perreras, como son las enfermedades crónicas, pues esas si el que las padece no se cura con el buen gobierno de las cosas no naturales, por demás tengo el que los atiborren de consumados de víboras, de sales y de polvos caquéticos de Quercetano.

4. De modo que los más de los médicos (según su modo de obrar) tienen concebido, que esto de curar es obra propia de ellos, olvidados de que son ministros de la naturaleza. Pongo ejemplo: ¿habrá médico que siendo llamado para curar una terciana exquisita (como la tengo pintada)

tenga resolución de decirle al enfermo: v. m. tenga paciencia y deje correr su curso á la terciana, que antes de la séptima accesión (voy hablando en lo regular y conforme Hipócrates y Avicena nos lo dejaron escrito), ó cuando más en la séptima, le faltará sin hacerle remedio alguno, sólo con que se gobierne bien en la dieta y no cometa algún exceso? Pocos se hallarán; pues Hipócrates lo hacía y yo también porque me lo enseñó. Vaya otro ejemplo más alto: ¿se atreverá alguno á dejar correr su curso á un dolor de costado (no hablo de los extravagantes, como el de Anaxión y otros) como Hipócrates lo hacía, sin sangrías y purgas, ni con otros remedios que hoy se usan, contentándose sólo con darle al pleurítico la posca ó cuando mucho el oximel para facilitar el esputo? Pues vuelve á dar otra vueltecilla á sus obras, y verás cómo lo hace, dejando obrar á la naturaleza, que lo sabe hacer bien sin meterse en más que en ser ministro suyo. Pues si esto es así, para qué es tanto afán en el médico y tanto aparato de remedios? Para qué? Oye á Galeno en el 11 del Método, al cap. 15, que yo no quiero decirlo porque no me censures: *Ut qui facere* (dice) *semper aliquid videri velint: quod sic se maiorem mercedem accepturos sperant.* Y á pocas líneas da la razón del motivo que tienen de hacerlo semejantes médicos: *Eo tantum consilio, ut circa ægrotantes semper aliquid moliri videantur.* Y en verdad, que para su negocio, los que así obran no lo yerran, porque el vulgo se paga mucho de exterioridades: *Et Exteriora.*

5. Francisco Vallesio, siempre grande, ya que no pudo enmendar este infernal abuso, se quejó agriamente en el 6 de las Epidemias, sobre el texto 19, sect. 2, de los que así obran, con estas palabras: *Neque tamen temere semper aliquid circa ægrotantem moliri, sed ubi contraria tempestive adhibita sint quiescere. Neque enim semper aliquid faciendum, sed permittendum non raro cessare, ut facultas interim recreetur. Atque cum sint hæ duæ partes medicae praxis, contraria adhibere, et quiescere, mihi haec ultima videtur praestantior. Censeo enim periculosius incidire in medicum, qui nescit quiescere, quam qui nesciat contraria adhibere. Nam qui nescit quiescere, nescit occasiones contraria adhibendi: quare neque contraria adhibere. Qui nescit contraria adhibere, tamen si prudens est, scit quiescere, atque si prodesse non potest, tamen non obesse. Pæstantissimus* (concluye Valles) *tamen medicus est, eruditus pariter, ac prudens, qui novit festinare lente, et pro ipsius morbi urgentia auxilijs instare, atque in occasione, uti maxime opportunis alioqui quiescere.* Hasta aquí Valles. Pero el caso es, que lo sustancial de esta autoridad, no hay médico ni barbero que no la sepa de memoria; y así citan á Valles todas las veces que se hallan en juntas, diciendo que dice bien Valles en el método contra los médicos que no saben estar quietos; y citan el textillo: *Maioris Artis est cessare, dum expedit, quam facere opportuna, etc.* Y pregunto: estos que murmuran de lo mismo que ellos hacen, cómo se portan con sus enfermos? Ten

paciencia, que yo te lo diré, y conocerás que dijo bien el otro: *Nil gloriosius, dum loquuntur, nil miserabilius, cum operantur.*

6. Acométele á Pedro una calentura aguda, llaman médicos; en este tiempo se van haciendo las evacuaciones universales que llaman. Llega el día quinto, y los accidentes empiezan á sacar la cabeza. Viendo los médicos que la enfermedad se va agravando, disponen que se confiese y mire por su alma con todo lo demás. Hechas las diligencias de cristiano, se apartan los médicos á discurrir lo que se ha de hacer aquella noche. Después de haber habido varias contiendas en la junta, salen y dice el más anciano á los que cuidan del enfermo: lo que se ha de hacer con el enfermo esta noche es lo siguiente, y lo que se ha votado en la junta: lo primero, se le han de aplicar al enfermo dos parches de cantáridas en las pantorrillas ó en los muslos, para defenderle la cabeza, que está algo consentida. Después se traerá un cordial de varias confecciones y polvos muy ricos compuesto, en que entran también aguas teriacales, elíxires y sus panes de oro, todo á fin de alegrarle el corazón. Luego se traerá un oxirrodino, que vs. ms. llaman defensivo, para la cabeza. Juntamente vendrán tres unturas, una para el hígado, otra para el corazón y otra para todo el espinazo. Todo lo cual el señor Doctor menos antiguo les dirá á vs. ms. por más extenso cómo todo esto se ha de ejecutar. Entra el médico más moderno, toma la pluma y pone en ejecución todo lo que ha ordenado la junta, y dice: Todo esto se ha de hacer en esta forma: á las siete han de llamar al barbero, y decirle que cargue de ventosas de arriba abajo al enfermo; y después con aceite de matiolo le hará una buena friega. Hecha esta diligencia le aplicarán las cantáridas, y á las ocho en punto del cordial que está recetado le darán un buen vaso, como cosa de un cuartillo, y le dejarán descansar (no sé yo que sea fácil, á vista de lo hecho,) hasta las diez ó las once, dejándole puesto antes su defensivo en la cabeza. Después de pasado este tiempo se dispondrá el que cene, haciéndole antes las unturas en el corazón, hígado y espinazo. Acabado de cenar (si acaso ha podido algo) procurarán dejarle descansar hasta las tres ó las cuatro de la mañana, y entonces le darán unos tragos de caldo y le pondrán un poco de carne en el estómago, por reparo, porque las fuerzas con las evacuaciones han caido mucho. A las cinco de la mañana le darán otra vez su cordial, y á las siete le echarán la ayuda compuesta que queda recetada: á media hora después otro reparo en el estómago y otros tragos de caldo, que á ese tiempo estaremos los médicos aquí para discurrir lo que se hubiere de ejecutar. El pobre enfermero ó enfermera, viéndose afligido con tanto mandamiento, dice: señor Doctor, v. m. se sirva de tomar el trabajo de dejarme todo eso por escrito, porque le aseguro que aunque yo tuviera la memoria de Raimundo

Lulio, era imposible el poderme acordar de tanto como vs. ms. han mandado. Toma la pluma medio regañando, porque tiene otros enfermos que visitar, y deja en medio pliego de papel escrito todo lo dicho en forma de jácara.

7. Vuelven los médicos por la mañana á la junta, y preguntando cómo ha pasado el enfermo la noche, les responden los asistentes que mal, por estar la cabeza muy trabajosa y haber dicho algunos desatinos. Entran á discurrir lo que se ha de hacer, y dicen unos que las sanguijuelas vienen rodadas, y más como está la cabeza. Otros son de sentir, que se pique la salvatela. A eso responden los de las sanguijuelas, que tengan paciencia, que todo se andará, y que entretanto se le vuelvan á poner otros dos parches de cantáridas para más seguridad de la cabeza. Ciérranse las veinticuatro horas por la tarde, y vuelven los médicos á discurrir de nuevo, por hallarse el enfermo peor. No quiero hacerme cargo de los medicamentos que de nuevo vuelven á recetar, porque eso va á la larga; sí sólo de los que en el espacio de las veinticuatro horas ejecutaron. Ahora bien, cuántos medicamentos te parece á ti que se le aplicaron á Pedro ayer en el espacio de las veinticuatro horas, no haciéndome cargo de los que le aplicaron antes, ni menos de los que le han de aplicar después? Pues si tienes un poco de paciencia, y los quieres contar despacio, hallarás que pasan de 150 los medicamentos que por dentro y por fuera se le aplicaron á Pedro en el espacio de las veinticuatro horas, por ser casi todos compuestos de innumerables simples. Y si no me quieres creer, da una vueltecilla á la farmacopea de Jerónimo de la Fuente, á la Valenciana y Cesaraugustana, y te desengañarás, y verás cómo tal vez falten más de los que yo te he numerado. Dios mío, adónde vamos á parar con tanto fárrago de medicamentos! Aquí exclama Plinio: *Quo Deorum perfidiam istam monstrante!* Es posible que esto es curar! Y que nos hemos de persuadir á que los que así curan son discípulos de Hipócrates y de Galeno! Y con todo esto, muy satisfechos están esperando la crisis (ignorando el que con este modo de curar, ni hay crisis ni menos días decretorios que valgan), cuando Galeno les enseña, que para que no suceda, basta el que un perro ladre en la calle ó que caiga una gotera sobre la cabecera del enfermo. Lo bueno es que los que obran así (que son muchísimos) tienen por tardo en el modo de obrar á Hipócrates, porque en el 6 de las Epidemias se dejó decir: *Contraria paulatim inducere oportet, et interquiescere.* Por desvergonzado á Santorio, porque dijo de los que así obraban: *An hi Medici sint, vel potius carnifices caeteri iudicent.* A Galeno, por hablador, porque dejó escrito en lo de *Diebus decretorijs: Hi enim, quoties ad aegrotos accedunt, toties peccant.* Y últimamente, á Valles, por desatento, porque los trató mal de palabra en su Método, diciendo de ellos: *Num-*

quam magis insolentiores, quam cum plurima faciunt. Concluyo con Lucas Tozzi, diciendo que tiene razón en decir que una de las causas más principales que impiden y retardan la curación de los enfermos, y en particular las crisis, es la multitud de los medicamentos con que hoy los médicos los abruman; olvidados de que la naturaleza, con poquísimos remedios (ó por mejor decir, con ninguno, como el viejo dice: *(Ipsa omnino sufficit)*, lo sabe hacer más bien que todos ellos con los muchos: *Impediunt* (dice, comentando la palabra *Exteriora) quoque crisim importunae medicamentorum exhibitiones ab imperitis medicis in improbum morem inductae, qui cum se credant magna praestare aegrotantibus summopere officiunt.* Pero cómo se ha de remediar esto, si los que así obran tienen al vulgo de su parte, el cual está tan lejos de culparlos como cerca de darles las gracias por los disparates que han cometido? porque el vulgo, con que le haga el médico dos ó tres visitas más que las acostumbradas, y en cada una de ellas deje recetado remedio distinto, se da por tan satisfecho, que aunque el enfermo peligre, se da por bien muerto; y volviendo los ojos á Dios, los parientes se consuelan, diciendo: bendito seais, Señor, que así lo ordenais, pues este enfermo, por falta de visitas y medicamentos, no se ha muerto.

8. Ya te estoy oyendo el reparo que has hecho al paréntesis, de que con el tal modo de curar no puede haber crisis, ni menos observación de días decretorios. Pues ten un poco de paciencia, y verás cómo tal vez lo persuado con otro paréntesis un poco más largo. En el año 1702, á tantos del mes de Enero, se defendieron unas conclusiones médico-físicas en la Regia Academia Hispalense, siendo sustentante de ellas el Bachiller D. Lorenzo Miguel Melero, presidiéndolas el Dr. D. Juan Muñoz y Peralta, dignísimo Presidente de dicha Academia; y habiendo llegado alguna de dichas conclusiones á manos de uno de los Proto-médicos de aquel tiempo (y que á la verdad era doctísimo), reparó en la tercera conclusión, al fin de ella, en las palabras siguientes: *Crises contingere in febribus negari nequit: sed dari determinatos dies criticos, septimum, v. gr. undecimum, etc., est ridiculum, et contra experientiam, rationemque pugnans: est etiam saluti publicae nimis periudiciale, sic acriter defensamus.* Fué tal el enojo con que dicho Proto-médico recibió estas palabras, que juró en una Cruz, que hizo en el suelo, que á todos los de la Academia de Sevilla, y á mí con ellos, porque los patrocinaba, nos habían de quemar. Procuré del mejor modo que pude y con alguna sumisión aplacarlo y darle alguna satisfacción, para que la cólera exaltada con demasía se reprimiese; pues como dice el Espíritu Santo: *Mollis responsio frangit iram.* Dije así: señor doctor, yo conozco muy bien al Dr. D. Juan Muñoz y Peralta; es mi amigo, y así será fuerza el defenderlo. V. m. se sirva de oirme, y después dirá lo que fuere servido. Lo primero, el ingenio del Dr. Peralta no es de aquellos que ha-

ce conmemoración Horacio en su Arte Poética: *Serpit humi:* tiene gallardo entendimiento: discurre con altanería en cualquier materia, como lo demuestran algunos papeles que ha dado al público: travesea en algunas ocasiones con su ingenio, por lo que tiene de Cartesiano: y así me persuado, que lo que defiende en esas Conclusiones, más tiene de sutileza y de matraca que da á su competidor ó competidores, que de verdad: pues en la cátedra jamás peligra ningún enfermo por disparatadas que sean las conclusiones. Lo segundo, que el Dr. Peralta (dado que á v. m. no le satisfaga lo dicho) apoya su sentir con muy buenos prácticos, como son: Lucas Tozzi, Miguel Sinapio, Cristiano Langio, Hosmano, Miguel Emullero, Bonthecoe, Cornelio Celso, y por no cansar, con casi todos los modernos, pues hacen burla de los días decretorios, y algunos de ellos de las crisis (verdad es también que así curan ellos). Conque aquello (replicó) de *Natura morborum medicatrix*, la materia de *crisibus* y de *diebus decretorijs*, se acabó. Dicen que son fábulas todo eso. Y v. m. (me volvió á preguntar) qué siente de esto? Lo que siento (le respondí), que es tan falsa la conclusión del Dr. Peralta en conceder crisis, como falsísima la de no admitir días decretorios como los admite Hipócrates. Buenos estamos (dijo): con que no se ven crisis en las enfermedades agudas en nuestros tiempos? Pues ese argumento á todos los que admiten crisis los coge, y á mí el primero. Señor mío (le respondí), no me ha mandado v. m. que diga sobre este punto lo que siento? Pues digo que en el modo de curar de v. m., del Dr. Peralta y de los demás que curan como vs. ms., no puede haber crisis, sólo curando como Hipócrates curaba se ven crisis. Pues cómo curaba Hipócrates (replicó) las enfermedades agudas para que hubiese crisis? Cómo? Yo lo diré, tenga v. m. paciencia; de este modo: no haciendo tantos remedios como vs. ms. ejecutan: más claro, dejando obrar á la naturaleza sin divertirla con tantas sangrías, purgas, cantáridas, ventosas, cordiales sin tiempo, y otros dos mil remedios que no sirven de otra cosa que de impedirla para que á su tiempo haga la crisis. Y si Galeno dice que una gotera que caiga sobre la cabecera del enfermo, ó unos perros que ladren en la calle, es bastante para interrumpir una crisis, miren vs. ms. ¿qué hará el montón ó fárrago de todos los referidos, para que no tenga buen fin el enfermo? En medio de todo esto (me respondió) vemos muchas crisis sin ese método de Hipócrates en las calenturas agudas. Sí verá v. m. (le dije), pero tenga entendido que esas crisis sólo las verá v. m. y las notará en los enfermos que tienen fuerzas para médico y enfermedad: en los que no tuvieren fuerzas más que para uno, no sé yo que sea fácil el observarlas. ¿Con que en este punto de crisis (dijo), ya v. m. desampara á su amigo el Dr. Peralta, y á los demás que admitimos y confesamos que hay crisis? Con licencia de v. m. y

de los demás (le dije), yo no niego el que haya crisis; lo que digo es, que sólo curando como Hipócrates curaba sus enfermos, hay crisis: curando como curan v. m., el Dr. Peralta y los demás que han puesto todo el cuidado en revolver farmacopeas y saber secretos; en estudiar muy de veras las materias de *Sanguinis missione, et expurgatione, etc.*, no las puede haber; y si acaso se ven algunas, son rarísimas, y esas con las circunstancias que llevo ponderadas. Era hombre ingenuo el tal Proto-médico después de ser muy docto; y me acuerdo que me dijo: no deja de hacerme fuerza todo lo ponderado.

9. Pero veamos (prosiguió con su enojo) cómo puede el Dr. Peralta defender que no hay días decretorios determinados, como dijo Hipócrates? De modo, señor doctor (le respondí), que el Dr. Peralta, Lucas Tozzi y los demás que están mal con los días decretorios, no niegan absolutamente que hay días decretorios, pues todos ellos suponen y asientan que hay crisis, y que estas, para ser perfectas, han de ser en días decretorios; pero no quieren creer que el día 7, 14, 20, 27, 34, 40, etc., sean decretorios perfectos y solos, como Hipócrates lo enseña. Quieren que cualquier día, empezando por el primero y acabando con el 40, etc., lo sean todos del mismo modo que el 7, 14, 20, etc. Y todo esto lo prueban con la experiencia del mismo Hipócrates, pues dentro de los siete libros de las Epidemias hallan enfermos que se libraron perfectamente en cualquier día de los contenidos dentro del número 40. Y sacan después esta consecuencia: luego el decir Hipócrates con todos los demás que le siguen, el que el 7, 14, 20, etc., son días decretorios absolutamente, es falsísimo, supuesto que se hallan enfermos del mismo Hipócrates, los cuales se libraron perfectamente en los días intermedios, y que Hipócrates no los tiene por decretorios. A mí me parece que los que afirman contra Hipócrates que el día 7, 14, 20, etc., no son días decretorios perfectísimos, y que las más crisis que se observan no son en estos días, estos tales siguen la sentencia del Buen Ladrón, sin reparar en que á su compañero se lo llevó el diablo, y él se escapó con un responso ó *Memento mei*, dejándonos un ejemplar inimitable. Pues ven acá, hombre (seas quien fueres), y sírvete de responderme: ¿cuántos te parece que se han salvado con las circunstancias que se salvó el Buen Ladrón? En verdad que San Agustín, hablando del Buen Ladrón, dice: *Ille, ut nullus desperet, solus, ut nemo præsumat.* Pues vuelvo ahora á mi Medicina defendiendo á Hipócrates y los días decretorios, y pregunto al Sr. Lucas Tozzi, supuesto que lo tomó por su cuenta en su Teórica al título que hace de *Crisibus, et de diebus decretorijs*, fol. 193, y la misma pregunta les hago á los que van por este camino: ¿cuántos enfermos halló en las Epidemias para verificar que el primer día de enfermedad es crítico perfecto como el seteno? En verdad que no halló otro en todas las Epidemias que á Evagonte, hijo

de Daypharsis; y con un enfermo sólo (que tal vez sería algún resfriado, ó cuando mucho alguna calentura diaria) quiere el buen Tozzi que creamos que el primer día es tan perfectamente decretorio como el 7, 14 y 20, etc. No pára en esto, prosigue adelante: y es de advertir, que para ser decretorio el segundo día, no halló un enfermo tan sólo en todas las Epidemias para honrarle; y así pasó al tercero día, en que halló á Timochras, que se libró con sudor de una destilación (no debía de ser ella muy grande), y pareciéndole que era poco bulto para hacer decretorio al tercero con sólo un enfermo, añadió, que también se libraron en el tercero día Apemanto y la mujer Morosa, olvidado de que tres experiencias no pueden hacer opinión probable. Pasa al cuarto día y le levanta un falso testimonio, pues le hace decretorio, no siendo más que índice: y sin reparar que Galeno en toda su vida (siendo larga) no vió más que uno; y Archigenes solos dos, que se libraron en día cuarto. Revuelve las Epidemias y no halla más que á Pericles y otro que no se acuerda en qué libro está de los siete: y con esto firma su conclusión: *Ergo dies quartus est decretorius perfectus.* Llega al día quinto y dice que Metón, con otros, se libraron con crisis perfectas este día, y por consiguiente, que el día quinto es perfecto decretorio. Con licencia del Sr. Lucas Tozzi, dos, ni cuatro experiencias pueden establecer regla universal, que es lo que se requiere (como después diré) para constituir ciencia ó arte. Además, que Metón no se libró en el quinto, sino en el cuarto; ni tampoco con sudor, sino con flujo de sangre de narices. Hablen cartas y callen barbas. Anuncio Foecio (que no es de los inferiores comentadores de Hipócrates) dice, comentando dicha historia: *Totius iudicij gloriatio copioso sanguinis ex naribus profluvio accepta ferenda est, et diei quartae aestimationi accensenda. Et si enim hostilis morbi reliquias ad diem quintum a Natura profligatas esse; constat, illum tamen diei quarti auspicijs gestum esse: cui etiam auxilio palantes adhuc, et dissipatos ex fuga hostes, laudabili, et crebra sanguinis profusione, Natura suis omnino finibus eiecit.* Cuidado, Sr. Tozzi, que *Abysus abysum invocat.*

10. Prosigue Tozzi diciendo que el día sexto es decretorio. Digo que sea muy enhorabuena, en particular en las enfermedades que se mueven por pares; pero sírvete de oir á Galeno, hablando de dicho día, en el lib. I de *Diebus decretorijs*, al cap. 4: *Decernit* (dice) *etenim frequenter de morbis, sed dolose, et prave.* Si bien es verdad que á los que niegan los días decretorios, como Hipócrates los numera, les hace poca fuerza la autoridad de Galeno. Todos estos van gobernados por el numen de su capricho. Galeno dice que el sexto día es pernicioso, y lo compara á un rey tirano. Responde Tozzi que le hace poca fuerza (siempre tuvo la tiranía sus patronos ó aliados), supuesto que en él se libró la virgen ó doncella de Larisa. No hubieran corrido los

meses, que no sé yo que ella lo hubiera contado por gracia. Confirma su tema Tozzi con la hija de Eurianactes, pues dice que también se libró en este día. Es cierto que fué bueno el libramiento, cuando al día 19 ya no le dolía nada. Verdad es que después de la crisis dicen que se comió un racimo de uvas. Decía bien el vizcaino: muerte no venga, que achaque no falta. Lo que reparo es, que el buen Tozzi con dos mujeres quiere aplacar la tiranía del texto. Aquí se me acuerda aquel dístico tan célebre de Juan Oven:

Est mulier, tamquam generalis regula: quare?
In multis fallit regula, sic mulier.

El séptimo día, ya confiesa Tozzi que es crítico perfectísimo (no faltaba otra cosa) y fundamento de todos los demás días decretorios. Y aunque él no lo dijera importaba poco, cuando Galeno (aunque les pese á muchos) lo confiesa por todos en el cap. 4 del libro citado, con estas palabras: *Primum itaque omnium dierum decretoriorum septimum dicimus, non numero, videlicet, et ordine primum, sed potentia, et dignitate. Omnes enim sumatim decretoriorum notas occupat.* Continúa Tozzi con el septenario de la segunda y tercera semana, buscando enfermos en las Epidemias para todos los días contenidos en ellas; y los bautiza de decretorios perfectos, del mismo modo que lo son el 7, 14, 20, etc.; y por último, concluye diciendo: que la observación de los días decretorios en las enfermedades agudas es vana, falsa é indigna de que un hombre tan docto como Hipócrates, hiciese tanto caso de ella. Y sobre todo, ser contraria á su misma doctrina, supuesto que se hallan muchísimos enfermos en sus mismas obras, los cuales se libraron perfectamente en los días que en sentencia suya no son perfectamente decretorios. Esto es en sustancia lo que Tozzi siente de los días decretorios en su Teórica. En otro tiempo hice más concepto de los escritos de este autor; pero después que leí este Tratado, en que da por vana y falsa la doctrina de *Diebus decretorijs* (en la cual Hipócrates tiene fundada toda su Medicina), le desconozco. No se me ofrece otra cosa que lo que Séneca (tal vez enfadado) dijo en otra ocasión: *Nullum vero magnum ingenium esse sine mixtura dementiae.* Perdóneme Tozzi, que no puedo llevar en paciencia que trate al buen viejo con tan poco decoro. Y sobre todo, echarle á rodar los cimientos más principales en que estriba la fábrica de su Medicina: pues no puede ser buen médico quien no observa crisis ni días decretorios, aunque más arcanos posea.

11. Ahora bien, entremos en cuenta contra estos pervertidores de la Medicina de Hipócrates y de los días decretorios, y veamos cómo se desembarazan de las preguntas que les voy haciendo. Pregunto lo primero: ¿qué es Medicina? A mí me parece, que si no es terco á quien

se le hace esta pregunta, que ha de responder que es un arte ó facultad, la cual enseña cómo se han de curar las dolencias del cuerpo humano. Pregunto lo segundo: ¿Y este arte que se llama Medicina, cómo se adquirió? Si no es protervo á quien se le hace esta segunda pregunta, es fuerza que responda que se adquirió como las demás artes. Pero pregunto lo tercero: ¿cómo se adquirieron las demás artes y la Medicina con ellas? Manilio responde por todos:

Per varios usus Artem experientia fecit,
Exemplo monstrante viam.

Pregunto lo cuarto: ¿Y qué es experiencia? Galeno por todos la definió en el libro que escribió de *Optima secta ad Trasibulum*, al capítulo 11, de este modo: *Est memoria, et observatio eorum, quae saepius, et eodem modo visa sunt.* Bien está todo esto. Con que ya sabemos que la Medicina es arte; que ésta se adquiere como las demás artes, con la experiencia; y también que la experiencia *est memoria eorum, etc.* Esto asentado, pregunto á todos los que niegan ó quitan la primacía á los días decretorios perfectos, v. gr.: 7, 14, 20, etc., del modo que Hipócrates lo tiene ordenado en todas sus obras: ¿en qué días se han observado más crisis desde que hay enfermedades en el mundo, en los setenos ó en los índices, intermedios ó intercalares, contenidos dentro de las semanas ó septenarios? Si dices que se han visto y observado más crisis en los días intermedios, está Galeno (que sabe más Medicina que tú) contra ti, pues en el libro y capítulo citado dice así: *In septimo ne vel numerare omnes adhuc possum*, por ser casi infinitos. Y tú, y Tozzi, y los demás que seguís este partido, andais buscando y arañando enfermos en las Epidemias, para falsificar la doctrina del buen viejo y hacer verídica vuestra tema. Repara en esos enfermos del 1º y 3º libro de las Epidemias, que son legítimos hijos de Hipócrates, y verás lo primero el cuidado que pone en la observación de los días, y con qué solicitud los cuenta y los numera. Lo segundo, que los pocos que se libraron (por ser peste) fueron en los días decretorios: más claro, en los septenarios. Y si me haces argumento que Metón, la virgen de Larisa, con otros pocos, se libraron en días intermedios, se conoce (seas quien fueres) que tienes el entendimiento torcido ó dislocado, pues quieres hacer los preceptos de Hipócrates inviolables, como si fueran Cánones de Concilio ó artículos de fe. Pues dime: ¿no reconoces á Galeno por hombre docto en la Medicina? No lo puedes negar. No reparas en que te define la experiencia: *Memoria eorum, quae saepius, etc.?* Pues advierte que no dice *semper* sino *saepius*, que es lo que basta para que los días 7, 14, 20, etc., sean por antonomasia los verdaderos decretorios y no los demás,

aunque en ellos observes algunas crisis. Este argumento fué el que motivó á Sinapio á perder el respeto á Hipócrates, con un título de libro tan desatento como desvergonzado. *Tractatus de falsitate, vanitate, et incertitudine Aphorismorum Hippocratis.* Pues pareciéndole el que los aforismos (y lo mismo digo de los pronósticos) faltan en muchas ocasiones, rompió contra la autoridad de Hipócrates, sin reparar en sus canas: no haciéndose cargo en que las más veces salen verdaderos; y que esto basta para que la Medicina sea arte ó ciencia; y que esto al buen viejo no le cogió de susto, pues en una parte dijo: *Non sunt certae praenuntiationes salutis, auc mortis.* Y en otra: *In Medicina firma aliqua doctrina tradi non potest.* Y Galeno: *Saepius, et eodem modo.* Y el proverbio tan trillado: *Rara non sunt Artis.*

12. Lo que no puedo llevar con paciencia, es ver la inconsecuencia de Cristiano Langio, médico célebre de la Universidad de Lipsia, en sus Misceláneas Médicas Curiosas; pues en el Tratado 34 que le intitula: *Cum Salvatore nostro*, en que trata de *Variolis, et morbillis*, es tal el cargo que se hace de la valentía con que la naturaleza cura estas dos enfermedades por sí sola, que tiene por delito indisculpable en el médico el sangrar, purgar y dar diaforéticos; y sobre todo, no permite que al virulento se le eche una ayuda, ni menos una cala: pareciéndole que cualquiera de los remedios mencionados es bastante para que la naturaleza desista de la crisis, que con tanta perfección termina al cuarto día. Y después de todo esto, en el tratado 4 se deja decir: *Medicum desidiae arguit crisis religiosa expectatio.* Y pareciéndole que no se ha explicado bastantemente con el título, pasa adelante, y al fin del Tratado dice estas palabras: *Medico incumbere, ut morbos ante crisim, et alacriter, ac sine crisi curet. Paean sit Medicus, et quantum fieri potest, ocyssime finem faciat morbo medellas praebens: alioquin si secus agat, ipsius opere, ac ministerio, aut Medicae Artis auxilio nil penitus adscribi poterit.* No contento con lo dicho concluye: *Si enim crisis in morborum curationibus expectanda, Medicina profecto supervacaneum, seu inutile magisterium erit, quia totum medendi negotium naturae, quasi unice, non vero Arti, nec eius Praefecto hac ratione committitur.* Para convencer á Langio de inconsecuente, no es menester más que hacerle (á él ó á otro que defienda su doctrina) que responda á esta pregunta: qué son viruelas ó sarampión? A mí me parece, que quiera que no quiera ha de responder que es una enfermedad ó calentura *exacte* peraguda, etc., cuya terminación (si no la impiden) viene á caer en el cuarto día. Bien está esto; pero pregunto más: esta terminación es crítica? Langio ya confiesa que sí, y perfectísima; y que la naturaleza sin intervención del Arte por sí sola la hace, y como todas las mujeres lo saben. Pues aquí de Dios, si una enfermedad tan grave como son las viruelas, y

que todos los buenos prácticos la bautizan de *exacte* peraguda, sabe por sí sola la naturaleza terminarla con una crisis tan perfecta como á todos nos consta, ¿por qué no la ha de hacer en las demás calenturas, que no son *exacte* peragudas, sino mucho menos que la de las viruelas? Y si en las agudas *tantum* no es menester el que el médico (en sentir de Langio) observe, ni guarde las crisis, ¿por qué quiere el que en las viruelas se deje todo el negocio á la naturaleza, cuando hay más peligro por ser enfermedad *exacte* peraguda? Bien me holgara saber la razón de tal disparidad.

13. En algunas ocasiones me he puesto á discurrir despacio, por si podía rastrear el motivo de los que están mal con las crisis y también con los días decretorios, conforme Hipócrates nos enseña. Y después de varios que se me ofrecieron, me parece que el principal consiste en que los médicos que tal niegan, no quieren que en las enfermedades agudas se atribuya el buen éxito á la naturaleza, todo lo quieren atribuir á su industria y á los medicamentos que tan soberanos vocean que poseen, á distinción de Hipócrates, que tan pobre le consideran, como si el buen viejo no supiera curar más bien sin ellos, que ellos con los muchos. Y así el buen Sinapio, haciendo burla (como lo tiene de costumbre) de Hipócrates y juntamente de la naturaleza, se deja decir en su Tratado de *Crisibus: Ad quid enim medicina*, *et Medicus*, *si Naturae crisis expectanda?* Esta interrogación, á mi modo de entender, lo que quiere decir es que el médico y las medicinas son solamente las que curan las enfermedades, y que la naturaleza no hace tanto como Hipócrates nos pinta. Quejábase Galeno de Thesalo, porque afirmaba que la Medicina se podía aprender en seis meses. Con más justa causa se quejaría si viera que la medicina de Sinapio se puede aprender en seis días. Y si no, vamos á la prueba. Dados por falsos, vanos é inciertos los Aforismos de Hipócrates, los pronósticos, y juntamente con ellos los tiempos de las enfermedades, crisis y días decretorios, ¿qué curandero, de los muchos que andan vagando por el mundo, chimicastro ó barbero habrá que no cure tan bien como el mismo Sinapio? Pues si la Medicina, en sentir de todos estos, no consiste en más que en tener y saber muchos remedios, aplicándolos sin tón ni són, esto es, sin arte, sin observación de crisis, días decretorios ni tiempos, yo no dudo que la Medicina de Sinapio se pueda aprender en menos de seis horas. Y si todo lo ponderado no te hace fuerza, oye la autoridad de uno de los mayores Santos que tiene la Iglesia, que es San Juan Crisóstomo, que tal vez enfadado de la arrogancia ó soberbia de algunos médicos malos, cortó así la pluma en el lib. 12 de los Actos de los Apóstoles: *Extruat quis officinam Medicorum habeat etiam Discipulos, habeat et instrumenta, et pharmaca, et ingrediatur ad aegrotos: numquid sufficit haec, ut praestet nobis Medicum?*

Minime (dice el Santo) *sed opus est Arte, et sine illa non solum haec nihil prosunt, sed etiam damnosa sunt. Etenim qui non est Medicus melius fuerit, neque pharmaca habere, quoniam non natura pharmacorum est salus solum, sed in Arte adhibitis.* Y los que curan sin observación de crisis y días decretorios, todos curan sin arte. No sé cómo no se corren los médicos á vista de lo que este Santo les enseña; y lo que es más, no siendo de su profesión.

14. Acuérdome, que después de haber ponderado todo esto, me dijo el dicho Proto-médico: no se puede negar el que hay y ha habido en el mundo buenos médicos; pero por otra parte, no se puede dejar de confesar que los ha habido malísimos. ¿Ahora sale v. m. con eso? le dije. Pues no repara en Hipócrates, Galeno y Avicena, que son los médicos que más ruido han metido en el mundo, y los que más séquito han tenido en los lamentos, quejas y alaridos que á cada paso en sus obras dan contra los malos médicos de sus tiempos? Siempre ha sido esto, señor doctor; y si no, repare v. m. en el Santo Job, mil y quinientos años, con poca diferencia, antes que Hipócrates viniera al mundo, y verá cómo se queja agriamente de los malos médicos de su tiempo. Juntáronse los amigos de Job, por ver si con su asistencia compasiva le podían aliviar de sus males, viéndole blanco de la peor fortuna: pero prevaricaron tanto sus acciones de sus deseos, que lo que había de ser medicina se convirtió en nueva enfermedad. Ofendido el pacientísimo Job de tan injusto trueque, les satirizó, haciendo contra ellos una invectiva en el cap. 13, diciendo: *Ad Omnipotentem loquar, et disputare cum Deo cupio, prius vos ostendens fabricatores mendacij, et cultores perversorum dogmatum.* En vez de esta cláusula última leyeron los Setenta: *Vos estis iniusti Medici falsitatis;* ajustándose al original hebreo. Como si dijera: con Dios las quiero haber, no con vosotros, que sois médicos ignorantes, injustos, médicos falsos, pues aumentais la enfermedad en vez de ahuyentarla. Explicóse Job con ardiente viveza. Tomó por su cuenta el Padre Juan Rodríguez Coronel, insigne jesuita, el explicar este texto en su Angel Revolvedor, y dijo así: el ser un médico malo, no consiste muchas veces en no saber la Ciencia especulativa, sino en ignorar la práctica. No sabe ó no quiere aplicar los remedios, tuerce las recetas, cura por mal grave al leve, al leve por grave; con que muchas veces hace á mano la enfermedad que no había: y por eso (cuidado) mueren más de las curas que de las dolencias. No me atreviera yo á decir todo esto, si dicho Padre no lo hubiera dicho primero en presencia de Carlos II y de su madre, que están en el cielo. Vea v. m., señor doctor, cómo siempre ha habido en el mundo malos médicos; y lo peor de todo es, que siempre los habrá. Y así, volviendo á las Conclusiones del Dr. Peralta, digo: que los que niegan los días decretorios, como Hipócrates lo tiene dispuesto y orde-

nado en su Medicina, tienen poquísima razón como v. m. me lo ha oido ponderar. En cuanto á las palabras formales que pone en dichas conclusiones: *Sed dari determinatos dies decretorios, v. gr.: septimum, undecimum, etc., est ridiculum, et contra experientiam, rationemque pugnans; est etiam saluti publicae nimis periudiciale, sic acriter defensamus*, no tiene v. m. (vuelvo á decir) de que darse por ofendido, pues todas ellas no contienen en sí más que una zumba ó matraca escolástica; ó por mejor decir, una paradoja para empeñar más á sus competidores en la defensa. Pues no es de creer el que un hombre de tanta literatura y tan gran médico como es el Dr. D. Juan Muñoz y Peralta, asiente con Sinapio el que los aforismos de Hipócrates (y lo mismo digo de los pronósticos) sean falsos, vanos é inciertos: lo cual se infiere, si se dan por ridículos los días decretorios como Hipócrates los cuenta ó los numera. Hasta aquí el paréntesis: Prosigo.

15. La segunda causa, dice Tozzi, de que los médicos no puedan cumplir con su obligación, consiste en la botica (no hablo de todas, voy hablando de las malas, que son muchísimas), y á la verdad tiene razón. Y si no, díganme: ¿qué importa que el médico recete bien, si los medicamentos que contiene la botica no son buenos? Pongo ejemplo: ¿Qué importa que la chinachina quite las tercianas con la singularidad que sabemos, si lo que dan en la botica son polvos de corteza de otro árbol, adulterados con acíbar, como dice Morton, para que nadie los pueda conocer, si no es el pobre tercianario, pues con ellos no se le quitan las tercianas por más tomaduras que el médico le recete? A mí siempre me ha parecido bien lo que dice Helmoncio, de que no hay seguridad en las medicinas que se venden. Traslado las palabras de Tozzi, explicando la palabra *Exteriora*, para que no me censures de maldiciente, pues mi ánimo no es de ofender á nadie: *Ad Exteriora potissimum revocanda sunt Pharmacopeorum opera, electuaria Sirupi, Catapotia, Cerota, Emplastra, idque genus alia, quae non rare adulterina, rancida, maleque praeparata esse solent, cum tamen his adversus morbos, eorumque causas pugnandum sit: unde non mirum, si frequenter Medici suo fine frustentur.* Vaya algo sobre este punto, ya que Lucas Tozzi me da motivo.

16. Preguntan algunos médicos, y entre ellos Lemosio, comentando el cap. 2 del lib. 2, del Método de Galeno, en la disp. 1, ¿si es más conforme á la buena medicina en la curación de las enfermedades, el que el médico use de medicinas simples ó de compuestas? Los más de los médicos, y con ellos Lemosio, son de sentir que las medicinas simples son las que merecen el nombre de medicamentos: y que el médico que pudiendo usar de medicinas simples se anda á buscar medicinas compuestas, lo reprende Plinio con alguna severidad, pues dice al cap. 1º del lib. 29 de su Historia: *Pereat igitur, qui cum possit mederi simpli-*

cibus ad compositiones confugit. Arduo se les hará á los médicos de nuestros tiempos, y en particular á los boticarios, pues así los unos como los otros tienen toda su ciencia y caudal metida dentro de composiciones. Pero para que no me culpen y piensen que yo sólo lo digo, oigan á dos autores de buena nota, los cuales ya há algunos días que lo dijeron: y si acaso disonaren sus palabras, cúlpenlos á éllos, pues lo dijeron primero y me lo enseñaron á mí.

17. Sea el primero Guillermo Piso, en su *Medicina del Brasil*, al libro 1º: *Medicamentis* (refiere cómo se curan los de aquella región) *utuntur simplicibus, nostraque derrident, quia composita: in quo* (prosigue) *veniam merentur, quod simplicioribus, qui ipsis contingunt affectibus, et humoribus, nulla Arte, sed communi quadam animi notione contrarium remedium opponunt: nam calidius, et tenuius, et vice versa, si quid turget evacuant, et sic porro. Quisque sibi, et suis præcipue seniores, facili negotio omnis generis medicamenta undequæque in sylvis acquisita conficit: quae tanta sagacitate interne, externeque illos adhibere videas, praecipue in morbis a veneno natis, etc.* Y después: *Denique, ut constet nullis creaturis adeo voluisse novercari Naturam, quin exacte alimenta, et medicamenta a venenis ea distinguere docuerit: id cum in alijs animalibus, et plantis quamplurimis solertissime, tum in radice Mandroca Brasiliae alimentum in primis videre est, cuius rasuram salutiferam a noxio venenato succo vindicare norunt.* Esto es en cuanto á los medicamentos simples. Vamos ahora á los compuestos y veamos qué siente Plinio en el lugar citado.

18. Dice así contra los medicamentos compuestos: *Ex rebus quinquaginta quatuor* (va hablando del Mitridato) *componitur: interim nullo pondere aequali, et quarumdam rerum sexagesima denarij unius imperata. Quo Deorum perfidiam istam monstrante? Hominum enim subtilitas tanta esse non potuit. Ostentatio Artis, et portentosa scientiæ vendicatio manifesta est.* Y después: *Non fecit cerata, malagmata, emplastra, collirià, antidota parens illa, ac divinarerum Artifex. Officinarum haec, immo verius avaritiae commenta sunt. Naturae quidem opera absoluta, atque perfecta gignuntur: paucis ex causa, non ex conjectura rebus assumptis, ut succo aliqua sicca temperentur ad meatus, aut corpore alio humectantia ad nexus. Scrupulatim colligere, ac miscere vires, non coniecturae humanae opus, sed impudentiae est.* Y lo que se sigue: *Nos nec Indicarum Arabicarumque mercium, aut externi Orbis atingimus (suple describendo) medicinas. Non placent remedia tam longe nascentia: non nobis gignùntur: immo nec illis quidem, alioquin non venderent.* Y después: *Haec sola naturae placuerunt, esse remedia parata, vulgo inventu facilia, ac sine impendio, ex quibus vivimus. Postea fraudes invenere istas, in quibus sua cuique venalis promittitur vita. Statim compositiones, et mixturae inexplicabiles decantantur. Arabia, atque India medendo aestimatur, ulcerique parvo medicina a Rubro Mari importatur: cum re-*

media vera quotidie pauperrimus quisque cœnet: nam si ex horto petantur, aut herba, vel frutex queratur, nulla Artium vilior fiat.

19. Y para que conozcas que Plinio tiene razón en lo que dice, quiero proponerte algunas de las medicinas exóticas, para que salgas del escrúpulo en que estás metido. Reparo en las palabras de Plinio: *Non placent remedia tam longe nascentia.* Qué encomios y alabanzas no han dicho algunos autores de la piedra Bezoar, en particular de la oriental, pues menos que resucitar muertos, todo cuanto quisieres. Lo bueno es que si le preguntan á cualquiera de estos pregoneros de la piedra Bezoar, por dónde sabe y ha adquirido el que dicha piedra tiene tantas virtudes como de ella se cuentan, no tiene otro modo de responder, sino que lo ha oido decir: cosa que no pudiéndolo sufrir Andrés Laurencio, Proto-médico de Enrique IV, prorrumpe así en sus Consultas: *Quod ad me attinet de lapide Bezoardico, nequaquam bene ominari possum, si ab illo meliora, quam triginta retroactis annis, intueri non detur, seu si Mercatores in Indijs negociantes nobis hic vivum spiransque animal ex quo extraitur, non sistant. Gnarus quippe sum omnes huius lapidis Propolas planos esse vafrosque impostores spetiosaque illa acromata, quæ de illius virtutibus palam iactantur, meras esse nugas, ad sordes, et quæstum vulgique nimis utique creduli dispendium concinnatos.* Para más desengaño, lee á Reyes, á Nicolás Monardes, que habitó algunos años en las Indias, y escribió de esta piedra, y sobre todo, á Gerardo Goris, y verás lo que dicen de ella.

20. Vamos con otra exótica, y sea el unicornio, el cual, aunque en nuestros tiempos su virtud no tiene la estimación que en los pasados, qué alabanzas no han dicho algunos autores, consistiendo su estimación sólo en que lo traían de lejanas tierras, haciéndonos creer que su virtud era mucho más de lo que nos mentían. Y si no te pareciere bien lo dicho, y tuvieres algún pedazo de él, guárdale; y entre tanto lee á Ambrosio Pareo en el libro de *Venenis*, cap. 39, y verás cómo te persuade que todo lo que tienes concebido del unicornio, son cuentos de viejas: y que infinitas plantas que tienen muchas más virtudes que el unicornio, las menosprecian porque no vienen de Pekin ó de Manila. Estuvo célebre el otro príncipe, que preguntándole su Proto-médico sobre un vaso de unicornio que tenía, y que sus antecesores le habían guardado con mucha estimación, así por las virtudes que de él se contaban, como por lo mucho que había costado, si creía todo lo que decían de él, respondió el príncipe con gran donaire: *Credam, ubi rescivero Ditionis illius Regem esse immortalem.*

21. Vamos ahora con otro medicamento exótico, que son las perlas ó las margaritas; medicamento de mucho precio y valor, pero su virtud medicinal no sé que sea más que la que algunos médicos sin fundamento han querido darles. Y si no, pregunto: de qué sirven estas

perlas, aunque más preparadas estén al pobre enfermo que está con una calentura maligna? Los primeros inventores de este remedio, que fueron los árabes, dicen que sirven de alegrar el corazón: no dicen del todo mal, si se entiende del corazón del que las vende, no del que las toma por la boca, aunque más bautizadas vayan con el nombre de *Tabellae manus Christi*. No reparo yo en que los árabes lo digan, sí en que haya médicos que lo crean. Yo por lo menos no lo creo, aunque clame contra mí toda la Arabia Feliz. Los que no dan mucho ascenso á los árabes (pero son por otra parte muy amigos de dar cordiales á sus enfermos) dan otra razón, que tiene algunos visos de apariencia, diciendo: que como los polvos de las margaritas son de su naturaleza alcalina, son absorbentes, y así endulzan la sangre, atrayendo todo el ácido pecante. Estoy bien con los que así discurren, ¿pero es posible que no les hace fuerza el que pudiéndole dar al enfermo (en particular si es pobre) un cordial que no cueste de dos reales adelante, le han de hacer gastar cincuenta reales en un brebajo, cuando tal vez no tiene para unos bizcochos ni menos para un puchero? Denle unos polvos de greda, que por un cuarto les darán para todo un hospital, aunque tenga muchos enfermos: y si dudas de su virtud, consulta los que tratan en vino, y verás cómo te dicen que una cuba que está repuntada, con greda la endulzan. Además, que los polvos de cristal montano, según sentir de muchos prácticos, y entre ellos Juan Muis, excelente médico y cirujano holandés, en su *Podalirio Redivivo* dice que estos polvos (siendo de bajo precio, como á todos consta) equivalen á toda la pedrería que los boticarios tienen en sus oficinas. Oyele en el libro citado, fol. 71: *Credo* (habla del cristal montano) *nam temperat egregie acidum, et forsan non minori virtute pollet, quam omnes lapides pretiosi, qui apud Pharmacopolas haut vili pretio venduntur*. Es célebre el cuento que trae Renodeo, del otro cirujano astuto en París, que mandándole aplicar dos sanguijuelas á un enfermo, pidió por ellas seis doblones: y extrañando el precio, respondió que se había quedado corto, pues las tenía un mes entero alimentadas con leche de perlas. Ah, pobre vulgo! Déjolo, no sea que los lapidarios y boticarios me tiren piedras.

22. No es mi intento el darte noticia de todas las medicinas exóticas. Bien cierto es que con poca diferencia se puede discurrir lo mismo de todas las demás que nos traen de reinos extraños. Cuidado (porque además de costar mucho dinero) en las más hay fraudes por andar entre tratantes, y la malicia discurre mucho más que Aristóteles. Dice Boyle con otros muchos: si los hombres supieran la virtud que contiene en sí la orina, el hollín y el cuerno de ciervo, bien aprisa empobrecieran los que tratan en drogas. En esta materia de medicinas exóticas se gobierna el vulgo por el parecer de las mujeres, pues estas no se contentan con que las cosas sean buenas, si no son traidas de lejanas tierras. Ejemplo: por

más ricos que sean los abanicos, si no vienen de la China ó de otras tierras más allá, no los estiman, ni menos creen que puedan hacer buen aire.

23. Concluyo diciendo que las medicinas simples, respecto de las compuestas, son mucho mejores: y que los médicos que pudiendo usar de ellas, se andan á buscar medicinas compuestas, no sé que lo acierten, y esto por muchos capítulos: y el primero y más principal es, porque el autor de los simples es Dios, el cual sabemos, por fe, que hace las cosas con suma perfección. El segundo, que los autores de los medicamentos compuestos son Mesue, Nicolau, con otros muchos árabes, los cuales, después de haber inventado un medicamento compuesto, ignoran lo que resulta de él, como ignora Galeno lo que resulta de la triaca, pues no falta autor que diga que de toda la turba magna de simples que componen la triaca, sólo un simple de los que entran en ella lo hace todo, que es el opio. No estoy despacio para persuadirte esto, pero podrá ser que Gedeón Harveo te lo dé á entender. El tercer capítulo es, que no hay enfermedad, por grave que sea, la cual no se pueda curar con medicamentos simples: aun Helmoncio, siendo tan grande artífice, así de simples como de compuestos, como sabe el mundo y demuestran sus obras, confiesa esta verdad con estas palabras: *Credo simplicia in sua simplicitate esse sufficientia pro sanatione omnium morborum.* Paracelso confiesa lo mismo, como refiere Boyle, confirmando lo mismo que entrambos en su tratado de *Utilitat e Philosophiæ experimentalis*, fol. mihi. 229. Lo cuarto, que no hay medicamento simple, al cual dándole tormento con éste ó el otro menstruo, no le desbaraten la contextura ó forma que su primer autor le dió, y resulte lo que tal vez no sabe ni piensa el artífice. El quinto, si con pocos remedios, y esos simples, se puede curar una enfermedad, por qué se ha de hacer con muchos, y esos compuestos? No te enseñaron el primer año de artes en las escuelas: *Frustra fiunt per plura, quæ possunt fieri per pauciora?* Que es lo que el otro dijo con más sal en este dístico:

Ire per ambages, cum sint compendia rerum,
Stultitiæ summum dixeris esse gradum?

El sexto y último: si Hipócrates en el lib. 1º de *Victus ratione in morbis acutis*, ora sea suyo ó no, te enseña cómo te has de portar en esta materia, por qué no le imitas y sigues en lo que te manda? Pues óyele, que así dice: *Unum, vel pauco numero medicamenta, hæcque ægris congrua, laude digniora sunto pluribus, siquidem pauco numero securius satisfiet.*

24. Pasemos á los medicamentos compuestos y veamos por qué Plinio ensangrentó tanto la pluma contra ellos, pues dijo: *Avaritiæ commenta sunt.* Pongamos, por muchos, la triaca por ejemplo, ora sea composición de Andromaco ó de Galeno, que todo importa poco, y veamos

para qué fin fué inventada esta reina de las medicinas compuestas, pues excede á todas las demás en virtudes, en alabanzas y en el número de simples que la componen. Algunos autores tanto la han querido ensalzar, que no rehusan decir de ella que su virtud se extiende á todas las enfermedades, haciéndola remedio universal. Con que en sentir de estos, tiene más virtudes la triaca que el alkaest y la piedra buler. Bravas creederas tienen algunos. Yo no reparo en las virtudes y alabanzas que cuentan de ella, sí sólo en que haya hombres de juicio, los cuales se persuadan y crean, que de tantos medicamentos simples, entre sí tan diversos y tan encontrados, resulte un tercero tan admirable cual no se ha inventado otro en todos los siglos. No basta un simple (dice Gedeón Harveo, hablando de la triaca), que han de ser dos? *Fulmen unicum portentosum medicamenti non sufficit, bina, ut sint oportet?* José Quercetano, en su *Farmacopea reformada*, se persuade que todo el efecto admirable que se observa en la triaca se debe al opio, pues no hay, ni se conoce otro medicamento que sepa aplacar dolores ni fermentaciones como él. Este sí que es medicamento cordial, como dice el docto Sydenham. Gedeón Harveo, confirmando el parecer de Quercetano, añade y dice más en su *Arte Expectationis*, que á no llevar la triaca el opio consigo, se seguirían todos los estragos que pinta. Oyele al cap. 20: *Leo, Ursus, Tygris, Lupus, Felis, Canis, centiesque plura animantia fera in unum ducta locum maiorem edendi eiulatum vix capacia sunt, quam simplicia ista indomita in stomacho, nisi Opium sparsimillis adiunctum eorum rabiem pacaret, necnon illorum enormes motus refrænaret.* Lo mismo se ha de entender del mitridato, por ser hermano de la triaca.

25. De lo dicho se descubre el engaño que hay en muchísimas medicinas compuestas, y que tienen su crédito asentado en el mundo, pues así vulgo como médicos á pie juntillas creen todo lo que sus inventores dijeron de ellas: ejemplo, el Diascordio de Fracastorio, qué alabanzas no ha merecido, pareciéndoles á muchos médicos que es medicamento de mucha más altura que la triaca y el mitridato, ignorando el que los efectos que observan buenos á vista de su exhibición, son todos del opio y no de los simples ó tontos que le acompañan? Cierto que hasta los medicamentos hay algunos desgraciados como dichosos otros. Vamos ahora á las píldoras de estoraque, de arnaglosa ó cinoglosa, sustitutos del láudano (para los que tienen miedo de que sus enfermos no vayan á despertar al otro mundo), más acompañadas de simples que un Cardenal en Roma de pretendientes. Y bien, de todos los simples que las componen, cuál de ellos hace la operación? Tú dirás que todos (no se atrevió á decir tanto Galeno de su triaca), pero no lo has de saber probar. Yo diré que el opio (aunque no éntre corregido en dichas píldoras), y me saldré con ello, pues sin el acompañamiento de tantos simples como componen dichas masas, tengo la experiencia

que lo sabe hacer solo, sin más ayuda que la que Dios le dió, y tú aún no lo conoces porque le tienes miedo.

26. Pasemos más adelante y sepamos qué duendes son estas aguas theriacales que tanto ruido han metido en el mundo, después que la triaca y el mitridato perdieron algo de aquella estimación antigua que tuvieron, por haber entrado la señora Química con sus láudanos tan soberanos y tan bien preparados? Riverio trae dos ó tres recetas á su modo, y las pone más allá de la triaca. La de Pedro Salio dicen que es la mejor. Y pregunto: ¿qué tienen estas aguas en sí más que lo que tiene la triaca? Porque yo no sé que ellas tengan más virtud que la que les presta la que tiene la triaca que se desata en ellas. Pues si no tienen más virtud que la que la triaca les presta, y esa, como te lo tengo probado, se la da el opio, no es mejor y más fácil desatar uno ó dos granos de láudano sólido (que por último va el opio corregido) ó unas gotas de láudano líquido en un poco de agua apropiada, que atiborrar al pobre enfermo de tantos pistraques, sin saber tú lo que le das ni él lo que se toma?

27. Sobre todo, de las medicinas compuestas que más han alborotado el mundo, ha sido el triunvirato de las tres confecciones de Jacintos, de Alkermes y la de Cordial Gentil *Contra melancholiam*. Pues no sé yo que Augusto César, Lepido y Marco Antonio, en el tiempo que gobernaron sus Provincias hicieran tanto ruido como han hecho estas tres confecciones desde el tiempo que andan alegrando corazones, confortando estómagos, reparando fuerzas y restaurando espíritus. Yo no reparo tanto en las fingidas virtudes y alabanzas que de dichas confecciones nos prometieron sus primeros inventores, cuanto en que haya habido médicos de buen juicio que se los hayan creido; y más á vista de tantos hombres doctos y cristianos como en sus escritos han procurado desengañarlos. Cerca de dos siglos há que en la Academia de Florencia se escribió un tratado en forma de diálogo, cuyo título es: *Barbaromastix*. Impugna con grande eficacia toda la doctrina médica de los árabes. Son interlocutores de dicho diálogo, un médico viejo, Atanasio, Landino y Benivenio. El médico viejo hace las partes de los árabes y los defiende como los Mahometanos su Alcorán. Atanasio, que es un poco mohino, se pone de parte de la razón, y no contento sólo con impugnarles su medicina, coje la cordialera de sus boticarios con todos sus rótulos y la echa en la calle. Oyele ahora y verás cómo lo hace al fol. 24 de dicho tratado: *Num* (dice Atanasio. hablando con los árabes) *igitur, si sanari repente contingat hominem creditis vos superstitiosis vestris potionibus, in quibus vix, vel dragmæ millesimam succi alicuius, aut decocti reperies hominem persanasse? Verum ut adhuc amplius cavillamentis vestris satisfaciam: mihi accepisse oportet, plurimas ægritudines salubres esse, atque omnino vi naturæ posse superari.* No era mal discípulo de

Hipócrates Atanasio. Prosigue: *Adde insulsissima inventa Cordialium, quas vocant medicinarum, in quibus, et cervini cordis basim osseam laudant mirifice: at nescio cur nom, et bovis habent enim eam, veluti cordis substentaculum quoddam magna ex animalibus omnia. Huius ordinis Spodium dictum serica stamina, Margaritæ, insipidæ quædam, atque inodorae radices (Been vocant) gemmarum fragmenta, atque aurum ipsum. Quin et si quid unquam dilirum somniavit vulgus laetitiam parere, id omne in suam congerunt compositionem, eaque se putant vitales spiritus reficere, ac semimortuos homines sanitati restituere. O ridicula capita! O hominum seductores, quis unquam hoc, aut qua via experiri potuit? Aut quis unquam ex veteribus, qui nobis medicinam pepererunt Cordialium medicinarum meminisse legistis?*

28. Pasemos á otros medicamentos compuestos, y sean las masas de píldoras tan diversas que los autores han inventado. Cosa, que el médico que se va de este mundo sin dejar en la botica una composición ordenada y bautizada á su modo, se va con gran desconsuelo. No reparo yo en la multitud de simples tan diversos y contrarios entre sí que las componen, sí sólo en que sus inventores, no contentos con dejar un quebradero de cabeza más en las boticas, procuran el ponerles unos nombres campanudos para que los pobres que las han de tragar, no les causen tantos ascos. Y así Nicolau, entre varias masas que compuso, llamó á una masa de Píldoras: *Aureas;* olvidándose de que después de haber formado las píldoras, las ponen por contera: *De aurentur.* Con que son de oro por dentro y por fuera. Otra masa compone el buen Nicolau, y la bautiza con el nombre de *Píldoras Polichrestas:* cosa que si el médico que encuentra con dicha masa no tiene vocabulario grecolatino para saber lo que significa *Polichreston*, es muy posible el que piense que son píldoras de crestas de gallo. No contentos con tanta variedad de masas, compone otra, á la cual llaman: *Masa de Píldoras Católicas,* como si las demás fueran heréticas. Rumelio, de quien hace conmemoración Emullero, viendo que todos los médicos amasaban, se deja de cuentos, compone la suya, y la rotula así: *Masa Pilularum de Veni Amice, surge, et ambula.* Otro, viendo que los demás autores habían ocupado los más de los nombres de bautizar píldoras, forma su masa y la intitula así: *Masa Pilularum trium Diabolorum.* Pues en las collectáneas leydenses está la dicha masa para que no pienses que es copla.

29. Vamos ahora con los jarabes y demos una vista á todas esas Farmacopeas ó Dispensatorios en que tanta multitud y variedad se halla de ellos. Los primeros inventores de los jarabes se contentaron sólo con hacerlos simples: luego se siguieron otros muy preciados de compositores, los cuales, no contentos con los simples, trataron de llenar las boticas de compuestos. No pára en esto, pues algunos médicos, descontentos con los simples y compuestos, han inventado otros que llaman *Magistrales.* Ya no falta sino que inventen otros que llamen *Ja-*

rabes doctorales, que de santos ya los tenemos, v. gr.: el de San Ambrosio, el de Nuestra Señora de los Remedios y otros. En lo que reparo es que preciándose Quercetano de reformador de boticas, y confesando que Hipócrates, Galeno, Aecio. Aretheo y los más de la antigüedad, no supieron qué cosa era jarabe, nos embanaste otros tantos más de los que ha reformado, confesando asimismo que lo que hoy son jarabes en nuestras boticas, en tiempo de Hipócrates y Galeno eran ricos vinos de la Grecia. A fe que Hipócrates y Galeno, más derechos iban que Zuvesfero, Escrodero y los tres autores de las Collectáneas de Leyden, por más milagros que nos cuenten con sus remedios. Pues del vino (y más si es bueno) todos sabemos, que se engendran espíritus, y también que es cordial: *Lœtificat cor hominis;* y de las demás medicinas lo dudamos: y si de alguna se dice algo, es por el menstruo que lleva consigo, que las más veces es espíritu de vino rectificado. Concluyo diciendo que si en algún tiempo, por mandato de la República, me mandasen que reformase la muchedumbre de jarabes que sobran en las boticas, lo había de disponer en esta forma. La redoma del jarabe del Rey Sapor, la cogiera y la echara en la calle, y en su lugar pusiera otra de la Malvasia de las Canarias por ser la más rica que se conoce en el Orbe, y aunque me mandara ahorcar luego el Rey Sapor. Con el jarabe de camuesas hiciera lo mismo, y en su lugar pusiera una redoma de vino de Peralta. Y del mismo modo lo hiciera con los demás jarabes y redomas, poniendo en sus lugares otras de vinos generosos, como son de Málaga, de Pedro Jiménez, de Lucena, de Torrente, de Benicarló y de San Martín, que no lo desmerece: y á algunas llenara de vino de Ranera, que muy buen crédito tiene. Y á la verdad no sé por dónde te había de parecer mal este trasiego, cuando es doctrina de Hipócrates y de Galeno, como confiesa Quercetano en su Farmacopea, en el cap. 12 de *Syrupis*.

30. En donde hallo más confusión es en los ungüentos, pues es tanta la multitud que contiene una botica, que esa misma abundancia empobrece á los médicos para que usen de ella: *Ubi copia, inest inopia*, dice Hipócrates. Yo sólo reparo en la caterva de simples con que algunos se componen, v. gr., el ungüento de Aragón y Marciatón, cosa que una enjundia de gallina, ó cuando mucho un poco de unto de conejo, hace lo mismo. Lo bueno es que algunos médicos ó cirujanos, para no errarlo, los juntan los dos, gobernados de que *multitudo agentium iuvat ad agendum*. Pero á estos se les olvidó, ó por mejor decir, jamás supieron que *frustra fiunt per plura, quœ possunt fieri per pauciora*. Concluyo con los emplastos, de que tanta cosecha hay en la botica, si bien en nuestros tiempos estos han caido mucho, pues desde que Vidós con su emplasto negro entró á gobernar á los cirujanos, se han arrimado los más de ellos. En fin, tendrá su éra, como las demás cosas, que con el

tiempo no dudo yo que lo echarán al carnero y darán en otra cosilla nueva.

Vela traho, et terris festino advertere proram.

Esto se me ha ofrecido decir sobre el primer Aforismo de Hipócrates. Ya, bendito sea Dios, he llegado al fin del trabajo prometido, que fué comentarle y dividirle en nueve capítulos, dejando los demás para los que se hallaren con más caudal y fuerzas. Si te pareciere bien algo de lo dicho, vuelve los ojos á Dios y dale las gracias, que es: *Unde venit omne bonum;* y si no, toma la pluma y dí lo que te pareciere, supuesto que dice el Espíritu Santo: *Faciendi libros nullus est finis:* que te aseguro que no has de ser tan dichoso que parezcas bien á todos, pues yo sólo con el dístico de Paulo de Sorbait, al fin del libro 3 de sus Aforismos, quedaré contentísimo:

Spes mea prima Deus, spes altera Virgo Maria:
His vivo, his morior, cætera curo nihil.

Ceda últimamente todo lo dicho en honra y gloria de la Santísima Trinidad y de la Virgen Santísima, del glorioso San Miguel Arcángel y San Marcelino, mis principales abogados, sujetándome en todo á las Llaves de San Pedro.

FIN DE LA OBRA.

INDICE



